



CASSANDRA CLARE

El Señor de las Sombras

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO



Lectulandia

Emma Carstairs ha descubierto que el amor que siente por su parabatai, Julian Blackthorn, no solo está prohibido, sino que incluso puede destruirlos a ambos. Debe alejarse de él, pero ¿cómo hacerlo justo en el momento en que Julian la necesita más que nunca?

Su única esperanza es el *Libro Negro de los Muertos*, un compendio de hechizos con un terrible poder. Todos lo quieren, pero solo los Blackthorn pueden encontrarlo. Pero para ello deberán retar y vencer la voluntad del imponente Señor de las Sombras...

Lectulandia

Cassandra Clare

El Señor de las Sombras

Cazadores de sombras. Renacimiento - 2

ePub r1.0

Titivillus 30.11.2017

Título original: *THE DARK ARTIFICES #2: LORD OF SHADOWS*

Cassandra Clare, 2017

Traducción: Patricia Nunes

Ilustración de portada: Cliff Nielsen

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Jim Hill

*Dije: Dolor y pena.
Me contestó: Consérvalos. La herida es el punto
por el que penetra la Luz en ti.*

RUMI

PRIMERA PARTE

El país de los sueños

De Edgar Allan Poe

*Por una senda oscura y solitaria,
por la que rondan solo ángeles malvados,
donde un espectro, llamado Noche,
reina erguido desde un trono negro,
acabo de llegar a estas tierras,
desde una tenebrosa última Thule,
desde un feroz clima extraño que se halla, sublime,
fuera del Espacio, fuera del Tiempo.*

*Valles sin fondo y riadas sin freno,
y abismos, y cuevas, y bosques titánicos,
con formas que ningún hombre puede descubrir,
entre los rocíos que por doquier gotean:
montañas que por siempre se desmoronan
en los mares sin orilla.*

*Mares que incesantemente aspiran,
alzándose, hacia los cielos de fuego;
lagos que sin cesar extienden
sus quietas aguas, quietas y heladas
con las nieves del lirio marchito.*

*Por los lagos que así extienden
sus solitarias aguas, solitarias y muertas,
sus tristes aguas, tristes y heladas
con las nieves del lirio marchito,
por las montañas, junto al río
murmurando lentamente, siempre murmurando,
por los bosques grises, por los pantanos
donde el sapo y el tritón acampan,
por las espantosas lagunas y charcos,
donde habitan los demonios necrófagos,
de todos los lugares el más impío,
en todo recodo, más melancólico.*

*Ahí, el viajero se encuentra espantado
jirones de recuerdos del pasado,
siluetas amortajadas que vagan y suspiran
mientras pasan ante el caminante,
formas en sudarios blancos de amigos cedidos tiempo ha,
en agonía, a la Tierra y al Cielo.*

*Para el corazón que carga con mil pesares
es una región tranquila y relajante,
para el espíritu que camina entre sombras
¡oh, es Eldorado!*

*Pero el viajero que lo atraviesa
puede que no ose verlo abiertamente;
nunca sus misterios se revelan
al ojo humano abierto;
igual que su Rey, que ha prohibido
alzar el párpado orlado;
y así el Alma triste que transita
solo lo contempla tras cristales velados.*

*Por una senda oscura y solitaria,
por la que rondan solo ángeles malvados,
donde un espectro, llamado Noche,
reina erguido desde un trono negro,
acabo de llegar a casa
desde esa tenebrosa última Thule.*

AGUAS QUIETAS

Hacía muy poco que Kit sabía lo que era un mayal, pero en ese momento, colgando por encima de su cabeza, había un estante lleno de ellos, relucientes, cortantes y letales.

Nunca había visto nada igual a la armería del Instituto de Los Ángeles. Las paredes y los suelos eran de granito plateado, e islas de ese mismo material se alzaban a intervalos por todas partes, lo que hacía que la sala pareciera la exposición de armas y armaduras de algún museo. Había cayados y mazas, bastones de paseo de ingenioso diseño, collares, botas y chaquetas acolchadas que escondían finos puñales para acuchillar y lanzar, manguales cubiertos de terribles púas y ballestas de todos los tipos y tamaños.

Las islas de granito estaban tapadas por pilas de relucientes instrumentos fabricados en *adamas*, la sustancia parecida al cuarzo que los cazadores de sombras arrancaban de la tierra y que solo ellos sabían cómo convertir en espadas, puñales y estelas. Pero a Kit le interesó más el estante donde se hallaban las dagas.

No era que tuviera ningún deseo particular de aprender a usar una daga; nada aparte del interés normal que, suponía, la mayoría de los adolescentes tenía por las armas, pero incluso así, habría preferido que le dieran una ametralladora o un lanzallamas. Pero esas dagas eran puro arte; las empuñaduras con incrustaciones de oro, plata y piedras preciosas: zafiros azules, rubís cabujones, brillantes dibujos de espinas grabadas en platino y diamantes negros.

Se le ocurrían al menos tres personas en el Mercado de Sombras que se las comprarían por una buena cantidad de dinero sin hacer preguntas.

Quizá hasta cuatro.

Kit se quitó la chaqueta vaquera que llevaba (no sabía a cuál de los Blackthorn habría pertenecido antes. A la mañana siguiente de su llegada al Instituto se había despertado con una pila de ropa recién lavada esperándolo a los pies de la cama) y se puso una chaqueta acolchada. Captó de reojo su imagen en el espejo del fondo de la sala. Pelo rubio mal cortado, los últimos moretones que iban desapareciendo de su pálida piel. Abrió la cremallera del bolsillo interior de la chaqueta y comenzó a llenarlo de dagas envainadas, escogiendo las que tenían las empuñaduras más bonitas.

La puerta de la armería se abrió de pronto. Kit dejó caer sobre el estante la daga que sujetaba y se volvió a toda prisa. Pensaba que había salido de su dormitorio sin que nadie lo notara, pero si algo había aprendido durante su corta estancia en el Instituto, era que Julian Blackthorn se daba cuenta de todo, y sus hermanos y

hermanas no le iban a la zaga.

Pero no era Julian. Se trataba de un hombre joven al que Kit no había visto nunca, aunque algo en él le resultaba familiar. Era alto, con el cabello rubio alborotado y la constitución de un cazador de sombras: hombros anchos y brazos musculosos, con las líneas negras de la Marcas rúnicas con que se protegían asomándole por el cuello y los puños de la camisa.

Sus ojos eran de un raro color dorado oscuro. Llevaba un anillo de plata pesado en un dedo, al igual que muchos otros cazadores de sombras. Miró a Kit alzando una ceja.

—Te gustan las armas, ¿verdad? —le preguntó.

—Están bien. —Kit retrocedió un poco hacia una de las mesas, esperando que las dagas del bolsillo no tintinearan y lo delatasen.

El hombre se acercó al estante que Kit había estado revolviendo y cogió la daga que él había dejado caer.

—Has escogido una muy buena —dijo—. ¿Ves la inscripción del mango?

Kit no la veía.

—Fue hecha por uno de los descendientes de Wayland *el Herrero*, quien forjó a *Durendal* y a *Cortana*. —El hombre hizo rodar la daga entre los dedos antes de volver a dejarla en el estante—. No son tan extraordinarias como *Cortana*, pero son dagas que siempre regresarán a tu mano después de que las lances. Muy conveniente.

Kit carraspeó para aclararse la garganta.

—Deben de valer mucho —comentó.

—Dudo que los Blackthorn quieran venderlas —replicó el hombre con sequedad—. Soy Jace, por cierto. Jace Herondale.

Hizo una pausa. Parecía estar esperando alguna reacción, pero Kit estaba decidido a no mostrar ninguna. Conocía el nombre de Herondale, claro. Parecía que era la única palabra que todos le habían dicho en las dos últimas semanas. Pero no quería darle a ese hombre, a Jace, la satisfacción que evidentemente buscaba.

Jace pareció indiferente al silencio de Kit.

—Y tú eres Christopher Herondale.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kit, intentando mantener una voz neutra y sin entusiasmo. Odiaba el nombre Herondale. Odiaba esa palabra.

—Aire de familia —contestó Jace—. Nos parecemos. De hecho, te pareces a los retratos de un montón de Herondale que he visto. —Calló un momento—. Además, Emma me envió una foto tuya al móvil.

Emma. Emma Carstairs le había salvado la vida a Kit. Desde entonces no habían hablado mucho; después de la muerte de Malcolm Fade, el Mago Supremo de Los Ángeles, todo había resultado un caos. Él no había sido la prioridad de nadie, y además tenía la sensación de que Emma lo consideraba solo un crío.

—Muy bien. Soy Christopher Herondale. La gente no para de decírmelo, pero para mí no significa nada. —Kit alzó el mentón—. Soy un Rook. Kit Rook.

—Sé lo que te dijo tu padre. Pero eres un Herondale. Y eso significa algo.

—¿Qué? ¿Qué significa? —quiso saber Kit.

Jace se apoyó en la pared de la armería, justo bajo los pesados mandobles. Kit deseó que se le cayeran en la cabeza.

—Sé que sabes de la existencia de los cazadores de sombras —repuso Jace—. Mucha gente los conoce, sobre todo los subterráneos y los mundanos con la Visión. Uno de ellos es lo que creías que eras, ¿verdad?

—Nunca pensé que fuera un «mundano» —replicó Kit. ¿Acaso los cazadores de sombras no se daban cuenta de lo mal que sonaba esa palabra?

Pero Jace no le hizo caso.

—La sociedad y la historia de los cazadores de sombras... son cosas que la mayoría de la gente que no es nefilim ignora. El mundo de los cazadores de sombras está formado por familias, cada una con un nombre que ama y mantiene. Cada familia tiene una historia que transmitimos a las sucesivas generaciones. Durante toda la vida, cargamos con el peso y la gloria de nuestro nombre, lo bueno y lo malo que nuestros antepasados hicieron. Tratamos de honrar nuestro nombre para aligerar el peso de los que vengan tras nosotros. —Cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía las muñecas cubiertas de Marcas; en el dorso de la mano izquierda había una que era como un ojo abierto. Kit se había fijado en que todos los cazadores de sombras parecían tenerla—. Entre los cazadores de sombras, el apellido posee un gran significado. Los Herondale han sido una familia que ha marcado el destino de los cazadores de sombras durante generaciones. No quedamos muchos; todos pensábamos que yo era el último. Jem y Tessa eran los únicos que estaban convencidos de que tú existías. Te han estado buscando durante mucho tiempo.

Jem y Tessa. Junto con Emma ayudaron a Kit a escapar de los demonios que habían asesinado a su padre. Y le contaron una historia: la historia de un Herondale que traicionó a sus amigos y huyó para comenzar una nueva vida lejos de los otros nefilim. Una nueva vida y una nueva familia.

—He oído hablar de Tobias Herondale —replicó Kit—. Así que soy el descendiente de un gran cobarde.

—Las personas no son perfectas —dijo Jace—. No todos los miembros de tu familia son extraordinarios. Pero cuando vuelvas a ver a Tessa, y lo harás, ella te podrá hablar de Will Herondale. Y de James Herondale. Y de mí, claro —añadió con modestia—. Entre los cazadores de sombras, soy muy importante. No lo digo para intimidarte.

—No me siento intimidado —espetó Kit, y se preguntó si ese tipo iba en serio. Había un brillo en los ojos de Jace mientras hablaba que indicaba que quizá no se estuviera tomando demasiado en serio todo lo que le decía, pero no podía estar seguro—. Lo que siento son ganas de que me dejéis en paz.

—Ya sé que hay mucho que asimilar —contestó Jace, y le dio una palmadita en la espalda—. Pero Clary y yo estaremos aquí mientras nos necesites para...

El gesto hizo saltar una de las dagas que Kit llevaba en el bolsillo. Cayó al suelo resonando, entre sus pies, parpadeando desde el suelo de granito como un ojo acusador.

—Bien —dijo Jace en el silencio que siguió—. Así que estás robando armas.

Kit, que sabía que negarlo no tendría ningún sentido, no respondió.

—De acuerdo; mira, ya sé que tu padre era un sinvergüenza, pero ahora tú eres un cazador de sombras y... Espera, ¿qué más tienes en la chaqueta? —exigió saber Jace. Con un movimiento algo complicado del pie izquierdo hizo saltar la daga por el aire. La cogió limpiamente, los rubís de la empuñadura salpicando luz—. Quítatela.

En silencio, Kit se quitó la chaqueta y la tiró sobre la mesa. Jace le dio la vuelta y abrió el bolsillo interior. Ambos miraron el brillo de las hojas y las piedras preciosas.

—Entonces —continuó Jace—, querías escaparte, supongo.

—¿Y para qué voy a quedarme? —estalló Kit. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo; era demasiado: la pérdida de su padre, su odio por el Instituto, la petulancia de los nefilim, sus exigencias para que aceptara un apellido que no le importaba en absoluto y del que no quería ser portador—. Este no es mi sitio. Puedes soltarme todo ese rollo sobre mi familia, pero no significa nada para mí. Soy el hijo de Johnny Rook. Toda mi vida me he preparado para ser como mi padre, no como tú. No te necesito. No os necesito a ninguno de vosotros. Lo único que necesito es algo de dinero para montar mi propio tenderete en el Mercado de Sombras.

Jace entrecerró sus ojos dorados y, por primera vez, Kit vio, bajo la fachada de arrogancia y empatía, el brillo de una inteligencia muy aguda.

—¿Para vender qué? Tu padre vendía información. Le costó años, y un montón de mala magia, conseguir todos sus contactos. ¿Quieres vender tu alma del mismo modo, para poder ir malviviendo en los límites del mundo de los subterráneos? ¿Y qué hay de lo que mató a tu padre? Tú lo viste morir, ¿no?

—Demonios...

—Sí, pero alguien los envió. Quizá el Guardián esté muerto, pero eso no significa que no haya nadie que ande buscándote. Tienes quince años. Quizá pienses que querrías morir, pero créeme..., no quieres hacerlo.

Kit tragó saliva. Trató de imaginarse a sí mismo detrás del mostrador de un tenderete en el Mercado de Sombras, como lo había estado haciendo los últimos días. Pero lo cierto era que siempre se había sentido seguro allí porque iba con su padre. Porque la gente le tenía miedo a Johnny Rook. ¿Qué sería de él sin la protección de su padre?

—Pero no soy un cazador de sombras —insistió Kit. Miró por toda la sala, a los millones de armas, los montones de *adamas*, los trajes de combate, los protectores de cuerpo y los cinturones de armas. Era ridículo. Él no era ningún ninja—. Ni siquiera sabría cómo empezar a serlo.

—Espera una semana más —respondió Jace—. Otra semana aquí, en el Instituto. Pruébalo. Emma me contó que venciste a esos demonios que mataron a tu padre. Solo

un cazador de sombras podría hacer eso.

Kit apenas recordaba haber luchado contra los demonios en casa de su padre, pero sabía que había sido así. Su cuerpo se hizo con el control y luchó, e incluso, de un modo extraño y oculto, creía haber disfrutado.

—Es lo que eres —continuó Jace—. Eres un cazador de sombras. Eres en parte ángel. Tienes la sangre de los ángeles en las venas. Eres un Herondale, lo que, por cierto, no solo significa que formas parte de una bella familia, sino que además perteneces a un linaje que posee muchas propiedades valiosas, incluidas una mansión en Londres y una casa señorial en Idris, de las cuales seguramente te corresponde una parte.

Kit miró el anillo que Jace llevaba en la mano izquierda. Era de plata, pesado, y parecía muy antiguo. Y valioso.

—Te escucho.

—Lo único que digo es que esperes una semana. Después de todo —Jace sonrió de medio lado—, los Herondale nunca se resisten a un buen reto.

—¿Un demonio Teuthida? —preguntó Julian a través del teléfono, frunciendo las cejas—. Eso es como una sepia, ¿no?

Pudo oír la respuesta: Emma reconoció la voz de Ty, pero no captó sus palabras.

—Sí, estamos en el muelle —continuó Julian—. Aún no hemos visto nada, pero acabamos de llegar. Es una pena que no haya por aquí plazas de aparcamiento reservadas para los cazadores de sombras...

Mientras le prestaba solo una parte de su atención a la voz de Julian, Emma miró a su alrededor. El sol acababa de ponerse. Siempre le había gustado el muelle de Santa Mónica; ya desde muy pequeña, cuando sus padres la llevaban allí para jugar al hockey de mesa y montarse en la vieja noria. Le encantaba la comida basura: hamburguesas y batidos de leche, almejas fritas y piruletas gigantes de colores en espiral. Y el Pacific Park, el antiguo parque de atracciones en el extremo del muelle, sobre el océano Pacífico.

Durante años, los mundanos habían invertido millones de dólares en remodelar el muelle para convertirlo en un reclamo turístico de la ciudad. El Pacific Park tenía muchas atracciones nuevas y relucientes; los viejos carritos de churros ya no estaban, y habían sido sustituidos por helados artesanos y bandejas de langostas. Pero los tablones de madera bajo los pies de Emma seguían curvados y curtidos por años de sol y salitre. El aire seguía oliendo a azúcar y a algas. La noria seguía llenando el espacio con su música mecánica. Seguía habiendo juegos en los que se lanzaban monedas y se podía ganar un panda de peluche gigante. Y seguía habiendo oscuridad bajo el muelle, donde se hallaban mundanos sin rumbo y, a veces, cosas más siniestras.

Eso era lo que tenía ser cazador de sombras, pensó Emma mientras contemplaba

la enorme noria decorada con relucientes bombillas LED. Una cola de mundanos, ansiosos por subirse, se extendía por el muelle. Más allá de las barandillas, Emma podía ver el mar azul oscuro, ribeteado de blanco donde rompían las olas. Los cazadores de sombras veían la belleza en las cosas que creaban los mundanos: las luces de la noria reflejadas con tal intensidad contra el océano que parecía como si alguien estuviera lanzando fuegos artificiales bajo el agua; rojo, azul, verde, lila y dorado. Pero los cazadores de sombras también veían la oscuridad, el peligro y la suciedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Julian. Se había metido el móvil en el bolsillo de su chaqueta de combate. El viento, porque siempre había viento en el muelle, un viento que soplaba incesantemente desde el océano, oliendo a sal y a lugares lejanos, le alborotó las suaves ondas de su cabello castaño, que le acariciaron las mejillas y las sienes.

«Pensamientos oscuros», quiso responder Emma. Pero no pudo. Antes, Julian era la persona a la que podía contárselo todo. Pero se había convertido en una a la que no podía decirle nada.

En vez de responder, esquivó su mirada.

—¿Dónde están Mark y Cristina?

—Por allí. —Julian señaló con el dedo—. Donde se lanzan los aros.

Emma siguió su mirada hasta un tenderete de brillantes colores en el que la gente competía para ver quién conseguía lanzar un aro y colarlo por el cuello de una de la docena de botellas que aguardaban alineadas. Intentó no sentirse superior, pero parecía que era algo que los mundanos consideraban difícil.

El medio hermano de Julian, Mark, tenía tres aros de plástico en la mano. Cristina, con el cabello oscuro recogido en un perfecto moño, se hallaba a su lado, comiendo palomitas caramelizadas y riendo. Mark lanzó los aros: los tres a la vez. Cada uno de ellos salió girando en una dirección diferente y aterrizó alrededor del cuello de una botella.

Julian suspiró.

—Vaya forma de pasar desapercibidos.

Una mezcla de vítores y sonidos de incredulidad se alzó entre los mundanos que esperaban para probar suerte en el tenderete. Afortunadamente, no había muchos, y Mark pudo recoger su premio, algo en una bolsa de plástico, y escaparse con un mínimo de alboroto.

Volvió hacia ellos junto con Cristina. El extremo de sus orejas puntiagudas le sobresalía entre los rizos de cabello claro, pero se había cubierto con un *glamour* para que los humanos no se lo vieran. Mark era medio hada, y su sangre subterránea se mostraba en lo delicado de sus rasgos, la punta de las orejas y los ángulos de los pómulos y los ojos.

—¿Así que es un demonio sepia? —comentó Emma, sobre todo por decir algo que llenara el silencio entre Julian y ella. En los últimos días había muchos silencios

entre los dos. Solo habían pasado dos semanas desde que todo había cambiado, pero Emma notaba profundamente la diferencia, hasta en los huesos. Sentía la distancia de Julian, aunque este había sido de lo más correcto y amable desde que Emma le dijera que había algo entre Mark y ella.

—Eso parece —contestó Julian. Mark y Cristina ya podían oírlos; Cristina se estaba acabando las palomitas y miraba con tristeza al interior de la bolsa, como esperando que aparecieran más. Emma podía entenderla. Mientras tanto, Mark miraba su premio—. Sube por el lado del muelle y se lleva a gente, sobre todo a niños; a cualquiera que se incline sobre la barandilla para hacer una foto por la noche. Pero se está volviendo más osado. Al parecer, alguien lo vio entre los juegos, cerca de la mesa de hockey... ¿Es un pez?

Mark alzó la bolsa de plástico. En el interior, un pequeño pez de color naranja nadaba en círculos.

—¡Esta es la mejor patrulla que hemos hecho nunca! —exclamó—. Nunca se me había recompensado con un pez.

Emma suspiró. Mark se había pasado los últimos años de su vida en la Cacería Salvaje, el grupo más anárquico y feroz de todas las hadas. Cruzaban el cielo cabalgando a lomos de todo tipo de seres encantados: caballos, ciervos, enormes perros agresivos y hasta motocicletas; rapiñaban los campos de batalla, robando los objetos valiosos de los cadáveres para entregarlos como tributo a las Cortes de las hadas.

Desde su regreso, Mark se estaba adaptando bien a su familia de cazadores de sombras, pero aún había momentos en que la vida cotidiana parecía pillarlo por sorpresa. Notó que todos lo miraban con las cejas en alto. Pareció alarmarse y rodeó a Emma por los hombros con un inseguro brazo mientras le tendía la bolsa con la otra mano.

—He ganado este pez para ti, mi señora —dijo, y la besó en la mejilla.

Fue un beso dulce, cariñoso y suave, y Mark olía como siempre: como el frío aire del exterior y la hierba de los prados. Y tenía mucho sentido, pensó Emma, que Mark supusiera que la sorpresa que mostraban todos se debía a que estaban esperando que le diera a ella el premio. Después de todo, era su novia.

Emma intercambió una mirada preocupada con Cristina, que había abierto mucho los ojos. Julian parecía estar a punto de vomitar sangre. Pasó solo un instante antes de que pudiera recuperar su semblante indiferente, pero Emma rechazó el regalo de Mark con una sonrisa de disculpa.

—A ver si no se me muere —afirmó—. Mato a las plantas con solo mirarlas.

—Sospecho que a mí me pasaría lo mismo —repuso Mark mirando el pez—. Es una pena... Iba a llamarlo *Magnus*, porque en él relucen las escamas.

Al oír eso, Cristina soltó una risita. Magnus Bane era el Brujo Supremo de Brooklyn, y tenía debilidad por las cosas brillantes.

—Supongo que lo mejor será que lo deje libre —decidió Mark. Y antes de que

alguien pudiera decirle nada, fue hasta la barandilla del muelle y vació la bolsa, con pez incluido, en el mar.

—¿Alguien le ha dicho que ese pez era de agua dulce? —preguntó Julian a media voz.

—La verdad es que no —contestó Cristina.

—¿Acaba de matar a *Magnus*? —inquirió Emma, pero antes de que Julian pudiera contestarle, Mark se dio la vuelta.

Su expresión se había tornado seria.

—Acabo de ver algo subiendo por uno de los pilares bajo el muelle. Algo que no es nada humano.

Emma notó un leve estremecimiento. Los demonios que habitaban en el océano se veían pocas veces en tierra. En ocasiones tenía pesadillas en las que el océano se volvía del revés y vomitaba su contenido sobre la playa: cosas babosas con espinas y tentáculos, negruzcas y medio aplastadas por el peso del agua.

En pocos segundos, todos los cazadores de sombras tenían las armas en la mano. Emma aferraba su espada, *Cortana*, una hoja dorada que le habían regalado sus padres. Julian empuñaba un cuchillo serafín y Cristina, su navaja mariposa.

—¿Hacia dónde ha ido? —preguntó Julian.

—Hacia el final del muelle —contestó Mark; era el único que no había sacado su arma, pero Emma sabía lo rápido que era. Su apodo en la Cacería Salvaje había sido Tiro de elfo, porque era veloz y certero con el arco y las flechas o con los cuchillos arrojados—. Hacia el parque de atracciones.

—Yo iré para allá —dijo Emma—. Intentaré llevarlo al borde del muelle. Mark, Cristina, id por debajo; atrapadlo si intenta volver a meterse en el agua.

Tuvieron el tiempo justo de asentir antes de que Emma saliera corriendo. El viento le tiraba del cabello trenzado mientras sorteaba a la gente que avanzaba hacia el iluminado parque en el extremo del muelle. Notaba a *Cortana*, cálida y firme en la mano, y sus pies volaban sobre las planchas de madera curvadas por el mar. Se sentía libre, todos los problemas dejados de lado, centrada de mente y cuerpo en la tarea que tenía por delante.

Oyó pasos a su lado. No necesitó mirar para saber que se trataba de Jules. Sus pasos habían estado junto a los de ella desde que era una cazadora de sombras en activo. Su sangre se había derramado junto a la de ella. Él le había salvado la vida y ella se la había salvado a él. Él era parte de su yo guerrero.

—Ahí —le oyó decir, pero Emma ya lo había visto: una forma oscura y encorvada que subía por la estructura de soporte de la noria. Las cestas continuaban girando y los pasajeros gritaban entusiasmados, sin percatarse de nada.

Emma llegó a la cola de la noria y comenzó a abrirse paso a empujones. Julian y ella se habían dibujado runas de *glamour* antes de llegar al muelle, y resultaban invisibles para el ojo mundano. Sin embargo, eso no significaba que no pudieran hacer notar su presencia. Los mundanos de la cola soltaron palabrotas y gritos cuando

ella los fue empujando o apartándolos a codazos.

Una cesta estaba llegando al suelo, y una pareja, una chica que comía algodón de azúcar de color lila y su larguirucho novio vestido de negro, estaban a punto de subir. Emma miró hacia arriba y vislumbró al demonio Teuthida reptando hacia lo alto del soporte de la noria. Soltó un taco, apartó a la pareja, casi tirándolos al suelo, y saltó a la cesta. Era octogonal, con un banco que circundaba el interior y mucho sitio para permanecer de pie. Oyó los gritos de sorpresa mientras la cesta se alzaba y la elevaba, alejándola de la escena de caos que había creado abajo: la pareja que había estado a punto de subir le gritaba al encargado de los tickets, y los que estaban en la cola se increpaban los unos a los otros.

La cesta se bamboleó bajo sus pies cuando Julian aterrizó junto a ella y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Lo ves?

Emma entornó los párpados. Había visto al demonio, estaba segura de ello, pero este parecía haber desaparecido. Desde ese ángulo, la noria era una confusión de luces brillantes, radios que giraban y barras de hierro pintadas de blanco. Las dos cestas bajo ellos estaban vacías; la cola debía de estar recolocándose.

«Bien», pensó Emma. Cuanta menos gente hubiera en la noria, mejor.

—Para. —Notó la mano de Julian sobre la de ella, haciéndola volverse. Se tensó de la cabeza a los pies—. Runas —añadió él conciso, y Emma se dio cuenta de que Julian tenía la estela en la mano libre.

La cesta continuaba elevándose. Abajo, Emma vio la playa, la oscura agua derramándose sobre la arena, las colinas del Palisades Park alzándose verticales por encima de la autovía, coronadas por una fila de árboles y arbustos.

Las estrellas se veían tenues más allá de las brillantes luces del muelle. Julian le cogió el brazo con una especie de distancia clínica. Se lo giró, y la estela describió unos rápidos movimientos sobre la muñeca de Emma: runas de velocidad, agilidad y mejora auditiva.

Eso era lo más cerca que Emma había estado de Jules en dos semanas. Se sentía casi mareada por su proximidad, como un poco embriagada. Él inclinaba la cabeza, con los ojos fijos en lo que estaba haciendo, y ella aprovechó la oportunidad para quedarse cuanto pudo de su imagen.

Las luces de la noria se habían vuelto ámbar y amarillas, y salpicaban de oro la bronceada piel de Jules. El pelo ondeado le caía sobre la frente. Emma sabía lo suave que era la piel de las comisuras de su boca, conocía la sensación de sus hombros bajo las manos: fuertes, duros, vibrantes. Tenía las pestañas largas y espesas, y tan oscuras que parecían pintadas de negro; Emma casi esperaba que le dejaran marcas de polvillo negro sobre las mejillas al parpadear.

Era guapo. Siempre lo había sido, pero Emma se había fijado en ello demasiado tarde. Y en ese momento permanecía de pie con un brazo en jarra y el cuerpo dolorido de la tensión porque no podía tocarlo. Nunca podría volver a tocarlo.

Julian acabó lo que estaba haciendo y le dio la vuelta a la estela para ofrecerle el mango a Emma. Esta la cogió sin decir palabra mientras él se abría el cuello de la camisa hasta más abajo del borde de la chaqueta. La piel ahí era un poco más pálida que la bronceada piel de las manos y la cara; cubierta por las débiles Marcas blancas de runas que se habían desvanecido después de ser usadas.

Emma tuvo que acercársele más para dibujarle las Marcas. Las runas fueron naciendo bajo la punta de la estela: agilidad, visión nocturna. La cabeza le llegaba justo debajo de la barbilla de Julian. Le miraba directamente al cuello, y lo vio tragar.

—Solo dime... —comenzó él—... solo dime que te hace feliz. Que Mark te hace feliz.

Emma levantó la cabeza de golpe. Había acabado de dibujar las runas y él le cogió la estela de la mano inmóvil. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Julian la estaba mirando a los ojos; los suyos se le volvieron azul oscuro por los colores del cielo nocturno y el mar, que se extendían a su alrededor mientras se acercaba a lo alto de la noria.

—Soy feliz, Jules —contestó Emma. ¿Qué importaba otra mentira entre tantas? Nunca le había resultado fácil mentir, pero estaba aprendiendo. Había descubierto que cuando la seguridad de la gente a la que amaba dependía de ello, podía hacerlo —. Es... es lo más inteligente, lo más seguro para nosotros dos.

La línea de la boca de Julian se endureció.

—Eso no es...

Emma emitió un grito ahogado. Una silueta retorcida se alzó detrás de él; era del color de una mancha de aceite, los pilosos tentáculos sujetos a un radio de la noria. Tenía la boca abierta: un círculo perfecto repleto de dientes.

—¡Jules! —gritó Emma. Saltó fuera de la cesta y se agarró a una de las finas barras de hierro que corrían entre los radios. Colgando de una mano, lanzó un tajo con *Cortana*, que alcanzó al Teuthida cuando este se echaba hacia atrás. La cosa aulló y soltó un chorro de icor. Emma dio un grito cuando la salpicó en el cuello, quemándole la piel.

Un cuchillo se clavó en el cuerpo redondo y nervado del demonio. Mientras se subía a uno de los radios, Emma miró hacia abajo y vio a Julian sobre el borde de la cesta, con otro cuchillo ya en la mano. Apuntó y lo arrojó...

El arma cayó en el suelo de una cesta vacía. El Teuthida, sorprendentemente rápido, había desaparecido de la vista. Emma lo oyó bajar por el entramado de barras de metal que formaba el interior de la noria.

Enfundó a *Cortana* y comenzó a avanzar despacio, dirigiéndose a la base de la noria. Las luces LED estallaron a su alrededor en colores morados y dorados.

Emma tenía icor y sangre en las manos, lo que hacía su descenso más resbaladizo. De un modo extraño, la vista desde la noria era hermosa; el mar y la arena extendiéndose ante ella en todas direcciones, como si estuviera colgando del borde del mundo.

Notó el sabor de la sangre y la sal en la boca. Más abajo, vio a Julian, fuera de la cesta, descendiendo por un radio. Él alzó la mirada hacia ella y señaló en dirección a un punto. Emma siguió la línea de su dedo y vio al Teuthida casi en el centro de la noria.

Los tentáculos se sacudían alrededor del cuerpo bulboso del demonio, y golpeaban el corazón de la noria. Emma notó la reverberación en los huesos. Estiró el cuello para ver qué hacía el monstruo y se quedó helada: el centro de la noria era un enorme perno que la sujetaba a los soportes estructurales. El Teuthida estaba tirando de él, tratando de soltarlo. Si lo lograba, toda la estructura se desprendería y rodaría fuera del muelle, como una rueda de bicicleta sin control.

Emma no se hacía ilusiones de que nadie en la noria, o cerca de ella, pudiera sobrevivir. La rueda caería aplastando a cualquiera que estuviera debajo. Los demonios se alimentaban de la destrucción, de la energía de la muerte. Este iba a darse un banquete.

La noria dio algunas sacudidas. El Teuthida tenía los tentáculos pegados al perno de hierro y tiraba de él con fuerza. Emma redobló su velocidad, sin embargo, estaba demasiado arriba. Julian se hallaba más cerca, pero Emma sabía qué armas llevaba: dos cuchillos arrojados, que ya había lanzado, y los cuchillos serafines, que no eran lo bastante largos para alcanzar al demonio.

Julian la miró mientras se estiraba cuan largo era sobre la barra de hierro. Estaba firmemente agarrado con la mano izquierda y extendía el otro brazo con la mano abierta.

Emma supo de inmediato, sin tener que pensarlo, lo que le estaba proponiendo. Respiró hondo y se soltó del radio.

Cayó al vacío hacia Julian, y abrió la mano. Se agarraron con fuerza entre sí, ella lo oyó lanzar un grito ahogado al soportar su peso. Emma se balanceó hacia adelante y hacia abajo; se aferró a la mano derecha de Julian con su izquierda y con la otra sacó a *Cortana* de la vaina. El impulso de la caída la enviaba hacia adelante, al centro de la noria.

El demonio Teuthida alzó la cabeza cuando ella cortó el aire en dirección a él, y por primera vez Emma le vio los ojos; eran ovalados, satinados por una capa protectora. Casi parecieron abrirse como ojos humanos cuando blandió a *Cortana*. La espada se hundió en la cabeza del demonio y le atravesó el cerebro.

Los tentáculos se sacudieron en un último espasmo agónico; el cuerpo quedó flácido y fue resbalando por uno de los radios de la noria. Llegó al final del mismo y cayó al suelo.

Desde la distancia, Emma creyó oír una fuerte salpicadura. Pero no tuvo tiempo de pensarlo. Julian estaba tirando de ella. Emma envainó a *Cortana* mientras Julian la alzaba hasta el radio en el que se hallaba tumbado, de manera que ella cayó hacia adelante, apoyándose en parte sobre él.

Julian seguía agarrándole la mano, jadeante. Sus ojos se encontraron solo un

segundo. A su alrededor, la noria giraba y los bajaba al suelo. Emma vio la muchedumbre de mundanos en la playa, el resplandor del agua a lo largo de la orilla, incluso una cabeza rubia y otra morena, que podrían ser las de Mark y Cristina...

—Buen trabajo de equipo —dijo Julian al final.

—Lo sé —repuso Emma, y era cierto. Eso era lo peor: que él tenía razón, que aún trabajaban perfectamente juntos como *parabatai*. Como compañeros de lucha. Como un par de soldados que nunca podrían separarse.

Mark y Cristina los esperaban bajo el muelle. Mark se había descalzado y se había metido en el agua. Cristina estaba doblando su hermosa navaja. A sus pies había un amasijo de arena babosa y agonizante.

—¿Habéis visto esa especie de calamar cayendo de la noria? —les preguntó Emma, al acercarse a ellos con Julian.

Cristina asintió.

—Ha caído casi en la orilla. No estaba muerto del todo, así que Mark lo ha arrastrado a la playa y ha acabado con él. —Pateó la arena que tenía delante—. Era muy asqueroso. Mark se ha llenado de babas.

—A mí me ha caído icor encima —explicó Emma, mirando las salpicaduras en su traje—. Era un asco de demonio.

—Sigues estando muy hermosa —dijo Mark con una sonrisa galante.

Emma le sonrió, intentando que no pareciera forzado. Le estaba muy agradecida porque representaba su papel sin protestar, aunque debía de encontrarlo extraño. Cristina opinaba que Mark estaba sobreactuando, pero Emma no lo creía así. A Mark no le gustaba mentir; había pasado tantos años entre las hadas, que eran incapaces de decir mentiras, que le resultaba antinatural.

Julian se había apartado de ellos y volvía a estar al teléfono, hablando en voz baja. Mark salió del agua y metió los pies en las botas. Ni él ni Cristina estaban totalmente cubiertos por un *glamour*, y Emma notó las miradas que les dirigían los mundanos que pasaban por allí; porque era alto y guapo y porque sus ojos brillaban con más intensidad que las luces de la noria. Y porque uno de sus ojos era azul y el otro dorado. Y porque había algo en él, algo indefiniblemente extraño, un rastro asilvestrado de Feéra. Feéra, que siempre hacía pensar a Emma en grandes extensiones abiertas, en la libertad y la anarquía. «Soy un chico perdido —parecían decir sus ojos—. Encuéntrame».

Al acercarse a Emma, Mark alzó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara. Ella sintió un estremecimiento, una sensación de tristeza y euforia, el anhelo de algo, aunque no sabía de qué.

—Era Diana —dijo Julian, y sin siquiera mirarlo, Emma sabía qué cara tendría al hablar: serio, pensativo, considerando con cuidado la situación—. Jace y Clary han llegado con un mensaje de la Cónsul. Van a reunirse en el Instituto y quieren que

vayamos para allá ahora mismo.

2

RIADAS SIN FRENO

Los cuatro fueron directos a la biblioteca del Instituto, sin detenerse siquiera para quitarse el traje de combate. Solo cuando entraron en la sala y Emma se dio cuenta de que Mark, Cristina, Julian y ella estaban manchados con el pegajoso icor del demonio, se preguntó si quizá deberían haberse duchado antes.

El techo de la biblioteca había sufrido importantes daños hacía dos semanas y lo habían reparado a toda prisa; se sustituyó la vidriera de la claraboya por un vidrio liso y reforzado, y la elaborada decoración del techo se hallaba cubierta por una tablazón de madera de serbal con runas talladas.

La madera de serbal era una protección: impedía el paso de la magia negra. También afectaba a las hadas. Emma vio a Mark hacer una mueca de dolor y mirar de lado al entrar en la sala. Le había explicado que la proximidad de una gran cantidad de madera de serbal lo hacía sentirse como si le espolvorearan con pequeñas chispas ardientes. Emma se preguntó qué efecto tendría sobre un hada de pura sangre.

—Me alegro de que hayáis podido venir —dijo Diana. Estaba sentada a la cabecera de una de las largas mesas de la biblioteca, con el cabello recogido en un moño tirante en extremo. Una gruesa cadena de oro le rodeaba el cuello y brillaba sobre su oscura piel. Su vestido blanco y negro estaba, como siempre, impecable y sin arrugas.

Junto a ella se hallaba Diego Rocio Rosales, famoso en la Clave por ser un centurión de gran habilidad, y en la familia Blackthorn por cargar con el nombre de Diego *el Perfecto*. Era irritablemente perfecto, ridículamente apuesto, un luchador espectacular, listo e indefectiblemente cortés. También le había roto el corazón a Cristina antes de que esta se fuera de México, lo que significaba que, en condiciones normales, Emma habría estado planeando su muerte, aunque ya no podía hacerlo porque Cristina y Diego estaban de nuevo juntos desde hacía dos semanas.

Diego le sonrió a Cristina, y sus dientes, blancos y regulares, destellaron. Su insignia de centurión le brillaba en el hombro, con las palabras *Primi Ordines* visibles sobre la plata. No era tan solo un centurión; era uno de los de la Primera Compañía, los mejores entre los mejores de los graduados del Escolamántico. Porque, claro, era perfecto.

Frente a Diana y Diego se sentaban dos personas que Emma conocía muy bien: Jace Herondale y Clary Fairchild, los directores del Instituto de Nueva York; aunque cuando Emma los conoció, eran adolescentes de la edad que ella tenía en ese momento. Jace era todo apostura dorada, un aspecto que se había ido acrecentando

poco a poco al irse haciendo mayor. Clary era pelirroja, con unos obstinados ojos verdes y un rostro engañosamente delicado. Tenía una voluntad de hierro, como Emma sabía muy bien.

Clary se puso en pie de un salto y se le iluminó el rostro, mientras que Jace se recostó en el asiento y sonrió.

—¡Ya estás aquí! —exclamó Clary, corriendo hacia Emma. Llevaba unos vaqueros y una camiseta raída en la que ponía MADE IN BROOKLYN, y que seguramente había pertenecido a su mejor amigo, Simon. Parecía gastada y suave, justo el tipo de camiseta que Emma a menudo le cogía a Julian y luego se negaba a devolver—. ¿Cómo os ha ido con ese demonio calamar?

Emma no pudo responder porque Clary la envolvió con un fuerte abrazo.

—Muy bien —contestó Mark—. Perfecto. Están tan llenos de líquidos, esos calamares...

Lo cierto era que eso parecía complacerlo.

Clary soltó a Emma y frunció el ceño al ver el icor, las algas y las babas inidentificables que se le habían pegado a la camiseta.

—Ya veo a qué te refieres.

—Yo os doy la bienvenida a todos desde aquí —dijo Jace, saludando con la mano—. Hay un molesto olor a calamar procedente de donde os halláis.

Se oyó una risita, rápidamente contenida. Emma miró hacia arriba y vio unas piernas colgando entre los barrotes de la barandilla de la galería superior. Divertida, reconoció las largas piernas de Ty y los calcetines a cuadros de Livvy. Había rincones en la galería que eran perfectos para escuchar a escondidas; no podía ni contar cuántas reuniones de Andrew Blackthorn habían espiado Julian y ella de pequeños, absorbiendo conocimientos y con la sensación de importancia que producía asistir a un encuentro del Cónclave.

Miró de reojo a Julian y vio que él también se había dado cuenta de la presencia de Ty y Livvy; del mismo modo que comprendió que, al igual que hizo ella, había decidido no decir nada al respecto. Pudo captar todo su proceso de pensamiento en la forma de su sonrisa: era curioso lo transparente que Julian le resultaba cuando estaba distraído y lo poco que podía saber de lo que pensaba cuando decidía ocultarlo.

Cristina fue junto a Diego y le puso la mano en el hombro. Él le besó la muñeca. Emma vio a Mark mirándolos con una expresión indescifrable. Él le había hablado de muchas cosas en las dos últimas semanas, pero no de Cristina. Nunca de Cristina.

—Y con este, ¿cuántos demonios marinos hemos tenido en total? —preguntó Diana.

Hizo un gesto para que los recién llegados se sentaran alrededor de la mesa. Lo hicieron, acompañados de ligeros ruiditos húmedos. Emma se colocó junto a Mark pero enfrente de Julian, que le contestó a Diana con la misma calma que si no estuviera goteando icor sobre el suelo pulido.

—Unos cuantos de los pequeños esta última semana —respondió Julian—, pero

eso es normal cuando hay tormentas. Los arrastran a la playa. Hemos llevado a cabo varias patrullas y los Ashdown han hecho lo mismo más al sur. Creo que los hemos pillado a todos.

—Este ha sido el primero realmente grande —continuó Emma—. Quiero decir que antes solo había visto unos pocos de este tamaño. Por lo general no salen del océano.

Jace y Clary intercambiaron una mirada.

—¿Hay algo que debemos saber? —preguntó Emma—. ¿Estáis coleccionando demonios marinos grandes para decorar el Instituto o algo así?

Jace se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa. Tenía un rostro tranquilo y felino, con unos inescrutables ojos color ámbar. En una ocasión, Clary contó que la primera vez que vio a Jace pensó que se parecía a un león. Emma lo entendía: los leones eran tranquilos y perezosos hasta que se ponían en acción.

—Creo que deberíamos hablar de por qué estamos aquí —dijo.

—Pensaba que habíais venido por Kit —repuso Julian—. Con eso de que es un Herondale y todo lo demás...

Desde arriba llegaron unos roces y un leve susurro. Las últimas noches, Ty había estado durmiendo ante la puerta de Kit, un extraño comportamiento sobre el que nadie había hecho ningún comentario. Emma supuso que Ty encontraba a Kit extraño e interesante del mismo modo que a veces consideraba extrañas e interesantes las abejas o las lagartijas.

—En parte —explicó Jace—. Acabamos de regresar de una reunión del Consejo en Idris. Por eso hemos tardado tanto en llegar aquí, aunque yo quería venir lo antes posible en cuanto me enteré de lo de Kit. —Se recostó en la silla y pasó un brazo por el respaldo—. No os sorprenderá saber que hubo una gran discusión sobre el asunto Malcolm.

—¿Te refieres al asunto del Brujo Supremo de Los Ángeles que ha resultado ser un asesino en serie y un nigromante? —preguntó Julian. Y su voz indicaba claramente todo lo que eso implicaba: la Clave no había sospechado de Malcolm, aprobando su nombramiento como Brujo Supremo, ni tampoco hizo nada para impedir los crímenes que él cometía. Fueron los Blackthorn los que se encargaron de eso.

Se oyó otra risita desde arriba. Diana tosió para ocultar una sonrisa.

—Lo siento —les dijo a Jace y a Clary—. Creo que tenemos ratones.

—Yo no he oído nada —repuso Jace.

—Solo nos sorprende que la reunión del Consejo haya acabado tan rápido —comentó Emma—. Pensábamos que tal vez tendríamos que ir a testificar. Sobre Malcolm y sobre todo lo que ha pasado.

Emma y los Blackthorn ya habían testificado con anterioridad ante el Consejo. Años atrás, después de la Guerra Oscura. No era una experiencia que Emma quisiera repetir, pero habría sido una oportunidad para explicar su versión de lo sucedido; de

explicar por qué habían cooperado con las hadas, contraviniendo de forma expresa la Ley de la Paz Fría; por qué habían investigado al Brujo Supremo de Los Ángeles, Malcolm Fade, sin decírselo a la Clave, y por qué hicieron lo que hicieron al averiguar que era el responsable de unos crímenes atroces.

Emma habría tenido la oportunidad de explicar por qué lo había matado.

—Ya se lo habías contado a Robert..., al Inquisidor —le explicó Clary—. Él os creyó. Testificó a vuestro favor.

Julian alzó una ceja. Robert Lightwood, el Inquisidor de la Clave, no era un tipo amigable ni simpático. Le contaron lo que había ocurrido porque era su obligación, pero el Inquisidor no era la clase de persona a la que uno se imaginaría haciendo favores.

—Robert no está tan mal —dijo Jace—. De verdad. Se ha ablandado mucho desde que es abuelo. Y la verdad es que la Clave estaba mucho menos interesada en vosotros que en el *Libro Negro*.

—Al parecer, nadie tenía ni idea de que estaba en esta biblioteca —prosiguió Clary—. El Instituto de Cornwall es famoso por poseer una considerable colección de libros sobre magia negra: el *Malleus Maleficarum* original, el *Daemonatia*. Todos pensaban que el *Libro Negro* se hallaba allí, convenientemente guardado.

—Los Blackthorn solían dirigir el Instituto de Cornwall —explicó Julian—. Quizá mi padre lo trajo consigo cuando lo nombraron director de este Instituto. — Parecía preocupado—. Aunque no se me ocurre para qué podría quererlo.

—Quizá fuera Arthur quien lo trajera —sugirió Cristina—. Siempre le han fascinado los libros antiguos.

Emma negó con la cabeza.

—No puede haber sido él. El libro tenía que estar aquí cuando Sebastian atacó el Instituto, antes de que llegara Arthur.

—¿El hecho de que no hayan querido que fuéramos a testificar tiene que ver con que se haya discutido si van a permitir que me quede aquí? —preguntó Mark.

—En parte —contestó Clary, mirándolo a los ojos—. Pero nunca les habríamos permitido que te devolvieran a la Cacería, Mark. Todos se habrían alzado en contra.

Diego asintió.

—La Clave ha deliberado y están de acuerdo con que Mark se quede aquí con su familia. La orden original solo prohibía a los cazadores de sombras que lo buscaran, pero ha sido él el que ha venido; por tanto, no se ha contravenido la orden.

Mark asintió a su vez, tenso. Nunca había parecido gustarle Diego *el Perfecto*.

—Y creedme —añadió Clary—, se alegraron mucho de poder emplear ese tecnicismo. Creo que incluso los que más odian a las hadas lamentan todo por lo que ha tenido que pasar Mark.

—Pero ¿no por lo que ha tenido que pasar Helen? —intervino Julian—. ¿Qué hay de su regreso?

—Nada —respondió Jace—. Lo siento. No quieren ni oír hablar de eso.

La expresión de Mark se hizo más tensa. En ese momento, Emma pudo ver al guerrero que había en él, la oscura sombra de los campos de batalla que saqueaba la Cacería Salvaje, el caminante en medio de los cadáveres.

—Seguiremos intentándolo —afirmó Diana—. Tenerte de vuelta ya es una victoria, Mark, y presionaremos sobre esa victoria. Pero ahora mismo...

—¿Qué está pasando ahora mismo? —quiso saber él—. ¿No ha acabado la crisis?

—Somos cazadores de sombras —replicó Jace—. Ya aprenderás que la crisis nunca se acaba.

—Ahora mismo —continuó Diana—, el Consejo acaba de informar de que se han visto grandes demonios marinos a lo largo de toda la costa de California. Y en mayor número que nunca. Se han visto más en esta última semana que en toda la pasada década. Ese Teuthida al que os habéis enfrentado no era un caso excepcional.

—Creemos que se debe a que el cuerpo de Malcolm y el *Libro Negro* siguen en el océano —intervino Clary—. Y pensamos que puede ser causado por los hechizos que Malcolm lanzó durante su vida.

—Pero los hechizos de un brujo desaparecen con su muerte —arguyó Emma. Pensó en Kit. Las salvaguardas que Malcolm había colocado alrededor de la casa de los Rook habían desaparecido en cuanto murió. Los demonios solo habían tardado unas horas en atacar—. Fuimos a su casa después de que muriera, para buscar pruebas de lo que había estado haciendo. Todo aquello no era más que un montón de ruinas.

Jace había desaparecido bajo la mesa. Reapareció un momento después sujetando a *Iglesia*, el gato del Instituto a tiempo parcial. *Iglesia* tenía las patas estiradas y una expresión de satisfacción en la cara.

—Eso mismo pensábamos nosotros —explicó Jace mientras acomodaba al gato en su regazo—. Pero al parecer, según Magnus, hay hechizos que se pueden preparar para que se «activen» a la muerte del brujo.

Emma miró a *Iglesia*. Sabía que el gato había vivido en el Instituto de Nueva York, pero resultaba bastante grosero por su parte mostrar sus preferencias de un modo tan descarado. El animal estaba tumbado de espaldas sobre las piernas de Jace, ronroneando y sin hacerle ningún caso a Emma.

—¿Como una alarma que se dispara al abrir una puerta? —inquirió Julian.

—Sí, pero en este caso, la muerte es la puerta que se abre —contestó Diana.

—¿Y qué solución existe? —preguntó Emma.

—Seguramente necesitaremos su cadáver para desactivar el hechizo, por decirlo así —respondió Jace—. Y tener alguna pista de cómo lo hizo tampoco iría mal.

—Las ruinas de la convergencia se han registrado de un modo bastante exhaustivo —afirmó Clary—. Pero mañana buscaremos de nuevo en la casa de Malcolm, para asegurarnos.

—Es un montón de ruinas —les advirtió Julian.

—Ruinas que pronto tendrán que retirarse, antes de que se den cuenta los

mundanos —añadió Diana—. Están cubiertas por un *glamour*, pero es solo temporal. Eso significa que el lugar solo seguirá siendo invisible durante unos pocos días más.

—Y no pasa nada por echarle una última ojeada —manifestó Jace—. Sobre todo ahora que Magnus nos ha dado ciertas ideas sobre qué buscar. —Le acarició las orejas a *Iglesia*, pero no dijo nada más.

—El *Libro Negro* es un poderoso objeto nigromántico —aportó Diego *el Perfecto*—. Podría estar causando alteraciones que ni siquiera somos capaces de imaginar. Que impulse a los demonios marinos que habitan a grandes profundidades a subir hasta las playas significa que los mundanos corren peligro; ya han desaparecido unos cuantos en el muelle.

—En consecuencia —les informó Jace—, un equipo de centuriones llegará mañana...

—¿Centuriones? —El pánico destelló en los ojos de Julian, una mirada de miedo y vulnerabilidad que Emma supuso que solo ella podía ver y que desapareció al instante—. ¿Por qué?

Centuriones. La élite de los cazadores de sombras, entrenada en el Escolamántico, una escuela tallada en las paredes rocosas de los Cárpatos y rodeada de un lago helado. Estudiaban sabiduría esotérica y eran expertos en las hadas y la Paz Fría.

Y al parecer, también en demonios.

—Una gran noticia —exclamó Diego *el Perfecto*. «¿Qué iba a decir él?», pensó Emma. Con rostro satisfecho, Diego se tocó la insignia que llevaba en el hombro—. Ellos podrán encontrar el cadáver y el libro.

—Esperemos que sea así —dijo Clary.

—Pero vosotros ya estáis aquí, Clary —señaló Julian con voz engañosamente suave—. Jace y tú, y si hacéis venir a Simon e Isabelle y a Alec y Magnus, apuesto a que podríais encontrar el cuerpo en un momento.

«No quiere a desconocidos por aquí», pensó Emma. A gente que metiera las narices en los asuntos del Instituto, que exigieran hablar con el tío Arthur. Había conseguido mantener los secretos del Instituto incluso con todo lo que había pasado con Malcolm. Pero de nuevo estaban amenazados, y esta vez por centuriones desconocidos.

—Clary y yo solo estamos de paso —explicó Jace—. No podemos quedarnos, aunque ya nos gustaría. Tenemos otro asunto asignado por el Consejo.

—¿Qué tipo de asunto? —inquirió Emma. ¿Qué misión podía ser más importante que recuperar el *Libro Negro* y limpiar de una vez todo el jaleo que había organizado Malcolm?

Pero por la mirada que intercambiaron Jace y Clary supo que había todo un mundo de cosas más importante ahí fuera, cosas que no se podía ni imaginar. Emma no pudo evitar una pequeña explosión de amargura en su interior, el deseo de ser un poco mayor, de ser igual que Jace y Clary, de conocer sus secretos y los del Consejo.

—Lo siento —contestó Clary—. No podemos decirlo.

—Así que ni siquiera vais a estar por aquí, ¿no? —quiso saber Emma—. Mientras sucede todo esto e invaden el Instituto...

—Emma —exclamó Jace—. Sabemos que estáis acostumbrados a estar solos y tranquilos aquí; teniendo que rendir cuentas únicamente a Arthur.

Si él supiera... Pero no podía ser.

—Pero el objetivo de un Instituto —prosiguió Jace— no es solo centralizar la actividad de la Clave, sino también alojar a los cazadores de sombras que deban permanecer en una ciudad en la que no viven de forma habitual. Hay cincuenta habitaciones que nadie usa. Así que a no ser que haya alguna razón de peso por la que no puedan venir...

Las palabras quedaron colgando en el aire. Diego se miró las manos. No sabía toda la verdad sobre Arthur, pero Emma suponía que la sospechaba.

—Nos la puedes decir a nosotros —le aseguró Clary—. Lo mantendremos en la más estricta confidencialidad.

Pero no correspondía a Emma revelar ese secreto. Se contuvo de mirar a Mark o a Cristina, a Diana o a Julian, los otros de la mesa que sabían toda la verdad sobre quién dirigía en realidad el Instituto. Una verdad que debería ocultarse a los centuriones, porque de otro modo se verían obligados a cumplir con su deber de revelársela al Consejo.

—El tío Arthur no ha estado muy bien, como supongo que ya sabéis —comenzó Julian, mientras hacía un gesto hacia la silla vacía en la que debería haber estado sentado el director del Instituto—. Me preocupa que los centuriones puedan empeorar su estado, pero considerando la importancia de su misión, haremos que se sientan lo más cómodos posible.

—Desde la Guerra Oscura, Arthur ha sufrido repentinos e intensos dolores de cabeza y le duelen las viejas heridas —añadió Diana—. Yo me ocuparé de mediar entre los centuriones y Arthur hasta que se encuentre mejor.

—No hay nada de que preocuparse —afirmó Diego—. Son centuriones; soldados disciplinados y ordenados. No montarán fiestas salvajes ni harán peticiones irrazonables. —Rodeó a Cristina con el brazo—. Me encantará presentarte a algunos de mis amigos.

Cristina le devolvió la sonrisa. Emma no pudo evitar mirar a Mark para ver si este los observaba del modo que lo hacía a menudo, de un modo que le hacía preguntarse cómo era que Julian no se daba cuenta. Algún día lo notaría, y habría preguntas difíciles de responder.

Pero ese día aún no había llegado, porque en algún momento durante los últimos minutos Mark había salido sigilosamente de la biblioteca.

Mark asociaba diferentes habitaciones del Instituto con diversas sensaciones, la mayoría nuevas desde su regreso. La biblioteca recubierta de serbal lo ponía tenso. El

vestíbulo, donde hacía años se había encontrado cara a cara con Sebastian Morgenstern, hacía que le picara la piel y se le calentara la sangre.

En su propio dormitorio se sentía solo. En las habitaciones de los mellizos, la de Dru o la de Tavvy, podía olvidarse de sí mismo haciendo de hermano mayor. En la habitación de Emma se sentía a salvo. El dormitorio de Cristina era zona prohibida para él. En el de Julian se sentía culpable. Y en la sala de entrenamiento, se sentía un cazador de sombras.

Sin darse cuenta, se había dirigido hacia la sala de entrenamiento en cuanto salió de la biblioteca. Aún le resultaba demasiado duro el modo en que los cazadores de sombras ocultaban sus emociones. ¿Cómo podían soportar un mundo en el que Helen se hallaba exiliada? Él casi no podía aguantarlo; todos los días ansiaba la compañía de su hermana. Y sin embargo, todos lo habrían mirado sorprendidos si se hubiera puesto a llorar de dolor o hubiese caído de rodillas. Sabía que Jules no quería que los centuriones se quedaran allí, pero su expresión casi no había cambiado. Las hadas podían enredar o engañar o conspirar, pero nunca ocultaban un dolor verdadero.

Fue suficiente para dirigirlo al estante de las armas, y buscó a tientas cualquiera que le permitiera olvidar practicando. Tiempo atrás, Diana había regentado una tienda de armas en Idris, y siempre había una impecable colección de hermosas armas dispuestas para que entrenaran con ellas: *machaera* griegos de un único filo; *spatha* vikingas, *claymores* escocesas, *zweihänder* y un *bokken* japonés de madera.

Pensó en las armas de las hadas. La espada que él había llevado en la Cacería Salvaje. Los seres mágicos no empleaban nada hecho de hierro, porque las armas y las herramientas de ese metal los hacían enfermar. La espada que había blandido en la Cacería era de cuerno, y se notaba ligera en la mano. Ligera como los dardos élficos que había disparado con su ballesta. Ligera como el viento bajo los cascos de su caballo, como el aire a su alrededor cuando cabalgaba.

Alzó una *claymore* del estante, una espada larga y ancha de doble filo, y la sopesó en la mano. Notó que estaba hecha de acero, que no era hierro exactamente, pero sí una aleación de ese metal; pero él no experimentaba la misma reacción al hierro que un hada de pura sangre.

La notaba pesada en la mano. Pero tantas cosas le estaban resultando pesadas desde su regreso... El peso de sus expectativas era grande. El peso de lo mucho que amaba a su familia también era grande.

Incluso el peso de lo que había entre Emma y él era considerable. Confiaba en ella. No se cuestionaba si estaba haciendo lo correcto; si ella así lo creía, él también lo creía.

Pero las mentiras no le resultaban fáciles, y lo que más odiaba era mentir a su familia.

—¿Mark? —Era Clary, a la que acompañaba Jace. La reunión en la biblioteca debía de haberse acabado. Ambos se habían quitado el traje de combate; el rojo cabello de Clary relucía con intensidad, como una salpicadura de sangre contra su

oscura ropa.

—Aquí estoy —contestó Mark mientras volvía a dejar la espada en la repisa. La luna estaba en lo alto y su luz blanquecina se filtraba por las ventanas. La luna trazaba un camino refulgente sobre el mar, desde donde besaba el horizonte hasta el fondo de la playa.

Jace no había dicho nada aún; observaba a Mark con sus dorados ojos entrecerrados, como los de un halcón. Mark no pudo evitar recordar cómo eran Clary y Jace cuando los conoció, justo después de que la Cacería se lo hubiera llevado. Había estado escondiéndose en unos túneles cerca de la corte seelie cuando ellos aparecieron caminando hacia él, y el corazón le dio un vuelco y se le rompió en pedazos al verlos. No estaban perdidos. No estaban huyendo. No tenían miedo.

Se había preguntado si alguna vez volvería a tener esa clase de orgullo, esa falta de temor. Incluso cuando Jace le puso la luz mágica en la mano, incluso cuando le dijo: «Demuéstrales de qué está hecho un cazador de sombras, demuéstrales que no estás asustado». Mark estaba muerto de miedo.

No por sí mismo, sino por su familia. ¿Cómo les iría en un mundo en guerra sin él para protegerlos?

Sorprendentemente bien, fue la respuesta. No lo habían necesitado para nada. Jules se había ocupado de ellos.

Jace se sentó en el alféizar de la ventana. Estaba más fornido que cuando Mark lo conoció. Más alto, más ancho de espaldas, aunque aún grácil. Corría el rumor de que incluso la reina seelie se había quedado impresionada por su aspecto y porte, y eso que los humanos, incluso los cazadores de sombras, pocas veces impresionaban a la nobleza de las hadas.

Aunque a veces sí. Mark supuso que su propia existencia era prueba de ello. Su madre, lady Nerissa de la corte seelie, había amado a su padre, cazador de sombras.

—Julian no quiere que los centuriones vengan aquí, ¿verdad? —preguntó Jace.

Mark los miró a ambos con suspicacia.

—No sabría decirte.

—Mark no nos va a contar los secretos de su hermano, Jace —terció Clary—. ¿Contarías tú los de Alec?

La ventana detrás de Jace se alzaba alta y clara, tan clara que Mark a veces se imaginaba que salía volando por ella.

—Quizá si fuera por su propio bien... —contestó Jace.

Clary hizo un sonido de duda muy poco elegante.

—Mark —dijo—. Necesitamos tu ayuda. Tenemos algunas preguntas sobre Feéra y sus cortes: algo así como un plano. Y no estamos consiguiendo respuestas, ni del Laberinto Espiral ni del Escolamántico.

—Y la verdad —añadió Jace— es que no queremos que se note mucho que estamos investigando, porque esta misión es secreta.

—¿Vuestra misión es en Feéra?

Ambos asintieron.

Mark se quedó perplejo. Los cazadores de sombras nunca se habían sentido cómodos en Feéra, y desde la Paz Fría la habían evitado como al veneno.

—¿Por qué? —Se apartó con rapidez de la espada—. ¿Es algún tipo de misión de venganza? ¿Porque Iarlath y algunos de los otros cooperaron con Malcolm? ¿O... por lo que le pasó a Emma?

A veces, Emma todavía necesitaba ayuda para cambiarse el último vendaje. Siempre que Mark veía las líneas rojas que le cruzaban la piel, se sentía culpable y asqueado. Eran como una red de hilos sangrientos que lo ligaba a la mentira que ambos estaban representando.

La mirada de Clary era amable.

—No estamos planeando hacer daño a nadie —le aseguró—. No hay ninguna venganza en marcha. Esto va estrictamente sobre información.

—Creéis que estoy preocupado por Kieran —dijo Mark. El nombre se le atragantó como un trozo de hueso roto. Había amado a Kieran, y Kieran lo había traicionado y regresado a la Cacería; siempre que pensaba en él, Mark sentía como si sangrara en algún punto de su interior—. Pues no lo estoy —continuó—. No me preocupa Kieran.

—Entonces, no te importará que hablemos con él —señaló Jace.

—No me preocuparía por él —repuso Mark—. Podría preocuparme por vosotros. Clary soltó una suave risita.

—Gracias, Mark.

—Es hijo del rey de la corte noseelie —explicó Mark—. El rey tiene cincuenta hijos. Todos compiten por el trono. El rey está harto de ellos. Le debía un favor a Gwyn, así que le dio a Kieran como pago. Como si le regalara una espada o un perro.

—Según tengo entendido —dijo Jace—, Kieran vino a verte y se ofreció a ayudarte, en contra de los deseos de la hadas. Corrió un gran peligro por hacer algo así.

Mark supuso que no debería sorprenderlo que Jace supiera eso. Emma a menudo se confiaba a Clary.

—Me lo debía. Por su culpa aquellos a los que amo sufrieron graves heridas.

—Aun así —continuó Jace—, existe la posibilidad de que acepte contestar a nuestras preguntas. Sobre todo si le pudiéramos decir que tú nos respaldas.

Mark no respondió. Clary besó a Jace en la mejilla y le murmuró algo al oído antes de salir de la sala. Jace la observó marcharse con una expresión momentáneamente suavizada. Mark notó una aguda punzada de envidia. Se preguntó si alguna vez él sería así con alguien: el modo en que parecían encajar la amable simpatía de Clary y la fuerza y el sarcasmo de Jace. Se preguntó si alguna vez había sido así con Kieran. Si habría sido así con Cristina, si las cosas hubieran sido de otro modo.

—¿Qué quieres preguntarle a Kieran? —inquirió.

—Varias cosas sobre la reina y sobre el rey —contestó Jace. Y al notar el movimiento impaciente de Mark, añadió—: Te voy a contar un poco, pero recuerda que no debería contarte nada. La Clave pediría mi cabeza por eso. —Suspiró—. Sebastian Morgenstern dejó un arma en una de las Cortes de Feéra —explicó—. Un arma que podría destruirnos a todo, destruir a los nefilim.

—¿Qué hace esa arma? —preguntó Mark.

—No lo sé. Eso es parte de lo que tenemos que averiguar. Pero sabemos que es letal.

Mark asintió.

—Supongo que Kieran os ayudará —dijo—. Y puedo daros una lista de nombres de gente en Feéra que podría simpatizar con vuestra causa, porque no va a ser algo muy popular. No creo que sepáis cuánto os odian. Si tienen un arma, espero que la encontréis, porque ellos no vacilarían en usarla y no tendrían ninguna piedad con vosotros.

Jace lo miró a través de las pestañas doradas que tanto se parecían a las de Kit. Su mirada era fija y vigilante.

—¿Piedad con nosotros? Tú eres uno de nosotros.

—Eso parece depender de a quién se lo preguntes —replicó Mark—. ¿Tienes papel y lápiz? Empezaré con los nombres...

Hacía mucho desde la última vez que el tío Arthur había salido de la habitación del desván donde dormía, comía y trabajaba. Julian arrugó la nariz mientras Diana y él subían por la estrecha escalera; el aire era más rancio que de costumbre, apestando a comida pasada y sudor. Las sombras eran espesas. El propio Arthur era una sombra, encorvado sobre su escritorio, con una luz mágica luciendo en un plato sobre el alféizar de la ventana que le quedaba encima. No reaccionó ante la presencia de Julian y Diana.

—Arthur —lo llamó Diana—, tenemos que hablar contigo.

Se volvió lentamente en la silla. Julian notó que la mirada de su tío se posaba sobre Diana y luego sobre él.

—Señorita Wrayburn —dijo por fin—, ¿qué puedo hacer por ti?

Diana había acompañado a Julian al desván en otras ocasiones, pero no muchas. Como la auténtica situación ya la conocían Mark y Emma, Julian había podido reconocer ante Diana lo que ambos siempre habían sabido pero nunca habían dicho.

Durante años, desde que Julian tenía doce, solo él fue consciente de que su tío Arthur estaba loco, con la mente destrozada debido a su cautiverio en la corte seelie, y él solo había cargado con ese peso. Tenía periodos de lucidez, a los que ayudaba un medicamento que Malcolm Fade le había proporcionado, pero nunca duraban demasiado.

Si la Clave supiera la verdad habría despojado a Arthur de su posición de director

del Instituto al instante. Y entonces lo más probable es que hubiera acabado encerrado en la Basilia, con las salidas y los visitantes prohibidos. En su ausencia, sin ningún Blackthorn adulto para dirigir el Instituto, separarían a los niños, los enviarían a la Academia en Idris, o los repartirían por el mundo. La decisión de Julian de no permitir que eso ocurriera lo había llevado a guardar ese secreto durante cinco años, cinco largos años de ocultar a Arthur del mundo y al mundo de Arthur.

A veces se preguntaba si estaría haciendo lo mejor para su tío. Pero ¿acaso importaba? De un modo u otro, protegería a sus hermanos y hermanas. Sacrificaría a Arthur por ellos, de ser necesario, y si las consecuencias morales a veces lo despertaban en medio de la noche, con un ataque de pánico y sin poder respirar, entonces tendría que vivir con eso.

Recordó los agudos ojos de hada de Kieran clavados en él: «Tienes un corazón despiadado».

Quizá fuera cierto. En ese momento, Julian sentía el corazón muerto dentro del pecho, una masa hinchada y sin latido. Todo parecía estar sucediendo a cierta distancia; incluso le daba la impresión de que se movía más lento por el mundo, como si se abriera paso en medio del agua.

Aun así, era un alivio tener a Diana con él. A menudo, Arthur confundía a Julian con su padre muerto o con su abuelo, pero Diana no era parte de su pasado, y parecía no tener más alternativa que reconocerla.

—La medicina que Malcolm te preparaba... —comenzó Diana—. ¿Alguna vez te habló sobre ella? ¿Lo que llevaba?

Arthur negó moviendo ligeramente la cabeza.

—¿No lo sabe el chico?

Julian supo que se refería a él.

—No —contestó—. Malcolm nunca me habló de eso.

Arthur frunció el ceño.

—¿Hay restos o posos que pudieran analizarse?

—Hace dos semanas usé hasta la última gota que pude encontrar. —Jace había drogado a su tío con un potente cóctel de la medicina de Malcolm la última vez que Jace, Clary y el Inquisidor habían estado en el Instituto. No se había atrevido a correr el riesgo de que Arthur no se mantuviera firme sobre los pies y con la cabeza lo más clara posible.

Julian estaba seguro de que Jace y Clary habrían ocultado el estado de Arthur, de haberlo sabido. Pero pedírsele habría sido imponerles una carga injusta y pesada, y además... no se fiaba del Inquisidor, Robert Lightwood. No podía confiar en él desde hacía cinco años, cuando Robert lo había obligado a soportar el brutal juicio de la Espada Mortal porque no estaba seguro de que Julian no le mentaría.

—¿Tú no has guardado ni un poco, Arthur? —preguntó Diana—. ¿Escondida en alguna parte?

Arthur volvió a negar con la cabeza. Debajo de la tenue luz mágica, parecía viejo,

mucho más viejo de lo que era en realidad, con el cabello salpicado de canas, los ojos descoloridos como el océano al amanecer. Bajo la amplia túnica gris, ocultaba un cuerpo demacrado; los huesos de los hombros se le notaban a través de la tela.

—No sabía que Malcolm resultaría ser lo que era —dijo—. Además, dependía del chico. —Se aclaró la garganta—. Julian.

—Yo tampoco sabía lo de Malcolm —repuso Julian—. La cosa es que vamos a tener invitados. Centuriones.

—*Kentarchs* —murmuró Arthur mientras abría uno de los cajones del escritorio como si fuera a buscar algo en su interior—. Así los llamaban en el ejército bizantino. Pero un centurión siempre era el pilar del ejército. Mandaba sobre cien hombres. Un centurión podía infligir a un ciudadano romano un castigo del que lo normal sería que lo protegiera la ley. Los centuriones estaban por encima de la ley.

Julian no estaba seguro de cuánto tenían en común los centuriones romanos originales y los del Escolamántico. Pero creía que había captado lo que quería decir su tío.

—Muy bien, pues eso significa que debemos ser especialmente cuidadosos. En cómo tendrás que comportarte delante de ellos; en cómo vas a tener que actuar.

Arthur se llevó los dedos a las sienes.

—Estoy tan cansado... —murmuró—. ¿No podríamos...? Si le pudiéramos pedir a Malcolm un poco más de medicina...

—Malcolm está muerto —le recordó Julian. Se lo había dicho a su tío, pero este no parecía haber acabado de asimilarlo. Y ese era justo el tipo de error que no podía cometer delante de extraños.

—Hay drogas mundanas —comentó Diana, después de dudar un momento.

—Pero la Clave... —replicó Julian—. El castigo por buscar tratamientos médicos mundanos...

—Ya sé cuál es —lo cortó Diana con sorprendente aspereza—. Pero estamos desesperados.

—Pero no sabemos qué pastillas darle ni qué dosis. No tenemos ni idea de cómo tratan los mundanos una enfermedad así.

—No estoy enfermo. —Arthur cerró de golpe el cajón—. Las hadas me destrozaron la mente. La noté quebrarse. Ningún mundano podría entender ni tratar algo así.

Diana y Julian intercambiaron una mirada de preocupación.

—Bueno, hay varios caminos que podríamos recorrer. Te dejamos solo, Arthur, y ya lo discutiremos. Sabemos lo importante que es tu trabajo.

—Sí —murmuró el tío de Julian—. Mi trabajo... —Y de nuevo se inclinó sobre sus papeles, olvidando al instante a Diana y a Julian. Mientras este seguía a Diana fuera del cuarto, no pudo evitar preguntarse qué solaz encontraría su tío en las viejas historias de dioses y héroes de un tiempo pasado del mundo, un tiempo en el que taparte los oídos y negarte a escuchar la música de las sirenas podía salvarte de la

locura.

Al pie de la escalera, Diana se volvió hacia Julian y le habló en voz baja.

—Esta noche tenemos que ir al Mercado de Sombras.

—¿Qué? —Julian se quedó perplejo. El Mercado de Sombras estaba fuera de los límites para los nefilim a no ser que estuvieran en una misión, y siempre prohibido para los cazadores de sombras menores de edad—. ¿Contigo?

Diana negó con la cabeza.

—No puedo ir allí.

Julian no preguntó. Era un acuerdo tácito entre ellos: Diana tenía secretos y Julian no podía presionarla para que se los contara.

—Pero habrá brujos —continuó Diana—. Algunos que no conocemos y otros que guardarán silencio por un precio. Unos que no reconocerán tu cara. Y hadas. A fin de cuentas, se trata de una locura causada por las hadas, y no un proceso natural. Quizá sepan cómo revertirlo. —Permaneció callada durante un momento, pensando—. Llévate a Kit —dijo finalmente—. Conoce el Mercado de Sombras mejor que nadie a quien podamos preguntar, y los subterráneos confían en él.

—Pero solo es un niño —protestó Julian—. Y no ha salido del Instituto desde que murió su padre. —«Asesinado, en verdad. Hecho pedazos ante sus ojos»—. Podría resultarle muy duro.

—Tendrá que acostumbrarse a que las cosas le resulten duras —replicó Diana con determinación—. Ahora es un cazador de sombras.

3

DONDE HABITAN LOS DEMONIOS NECRÓFAGOS

Un tráfico horrible hizo que Julian y Kit tardaran una hora en ir desde Malibú hasta Old Pasadena. Cuando por fin encontró aparcamiento, Julian tenía un espantoso dolor de cabeza, y no lo ayudaba que Kit casi no hubiera abierto la boca desde que salieron del Instituto.

Incluso después de tanto rato desde la puesta de sol, en el cielo, hacia el oeste, aún se veían rastros de granate sobre el negro. El viento soplaba desde el este, lo que significaba que en medio de la ciudad se podía respirar el desierto: arena y gravilla, cactus y coyotes, el olor a salvia quemada.

Kit saltó fuera del coche en cuanto Julian apagó el motor, como si no soportara estar ni un minuto más junto a él. Cuando pasaron la salida de la autovía que llevaba a la antigua casa de los Rook, Kit le preguntó si podían desviarse para ir a buscar su ropa. Julian le dijo que no, que no era seguro, sobre todo por la noche. Kit lo miró como si Julian le hubiera clavado un cuchillo por la espalda.

Julian se había acostumbrado a los ruegos, a las malas caras y a que le dijeran que lo odiaban. Tenía cuatro hermanos menores. Pero Kit tenía un arte especial en su manera de mirar fijamente. Lo decía en serio de verdad.

Cuando Julian cerró el coche a su espalda, Kit soltó un bufido.

—Tienes pinta de cazador de sombras.

Julian se miró a sí mismo. Vaqueros, botas, un blazer *vintage* que le había regalado Emma. Como las runas de *glamour* no servían de mucho en el Mercado, había recurrido a bajarse todo lo posible la manga para cubrir la runa de la visión, y a alzarse el cuello de la camisa para ocultar los bordes de las Marcas, que de otro modo le hubieran sobresalido.

—¿Qué? —protestó—. No se me ven las Marcas.

—No hace falta —replicó Kit con voz aburrida—. Pareces un poli. Todos vosotros parecéis polis.

El dolor de cabeza de Julian se intensificó.

—¿Alguna sugerencia?

—Déjame ir solo —contestó Kit—. Me conocen y confían en mí. Responderán a mis preguntas y me venderán todo lo que quiera. —Tendió la mano—. Necesitaré algo de dinero, claro.

Julian lo miró con incredulidad.

—No creerías de verdad que eso iba a colar, ¿verdad?

Kit se encogió de hombros y retiró la mano.

—Podría haber colado.

Julian se encaminó hacia el callejón que llevaba a la entrada del Mercado de Sombras. Solo había estado allí una vez, años atrás, pero lo recordaba bien. Los Mercados de Sombras habían surgido a partir de la Paz Fría, como un modo de que los subterráneos pudieran hacer negocios lejos de las restricciones de las nuevas Leyes.

—Déjame que lo adivine. ¿Tu plan era que te diera algo de dinero, fingir que ibas al Mercado de Sombras, y meterte en el primer autobús que saliera de la ciudad?

—La verdad es que mi plan era que me dieras algo de dinero, fingir que iba al Mercado de Sombras y meterme en el metro —respondió Kit—. Ahora tienen trenes que salen de la ciudad. Un gran avance, ¿sabes? Deberías tratar de estar al día de esas cosas.

Por un instante, Julian se preguntó qué le haría Jace si estrangulara a Kit. Pensó si decir eso en voz alta, pero habían llegado al final del callejón, donde se veía un ligero ondear del aire. Agarró a Kit por el brazo y le hizo atravesar la pantalla al mismo tiempo que él.

Al otro lado, salieron al calor del Mercado. La luz estalló a su alrededor, tapando las estrellas en lo alto. Incluso la luna parecía una cáscara pálida.

Julian seguía aferrando el brazo de Kit, pero este no hacía nada para echar a correr. Miraba en torno a ellos con un candor que lo hacía parecer más joven (a veces, a Julian le costaba recordar que Kit tenía la misma edad que Ty). Sus ojos claros del color del cielo, sin el tono verdoso que caracterizaba los ojos de los Blackthorn, recorrían todo el Mercado, absorbiendo los detalles.

Filas de casetas iluminadas por antorchas que brillaban con fuego dorado, azul y verde ponzoña. Celosías cargadas de flores que caían en cascada, más frondosas y de olor más dulce que las adelfas blancas o las flores de jacarandá, decoraban los laterales de las casetas. Hermosas chicas y chicos hada bailaban al son de caramillos y flautas. Por todas partes se oían voces que clamaban: «¡Vengan y compren! ¡Vengan y compren!». Se vendían armas, joyas, viales de pociones y ungüentos.

—Por aquí —dijo Kit, liberando el brazo de la mano de Julian.

Este lo siguió. Notaba los ojos posados sobre ellos, y se preguntó si Kit tendría razón: parecía un poli, o su versión sobrenatural, como mínimo. Era un cazador de sombras, siempre había sido un cazador de sombras. No podía deshacerse de su naturaleza.

Habían alcanzado uno de los extremos del Mercado, donde la luz era más tenue y se veían las líneas blancas pintadas en el asfalto a sus pies, que indicaba que ese lugar, durante el día, era un aparcamiento.

Kit se acercó al tenderete más próximo, donde un hada se hallaba sentada frente a un cartel que anunciaba que se decía la buena ventura y se vendían filtros de amor. Ella lo miró con una gran sonrisa mientras se aproximaba.

—¡Kit! —exclamó. Llevaba un mínimo vestido blanco que contrastaba con su

piel azul pálido, y las puntiagudas orejas le sobresalían de la cabellera color lavanda. Finas cadenas de oro y plata le colgaban del cuello y las muñecas. Miró mal a Julian—. ¿Qué está haciendo este aquí?

—No te preocupes por el nefilim, Hyacinth —contestó Kit—. Yo respondo por él. Solo quiere comprar algo.

—¿Acaso no lo quieren todos? —murmuró ella, y le lanzó a Julian una mirada astuta—. Eres guapo —le dijo—. Tus ojos son casi del mismo color que los míos.

Julian se acercó al tenderete. En momentos como ese le hubiera gustado ser más bueno flirteando. Pero no lo era. En toda su vida no había sentido el más mínimo deseo por otra mujer que no fuera Emma, así que flirtear era algo que no estaba entre sus habilidades.

—Busco una poción que cure la locura de un cazador de sombras —explicó—. O al menos que detenga los síntomas durante un tiempo.

—¿Qué tipo de locura?

—Lo torturaron en las Cortes —soltó Julian sin ambages—. Se le quebró la mente por las alucinaciones que vio y las pociones que lo obligaron a tomar.

—¿Un cazador de sombras con una locura provocada por las hadas? Oh, vaya —exclamó ella. Había escepticismo en su tono. Julian comenzó a hablarle del tío Arthur sin mencionar su nombre: su situación y su estado; que sus periodos de lucidez iban y venían; que a veces su humor se tornaba sombrío y cruel; que solo en algunas ocasiones reconocía a su familia. Describió la poción que Malcolm solía preparar para Arthur antes, cuando confiaban en Malcolm y creían que era su amigo.

Aunque tampoco mencionó el nombre de Malcolm.

La hada meneó la cabeza cuando Julian hubo acabado.

—Deberías preguntarle a un brujo —dijo—. Ellos tratarán con los cazadores de sombras. Yo no. No tengo ningunas ganas de meterme en líos con las Cortes o la Clave.

—Nadie tendría que saberlo —insistió Julian—. Y te pagaría bien.

—Niño. —Había algo de lástima en su voz—. ¿Crees que puedes esconder tus secretos a todo el Inframundo? ¿Crees que el Mercado no ha estado hablando sin cesar de las noticias de la caída del Guardián y la muerte de Johnny Rook? ¿De que ya no tengamos un Brujo Supremo? ¿De la desaparición de Anselm Nightshade, aunque fuera un hombre terrible...? —Negó con la cabeza—. No deberíais haber venido aquí. No es un lugar seguro para ninguno de los dos.

Kit parecía asombrado.

—Te refieres a él, supongo —repuso, señalando a Julian con un gesto de la cabeza—. No es seguro para él.

—Ni para ti tampoco, muchachito —dijo una voz grave a sus espaldas.

Ambos se volvieron. Un hombre bajo se hallaba ante ellos. Era muy blanco, con un tono de piel pálido y enfermizo. Llevaba un traje con chaleco de lana gris, con el que debía de asarse de calor cuando el tiempo era cálido. El cabello y la barba eran

oscuros y cuidados.

—Barnabas —dijo Kit, parpadeando. Julian notó que Hyacinth se encogía ligeramente en su tenderete. Una pequeña multitud se había reunido detrás de Barnabas.

El hombre bajo avanzó un paso.

—Barnabas Hale —se presentó, tendiendo la mano. En cuanto sus dedos se cerraron alrededor de los de Julian, este notó que se le tensaban los músculos. Solo la afición de Ty por las lagartijas y las serpientes, y el haber tenido que sacarlas del Instituto y devolverlas de nuevo a la naturaleza, hizo que Julian no retirara la mano.

La piel de Barnabas era una red de escamas blanquecinas. Tenía los ojos amarillos, que miraban divertidos a Julian, como si esperaran que este apartara la mano de golpe. Las escamas que tocaban la piel de Julian eran como guijarros lisos y fríos; no eran babosas, pero lo parecían. Julian mantuvo el apretón de manos durante unos largos instantes antes de bajar el brazo.

—Eres un brujo —afirmó.

—Nunca he dicho que fuera otra cosa —replicó Barnabas—. Y tú eres un cazador de sombras.

Julian suspiró y se colocó la manga en su sitio.

—Supongo que no tiene mucho sentido tratar de esconderlo.

—Ninguno —afirmó Barnabas—. La mayoría de nosotros podemos reconocer a un nefilim en cuanto lo vemos, y además, el joven señor Rook ha sido la comidilla de la ciudad. —Volvió sus ojos de estrechas pupilas hacia Kit—. Lamento lo de tu padre.

Kit le agradeció la deferencia con una leve inclinación de cabeza.

—Barnabas es el dueño del Mercado de Sombras. Al menos, es dueño de la tierra sobre la que se halla el Mercado, y cobra los alquileres de los tenderetes.

—Cierto —repuso Barnabas—. Así que entenderás que hablo en serio cuando os pido a los dos que os marchéis.

—No estamos causando ningún problema —dijo Julian—. Hemos venido a hacer negocio.

—Los nefilim no «hacen negocio» en el Mercado de Sombras —replicó Barnabas.

—Estoy seguro de que sí lo hacen —insistió Julian—. Un amigo mío compró unas flechas aquí no hace mucho. Resultó que estaban envenenadas. ¿Alguna idea sobre eso?

Barnabas le clavó un dedo cuadrado en el pecho.

—Eso es lo que quería decir. No puedes dejar de hacerlo, incluso cuando te lo propones; no puedes dejar de pensar que eres tú quien pregunta y hace las reglas.

—Sí, son ellos los que hacen las reglas —lo secundó Kit.

—Kit —dijo Julian, hablándole disimuladamente—. Eso no ayuda.

—Un amigo mío desapareció el otro día —comentó Barnabas—. Malcolm Fade. ¿Alguna idea sobre esto?

Se oyó un murmullo entre la multitud que se había reunido tras ellos. Julian abría y cerraba los puños pegados a los costados. De haber estado solo, no se habría preocupado; no le habría costado salir de entre la multitud y llegar al coche. Pero teniendo que proteger a Kit, iba a ser más difícil.

—¿Lo ves? —replicó Barnabas—. Por cada secreto que crees saber, nosotros sabemos otro. Sé lo que le pasó a Malcolm.

—¿Sabes lo que hizo? —le preguntó Julian, controlando con cuidado la voz. Malcolm era un asesino, un asesino en serie. Había matado tanto a subterráneos como a mundanos. Sin duda, no se podía culpar de su muerte a los Blackthorn—. ¿Acaso sabes por qué ocurrió?

—Solo veo a otro subterráneo muerto a manos de los nefilim. Y Anselm Nightshade también, apresado por hacer un poco de magia sencilla. ¿Y qué vendrá después? —Escupió en el suelo a sus pies—. Quizá hubo un tiempo en el que toleraba a los cazadores de sombras en el Mercado, en el que estaba dispuesto a aceptar su dinero. Pero ese tiempo ha pasado. —La mirada del brujo se clavó en Kit—. Márchate —le ordenó—. Y llévate a tu amigo nefilim contigo.

—No es mi amigo —replicó Kit—. Y no soy como ellos, soy como tú...

Barnabas negaba con la cabeza. Hyacinth observaba la situación, con sus manos azules bajo la barbilla y los ojos muy abiertos.

—Se acerca un tiempo oscuro para los cazadores de sombras —declaró Barnabas—. Un tiempo terrible. Su poder será aplastado, su altivez quedará por tierra y su sangre correrá como agua por los lechos de los ríos del mundo.

—Ya basta —le soltó Julian con firmeza—. Deja de tratar de asustarlo.

—Pagaréis por la Paz Fría —continuó el brujo—. La oscuridad se acerca, y harás bien, Christopher Herondale, manteniéndote lejos del Instituto y de los cazadores de sombras. Ocúltate como hizo tu padre, y su padre antes que él. Solo entonces estarás a salvo.

—¿Cómo sabes quién soy? —quiso saber Kit—. ¿Cómo sabes mi auténtico nombre?

Era la primera vez que Julian lo había oído admitir que Herondale era su auténtico apellido.

—Todo el mundo lo sabe —contestó Barnabas—. Es de lo único que se ha hablado en el Mercado durante días. ¿No te has fijado en que todos te miraban cuando has llegado?

Así que no habían mirado a Julian. O al menos, no solo a Julian. Pero no era un gran consuelo, pensó Jules, al ver la expresión en el rostro de Kit.

—Pensaba que podría volver aquí —dijo Kit—. Ocuparme del tenderete de mi padre. Trabajar en el Mercado.

Una lengua bífida se agitó entre los labios de Barnabas.

—Si naces cazador de sombras, siempre serás cazador de sombras —replicó—. No puedes lavar esa mácula de tu sangre. Te lo digo por última vez, muchacho: vete

del Mercado. Y no vuelvas.

Kit retrocedió y miró a su alrededor; vio, por primera vez, los rostros vueltos hacia él, la mayoría inexpresivos y hostiles; muchos, cargados de ávida curiosidad.

—Kit... —comenzó Julian, tendiendo la mano.

Pero el muchacho había salido corriendo.

Julian solo tardó un momento en alcanzarlo; el chico no trataba de escapar, solo se abría paso ciegamente, empujando a la gente, sin saber adónde iba. Julian lo detuvo delante de un enorme tenderete que parecía estar medio destruido.

Solo quedaban las estructuras de madera. Parecía como si alguien lo hubiera destrozado a propósito. Había astillas de madera por todas partes. Un cartel colgaba torcido de lo alto, y rezaba: ¿MEDIO SOBRENATURAL? ¡NO ESTÁS SOLO, LOS SEGUIDORES DEL GUARDIÁN DESEAN QUE TE APUNTES A LA LOTERÍA! ¡DEJA QUE LA SUERTE ENTRE EN TU VIDA!

—El Guardián... —murmuró Kit—. Era Malcolm Fade, ¿no?

Julian asintió sin hablar.

—Fue él quien lio a mi padre con todo ese rollo de los Seguidores y el Midnight Theater —explicó Kit en un tono casi pensativo—. Fue culpa de Malcolm que mi padre muriera.

Julian no dijo nada. Johnny Rook no había sido un dechado de virtudes, pero era el padre de Kit. Y padre solo hay uno. Kit no se equivocaba.

El muchacho le propinó un puñetazo tan fuerte como pudo al cartel, que cayó repicando al suelo. En el instante antes de que Kit retirara la mano, con un guiño de dolor, Julian vio un destello del cazador de sombras que era. Julian tuvo la certeza de que, si el brujo no estuviera muerto ya, Kit habría matado a Malcolm.

Un grupo los había seguido desde el tenderete de Hyacinth, observándolos. Julian le puso una mano a Kit en el hombro, y este no se apartó.

—Vámonos —dijo Julian.

Emma se duchó con cuidado; lo peor de tener el pelo largo siendo cazadora de sombras era que nunca se sabía si, después de una pelea, estaría mojado de icor. Una vez, se le quedó la nuca verde durante una semana.

Cuando salió volvió a su dormitorio. Se había puesto unos *leggings* y una camiseta de tirantes y se estaba secando el pelo con una toalla verde. Encontró a Mark enroscado al pie de la cama, leyendo *Alicia en el País de las Maravillas*.

Llevaba puestos los pantalones de un pijama de algodón que Emma había comprado por tres dólares a un vendedor ambulante junto a un gran almacén de informática. A Mark le gustaban mucho porque con el tejido ligero y la confección holgada se parecían al tipo de pantalones que había usado en Feéra. Si le molestaba que estuvieran estampados con tréboles verdes y las palabras BUENA SUERTE, no lo demostraba. Se incorporó cuando Emma entró, se pasó las manos por el pelo y le

sonrió.

Mark tenía una sonrisa capaz de partir el corazón. Parecía ocuparle todo el rostro e iluminarle los ojos, incendiando el azul y el dorado que había en ellos.

—¡Una extraña tarde, pardiez! —exclamó él.

—Déjate de *pardieces*. —Se dejó caer sobre la cama junto a él. Mark no quería dormir en la cama, pero no parecía importarle usar el colchón como una especie de sofá gigante. Dejó el libro y se apoyó contra los pies de la cama—. Ya sabes mis reglas sobre los *pardieces* en mi cuarto. Y también sobre los «destos», los «susos» y los «deyusos».

—¿Y qué hay de «bellaco»?

—El castigo por «bellaco» es severo —contestó ella—. Tendrás que correr desnudo hasta el océano delante de los centuriones.

Mark parecía confuso.

—¿Y entonces?

Emma suspiró.

—Perdona, me había olvidado. A la mayoría de nosotros nos incomoda estar desnudos delante de extraños. Te lo aseguro.

—¿De verdad? ¿Nunca te has bañado desnuda en el océano?

—Esa es una cuestión diferente, pero no, nunca lo he hecho. —Se tumbó junto a él.

—Deberíamos hacerlo algún día —dijo él—. Todos.

—No puedo imaginarme a Diego *el Perfecto* arrancándose la ropa y lanzándose al agua delante de todos nosotros. Quizá solo delante de Cristina. Tal vez.

Mark bajó de la cama y se tumbó sobre el montón de mantas que ella le había preparado en el suelo.

—Lo dudo. Apuesto a que se baña con la ropa puesta. Porque, si no, tendría que quitarse su insignia de centurión.

Emma rio y él le respondió con una sonrisa, aunque parecía cansado. Ella estaba igual. No eran las actividades normales de cazadores de sombras lo que la agotaba; era fingir. Quizá tuviera sentido que Mark y ella solo pudieran relajarse por la noche estando juntos, ya que entonces no había nadie ante quien tuvieran que fingir.

Esas eran las únicas veces que Emma se había relajado desde que Jem le había explicado lo de la maldición de los *parabatai*, que los que se enamoraban enloquecían y se destruían a ellos mismos junto con todos a los que amaban.

No había dudado: no podía permitir que eso sucediera. Ni a Julian, ni a su familia, a la que ella tanto quería. No podía dejar de amar a Julian, así que había hecho que él dejara de amarla a ella.

El propio Julian le había dado la clave solo unos días antes. Palabras susurradas contra su piel en un raro momento de vulnerabilidad: tenía celos de Mark; celos de que Mark pudiera hablar con ella, flirtear con ella como si nada, mientras que él siempre tenía que ocultar sus sentimientos.

En ese momento, Mark estaba apoyado contra el pie de la cama a su lado, con los ojos medio cerrados. Medialunas de color bajo los párpados, las pestañas más oscuras que el cabello. Recordó pedirle que fuera a su habitación. «Necesito que finjas que estamos saliendo; que nos estamos enamorando».

Él le había tendido la mano y ella vio la tormenta en sus ojos. Una ferocidad que le recordó a Emma que Feéra era algo más que hierba verde y bailes. Que también había una crueldad salvaje y desalmada, lágrimas y sangre, rayos que hendían el cielo nocturno como un puñal.

«¿Por qué mentir?», le había dicho él.

Por un momento, Emma pensó que él le preguntaba: «¿Por qué quieres decir esta mentira?». Pero no era eso. Lo que le había preguntado era: «¿Por qué mentir cuando podemos hacer que sea cierto?».

Permaneció ante él, sufriendo en el fondo de su alma, en todos los lugares de los que se había arrancado a Julian igual que si fuera una parte de ella.

Se decía que a veces los hombres se unían a la Cacería Salvaje después de haber soportado una gran pérdida, prefiriendo gritar su dolor a los cielos que sufrir en el silencio de sus ordinarias y grises vidas. Recordó haber cruzado el cielo con Mark, con los brazos de él rodeándole la cintura; había dejado que el viento se llevara sus gritos de entusiasmo, excitada ante la libertad del cielo, donde no había dolor ni inquietud, solo olvido.

Y ahí estaba Mark, hermoso del mismo modo que el cielo nocturno era hermoso, ofreciéndole esa misma libertad con la mano tendida.

«¿Y si pudiera amar a Mark? —pensó—. ¿Y si pudiera convertir esta mentira en verdad?».

Entonces ya no habría mentira. Si pudiera amar a Mark, se acabaría el peligro. Julian estaría a salvo.

Había asentido y aceptado la mano de Mark.

Se permitió recordar aquella noche en su cuarto, la mirada en los ojos de Mark al preguntarle: «¿Por qué mentir?». Recordaba que la había agarrado con firmeza, rodeándole con los dedos la muñeca. Recordaba cómo casi se cayeron en su prisa por acercarse al otro, chocando con torpeza, como si hubieran estado bailando y perdido el paso. Ella había cogido a Mark por los hombros para besarlo.

Su cuerpo era nervudo gracias a la Cacería, pero no tan musculoso como el de Julian, y los huesos de la clavícula y los hombros se le marcaban. Pero cuando Emma le metió las manos bajo el cuello de la camisa y lo acarició bajo la nuca, su piel era suave. Y su boca era cálida sobre la de ella.

Tenía un sabor agrídulce y despedía calor, como si tuviera fiebre. Instintivamente, Emma se acercó más a él; no se dio cuenta de que estaba temblando, pero así era. Mark abrió la boca sobre la de ella; le exploró los labios con los suyos, provocándole lentas oleadas de calor que le recorrían todo el cuerpo. La besó en la comisura de la boca, rozó los labios contra su mentón, su mejilla.

Y se echó hacia atrás.

—Esto... —dijo perplejo—. Sabes a sal.

Emma retiró la mano derecha, con la que le cogía el cuello, y se tocó la cara. La tenía mojada. Había estado llorando.

Mark frunció el ceño.

—No lo entiendo. Quieres que el mundo piense que somos pareja y sin embargo estás llorando como si te hubiera hecho daño. ¿Te he hecho daño? Julian nunca me lo perdonaría.

Oír el nombre de Julian casi acabó con ella. Se sentó a los pies de la cama, aferrándose las rodillas.

—Julian tiene demasiado de lo que ocuparse —indicó ella—. No puedo dejar que se preocupe por mí. Sobre mi relación con Cameron.

En silencio, pidió disculpas a Cameron Ashdown, que en realidad no había hecho nada mal.

—No es una buena relación —continuó—. No es sana. Pero siempre que acaba, vuelvo a caer. Necesito romper ese patrón. Y necesito que Julian no se preocupe de eso. Ya tiene demasiado: la Clave investigará las consecuencias de la muerte de Malcolm, nuestra relación con las Cortes...

—Calla —la interrumpió mientras se sentaba a su lado—. Lo entiendo.

Cogió la manta de la cama. Emma lo observó sorprendida mientras él los tapaba a ambos y la remetía alrededor de sus hombros.

Entonces, Emma pensó en la Cacería Salvaje, en cómo debía de haber sido él con Kieran, agazapados en refugios, envolviéndose en sus capas para protegerse del frío.

Mark le recorrió el borde de los pómulos con el dedo, pero era un gesto amistoso. El ardor que hubo en su beso había desaparecido. Y Emma se alegró. Le parecía inadecuado sentir eso, incluso una sombra de eso, con alguien que no fuera Julian.

Se apoyó en su hombro con gran alivio.

—Debes decírselo a Cristina —añadió él—. Es tu mejor amiga; no se lo puedes ocultar.

Emma asintió. Ya había pensado en decírselo a Cristina. Ella era la única que sabía lo que sentía por Julian, y no creería ni por un momento que Emma se hubiera enamorado de repente de Mark. Se lo tendría que decir por una simple cuestión práctica, y Emma se alegraba de ello.

—Puedo confiar totalmente en ella —dijo—. Y ahora... háblame de la Cacería Salvaje.

Él comenzó a contar, tejiendo la historia de una vida vivida en las nubes, en el desierto y en lugares perdidos del mundo. Ciudades vacías en el fondo de cañones de cobre. La cáscara de Oradour-sur-Glâne, donde Kieran y él habían dormido en un pajar medio quemado. La arena y el olor a mar de Chipre, en una ciudad de vacaciones vacía donde los árboles crecían a través de los suelos de lujosos hoteles abandonados.

Poco a poco, Emma se fue durmiendo, con Mark abrazándola y susurrándole historias. Para su sorpresa, él había vuelto la noche siguiente; eso ayudaría a que su relación pareciera más convincente, afirmó, pero en sus ojos vio que había disfrutado de su compañía, al igual que ella.

Y desde entonces habían pasado juntos todas las noches, tumbados en las mantas amontonadas en el suelo, intercambiando historias. Emma le hablaba de la Guerra Oscura, de cómo a veces se sentía perdida al no tener que seguir buscando al responsable de la muerte de sus padres, y Mark le hablaba de sus hermanos y hermanas, de cómo Ty y él habían discutido y de que le preocupaba haberle hecho pensar a su hermano menor que no podía confiar en él de un modo permanente, como si fuera a marcharse en cualquier momento.

—Dile que puede que te vayas, pero que siempre volverás con él —sugirió Emma—. Dile que lamentas que hubiera pensado otra cosa.

Mark solo asintió. Nunca le dijo si había seguido su consejo, pero ella sí que siguió el de él y se lo contó todo a Cristina. Le supuso un gran alivio, y lloró en brazos de su amiga durante varias horas. Incluso obtuvo el permiso de Julian para explicarle a Cristina una versión resumida de la situación con Arthur; lo suficiente para dejarle claro lo mucho que se necesitaba a Julian en el Instituto, con su familia. Le había pedido permiso a este para compartir esa información; una conversación de lo más incómoda, pero finalmente él casi pareció aliviado de que alguien más lo supiera.

Hubiera querido preguntarle si iba a explicar pronto al resto de la familia la verdad sobre Arthur. Pero no pudo. Julian había levantado unos muros a su alrededor que parecían tan impenetrables como los espinos que rodeaban el castillo de la Bella Durmiente. Se preguntaba si Mark lo habría notado, si alguno de los otros lo habría notado, o si solo ella podía verlo.

En ese momento, se volvió para mirar a Mark, que estaba dormido en el suelo, con la mejilla apoyada en la mano. Emma bajó de la cama, se colocó entre las mantas y las almohadas y se acurrucó a su lado.

Mark dormía mejor cuando estaba con ella; se lo había dicho y ella lo creía. También estaba comiendo mejor, ganando músculo con rapidez, mientras las cicatrices se le difuminaban y el color le regresaba a las mejillas. Emma se alegraba. Todos los días se sentía como si estuviera muriendo por dentro, pero ese era su problema. Nadie le debía su ayuda, y en cierto modo, agradecía el dolor. Significaba que Julian no estaba sufriendo solo, aunque él creyera que sí.

Y si podía ayudar a Mark de alguna manera, eso ya era algo. Lo quería, lo quería de la forma en que debería querer a Julian: el tío Arthur lo hubiera llamado *philia*, amor de amistad. Y aunque nunca podría contarle a Julian cómo Mark y ella se estaban ayudando mutuamente, al menos sí que había algo que podía hacer por él: que su hermano fuera más feliz.

Aun cuando él nunca llegara a saberlo.

Una llamada a la puerta la arrancó de sus pensamientos. Se puso en pie de golpe; la sala estaba sumida en la penumbra, pero pudo distinguir la cabellera roja y el rostro curioso de Clary mirando por la puerta entreabierta.

—¿Emma? ¿Estás despierta? ¿Estás en el suelo?

Miró a Mark. Él sí que dormía, acurrucado entre las mantas, oculto a Clary. Emma le mostró dos dedos alzados y ella asintió y cerró la puerta; dos minutos después, Emma ya estaba en el pasillo, subiéndose la cremallera de una sudadera.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar? —preguntó Clary. Seguía siendo tan menuda, pensó Emma, que costaba recordar que ya tenía más de veinte años. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas, lo que aún la hacía parecer más joven.

—En el tejado —decidió Emma—. Sígueme.

Condujo a Clary escaleras arriba, hasta la escalerilla y la trampilla, y luego hasta la oscura extensión del tejado. No había estado allí desde la noche que subió con Mark. Daba la sensación de que hubieran pasado años, aunque solo habían sido unas semanas.

El calor del día había dejado las negras tejas calientes y pegajosas, pero la noche era fresca, como lo eran siempre las noches del desierto, donde la temperatura bajaba en picado en cuanto se escondía el sol. La brisa del océano le alborotó el pelo a Emma.

Cruzó el tejado, con Clary siguiéndola, hasta su lugar favorito: una despejada vista del océano a lo lejos, la autovía metiéndose entre las colinas por debajo del Instituto, las montañas alzándose tras picos sombríos.

Emma se sentó en el borde del tejado, con las rodillas dobladas, y dejó que el aire del desierto le acariciara la piel y el pelo. La luz de la luna le coloreaba de plata las cicatrices, sobre todo la más gruesa, que tenía en el interior del antebrazo derecho. Se la había hecho en Idris, cuando se había despertado gritando, llamando a sus padres, y Julian, sabiendo lo que necesitaba, le había puesto a *Cortana* entre los brazos.

Clary se sentó ágilmente junto a Emma, con la cabeza inclinada como si estuviera escuchando la rugiente respiración del océano, sus suaves vaivenes.

—Bueno, sin duda superáis en mucho al Instituto de Nueva York en lo que a vistas se refiere. Lo único que yo puedo ver desde el tejado de allí es Brooklyn. —Se volvió hacia Emma—. Jem Carstairs y Tessa Gray te envían recuerdos.

—¿Son los que os hablaron de Kit? —preguntó Emma. Jem era un pariente lejano de Emma, y aunque aparentaba veintipocos años, tenía más de ciento veinticinco. Tessa era su esposa, una poderosa bruja por derecho propio. Habían hallado a Kit y a su padre justo cuando a Johnny Rook lo estaban despedazando los demonios.

Clary asintió.

—Están cumpliendo una misión; ni siquiera han querido decirme lo que están buscando.

—Creía que buscaban el *Libro Negro*, ¿no?

—Puede ser. Sé que primero iban a pasar por el Laberinto Espiral. —Clary se

echó hacia atrás y se apoyó en las palmas de las manos—. También sé que a Jem le gustaría estar aquí por ti. Ser alguien con quien pudieras hablar. Le dije que siempre podías hablar conmigo, pero ni siquiera has llamado desde la noche en la que murió Malcolm...

—No murió. Yo lo maté —la interrumpió Emma. Tenía que ir recordándose que había matado a Malcolm, que le había atravesado las entrañas con *Cortana*, porque le resultaba tan improbable que le costaba creerlo. Y le dolía, del modo que dolía una repentina rascada contra un alambre de espino: un dolor sorprendente e inesperado. Aunque el brujo se lo hubiera merecido, seguía doliéndole—. No debería sentirme mal, ¿verdad? —continuó Emma—. Era una persona horrible. Tuve que hacerlo.

—No, no deberías, y sí, tuviste que hacerlo —contestó Clary—. Pero eso no siempre arregla las cosas. —Le puso un dedo a Emma bajo la barbilla para que volviera la cara hacia ella—. Mira, si alguien puede entenderte, soy yo. Yo maté a Sebastian. Mi hermano. Lo atravesé con un puñal. —Por un momento, Clary pareció mucho más joven de lo que era; casi daba la impresión de tener la misma edad que Emma—. Todavía pienso en ello, sueño con ello. Había algo bueno en él, no mucho, solo un poquito, pero me sigue persiguiendo. Ese mínimo amable que destruí.

—Era un monstruo —exclamó Emma horrorizada—. Un asesino, peor que Valentine, peor que nadie. Y tuviste que matarlo. Si no lo hubieras hecho, él habría destruido el mundo, literalmente.

—Lo sé. —Clary bajó la cabeza—. Para Sebastian nunca hubo ni la más mínima posibilidad de redención. Pero eso no hace que deje de soñar, ¿no? En mis sueños, a veces aún veo al hermano que podría haber tenido, en algún otro mundo. El de los ojos verdes. Y tú puedes ver al amigo que creías tener en Malcolm. Cuando algunos mueren, nuestros sueños de lo que podrían haber sido mueren con ellos. Incluso cuando es nuestra mano la que acaba con sus vidas.

—Pensaba que me sentiría feliz —repuso Emma—. Durante todos estos años, lo único que he deseado ha sido venganza. Vengarme de aquellos que mataron a mis padres. Ahora ya sé lo que les pasó, y he matado a Malcolm. Pero lo que siento es... vacío.

—Yo me sentí igual después de la Guerra Oscura —explicó Clary—. Me había pasado mucho tiempo corriendo, luchando, desesperada. Y luego las cosas volvieron a ser normales. No me fiaba. Nos acostumbramos a vivir de una manera, incluso si es dura o mala. Y cuando eso se va, deja un vacío. Por nuestra forma de ser, intentamos llenarlo con ansiedades y miedos. Puede tardar tiempo en llenarse con cosas buenas.

Por un momento, Emma vio más allá de la expresión de Clary, hacia el pasado, recordando la chica que la había seguido hasta una pequeña sala en el Gard y se había negado a dejarla sola y sufriendo, que le había dicho: «Los héroes no son siempre los que ganan. A veces son los que pierden. Pero siguen luchando y siguen aguantando. No se rinden. Eso es lo que los convierte en héroes».

Eran palabras que habían ayudado a Emma a superar algunos de los peores

momentos de su vida.

—Clary —dijo—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, lo que sea.

—Nightshade —nombró Emma—. El vampiro, ya sabes...

Clary parecía sorprendida.

—¿El jefe de los vampiros de Los Ángeles? ¿El que vosotros descubristeis que estaba usando magia negra?

—Era cierto, ¿verdad? ¿Realmente estaba empleando magia ilegal?

Clary asintió.

—Sí, claro. Todo lo que había en su restaurante fue analizado. Sin duda la estaba usando. ¡No estaría ahora en prisión de no ser así! —Puso la mano con suavidad sobre la de Emma—. Sé que a veces la Clave es una mierda —añadió—, pero hay muchísima gente que trata de ser justa. Anselm era un mal tipo de verdad.

Emma asintió sin palabras. Después de todo, no era de Anselm de quien había estado dudando.

Era de Julian.

Clary esbozó una sonrisa.

—Muy bien; ya basta de cosas aburridas —dijo—. Cuéntame algo divertido. Hace siglos que no me hablas de tu vida amorosa. ¿Sigues saliendo con ese tal Cameron Ashdown?

Emma negó con la cabeza.

—Estoy... estoy saliendo con Mark.

—¿Mark? —Clary la miró como si Emma le acabara de poner en las manos un lagarto de dos cabezas—. ¿Mark Blackthorn?

—No, un Mark diferente, si te parece. Sí, claro, Mark Blackthorn. —El tono de Emma era un poco a la defensiva—. ¿Por qué no?

—Es que... nunca os hubiera imaginado juntos. —Clary parecía genuinamente anonadada.

—Bueno, y ¿con quién me imaginabas? ¿Con Cameron?

—No, no con él. —Clary dobló las piernas contra el pecho y apoyó la barbilla en las rodillas—. Es justo eso —añadió—. Quiero decir que... con quien te imaginaba no tiene sentido. —Bajó los ojos ante la mirada confusa de Emma—. Supongo que no era nada. Si estás feliz con Mark, me alegro mucho por ti.

—Clary, ¿qué me estás ocultando?

Hubo un largo silencio. Clary miró hacia el agua. Al final habló.

—Jace me ha pedido que me case con él.

—¡Oh! —Emma ya había comenzado a abrir los brazos para abrazar a Clary cuando se fijó en su expresión. Se quedó parada—. ¿Qué ocurre?

—Le he dicho que no.

—¿Le has dicho que no? —Emma dejó caer los brazos—. Pero estáis aquí... juntos... ¿Acaso no seguís...?

Clary se puso en pie. Se quedó al borde del tejado, mirando el mar.

—Seguimos juntos —contestó—. Le dije a Jace que necesitaba más tiempo para pensarlo. Estoy segura de que cree que he perdido la cabeza, o que... bueno, no sé lo que pensará.

—¿Y es eso en realidad? —preguntó Emma—. ¿Necesitas más tiempo?

—¿Para decidir si quiero casarme con Jace? No. —La voz de Clary estaba cargada de una emoción que Emma no podía descifrar—. No. Conozco la respuesta. Claro que quiero. Nunca habrá nadie más para mí. Esa es la verdad.

Algo en la neutralidad de la voz de su amiga le provocó un escalofrío a Emma. «Nunca habrá nadie más para mí». Ese escalofrío fue un reconocimiento de su afinidad, y un poco de miedo.

—Entonces ¿por qué le has dicho que no?

—Yo solía tener sueños —contestó Clary. Estaba mirando fijamente el camino que la luna trazaba sobre la oscura agua, como una raya blanca dividiendo una tela negra—. Cuando tenía tu edad. Sueños de cosas que iban a pasar, sueños de ángeles y profecías. Después de la Guerra Oscura, acabaron. Pensé que nunca más volverían, pero estos últimos seis meses han regresado.

Emma estaba un poco perdida.

—¿Sueños?

—No son tan claros como antes, pero hay una sensación, una seguridad de que algo horrible está por llegar. Como un muro de oscuridad y sangre. Una sombra que se extiende sobre el mundo y borra todo lo demás. —Tragó saliva—. Pero hay más. No tanto como ver una imagen de algo sucediendo, sino más bien como si supiera que va a ocurrir.

Emma se puso en pie. Quería ponerle la mano sobre el hombro a Clary, pero algo se lo impedía. Esa no era Clary, la chica que la había consolado tras la muerte de sus padres. Esa era la Clary que había ido al reino demoníaco de Edom y matado a Sebastian Morgenstern. La Clary que se había enfrentado a Raziel.

—¿Como si supieras que va a ocurrir qué?

—Que voy a morir —respondió Clary—. Dentro de no mucho tiempo. Pronto.

—¿Tiene que ver con vuestra misión?

—No..., nada de eso —contestó Clary—. Es difícil de explicar. Es saber que va a pasar, pero no exactamente cuándo o cómo.

—Todo el mundo tiene miedo de morir —dijo Emma.

—No todo el mundo —replicó Clary—, y yo no lo tengo, pero me da miedo dejar a Jace. Me da miedo lo que eso le hará a él. Y creo que estando casados sería aún peor. Estar casado cambia las cosas. Es una promesa de quedarse con el otro. Pero no podría prometer quedarme mucho tiempo... —Miró hacia abajo—. Ya sé que parece ridículo. Pero sé lo que sé.

Se hizo un largo silencio. El ruido del mar se colaba bajo el silencio que se levantó entre ellas, uniéndose al sonido del viento del desierto.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Emma.

—Solo te lo he dicho a ti. —Clary se volvió y miró a Emma con nerviosismo—. Te estoy pidiendo un favor. Un favor enorme. —Respiró hondo—. Si yo muriera, quiero que les expliques a Jace y a los demás que lo sabía. Que sabía que iba a morir y que no tenía miedo. Y dile a Jace que por eso le dije que no.

—Pe... pero ¿por qué yo?

—No conozco a nadie más a quien le pueda contar esto sin que se ponga histérico o piense que tengo una crisis y necesito un psiquiatra; bueno, eso sería lo que diría Simon. —Los ojos de Clary se volvieron sospechosamente brillantes al mencionar a su *parabatai*—. Y confío en ti, Emma.

—Lo haré —le prometió Emma—. Y claro que puedes confiar en mí. No se lo contaré a nadie, pero...

—No me refiero a que confíe en ti para guardar un secreto —señaló Clary—, aunque claro que lo hago. En mis sueños, te veo con *Cortana* en la mano. —Se estiró hacia arriba, casi poniéndose de puntillas, y besó a Emma en la frente. Fue un gesto casi maternal—. Confío en que siempre seguirás luchando, Emma. Confío en que nunca te rendirás.

No fue hasta que estuvieron de vuelta en el coche cuando Kit se dio cuenta de que le sangraban los nudillos. No sintió ningún dolor mientras golpeaba el cartel, pero en ese momento sí.

Julian, a punto de arrancar el coche, vaciló.

—Podría curarte —dijo—. Con un *iratze*.

—¿Un qué?

—Una runa de sanación —explicó Julian—. Es una de las menos agresivas. Así que tendría sentido que fuera la primera para ti.

Mil comentarios sarcásticos le pasaron a Kit por la cabeza, pero estaba demasiado cansado para pronunciarlos.

—No me vas a toquetear con ninguna de vuestras varitas mágicas —replicó—. Solo quiero irme... —estuvo a punto de decir «a casa», pero se detuvo a tiempo... de aquí.

Durante el viaje, Kit se mantuvo en silencio, mirando por la ventana. La autovía estaba casi vacía y se extendía ante ellos, gris y desierta. Carteles anunciando Crenshaw y Fairfax pasaron deprisa. Esas no eran las hermosas montañas y playas de Los Ángeles, con patios verdes y mansiones. Era el Los Ángeles de pavimento agrietado, árboles atormentados y cielos cargados de hollín.

Siempre había sido el hogar de Kit, pero en ese momento lo miraba como a distancia. Como si los cazadores de sombras lo estuvieran apartando de todo lo que había conocido, arrastrándolo a su extraña órbita.

—¿Y qué me va a pasar? —dijo de repente, rompiendo el silencio.

—¿Qué? —Julian miró ceñudo el tráfico por el espejo retrovisor. Kit podía verle los ojos verde azulado. Era un color casi chocante, y todos los Blackthorn parecían tenerlo, excepto Ty y, bueno, Mark solo lo tenía en un ojo.

—Así que Jace es mi familia —comentó Kit—. Pero no puedo ir a vivir con él, porque con su guapa novia se van a alguna especie de misión secreta.

—Supongo que los Herondale tenéis un tipo de mujer —murmuró Julian.

—¿Qué?

—Se llama Clary. Pero básicamente, sí. No te puede llevar con él ahora, así que nos tocará a nosotros. No es ningún problema. Los cazadores de sombras alojan a cazadores de sombras. Es lo que hacemos.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —inquirió Kit—. Quiero decir que la situación en tu casa ya es bastante complicada, con tu tío agorafóbico y tu hermano raro.

Las manos de Julian se tensaron sobre el volante.

—Ty no es raro —fue lo único que dijo.

—Me refería a Mark —aclaró Kit. Hubo un silencio extraño—. Ty no es raro —añadió—. Solo es autista.

El silencio se alargó. Kit se preguntó si, de algún modo, habría ofendido a Julian.

—No es tan grave —continuó por fin—. Cuando iba a una escuela mundana, conocí a varios chicos que estaban dentro de ese espectro. Ty tiene algunas cosas en común con ellos.

—¿Qué espectro? —preguntó Julian.

Kit lo miró sorprendido.

—¿De verdad que no sabes lo que significa?

Julian negó con la cabeza.

—Quizá no lo hayas notado, pero no nos relacionamos mucho con la cultura mundana.

—No es cultura mundana. Es... —«Neurobiología. Ciencia. Medicina»—. ¿Tenéis rayos X? ¿Antibióticos?

—No —contestó Julian—. Para cosas pequeñas, como un dolor de cabeza, las runas curativas sirven. Para cosas graves, los Hermanos Silenciosos son nuestros médicos. La medicina mundana está estrictamente prohibida. Pero si hay algo que crees que deba saber sobre Ty...

A veces, Kit quería odiar a Julian. De verdad. Julian parecía amar las reglas; era inflexible, tranquilo de un modo enervante y tan falto de emoción como siempre le habían dicho que eran los cazadores de sombras. Pero en realidad no era así. El amor que se percibía en su voz al decir el nombre de su hermano desmentía esa actitud.

Kit notó una repentina tensión por todo el cuerpo. Hablar con Jace, antes, le había disminuido la ansiedad que sentía desde la muerte de su padre. Jace había hecho que todo pareciera fácil, que se hallaban en un mundo donde aún se podían dar oportunidades a las cosas y ver cómo iban.

En ese momento, mirando la gris autovía que se extendía ante él, se preguntó cómo podía haber pensado que sería capaz de vivir en un mundo donde todo lo que él sabía se consideraba que no debería saberse; donde cada uno de sus valores, los que fueran después de haber crecido con un padre al que llamaban Rook *el Rufián*, había quedado patas arriba.

En un mundo donde relacionarse con la gente de su sangre implicaba que la gente con la que había crecido lo odiaría.

—Da igual —dijo—. No quería decir nada de Ty. Solo cosas mundanas sin importancia.

—Lo siento, Kit —repuso Julian. Habían llegado a la autovía de la costa. El agua se extendía en la distancia, con la luna alta y redonda, dibujando un camino blanco y perfecto hacia el horizonte—. Lo que ha pasado en el Mercado.

—Ahora me odian —afirmó Kit—. Toda la gente a la que conocía me odia.

—No —replicó Julian—. Te tienen miedo. Es diferente.

Quizá fuera así, pensó Kit, pero en ese momento no estaba seguro de que eso importara.

4

UN FERROZ CLIMA EXTRAÑO

Cristina se hallaba en lo alto de la colina donde antaño se levantaba la casa de Malcolm Fade, y miraba las ruinas.

Malcolm Fade. Ella no lo conoció como lo habían conocido los Blackthorn. Fue amigo de ellos, durante cinco años estuvieron viviendo a solo unos kilómetros de su formidable casa de acero y vidrio en las secas colinas de Malibú. Cristina estuvo allí una vez, con Diana, y le encantó el agradable comportamiento y el humor de Malcolm. Le habría gustado que el Brujo Supremo de la Ciudad de México fuera como él, de apariencia joven y encantador, en vez de ser una vieja bruja cascarrabias con orejas de murciélago que vivía en el parque Lincoln.

Luego, Malcolm resultó ser un asesino, y todo se fue al traste. Descubiertas las mentiras, perdieron la fe en él, incluso Tavvy estuvo en peligro hasta que consiguieron rescatarlo, y Emma despachó a Malcolm con una estocada en el vientre.

En ese momento, Cristina oía los coches pasar veloces por la autovía que discurría más abajo. Habían subido la ladera de la colina y se sentía sudada y con picores. Clary Fairchild se hallaba sobre un montón de ruinas de la casa de Malcolm, con un extraño objeto en la mano, algo entre un cuchillo serafín y una de esas máquinas que los mundanos emplean para encontrar metal escondido bajo la arena. Mark, Julian y Emma recorrían diferentes partes de la derruida mansión, buscando entre el metal y el vidrio.

Jace había optado por pasar el día con Kit en la sala de entrenamiento del Instituto. Cristina lo admiraba por eso. La educaron para creer que nada era más importante que la familia, y Kit y Jace eran los únicos cazadores de sombras de la estirpe Herondale que quedaban vivos en todo el mundo. Además, el chico necesitaba amigos; era algo raro, el pobre; demasiado joven para ser apuesto, pero con grandes ojos azules que hacían que quisieras confiar en él aunque te estuviera robando la cartera. Tenía un aire de pillo, un poco como Jaime, su mejor amigo de la infancia; el aire del tipo que podía caer fácilmente en la criminalidad.

—*¿En qué piensas?* —le preguntó Diego, acercándosele por detrás. Iba vestido con vaqueros y botas. Cristina deseó que no le molestara tanto que él insistiera en colgarse su insignia de centurión incluso en la manga de una camiseta negra normal y corriente.

Era muy atractivo. Mucho más atractivo que Mark, en realidad, siendo objetivos por completo. Sus facciones eran más regulares, tenía el mentón más marcado y los hombros más anchos.

Cristina tiró a un lado unos trozos de yeso pintado. A los dos les había correspondido la sección este de la casa, y ella estaba bastante segura de que aquello fue el dormitorio y el vestidor de Malcolm. No paraba de encontrar jirones de ropa.

—Lo cierto es que estaba pensando en Jaime.

—Oh. —Sus grandes ojos mostraban comprensión—. No pasa nada por echarlo de menos. Yo también lo añoro.

—Entonces tendrías que hablar con él. —Cristina sabía que sonaba brusca. No podía evitarlo. No estaba segura de por qué Diego la estaba volviendo loca, y no de una manera precisamente agradable. Quizá fuera que lo había estado culpando durante tanto tiempo, que le costaba librarse de aquella rabia. Tal vez fuera que no seguir culpándole significaba más culpa sobre Jaime, lo que no parecía justo, porque Jaime no estaba allí para defenderse.

—No sé dónde está —respondió Diego.

—¿Ni la menor idea? ¿No sabes en qué zona del mundo está o cómo ponerte en contacto con él? —De alguna manera, Cristina no había pillado esa parte. Suponía que porque Diego ni lo había mencionado.

—No quiere que lo moleste —contestó Diego—. Todos mis mensajes de fuego han sido bloqueados. No ha hablado con nuestro padre. —Su madre había muerto—. Ni con ninguno de nuestros primos.

—¿Cómo sabes que está vivo? —preguntó Cristina, y al instante se arrepintió. A Diego le brillaron los ojos.

—Sigue siendo mi hermano pequeño —replicó—. Lo sabría si hubiera muerto.

—¡Centurión! —Era Clary, llamándolo con gestos desde la cumbre de la colina. Diego comenzó a trotar por las ruinas sin mirar atrás. Cristina sabía que lo había molestado; se sintió culpable y le dio una patada a un pesado trozo de yeso atravesado por una barra de anclaje como si fuera un palillo.

El cascote rodó hacia un lado. Cristina se sorprendió al ver el objeto que apareció debajo, y se agachó para recogerlo. Un guante, un guante de hombre, de una piel suave como la seda pero mil veces más resistente. Tenía grabada la imagen de una corona de oro partida en dos.

—¡Mark! —llamó—. ¡Necesito que veas algo!

Al momento se dio cuenta de que se había sobresaltado tanto que le había hablado en español, pero no pareció importar. Mark se acercó saltando con agilidad entre las piedras. Quedó por encima de ella, con el viento alborotándole el cabello y apartándole los rizos rubios de las puntiagudas orejas. Parecía alarmado.

—¿Qué es?

Cristina le pasó el guante.

—¿No es ese el escudo de una de las Cortes de las hadas?

Mark lo miró por todos lados.

—La corona rota es el símbolo del Rey de la corte noseelie —murmuró—. Se cree el auténtico rey de las dos Cortes, y hasta que reine en ambas, la corona seguirá

partida en dos. —Torció la cabeza hacia un lado como un pájaro observando a un gato desde una distancia prudencial—. Pero esta clase de guantes... Kieran llevaba unos cuando llegó a la Cacería. Están muy bien trabajados. Pocos nobles los llevarían. De hecho, muy pocos excepto los hijos del rey.

—¿No crees que puedan ser de Kieran? —sugirió Cristina.

Mark negó con la cabeza.

—Los suyos fueron... destruidos. En la Cacería. Pero eso significa que quien visitara a Malcolm aquí y se dejara el guante, o bien tenía un alto rango en la Corte o era el propio rey.

Cristina frunció las cejas.

—Es muy raro que esté aquí.

Se le había escapado el cabello de las trenzas y le volaba en largos rizos alrededor del rostro. Mark le acomodó uno detrás de la oreja. Sus dedos le rozaron la mejilla. La miró con ojos soñadores y distantes. Cristina se estremeció un poco ante lo íntimo de ese gesto.

—Mark —dijo—. No.

Él dejó caer la mano. No parecía enfadado, como muchos chicos solían hacer cuando una chica les pedía que no la tocasen. Parecía confuso y un poco triste.

—¿Por Diego?

—Y Emma —repuso ella en voz muy baja.

La confusión de Mark aumentó.

—Pero tú sabes que...

—¡Mark! ¡Cristina! —Emma los llamaba desde donde Julian y ella se habían unido a Diego y Clary. Cristina agradeció no tener que contestar a Mark; corrió sobre la pila de rocas y vidrio, alegrándose de que las botas y el traje de los cazadores de sombras la protegieran de los afilados cantos.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó al acercarse al pequeño grupo.

—¿Nunca has querido ver de cerca un tentáculo asqueroso? —inquirió Emma.

—No —contestó Cristina, y se aproximó con cuidado.

Clary parecía tener algo desagradablemente blando atravesado en el extremo de su extraña arma. Se agitaba un poco, mostrando ventosas de color rosa contra una piel verde y moteada.

—Nadie parece contestar que sí a esa pregunta —comentó Emma con tristeza.

—Magnus me presentó a un brujo que tenía unos tentáculos como este —explicó Clary—. Se llamaba Marvin.

—Pues supongo que esos son los restos de Marvin —apuntó Julian.

—No estoy segura de que sean los restos de nadie —indicó Clary—. Para dar órdenes a un demonio del mar, necesitas o bien la Copa Mortal, o algo como esto: un trozo de un poderoso demonio que puedas encantar. Creo que tenemos la prueba de que la muerte de Malcolm está relacionada con los recientes ataques de Teuthidas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Emma, mirando de reojo el tentáculo. No era una

gran fan del océano ni de los monstruos que vivían en él, aunque lucharía contra lo que fuera o quien fuera en tierra firme.

—Ahora volvemos al Instituto —respondió Clary— y decidimos cuál será nuestro siguiente paso. ¿Quién quiere llevar el tentáculo?

No hubo voluntarios.

—Tienes que estar de broma —dijo Kit—. Ni loco voy a saltar desde ahí.

—Piénsatelo. —Jace se inclinó hacia adelante subido a una viga—. Es sorprendentemente fácil.

—Pruébalo —lo animó Emma. A la vuelta de casa de Malcolm, se había dirigido a la sala de entrenamiento a ver cómo iba Kit. Allí estaban Ty y Livvy sentados en el suelo, observando a Jace, que trataba de convencer a Kit de que lanzara unos cuantos cuchillos (lo cual Kit estaba dispuesto a hacer) y aprendiera a saltar y a caer (lo cual Kit no estaba dispuesto a hacer).

—Mi padre ya me advirtió que queríais matarme —replicó Kit.

Jace suspiró. Iba vestido con el traje de entrenamiento y estaba colgado de una de las muchas vigas que se entrecruzaban entre los extremos del techo a dos aguas de la sala de entrenamiento, formando una intrincada red. Se alzaban de los seis a los diez metros por encima del suelo. A lo largo de los años, Emma había aprendido a caer desde esas mismas vigas, a veces rompiéndose algún hueso.

Un cazador de sombras debía saber escalar; los demonios eran rápidos y a menudo tenían varias patas, y subían por los muros de los edificios como las arañas. Pero saber caer era igual de importante.

—Puedes hacerlo —lo animó de nuevo Emma.

—¿Sí? ¿Y qué pasa si me estrello contra el suelo?

—Tendrás un funeral de Estado —contestó Emma—. Pondremos tu cadáver en un barco y lo despeñaremos por una catarata, como a un vikingo.

Kit la miró esquinado.

—Eso es de una peli.

Emma se encogió de hombros.

—Puede ser.

Jace perdió la paciencia y se lanzó desde la viga más alta. Hizo una grácil voltereta en el aire antes de aterrizar en silencio. Se irguió y le guiñó un ojo a Kit.

Emma ocultó una sonrisa. A los doce años se había prendado perdidamente de Jace. Más tarde, eso se había convertido en querer ser Jace, el mejor que había: el mejor luchador, el mejor superviviente, el mejor cazador de sombras.

Todavía no había llegado a igualarlo, pero tampoco había dejado de intentarlo.

Aun sin querer, Kit se quedó impresionado y volvió a fruncir el ceño. Parecía muy pequeño al lado de Jace. Era casi de la misma altura que Ty, pero estaba menos en forma. Sin embargo, en el dibujo de los brazos y los hombros se veía que tenía en

potencia la fuerza de un cazador de sombras. Emma lo había visto luchar por su vida. Sabía lo que era capaz de hacer.

—Podrás hacerlo —insistió Jace. Señaló la viga y luego a Kit—. En cuanto quieras.

Emma reconoció la mirada en los ojos de Kit: «Quizá nunca quiera».

—¿Cuál es el lema de los nefilim...? —continuó Jace.

—«Somos polvo y sombras» —contestó Ty sin levantar la mirada de su libro.

—Aunque algunos somos una sombra muy atractiva —añadió Jace mientras la puerta se abría y Clary asomaba la cabeza.

—Ven a la biblioteca —le pidió—. El tentáculo está comenzando a deshacerse.

—Me vuelves loco con esa charla sexy —bromeó Jace al tiempo que se ponía la chaqueta.

—Adultos... —dijo Kit con aire displicente, y salió de la habitación. Emma se sorprendió, divertida al ver que Ty y Livvy se ponían de inmediato en pie y lo seguían. Se preguntó qué sería exactamente lo que despertaba su interés por Kit; ¿sería solo que era de su edad? Supuso que Jace lo habría atribuido al famoso carisma de los Herondale, aunque, por lo que ella sabía, los Herondale que lo habían precedido no se habían distinguido precisamente por eso.

La biblioteca se hallaba en cierto grado de caos. El tentáculo estaba comenzando a deshacerse de verdad, formando un charco pegajoso de moco verde rosáceo que le recordó a Emma unas gominolas deshechas. Como señaló Diana, eso significaba que el tiempo para identificar al demonio disminuía con rapidez. Como Magnus no contestaba al teléfono y nadie quería involucrar a la Clave, solo quedaba recurrir a la clásica investigación en libros. Cada uno se encargó de una pila de gruesos volúmenes sobre criaturas marinas, y se dispersaron por la biblioteca para examinar dibujos, bocetos, esquemas y alguna que otra foto sujeta con clips.

En algún momento de la última hora, Jace había decidido que necesitaban comida china. Al parecer, el pollo *kung pao* y los fideos en salsa de judías negras eran un requisito siempre que el equipo del Instituto de Nueva York se enfrascaba en una investigación. Se llevó a Clary a un despacho vacío para que abriera un Portal, algo que ningún otro cazador de sombras tenía el poder de hacer, y les prometió a todos la mejor comida china que Manhattan podía ofrecer.

—¡Lo tengo! —anunció Cristina unos veinte minutos después de que la puerta se cerrara detrás de Jace y Clary. Alzó una enorme copia de la *Carta Marina*.

Todos se agruparon alrededor de la mesa mientras Diana confirmaba que el tentáculo pertenecía a un demonio marino de la especie Makara, la cual, según los dibujos en los mapas de la *Carta Marina*, se parecía en parte a un pulpo y en parte a un enorme gusano con cabeza de abeja.

—Lo más inquietante no es que sea un demonio marino —explicó Diana, con el ceño fruncido—. Es que los restos de un demonio Makara solo aguantan uno o dos días fuera del agua.

Jace abrió la puerta de la biblioteca. Clary y él llegaban cargados con cajas verdes y negras de comida con la etiqueta JADE WOLF.

—¿Nos echáis una mano?

El equipo de investigación se deshizo con brevedad para poner la comida sobre las largas mesas de la biblioteca. Había *lo mein*, el prometido pollo *kung pao*, *mapo tofu*, *zhajiangmian*, arroz frito con huevo y unas deliciosas bolas de sésamo que sabían a caramelo caliente.

Todo el mundo se sirvió en un plato de papel, incluso Tavvy, que había estado alineando sus soldaditos de juguete detrás de una estantería. Diego y Cristina ocuparon el sofá, y Jace y Clary se sentaron en el suelo a compartir sus fideos. Los pequeños Blackthorn se peleaban por el pollo, y Mark estaba tratando de averiguar cómo utilizar los palillos. Emma supuso que no tendrían en Feéra. Julian se sentó a la mesa frente a Livvy y Ty, mirando ceñudo el tentáculo que se deshacía. Sorprendentemente, aquella visión no le quitó el hambre.

—Tenéis amistad con el gran Magnus Bane, ¿no es cierto? —les preguntó Diego a Jace y a Clary, después de unos tranquilos minutos durante los cuales todos se dedicaron a masticar.

—¿El gran Magnus Bane? —Jace se atragantó con el arroz frito. *Iglesia* se había instalado a sus pies, alerta por si caía algo de pollo.

—Sí, tenemos amistad con él, sí —contestó Clary, conteniendo la risa—. ¿Por qué?

Jace se estaba poniendo blanco. Clary le dio con fuerza en la espalda. *Iglesia* se quedó dormido con las patas hacia arriba.

—Me gustaría entrevistarlo —respondió Diego—. Creo que sería un buen tema para un trabajo académico a presentar en el Laberinto Espiral.

—Últimamente está muy ocupado, con Max y Rafael... —apuntó Clary—. Quiero decir, podrías preguntar...

—¿Quién es Rafael? —la interrumpió Livvy.

—Su segundo hijo —contestó Jace—. Acaban de adoptar a un niño en Argentina. Un cazador de sombras que perdió a sus padres en la Guerra Oscura.

—¡En Buenos Aires! —exclamó Emma mientras se volvía hacia Julian—. Cuando vimos a Magnus en casa de Malcolm nos dijo que Alec estaba en Buenos Aires, y que iba a reunirse con él. Eso debía de ser lo que estaban haciendo.

Julian se limitó a asentir con la cabeza, pero no la miró para reconocer ese recuerdo compartido. Julian iba a tardar mucho en volver a ser como lo recordaba, suponiendo que lo consiguiera alguna vez.

Emma sintió que se sonrojaba, aunque nadie pareció notarlo excepto Cristina, que la miró preocupada. Diego la rodeaba con el brazo, pero Cristina tenía las manos sobre el regazo. Le hizo una pequeña señal de solidaridad a Emma moviendo un poco un dedo.

—Quizá deberíamos seguir tratando del tema que nos ocupa —sugirió Diana—.

Si el Makara solo dura uno o dos días fuera del agua...

—Entonces, ese demonio estuvo en casa de Malcolm hace muy poco —concluyó Livvy—. Mucho después de que muriera.

—Lo raro —añadió Julian, mirando el libro— es que se trata de un demonio de las profundidades marinas, bastante letal y muy grande. Alguien debería haberse fijado en él. Además, es imposible que quisiera algo de una casa en ruinas.

—¡Quién sabe cuáles pueden ser los deseos de un demonio! —exclamó Mark.

—Suponiendo que no fuera detrás de la colección de Malcolm de elegantes calentadores de tentáculos —bromeó Julian—. Tenemos que pensar que lo más probable es que fuera convocado. Los demonios Makara no vienen a tierra porque sí. Rondan por el fondo del océano y a veces arrastran a los barcos hacia el abismo.

—Entonces ¿otro brujo? —sugirió Jace—. ¿Alguien con quien Malcolm estuviera colaborando?

—Catarina no cree que Malcolm trabajara con nadie —contestó Diana—. Era amigo de Magnus, pero más allá de eso era bastante solitario, y por evidentes razones, visto lo visto.

—Pero si trabajaba con otro brujo, tampoco es probable que lo fuera contando a voces —indicó Diego.

—Lo que parece claro es que Malcolm estaba decidido a seguir fastidiándonos incluso después de muerto —dijo Diana.

—Bueno, el tentáculo no ha sido lo único que hemos encontrado —informó Cristina—. Mark, enséñales el guante.

Emma ya lo había visto mientras regresaban de casa de Malcolm, pero se inclinó con los otros cuando Mark lo sacó del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa.

—El sello de rey noseelie —explicó Mark—. Un guante así no es corriente. Kieran los usaba cuando llegó a la Cacería. A veces, en los bailes, podía identificar a sus hermanos por las capas, los guantes o los guanteletes como este.

—Así que es raro que Malcolm tuviera uno en casa —intervino Livvy. Emma no vio a Ty a su lado. ¿Estaría entre los estantes de libros?

—Ninguna hada se separaría de tal cosa voluntariamente —afirmó Mark—. Salvo como señal de un favor muy especial o para formalizar una promesa.

Diana frunció el ceño.

—Sabemos que Malcolm trabajaba con Iarlath.

—Pero él no es un príncipe. Ni siquiera pertenece a la baja nobleza —objetó Mark—. Eso indicaría que Malcolm se habría comprometido a alguna clase de pacto con la propia corte noseelie.

—Sabemos que fue a ver al rey noseelie hace unos años —recordó Emma—. Y fue el rey noseelie quien le dio el verso con el que se suponía que debía resucitar a Annabel. «Antes gran fuego, luego gran caudal...».

—«... es la sangre Blackthorn al final» —acabó Julian por ella.

Y casi había sido así. Para resucitar a Annabel, Malcolm necesitaba el sacrificio y

la sangre de un Blackthorn. Había raptado a Tavvy y a punto estuvo de matarlo. Con solo recordarlo, Emma se estremeció.

—Pero este no hace mucho tiempo que es el sello del rey —explicó Mark—. Solo data del principio de la Paz Fría. El tiempo funciona de un modo diferente en Feéra, pero... —Meneó la cabeza, como si fuera a decir: «pero no tan diferente»—. Estoy asustado.

Jace y Clary intercambiaron una mirada. Estaban de camino hacia Feéra para buscar un arma, ¿no? Emma se inclinó hacia adelante con la intención de preguntarles lo que sabían, pero antes de que pudiera decir nada, se oyó el timbre del Instituto resonando por toda la casa.

Se miraron unos a otros sorprendidos. Pero fue Tavvy el primero en hablar, observando desde el rincón donde estaba jugando.

—¿Quién puede ser?

Si algo se le daba bien a Kit, era salir de las habitaciones sin que nadie lo notara. Llevaba haciéndolo toda su vida, mientras su padre mantenía reuniones en la sala con brujos impacientes o asustadizos licántropos.

Así que no le fue difícil salir con sigilo de la biblioteca mientras todos los demás hablaban y devoraban la comida china. Clary estaba imitando a alguien llamado el Inquisidor, y todos los otros reían. Kit se preguntó si se les habría ocurrido pensar que era raro apoyar una posición gubernamental que parecía que solo se dedicaba a la tortura.

Ya había estado en la cocina varias veces antes. Era el lugar de la casa que más le gustaba: hogareña, con las paredes azules y el abrevadero que hacía las veces de fregadero. Y el refrigerador no estaba nada mal surtido. Supuso que los cazadores de sombras tenían hambre a menudo, considerando la frecuencia con la que entrenaban.

Se preguntó si él también tendría que entrenarse todo el rato, en caso de convertirse en cazador de sombras. Se preguntó si acabaría con músculos y abdominales y todo eso, como Julian y Jace. Por el momento, era más bien delgaducho, como Mark. Se levantó la camiseta y durante un momento se contempló la barriga, plana y sin formas. Definitivamente no tenía abdominales.

Dejó caer la camiseta y sacó un bote de galletas de la nevera. Quizá podría frustrar las intenciones de los cazadores de sombras negándose a entrenar y sentándose a comer carbohidratos.

«Os desafío, cazadores de sombras —pensó, mientras quitaba la tapa y se metía una galleta en la boca—. Os dejaré en ridículo con mis ansias por el azúcar».

Dejó que la puerta del frigorífico se cerrara sola y casi pegó un grito. De forma instintiva, se tragó la galleta y se quedó mirando.

Ty Blackthorn estaba en medio de la cocina, con los auriculares colgándole del cuello y las manos en los bolsillos.

—Esas son muy buenas —dijo—, pero me gustan más las de mantequilla.

A Kit se le fue de la cabeza la rebelión de las galletas. A pesar de dormir ante su puerta, Ty casi nunca le había hablado. Casi con toda seguridad, lo más que le había dicho seguido fue cuando lo tuvo agarrado con un cuchillo en el cuello en casa de los Rook, y Kit no pensaba que eso contara como una interacción social.

Kit dejó el bote sobre la encimera. De nuevo tuvo la sensación de que Ty lo estaba estudiando, tal vez valorando sus pros y sus contras, o algo así. Si Ty hubiera sido cualquier otra persona, Kit habría tratado de mirarlo a los ojos, pero sabía que él no lo miraría directamente. Era un alivio no tener que preocuparse por eso.

—Tienes sangre en la mano —señaló Ty—. Me he fijado antes.

—Oh, sí. —Kit se miró los nudillos machacados—. Me herí la mano en el Mercado de Sombras.

—¿Cómo? —preguntó Ty mientras se apoyaba en el borde de la encimera.

—Le di un puñetazo a un cartel —contestó Kit—. Estaba enfadado.

Ty alzó las cejas. Tenía unas cejas interesantes, un poco puntiagudas en lo alto, como unas V invertidas, y muy negras.

—¿Te hizo sentir mejor?

—No —admitió Kit.

—Puedo curártelo —dijo Ty mientras sacaba del bolsillo uno de los lápices mágicos de los cazadores de sombras. Estelas, los llamaban. Tendió la mano.

Kit supuso que podía rechazar la oferta, como lo había hecho cuando Julian sugirió curarlo en el coche. Pero no lo hizo. Le tendió el antebrazo con confianza, la parte interior hacia arriba de forma que las venas quedaban expuestas al chico que le había puesto un cuchillo al cuello no hacía mucho.

Notó los dedos de Ty fríos y cuidadosos cuando le cogió el brazo a Kit para sujetárselo. Tenía los dedos largos. Kit había visto que todos los cazadores de sombras los tenían así. Quizá guardara alguna relación con la necesidad de manejar muchas armas diferentes. Kit estaba demasiado maravillado para hacer más que un ligero guiño de dolor cuando la estela comenzó a moverse sobre su antebrazo dejándole una sensación de calor, como si le hubieran pasado la llama de una vela por la piel.

Ty tenía la cabeza agachada. El cabello negro le colgaba ante la cara. Apartó la estela cuando hubo acabado y soltó a Kit.

—Mírate la mano —pidió.

Kit lo hizo y observó cómo los cortes se le iban cerrando y las manchas rojas volvían a ser piel suave. Miró la marca negra que se le extendía por el antebrazo. Se preguntó cuándo comenzaría a borrarse. Le resultaba muy extraño; era una prueba palpable de que todo era cierto. Realmente era un cazador de sombras.

—Es muy guay —admitió—. ¿Podéis curarlo todo? ¿También la diabetes o el cáncer?

—Algunas enfermedades. El cáncer no siempre. Mi madre murió de eso. —Ty

guardó la estela—. ¿Y tu madre? ¿Era también cazadora de sombras?

—Creo que no —respondió Kit. Algunas veces, su padre mencionó que su madre era una corista de Las Vegas que los abandonó después de que Kit naciese, pero en las dos últimas semanas se le había ocurrido pensar que su padre podía no haber sido del todo sincero en eso. Lo cierto era que tampoco lo había sido en nada más—. Está muerta —añadió, pero no porque pensara que era probable que fuera así, sino porque se dio cuenta de que no quería hablar de ella.

—Así que ninguno de los dos tiene madre —concluyó Ty—. ¿Crees que querrás quedarte aquí y ser un cazador de sombras?

Kit iba a responderle... y se detuvo cuando una campanilla de sonido grave y armonioso resonó por toda la casa.

—¿Qué es eso?

Ty alzó la cabeza. Kit captó un destello del color de sus ojos: gris, ese gris que era casi plata.

Antes de que el niño pudiera responder, se abrió la puerta de la cocina. Era Livvy, con una lata de refresco en la mano izquierda. Pareció sorprenderse al ver a Kit y a Ty; se metió entre ellos, se sentó en la mesa de un salto y cruzó las largas piernas.

—Han llegado los centuriones —informó—. Todos están corriendo de un lado a otro como pollos sin cabeza. Diana ha ido a recibirlos, y Julian parece querer matar a alguien...

—Y quieres saber si iré contigo a espiarlos —concluyó Ty—, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Sugeriría algún lugar donde no nos vean, porque si Diana nos pilla, estaremos haciendo camas y doblando toallas para los centuriones las próximas dos horas.

Eso pareció ser decisivo. Ty asintió y fue hacia la puerta. Livvy saltó de la mesa y lo siguió.

Se detuvo con una mano en el marco de la puerta y miró hacia atrás, a Kit.

—¿Vienes?

Este alzó las cejas.

—¿Estás segura de que quieres que vaya? —No se le había ocurrido autoinvitarse; los gemelos parecían formar una unidad perfecta, como si no necesitaran a nadie más.

Ella sonrió de medio lado. Kit le devolvió una vacilante sonrisa; estaba muy acostumbrado a las chicas, incluso a las chicas guapas, pero algo en Livvy lo hacía sentirse nervioso.

—Claro —respondió Livvy—. Una advertencia: los comentarios groseros o maliciosos sobre la gente que estamos espiando son obligatorios. Excluyendo a los miembros de nuestra familia, naturalmente.

—Si haces reír a Livvy, puntúas doble —añadió Ty desde el pasillo.

—Bueno, en ese caso... —Kit fue tras ellos. A fin de cuentas, ¿qué era lo que había dicho Jace? Que los Herondale nunca se resistían a un desafío.

Cristina miró con consternación al grupo de veinte o más centuriones que rondaban por el enorme vestíbulo del Instituto. Había tenido muy poco tiempo para hacerse a la idea de que conocería a los amigos de Diego del Escolamántico, y sin duda no había planeado hacerlo en traje de combate, cubierta de polvo y con el cabello recogido en trenzas.

Oh, bueno, y ¿qué? Irguió la espalda. El trabajo de los cazadores de sombras a menudo era sucio; seguro que no esperarían que estuviera inmaculada. Aunque al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que ellos sí lo estaban. Sus uniformes eran como el traje de combate habitual, pero la chaqueta era de corte militar, con brillantes botones de metal y bandas cruzadas estampadas con un dibujo de sarmientos. La espalda de la chaqueta estaba decorada con el escudo familiar del centurión: un muchacho de cabello rubio pajizo mostraba un lobo, una chica de piel marrón oscuro llevaba un círculo de estrellas. Los chicos llevaban el cabello corto; las chicas, trenzado o recogido en una cola. Se los veía limpios, eficientes y un poco inquietantes.

Diana estaba charlando con dos centuriones ante la puerta del Santuario: un chico de piel oscura con la insignia de *Primi Ordines* y el de la chaqueta con el lobo. Se volvieron para saludar a Diego cuando este bajaba por la escalera seguido de Cristina y los otros.

—No puedo creer que ya hayan llegado —masculló Emma.

—Sé amable —le pidió Diana en voz baja, acercándose a ellos.

Para ella era fácil decirlo, pensó Cristina. Ella no estaba cubierta de polvo. Cogió a Emma por la muñeca, agarró a Julian con la otra mano e hizo que se mezclasen con los centuriones. Empujó a Julian hacia una bonita chica india con un *piercing* de oro en la nariz y plantó a Emma delante de un chico y una chica morenos, sin duda mellizos, que la contemplaron arqueando las cejas.

A Cristina le hicieron pensar en Livvy y Ty, y miró para ver si estaban curioseando desde el segundo piso, como hacían a menudo. Pero si lo estaban, no pudo verlos; probablemente habrían ido a esconderse, y no podía culparlos por ello. Había equipaje por todo el suelo. Alguien tendría que acompañar a los centuriones a sus habitaciones, darles la bienvenida y luego ver cómo lo hacían para alimentarlos...

—No me había dado cuenta —dijo Mark.

—No te habías dado cuenta ¿de qué? —le preguntó Diego después de devolver el saludo a los dos chicos que estaban hablando con Diana, los cuales comenzaron a cruzar el vestíbulo hacia ellos.

—De lo mucho que los centuriones se parecen a los soldados —contestó Mark—. Supongo que me había hecho a la idea de que parecerían estudiantes.

—Somos estudiantes —replicó Diego con sequedad—. Incluso después de graduarnos, seguimos siendo académicos. —Los otros dos centuriones llegaron a su lado antes de que Mark tuviera tiempo de decir nada más. Diego los recibió con una

palmada en la espalda y los presentó—. Manuel, Rayan. Estos son Cristina y Mark.

—*Gracias* —dijo el chico con el cabello rubio pajizo. Era de un marrón muy claro, con mechuras y decoloraciones por el sol. Tenía una sonrisa fácil y de medio lado—. *Un placer conocerte.*

Cristina ahogó un gritito.

—¿Hablas español?

—*Es mi lengua materna.* —Manuel rio—. *Nací en Madrid y me crié en el Instituto de allí.*

Sí que tenía lo que Cristina pensaba que era el acento español: diferente al suyo en la ce más suave, sus «gracias» habían sonado más a «*grathiath*». Era encantador.

Al otro lado del vestíbulo vio a Dru, que daba la mano a Tavvy. Le habían pedido que se quedara en la biblioteca y cuidara del pequeño, pero ella quiso ver a los centuriones. Fue hasta donde estaba Emma y le tiró de la manga para luego susurrarle algo al oído.

Cristina le sonrió a Manuel.

—Estuve a punto de cursar mi año de estudio en Madrid.

—Pero las playas son mejores aquí. —Le guiñó un ojo.

Con el rabillo del ojo, Cristina vio a Emma acercarse a Julian y llamarlo con un incómodo toque en el hombro. Le dijo algo que lo hizo asentir y seguirla fuera de la sala. ¿Adónde irían? Tuvo ganas de ir tras ellos en vez de quedarse y dar conversación a los amigos de Diego, aunque fueran simpáticos.

—Quería enfrentarme al reto de hablar en inglés todo el rato... —empezó a explicar Cristina, y de súbito vio cambiar la expresión de Manuel. En ese momento, Rayan la cogió de la manga y la apartó cuando alguien se lanzó sobre Diego y le agarró el brazo. Era una chica blanca, pálida y con cara de pan; llevaba el espeso cabello castaño recogido en un apretado moño.

Se estrelló contra el pecho de Diego, y este adquirió un color acuoso, como si el rostro se le hubiera quedado sin sangre.

—¿Zara?

—¡Sorpresa! —La chica lo besó en la mejilla.

Cristina comenzaba a sentirse un poco mareada. Tal vez le hubiera dado demasiado el sol en casa de Malcolm. Aunque, la verdad, el día había sido más bien nuboso.

—No creí que fueras a venir —soltó Diego, que aún no parecía haberse recuperado de la sorpresa. Rayan y Manuel empezaban a parecer incómodos—. Dijiste... dijiste que te ibas a Hungría...

—Ah, eso. —Zara hizo un gesto displicente con la mano—. Resultó ser del todo ridículo. Un puñado de nefilim que decían que sus estelas y cuchillos serafines no funcionaban bien. Resultó ser pura incompetencia. ¡Es mucho más importante estar aquí! —Enlazó su brazo con el de Diego y se volvió hacia Cristina y Mark con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía la mano sobre el brazo de Diego, pero la sonrisa se le

heló en el rostro al ver a Cristina y a Mark en silencio, mirándolos fijamente, y a Diego que cada vez parecía más a punto de vomitar.

—Soy Zara Dearborn —dijo al final, poniendo los ojos en blanco—. Seguro que habéis oído hablar de mí. Soy la prometida de Diego.

5

TIERRA Y CIELO

Emma precedió a Julian por pasillos que ambos conocían incluso en la oscuridad. Ninguno de los dos decía nada. Las trenzas de Emma se balanceaban al andar. Julian se concentró en ella durante un momento, pensando en los miles de veces que había caminado junto a Emma hacia la salida del Instituto, armados, riendo, charlando sobre lo que fuera aquello a lo que se iban a enfrentar y planeando cómo hacerlo.

Pensó en cómo se le aligeraba el corazón cuando salían del Instituto, a punto de subirse al coche y conducir rápido por la autovía, con el viento agitándoles el cabello y el sabor de la sal en la piel. Pero esos recuerdos eran ahora como un peso sobre su pecho mientras se dirigían al área plana y arenosa de detrás del Instituto.

Jace y Clary los estaban esperando. Ambos iban con la chaqueta del traje de combate y cargaban con bolsas de viaje. Estaban hablando entre ellos, con las cabezas juntas. Sus sombras, recortadas con absoluta precisión por la luz de la tarde, parecían fundirse en una sola.

Emma carraspeó, y Jace y Clary se separaron enseguida.

—Lamentamos tener que irnos así —dijo Clary un poco incómoda—. Hemos pensado que sería mejor evitar que los centuriones nos pregunten por nuestra misión. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Kit?

—Creo que está con Livvy y Ty —contestó Emma—. He enviado a Drusilla a buscarlo.

—Aquí estoy. —Kit, una sombra rubia con las manos en los bolsillos, abrió con el hombro la puerta trasera del Instituto. Silencioso al andar, pensó Julian. Una característica propia de los cazadores de sombras. Su padre había sido un ladrón y un mentiroso. Gente también sigilosa.

—Tenemos algo para ti, Christopher —indicó Jace, extrañamente serio—. Bueno, Clary lo tiene.

—Toma. —Esta se acercó a Kit y le puso un objeto plateado en las manos—. Es un anillo de la familia Herondale. Perteneció a James Herondale antes de ser de Jace. En vida, James fue muy amigo de algunos de los Blackthorn.

La expresión de Kit era inescrutable. Cerró los dedos alrededor del anillo y asintió. Clary le acarició la mejilla. Fue una especie de gesto maternal, y por un momento a Julian le pareció ver algo de vulnerabilidad en los rasgos de Kit.

Julian se dio cuenta de que no sabían nada de la madre del chico, ni siquiera si estaba viva.

—Gracias —dijo el muchacho. Se puso el anillo en el dedo, y pareció sorprendido

cuando vio que era de su medida. Los anillos de los cazadores de sombras siempre iban bien; era parte de su magia.

—Si estás pensando en venderlo —le advirtió Jace—, yo que tú no lo haría.

—¿Por qué no? —Kit alzó el rostro, los ojos azules mirando a los dorados. El color de sus ojos era diferente, pero la forma era la misma, así como el dibujo de los párpados, los marcados pómulos y los ángulos de la cara.

—Yo no lo haría —repitió Jace con mucho énfasis; Kit encogió los hombros, asintió y volvió a entrar en el Instituto.

—¿Estabas intentando asustarlo? —preguntó Emma en cuanto la puerta se cerró.

Jace le respondió con una sonrisa de medio lado.

—Agradece a Mark su ayuda —indicó mientras la abrazaba. El instante siguiente fue todo un lío de abrazos y adioses, con Clary prometiendo que les enviaría un mensaje de fuego en cuanto pudiera, y Jace asegurándose de llevar el número de Alec y Magnus por si tenían problemas.

Nadie mencionó que, técnicamente, estaba la Clave para ayudarlos si tenían problemas. Pero de muy jóvenes, Clary y Jace habían aprendido a desconfiar de la Clave, y al parecer, hacerse mayores no había servido para olvidar ese recelo.

—Recuerda lo que te dije en el tejado —murmuró Clary a Emma cogiéndola por los hombros—. Lo que me prometiste.

Emma asintió, más seria que de costumbre. Clary se alejó de ella y alzó la estela para dibujar un Portal que los llevara a Feéra. Pero justo cuando las formas comenzaban a fluir y el Portal empezaba a dibujarse tembloroso contra el seco aire del desierto, la puerta del Instituto se abrió de nuevo.

Esta vez era Dru, que mostraba cara de inquietud. Se retorció sin parar una de las trenzas.

—Emma, será mejor que vengas —dijo—. Ha pasado algo con Cristina.

No iba a participar en su estúpido juego de espiar, pensó Kit. Por mucho que a los mellizos parecía divertirlos estar metidos en un rincón de la galería del segundo piso y observar el vestíbulo, ocultos de la vista por las barras de la baranda.

Gran parte del juego parecía tratar de suponer lo que la gente se estaba diciendo a partir del lenguaje corporal, o del modo en que gesticulaban. Livvy era infinitamente creativa, capaz de imaginarse espectaculares escenas entre gente que casi con seguridad solo estaban hablando del tiempo. Ya había decidido que la bonita chica asiática con la chaqueta de estrellas estaba enamorada de Julian, y que dos de los otros centuriones eran espías secretos de la Clave.

Ty lanzaba pocas ideas, pero Kit sospechaba que era probable que todas fueran acertadas. Era muy bueno observando los pequeños detalles, como qué escudo familiar estaba en la chaqueta de alguien y lo que eso indicaba sobre su procedencia.

—¿Qué opinas de Diego *el Perfecto*? —le preguntó Livvy a Kit cuando este

regresó de despedirse de Clary y Jace. Livvy tenía las piernas dobladas contra el pecho y se las rodeaba con los brazos. Su ondulada coleta le rebotaba sobre los hombros.

—Un cabrón muy pagado de sí mismo —contestó Kit—. Tiene el pelo demasiado bien. No me fío de la gente con el pelo tan cuidado.

—Creo que esa chica del moño está enfadada con él —dijo Ty, inclinándose más hacia la barandilla. Su delicado rostro era anguloso y puntiagudo. Kit siguió su mirada y vio a Diego, enfrascado en una conversación con una chica de piel pálida que movía mucho las manos al hablar.

—El anillo. —Livvy le cogió la mano a Kit y le dio la vuelta. El anillo Herondale le relucía en el dedo. Kit ya se había fijado en los pájaros tallados con delicadeza que volaban alrededor del mismo—. ¿Te lo ha dado Jace?

Kit negó moviendo la cabeza.

—Clary. Me ha dicho que había pertenecido a James Herondale.

—James... —Livvy pareció estar haciendo un esfuerzo por recordar algo. Lanzó un grito y dejó caer la mano de Kit cuando una sombra se cernió sobre ellos.

Era Emma.

—Muy bien, pequeños espías —dijo esta—. ¿Dónde está Cristina? Ya he mirado en su cuarto.

Livvy apuntó hacia arriba. Kit frunció el ceño; siempre había pensado que no había nada en el tercer piso excepto el desván.

—Vale —asintió Emma—. Gracias. —Agitó nerviosamente las manos en los costados—. Cuando pille a Diego...

De abajo les llegó una fuerte exclamación. Los cuatro se inclinaron hacia adelante y vieron a la chica pálida cruzarle la cara a Diego de un seco bofetón.

—Pero ¿qué...? —Emma pareció perpleja, y luego, de nuevo furiosa. Se di la vuelta y fue hacia la escalera.

Ty sonrió; con sus rizos y sus ojos claros parecía un querubín pintado en la pared de una iglesia.

—Esa chica sí que estaba enfadada —dijo, y parecía encantado de no haberse equivocado.

Kit se echó a reír.

El cielo sobre el Instituto ardía de colores: rosa intenso, rojo sangre, dorado oscuro. El sol se estaba poniendo y el desierto estaba bañado por su resplandor. El propio Instituto parecía vibrar, así como el agua, a lo lejos, donde esperaba que el sol se pusiera.

Cristina se hallaba justo donde Emma había pensado que estaría, sentada tan pulcramente como siempre, con las piernas cruzadas y la chaqueta de combate extendida sobre las tejas bajo ella.

—No ha venido detrás de mí —dijo cuando Emma se le acercó. Su negra melena ondeó y se alzó con la brisa; las perlas de los pendientes destellaron, y las palabras grabadas en el colgante que le rodeaba el cuello resaltaron bajo el resplandor del sol poniente: «Bendito sea el Ángel, mi fuerza, que guía mi mano en la guerra y mis dedos al luchar».

Emma se dejó caer en el tejado junto a su amiga, tan cerca como pudo. Le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—¿Te refieres a Diego?

Cristina asintió con la cabeza. No había asomo de lágrimas en su rostro, y considerando la situación, parecía sorprendentemente tranquila.

—Esa chica se ha acercado y ha dicho que era su prometida —explicó Cristina—. Y he pensado que debía de tratarse de algún error. Incluso cuando he salido corriendo del vestíbulo, seguía pensando que debía de ser un error y que él vendría detrás de mí para explicármelo. Pero no lo ha hecho, lo que significa que se ha quedado con ella. Porque debe de ser su prometida de verdad y le importa más que yo.

—No sé cómo ha podido hacerlo —dijo Emma—. Es muy raro. Te quiere mucho; vino aquí por ti.

Cristina hizo un ruido apagado.

—Pero ¡si ni siquiera te cae bien!

—Me cae bien... Bueno, me caía bien... a veces —repuso Emma—. Eso de la perfección es un poco irritante. Pero el modo en que te miraba..., eso no se puede fingir.

—Tiene prometida, Emma, no solo una novia: una prometida. ¿Quién sabe cuánto tiempo hace que están prometidos? Prometidos para casarse.

—Le estropearé la boda —sugirió Emma—. Saldré del pastel, pero no en plan sexy, sino con un par de granadas.

Cristina soltó un bufido de risa y luego apartó la cara.

—Me siento tan estúpida... —dijo—. Me mintió y lo perdoné, y luego me mintió de nuevo. Pero ¿qué clase de idiota soy? ¿Cómo pude llegar a creer que era de fiar?

—Porque querías creerlo —respondió Emma—. Hace mucho que lo conoces, Tina, y eso importa. Cuando han sido parte de tu vida durante tanto tiempo, arrancarlos de ella es como arrancar las raíces de una planta.

Cristina guardó silencio durante un rato.

—Lo sé —asintió finalmente—. Sé que lo entiendes.

Emma notó el ácido ardor de la amargura y se lo tragó. En ese momento necesitaba estar ahí para Cristina, no quedarse pensando en sus propias preocupaciones.

—Cuando era pequeña —explicó—, Jules y yo solíamos subir aquí juntos casi todas las tardes al caer el sol y esperábamos el destello verde.

—¿El qué?

—El destello verde. Cuando el sol se pone, justo antes de desaparecer, se ve un

destello de luz verde. —Ambas miraron hacia el agua. El sol se estaba ocultando en el horizonte y el cielo se llenó de franjas rojas y negras—. Si en ese momento pides un deseo, se cumplirá.

—¿De verdad? —preguntó Cristina en voz baja, con los ojos clavados en el horizonte.

—No lo sé —contestó Emma—. Por ahora he cumplido muchos de mis deseos. —El sol se hundió unos milímetros más. Emma intentó pensar qué podía desear. Incluso de más pequeña, de algún modo había entendido que había cosas que no se podían pedir, como la paz mundial o recuperar a tus padres muertos. El universo no podía volverse del revés por ti. Pedir un deseo solo te conseguía pequeñas bendiciones: un sueño sin pesadillas, la seguridad de tu mejor amigo un día más, que luciera el sol el día de tu cumpleaños.

—¿Te acuerdas —continuó Emma—, antes de que volvieras a ver a Diego, de que dijiste que deberíamos ir a México juntas? ¿A pasar un año allí?

Cristina asintió.

—Tardaré un poco en poder hacerlo —dijo Emma—. No cumpliré dieciocho hasta el invierno. Pero cuando los cumpla...

Dejar Los Ángeles. Pasar un año con Cristina, aprendiendo, entrenando y viajando.

Sin Jules. Emma tragó saliva para combatir el dolor que esa idea le causaba. Pero un dolor con el que tendría que aprender a vivir.

—Me gustaría —repuso Cristina. El sol ya solo era un delgado borde dorado—. Ese será mi deseo. Y quizá también olvidar a Diego.

—Pero entonces tendrás que olvidar también lo bueno junto con lo malo. Y sé que ha habido cosas buenas. —Emma entrelazó los dedos con los de Cristina—. No es la persona adecuada para ti. No es lo bastante fuerte. Te decepciona y te desilusiona. Sé que te ama, pero eso no es suficiente.

—Al parecer, no es a mí a quien ama.

—Quizá comenzó a salir con ella para olvidarte —aventuró Emma—. Y luego volvió contigo, aunque no se lo esperaba, y no supo cómo romper con ella.

—Qué idiota —exclamó Cristina—. Quiero decir, si eso fuera cierto, que no lo es. Emma se echó a reír.

—Vale, vale, yo tampoco me lo creo. —Se inclinó hacia adelante—. Mira, déjame que le pegue una paliza. Te sentirás mucho mejor.

—Emma, no. No le pongas la mano encima. Lo digo en serio.

—Entonces podría golpearlo con los pies —sugirió Emma—. Están registrados como armas letales. —Los balanceó en el aire.

—Tienes que prometerme que no lo tocarás. —Cristina la miró tan severamente que Emma alzó la mano libre como muestra de aceptación.

—Muy bien, muy bien, lo prometo. No tocaré a Diego *el Perfecto*.

—Y tampoco le puedes dar la bronca a Zara —insistió Cristina—. No es su culpa.

Estoy segura de que no tenía ni idea de que yo existiera.

—Entonces, lo siento por ella —replicó Emma—. Porque tú eres una de las mejores personas que conozco.

Cristina comenzó a sonreír. El sol casi había desaparecido por completo. Un año con Cristina, pensó Emma. Un año lejos de todo, lejos de cualquiera que le recordara a Jules. Un año para olvidar. Si podía resistirlo.

Cristina inspiró con fuerza.

—¡Mira, ahí está!

Se vio un destello verde en el cielo. Emma cerró los ojos y pidió su deseo.

Cuando volvió a su dormitorio, se sorprendió al encontrar allí a Mark y a Julian, cada uno de pie en un lado de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cómo está? —preguntó Mark en cuanto Emma cerró la puerta—. Me refiero a Cristina.

Su mirada era ansiosa. La de Jules era dura; su expresión era neutra y autocrática, lo que Emma sabía que era señal de que estaba enfadado.

—¿Está mal?

—Claro que está mal —respondió Emma—. Creo que no tanto porque haya vuelto a ser su novio durante las últimas semanas como porque se conocen desde hace mucho tiempo. Sus vidas están entrelazadas del todo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Mark.

—Ayudando a Diana y a los otros a preparar las habitaciones de los centuriones —contestó Emma—. Le dije que cargar con sábanas y toallas no podría animar a nadie, pero ella me ha asegurado que sí.

—En Feéra, retaría a un duelo a Rosales por esto —dijo Mark—. Ha roto su promesa, y además era una promesa de amor. Se enfrentaría a mí en combate, si Cristina me permitiera ser su campeón.

—Bueno, pues no vas a tener esa suerte —replicó Emma—. Cristina me ha hecho prometer que no le pondré la mano encima, y apuesto a que eso va por vosotros también.

—¿Estás diciendo que no podemos hacer nada? —Mark arrugó la frente, un ceño que se parecía mucho al de Julian. Emma pensó que en algo se parecían, a pesar de ser como la noche y el día. En ese momento se notaba más que nunca que eran hermanos.

—¿Por qué no vamos a ayudar con las habitaciones para que Cristina pueda irse a dormir? —sugirió Emma—. Diego está encerrado en uno de los despachos con Zara, así que no es probable que se lo encuentre, pero le iría bien descansar.

—¿Vamos a vengarnos de Diego doblándole las toallas? —soltó Julian.

—Técnicamente no son sus toallas —remarcó Emma—. Son las toallas de sus amigos.

Se dirigió a la puerta y los dos chicos la siguieron a regañadientes. Era evidente que hubieran preferido un combate mortal sobre el césped que hacer las camas de los centuriones. A Emma tampoco le hacía mucha gracia. Julian era mucho mejor haciendo las camas y la colada que ella.

—Podría ocuparme de Tavvy —sugirió Emma. Mark se había adelantado en el pasillo, y Emma se encontró caminando junto a Julian.

—Está durmiendo —repuso él. No mencionó de dónde había sacado el tiempo para acostar a Tavvy en medio de todo lo que había estado pasando. Pero así era Julian. Siempre encontraba el momento—. ¿Sabes qué me resulta raro?

—¿Qué? —preguntó Emma.

—Que Diego tenía que saber que su mentira acabaría saliendo a la luz —contestó Julian—. Aunque no se esperara que Zara viniese esta noche con los otros centuriones, estos conocen su relación. Alguno de ellos habría acabado mencionando a su prometida o su compromiso.

—Tienes razón. Diego puede ser un mentiroso, pero no es idiota.

—Hay formas en que podrías hacerlo sufrir sin tocarlo —comentó Julian. Lo dijo en voz muy baja, para que solo Emma pudiera oírlo; y había algo siniestro en su voz, algo que hizo estremecer a Emma. Iba a contestarle, pero vio a Diana acercándose por el pasillo, con la clara expresión de alguien que ha pillado a la gente escaqueándose del trabajo.

Los envió a diferentes partes del Instituto: a Julian al desván, para que viera cómo estaba Arthur; a Mark a la cocina, y a Emma, a la biblioteca a ayudar a los mellizos a limpiarla. Kit había desaparecido.

—No se ha escapado —la informó Ty—. Solo es que no quiere hacer camas.

Cuando terminaron de limpiar, de decidir en qué habitación poner a cada centurión y de organizarlo todo para que les llevaran comida al día siguiente, ya era muy tarde. También establecieron turnos para patrullar por fuera del Instituto por la noche, por si aparecían demonios marinos.

Mientras Emma iba por el pasillo hacia su dormitorio, se fijó en que la luz se colaba por debajo de la puerta de Julian. Además, la puerta estaba un poco entreabierta y la música llegaba al corredor.

Sin que fuera un acto consciente de voluntad, se encontró delante de la habitación con la mano levantada para llamar. De hecho, ¡había llamado! Dejó caer la mano, medio sorprendida, pero él ya estaba abriendo la puerta.

Emma lo miró parpadeando. Julian llevaba unos viejos pantalones de pijama, una toalla sobre los hombros y un pincel en la mano. Tenía pintura en el pecho desnudo y en el pelo.

Aunque no la tocaba, Emma notó su cuerpo y su calor. Las negras Marcas en espiral le bajaban por el torso, como parras decorando una columna. Ella misma le había dibujado algunas, en aquellos días en los que tocarlo no hacía que le temblara la mano.

—¿Querías algo? —le preguntó—. Es tarde, y Mark debe de estar esperándote.

—¿Mark? —Casi se había olvidado de Mark por un momento.

—Lo he visto entrando en tu habitación. —Le goteó pintura del pincel y cayó al suelo. Emma podía ver el interior de la habitación: no había estado allí en lo que le parecía una eternidad. Parte del suelo se hallaba cubierto con plástico, y pudo ver zonas más brillantes en la pared, donde debía de haber estado retocando el mural que ocupaba media habitación.

Recordó cuando lo había pintado, después de volver de Idris. Después de la Guerra Oscura. Habían estado tumbados despiertos sobre la cama, como hacían a menudo, como lo hacían desde que eran pequeños. Emma le estaba hablando de que había encontrado un libro de cuentos de hadas en la biblioteca, de los que los mundanos leían cientos de años atrás: cuentos que estaba cargados de sangre, muertes y tristeza. Le habló del castillo de la Bella Durmiente, rodeado de espinos, y de que el cuento decía que cientos de príncipes habían intentado pasar esa barrera para rescatar a la princesa, pero que todos resultaron atravesados por los pinchos hasta morir, y sus cuerpos quedaron tendidos bajo el sol hasta acabar siendo solo huesos.

Al día siguiente, Julian pintó su habitación: un castillo y el muro de espinos, el destello de los huesos y el príncipe triste, con la espada rota a su lado. Emma quedó impresionada, aunque tuvieron que dormir en su habitación durante una semana hasta que se hubo secado la pintura.

Nunca le preguntó por qué la imagen o la historia le había llamado la atención. Sabía que si él quería contárselo, lo haría.

Emma se aclaró la garganta.

—Has dicho que podía hacerle daño a Diego sin ponerle la mano encima. ¿A qué te referías?

Julian se pasó la mano libre por el cabello. Se lo veía desarreglado... y tan guapo que dolía.

—Seguramente es mejor que no te lo diga.

—Ha hecho daño a Cristina —replicó Emma—. Y creo que ni siquiera le importa.

Julian se rascó la nuca. Los músculos del estómago y el pecho se le movieron al estirarse, y Emma pensó en la textura de su piel, y deseó con desesperación poder retroceder en el tiempo y ser de nuevo la persona que no se deshacía en pedazos al ver a Julian sin camisa; la persona que había crecido con él y lo había visto medio desnudo un millón de veces.

—Le he visto la cara cuando Cristina ha salido corriendo del vestíbulo —dijo Julian—. Creo que no tienes que preocuparte de que no esté sufriendo. —Puso la mano en el pomo de la puerta—. Nadie puede leer la mente de otro ni suponer todas sus razones. Ni siquiera tú, Emma.

Le cerró la puerta en las narices.

Mark estaba tirado en el suelo al pie de la cama de Emma, descalzo, medio envuelto en una manta.

Parecía dormido, las pestañas como oscuras lunas crecientes contra la pálida piel, pero abrió a medias su ojo azul cuando ella entró.

—¿De verdad está bien?

—¿Cristina? Sí. —Emma se sentó en el suelo a su lado y apoyó la espalda contra el pie de la cama—. Es un mal rollo, pero lo superará.

—Creo que resultará difícil —dijo él con la voz cargada de sueño— ser digno de ella.

—Te gusta, ¿verdad?

Mark se volvió de lado y la contempló con esa escrutadora mirada de hada que la hacía sentirse como si se hallara sola en medio de un campo, observando el viento azotar la hierba.

—Claro que me gusta.

Emma maldijo la precisión del lenguaje de las hadas; «gustar» no significaba nada para ellos. Vivían en un mundo de amor y odio, desprecio o adoración.

—Tu corazón siente algo por ella —rectificó.

Mark se sentó.

—Ella no sentiría, creo, algo semejante por mí.

—¿Por qué no? —quiso saber Emma—. Sin duda no tiene nada contra las hadas, ya lo sabes. Te aprecia...

—Es amable, es gentil, generosa, sensible, considerada, amable...

—Has repetido «amable».

Mark la miró fijamente.

—Es diferente por completo a mí.

—No tienes que ser como alguien para amarlo —repuso Emma—. Míranos a nosotros dos. Somos bastante parecidos y no sentimos eso el uno por el otro.

—Solo porque tú estás con alguien. —Mark lo dijo como algo natural, pero Emma lo miró sorprendida.

«Lo sabe», pensó durante un momento de pánico antes de recordar su mentira sobre Cameron.

—Es una pena, ¿no? —dijo sin darle mucha importancia, tratando de evitar que el corazón le martilleara en el pecho—. Tú y yo, juntos, hubiera sido... algo tan fácil.

—La pasión no es fácil. Ni tampoco su ausencia. —Mark se inclinó hacia ella. Emma notó el calor de su hombro contra el suyo. Recordó su beso, pensó en sus dedos entre el suave cabello de él. Su cuerpo contra el de Mark, fuerte y dispuesto.

Pero mientras trataba de atrapar esa imagen, se le escapó de entre los dedos como la arena seca. Como la arena de la playa la noche en que Julian y ella yacieron allí, la única noche que habían estado juntos.

—Pareces triste —dijo Mark—. Siento haber sacado el tema del amor. —Le acarició la mejilla—. En otra vida, quizá. Tú y yo.
Emma dejó caer la cabeza contra el pie de la cama.
—En otra vida.

6

ALLÍ EL VIAJERO

Como la cocina era demasiado pequeña para albergar a los ocupantes habituales del Instituto más veintitantos centuriones, el desayuno se preparó en el comedor. Retratos de antepasados Blackthorn contemplaban las bandejas de huevos con beicon y las tostadas. Cristina se movía sigilosamente entre la gente, tratando de pasar desapercibida. Dudaba de que hubiera llegado a bajar de no ser porque necesitaba café con desesperación.

Buscó a Emma y a Mark con la mirada, pero ninguno de ellos había llegado aún. Emma no se levantaba temprano, y Mark todavía tendía a ser noctámbulo. Julian estaba allí, repartiendo la comida, pero mostraba la expresión agradable y neutral que siempre empleaba cuando había extraños.

Pensó que era raro que conociera tan bien a Julian como para notar eso. Tenían una especie de vínculo: el amor de ambos por Emma, pero los separaba el saber que Julian no se daba cuenta de eso. Este intentaba ocultar que amaba a Emma, y Cristina intentaba ocultar que lo sabía. Deseó poder ofrecerle su compasión, pero él solo retrocedería horrorizado...

—Cristina.

Casi se le cayó el café. Era Diego. Tenía un aspecto terrible: el rostro macilento, ojeras, el pelo revuelto. Llevaba el traje de combate y parecía haber perdido su insignia de centurión.

Cristina alzó la mano.

—*Aléjate de mí, Diego.*

—Solo escúchame un momento...

Alguien se puso entre ellos. Manuel, el chico español con el cabello rubio pajizo.

—Ya la has oído —dijo en inglés. Nadie los miraba; todos estaban enfrascados en sus propias conversaciones—. Déjala en paz.

Cristina se dio la vuelta y se marchó del comedor.

Mantuvo la espalda erguida. Se negó a apresurar el paso. Era una Rosales. No deseaba la compasión de los centuriones.

Abrió la puerta delantera y bajó la escalera. Deseó que Emma estuviera despierta. Podrían ir a la sala de entrenamiento y librarse de sus frustraciones a patadas y puñetazos.

Caminó sin mirar hasta que casi chocó con el retorcido serbal que aún crecía en la descuidada hierba delante del Instituto. Las hadas lo habían puesto ahí, un árbol de flagelación, empleado para recibir un castigo. Permanecía allí incluso después del

castigo, después de que la lluvia hubiera lavado la sangre de Emma de la hierba y las piedras.

—Cristina, por favor. —Ella se volvió. Diego estaba allí, por lo visto decidido a no hacerle caso a Manuel. Realmente tenía un aspecto terrible. Las ojeras parecían como moretones bajo los ojos.

Él la llevó en brazos sobre esa hierba, recordó Cristina, solo dos semanas atrás, cuando había resultado herida. La sujetaba con fuerza, murmurando su nombre una y otra vez. Y durante todo ese tiempo ya estaba prometido a otra.

Se apoyó en el tronco del árbol.

—¿De verdad que no entiendes por qué no quiero verte?

—Claro que lo entiendo —contestó él—. Pero no es lo que piensas.

—¿De verdad? ¿No estás prometido? ¿No te vas a casar con Zara?

—Es mi prometida —respondió él—. Pero... Cristina, es más complicado de lo que parece.

—No veo cómo puede serlo.

—Le escribí —le aseguró él—. Después de que volviéramos a estar juntos. Le dije que habíamos acabado.

—No creo que recibiera tu carta.

Diego se pasó las manos por el pelo.

—Sí que la recibió. Me ha dicho que la leyó y que por eso ha venido aquí. Si te soy sincero, nunca creía que lo hiciera. Creía que habíamos terminado cuando no tuve noticias tuyas durante un tiempo. Pensé... De verdad que pensé que era libre.

—¿Así que rompiste con ella anoche?

Diego vaciló, y en ese instante de vacilación cualquier idea que Cristina hubiera estado albergando en lo más profundo del corazón, cualquier débil esperanza de que todo eso fuera un error, se desvaneció como la neblina dispersada por el sol.

—No —contestó él—. No puedo.

—Pero acabas de decir que sí lo hiciste, en la carta...

—Las cosas han cambiado. Cristina, tienes que confiar en mí.

—No —replicó ella—. No, no voy a confiar en ti. Ya lo hice, a pesar de todo. No sé si algo de lo que me has dicho alguna vez es cierto. No sé si lo que me dijiste sobre Jaime es cierto. ¿Dónde está?

Diego dejó caer las manos. Parecía derrotado.

—Hay cosas que no te puedo decir. Ojalá pudieras creerme.

—¿Qué está pasando? —La voz aguda y clara de Zara cortó el aire seco. Caminaba hacia ellos, con su insignia de centurión brillando bajo el sol.

Diego la miró con una expresión de dolor en el rostro.

—Estaba hablando con Cristina.

—Ya veo. —Zara tenía una ligera sonrisa en la boca, algo que nunca parecía abandonar su rostro. Echó una mirada a Cristina y le puso la mano a Diego en el hombro—. Ven adentro. Estamos discutiendo qué cuadrantes vamos a registrar hoy.

Tú conoces bien la zona. Es hora de que nos eches una mano. —Le dio unos golpecitos al reloj con el índice.

Diego miró una vez más a Cristina, luego se volvió hacia su prometida.

—De acuerdo.

Con una última mirada de superioridad, Zara cogió de la mano a Diego y medio lo arrastró de vuelta al Instituto. Cristina contempló cómo se alejaban. El café que había tomado le quemaba en el estómago como ácido.

Emma se quedó muy decepcionada cuando los centuriones se negaron a que los acompañara algún miembro de los Blackthorn en la búsqueda del cadáver de Malcolm.

—No, gracias —dijo Zara, que parecía haberse autoproclamado jefe de los centuriones—. Estamos entrenados para esto, y tener cazadores de sombras menos expertos en este tipo de misión solo nos desconcentraría.

Emma miró con dureza a Diego, que estaba junto a Zara. Él apartó la mirada.

Estuvieron fuera casi todo el día, y regresaron para la cena, que acabaron preparando los Blackthorn. Espaguetis, montones de espaguetis.

—Echo de menos la pizza vampira —masculló Emma, mirando fijamente el enorme cuenco de salsa de tomate.

Julian resopló. Estaba ante una olla de agua hirviendo; el vapor le formaba húmedos rizos en el cabello.

—Quizá al menos nos digan si han encontrado algo.

—Lo dudo —repuso Ty, que estaba reuniendo las cosas para poner la mesa. Esa era una actividad que le había gustado desde pequeño; le encantaba colocar cada pieza en un orden preciso y repetitivo. Livvy lo ayudaba; Kit se había marchado enfadado y no lo encontraban por ninguna parte. Parecía molestarlo la intrusión de los centuriones aún más que al resto. Emma no podía culparlo; estaba empezando a adaptarse a la normalidad del Instituto cuando, de repente, había llegado toda esa gente a la que se suponía que tenía que atender.

Ty casi tuvo razón. La cena fue larga y animada. De alguna manera, Zara había conseguido colocarse a la cabecera de la mesa, apartando a Diana, e hizo un resumen del día: se habían registrado zonas del mar, no se había encontrado nada importante, aunque trazas de elementos de magia negra indicaban un lugar mar adentro, en el océano, donde se juntaban los demonios.

—Mañana nos acercaremos allí —dijo, cogiendo con elegancia los espaguetis con el tenedor.

—¿Cómo lo estáis buscando? —preguntó Emma. Su deseo por conocer más sobre las técnicas avanzadas de los cazadores de sombras pesaba más que el desagrado que le causaba Zara. Después de todo, como Cristina había dicho, la situación no era culpa de Zara sino de Diego—. ¿Tenéis trajes especiales?

—Por desgracia, esa información es propiedad del Escolamántico —respondió Zara con una sonrisita distante—. Incluso para alguien que se supone que es el mejor cazador de sombras de su generación.

Emma se sonrojó y volvió a sentarse.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Ya sabes lo que la gente de Idris dice de ti —continuó Zara. Su tono era tranquilo, pero sus ojos de color avellana eran como puntas de daga—. Es como si fueras el nuevo Jace Herondale.

—Pero aún tenemos al viejo Jace Herondale —soltó Ty confuso.

—Es una forma de hablar —le explicó Julian en voz baja—. Quiere decir que alguien es igual de bueno.

En una situación normal le hubiera dicho: «Te lo voy a dibujar, Ty». La representación visual de expresiones potencialmente confusas, como «se partía el pecho de risa» o «lo mejor desde la sopa de ajo» acababan siendo divertidos dibujos de Julian con notas que explicaban el verdadero significado de la expresión.

Que no actuara así hizo que Emma lo mirara un poco más seria. Estaba molesto por los centuriones, y Emma no podía culparlo. Cuando Julian no confiaba en alguien, su instinto de protección se ponía en marcha: para ocultar el amor de Livvy por los ordenadores, la peculiar forma en que Ty procesaba la información, las películas de miedo de Dru, la falta de respeto por las normas de Emma...

Julian alzó su vaso de agua con una sonrisa brillantemente artificial.

—¿No debería compartirse toda la información de los nefilim? Luchamos contra los mismos demonios. Si una rama de los nefilim tiene ventaja, ¿no os parece eso injusto?

—No de forma necesaria —contestó Samantha Larkspear, la mitad femenina de los centuriones mellizos que Emma había conocido el día anterior. Su hermano se llamaba Dane. Compartían el mismo rostro estrecho, como de galgo, la piel pálida y el liso cabello negro—. No todos tienen el entrenamiento para emplear todas las herramientas, y un arma que no se sabe cómo manejar se desperdicia.

—Todos pueden aprender —indicó Mark.

—Entonces, quizá un día asistas al Escolamántico y se te entrene —dijo el centurión de Mumbai. Se llamaba Divya Joshi.

—No es muy probable que el Escolamántico acepte a alguien con sangre de hada —remarcó Zara.

—La Clave es muy carca —admitió Diego—. Eso es cierto.

—No me gusta esa palabra —replicó Zara—. Lo que son es tradicionales. Buscan restaurar la separación entre subterráneos y cazadores de sombras que siempre ha existido. Mezclarse solo lleva a la confusión.

—Mira, por ejemplo, lo que pasado con Alec Lightwood y Magnus Bane —intervino Samantha, agitando el tenedor—. Todo el mundo sabe que Magnus usa su influencia con los Lightwood para que el Inquisidor sea muy indulgente con los

subterráneos. Incluso cuando se trata de un asesinato.

—Magnus nunca haría eso —afirmó Emma. Había dejado de comer, pese a que cuando se sentó estaba muerta de hambre.

—Y el Inquisidor no juzga a los subterráneos, solo a los cazadores de sombras —añadió Julian—. Robert Lightwood no podría ser indulgente con los subterráneos aunque quisiera.

—Lo que sea —soltó Jessica Beausejours, una centurión con un ligero acento francés y anillos en todos los dedos—. La Alianza entre subterráneos y cazadores de sombras no tardará en anularse.

—Nadie la va a anular —replicó Cristina con los labios apretados—. Solo es un rumor.

—Hablando de rumores —repuso Samantha—, he oído que Bane engañó a Alec Lightwood para que se enamorara de él usando un hechizo. —Le brillaron los ojos, como si no pudiera decidir si esa idea le resultaba atractiva o desagradable.

—Eso no es cierto —replicó Emma con el corazón latiéndole a toda prisa—. Es una gran mentira.

Manuel alzó una ceja mirándola. Dane se rio.

—En ese caso, me pregunto qué pasará cuando el hechizo pierda su fuerza —comentó—. Malas noticias para los subterráneos si el Inquisidor deja de tenerles tanta simpatía.

A Ty se lo veía perplejo. Emma no podía culparlo. Ninguno de los del círculo de Zara parecía estar interesado en los hechos.

—¿No has oído a Julian? —intervino Ty—. El Inquisidor no supervisa casos en los que los subterráneos hayan infringido los Acuerdos. Él no...

Livvy le puso la mano sobre la muñeca.

—Aquí todos apoyamos los Acuerdos —dijo Manuel, recostándose en su silla.

—Los Acuerdos son una gran idea —pontificó Zara—. Pero toda herramienta necesita afilarse. Los Acuerdos necesitan revisarse. Por ejemplo, los brujos tendrían que estar controlados. Son demasiado poderosos y demasiado independientes. Mi padre piensa sugerir que se establezca un registro de brujos en el Consejo. Todos los brujos deberán dar sus datos a la Clave y podrán ser rastreados. Si funciona bien, se extenderá a todos los subterráneos. No podemos tenerlos corriendo por ahí sin poder seguirles el rastro. Mira lo que pasó con Malcolm Fade.

—Zara, lo que dices es ridículo —replicó Jon Cartwright, uno de los centuriones de mayor edad. Debía de tener unos veintidós años, supuso Emma, la edad de Jace y Clary. Lo único que Emma podía recordar de él era que tenía novia, Marisol—. Como un viejo miembro del Consejo temeroso de los cambios.

—Estoy de acuerdo —lo secundó Rayan—. Somos estudiantes y luchadores, no legislamos. Sea lo que sea que tu padre esté haciendo, no es relevante para el Escolamántico.

Zara parecía indignada.

—Es solo un registro...

—¿Y yo soy el único que ha leído los *X-Men* y sabe por qué esa es una mala idea? —preguntó Kit. Emma no tenía ni idea de cuándo había reaparecido, pero así era, y estaba removiendo la pasta con el tenedor.

Zara comenzó a fruncir el ceño, pero luego su expresión se animó.

—Eres Kit Herondale —exclamó—. El Herondale perdido.

—No tenía ni idea de que estuviera perdido —replicó Kit—. Nunca me he sentido perdido.

—Deber de ser muy excitante descubrir de repente que eres un Herondale —dijo Zara. Emma contuvo el impulso de responderle que si no sabías mucho de los cazadores de sombras, descubrir que eras un Herondale era tan excitante como descubrir que eras una nueva especie de caracol—. Conocí a Jace Herondale.

Miró a su alrededor, expectante.

—Guau —soltó Kit. Sí que era un Herondale, pensó Emma. Como Jace, había conseguido incluir diferentes niveles de sarcasmo e indiferencia en una sola palabra.

—Seguro que te mueres de ganas de ir a la Academia —insistió Zara—. Como eres un Herondale, seguramente destacarás. Podría hablarles bien de ti.

Kit se quedó en silencio. Diana carraspeó.

—¿Y qué planes tenéis para mañana, Zara, Diego? ¿Puede el Instituto ayudaros de algún modo?

—Ahora que lo mencionas —respondió Zara—, nos sería de gran utilidad... — todos, incluso Kit, se inclinaron hacia adelante con interés... que mientras estamos fuera, nos hicierais la colada. El agua del océano acaba rápido con la ropa, ¿no te parece?

En el desierto, las sombras de la noche caían de golpe, pero a pesar del susurro de las olas que entraba por su ventana, Cristina no podía dormir.

Daba vueltas pensando en su casa. Su madre, sus primos. Días mejores pasados con Diego y Jaime. Recordó un fin de semana que había estado con ellos persiguiendo a un demonio en la desmoronada ciudad fantasma de Guerrero Viejo. El paisaje onírico que los rodeaba, las casas medio inundadas, las malas hierbas, los edificios descoloridos por las aguas. Se había tumbado sobre una roca con Jaime bajo las incontables estrellas y se habían contado el uno al otro lo que más deseaban en el mundo: ella, el final de la Paz Fría; él, recuperar el honor de su familia.

Exasperada, se levantó de la cama y fue abajo, con solo una luz mágica para iluminarle los pasos. La escalera estaba oscura y silenciosa, y llegó la puerta trasera del Instituto sin hacer casi ruido.

La luna extendía su luz sobre el pequeño espacio de tierra donde se hallaba aparcado el coche del Instituto. Detrás del aparcamiento había un jardín, en el que estatuas clásicas de mármol surgían incongruentemente de la arena del desierto.

Con una súbita intensidad, Cristina echó de menos el jardín de rosas de su madre. El olor de las flores, más dulce que la salvia del desierto; su madre caminando entre las ordenadas filas. Cristina solía bromear diciendo que su madre debía de tener la ayuda de un brujo para mantener las plantas en flor durante lo más cálido del verano.

Se alejó de la casa, hacia las filas de cerezos y alisos. Al acercarse más a ellos, vio una sombra y se quedó inmóvil, dándose cuenta entonces de que no llevaba ninguna arma encima.

«Estúpida», pensó. El desierto estaba lleno de peligros, y no todos sobrenaturales. Los pumas no distinguían entre mundanos y nefilim.

Pero no era un puma. La sombra se acercó; Cristina se tensó, para enseguida relajarse. Era Mark.

La luz de la luna hacía que su cabello pareciera de un color blanco plateado. Iba descalzo y con vaqueros. Una expresión de sorpresa le cruzó el rostro al verla; luego se dirigió hacia ella con cierta vacilación y le puso la mano en la mejilla.

—¿Te estoy imaginando? —preguntó—. Estaba pensando en ti, y de repente, aquí estás.

Era algo tan exclusivo de Mark..., una afirmación directa de sus emociones. Porque las hadas no podían mentir, pensó, y él había crecido entre ellas, y había aprendido a hablar de amor con Kieran, que era orgulloso y arrogante, pero siempre sincero. Las hadas no asociaban la sinceridad con la debilidad y la vulnerabilidad, como hacían los humanos.

Hizo que Cristina se sintiera más valiente.

—Yo también pensaba en ti.

Mark le acarició la mejilla con el pulgar. Ella notó su palma, cálida sobre la piel.

—¿En qué exactamente?

—En tu mirada cuando Zara y sus amigos hablaban sobre los subterráneos durante la cena. Tu dolor...

Mark rio divertido.

—Debería habérmelo esperado. De haber sido un cazador de sombras en activo durante los últimos cinco años, sin duda estaría más acostumbrado a lo que dicen.

—¿Por la Paz Fría?

Mark asintió.

—Cuando un gobierno toma una decisión como esa, da alas a los que ya tienen prejuicios en hacer públicos sus pensamientos más profundos de odio. Solo suponen que están siendo lo suficientemente valientes para decir lo que todos los demás piensan en realidad.

—Mark...

—En la mente de Zara, soy odiado —continuó Mark. Tenía los ojos ensombrecidos—. Estoy seguro de que su padre forma parte del grupo que exige que Helen continúe prisionera en la isla de Wrangel.

—Volverá —le aseguró Cristina—. Ahora que tú has regresado a casa y has

luchado con tanta lealtad por los cazadores de sombras, seguro que la dejarán volver.

Mark negó con la cabeza, pero cambió de tema.

—Lamento lo de Diego.

Cristina alzó la mano y cubrió la de él; notó sus dedos ligeros y frescos como ramas de sauce. De repente, quiso tocarlo más, quería probar la sensación de su piel bajo la camisa, la textura del mentón, que hacía evidente que nunca se había afeitado y que nunca tendría que hacerlo.

—No, no lo sientes —repuso ella—. En realidad no. ¿O sí?

—Cristina —susurró Mark un poco desesperado—. ¿Puedo...?

Ella negó con la cabeza; si le dejaba preguntárselo, no sería capaz de decirle que no.

—No podemos —dijo ella—. Emma.

—Tú sabes que no es verdad —le recordó Mark—. Quiero a Emma, pero no de esa manera.

—Pero lo que ella está haciendo es importante. —Se apartó de Mark—. Julian tiene que creérselo.

Él la miró confuso, y entonces ella lo recordó: Mark no lo sabía. No sabía lo de la maldición, no sabía que Julian amaba a Emma, o que Emma lo amaba a él.

—Todo el mundo tiene que creer que es cierto. Y además —añadió rápidamente—, está Kieran. Acabas de romper con él. Y yo acabo de romper con Diego.

Mark parecía aún más confuso. Cristina supuso que las hadas nunca había adoptado las ideas humanas de dar espacio al otro y de tener un tiempo para superar la ruptura de una relación.

Quizá fueran ideas estúpidas. Tal vez el amor era amor y debería aprovecharse allí donde se encontraba. Lo cierto era que su cuerpo le estaba gritando a su cabeza que se callara: quería rodear a Mark con los brazos, quería abrazarlo mientras él la abrazaba, sentir su pecho contra el de ella mientras se expandía al respirar.

Algo resonó en la oscuridad. Sonó como el chasquido de una rama enorme al quebrarse, seguido de un ruido lento y como de algo que estaba siendo arrastrado. Cristina se volvió y fue a coger su navaja mariposa, pero la había dejado dentro, sobre la mesilla de noche.

—¿Crees que es la patrulla nocturna de los centuriones? —le susurró a Mark.

Él también miraba hacia la oscuridad, con los ojos entrecerrados.

—No. No era un ruido humano. —Sacó dos cuchillos serafines y le puso uno en la mano—. Y tampoco era animal.

El peso del cuchillo en la mano le resultó familiar y reconfortante. Paró un momento para dibujarse la runa de visión nocturna, y siguió a Mark hacia las sombras del desierto.

Kit abrió un poco la puerta de su dormitorio y asomó la cabeza.

El pasillo estaba desierto. Ni rastro de Ty sentado junto a su puerta, leyendo o tumbado en el suelo con los cascos puestos. Nada de luz colándose por las rendijas de debajo de las puertas. Solo el tenue resplandor de las hileras de luces blancas del techo.

Mientras recorría sigilosamente la silenciosa casa y abría la puerta principal, esperó, más o menos, que se disparasen las alarmas, algún tipo de silbido penetrante o las lámparas encendiéndose. Pero no pasó nada; solo el sonido de una puerta corriente y pesada al abrirse y cerrarse tras él.

Estaba fuera, en el porche sobre la escalera que daba a la pisoteada hierba de delante del Instituto y a la carretera que llevaba a la autovía. La vista sobre el acantilado y el mar estaba bañada en luz de luna, plata y negro, un corte blanco por encima del mar.

Era bonito, pensó Kit mientras se colgaba el petate al hombro. Pero no lo bastante bonito para quedarse. Podía cambiar la playa por la libertad.

Comenzó a bajar la escalera. Puso el pie en el primer peldaño y enseguida perdió el contacto cuando tiraron de él hacia atrás. Su petate salió volando. Una mano lo agarraba por el hombro con fuerza; Kit se retorció hacia el otro lado para soltarse, a punto de caerse por la escalera, y lanzó el brazo hacia atrás, chocando con algo sólido. Oyó un bufido apagado. Una silueta casi invisible se cernía sobre él, solo una sombra entre las sombras, ocultando la luna.

Un segundo después, la espalda de Kit chocó contra el suelo del porche y la silueta negra cayó sobre él. Notó rodillas y codos clavándosele, y un momento después se encendió una luz, una de esas piedrecitas estúpidas a las que llamaban «luz mágica».

—Kit —dijo una voz por encima de él: la voz de Tiberius—. Deja de forcejear. — Ty se apartó el oscuro pelo de la cara. Estaba arrodillado sobre Kit, casi sentado encima de su plexo solar, lo que hacía que a este le fuera difícil respirar. Iba vestido todo de negro, como hacían los cazadores de sombras cuando salían a luchar. Solo las manos y la cara le quedaban al descubierto, muy blancas contra la negrura.

—¿Querías escaparte? —preguntó.

—Solo iba a dar un paseo —contestó Kit.

—No, estás mintiendo —replicó Ty, mirando el petate de Kit—. Querías escaparte.

Kit suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Y qué te importa lo que yo haga?

—Soy cazador de sombras. Ayudamos a la gente.

—Ahora eres tú el que miente —soltó Kit convencido.

Ty sonrió. Un auténtica sonrisa de las que iluminaban el rostro, e hizo que Kit recordara la primera vez que se habían visto. En esa ocasión no tenía a Ty sentado encima, pero le apoyaba una daga en el cuello.

Kit lo miró y se olvidó de la daga. «Hermoso», había pensado.

Hermoso como los cazadores de sombras eran hermosos, como la luz de la luna reflejándose en los bordes de un cristal quebrado: encantador y letal. Cosas hermosas, cosas crueles, crueles de un modo que solo puede ser la gente que cree absolutamente que su causa es la correcta.

—Te necesito —dijo Ty—. Puede que te sorprenda oír esto.

—Me sorprende —admitió Kit. Se preguntó si alguien iba a llegar corriendo. Oía pasos y voces que se acercaban—. ¿Qué ha pasado con la patrulla nocturna? —inquirió.

—Es probable que estén como a setecientos metros de aquí —contestó Ty—. Su trabajo es intentar que los demonios no se acerquen al Instituto, no impedirte que salgas de él. Y ahora, ¿quieres saber para qué te necesito, o no?

Casi contra su voluntad, Kit sentía curiosidad. Se incorporó apoyándose en los codos y asintió. Ty estaba sentado sobre él tan tranquilo, como si Kit fuera un sofá, pero sus dedos, unos dedos largos y rápidos, hábiles con el cuchillo, según recordaba Kit, rondaban cerca del cinturón de armas.

—Eres un criminal —dijo Ty—. Tu padre era un estafador y tú querías ser como él. Seguro que llevas el petate lleno de cosas robadas del Instituto.

—Esto... —iba a protestar Kit, pero se calló cuando Ty se inclinó, tiró de la cremallera del petate y vio, bajo la luz de la luna, el botín de dagas, cajas, vainas, candelabros y otras cosas que Kit había rapiñado... podría ser —acabó la frase Kit—. ¿Y a ti qué te importa, de todas formas? Nada de esto es tuyo.

—Quiero resolver crímenes —contestó Ty—. Ser detective. Pero aquí a nadie le interesa ese tipo de cosas.

—¿No acabáis de pillar a un asesino entre todos?

—Malcolm envió una nota —explicó Ty en un tono que se iba apagando, como si estuviera decepcionado de que Malcolm hubiese estropeado su resolución de crímenes con su confesión—. Y luego admitió que lo había hecho.

—Eso sí que acorta la lista de sospechosos —ironizó Kit—. Mira, si me necesitas para poder arrestarme para divertirte, creo que debo advertirte que ese tipo de cosas solo las puedes hacer una vez.

—No quiero arrestarte. Quiero un socio. Alguien que sepa sobre crímenes y la gente que los comete, para que pueda ayudarme.

Una bombilla se encendió en la cabeza de Kit.

—Quieres... Espera, ¿has estado durmiendo frente a mi puerta porque quieres una especie de Watson para tu Sherlock Holmes?

A Ty se le iluminaron los ojos. Siguieron moviéndose incansables alrededor de Kit como si lo examinaran, sin llegar nunca encontrarse con los suyos, pero eso no apagó su brillo.

—¿Los conoces?

«Todo el mundo los conoce», estuvo a punto de replicar Kit, pero se contuvo.

—No voy a ser el Watson de nadie —fue su respuesta—. No quiero resolver

crímenes. No me importan los crímenes. No me importa si se cometen o no se cometen...

—No pienso en ellos como crímenes, sino como misterios. Además, ¿qué otra cosa vas a hacer? ¿Escaparte? ¿Para ir adónde?

—No me importa...

—Sí te importa —replicó Ty—. Quieres vivir, igual que todos los demás. No quieres estar atrapado, es eso. —Inclinó la cabeza hacia un lado; sus ojos, de una profundidad casi blanca bajo el resplandor de la luz mágica. La luna se había ocultado tras una nube y la piedra era la única iluminación.

—¿Cómo sabías que me iba a escapar esta noche?

—Porque te estabas acostumbrando a estar aquí —contestó Ty—. Te estabas acostumbrando a nosotros. Pero no te gustan los centuriones. Livvy fue la primera en notarlo. Y después de lo que Zara ha dicho hoy sobre irte a la Academia... has debido de sentir que, después de eso, no ibas a poder decidir qué hacer.

Era cierto, sorprendentemente. Kit no había podido encontrar las palabras para describir lo que había sentido durante la comida. Como si convertirse en cazador de sombras significara ser metido en una máquina que lo masticaría y luego escupiría un centurión.

—Los miro —dijo—, y pienso: «Nunca podré ser como ellos, y ellos no soportan a nadie diferente».

—No tienes que ir a la Academia —repuso Ty—. Te puedes quedar con nosotros todo el tiempo que quieras.

Kit dudaba de que Ty tuviera la autoridad para hacer esa promesa, pero de todas formas se lo agradecía.

—Mientras te ayude a resolver misterios —dijo—. ¿Con cuánta frecuencia tienes misterios que resolver, o habré de esperar hasta que otro brujo se vuelva majara?

Ty se apoyó en una de las columnas. Agitaba las manos a los costados como si fueran mariposas.

—Lo cierto es que hay un misterio ahora mismo.

Muy a su pesar, Kit se sintió intrigado.

—¿Cuál?

—Creo que no están aquí por la razón que dicen. Creo que están planeando algo —se explicó Ty—. Y sin duda, nos están mintiendo.

—¿Quién está mintiendo?

A Ty le brillaron los ojos.

—Los centuriones, claro.

Al día siguiente hizo un calor abrasador, uno de esos raros días en los que el aire parecía estar inmóvil y la proximidad del océano no ofrecía ningún alivio. Cuando Emma bajó, tarde, a desayunar, los ventiladores del techo del comedor, que pocas

veces se usaban, giraban a toda velocidad.

—¿Era un demonio de la arena? —le estaba preguntando Dan Larksphear a Cristina—. Los demonios Akvan e Iblis son frecuentes en el desierto.

—Ya lo sabemos —respondió Julian—. Pero Mark ya ha dicho que era un demonio marino.

—Se fue reptando en cuanto la luz mágica brilló sobre él —explicó Mark—. Pero dejó detrás el hedor a algas marinas y la arena mojada.

—No puedo creer que no haya salvaguardas en el perímetro —dijo Zara—. ¿Por qué nadie se ha cuidado de eso? Debo preguntárselo al señor Blackthorn...

—Las salvaguardas de perímetro no impidieron la entrada a Sebastian Morgenstern —repuso Diana—. No se volvieron a usar después de eso. Las salvaguardas de perímetro pocas veces funcionan.

Sonaba como si estuviera luchando por contener su enfado. Emma no podía culparla.

Zara la miró con una especie de lástima, como sintiéndose superior.

—Bueno, con todos esos demonios marinos saliendo del océano, lo que no estarían haciendo si el cuerpo de Malcolm Fade no se encontrara por ahí abajo, creo que son necesarias. ¿No te parece?

Hubo un murmullo de voces. La mayoría de los centuriones, excepto Diego, Jon y Rayan, parecía estar de acuerdo. Mientras hacían planes para colocar las salvaguardas esa misma mañana, Emma intentó captar la mirada de Julian para compartir su enfado, pero él estaba mirando hacia otra parte, hacia Mark y Cristina.

—Y de todos modos, ¿qué estabais haciendo fuera anoche?

—No podíamos dormir —contestó Mark—. Nos encontramos por casualidad.

Zara sonrió.

—Claro que sí. —Se volvió para susurrarle algo a Samantha al oído. Las dos rieron por lo bajo.

Cristina se sonrojó furiosa. Emma vio que Julian apretaba con fuerza la mano que agarraba el tenedor. Lo dejó junto al plato.

Emma se mordió el labio. Si Mark y Cristina querían salir juntos, ella les daría su bendición. Montaría algún tipo de ruptura con Mark; su «relación» ya había hecho mucho de lo debía hacer. Julian casi no la miraba ya, y eso era lo que ella quería, ¿no?

Pero a este no parecía gustarle la idea de que Mark y ella pudieran haber roto. Ni siquiera un poco, suponiendo que hubiera estado pensando en eso. Tiempo atrás, Emma siempre sabía lo que Julian estaba pensando. Pero ahora solo podía leer sus pensamientos más superficiales: sus sentimientos profundos estaban bien escondidos.

Diego miró a Mark y luego a Cristina, y se puso en pie, derribando la silla hacia atrás. Salió del comedor. Un momento después, Emma dejó caer su servilleta sobre el plato y lo siguió.

Él había recorrido a grandes pasos todo el camino hasta la puerta trasera y salido

al aparcamiento antes de notar que ella lo seguía; teniendo en cuenta su entrenamiento, eso era una clara señal de su estado de ánimo. Se volvió para mirarla, con los ojos brillantes.

—Emma —dijo—. Entiendo que quieras reñirme. Hace días que quieres. Pero este no es el momento.

—¿Y cuándo será el momento? ¿Te apetece apuntarlo en tu agenda bajo el epígrafe «Lo que Nunca Va a Pasar»? —Alzó una ceja—. Eso es lo que pensaba. Vamos.

Emma rodeó el Instituto y Diego la siguió a regañadientes. Llegaron al lugar donde un pequeño montículo de tierra, que Emma conocía por experiencia, se alzaba entre los cactus.

—Ponte aquí —dijo, señalando. Él la miró con incredulidad—. Así no nos verán desde dentro —explicó, y él la obedeció de mala gana, cruzando los brazos sobre el musculoso pecho.

—Emma —comenzó—. Ni lo entiendes ni puedes entenderlo, y yo no puedo explicártelo...

—Apuesto a que no —replicó ella—. Mira, ya sabes que no siempre he sido una gran fan tuya, pero no te creía capaz de esto.

—Como te he dicho, no lo puedes entender. —Un músculo le tironeó en la cara. Tenía el rostro tenso—. Y yo no te lo puedo explicar.

—Una cosa sería —continuó Emma— si la hubieras estado engañando con otra, lo que ya resultaría imperdonable, pero... ¿con Zara? Eres la razón por la que ella está aquí. Sabes que no somos... Sabes que Julian debe tener cuidado.

—No debería preocuparse demasiado —repuso Diego en tono neutro—. A Zara solo le interesa lo que le reporta beneficios. No creo que esté interesada en los secretos de Arthur, sino solo en atraer la atención del Consejo por completar esta misión con éxito.

—A ti te es fácil suponer eso.

—Tengo mis razones para todo lo que hago, Emma —le aseguró Diego—. Quizá Cristina no las sepa ahora, pero algún día las sabrá.

—Diego, todo el mundo tiene razones para hacer lo que hace. Malcolm tenía razones para hacer lo que hizo.

Diego apretó los labios.

—No me compares con Malcolm Fade.

—¿Porque era un brujo? —La voz de Emma era baja, amenazante—. ¿Porque opinaba lo mismo que tu prometida sobre la Paz Fría? ¿Sobre los brujos y las hadas? ¿Sobre Mark?

—Porque era un asesino. —Diego apretaba los dientes—. Pienses lo que pienses de mí, Emma, no soy un estúpido intolerante. No creo que los subterráneos sean inferiores, o que se los pueda fichar o torturar...

—Pero admites que Zara sí —replicó Emma.

—Nunca le he dicho nada.

—Quizá puedas entender por qué me pregunto cómo puedes preferirla a ella que a Cristina —apuntó Emma.

Diego se tensó, y lanzó un grito. Emma se había olvidado de lo rápido que era capaz de moverse, a pesar de su tamaño. Saltó hacia atrás, maldiciendo y pateando el suelo con el pie izquierdo. Mascullando de dolor, se quitó el zapato. Columnas de hormigas le subían por el tobillo y se le metían por dentro del pantalón.

—Oh, cielos —exclamó Emma—. Debes de haber pisado un nido de hormigas rojas. Ya sabes, por accidente.

Diego se sacudió las hormigas sin dejar de soltar tacos. Desmoronó de una patada la cumbre del montón de tierra y las hormigas comenzaron a salir en masa.

Emma se apartó.

—No te preocupes —le dijo—. No son venenosas.

—¿Me has engañado para que me pusiera encima de un hormiguero? —Se había vuelto a poner el zapato, pero Emma sabía que tendría picores por los mordiscos durante unos días, a no ser que empleara un *iratze*.

—Cristina me hizo prometerle que no te pondría la mano encima, así que he tenido que usar la imaginación —le soltó Emma—. No deberías haber mentido a mi mejor amiga. *Desgraciado mentiroso*.

Él se quedó mirándola fijamente.

Emma suspiró.

—Espero que eso signifique lo que creo que significa. No me gustaría nada haberte llamado «cubo oxidado» o algo así.

—No —contestó él, y para sorpresa de Emma, parecía medio divertido—. Significa lo que crees que significa.

—Bien. —Se puso en camino hacia la casa. Y casi no lo oyó cuando él la llamó. Se dio la vuelta y lo vio aún donde lo había dejado, al parecer sin importarle las hormigas o el ardiente sol que le caía sobre los hombros.

—Créeme, Emma —dijo lo bastante alto para que ella lo oyera—, nadie me odia más en este momento de lo que me odio a mí mismo.

—¿De verdad lo crees? —le soltó Emma. No gritó, pero sabía que las palabras le llegarían.

Él se la quedó mirando durante un momento, en silencio, hasta que ella se marchó.

El día continuó siendo muy caluroso hasta bien entrada la tarde, cuando una tormenta descargó sobre el océano. Los centuriones se habían marchado antes del mediodía, y Emma no pudo evitar mirar por la ventana, ansiosa, mientras el sol se ocultaba tras una masa de nubes negras y grises de la que brotaban relámpagos.

—¿Crees que les pasará algo? —preguntó Dru, mientras toqueteaba nerviosa la

empuñadura de su cuchillo arrojadizo—. ¿No están en un barco? Parece que va a ser una mala tormenta.

—No sabemos qué están haciendo —contestó Emma. Casi añadió que, gracias al soberbio deseo de los centuriones de ocultar sus actividades a los cazadores de sombras del Instituto, iba a ser muy difícil rescatarlos si algo peligroso pasaba, pero vio la mirada de Dru y se calló. Dru había sentido adoración por Diego y, a pesar de todo, seguramente seguía teniéndole cariño.

Por un instante, Emma se sintió culpable por lo de las hormigas.

—No les pasará nada —la tranquilizó Cristina—. Los centuriones son muy cuidadosos.

Livvy llamó a Dru para que cruzara espadas con ella, y Dru fue hacia la colchoneta donde Ty, Kit y Livvy se estaban entrenando. De algún modo, habían convencido a Kit de que se pusiera un traje de entrenamiento. Parecía un Jace en miniatura, pensó Emma divertida, con los rizos rubios y los angulosos pómulos.

Detrás de ellos, Diana le estaba enseñando a Mark una posición nueva. Emma parpadeó. Julian había estado allí hacía un momento. Estaba segura de ello.

—Ha ido a ver cómo está su tío —dijo Cristina—. Ha dicho algo sobre que no le gustan las tormentas.

—No, es a Tavvy a quien no le gustan... —Emma dejó la frase en el aire. Tavvy había dejado de entrenar y estaba sentado en el suelo leyendo tranquilamente un libro. Recordó todas las veces que Julian había desaparecido durante una tormenta, diciéndoles que a Tavvy le daban miedo.

Desenvainó a *Cortana*.

—Enseguida vuelvo.

Cristina la contempló con una mirada de preocupación. Nadie más pareció notar que salía de la sala. Las enormes ventanas a lo largo del corredor dejaban entrar una curiosa luz gris, salpicada de puntos plateados.

Llegó a la puerta del desván y corrió escaleras arriba. Aunque no se molestó en amortiguar el ruido de sus pasos, ni Arthur ni Julian parecieron percatarse de su llegada.

Las ventanas estaba cerradas y selladas con papel; todas excepto una, justo sobre el escritorio ante el que se sentaba Arthur. El papel había sido arrancado y se veían nubes corriendo por el cielo, chocando y desenredándose como madejas de hilo, grises y negras.

Habría bandejas con restos de comida repartidas por los varios escritorios de Arthur. La habitación olía a podrido y a humedad. Emma tragó saliva y se preguntó si habría cometido un error subiendo allí.

Arthur estaba desplomado en la silla del escritorio, con el pelo lacio cayéndole sobre los ojos.

—Quiero que se vayan —decía—. No me gusta que estén aquí.

—Lo sé. —Julian le habló con una dulzura que sorprendió a Emma. ¿Cómo podía

no estar furioso? Ella estaba furiosa; furiosa con todo lo que había conspirado para obligar a Julian a crecer demasiado deprisa, todo lo que lo había privado de la niñez. ¿Cómo podía mirar a Arthur y no pensar en eso?—. Yo también quiero que se vayan, pero no puedo hacer nada. Debemos ser pacientes.

—Necesito mi medicina —susurró Arthur—. ¿Dónde está Malcolm?

Emma hizo una mueca de dolor al ver la expresión de Julian, y de repente Arthur pareció verla. Alzó los ojos y fijó la mirada en ella. No, en ella no, en su espada.

—*Cortana* —dijo Arthur—. Forjada por Wayland *el Herrero*, el legendario creador de *Excálibur* y *Durendal*. Se dice que es ella la que elige a su portador. Cuando Ogier la lanzó para matar al hijo de Carlomagno en el campo de batalla, un ángel apareció, quebró la espada y le dijo: «La piedad es mejor que la venganza».

Emma miró a Julian. El desván estaba oscuro, pero pudo ver sus puños apretados a los costados. ¿Estaría enfadado por que ella lo hubiera seguido?

—Pero *Cortana* nunca ha sido quebrada —señaló Emma.

—Solo es una leyenda —remarcó Julian.

—Hay verdad en las leyendas —afirmó Arthur—. Hay verdad en uno de tus cuadros, muchacho, o en un ocaso, o en un verso de Homero. La ficción es verdad, aunque no sea un hecho. Si solo crees en los hechos y olvidas las historias, tu cerebro vivirá, pero tu corazón morirá.

—Lo entiendo, tío. —Julian parecía cansado—. Volveré más tarde. Por favor, come algo. ¿De acuerdo?

Arthur ocultó el rostro entre las manos y agitó la cabeza. Julian comenzó a dirigirse a la escalera; a medio camino, cogió a Emma por la muñeca y la arrastró tras él.

No ejerció ninguna fuerza, pero ella lo siguió de todos modos, la sensación de su mano en la muñeca la hizo obedecerlo. Últimamente, solo la tocaba para dibujarle runas, y echaba de menos esos contactos a los que se había acostumbrado durante sus años de amistad: una mano rozándole el brazo, un toque en el hombro. Su sistema secreto de comunicación: dedos que dibujaban palabras y letras en la piel del otro, silencioso e invisible para todos los demás.

Parecía haber pasado una eternidad. Y en ese momento sentía chispas subiéndole por el brazo desde donde la tenía cogida, haciéndole percibir un fuego en su interior que la quemaba y la confundía.

Cuando la puerta delantera se cerró tras ellos, la soltó y se volvió para mirarla. El aire era pesado y denso sobre la piel de Emma. La neblina oscurecía la autovía. Veía la pesada superficie de las olas grises rompiendo en la orilla; desde allí, cada una parecía tan grande como una ballena. Podía ver la luna, luchando por mostrarse entre las nubes.

Julian jadeaba, como si hubiera estado corriendo kilómetros y kilómetros. La humedad del aire le pegó la camisa al cuerpo cuando se apoyó en la pared.

—¿Por qué has subido al desván? —preguntó.

—Lo siento. —Emma respondió con voz tensa. No le gustaba nada sentirse incómoda junto a Jules. Muy pocas veces habían tenido una discusión que no acabara con una sencilla disculpa o una broma. «He tenido la sensación de que me necesitabas y no he podido dejar de acudir»—. Entiendo que te enfades...

—No estoy enfadado. —Un rayo cayó sobre el agua y el cielo se iluminó durante un instante—. Eso es lo peor de todo, que no puedo enfadarme, ¿no? Mark no sabe nada acerca de ti y de mí. No intenta hacerme daño, nada de esto es su culpa. Y tú, tú has hecho lo correcto. No puedo odiarte por eso. —Se apartó del muro, dio unos cuantos pasos inquietos. La energía de la incipiente tormenta parecía crepitarle sobre la piel—. Pero no lo soporto. ¿Qué puedo hacer, Emma? —Se hundió las manos en el cabello; la humedad le formaba rizos que se le pegaban a los dedos—. No podemos vivir así.

—Lo sé —repuso ella—. Me marcharé. Solo me faltan unos meses para cumplir dieciocho años. Haremos nuestro año de viaje separados. Olvidaremos.

—¿Tú crees? —La boca se le torció en una sonrisa imposible.

—Tenemos que hacerlo. —Emma comenzó a temblar; hacía frío y las nubes en lo alto se ondulaban como el humo de un cielo requemado.

—Nunca debería haberte tocado —dijo él. Se había acercado a ella, o quizá había sido ella la que se había acercado a él, esperando cogerle las manos, como siempre había hecho—. Nunca pensé que pudiéramos quebrarnos tan fácilmente.

—No estamos quebrados —susurró ella—. Cometimos un error, pero estar juntos no fue el error.

—La mayoría de la gente comete errores, Emma. Eso no tiene por qué destrozarle la vida.

Emma cerró los ojos, pero aún podía verlo. Podía sentirlo a unos centímetros de ella; el calor de su cuerpo, el olor a clavo que impregnaba su ropa y su cabello. La estaba volviendo loca, hacía que le temblaran las piernas como si acabara de bajar de una montaña rusa.

—Nuestras vidas no están destrozadas.

Él la rodeó con los brazos. Por un momento, ella pensó en resistirse, pero estaba tan cansada, tan cansada de luchar contra lo que deseaba. No pensó que volvería a tener a Jules en sus brazos, sus fibrosos músculos y su tensión, las fuertes manos de pintor acariciándole la espalda, trazando letras con los dedos, palabras sobre su piel.

Y-O-E-S-T-O-Y-D-E-S-T-R-O-Z-A-D-O.

Emma abrió los ojos horrorizada. El rostro de Jules estaba tan cerca que era casi una mancha de luz y sombras.

—Emma —dijo, estrechándola entre sus brazos, acercándola a él.

Y la estaba besando; ambos se estaban besando. Julian la apretó contra su cuerpo, Emma se acopló a él, curvas y huecos, músculos y suavidad. Su boca se abrió sobre la de la chica y le pasó la lengua suavemente por la comisura de los labios.

Los truenos estallaron a su alrededor, los rayos cayeron encima de las montañas,

iluminando con un calor seco el interior de los párpados de Emma.

Ella abrió la boca, se apretó contra él, le rodeó el cuello con los brazos. Sabía a fuego, a especias. Él le pasó las manos por los costados, sobre las caderas. La apretó con más firmeza contra sí. Dejaba escapar un sonido grave y gutural, una especie de gemido de angustiado deseo.

El tiempo pareció detenerse. Con las manos, le recorrió los omóplatos, la curva del cuerpo bajo las costillas, le colgó los pulgares de las caderas. La alzó y la estrechó contra sí como si pudieran llenar los espacios vacíos del otro, mientras las palabras le salían de la boca, frenéticas, aceleradas.

—Emma, te necesito, pienso en ti siempre, siempre. Deseaba que estuvieras conmigo en ese maldito desván y me he vuelto y ahí estabas, como si me hubieras oído, como si siempre estuvieras a mi lado cuando te necesito...

Un rayo rasgó de nuevo el cielo, iluminando el mundo, y Emma vio sus manos en el borde de la camisa de Julian. ¿En qué diablos estaba pensando, acaso tenían la intención de desnudarse en el porche del Instituto? La realidad se impuso. Emma se apartó con el corazón martilleándole en el pecho.

—¿Em? —Julian la miró deslumbrado, con ojos somnolientos y anhelantes. Ella tuvo que tragar con fuerza. Pero las palabras de Jules le resonaron en la cabeza: él había deseado que estuviera allí, y fue como si ella lo hubiera oído llamarla; había sentido ese deseo, lo había sabido, no había sido capaz de detenerse.

Todas esas semanas convenciéndose a sí misma de que el vínculo de *parabatai* se estaba debilitando, y en ese momento Julian le acababa de decir que prácticamente se habían leído el pensamiento.

—Mark —dijo ella. Solo era una palabra, pero era la palabra, el recordatorio más brutal de su situación. Toda somnolencia abandonó los ojos de Julian; palideció horrorizado. Alzó la mano como si fuera a decir algo, a explicarse o a disculparse, y el cielo pareció partirse por la mitad.

Ambos volvieron la mirada hacia arriba mientras las nubes que tenían justo encima se separaban. Una sombra creció en el aire, oscureciéndose al acercarse a ellos: la silueta de un hombre enorme enfundado en una armadura, montado sobre el lomo de un caballo moteado, de ojos rojos, que sacaba espuma por la boca; negro y gris como las nubes de tormenta en lo alto.

Julian se movió como para poner a Emma a su espalda, pero ella no se cubrió. Se quedó mirando mientras el caballo se detenía, relinchando y encabritándose, a los pies de la escalera del Instituto. El hombre los miró.

Sus ojos, como los de Mark, eran de colores diferentes; en su caso, uno azul y otro negro. Su rostro les era espantosamente familiar. Era Gwyn ap Nudd, el señor y líder de la Cacería Salvaje. Y no parecía muy contento.

MARES SIN ORILLA

Antes de que Julian o Emma pudieran decir nada, la puerta principal del Instituto se abrió de golpe. Diana estaba allí, con Mark justo a su espalda, aún en su ropa de entrenamiento. Diana, en un traje blanco, resultaba tan hermosa y formidable como siempre.

El altísimo caballo moteado de Gwyn se alzó sobre las patas traseras cuando Mark se aproximó a lo alto de la escalera. Al ver a Julian y a Emma acercarse a él, pareció muy sorprendido. Emma sentía como si le ardieran las mejillas, aunque al mirar a Julian, este se mostraba igual de compuesto y tranquilo que siempre.

Llegaron junto a Mark al mismo tiempo que Diana. Los cuatro cazadores de sombras miraron al Cazador; los ojos del caballo eran rojos, al igual que la armadura de Gwyn: duro cuero color escarlata, roto aquí y allí por marcas de garras y cortes recibidos en la batalla.

—Debido a la Paz Fría, no te puedo dar la bienvenida —señaló Diana—. ¿A qué has venido, Gwyn *el Cazador*?

Este recorrió a Diana de arriba abajo con sus ojos inmemoriales; no había malicia ni arrogancia en su mirada, solo la apreciación feérica de algo hermoso.

—Encantadora dama —dijo—. Creo que no nos conocemos.

Por un momento, Diana pareció desconcertada.

—Diana Wrayburn. Soy la instructora.

—Aquellos que instruyen son honrados en la Tierra bajo la Colina —afirmó Gwyn. Bajo el brazo sujetaba un enorme yelmo decorado con astas de ciervo. Su cuerno de caza reposaba sobre el pomo de la silla.

Emma se quedó boquiabierta. ¿Estaba Gwyn flirteando con Diana? No sabía que las hadas hicieran eso. Oyó a Mark hacer un ruido de exasperación.

—Gwyn —dijo este—. Te doy mi cordial saludo. Mi corazón se alegra al verte.

Emma no pudo evitar preguntarse si algo de eso sería verdad. Sabía que los sentimientos de Mark hacia Gwyn eran complicados. A veces le había hablado de ello, durante sus noches en la habitación, con la cabeza apoyada en la mano. Emma tenía una imagen mucho más clara de la Cacería Salvaje de la que había tenido nunca, de sus placeres y horrores, del extraño camino que Mark se había visto obligado a crearse entre las estrellas.

—Desearía poder decir lo mismo —contestó Gwyn—. Soy portador de malas noticias de la corte noseelie. Kieran de tu corazón...

—Ya no es de mi corazón —lo interrumpió Mark. Era una expresión feérica: «de

mi corazón» era lo que más se aproximaba a decir «novio» o «novia».

—Kieran *el Cazador* ha sido hallado culpable del asesinato de Iarlath —explicó Gwyn—. Ha sido juzgado en la corte noseelie, aunque fue un trámite rápido.

Mark se puso rojo y se tensó visiblemente.

—¿Y la sentencia?

—La muerte —respondió Gwyn—. Morirá mañana cuando se alce la luna, mañana por la noche, si no hay ninguna intervención.

Mark no se movió. Emma se preguntó si debería hacer algo: ¿acercarse a Mark, ofrecerle consuelo, darle la mano? Pero la expresión de su rostro era inescrutable. Si había pena, Emma no la vio; si había rabia, era una rabia como no había visto antes.

—Es una triste noticia —dijo Mark por último.

Entonces fue Julian quien reaccionó. Se acercó más a su hermano y le puso la mano en el hombro. Emma sintió un gran alivio.

—¿Eso es todo? —preguntó Gwyn—. ¿No tienes nada más que decir?

Mark negó con la cabeza. Se lo veía frágil, pensó Emma preocupada. Como si pudiera verle los huesos a través de la piel.

—Kieran me traicionó —respondió Mark—. Ya no es nada para mí.

Gwyn miró a Mark con incredulidad.

—Te amaba y te perdió, e intentó recuperarte —dijo—. Quería que de nuevo cabalgaras con él en la Cacería. Y yo también lo quería. Eras uno de los mejores. ¿Es eso tan terrible?

—Ya viste lo que pasó. —Mark parecía haberse enfadado. Emma tampoco pudo evitar recordar: el retorcido serbal contra el que se había apoyado mientras Iarlath azotaba a Julian y después a ella. Y Kieran, Mark y Gwyn mirando. El dolor y la sangre, los latigazos como fuego contra su piel, aunque nada le había dolido tanto como ver sufrir a Julian—. Iarlath azotó a mi familia, a mi amiga. Por culpa de Kieran, azotó a Emma y a Julian.

—Y tú has abandonado la Cacería por ellos —repuso Gwyn, sus ojos de dos colores se centraron en Emma—, y ahí tienes tu venganza, si la querías. Pero ¿dónde se halla tu compasión?

—¿Qué quieres de mi hermano? —preguntó Julian, con la mano aún sobre el hombro de Mark—. ¿Quieres que muestre dolor para divertirte? ¿Por eso has venido?

—Mortales —replicó Gwyn—. Creéis que sabéis mucho, pero sabéis muy poco. —Su gran mano se apretó sobre el yelmo—. No quiero que llores a Kieran. Quiero que lo rescates, Mark *el Cazador*.

Los truenos resonaban en la distancia, pero delante del Instituto solo había silencio, profundo como un grito.

Incluso Diana parecía haberse quedado sin palabras. En el silencio, Emma pudo oír el ruido que Livvy y los otros hacían en la sala de entrenamiento, sus voces y sus

risas.

El rostro de Jules era inexpresivo. Calculador. La mano que tenía sobre Mark se había cerrado, agarrándolo.

«Quiero que lo rescates, Mark *el Cazador*».

La rabia creció en el interior de Emma, pero a diferencia de Jules, no la contuvo.

—Mark ya no pertenece a la Cacería Salvaje —dijo con ardor—. No le llames «Cazador». No lo es.

—Es un cazador de sombras, ¿no? —replicó Gwyn. Una vez hecha su extravagante petición, parecía más relajado—. Un cazador siempre es un cazador, de un modo u otro.

—¿Y ahora deseas que cace a Kieran? —Mark habló en un tono extraño, sincopado—. ¿Por qué yo, Gwyn? ¿Por qué no cualquiera de vosotros?

—¿Acaso no me has oído? —preguntó Gwyn—. Su padre, el propio rey noseelie, lo retiene cautivo en lo más profundo de la Corte.

—Y Mark es indestructible, ¿no? ¿Crees que él puede enfrentarse a la corte noseelie cuando la propia Cacería Salvaje no es capaz de hacerlo? —Era Diana. Había bajado un escalón y el viento del desierto le agitaba el negro cabello—. El tuyo es un nombre famoso, Gwyn ap Nudd. Has cabalgado con la Cacería Salvaje durante cientos de años mortales. Hay muchas historias sobre ti. Sin embargo, nunca he oído que el líder de la Cacería Salvaje haya caído presa de la locura.

—La Cacería Salvaje no está sujeta al gobierno de las Cortes —explicó Gwyn—. Pero las tememos. Sería una locura no hacerlo. Cuando vinieron a por Kieran, nos obligaron a todos mis cazadores y a mí a jurar por nuestra vida que no desafiaríamos el juicio o la sentencia. Tratar de rescatar a Kieran representaría nuestra muerte.

—Y por eso has venido a mí. Porque yo no he jurado. Porque aunque lo hubiera hecho, podría mentir. Un ladrón mentiroso, eso es lo que buscas —dijo Mark.

—Lo que busco es a uno en quien pueda confiar —replicó Gwyn—. Uno que no haya jurado, uno que se atreva a enfrentarse a la Corte.

—No queremos tener ningún problema contigo. —Era Julian, que mantenía una voz neutra con un esfuerzo que solo Emma podía notar—. Pero debe de resultarte evidente que Mark no puede hacer lo que le pides. Es demasiado peligroso.

—Nosotros, el Pueblo del Aire, no tememos al peligro ni a la muerte —contestó Gwyn.

—Si no teméis a la muerte, dejad que Kieran la encuentre —repuso Julian.

Gwyn se sorprendió ante la frialdad de la voz del cazador de sombras.

—Kieran aún no ha cumplido los veinte años.

—Ni tampoco Mark —replicó Julian—. Si crees que te tememos, estás en lo cierto. Seríamos estúpidos de no hacerlo. Sabemos quién eres, Gwyn, sabemos que una vez obligaste a un hombre a comerse el corazón de su propio padre. Sé que llevaste a la Cacería desde Herne durante una batalla sobre Cadair Idris. Sé cosas que te sorprenderían. Pero soy el hermano de Mark. Y no le permitiré que se arriesgue

volviendo a Feéra.

—La Cacería Salvaje también es una hermandad —contestó Gwyn—. Si no quieres ayudar a Kieran por amor, Mark, hazlo por amistad.

—Ya basta —zanjó Diana—. Respetamos tu presencia, Gwyn *el Cazador*, pero esta discusión ha llegado a su fin. Mark no será apartado de nosotros.

—¿Y si él elige ir? —La voz de Gwyn era de un potente bajo.

Todos miraron a Mark. Incluso Julian se volvió hacia él y apartó lentamente la mano de su hombro. Emma vio el miedo en sus ojos. Supuso que reflejaba el suyo propio. Si Mark aún amaba a Kieran, aunque solo fuera un poco...

—Elijo no ir —dijo Mark—. Elijo no ir, Gwyn.

El rostro del Cazador se tensó.

—No tienes honor.

La luz atravesó como lanzas los espacios entre las nubes. La tormenta se estaba desplazando hacia las montañas. La luz grisácea cubría los ojos de Mark con una especie de tela, haciéndolos inescrutables.

—Creía que eras mi amigo —dijo, y luego se volvió y se apresuró a entrar en el Instituto, cerrando de un portazo tras él.

Gwyn hizo ademán de desmontar, pero Diana alzó la mano con la palma hacia él.

—Sabes que no puedes entrar en el Instituto.

Gwyn se detuvo. Por un momento, miró a Diana, con su rostro arrugado y viejo, aunque Emma sabía que era atemporal.

—Kieran no tiene ni veinte años —repitió Gwyn—. No es más que un muchacho.

El rostro de Diana se suavizó, pero antes de que pudiera decirle nada, el caballo de Gwyn se encabritó. Algo voló desde la mano del jinete y aterrizó en el escalón a los pies de Diana. Gwyn se inclinó hacia adelante y su caballo salió disparado, la crin y la cola formando una única llama blanca. La llama se lanzó hacia el cielo y desapareció en el entrelazado nocturno de nubes.

Julian abrió la puerta del Instituto con el hombro.

—¿Mark? ¡Mark!

El vestíbulo vacío giró a su alrededor mientras él se volvía. El miedo por su hermano era como una presión en la piel; le tensaba las venas, le ralentizaba la sangre. No era un miedo concreto; Gwyn se había ido; Mark estaba a salvo. Había sido una petición, no un rapto.

—¿Jules? —Mark apareció saliendo de armario que formaba el arco bajo la escalera; seguro que había estado colgando la chaqueta. Tenía el pelo alborotado y una expresión de desconcierto.

—¿Se ha marchado?

—Se ha marchado. —Era Emma, que había entrado detrás de Julian. Diana, que los había seguido, estaba cerrando la puerta. Mark se fue directo hacia Emma y la

abrazó.

Los celos que destellaron en los ojos de Julian la dejaron sin aliento.

Pensaba que se había acostumbrado a ver a Emma y a Mark así. No eran una pareja especialmente cariñosa. No se besaban o se abrazaban delante de la gente. Emma no lo haría, pensó Julian. No era así. Era decidida y realista, y haría lo que fuera necesario. Pero no era cruel.

Por lo general, era Mark el que se acercaba a ella con detalles tranquilos y pequeños: una mano en el hombro, quitarle una pestaña caída, un rápido abrazo. Julian sentía un dolor exquisito al contemplar eso, más del que hubiera sentido al verlos abrazados de forma apasionada. Después de todo, cuando te estás muriendo de sed, sueñas con un trago de agua, no con todo el embalse.

Pero en ese momento... la sensación de abrazar a Emma era muy cercana, su sabor en la boca, su olor a agua de rosas en la ropa. Sabía que, en su cabeza, repetiría una y otra vez la escena de su beso, hasta que se fuera desdibujando y fragmentando y terminara rompiéndose como una fotografía doblada y desdoblada demasiadas veces.

Pero la sensación aún era muy reciente, como si acabara de recibir una herida. Y ver a Emma en brazos de Mark era como si le arrojaran ácido sobre la carne viva, un recordatorio brutal de que no podía permitirse ser sentimental o pensar en ella como suya, incluso en un imaginario futuro. Considerar esa posibilidad era exponerse al dolor. Tenía que centrarse en la realidad, en la realidad y en sus responsabilidades con su familia. De otro modo se volvería loco.

—¿Crees que va a volver? —Emma se separó de Mark. Julian le lanzó una ansiosa mirada de reojo, pero no estaba seguro. Y no tenía ningún sentido hacerse preguntas. Aplastó su curiosidad de forma brutal.

—¿Gwyn? —preguntó Mark—. No. Me he negado. No me suplicará y no volverá.

—¿Estás seguro? —quiso saber Julian.

Mark lo miró con ironía.

—No dejes que Gwyn te engañe —dijo—. Si no lo ayudo yo, encontrará a otro que lo haga, o lo hará él mismo. A Kieran no le pasará nada.

Emma respiró aliviada. Julian no habló; también estaba pensando en Kieran. Recordó cómo el chico hada había hecho que azotaran a Emma rompiéndole el corazón a Mark. También recordó cómo los había ayudado a derrotar a Malcolm. Sin él, no hubieran tenido ninguna posibilidad.

Y recordó lo que Kieran le dijo antes de la batalla contra Malcolm: «No eres bueno. Tienes un corazón despiadado».

Si pudiera salvar a Kieran arriesgándose solo él, lo haría. Pero no pondría en peligro a su hermano. Y si eso lo convertía en despiadado, que así fuera. Y si Mark tenía razón, de todas formas a Kieran no le pasaría nada.

—Diana —la llamó Emma. Su instructora estaba apoyada contra la puerta

cerrada, mirando lo que tenía en la palma—. ¿Qué te ha lanzado Gwyn?

Diana mostró la mano. Brillando sobre su piel oscura había una pequeña bellota dorada.

Mark se sorprendió.

—Es un regalo de hada —explicó—. Si la abrieras, Gwyn sería convocado para ayudarte.

—¿Y por qué le habrá dado algo así a Diana? —preguntó Emma.

Una levísima sonrisa curvó la boca de Mark mientras comenzaba a subir la escalera.

—La admira —contestó—. Es raro, nunca he visto a Gwyn admirar a ninguna mujer. Llegué a pensar que quizá su corazón estaba cerrado a esa clase de cosas.

—¿Gwyn se ha colgado de Diana? —preguntó Emma, y los ojos oscuros se le iluminaron—. Es decir, no es que no seas muy atractiva, Diana, pero parece muy repentino.

—Las hadas son así —repuso Julian. Casi lo sentía por Diana; nunca la había visto tan alterada. Se mordisqueaba el labio inferior, y Julian recordó que Diana no era muy mayor, solo unos veintiocho años, más o menos; en cualquier caso, no mucho mayor que Jace y Clary.

—No significa nada —repuso ella—. Y además, ¡tenemos cosas más importantes en las que pensar!

Dejó caer la bellota en la mano de Mark justo cuando la puerta se abría y empezaban a entrar los centuriones. Se los veía temblorosos por el viento y empapados. Diana, al parecer aliviada de haber dejado el tema de su vida amorosa, fue a buscar toallas y mantas (las runas para secar funcionaban bien con la piel, pero no con la ropa).

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Emma.

—Creo que hemos encontrado el punto más probable donde se hundió el cadáver —contestó Manuel—. Pero el mar estaba demasiado revuelto para sumergirnos. Tendremos que probar mañana.

—¡Manuel! —exclamó Zara en tono de reconvención, como si hubiera revelado la contraseña secreta que abriría las puertas del infierno bajo ellos.

Él y Rayan pusieron los ojos en blanco.

—No es que no sepan ya lo que estamos buscando, Zara.

—Los métodos del Escolamántico son secretos. —Zara lanzó su chaqueta empapada a los brazos de Diego y se volvió hacia Emma y Julian—. Muy bien. ¿Qué hay de cena?

—No puedo distinguirlos —dijo Kit—. Es el uniforme. Hace que los vea a todos iguales. Como a las hormigas.

—Las hormigas no son todas iguales —señaló Ty.

Estaban sentados en el borde de la balconada del segundo piso, sobre el enorme vestíbulo de entrada. Centuriones empapados iban de aquí para allá; Kit vio a Julian y a Emma, y también a Diana, intentando entablar conversación con los que no se habían ido corriendo al comedor para entrar en calor junto a la chimenea que siempre estaba encendida.

—Repítame quién es quién —pidió Kit—, y de dónde son.

—Dane y Samantha Larksphear —dijo Livvy, apuntando a dos centuriones morenos—. De Atlanta.

—Mellizos —añadió Ty.

—¡Cómo se atreven! —bromeó Livvy. A Kit le había preocupado que a ella no le gustara el plan de Ty de incluirle en sus pesquisas detectivescas, pero ella solo sonrió con ironía cuando se lo dijeron en la sala de entrenamiento. «Bienvenido al club», fue su respuesta.

Livvy señaló.

—Manuel Casales Villalobos, de Madrid. Rayan Madaubuchi, del Instituto de Lagos. Divya Joshi, del Instituto de Mumbai. Pero no todos están ligados a un Instituto. Diego no lo está, Zara tampoco, ni su amiga Jessica, que creo que es francesa. Y están Jon Cartwright y Gen Whitelaw, y Thomas Aldertree, todos graduados de la Academia. Y ninguno tuvo cabeza para protegerse de la lluvia.

—Repítame por qué crees que están planeando algo —le pidió Kit.

—Muy bien —asintió Ty. Kit ya se había fijado en que Ty respondía directamente a lo que se le decía sin tener en cuenta el tono o la entonación. Aunque tampoco le iría mal que le recordaran por qué estaba en el rellano de la primera planta del edificio contemplando a un puñado de idiotas—. Estaba sentado delante de tu puerta esta mañana cuando he visto a Zara entrar en el despacho de Diana. Cuando la he seguido, estaba mirando papeles.

—Debía de tener un motivo —apuntó Kit.

—¿Para estar mirando los papeles de Diana? ¿Qué motivo? —preguntó Livvy, con tal firmeza que Kit tuvo que admitir que parecía sospechoso, que era definitivamente sospechoso.

—He enviado un mensaje de texto a Simon Lewis sobre Cartwright, Whitelaw y Aldertree —los informó Livvy, apoyando el mentón en la barra inferior de la barandilla—. Dice que Gen y Thomas son de fiar, y que Cartwright es un poco tarugo, pero sobre todo inofensivo.

—Puede que no estén involucrados —indicó Ty—. Tenemos que averiguar quiénes lo están y qué pretenden.

—¿Qué es un tarugo? —quiso saber Kit.

—Un pedazo de besugo, creo. Como alguien grande pero no muy listo. —Livvy esbozó su rápida sonrisa irónica justo cuando una sombra se cernía sobre ellos: Cristina, con los brazos en jarras y las cejas fruncidas.

—¿Qué estáis haciendo? —inquirió. Kit tenía un sano respeto por Cristina

Rosales. Por muy dulce que pareciera, la había visto lanzar su navaja mariposa a treinta pasos y dar en el blanco.

—Nada —respondió Kit.

—Nos estamos metiendo con los centuriones —contestó Livvy.

Por un momento, Kit pensó que Cristina iba a reñirlos. Pero lo que hizo fue sentarse junto a Livvy y sonreír.

—Me apunto —dijo.

Ty apoyaba los antebrazos en la barra inferior de la barandilla. Lanzó una rápida mirada de sus ojos gris tormenta en dirección a Kit.

—Mañana los seguiremos para ver adónde van —indicó a media voz.

Fue una velada incómoda. Los centuriones, incluso después de haberse secado y cambiado de ropa, estaban agotados y eran reacios a hablar sobre lo que habían hecho durante el día. En vez de eso, bajaron al comedor y atacaron la comida como lobos famélicos.

A Kit, a Ty y a Livvy no se los veía por ninguna parte. Emma no podía culparlos. Las comidas con los centuriones se hacían cada vez más ingratas. Aunque Divya, Rayan y Jon Cartwright intentaron mantener una conversación desenfadada sobre dónde pensaba cada uno pasar su año de viaje, Zara no tardó en interrumpirlos con una larga descripción de lo que había estado haciendo en Hungría antes de llegar al Instituto.

—Un puñado de cazadores de sombras se quejaban de que sus estelas y cuchillos serafines habían dejado de funcionar durante una lucha contra unas hadas —explicó, poniendo los ojos en blanco—. Les explicamos que era una ilusión; las hadas luchan sucio y deberían enseñar eso en la Academia.

—Las hadas no luchan sucio —replicó Mark—. Su lucha es extraordinariamente limpia. Tienen un estricto código de honor.

—¿Honor? —Samantha y Dane soltaron una carcajada al mismo tiempo—. Dudo que sepas lo que eso significa, me...

La palabra quedó colgando en el aire: «mestizo». Era Dane el que había hablado, pero fue Samantha la que se sonrojó.

Mark se levantó empujando la silla hacia atrás y se marchó del comedor.

—Lo siento —se disculpó Zara en el silencio que siguió a su marcha—. Pero no debería ser tan sensible. Va a tener que oír cosas mucho peores si va a Alacante, sobre todo a una reunión del Consejo.

Emma la miró sin poder creérselo.

—Eso no hace que lo que le han dicho esté bien —le espetó—. Y porque vaya a tener que oír cosas feas de los exaltados del Consejo no significa que las deba oír primero en casa.

—O nunca en casa —añadió Cristina, con las mejillas encendidas.

—Dejad de tratar de hacernos sentir culpables —soltó Samantha—. Somos los que hemos estado fuera todo el día procurando limpiar el follón que armasteis al confiar en Malcolm Fade, como si se pudiera confiar en un subterráneo. ¿Es que la gente no aprendió nada de la Guerra Oscura? Las hadas nos apuñalaron por la espalda. Eso es lo que hacen los subterráneos, y Mark y Helen os lo harán a vosotros si no os andáis con cuidado.

—No sabes nada sobre mi hermano y mi hermana —replicó Julian, intentando contenerse—. Así que, por favor, evita mencionarlos.

Diego había estado sentado junto a Zara sumido en un silencio pétreo. Finalmente, habló, casi sin mover los labios:

—Ese odio ciego no corresponde ni al oficio ni al uniforme de centurión —dijo.

Zara alzó su copa, los dedos curvados con fuerza alrededor del delgado tallo.

—No odio a los subterráneos —afirmó, y había un frío convencimiento en su voz. En cierto modo, era más inquietante de lo que hubiera sido la pasión—. Los Acuerdos no han funcionado. La Paz Fría no funciona. Los subterráneos no siguen nuestras reglas, o ninguna regla que no les interese seguir. Se saltan la Paz Fría cuando les apetece. Nosotros somos guerreros. Los demonios deberían temernos. Y los subterráneos también. Una vez fuimos grandes: nos temían y nos obedecían. Ahora somos una sombra de lo que fuimos. Lo único que digo es que los sistemas no están funcionando, y eso nos ha llevado a la situación en la que estamos ahora. Necesitamos un sistema nuevo. Uno mejor.

Zara sonrió, se volvió a meter un mechoncito rebelde en el immaculado moño y bebió un sorbo de agua. Acabaron de comer en silencio.

—Miente. Se sienta ahí y miente como si sus opiniones fueran hechos —exclamó Emma furiosa. Después de la cena, había ido con Cristina a su habitación; estaban sentadas en la cama y Cristina retorció un mechón de pelo entre los dedos en un gesto de preocupación.

—Creo que para ella lo son, y también para los que son como ella —repuso Cristina—. Pero no debemos perder el tiempo con Zara. Cuando subíamos has dicho que tenías que contarme algo.

Lo más resumido que pudo, Emma puso al corriente a Cristina de la visita de Gwyn. Mientras Emma hablaba, el rostro de Cristina fue reflejando cada vez más su preocupación.

—¿Mark está bien?

—Creo que sí. A veces es muy difícil saber lo que piensa.

—Es una de esas personas que siempre le están dando vueltas a la cabeza —dijo Cristina—. ¿Alguna vez te ha preguntado sobre Julian y tú?

Emma negó con la cabeza.

—No creo que ni se le haya pasado por la cabeza que haya entre nosotros algo

más que el sentimiento habitual entre *parabatai*. Jules y yo nos conocemos desde hace mucho. —Se frotó las sienes—. Mark supone que Julian siente por mí lo mismo que él, amor fraternal.

—Qué curiosas las cosas que nos ciegan —repuso Cristina. Dobló las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos.

—¿Has intentado contactar con Jaime? —preguntó Emma.

Cristina apoyó la mejilla sobre las rodillas.

—Le he enviado un mensaje de fuego, pero no he recibido respuesta.

—Era tu mejor amigo. Te contestará. —Jugueteó con un trozo de la manta tejida a mano de Cristina—. ¿Sabes lo que más echo de menos? ¿De Jules? Ser simplemente Julian y Emma. Echo de menos a mi mejor amigo. Echo de menos a la persona a la que se lo contaba todo siempre. La persona que lo sabía todo de mí. Lo bueno y lo malo. —Mientras hablaba, se imaginaba cómo había sido Julian durante la Guerra Oscura, sus hombros huesudos y la determinación en los ojos.

Un golpe en la puerta resonó en toda la habitación. Emma miró a Cristina. ¿Esperaba a alguien? Pero la otra chica parecía tan sorprendida como ella.

—*Pasa* —dijo Cristina.

Era Julian. Emma lo miró extrañada, al tiempo que el Julian más joven de sus recuerdos se confundía con el que se hallaba ahora ante ella: un Julian casi adulto, alto y musculoso, de rizos rebeldes y unos pelos de barba comenzando a asomar por el mentón.

—¿Sabéis dónde está Mark? —preguntó sin preámbulos.

—¿No está en su cuarto? —contestó Emma—. Ha salido durante la comida, así que creía...

Julian negó con la cabeza.

—No está allí. ¿Podría estar en tu dormitorio?

Emma pensó que le había costado un esfuerzo visible preguntarlo. Vio a Cristina mordisquearse el labio y rezó para que Julian no lo hubiera notado. No debía averiguar nunca lo mucho que sabía Cristina.

—No —respondió Emma—. He cerrado la puerta con llave. —Se encogió de hombros—. No me fío del todo de los centuriones.

Julian se pasó una nerviosa mano por el cabello.

—Estoy preocupado por Mark. Venid conmigo y os mostraré qué quiero decir.

Cristina y Emma lo siguieron hasta el cuarto de Mark; la puerta estaba abierta de par en par. Julian entró primero, y luego Emma y Cristina, ambas mirando a su alrededor como si esperaran que Mark se hubiera escondido en algún rincón.

Su habitación había cambiado mucho desde que él regresó de Feéra. Antes estaba llena de polvo, un espacio claramente sin uso que dejaron vacío para preservar su recuerdo. Las cortinas, con una capa de polvo, siempre habían estado cerradas.

En ese momento mostraba un aspecto muy diferente. Mark tenía la ropa doblada en pulcras pilas a los pies de la cama; le había dicho a Emma que no veía la utilidad

de un armario o una cómoda, ya que solo servían para esconder la ropa.

Los alféizares de las ventanas estaban llenos de pequeños objetos naturales: flores en varias fases de secado, hojas, agujas de cactus, conchas recogidas en la playa. La cama estaba muy bien hecha, y resultaba evidente que no había dormido antes allí.

Julian apartó la mirada de esa cama tan ordenada.

—Faltan sus botas —explicó—. Solo tiene un par. Debían enviar más desde Idris, pero aún no lo han hecho.

—Tampoco está su chaqueta —añadió Emma. Era la única gruesa que tenía: tela vaquera forrada de lana—. Su bolsa... ¿Y su petate?

Cristina soltó un grito ahogado. Emma y Julian se volvieron hacia ella mientras cogía un papel que acababa de aparecer, flotando a la altura de su hombro. Relucientes runas lo sellaban, y desaparecieron cuando ella cogió el mensaje de fuego.

—Va dirigido a mí —dijo, abriéndolo—. De Mark. —Recorrió la hoja con la mirada, palideció y les pasó el papel sin decir palabra.

Julian cogió el mensaje y Emma lo leyó por encima de su hombro al mismo tiempo que él.

Mi querida Cristina:

Sé que mostrarás esto a la gente adecuada en el momento adecuado. Siempre puedo confiar en que harás lo que es necesario cuando es necesario.

Ya sabrás lo que ha pasado con el arresto de Kieran. Aunque las cosas acabaron mal entre nosotros, durante años fue mi protector en Feéra. Estoy en deuda con él y no puedo dejarlo morir en la sombría corte de su padre. Esta noche tomaré el camino de la luna hasta Feéra. Diles a mis hermanos y hermanas que estaré de nuevo con ellos lo más pronto que pueda. Dile a Emma que volveré. Ya regresé con ellos desde la Tierra bajo la Colina una vez. Lo volveré a hacer.

MARK BLACKTHORN

Julian arrugó el papel con rabia entre unos dedos temblorosos.

—Voy tras él.

Emma iba a cogerlo del brazo sin pensar, pero dejó caer la mano al recordar.

—Voy contigo.

—No —se negó Julian—. ¿Acaso no ves lo que Mark está tratando de hacer? No puede invadir la corte noseelie él solo. El Rey de las Sombras lo hará matar antes de que se dé cuenta.

—Claro que lo veo —replicó Emma—. Por eso necesitamos encontrar a Mark antes de que llegue a una de las entradas de Feéra. Una vez dentro, nos será prácticamente imposible interceptarlo.

—Y también está la cuestión del tiempo —añadió Cristina—. Cuando cruce la frontera, el tiempo será diferente para él. Podría regresar en tres días, o en tres semanas...

—O en tres años —concluyó Emma muy seria.

—Y por eso debo ir tras él —insistió Julian—. Antes de que llegue a Feéra y el

tiempo se convierta en nuestro enemigo.

—Puedo ayudar en eso —afirmó Cristina.

Las hadas habían sido el campo de estudio de Cristina cuando estaba formándose. Una vez le confesó a Emma que, en parte, fue debido a Mark y lo que había oído de él siendo una niña. La fascinaba: el chico cazador de sombras al que se habían llevado las hadas durante la Guerra Oscura.

Cristina tocó el colgante que llevaba al cuello, el colgante de oro con la imagen de Raziél.

—Es un amuleto bendecido por las hadas. Mi familia tiene... —vaciló un momento—... muchos. Hace años, eran íntimos de los seres mágicos. Aún tenemos muchas muestras de su aprecio. Hablamos poco de eso, claro, porque la actitud de la Clave hacia los amigos de los seres mágicos es... —Miró alrededor de la habitación de Mark—. Ya sabéis cómo es.

—¿Qué hace ese amuleto? —preguntó Emma.

—Evita que el tiempo pase demasiado deprisa para los mortales en el reino de los seres mágicos. —Cristina sujetó el colgante entre los dedos y miró a Julian como diciéndole que aún tenía muchas más sorpresas guardadas en sus limpias mangas, si él quería escucharla.

—Solo hay un colgante —replicó Julian—. ¿Cómo nos puede proteger a todos?

—Si entro con él en el reino, su protección se extenderá a Emma, a ti y a Mark, mientras no os alejéis mucho de mí.

Julian se apoyó contra la pared y suspiró.

—Y supongo que no vas a considerar la idea de dármelo para que yo lo lleve en Feéra, solo.

—Decididamente no —contestó Cristina con toda delicadeza—. Es una herencia de familia.

Emma tenía ganas de besar a Cristina. Se conformó con guiñarle un ojo. Ella elevó un poco la comisura de la boca en una sonrisa.

—Entonces, iremos los tres —repuso Emma, y Julian pareció darse cuenta de que no tenía ningún sentido protestar. Asintió mirándola, y había un poco de su vieja mirada de *parabatai* en sus ojos, la mirada que decía que esperaba que ambos se enfrentaran juntos al peligro.

—El colgante también nos permitirá tomar el camino de la luna —explicó Cristina—. Por lo general, solo los que tienen sangre de hada pueden acceder a él. —Se cuadró de hombros—. Mark no se imagina que podemos seguirlo; por eso ha enviado la nota.

—¿El camino de la luna? —preguntó Julian—. ¿Qué es exactamente?

Cristina solo sonrió. Fue una sonrisa extraña, no del todo alegre, y Emma supuso que estaba demasiado preocupada para eso. Pero sí que mostraba un poco de excitación, la mirada de alguien que estaba a punto de experimentar algo que nunca había pensado tener la oportunidad de hacer.

—Te lo mostraré —contestó.

Reunieron sus cosas con rapidez. La casa estaba a oscuras, desacostumbradamente viva por la descuidada respiración de múltiples durmientes. Mientras Julian iba por el pasillo, colgándose la mochila de los hombros, vio a Ty durmiendo ante la puerta de Kit, medio sentado y con la barbilla apoyada en la mano. Tenía un libro abierto en el suelo junto a él.

Julian se detuvo en la puerta del desván. Vaciló. Podría dejar una nota y marcharse. Eso sería lo más fácil. Y tampoco disponía de mucho tiempo; debía alcanzar a Mark antes de que llegara a Feéra. No sería cobardía, solo pragmatismo. Pero...

Empujó la puerta y subió la escalera. Arthur estaba donde lo había dejado, ante el escritorio. La luz de la luna penetraba en ángulo a través de la claraboya.

Arthur soltó la pluma y se volvió hacia Julian. Una mata de cabello gris enmarcaba sus cansados ojos de Blackthorn. Era como contemplar una antigua foto movida del padre de Julian, algo que había salido mal durante el revelado, desplazándole los ángulos del rostro de la habitual alineación.

—Tengo que marcharme unos días —anunció Julian—. Si necesitas algo, habla con Diana. Con nadie más. Solo con Diana.

Arthur tenía los ojos velados.

—Eres... ¿Adónde vas, Julian?

Este se planteó mentirle. Era bueno mintiendo y le resultaba fácil. Pero por alguna razón, no quiso hacerlo.

—Mark se ha ido... —explicó—. Voy a buscarlo antes de que cruce a Feéra.

Un escalofrío sacudió el cuerpo de Arthur.

—¿Vas a buscar a tu hermano a Feéra? —preguntó con voz gruesa, y Julian recordó los retazos que conocía de la historia de su tío: que había estado atrapado con el padre de Julian, Andrew, en Feéra durante años, que Andrew se había enamorado de un hada de la nobleza y había tenido con ella a Helen y a Mark, pero que Arthur había sido separado de él, encerrado y torturado con encantamientos.

—Sí. —Se ajustó la mochila sobre los hombros.

Arthur tendió la mano, como si fuera a coger la de Julian, y este se echó atrás sobresaltado. Su tío nunca lo tocaba. Arthur dejó caer la mano.

—En la república de Roma —explicó—, siempre había un sirviente asignado a cada general que ganaba una guerra. Cuando el general desfilaba por las calles, aceptando el agradecimiento de la gente, la tarea del sirviente era susurrarle al oído: «*Respice post te. Hominem te esse memento. Memento mori*».

—Mira a tu espalda —tradujo Julian—. Recuerda que eres un hombre. Recuerda que morirás. —Un ligero escalofrío le recorrió la columna.

—Eres joven, pero no eres inmortal —dijo Arthur—. Si te encuentras en Feéra, y

ruega que no sea así, porque aquello es el infierno si alguna vez lo hubo; si te encuentras allí, no escuches nada de lo que te digan las hadas. No escuches sus promesas. Júramelo, Julian.

Julian soltó el aliento contenido. Pensó en aquel general de antaño al que no dejaban que la gloria se le subiera a la cabeza, que olvidara que todo tenía su fin, que todo pasaba. La felicidad pasaba, igual que la pena y el dolor.

Todo menos el amor.

—Te lo juro.

—Tenemos que esperar un momento —indicó Cristina—. Cuando la luna parezca sólida sobre el agua. Podréis verlo si os fijáis, como el destello verde.

Sonrió a Emma, que se hallaba entre ella y Julian, los tres alineados al borde del océano. Hacía poco viento y el mar se extendía ante ellos espeso y negro, orlado de blanco donde el agua se encontraba con la arena. Chorros de espuma de mar donde rompían las olas y morían en la orilla, empujando algas y trocitos de conchas a la playa.

El cielo estaba claro después de la tormenta. La luna se hallaba alta y proyectaba una línea perfecta y continua sobre el agua, que se perdía en el horizonte. Las olas eran como susurros al romper a los pies de Emma y lamerle las botas impermeables.

Jules tenía la mirada puesta sobre el reloj que había sido de su padre, un reloj mecánico grande y anticuado, que llevaba en la muñeca. Emma vio con un pequeño sobresalto que el brazalete de cristal marino que una vez ella le había hecho, seguía en su muñeca junto al reloj, brillando bajo la luz de la luna.

—Es casi medianoche —dijo—. Me pregunto cuánta ventaja nos lleva Mark.

—Depende de cuánto haya tenido que esperar hasta el momento justo para pisar el camino —repuso Cristina—. Esos momentos van y vienen. La medianoche solo es uno de ellos.

—¿Y nuestro plan es capturarlo? —quiso saber Emma—. ¿La básica persecución y detención, o vamos a intentar distraerlo con el poder de la danza y luego echarle un lazo a los tobillos?

—Las bromas no ayudan —le reprochó Julian, mirando al agua.

—Las bromas siempre ayudan —replicó Emma—. Sobre todo cuando no estamos haciendo nada más que esperar a que el agua se solidifique...

—¡Vamos! ¡Ahora! —chilló Cristina.

Emma fue primero, saltando sobre una olita que rompía a sus pies. Parte de su cerebro seguía diciéndole que se estaba tirando al agua, que iba a mojarse toda. El impacto cuando la bota pisó con fuerza la dura superficie la hizo sacudirse por dentro.

Dio unos cuantos pasos y se volvió para quedar de cara a la playa. Se hallaba sobre un brillante sendero que parecía hecho de duro cristal de roca, cortado fino como el vidrio. La luz de la luna por encima del agua se había vuelto sólida. Julian ya

estaba detrás de ella, sobre la rutilante línea, y Cristina saltaba al camino tras ellos.

Oyó el grito de Cristina al caer. Como cazadores de sombras, habían visto todo tipo de maravillas, pero había algo claramente feérico en esa clase de magia: parecía tener lugar en los intersticios del mundo normal, entre la luz y las sombras, entre un minuto y el siguiente. Como nefilim, existían en su propio espacio.

—Vamos —las urgió Julian, y Emma comenzó a andar. El camino era ancho; parecía flexionarse y curvarse bajo sus pies con el movimiento de la marea. Era como caminar por un puente colgado sobre el abismo.

Excepto porque, al mirar hacia abajo, Emma no vio el espacio vacío. Vio algo que le daba mucho más miedo. La profunda oscuridad del océano, donde los cadáveres de sus padres habían estado flotando antes de que la marea los arrojara a la orilla. Durante años se los había imaginado debatiéndose, muriendo, bajo el agua, con kilómetros de mar a su alrededor, totalmente solos. Pero ya sabía mucho más sobre cómo murieron, sabía que ya estaban muertos cuando Malcolm Fade entregó sus cuerpos al mar. Pero no se le podía hablar al miedo, no se le podía decir la verdad: el miedo se metía en los huesos.

Tan lejos de la costa, Emma había esperado que el agua fuera tan profunda como para ser opaca. Pero la luz de la luna la hacía relucir desde el interior. Podía mirar dentro de ella como dentro de un acuario.

Vio algas moviéndose y danzando con el ir y venir de las mareas. Bancos de peces agitándose. Y sombras más oscuras también, grandes. Movimientos pesados y enormes; quizá de una ballena, o de algo aún más grande y peor, porque los demonios del mar podían crecer hasta alcanzar el tamaño de un campo de fútbol. Se imaginó que el sendero se quebraba de golpe y cedía, y que todos caían hacia la oscuridad, hacia la enormidad que los rodeaba, fría, letal y llena de monstruos de ojos ciegos y dientes afilados, y el Ángel sabía qué más podía haber alzándose de las profundidades...

—No mires abajo. —Era Julian, quien se acercaba por el camino. Cristina estaba un poco más atrás, y miraba a su alrededor maravillada—. Mira directo al horizonte. Camina hacia allí.

Emma alzó la barbilla. Sentía a Jules a su lado, notaba el calor que emanaba de su piel, que le ponía de punta el vello de los brazos.

—Estoy bien.

—No lo estás —replicó él sin ambages—. Sé lo que sientes por el océano.

Ya estaban muy lejos de la orilla. Esta era solo una línea brillante en la distancia; la autovía, una cinta de luces en movimiento; las casas y los restaurantes de la costa, un fulgor distante.

—Bueno, al final resultó que mis padres no murieron en el océano. —Respiró temblorosa—. No se ahogaron.

—Saber eso no quita los años de pesadillas. —Julian la miró. El viento le pegaba los suaves rizos contra los pómulos. Emma recordó cómo era hundir las manos en ese

cabello, cómo tenerlo en sus brazos la había anclado no solo al mundo, sino también a sí misma.

—Odio sentir esto —confesó, y por un momento ni siquiera ella estuvo segura de qué estaba hablando—. Odio tener miedo. Hace que me sienta débil.

—Emma, todo el mundo tiene miedo de algo. —Julian se acercó un poco más. Notó su hombro contra el de él—. Tememos cosas porque las apreciamos. Tememos perder a la gente porque la amamos. Tememos morir porque valoramos estar vivos. No desees no tener miedo a nada; eso solo significaría que no sientes nada.

—Jules... —Comenzó a volverse hacia él, sorprendida por la intensidad de su voz, pero se detuvo cuando oyó a Cristina acelerar el paso, y luego su voz gritando:

—¡Mark!

8

JUNTO AL RÍO

Emma vio a Mark de inmediato. Una sombra ante ellos en el brillante camino, la luz de la luna destellando sobre el claro cabello. Parecía que aún no los había visto.

Emma comenzó a correr, con Cristina y Jules detrás. Aunque el camino se hundía y se alzaba bajo ella, estaba acostumbrada a correr por la suave arena que se movía bajo sus pies. Ya podía ver a Mark con claridad. Se había parado volviéndose hacia ellos, totalmente perplejo.

No llevaba el traje de combate. Vestía ropas similares a las que llevaba al llegar al Instituto, aunque limpias y nuevas: lino y suave cuero curtido, botas altas atadas con cordones y un petate a la espalda. Emma vio las estrellas reflejadas en sus grandes ojos al acercarse a él.

Mark dejó el petate a sus pies y lanzó una mirada acusadora a sus tres perseguidores.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Cómo? —Julian apartó el petate de Mark de una patada y agarró a su hermano por los hombros—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Julian era más alto que Mark, lo que a Emma siempre le había parecido raro; Mark había sido el más alto durante muchos años. Más alto y mayor. Pero ya no era ni lo uno ni lo otro. En la oscuridad, parecía una hoja delgada y frágil contra la fuerza sólida y la mayor altura de Julian. Daba la sensación de que en cualquier momento podía convertirse en un rayo de luna sobre las olas y desvanecerse.

Miró a Cristina.

—Recibiste mi mensaje de fuego.

Ella asintió; pequeños mechones de pelo negro, que llevaba recogido en la nuca con un clip enjoyado, le cayeron sobre el rostro.

—Todos lo leímos.

Mark cerró los ojos.

—No pensé que pudierais seguirme por el camino de la luna.

—Pero lo hemos hecho. —Julian cerró con fuerza la mano sobre el hombro de Mark—. No irás a ninguna parte de Feéra, y mucho menos solo.

—Es por Kieran —repuso Mark simplemente.

—Kieran te traicionó —le recordó Julian.

—Lo van a matar, Jules —replicó Mark—. Por mi culpa. Kieran mató a Iarlath por mí. —Fijó los ojos en el rostro de su hermano—. No debí marcharme sin avisarte. Ha sido injusto por mi parte. Pero sabía que intentarías detenerme y también que

tenía muy poco tiempo. Nunca perdonaré a Kieran por lo que os pasó a Emma y a ti, pero no voy a abandonarlo a la muerte y la tortura.

—Mark, las hadas no te tienen ningún aprecio —dijo Julian—. Se vieron obligadas a devolverte, y odian devolver nada de lo que han tomado. Si vuelves a Feéra, intentarán retenerte por la fuerza, y no será fácil y te harán daño. No voy a permitir que eso ocurra.

—Entonces ¿serás mi carcelero, hermano? —Mark tendió las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Me atarás las muñecas con frío hierro, los tobillos con espinos?

Julian reculó haciendo una mueca. Estaba demasiado oscuro para ver los rasgos de Blackthorn en Mark, los ojos verde azulado, y en la penumbra, los hermanos solo parecían un cazador de sombras y un hada, siempre enfrentados.

—Emma —dijo Julian, apartando las manos de los hombros de Mark. Había una amarga desesperación en su voz—. Mark te ama. Convéncelo tú.

Emma sintió la amargura de Julian como si fueran espinas bajo la piel, y en su cabeza oyó de nuevo las angustiadas palabras de Mark: «¿Serás mi carcelero, hermano?».

—No vamos a impedirte que vayas. Iremos contigo.

Incluso bajo la pálida luz de la luna, Emma vio que Mark perdía el color del rostro.

—No. Se ve a la legua que sois nefilim. Lleváis puesto el traje de combate. Vuestras runas son visibles. Los cazadores de sombras no son amados en la Tierra bajo la Colina.

—Al parecer, solo Kieran lo es —replicó Julian—. Es afortunado por tener tu lealtad, Mark, ya que nosotros no la tenemos.

Al oír eso, Mark enrojeció y se volvió hacia su hermano, con los ojos brillándole de furia.

—Ya vale, parad, parad —intervino Emma, dando un paso hacia ellos. La reluciente agua se curvaba y flexionaba bajo sus pies—. Los dos...

—¿Quién anda por el camino de la luna?

Se acercó una forma. Su voz grave resonó por encima de las olas. Julian apoyó la mano en el pomo de la daga que llevaba en la cintura. El cuchillo serafín de Emma estaba desenvainado; Cristina tenía su navaja mariposa en la mano. Mark estaba buscando con los dedos el dardo élfico que Kieran le había dado, y que solía reposar en el hueco de la base del cuello. Ya no estaba. Tensó el rostro antes de relajarlo mostrando reconocimiento.

—Es un puka —dijo en voz baja—. Por lo general, son inofensivos.

La forma que había en el camino ante ellos se había acercado. Era un hada alto, vestido con unos pantalones muy gastados que se sujetaba con un cinturón de cuerda. Finos mechones de color dorado le salpicaban el largo pelo oscuro y brillaban sobre su piel. Iba descalzo.

Habló, y su voz sonó como la marea del ocaso.

—¿Es vuestra intención atravesar la Puerta de Lir?

—Sí —contestó Mark.

Unos ojos de color dorado metálico, sin iris ni pupila, observaron a Mark, a Cristina, a Julian y a Emma.

—Solo uno de vosotros es hada —dijo el puka—. Los otros son humanos. No, son nefilim. —Sus finos labios se curvaron en una sonrisa—. Vaya sorpresa. ¿Cuántos de vosotros deseáis encontrar paso a través de la puerta hacia las Tierras Sombrías?

—Todos —contestó Emma—. Los cuatro.

—Si el rey o la reina os encuentran, os matarán —los informó el puka—. Los seres mágicos no son amigos de los de sangre de ángel, no desde la Paz Fría.

—Soy medio hada —repuso Mark—. Mi madre fue lady Nerissa de la corte seelie.

El puka alzó las cejas.

—Su muerte nos dolió a todos.

—Y estos son mis hermanos y hermanas —continuó Mark, aprovechando su ventaja—. Me acompañarán. Yo los protegeré.

El puka se encogió de hombros.

—No es de mi incumbencia lo que os acontezca allí —dijo—. Solo que primero debéis pagar un peaje.

—Nada de pagos —replicó Julian, y cerró la mano alrededor de la empuñadura de su daga—. Nada de peajes.

El puka sonrió.

—Ven aquí y habla conmigo un momento, en privado, y luego decide si pagas mi precio. No te obligaré.

La expresión de Julian se oscureció, pero avanzó hacia él. Emma trató de oír lo que le decía al puka, pero el sonido del viento y de las olas se lo impedía. Detrás del puka, el aire se arremolinaba y se oscurecía: a Emma le pareció ver una forma, arqueada como una puerta. Un momento después, Julian se quitó el reloj de la muñeca y lo puso en la mano del puka.

—Un pago —dijo el puka en voz muy alta cuando Julian se apartó—. ¿Quién será el siguiente?

—Yo —contestó Cristina, y con cuidado avanzó por el camino hacia el puka. Julian volvió con Mark y Emma.

—¿Te ha amenazado? —preguntó Emma en un susurro—. Jules, si te ha amenazado...

—No me ha amenazado —la cortó Julian—. No dejaría que Cristina se acercara a él si lo hubiera hecho.

Emma observó a Cristina sacarse el clip enjorjado del cabello, que le cayó en cascada sobre la espalda y los hombros, más negro que el mar nocturno. Le dio el clip

al puka y se dispuso a volver hacia ellos, como si estuviera deslumbrada.

—Mark Blackthorn será el último —dijo el puka—. Que la chica de pelo dorado sea la siguiente.

Emma notó que sus amigos la observaban mientras se encaminaba hacia el puka, Julian con más intensidad que los otros. Pensó en el retrato que Julian le había pintado, donde ella se alzaba sobre el océano con un cuerpo hecho de estrellas.

Se preguntó qué habría hecho él con esos cuadros. ¿Los habría tirado o quemado? Le dolió el corazón al pensarlo. Unos cuadros tan bonitos..., cada trazo era un susurro, una promesa.

Llegó hasta el hada, que sonreía malicioso como hacían los suyos cuando se divertían. A su alrededor, el mar se extendía, negro y plata. El puka inclinó la cabeza para hablar con ella; el viento se arremolinó en torno a ellos. Emma se hallaba con él dentro de un círculo de nubes. Ya no podía ver a los otros.

—Si vas a amenazarme —espetó, antes de que él pudiera hablar—, debes saber que te daré caza por ello, si no ahora, más adelante. Y haré que tengas una muerte lenta.

El puka rio. Los dientes también eran de oro, con la punta de plata.

—Emma Carstairs —dijo—. Ya veo que sabes muy poco sobre los pukas. Somos seductores, no matones. Cuando oigas lo que voy a decirte, desearás ir a Feéra. Desearás darme lo que pido.

—¿Y qué pides?

—Esa estela —contestó él, señalando la estela que le colgaba del cinturón.

Todo en Emma se rebeló. Se la había dado Jace, hacía años, en Idris, después de la Guerra Oscura. Era un símbolo de todo lo que había marcado su vida después de la guerra. Clary solo le dio palabras, y ella les otorgaba gran valor; Jace le regaló una estela, y con ella dio a una niña asustada y cargada de dolor un propósito en la vida. Cuando tocaba la estela, le susurraba ese propósito: «El futuro es tuyo ahora. Haz de él lo que quieras».

—¿Y de qué le va a servir a un hada una estela? —preguntó—. No dibujas runas, y solo funcionan para los cazadores de sombras.

—No sirve la estela —explicó él—, pero el precioso hueso de demonio de la empuñadura sirve de mucho.

Ella negó con la cabeza.

—Escoge otra cosa.

El puka se inclinó hacia ella. Olía a sal y a algas secándose al sol.

—Escucha —continuó él—. Si entras en Feéra, volverás a ver a alguien a quien amas y que está muerto.

—¿Qué? —Un escalofrío atravesó a Emma—. Mientes.

—Ya sabes que no puedo mentir.

A Emma se le había quedado la boca seca.

—No debes contarles a los otros lo que te digo, o no sucederá —le advirtió el

puka—. Tampoco te puedo decir lo que significa, solo soy un mensajero, pero el mensaje es cierto. Si deseas posar de nuevo los ojos sobre alguien que has amado y perdido, si deseas oír su voz, debes pasar por la Puerta de Lir.

Emma sacó la estela del cinturón. Sintió un dolor en el pecho cuando se la entregó. Se volvió a ciegas, con las palabras del puka grabadas en los oídos. Casi ni notó a Mark pasando a su lado, el último en hablar con el hada del agua. El corazón le estaba latiendo demasiado fuerte.

«Alguien que has amado y perdido». Pero había tantos, tantos, perdidos durante la Guerra Oscura. Sus padres, pero no se atrevía ni a pensar en ellos; se quedaría sin la capacidad de seguir adelante. El padre de los Blackthorn, Andrew. Su antigua tutora, Katerina. Tal vez...

El ruido del viento y las olas cesó. Mark se hallaba ante el puka en silencio, con la cara pálida. Los otros tres parecían muy impresionados, y Emma ardía de ganas de saber qué les había dicho el hada. ¿Qué podría convencer a Jules, o a Mark, o a Cristina, para que cooperaran?

El puka extendió la mano.

—La Puerta de Lir se abre —dijo—. Atravesadla ahora o corred a toda prisa de vuelta a la orilla; el camino de la luna ya comienza a disolverse.

Se oyó un ruido como de hielo al quebrarse derretido por el sol de la primavera. Emma miró hacia abajo: el brillante camino estaba cubriéndose de negro, donde el agua surgía a chorro por las grietas.

Julian le agarró la mano.

—Tenemos que irnos —dijo. A la espalda de Mark, que estaba un poco avanzado a ellos en el camino, se había formado un arco de agua. Brillaba plateada, y en el interior se mezclaban el agua y el movimiento.

Riendo, el puka saltó del camino con un lanzamiento elegante y se perdió entre las olas. Emma se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué le había dado Mark. Aunque en ese momento, tampoco parecía importar. El camino bajo ellos se estaba quebrando rápidamente: ya estaba reducido a trozos, como témpanos flotantes en el Ártico.

Cristina estaba al lado de Emma. Los tres saltaron hacia adelante, desde un trozo sólido del camino al siguiente. Mark les hacía gestos, gritando, mientras el arco a su espalda se solidificaba. Emma pudo ver hierba verde al otro lado, luz de luna y árboles. Empujó a Cristina, Mark la cogió, y ambos desaparecieron por la puerta.

Emma iba a dar un paso adelante, pero el camino se hundió bajo su pie. Durante lo que le pareció mucho más que un segundo, fue cayendo hacia el agua negra. Julian la cogió. Rodeándola con los brazos, atravesaron juntos el arco.

Las sombras ya eran más largas en el desván. Arthur se hallaba sentado inmóvil, mirando por la ventana, sobre el papel, la luz de la luna sobre el mar. Podía

imaginarse dónde estarían Julian y los otros: conocía el camino de la luna igual que conocía otros caminos que llevaban a Feéra. Ululantes pandillas de duendes y trasgos lo habían llevado por ellos, cabalgando por delante de sus amos, príncipes y princesas de una belleza no terrenal. Una vez, cayó en un bosque invernal, y su peso resquebrajó el hielo de una laguna. Recordaba haber observado cómo su sangre se extendía por la plateada superficie del agua.

—¡Qué bonito! —había exclamado la dama hada mientras la sangre de Arthur se mezclaba con el hielo.

A veces pensaba que su mente era eso: una superficie resquebrajada que reflejaba una imagen rota e imperfecta. Sabía que su locura no era humana. Iba y venía, en ocasiones casi solo rozándolo y dejándolo con la esperanza de que se hubiera ido para siempre. Entonces regresaba y lo aplastaba bajo un desfile de gente que nadie más podía ver, un coro de voces que nadie más podía oír.

La medicina lo había ayudado, pero ya no había medicina. Julian siempre se la había llevado, desde que era un niño. Arthur no estaba seguro de qué edad tenía ahora. Lo suficientemente mayor. A veces se preguntaba si quería a ese chico. Si amaba a alguno de los hijos de su hermano. Había días en los que se despertaba de algún sueño en el que les pasaban cosas terribles, con la cara mojada de lágrimas.

Pero tal vez era por sentirse culpable. Había carecido tanto de la capacidad de criarlos como del valor de permitir que la Clave lo sustituyera por otro tutor más adecuado. Aunque ¿quién los hubiera mantenido juntos? Nadie, seguramente, y una familia debía permanecer junta.

La puerta al pie de la escalera crujió. Arthur se volvió con esperanza. Quizá Julian se hubiera repensado esa locura de plan y hubiese vuelto. El camino de la luna era peligroso. El mismo mar estaba cargado de traición. Él había nacido cerca del mar, en Cornwall, y recordaba sus monstruos. «Y amargo como la sangre es el rocío del mar; y las crestas son como fauces que devoran».

O quizá nunca hubo monstruos.

Ella apareció en lo alto de la escalera y lo miró con frialdad. Llevaba el cabello recogido hacia atrás, tan tirante que parecía que le hubieran estirado la piel de la cara. Inclino la cabeza, observando la sucia y atiborrada habitación, las ventanas cubiertas con papel. Había algo en su rostro, algo que le despertó un vago recuerdo.

Algo que hizo que un frío terror lo invadiera. Se agarró a los brazos de la silla, y en su mente resonaron trozos de viejas poesías. «Su piel era tan blanca como la lepra, una pesadilla de vida en muerte ella era...».

—Arthur Blackthorn, supongo —dijo ella con una tímida sonrisa—. Soy Zara Dearborn. Creo que conocías a mi padre.

Emma aterrizó con un buen golpe sobre la espesa hierba, enredada con Julian. Durante un instante, él quedó sobre ella, con los codos en la tierra y el rostro

iluminado por la luna. El aire era frío, pero Emma notó el calor de su cuerpo. Sintió la expansión del pecho cuando Julian inhaló con fuerza, el roce del aire contra la mejilla cuando él apartó la cara rápidamente de la suya.

Al momento ya estaba en pie y le tendía la mano para ayudarla a levantarse. Pero ella se puso en pie sin su ayuda y dio una vuelta completa para descubrir que se hallaban en un claro rodeado de árboles.

La luna era lo bastante brillante para que Emma pudiera ver que la hierba era de un verde intenso y los árboles estaban cargados de frutas de colores muy vivos: ciruelas lila, manzanas rojas, frutas con forma de estrella que Emma no reconoció. Mark y Cristina también estaban allí, bajo los árboles.

Mark se había subido las mangas de la camisa y extendía las manos como si quisiera tocar el aire de Feéra, notarlo en la piel. Echó la cabeza hacia atrás con la boca un poco abierta. Emma se sonrojó al mirarlo. Era un momento privado, como si estuviera observando a alguien reencontrarse con un amante.

—Emma —susurró Cristina—. Mira. —Señaló hacia arriba, hacia el cielo.

Las estrellas eran diferentes. Formaban arcos y vueltas que ella no reconocía, y tenían color: azul hielo, verde escarcha, dorado reluciente, plata brillante.

—¡Qué hermoso! —susurró. Vio a Julian mirándola, pero fue Mark quien habló. Ya no parecía tan abandonado a la noche, pero todavía se lo veía un poco aturdido, como si el aire de Feéra fuera vino y él hubiera bebido demasiado.

—A veces, la Cacería cruzaba el cielo de Feéra —explicó—. En el cielo, las estrellas parecían polvo de joyas: rubís, zafiros y diamantes.

—Sabía lo de las estrellas de la tierra de las hadas —susurró Cristina maravillada—. Pero nunca creí que llegaría a verlo.

—¿Deberíamos descansar? —preguntó Julian. Estaba recorriendo el borde del claro, mirando entre los árboles. ¿Quién sino Jules para pensar en las cuestiones prácticas?—. Para recuperar fuerzas y viajar mañana.

Mark negó con la cabeza.

—No podemos. Debemos movernos de noche. En las Tierras solo sé guiarme por las estrellas.

—Entonces, vamos a necesitar runas de energía. —Emma le tendió el brazo a Cristina. No pretendía que fuera un deliberado desaire a Jules, ya que las runas del *parabatai* siempre eran más poderosas, pero aún sentía el calor donde sus cuerpos habían chocado al caer. Aún notaba el nudo en el interior que le había provocado el roce de su aliento en la mejilla. En ese momento no quería que se le acercara, para que no viera lo que había en sus ojos. Del mismo modo que Mark había mirado al cielo de Feéra: así era como se imaginaba que miraba a Julian.

El tacto de Cristina era cálido y reconfortante; su estela, rápida y experta, mientras la punta trazaba la silueta de una runa de energía en el antebrazo de Emma. Al acabar, le soltó la muñeca. Esta esperó a las señales habituales: un penetrante calor, como después de tomarte un café doble.

No ocurrió.

—No funciona —dijo Emma frunciendo el ceño.

—Déjame ver... —Cristina miró la piel de Emma y pareció sorprendida—. Mirad.

La Marca, negra como la brea cuando Cristina la había dibujado, se estaba volviendo pálida y plateada. Se difuminaba como la escarcha bajo el sol. En segundos había desaparecido, fundiéndose con la piel de Emma.

—¿Qué diablos...? —masculló Emma, pero Julian ya se había vuelto hacia Mark.

—Runas —le preguntó—. ¿Funcionan aquí, en Feéra?

Mark parecía atónito.

—Nunca se me ocurrió pensar que no funcionaran —contestó—. Nadie me lo mencionó jamás.

—Llevo años estudiando Feéra —explicó Cristina—. Nunca he visto ni leído nada sobre que las runas no funcionaran en las Tierras.

—¿Cuándo fue la última vez que intentaste usar una aquí? —le preguntó Emma a Mark.

Este negó con la cabeza, y los rizos rubios le cayeron sobre los ojos. Se los echó hacia atrás.

—No lo recuerdo —contestó—. No tenía estela, me la rompieron. Pero la luz mágica siempre me funcionó... —Metió la mano en el bolsillo y sacó una piedra runa redonda y pulida. Todos lo contemplaron, conteniendo la respiración, mientras él la alzaba, esperando la luz, esperando que destellara brillante en su palma.

No ocurrió nada.

Julian soltó un taco mientras se sacaba uno de los cuchillos serafines del cinturón. El *adamas* relucía sin brillo bajo la luna. Lo giró para que el brillo multicolor de las estrellas se reflejara sobre la hoja plana.

—*Michael* —dijo.

Algo chisporroteó en el interior de la hoja, un brillo breve y apagado. Y desapareció. Julian se la quedó mirando. Un cuchillo serafín sin vida servía para poco más que un cuchillo de plástico: con la hoja roma, pesado y corto.

Con una violenta sacudida del brazo, Julian se deshizo del cuchillo. Este resbaló por la hierba. Julian alzó la mirada y Emma notó el esfuerzo con que se estaba conteniendo. Lo percibía como una presión en su propio cuerpo que hacía que le fuera difícil respirar.

—Bien —dijo Julian—. Vamos a tener que viajar por Feéra, un lugar donde los cazadores de sombras no son bienvenidos, empleando solo las estrellas como guía y sin poder usar runas, ni cuchillos serafines, ni luces mágicas. ¿Se trata de esto, más o menos?

—Yo diría que se trata exactamente de esto —contestó Mark.

—Y además, nos dirigimos a la corte noseelie —añadió Emma—. Que se supone que es como una de esas películas de terror que le gustan a Dru, pero menos

divertida.

—Pues viajaremos por la noche —dijo Cristina. Señaló en la distancia—. Hay puntos de referencia que he visto en los mapas. ¿Veis aquellos riscos en la distancia, recortados contra el cielo? Creo que son las montañas Thorn. Las tierras noseelie se hallan bajo su sombra. No está tan lejos.

Emma vio que Mark se relajaba al oír la sensata voz de Cristina. Pero no parecía pasarle lo mismo a Julian. Apretaba los dientes y tenía los puños rígidos a los costados.

No era que Julian no se enfadara, sino que no lo demostraba. La gente pensaba que era tranquilo y callado, pero eso no era cierto. Emma recordó algo que había leído: que los volcanes tenían las laderas más verdes, el aspecto más hermoso y tranquilo, porque el fuego que palpitaba en su interior impedía que la tierra se helara. Pero cuando entraban en erupción, podían arrasarlo todo en muchos kilómetros a la redonda.

—Jules —lo llamó. Él la miró; la furia le destellaba en los ojos—. Podemos no tener luz mágica, ni runas, pero seguimos siendo cazadores de sombras. Con todo lo que eso significa. Podemos hacerlo. Sí que podemos.

Le pareció un discurso muy torpe, pero vio que el fuego se apagaba en los ojos de Julian.

—Tienes razón —repuso él—. Lo lamento.

—Y yo lamento haberos traído aquí —dijo Mark—. De haber sabido lo de las runas... Pero debe de ser algo reciente, muy reciente, porque...

—Tú no nos has traído aquí —lo cortó Cristina—. Nosotros te hemos seguido. Y todos hemos cruzado no solo por ti, sino también por lo que nos ha dicho el puka, ¿no es cierto?

«Alguien a quien has amado y perdido».

—Es cierto en mi caso —respondió Emma. Miró al cielo—. Pero deberíamos irnos. Seguramente solo faltan unas horas para el amanecer. Y si no tenemos runas de energía, tendremos que conseguir nuestra energía a la antigua.

Mark la miró confuso.

—¿Drogas?

—Chocolate —contestó Emma—. He traído chocolate. Mark, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

Mark sonrió de medio lado, encogiendo un hombro.

—¿Humor de hada?

—Creía que las bromas de las hadas solían ser siempre a costa de alguien y que hacían trastadas a los mundanos —dijo Julian.

—A veces cuentan historias muy largas que riman y creen que son hilarantes —explicó Mark—, pero tengo que admitir que nunca he entendido por qué.

Julian suspiró.

—Es lo peor que he oído sobre la corte noseelie.

Mark lanzó a Julian una mirada agradecida, como para decirle que había comprendido que su hermano se había controlado en parte por él, por todos ellos, para que no hubiera más problemas. Para que pudieran seguir su camino y encontrar a Kieran, con Julian a la cabeza, como siempre.

—Vamos —dijo Mark, dándose la vuelta—. Es por aquí. Debemos irnos; no quedan muchas horas hasta el amanecer.

Mark los guio hacia las sombras entre los árboles. Una neblina húmeda colgaba de las ramas, como cuerdas de blanco y plata. Las hojas susurraban suavemente bajo el viento por encima de su cabeza. Julian se colocó delante junto a su hermano, y Emma lo oyó preguntarle: «¿Y juegos de palabras? Al menos prométeme que habrá juegos de palabras».

—El modo en que los chicos se expresan su cariño es muy raro —comentó Cristina mientras Emma y ella se agachaban para pasar bajo una rama—. ¿Por qué no pueden limitarse a decírselo? ¿Es tan difícil?

Emma le sonrió a su amiga.

—Te quiero, Cristina —afirmó—. Y me alegro de que puedas visitar Feéra, aunque sea en estas extrañas circunstancias. Quizá encuentres un chico hada que esté bueno y te haga olvidar a Diego *el Imperfecto*.

Cristina sonrió.

—Y yo te quiero a ti, Emma. Y tal vez ocurra.

La lista de quejas contra los cazadores de sombras que tenía Kit se había hecho tan larga que había comenzado a escribirla:

«Gente estúpida —había anotado—, que no me deja ir a casa a coger mis cosas.

»No quieren explicarme nada de lo que significaría convertirme en un cazador de sombras. ¿Tendría que irme a algún otro sitio a entrenarme?

»No quieren decirme cuánto tiempo estaré aquí, excepto por “todo el que necesites”. ¿No tendré que ir a la escuela algún día? ¿A algún tipo de escuela?

»No quieren hablar de la Paz Fría ni de la mierda que es.

»No me dejan comer galletas».

Se lo pensó mejor y tachó esta última. Sí que le dejaban comer galletas, pero sospechaba que lo miraban mal por eso.

«No parecen entender qué es el autismo, o la enfermedad mental, o la terapia, o el tratamiento médico. ¿Creerán en cosas como la quimioterapia? ¿Y si tienen cáncer? Seguramente yo no tendré cáncer, pero y si...

»No quieren decirme cómo Tessa y Jem encontraron a mi padre. O por qué mi padre odiaba tanto a los cazadores de sombras».

Esta última fue la más difícil de escribir. Kit siempre había pensado que su padre era un estafador de medio pelo, un granuja adorable, una especie de Han Solo que recorría toda la galaxia timando a unos y a otros. Pero a los granujas adorables no los

despedazaban los demonios en cuanto una elaborada protección se deshacía. Y aunque Kit no entendía la mayor parte de lo que había pasado en el Mercado de Sombras, una cosa sí había aprendido: su padre no era como Han Solo.

A veces, en la oscuridad de la noche, Kit se preguntaba cómo era él mismo.

Y hablando de la oscuridad de la noche, tenía una nueva queja que añadir a la lista:

«Me hacen levantar muy temprano».

Diana, cuyo título oficial era el de instructora pero que parecía funcionar como tutora y directora de colegio, había despertado a Kit muy temprano esa mañana y lo había llevado, junto con Ty y Livvy, a un despacho con una amplia vista y un enorme escritorio de cristal. Parecía cabreada del modo que los adultos parecían cabreados cuando estaban enfadados con otra persona pero la iban a pagar contigo.

Kit estaba en lo cierto. Diana estaba furiosa con Julian, Emma, Mark y Cristina, que, según Arthur, se habían marchado a Feéra en medio de la noche para rescatar a alguien llamado Kieran, a quien Kit no conocía de nada. Acabó enterándose de que el tal Kieran era el hijo del rey noseelie y el exnovio de Mark, dos informaciones interesantes que Kit archivó en la memoria para otro momento.

—Esto no es nada bueno —concluyó Diana—. El país de las hadas está fuera de todo límite para los nefilim que no tengan un permiso especial.

—Pero volverán, ¿verdad? —preguntó Ty, que parecía muy tenso—. ¿Mark volverá?

—Claro que volverán —repuso Livvy—. Solo es una misión. Una misión de rescate —añadió, y se volvió hacia Diana—. ¿No entenderá la Clave por qué tuvieron que ir?

—¿A rescatar a un hada? No —contestó Diana, negando con la cabeza—. No tiene derecho a nuestra protección, según la Paz Fría. Los centuriones no pueden enterarse. La Clave se pondría furiosa.

—Yo no diré nada —aseguró Ty.

—Yo tampoco —repuso Livvy—. Naturalmente.

Ambos miraron a Kit.

—Yo ni siquiera sé por qué estoy aquí —dijo este.

—Tiene razón —asintió Livvy. Miró a Diana—. ¿Por qué está él aquí?

—Parece que tienes la habilidad de enterarte de todo —le contestó Diana a Kit—. He pensado que sería mejor controlar tu información y conseguir que hagas una promesa.

—¿De que no diré nada? Claro que no diré nada. Ni siquiera me gustan los centuriones. Son... —«Como siempre creí que eran los cazadores de sombras. Pero vosotros no lo sois. Vosotros sois... diferentes»—. Burros.

—No me puedo creer —dijo Livvy— que Julian y los otros hayan organizado una aventura divertida para irse y nos hayan dejado aquí al resto para que les vayamos a buscar las toallas a los centuriones.

Diana la miró sorprendida.

—Pensaba que te preocuparías por ellos —dijo—. Que te lo tomarías a la tremenda.

Livvy negó con la cabeza agitando su larga melena, de un tono más claro que el de Ty.

—¿Preocuparme de que hayan ido a divertirse y a ver Feéra mientras que nosotros nos quedamos aquí haciendo de sirvientes? Cuando vuelvan, voy a tener unas palabritas con Julian.

—¿Qué palabritas? —Ty pareció confuso durante un momento, luego su rostro se iluminó—. Oh, le vas a soltar unos tacos.

—Voy a usar todas las palabrotas que conozco y buscaré unas cuantas más —le aseguró Livvy.

Diana se mordisqueaba el labio.

—¿De verdad estáis bien?

Ty asintió.

—Cristina ha estudiado a fondo la tierra de las hadas, Mark ha sido un Cazador, y Julian y Emma son valientes y listos —explicó—. Seguro que no les pasará nada.

Diana los miró atónita. Kit tuvo que admitir que él también estaba sorprendido.

Los Blackthorn le habían parecido una familia tan unida que «entrelazados» se quedaría muy corto. Pero Livvy mantuvo su alegre enfado cuando fue a decirles a Dru y a Tavvy que los otros se habían ido a la Academia de los cazadores de sombras a buscar algo. También fue muy convincente cuando les explicó que Cristina había ido con ellos porque visitar la Academia se había convertido en un requisito del año de viaje; y ellos le repitieron la misma historia a un serio Diego y a un montón de centuriones, incluida su prometida, a quien Kit había dado en llamar, para sí, *Odiosa Zara*.

—En resumen —acabó Livvy con dulzura—, que tendréis que lavaros algunas de vuestras toallas. Ahora, si nos disculpáis, Ty y yo hemos de llevar a Kit a hacer un reconocimiento del perímetro.

Zara arqueó una ceja.

—¿El perímetro?

—Las salvaguardas que acabáis de colocar —repuso Livvy, y desfiló hacia la puerta. No arrastró a Ty y a Kit físicamente, pero algo en la fuerza de su personalidad consiguió justo eso mismo. Las puertas de Instituto se cerraron tras ellos cuando ella ya bajaba por la escalera principal.

—¿Has visto la cara de esos centuriones? —preguntó mientras torcían rodeando el Instituto. Llevaba botas y unos shorts vaqueros que dejaban al descubierto sus largas y bronceadas piernas. Kit intentó hacer como si no la mirara.

—No creo que les haya gustado mucho lo que les has dicho de lavarse sus toallas —comentó Ty.

—Quizá debería haberles hecho un mapa para que encuentren el detergente —

ironizó Livvy—. Ya sabes, como les gustan tanto los mapas...

Kit se rio. Livvy lo miró un tanto suspicaz.

—¿Qué?

Ya habían cruzado el aparcamiento del Instituto y llegaban al seto bajo de salvia, detrás del que se hallaba el jardín de las estatuas. Trágicos e historiadores griegos estaban repartidos por él en diversas poses sujetando coronas de laurel. Resultaba curiosamente fuera de lugar, pero Los Ángeles era una ciudad en la que las cosas no parecían estar donde deberían.

—Me ha hecho gracia —respondió Kit—. Nada más.

Livvy sonrió. La camiseta azul le hacía juego con los ojos, y el sol le hacía relucir los mechones rojos y cobrizos de su cabello castaño. Al principio, a Kit lo había puesto un poco nervioso que los Blackthorn se parecieran tanto, excepto Ty, claro. Pero tenía que admitir que, puestos a compartir rasgos familiares, los luminosos ojos verde azulado y el cabello oscuro y ondulado no eran de los peores. Lo único que él tenía de su padre era el mal humor y la afición al hurto.

Y en cuanto a su madre...

—¡Ty! —gritó Livvy—. ¡Ty, baja de ahí!

Se habían alejado tanto de la casa que ya se hallaban en el auténtico chaparral. Kit solo había estado unas pocas veces en las montañas de Santa Mónica, en salidas con el colegio. Recordaba beber el aire, la mezcla de sal y salvia, el suave calor irrespirable del desierto. Veloces lagartos verdes aparecían de repente entre los cactus y desaparecían con la misma celeridad. Había grandes rocas por todas partes; los restos de algún glaciar de hacía millones de años.

—Lo haré cuando acabe con esto. —Ty estaba escalando una de las rocas más grandes como un experto, y hallaba sin problemas dónde colocar las manos y los pies. Se alzó hasta la cima sin darle importancia, con los brazos abiertos para mantener el equilibrio. Parecía que estuviera a punto de lanzarse a volar, con el cabello ondeándole hacia atrás, como unas alas negras.

—¿Y si le pasa algo? —preguntó Kit mientras miraba cómo escalaba.

—Es muy bueno escalando —contestó Livvy—. Solía asustarme cuando éramos más pequeños. No tenía ninguna idea real de cuándo se hallaba en peligro y cuándo no. Pensé que se iba a caer de las rocas en Leo Carillo y aplastarse la cabeza. Pero Jules iba con él a todas partes y Diana lo enseñó a escalar, y desde luego ha aprendido muy bien.

Miró a su hermano y sonrió. Ty se había puesto de puntillas y oteaba el océano. Kit casi podía imaginárselo en alguna planicie desolada, con un largo abrigo negro aleteándole alrededor, como un héroe de cómic.

Kit respiró hondo.

—¿De verdad piensas lo que le has dicho a Diana? —le preguntó a Livvy. Ella se volvió de golpe para mirarlo—. Lo de no estar preocupada por Julian y los otros.

—¿Por qué crees eso? —Su tono era cuidadosamente neutro.

—Te he estado observando —contestó Kit—. A todos.

—Ya lo sé. —Lo miró con sus brillantes ojos, medio divertida—. Es como si hubieras estado tomando notas mentales.

—Es la costumbre. Mi padre me enseñó que el mundo se divide en dos categorías: a los que puedes engañar y timar, y a los que no. Así que hay que observar a la gente, intentar averiguar de qué van. Cómo hacen tic.

—¿Cómo hacemos tic?

—Igual que una máquina muy complicada —explicó Kit—. Todos vosotros estáis entrelazados; uno se mueve un poco y arrastra a los demás. Y si te vas para el otro lado, eso también dicta lo que hacen. Estáis más conectados que cualquier otra familia que he conocido. Y no puedes decirme que no estás preocupada por Julian y los otros; sé que lo estás. Y sé lo que pensáis sobre los seres mágicos.

—¿Que son malos? Es bastante más complicado que eso, créeme.

Livvy lanzó una mirada azul hacia su hermano. Ty estaba tumbado boca arriba encima de la roca, casi invisible.

—Entonces ¿por qué debería mentirle a Diana?

—Julian miente para protegeros a todos —respondió Kit—. Si no está aquí, entonces tú mientes para proteger a los más pequeños. Nada de que preocuparse, Julian y Mark solo se han ido de paseo a la corte noseelie, espero que nos manden una postal, ojalá estuviéramos allí.

Livvy parecía no saber si decidirse por la irritación o el alivio: irritación por que Kit hubiera intuido la verdad, alivio de que hubiese alguien ante quien no tuviera que mentir.

—¿Crees que he convencido a Diana? —preguntó al final.

—Creo que la has convencido de que tú no estabas preocupada —contestó Kit—. Ella sigue estándolo. Probablemente esté tirando de todos los cabos de los que pueda tirar para averiguar cómo encontrarlos.

—Por aquí andamos bastante escasos de cabos de los que tirar, como habrás notado —le confesó Livvy—. En cuestión de Institutos, somos de los raritos.

—No es que yo tenga mucho para comparar, pero te creo.

—Al final no me lo has dicho. —Livvy se puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Pertenece al grupo de personas a las que puedes engañar y timar o al otro?

—Al otro —contestó Kit—. Pero no porque seáis cazadores de sombras, sino porque parece que de verdad os importan más los otros que vosotros mismos. Lo que hace difícil convencerlos de que seáis egoístas.

Ella se alejó unos pasos y tocó una pequeña flor roja que crecía en un seto verde plateado. Cuando se volvió hacia Kit, el pelo le volaba alrededor de la cara y los ojos le brillaban de una forma casi sobrenatural. Por un momento, Kit temió que estuviera a punto de llorar, o de gritarle.

—Bésame —dijo ella.

Kit no sabía hacia dónde había pensado que iría la conversación, pero definitivamente no hacia ahí. Tuvo que contenerse para no toser.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Caminó hacia él, despacio y de forma deliberada. Kit trató de no mirarle las piernas de nuevo—. Te he pedido que me beses.

—¿Por qué?

Ella comenzaba a sonreír. A su espalda, Ty seguía sobre su roca, mirando el mar.

—¿Nunca has besado a nadie? —inquirió ella.

—Sí. Pero no estoy seguro de qué tiene que ver eso con que quieras que te bese aquí y ahora.

—¿Estás seguro de que eres un Herondale? Estoy convencida de que un Herondale no dejaría pasar esta oportunidad. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Hay alguna razón por la que no quieras besarme?

—Para empezar, tienes un hermano mayor aterrador —explicó Kit.

—No tengo un hermano mayor aterrador.

—Es cierto —repuso Kit—. Tienes dos.

—Muy bien —dijo Livvy; dejó caer los brazos y se volvió de espaldas—. Muy bien, si no quieres...

Kit la cogió por el hombro. Lo notó tibio bajo la mano, el calor de la piel atravesaba la fina tela de la camiseta.

—Pero es que sí quiero.

Sorprendido, se dio cuenta de que lo decía de verdad. Su mundo se le escapaba entre los dedos; se sentía como si estuviera cayendo hacia algo oscuro y desconocido, el dentado filo de elecciones no buscadas. Y ahí estaba esa bonita chica ofreciéndole algo a lo que aferrarse, un modo de olvidar, algo que tener, aunque solo fuera por un momento.

El pulso palpitaba ligeramente en el cuello de Livvy mientras medio volvía la cabeza y el pelo le rozaba la mano a Kit.

—Muy bien —dijo.

—Pero dime una cosa. ¿Por qué yo? ¿Por qué quieres besarme a mí?

—Nunca he besado a nadie —contestó ella en voz baja—. En toda mi vida. Casi no he conocido a nadie. Solo somos nosotros contra el mundo entero, y no me importa, haría cualquier cosa por mi familia, pero tengo la sensación de estar perdiéndome todas las oportunidades que debería aprovechar. Tienes mi edad, eres un cazador de sombras y no me pones de los nervios. No tengo tantas opciones.

—Podrías besar a un centurión.

Ella se volvió para encararse con él con su mano todavía en el hombro, y lo miró indignada.

—Vale, creo que me he pasado un poco con esa sugerencia —admitió Kit.

El impulso de besarla se había vuelto irresistible, así que dejó de intentar no hacerlo. Le pasó el brazo por el hombro y la acercó a él. Livvy abrió mucho los ojos

y echó hacia atrás la cabeza, acercando la boca a la de Kit, y sus labios se unieron de un modo sorprendentemente suave.

Era dulce y cálido, y se adentró en el círculo que formaba él con los brazos; le puso las manos sobre los hombros, vacilante al principio, pero luego con mayor intención. Lo agarró con fuerza, tirando de él. Kit cerró los ojos para protegerlos de destello azul del mar en la distancia; olvidó la tierra bajo sus pies, el mundo a su alrededor, todo excepto la sensación de alivio que le provocaba que alguien lo abrazara. Alguien que lo apreciaba.

—Livvy. ¡Ty! ¡Kit!

Era la voz de Diana. Kit despertó de su ensueño y soltó a Livvy; ella se apartó con cara de sorpresa, y se llevó una mano a los labios.

—¡Todos! —los llamó Diana—. ¡Volved aquí ahora! ¡Necesito vuestra ayuda!

—¿Qué tal? —le preguntó Kit—. ¿Bien para ser el primero?

—No ha estado mal. —Livvy bajó la mano—. Te has entregado de verdad. No me lo esperaba.

—Los Herondale no dan besos que dejen indiferente —replicó Kit. Hubo un momento de movimientos acelerados, y Ty bajó de la roca; se dirigió hacia ellos a través de los arbustos del desierto.

Livvy soltó una carcajada corta y suave.

—Creo que es la primera vez que te oigo decir que eres un Herondale.

Ty llegó junto a ellos con una expresión inescrutable. Kit no pudo decir nada por su cara; no sabía si los había visto besarse o no. Aunque ¿por qué iba a importarle si los había visto?

—Parece que esta noche estará despejado —informó Ty—. No hay nubes de camino.

Livvy dijo algo de tener mejor tiempo para seguir a los centuriones, y ya se disponía a alcanzar a Ty, como siempre hacía. Kit los siguió, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, aunque notaba el anillo de los Herondale pesado en su dedo, como si acabara de recordar que lo llevaba.

«La Tierra bajo la Colina. La Llanura Deleitable, El Lugar bajo la Ola. La Tierra de los Siempre Jóvenes».

Mientras se sucedían las horas, todos los nombres que Emma había oído para la tierra de los seres mágicos se le fueron pasando por la cabeza. La conversación entre los cuatro se había ido espaciando y finalmente la había vencido un exhausto silencio. Cristina avanzaba junto a Emma, su colgante reluciendo bajo la luz de la luna. Mark iba en cabeza, y comprobaba su camino con las estrellas cada poco. En la distancia, las montañas Thorn se veían más claras y cercanas, y se alzaban recortadas e inolvidables contra el cielo del color del zafiro ennegrecido.

Pero no se veían todo el rato. La mayor parte del camino que seguían pasaba entre

grandes árboles que crecían muy juntos, con las ramas bajas a veces entrelazándose. Más de una vez, Emma había captado un destello de ojos brillantes entre las sombras. Cuando las ramas susurraban, miraba hacia arriba y veía sombras que se movían, corriendo por encima de ellos, dejando risas atrás como si fueran hilos de niebla.

—Son los lugares de los seres mágicos silvestres —explicó Mark mientras el camino rodeaba una colina—. Las hadas nobles se quedan en las Cortes o a veces en pueblos. Les gusta la comodidad.

Había señales ocasionales de que ese era un lugar habitado: trozos musgosos de viejas paredes de piedra, vallas de madera unidas ingeniosamente sin usar clavos. Pasaron varios pueblos en la hora antes del amanecer: todos estaban cerrados y oscuros, con las ventanas rotas. Al internarse en Feéra, comenzaron a encontrarse con algo más. La primera vez que lo vieron, Emma se detuvo de golpe y soltó una exclamación: la hierba sobre la que habían estado andando se había disuelto bajo sus pies, levantando una nubecilla de ceniza blanca y gris en torno a los tobillos.

Miró a su alrededor atónita y descubrió que los otros estaban igual. Habían llegado al borde irregular de un círculo de tierra de aspecto enfermizo. A Emma le recordó las fotos que había visto de los círculos quemados en los sembrados. En el interior de la circunferencia todo estaba mustio, de un gris blanquecino y malsano: la hierba, los árboles, las hojas y las plantas. Había huesos de pequeños animales esparcidos entre la vegetación muerta.

—¿Qué es esto? —preguntó Emma—. ¿Algún tipo de magia negra feérica?

Mark meneó la cabeza.

—Nunca había visto una ruina como esta. No me gusta. Alejémonos de aquí lo antes posible.

Nadie se lo discutió, pero mientras avanzaban deprisa por los pueblos fantasma y las colinas, vieron más lugares afectados por esa fea plaga.

Por fin, el cielo comenzó a iluminarse con el alba. Estaban todos a punto de caer de agotamiento cuando dejaron el camino atrás y se encontraron en un lugar arbolado y de suaves colinas.

—Podemos descansar allí —dijo Mark. Señaló una elevación del terreno cuya cima quedaba oculta por una serie de piedras grandes apiladas en desorden—. Detrás tendremos refugio y estaremos a cubierto.

Emma frunció las cejas.

—Oigo correr el agua —señaló—. ¿Hay algún arroyo cerca?

—Ya sabes que no podemos beber el agua de aquí —le recordó Julian mientras ella iba bajando la colina en dirección al sonido de un fluido burbujeando sobre las rocas y alrededor de las raíces.

—Lo sé, pero al menos podríamos limpiarnos... —Había un arroyo, o algo parecido, que cortaba el valle entre dos pequeñas colinas, pero el agua no era agua. Era un fluido escarlata y espeso. Se movía despacio, perezoso, rojo y gorgoteante, entre los negros troncos de los árboles.

—«Toda la sangre que se derrama sobre la tierra corre por los arroyos de ese país» —recitó Mark junto a ella—. Tú me lo citaste.

Julian se acercó al arroyo de sangre y se acuclilló. Con un rápido gesto, metió los dedos.

Los sacó manchados de escarlata.

—Se coagula —dijo, frunciendo el ceño en una mezcla de fascinación y asco. Se limpió la mano en la hierba—. ¿Es realmente... sangre humana?

—Eso es lo que dicen —contestó Mark—. No todos los ríos de aquí son así, pero dicen que la sangre de los asesinados del mundo humano corre por los arroyos, torrentes y riachuelos de estos bosques.

—¿Quiénes lo dicen? —preguntó Julian incorporándose—. ¿Quiénes son?

—Kieran —se limitó a responder Mark.

—Yo también conozco esa historia —dijo Cristina—. Hay diferentes versiones de las leyendas, pero he oído muchas y la mayoría dicen que la sangre es humana, sangre mundana. —Retrocedió, tomó carrerilla y saltó. Aterrizó al otro lado del sangriento arroyo con margen suficiente para no mojarse.

El resto la siguió, y subieron por la colina hasta la cima, plana y cubierta de hierba, desde la que se veía buena parte del territorio que los rodeaba. Emma sospechaba que los montículos de piedras debieron de ser en otro tiempo una especie de atalaya.

Desenrollaron las mantas y extendieron las chaquetas, luego se metieron debajo para entrar en calor. Mark se acurrucó e inmediatamente se quedó dormido. Cristina se tumbó con más cuidado, envuelta en su chaqueta azul marino, la larga melena sobre el brazo en el que apoyaba la cabeza.

Emma encontró un lugar en la hierba y dobló la chaqueta para que le hiciera de almohada. No tenía nada en lo que envolverse, y tembló cuando la piel le tocó el frío suelo mientras colocaba a *Cortana* con cuidado sobre una piedra a su lado.

—Emma. —Era Julian, que se volvía hacia ella. Llevaba un rato tan quieto que lo creía dormido. No recordaba haberse tumbado tan cerca de él. Bajo la luz del amanecer, los ojos de Julian resplandecían como el cristal marino—. Tengo una manta de sobra. Cógela.

Era suave y gris, un fino cobertor que solía estar extendido a los pies de su cama. Emma se obligó a apartar los recuerdos de despertarse con esa manta enredada en los pies mientras bostezaba y se desperezaba en el dormitorio de Julian.

—Gracias —susurró, al tiempo que se envolvía en ella. La hierba se estaba humedeciendo con el rocío. Julian seguía mirándola, con la cabeza apoyada en el brazo—. Jules, si la luz mágica no ilumina, ni funcionan los cuchillos serafines, ni las runas sirven para nada..., ¿qué significa?

Julian sonó cansado al responder.

—En uno de los pueblos que hemos pasado, he mirado en el interior de una taberna y he visto una runa angélica que alguien había dibujado en la pared. Estaba

salpicada de sangre, rascada y pintarrajeada. No sé qué ha pasado aquí desde la Paz Fría, pero sé que nos odian.

—¿Crees que el colgante de Cristina aún funcionará? —preguntó Emma.

—Creo que solo es la magia de los cazadores de sombras la que está bloqueada —respondió Julian—. El colgante de Cristina es un regalo de las hadas. Debería funcionar bien.

Emma asintió.

—Buenas noches, Jules —susurró.

Él sonrió un poco.

—Está amaneciendo, Emma.

Ella no dijo nada y cerró los ojos; pero no del todo, para poder seguir viéndolo. No había dormido cerca de él desde aquel terrible día en que Jem le explicó la maldición de los *parabatai*, y solo en ese momento se daba cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Estaba agotada, el cansancio se le escurría de los huesos y caía al suelo bajo ella mientras su dolorido cuerpo se relajaba; se había olvidado de cómo era dejarse ir lentamente mientras la persona en la que más confiaba estaba a su lado. Incluso ahí, en Feéra, donde odiaban a los cazadores de sombras, se sentía más segura de lo que se había sentido sola en su dormitorio, porque Jules estaba a su lado, tan cerca que si estiraba el brazo podría tocarlo.

No estiraría el brazo, claro. No podía tocarlo. Pero respiraban juntos, respiraban el mismo aire mientras la consciencia se le fragmentaba y Emma iba cayendo, con la imagen de Julian bajo la luz del alba siguiéndola a sus sueños.

9

ESTAS TIERRAS

Kit no tardó en tener algo nuevo que añadir a la lista de cosas que no le gustaban de los cazadores de sombras. «Me despiertan a medianoche».

En concreto, fue Livvy quien lo despertó, agitándolo hasta sacarlo de una pesadilla de demonios Mantid. Se sentó, jadeando, con un puñal en la mano, una de las dagas que había cogido de la sala de armas. La guardaba en la mesilla y no recordaba haberla empuñado.

—No está mal —dijo Livvy. Estaba junto a la cama, con el pelo recogido y el traje de combate medio invisible en la oscuridad—. Buenos reflejos.

La daga estaba como a un par de centímetros de su pecho, pero ella no se movió. Kit la apartó y la dejó caer ruidosamente sobre la mesilla.

—Debes de estar de broma.

—Levántate —le pidió—. Ty acaba de ver a Zara escabulléndose por la puerta principal. Vamos a seguirla.

—¿Qué vais a hacer? —Kit se levantó bostezando, y Livvy le puso en las manos una pila de ropa oscura. Alzó una ceja al verle los calzoncillos, pero no hizo ningún comentario.

—Ponte el traje —indicó—. Te lo explicaremos de camino.

Salió del dormitorio para que Kit se cambiara. Este siempre se había preguntado cómo sería llevar el traje de combate de los cazadores de sombras. Las botas, los pantalones, la camisa y la chaqueta, de un material oscuro y recio, y el cinturón de armas, parecían incómodos, pero... no lo eran. El traje era ligero y flexible, a pesar de ser tan duro que cuando cogió la daga y trató de hacer un corte en la chaqueta, la hoja ni siquiera hundió el tejido. Las botas parecieron adaptársele de inmediato.

—¿Se me ve bien? —preguntó al salir al pasillo. Ty se miraba de forma pensativa el puño derecho, donde le relucía suavemente una runa.

Livvy levantó el pulgar como respuesta.

—Seguro que te hubieran rechazado del Calendario de Cazadores de Sombras Guaperas anual.

—¿Rechazado? —preguntó Kit mientras comenzaba a bajar la escalera.

A Livvy le reían los ojos.

—Por ser demasiado joven, claro.

—No existe ningún Calendario de Cazadores de Sombras Guaperas —dijo Ty—. Y callaos los dos; tenemos que salir de la casa sin que nos vean.

Salieron con sigilo por la puerta trasera y tomaron el camino hacia la playa,

poniendo cuidado en evitar a la patrulla nocturna. Livvy le susurró a Kit que Ty sujetaba un clip para el pelo que Zara se había dejado en una mesa; servía como una especie de brújula, indicándole la dirección que su dueña había tomado. Parecía haber ido hacia la playa y luego caminado por la arena. Livvy señaló sus pisadas, que ya estaban siendo borradas por la creciente marea.

—Podría haber sido un mundano —dijo Kit, solo por llevar la contraria.

—¿Siguiendo justo este camino? —replicó Livvy—. Mira, hasta estamos zigzagueando y zigzagueando para ir tras ella.

Kit no podía discutirlo. Se concentró en mantenerse a la altura de Ty, que prácticamente volaba sobre las dunas de arena y las rocas y las grandes piedras que salpicaban la costa cada vez en mayor cantidad mientras se movían hacia el norte. Escaló un muro de piedra horadada de una altura alarmante y saltó al otro lado; Kit, siguiéndolo, estuvo a punto de tropezar y aterrizar de bruces en la arena.

Consiguió ponerse en pie y se sintió aliviado. No estaba seguro delante de quién le apetecía menos quedar como un tonto, si de Livvy o de Ty. Aunque quizá fuera lo mismo.

—Allí —susurró Ty, señalando una oscura abertura en la pared rocosa del risco que se alzaba separando la playa de la autovía. Pilas de rocas caídas hacía mucho tiempo sobresalían del agua, donde las olas rompían contra ellas y lanzaban a lo alto salpicaduras de blanco plateado.

La arena había dado paso a un arrecife rocoso. Caminaron con cuidado sobre él, incluso Ty, que se inclinó para examinar algo en uno de los charcos. Se irguió sonriendo con una estrella de mar en la mano.

—Ty —lo reprendió Livvy—. Déjala donde estaba, a no ser que estés pensando en tirársela a Zara a la cabeza.

—Sería desperdiciar una buena estrella de mar —masculló Kit, y Ty se rio. El aire cargado de sal le había enredado el liso cabello negro y los ojos le brillaban como la luna sobre el agua. Kit se lo quedó mirando, incapaz de pensar en alguna otra cosa divertida que decir, mientras Ty dejaba cuidadosamente la estrella de mar otra vez en el charquito.

Llegaron hasta la entrada de la cueva sin ninguna otra parada dedicada al mundo animal. Livvy entró primero, y Ty y Kit la siguieron. Este se detuvo cuando la oscuridad de la cueva lo envolvió.

—No puedo ver nada —dijo, tratando de controlar su creciente pánico. Odiaba la oscuridad absoluta, pero ¿quién no?

La luz que lo rodeó fue como la súbita aparición de una estrella fugaz. Era la luz mágica que Ty sujetaba en la mano.

—¿Quieres una runa de visión nocturna? —preguntó Livvy señalándose la estela. Kit negó con la cabeza.

—Nada de runas —respondió. No estaba seguro de por qué insistía en eso. Tampoco era que el *iratze* le hubiera hecho daño. Pero le parecía la última barrera, la

admisión final de que era un cazador de sombras, no solo un chico con sangre de cazador de sombras que había decidido considerar el Instituto como una estación de paso en el camino mientras se le ocurría un plan mejor.

Fuera cual fuese el plan. Kit intentó no pensar demasiado en eso cuando penetraban en los túneles.

—¿Crees que esto es parte de la convergencia? —oyó susurrar a Livvy.

Ty negó con la cabeza.

—No. Los riscos de la costa están llenos de cuevas, siempre lo han estado. Quiero decir que aquí dentro podría haber cualquier cosa: nidos de demonios, vampiros..., pero no creo que tenga nada que ver con Malcolm. Y no hay ninguna línea ley cerca de aquí.

—Desearía de verdad que no hubieras dicho «nidos de demonios» —dijo Kit—. Hace que parezca que son arañas.

—Algunos demonios son arañas —puntualizó Ty—. La mayor jamás registrada medía unos siete metros de alto y tenía mandíbulas de un metro.

Kit recordó la enorme mantis religiosa que había despedazado a su padre. Era difícil pensar en algo ocurrente que decir sobre una araña gigante cuando has visto el interior de las costillas de tu padre.

—Chiss. —Livvy levantó una mano—. Oigo voces.

Kit aguzó el oído, pero no oyó nada. Supuso que sería por otra runa que no tenía, algo que le daría una capacidad auditiva como la de Superman. Pero sí que veía luces moviéndose por delante, que en ese momento tomaban la curva del túnel.

Avanzaron, Kit detrás de Ty y Livvy. El túnel se abrió a una enorme cámara, una sala con paredes de granito agrietado, suelo de tierra apisonada y olor a moho y putrefacción. El techo se perdía en la oscuridad.

Había una mesa y dos sillas de madera en medio de la cámara. La única luz procedía de piedras mágicas colocadas sobre la mesa; en una de las sillas estaba Zara. De forma instintiva, Kit se pegó a la pared; al otro lado del túnel, Ty y Livvy hicieron lo mismo.

Zara estaba examinando unos papeles extendidos sobre la mesa. Junto a su codo, había una botella de vino y un vaso. No iba con el traje de combate, sino con un traje negro liso, y llevaba el cabello recogido en un moño muy tirante.

Kit se esforzó por ver lo que Zara estaba examinando, pero se encontraba demasiado lejos. Sin embargo, pudo leer algunas palabras grabadas en la mesa: EL FUEGO QUIERE ARDER. No tenía ni idea de lo que significaba. Zara no parecía estar haciendo nada especialmente interesante; quizá solo iba allí para poder leer con tranquilidad. Tal vez en secreto estuviera harta de Diego *el Perfecto* y ese era su escondite. ¿Quién podría culparla por eso?

Zara alzó la mirada y arrugó las cejas. Alguien llegaba. Kit oyó unos rápidos pasos, y al fondo de la estancia apareció alguien en vaqueros y con el pelo revuelto.

—Es Manuel —susurró Livvy—. Puede que tengan un rollo.

—Manu —dijo Zara frunciendo el ceño. No parecía prendada de amor—. Llegas tarde.

—Lo siento. —Manuel esbozó una sonrisa matadora y agarró la silla libre; la hizo girar y se sentó a horcajadas con los brazos apoyados en el respaldo—. No te enfades, Zara. He tenido que esperar hasta que Rayan y Jon se durmieran. Tenían ganas de charla y no quería arriesgarme a que nadie me viera salir del Instituto. —Señaló los papeles—. ¿Qué tienes ahí?

—Noticias de mi padre —contestó Zara—. Lo decepcionaron las conclusiones del último Consejo, claro. La decisión de dejar que el mestizo Mark Blackthorn siga entre nefilim decentes ofendería a cualquiera.

Manuel cogió la copa de vino de Zara. Luces rojas destellaron en el fondo de la misma.

—Aun así, debemos mirar al futuro —dijo—. Librarnos de Mark no era el objetivo de nuestro viaje aquí, después de todo. Solo es una molestia menor, como lo son sus hermanos.

Ty, Kit y Livvy intercambiaron miradas de confusión. Livvy tenía el rostro tenso de furia. Ty no mostraba ninguna expresión en el rostro, pero movía las manos a los costados incansablemente.

—Es cierto. El primer paso es el Registro —explicó Zara. Dio unos toques al papel haciéndolo crujir—. Mi padre dice que la Cohorte es fuerte en Idris, y que creen que el Instituto de Los Ángeles está maduro para ser recolectado. El incidente de Malcolm sembró una duda considerable sobre la capacidad de la costa Oeste de juzgar a las personas. Y que el Brujo Supremo de Los Ángeles y el jefe del clan vampiro local resultaran estar practicando magia negra...

—Eso no fue culpa nuestra —susurró Livvy—. No había manera de que pudiéramos saberlo...

Ty la hizo callar, pero Kit se había perdido el último comentario de Zara. Solo veía su sonrisa irónica como una línea roja en medio del rostro.

—No confían mucho en ellos —concluyó Zara.

—¿Y Arthur? —preguntó Manuel—. Es el director putativo del Instituto, aunque no lo he visto ni una vez.

—Un lunático —respondió Zara—. Mi padre me dijo que lo sospechaba. Lo conoció en la Academia. Yo misma he hablado con Arthur. Pensó que yo era alguien llamado Amatis.

Kit miró a Livvy, que se encogió de hombros en señal de no entender.

—Será fácil ponerlo delante del Consejo y probar que está loco —continuó Zara—. No puedo decir quién dirige el Instituto por él; Diana, supongo, pero si quisiera el puesto, ya podría haberlo tenido.

—Así que tu padre entra en escena, la Cohorte se asegura de que consiga los votos y el Instituto es suyo —resumió Manuel.

—Nuestro —lo corrigió Zara—. Yo dirigiré el Instituto a su lado. Confía en mí.

Seremos un equipo.

Manuel no parecía impresionado. Lo más seguro era que ya hubiera oído eso antes.

—Y entonces, el Registro.

—Sin duda. Podremos proponerlo como ley de inmediato, y una vez que se apruebe, podremos comenzar con las identificaciones. —A Zara le brillaron los ojos—. Todos los subterráneos llevarán la señal.

A Kit se le retorció el estómago. Eso se parecía tanto a la historia mundana que notó el sabor de la bilis en la garganta.

—Podemos empezar por el Mercado de Sombras —prosiguió Zara—. Las criaturas se congregan ahí. Si ponemos bajo custodia a suficientes de ellos, deberíamos poder coger al resto para registrarlos sin tardar mucho.

—Y si no quieren registrarse, entonces se los puede convencer fácilmente con un poco de dolor —dijo Manuel.

Zara frunció el ceño.

—Tengo la sensación de que disfrutas con la tortura, Manu.

Él se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa y el rostro franco, atractivo y encantador.

—Me parece que tú también, Zara. Te he visto admirando mi trabajo. —Flexionó los dedos—. Lo que pasa es que no quieres admitirlo delante de Diego *el Perfecto*.

—¿De verdad lo llaman así? —mascullo Kit en voz muy baja.

Zara movió la cabeza, pero Manuel sonreía irónico.

—Tendrás que acabar por decírselo, por contarle todos los planes de la Cohorte —dijo Manuel—. Ya sabes que no le parecerá bien. Es un amante de los subterráneos como nunca lo ha habido.

Zara hizo un sonido de desacuerdo.

—Tonterías. No se parece en nada a ese desagradable Alec Lightwood, su estúpida Alianza y su repulsivo novio hijo de un demonio. Los Blackthorn pueden ser unos estúpidos amantes de las hadas, pero Diego solo está... confundido.

—¿Y qué hay de Emma Carstairs?

Zara comenzó a reunir las hojas de la carta de su padre. No miró a Manuel.

—¿Qué pasa con ella?

—Todo el mundo comenta que es el mejor cazador de sombras desde Jace Herondale —repuso Manuel—. Un título que sé que hace tiempo deseas para ti.

—Vanessa Ashdown dice que es una zorra que pierde los papeles por los tíos —soltó Zara, y sus feas palabras parecieron resonar en las paredes de roca. Kit pensó en Emma con su espada, Emma salvándole la vida, Emma abrazando a Cristina y mirando a Julian como si fuera una estrella azul, y se preguntó si la próxima vez que se encontrara con Zara pasaría algo si le propinaba un fuerte pisotón—. Y en persona no me ha impresionado mucho. Es de lo más normal.

—Seguro que sí —repuso Manuel, mientras Zara se ponía en pie con los papeles

en la mano—. Pero sigo sin entender lo que ves en Diego.

—No, claro. Es una alianza familiar.

—¿Un matrimonio concertado? ¡Qué mundano y medieval! —Manuel cogió la piedra runa de la mesa, y por un momento la luz pareció bailar en la estancia, un loco dibujo de brillos y sombras—. Qué, ¿volvemos?

—Será lo mejor. Si alguien nos ve, podemos decir que estábamos comprobando las salvaguardas. —Zara dobló la carta de su padre y se la metió en el bolsillo—. El Consejo se reúne pronto. Mi padre les leerá la carta que le he enviado diciendo que Arthur Blackthorn está incapacitado para dirigir el Instituto, y luego anunciará su candidatura.

—Los pillaremos en bragas —repuso Manuel mientras metía las manos en los bolsillos—. Y cuando todo esto haya acabado, claro...

—No te preocupes —lo cortó Zara con cierta irritación—. Tendrás lo que deseas. Aunque preferiría que estuvieras más comprometido con la causa.

Zara ya se había dado la vuelta, y Kit vio brillar los ojos de Manuel tras las pestañas mientras la miraba. Había algo en su expresión, como un ansia desagradable, aunque Kit no podía estar seguro de si se trataba de deseo por Zara o por algo mucho más arcano.

—Oh, claro que estoy comprometido —protestó Manuel—. Me gustaría tanto como a ti ver un mundo libre de subterráneos, Zara. Es solo que no creo en hacer algo a cambio de nada.

Zara miró hacia atrás por encima del hombro mientras se encaminaba hacia el túnel por el que había entrado Manuel.

—No será por nada, Manu —respondió—. Te lo puedo asegurar.

Y se marcharon, dejando a Kit, a Ty y a Livvy en la boca del otro túnel, tan atónitos que se habían quedado sin palabras.

El ruido que despertó a Cristina era tan débil que al principio creyó que se lo había imaginado. Se hallaba tumbada, aún cansada, y la neblinosa luz del sol la hizo parpadear. Se preguntó cuánto faltaría para la noche, momento en el que podrían volver a guiarse por las estrellas.

El ruido se repitió, una dulce llamada lejana, y Cristina se incorporó, sacudiéndose el pelo. Estaba húmedo de rocío. Se pasó los dedos para desenredarlo y deseó tener algo con lo que hacerse una cola. Pocas veces llevaba el pelo suelto, y contra la nuca le resultaba molesto.

Vio a Julian y a Emma, ambos dormidos, hechos un ovillo en el suelo. Pero ¿dónde estaba Mark? Su manta seguía en el suelo, junto a las botas. Ver las botas la hizo levantarse de un brinco: habían decidido dormir con las botas puestas, por si acaso. ¿Por qué se las habría quitado Mark?

Pensó en despertar a Emma, pero seguramente estaba exagerando. Era muy

posible que Mark hubiera ido a dar un paseo. Sacó la navaja mariposa del cinturón de armas y comenzó a bajar la colina, pasando ante Emma y Julian. Notó una especie de punzada en el corazón al ver que se habían cogido de las manos. De algún modo, mientras dormían, habían encontrado el camino hacia el otro. Se preguntó si debería separárselas con cuidado. Pero no, no podía hacerlo. No había ninguna forma cuidadosa de separar a Jules y a Emma. La simple acción de separarlos era como un acto de violencia, un desgarrón en el tejido del mundo.

Seguía flotando una pesada neblina por todas partes, y el sol la atravesaba de forma tenue en algunos puntos, creando un velo blanco resplandeciente que su mirada solo podía traspasar en determinados lugares.

—¿Mark? —llamó en voz baja—. Mark, ¿dónde estás?

Captó el sonido que había oído antes, ya mucho más claro: música. El sonido de una flauta, el tañido de una cuerda de arpa. Aguzó el oído, y estuvo a punto de soltar un grito cuando alguien le tocó el hombro. Se volvió en redondo y vio a Mark ante ella, con las manos en alto como para protegerse de su reacción.

—No pretendía asustarte —dijo.

—Oh, Mark —soltó con un suspiro, y luego preguntó—: ¿Eres Mark? Las hadas tejen ilusiones, ¿no es cierto?

Inclinó la cabeza hacia un lado. El cabello rubio le cayó en desorden sobre la frente. Cristina recordó cuando le llegaba hasta los hombros, como si fuera la ilustración de un príncipe de las hadas en un cuento. Se lo había cortado ella, con un estilo moderno, y ahora lo llevaba corto, suave y rizado. Y de repente pareció raro, como fuera de lugar en el país de las hadas.

—«No puedo oírme el corazón ni lo que me dice —repuso él a modo de contraseña—. Solo oigo el viento».

Esa fue una de las primeras cosas que le dijo cuando se conocieron.

—Eres tú —afirmó ella, suspirando aliviada—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no duermes? Necesitamos descansar si queremos llegar a la corte noseelie para cuando se alce la luna.

—¿Oyes la música? —preguntó él. Se oía más fuerte, los claros sonidos de los violines y los instrumentos de viento de madera, el murmullo de la danza, y también risas y fuertes pisotones—. Es una fiesta.

A Cristina, le dio un brinco el corazón. Las fiestas de las hadas eran legendarias. Los seres mágicos bailaban al son de una música encantada y bebían vino encantado, y a veces lo hacían durante días. La comida te volvía delirante o enamorado o loco..., podía atravesarte los sueños.

—Deberías seguir durmiendo —dijo Mark—. Las fiestas pueden ser peligrosas.

—Siempre he querido ver una. —Un impulso rebelde se apoderó de ella—. Voy a acercarme.

—Cristina, no. —Mark sonaba asustado cuando ella comenzó a bajar la colina hacia el sonido—. Es la música; te hace querer bailar...

Cristina se volvió de repente y un rizo negro se le pegó a la húmeda mejilla.

—Tú nos has traído aquí —soltó, y luego continuó bajando hacia la música, y esta se alzó y la rodeó, y ella pudo oír a Mark, que seguía maldiciéndola.

Llegó al campo al pie de la colina y se detuvo a mirar. El lugar estaba lleno de movimiento cargado de color. Alrededor sonaba la música, que se clavaba en el corazón.

Por todas partes había seres mágicos. Un grupo de hadas en el centro de los danzantes tocaba sus instrumentos, con la cabeza echada atrás, pateando el suelo con los pies. Bailaban hadas del bosque, de piel verde, con manos nudosas y ojos que brillaban amarillos como la savia. Hadas azules y verdes, y de brillos irisados como el agua, con el pelo como una red transparente que les caía en cascada hasta los pies. Hermosas muchachas con flores trenzadas en el pelo, sujetas a la cintura y al cuello, con pezuñas en lugar de pies; guapos niños en harapos de ojos febriles que extendían las manos mientras daban vueltas.

—Ven a bailar —la llamaron—. Ven a bailar, hermosa muchacha, *chica bella*, ven y baila con nosotros.

Cristina comenzó a ir hacia ellos, hacia la música y el baile. El campo seguía cubierto por la niebla, que dejaba rastros blancos sobre el suelo y ocultaba el azul del cielo. La neblina brilló cuando Cristina la cruzó, cargada de olores raros: fruta y vino y humo como de incienso.

Empezó a bailar, moviendo el cuerpo al ritmo de la música. La euforia fue llenándola como si la tragara con cada respiración. De repente ya no era la chica que había dejado que Diego Rosales la engañara no solo una vez, sino dos; ya no era la chica que seguía las reglas y confiaba en la gente hasta que traicionaban esa confianza con la misma facilidad con la que tiraban un vaso de agua de la mesa. Ya no era la chica que se quedaba atrás y dejaba que sus amigos se desmadraran y esperaba para sujetarlos cuando caían. En ese momento era ella la que estaba cayendo.

Unas manos la agarraron y le hicieron dar la vuelta. Mark. Los ojos le destellaban. La rodeó con los brazos y la estrechó contra sí, pero la sujetaba con inquebrantable furia.

—¿Qué estás haciendo, Cristina? —le preguntó en voz baja—. Ya sabes cómo son las hadas, sabes que son peligrosas.

—Por eso lo hago, Mark. —No lo había visto tan furioso desde que Kieran había aparecido en el Instituto con Iarlath y Gwyn. Dentro del pecho sintió una pequeña palpitación secreta de excitación al ver que podía hacerlo enfurecer.

—Odian a los cazadores de sombras, ¿no lo recuerdas?

—No saben que soy una cazadora de sombras.

—Créeme —le dijo Mark, acercándose más hasta que ella notó su aliento caliente en la oreja—. Lo saben.

—Si es así, no les importa —replicó Cristina—. Es una fiesta. He leído sobre

ellas. Las hadas se pierden en la música. Bailan y olvidan, como nosotros.

Mark cerró las manos sobre las caderas de Cristina. Era un gesto protector, se dijo ella. No significaba nada. Pero aun así se le aceleró el pulso. Cuando Mark apareció en el Instituto, estaba delgado como un palo y con la mirada perdida. Pero ahora ya podía notarle el músculo sobre los huesos, la dura fuerza de él contra ella.

—Nunca te lo he preguntado —dijo Mark mientras se movían entre el gentío. Estaban cerca de dos chicas que bailaban juntas; ambas tenían el pelo negro rodeado de elaboradas coronas de bellotas y frutos del bosque. Llevaban vestidos de color teja y marrón, con cintas rodeándoles los finos cuellos. Apartaron las faldas del paso de Mark y Cristina, riendo ante la torpeza de esa pareja—. ¿Por qué las hadas? ¿Por qué las elegiste como objeto de estudio?

—Por ti. —Inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró, vio la sorpresa en su expresivo rostro. El inicio de las suaves curvas inquisitivas en las comisuras de la boca—. Por ti, Mark Blackthorn.

«¿Por mí?». Formó las palabras con los labios.

—Estaba en el jardín de rosas de mi madre cuando oí lo que te había sucedido —explicó Cristina—. Solo tenía trece años. La Guerra Oscura estaba acabando y ya se había anunciado la Paz Fría. Todos los cazadores de sombras del mundo sabían lo del exilio de tu hermana y que a ti te habían abandonado. Mi tío abuelo vino a contármelo. Mi familia solía bromear diciendo que yo tenía el corazón muy tierno, que era muy fácil hacerme llorar, y él sabía que me había estado preocupando por ti, así que me lo contó, y me dijo: «A tu chico perdido ya no lo van a encontrar».

Mark tragó saliva. Tras sus ojos, las emociones pasaron como nubes de tormenta; a él no le funcionaba la reserva de Julian, sus escudos.

—¿Y lo hiciste?

—¿Hice qué?

—Llorar —contestó. Seguían moviéndose en medio del baile, pero ya era casi mecánico: Cristina había olvidado los pasos que daban sus pies, solo era consciente de la respiración de Mark, de sus dedos en la nuca de Mark, de Mark entre sus brazos.

—No lloré —afirmó Cristina—. Pero decidí que iba a dedicarme a acabar con la Paz Fría. Ya entonces no fue una Ley justa y nunca lo será.

Mark separó los labios.

—Cristina...

Una voz como el arrullo de palomas los interrumpió. Suave, ligera y animada.

—¿Algo de beber, señor y señora? ¿Algo para refrescaros después del baile?

Un hada con cara de gato, pelo y bigotes, se hallaba ante ellos metido en los harapos de un traje eduardiano. Sostenía una bandeja con unas copas muy pequeñas que contenían líquido de diferentes colores: azul, rojo y ámbar.

—¿Está encantado? —preguntó Cristina, sin aliento—. ¿Me provocará sueños extraños?

—Os calmará la sed, señora —contestó el hada—. Y lo único que os pido a cambio es una sonrisa de vuestros labios.

Cristina cogió una copa llena de fluido ámbar. Sabía a fruta de la pasión, dulce y áspero; tomó un trago, y Mark le quitó la copa de las manos. Cayó tintineando a sus pies y le salpicó la mano de líquido. Mark se lamió las salpicaduras sin dejar de mirar a Cristina intensamente.

Ella comenzó a alejarse. Notaba un agradable calor extendiéndosele por el pecho. El vendedor de bebidas estaba metiéndose con Mark, que se deshizo de él con una moneda, un penique mundano, y siguió a Cristina.

—Para —le ordenó—. Cristina, no sigas, vas hacia el centro de la fiesta, donde la música será más fuerte...

Ella se detuvo y le tendió la mano. Se sentía temeraria. Sabía que debería estar aterrorizada: se había tragado una bebida feérica y podía pasar cualquier cosa. Pero en vez de eso, se sentía como si estuviera volando. Estaba volando libre, solo con Mark para sujetarla al suelo.

—Baila conmigo —dijo.

Él la cogió. Aún parecía enfadado, pero de todos modos la cogió con fuerza.

—Ya has bailado bastante. Y bebido.

—¿Bailado bastante? —Eran las chicas vestidas de color teja, riendo con sus bocas rojas. Aparte del diferente color de sus ojos, eran casi idénticas. Una de ellas se sacó una cinta del cuello. Cristina se la quedó mirando: tenía una horrible cicatriz en el cuello, como si casi le hubieran cortado la cabeza.

—Bailad juntos —pidió la chica. Casi lo escupió, como si fuera una maldición, y ató la cinta alrededor de las muñecas de Cristina y Mark, uniéndolos—. Disfruta de la unión, Cazador. —Sonrió a Mark, y sus dientes eran negros, como si los tuviera pintados de ese color, y finos como agujas.

Cristina ahogó un grito y se tambaleó hacia atrás arrastrando a Mark, unido a ella por la cinta. Esta se estiró como una goma, sin romperse ni deshilacharse. Mark sujetó a Cristina y le cogió la mano entrelazando los dedos con los suyos.

Salieron corriendo, rápidos y seguros sobre el suelo irregular, encontrando los espacios en medio de la espesa neblina. Pasaron entre parejas que bailaban hasta que la hierba bajo sus pies ya no estaba pisoteada y la música les llegaba desde lejos.

Mark torció hacia un lado, dirigiéndose a un grupo de árboles. Se metió bajo las ramas y apartó las más bajas para que Cristina pasara tras él. Cuando ella hubo pasado, las soltó, y ambos quedaron encerrados en aquel espacio debajo de los árboles, protegidos del mundo exterior por largas ramas cargadas de fruta que tocaban el suelo.

Mark se sentó y sacó un cuchillo del cinturón.

—Ven aquí —dijo, y cuando Cristina se sentó a su lado, le cogió la mano y cortó la cinta que los unía.

Esta soltó un pequeño chillido, un gemido de dolor, como un animal herido, pero

se rasgó y cedió. Mark soltó a Cristina y dejó caer el cuchillo. Débiles rayos de sol se filtraban por las ramas altas, y bajo la tenue iluminación, la cinta, que él aún tenía alrededor de la muñeca, parecía sangre.

La cinta también seguía rodeando la muñeca de Cristina, con el extremo suelto arrastrando por la tierra. Ella se la arrancó con las uñas y la cinta cayó al suelo. Notaba los dedos resbaladizos. Seguramente debido a la bebida de hada, pensó.

Miró a Mark. Tenía el rostro sombrío y los ojos, dorado y azul, opacos.

—Eso podría haber sido muy malo —señaló, mientras tiraba el resto de la cinta—. Un hechizo de unión como ese puede ligar a dos personas y enloquecer a una de ellas, haciendo que intente ahogarse y arrastrar a la otra con ella.

—Mark —repuso Cristina—. Perdona. Debería haberte escuchado. Sabes más de estas fiestas que yo. Tienes experiencia. Yo solo tengo los libros que he leído.

—No —replicó él inesperadamente—. Yo también quería ir. Me ha gustado bailar contigo. Ha sido tan agradable estar ahí con alguien...

—¿Humano? —acabó la frase Cristina.

El calor en su pecho se había convertido en una extraña sensación, como de un pellizco, una presión caliente que se incrementó al mirarlo. Le miró la curva de los pómulos, los huecos de las sienas. Llevaba la amplia camisa del color del trigo abierta por el cuello, y pudo ver el lugar que siempre había pensado que era el punto más hermoso del cuerpo de un hombre, el liso músculo sobre la clavícula y el vulnerable hueco.

—Sí, humano —asintió él—. Todos somos humanos, lo sé. Pero casi no he conocido a nadie tan humano como tú.

Cristina notó que le faltaba la respiración. Pensó que la neblina feérica la había dejado sin aliento; eso y el encantamiento que los rodeaba.

—Eres buena —continuó él—, una de las personas más amables que he conocido. En la Cacería no había mucha bondad. Cada vez que pienso que cuando se aprobó la sentencia de la Paz Fría, hubo alguien a miles de kilómetros de Idris, alguien que nunca me había conocido, que lloró por un niño que había sido abandonado...

—He dicho que no lloré. —A Cristina le falló la voz.

La mano de Mark fue una pálida mancha volando hacia su rostro. Apartó los dedos húmedos, brillando bajo la tamizada luz entre la neblina.

—Estás llorando ahora.

Cuando ella le cogió la mano, notó la humedad de sus propias lágrimas. Y cuando se acercó a él entre la neblina y lo besó, notó el sabor de la sal.

Por un momento, Mark se quedó perplejo, inmóvil. Y Cristina sintió que la atravesaba una lanza de terror, peor que la visión de cualquier demonio. Tal vez Mark no quisiera eso, tal vez pudiera horrorizarse...

—Cristina —musitó cuando ella se apartó; se puso de rodillas y la rodeó con los brazos con un poco de torpeza, hasta hundirle la mano en el cabello—. Cristina —repitió, con la voz quebrada por el áspero sonido del deseo.

Ella le tomó el rostro entre las manos, con las palmas sobre las mejillas, y se maravilló de la suavidad donde en Diego había habido aspereza, una sombra de barba. Le permitió que esa vez fuera él quien se acercara y la encerrara en la prisión de su brazo izquierdo mientras le cubría la boca con la suya.

Cristina vio estrellas estallándole tras los párpados. Y no cualquier estrella, sino las estrellas de colores de Feéra. Vio nubes y constelaciones; notó el sabor del aire de la noche en la boca. Él movía los labios, frenético, sobre los de ella. Seguía susurrando su nombre, incoherente, entre los besos. Le deslizó la mano libre por la cintura, por el costado. Gimió cuando ella le acarició la nuca, le rozó la clavícula y le tocó el disparado latido en el cuello.

Dijo algo en un idioma que ella desconocía, y luego se tumbó en el suelo y ella encima, y la apretó contra sí, las fuertes manos ávidas sobre la espalda y los hombros de Cristina. Se preguntó si así habría sido siempre con Kieran, feroz y brusco. Recordó haberlos visto besarse en el desierto, detrás del Instituto, y que había sido algo frenético, un choque de cuerpos. Entonces le despertó el deseo y ahora volvía a hacerlo.

Él se arqueó hacia arriba y ella lo oyó aspirar con fuerza cuando se deslizó sobre su cuerpo, besándole el cuello, luego el pecho a través de la camisa, y ya tenía los dedos en los botones cuando lo oyó reír casi sin aliento, diciendo su nombre.

—Jamás imaginé que algún día me mirarías, no alguien como tú, realeza entre los cazadores de sombras, como una princesa...

—Es increíble lo que un poco de licor encantado de hada puede hacer. —Cristina pretendía que sonara a broma, a algo sin importancia. Pero Mark se quedó inmóvil bajo ella. Y en un momento se apartó, rápido y ágil, y se sentó al menos a dos palmos de ella, con las manos en alto como para impedir que se acercara.

—¿Licor de hada? —repitió.

Cristina lo miró sorprendida.

—La bebida dulce que el hombre de la cara de gato me ha dado. Tú la has probado.

—No llevaba nada —replicó Mark en un tono cortante nada habitual en él—. Lo he sabido en el momento en que me he lamido las salpicaduras. Solo era zumo de zarzamora, Cristina.

Ella se echó un poco atrás, tanto por el enfado de Mark como al darse cuenta de que no había habido ninguna cobertura mágica que justificase lo que acababa de hacer.

—Pero pensaba...

—Pensabas que me estabas besando porque estabas ebria —replicó Mark—. No porque quisieras hacerlo o porque yo te guste realmente.

—Pero es que me gustas. —Se puso de rodillas, pero Mark ya estaba de pie—. Me gustas desde que te conocí.

—¿Por eso te liaste con Diego? —preguntó Mark, y luego negó con la cabeza,

retrocediendo—. Quizá no pueda hacer eso.

—¿Hacer qué? —Cristina se puso en pie con torpeza.

—Estar con humanos que mienten —contestó Mark sin ninguna inflexión en la voz.

—Pero tú también has mentido —replicó Cristina—. Has mentido sobre lo de estar con Emma.

—Y tú has formado parte de esa misma mentira.

—Porque tiene que ser así —se defendió ella—. Por el bien de los dos. Si Julian no estuviera enamorado de ella, entonces no sería necesario que creyera...

Se interrumpió de golpe mientras Mark se ponía más pálido que la neblina que los envolvía.

—¿Qué has dicho?

Cristina se llevó la mano a la boca. Los sentimientos que compartían Emma y Julian era algo tan intrínseco de lo que sabía de ellos que era difícil recordar que los demás no lo sabían. Incluso en los últimos tiempos, se veía de forma tan clara en cada una de sus palabras y gestos que... ¿cómo era posible que Mark no se hubiera dado cuenta?

—Pero son *parabatai* —exclamó él anonadado—. Es ilegal. El castigo... Julian no lo haría. No podría hacerlo.

—Lo siento. No debería haber dicho nada. Solo estaba suponiendo...

—No estabas suponiendo —replicó Mark, y se apartó de ella, abriéndose paso entre las ramas de los árboles.

Cristina fue tras él. Tenía que hacerle entender que no podía decirle nada a Julian. Su involuntaria traición le pesaba en el pecho como una piedra, su miedo por Emma y ser consciente de lo que acababa de hacer la hacían olvidar la humillación. Se abrió paso entre las ramas. Las hojas secas le arañaron la piel. Pasado un momento, se halló en la colina verde, y vio a Julian.

La música despertó a Jules, la música y una envolvente sensación de calor. No había sentido esa calidez en mucho tiempo, ni siquiera por las noches, envuelto en mantas.

Parpadeó al abrir los ojos. Oía música en la distancia, tejiendo finos zarcillos por el aire. Volvió la cabeza y vio a Emma tendida a su lado, con la chaqueta a modo de almohada. Tenían las manos cogidas sobre la hierba que había entre ellos, los bronceados dedos de él enlazados con fuerza con los más delicados de ella.

Apartó la mano enseguida, con el corazón latiéndole con intensidad, y se puso en pie. Se preguntó si él la habría cogido mientras dormían, o si habría sido ella. No, ella no le hubiera cogido la mano. Tenía a Mark. Quizá lo hubiese besado a él, pero había dicho el nombre de Mark.

Pensó que no le pasaría nada por dormir tan cerca de ella, pero al parecer estaba equivocado. Aún sentía la mano como si le ardiera, pero volvía a tener el resto del

cuerpo frío. Emma masculló algo y se volvió; la melena rubia le cayó sobre la mano, palma arriba sobre la hierba, como si estuviera esperando acoger la suya.

No lo soportaba. Recogió la chaqueta del suelo, se la puso y fue a mirar desde lo alto de la colina. Quizá pudiera ver a qué distancia estaban del pie de las montañas. Calcular cuánto tardarían en llegar a la corte noseelie y terminar esa misión de locos. Aunque no culpaba a Mark en absoluto. Kieran era como de la familia para él, y Julian entendía mejor eso de lo que entendía casi cualquier otra cosa.

Pero ya estaba preocupado por los niños en el Instituto, por si se pondrían furiosos, o estarían asustados, o no lo querrían perdonar. Nunca antes los había dejado. Nunca.

El viento cambió y la música se oyó más fuerte. Julian se hallaba al borde de la colina mirando hacia un panorama de hierba verde, salpicado aquí y allá por grupos de árboles que descendían hacia un claro donde se veía una mancha de color y movimiento.

Gente bailando. Se movían al ritmo de una música que parecía nacer del interior de la tierra. Era insistente, exigente. Te llamaba para que te unieras a ella, para llevarte como una ola podía arrebatarte de la orilla hacia el mar.

Julian sintió la llamada, aunque era lo bastante distante para no ser incómoda. Pero sus dedos ansiaban pinceles. Ahí donde mirase, veía una intensidad de color y movimiento que lo hacía desear estar en su estudio delante del caballete. Era como si estuviera mirando cuadros en los que los colores se hubieran mezclado para alcanzar una máxima saturación. Las hojas y la hierba eran de un verde intenso, casi venenoso. La fruta era más brillante que las joyas. Los pájaros que revoloteaban por el aire tenían un plumaje de un colorido tan salvaje que hizo pensar a Julian si no había nada allí que los cazara; si no tenían otro propósito que mostrar su belleza.

—¿Qué pasa?

Julian se volvió y la vio justo a su espalda en el borde de la colina. Emma. El largo cabello suelto volaba a su alrededor como una cortina de fino metal batido. El corazón le dio un salto, y sintió un tirón más insistente que el de la música de las hadas.

—Nada. —La voz le salió más brusca de lo que pretendía—. Solo estaba buscando a Mark y a Cristina. Cuando los encuentre, deberíamos partir. Aún nos queda mucho camino por delante.

Ella se le acercó con una expresión anhelante. El sol atravesaba las nubes y le iluminaba el pelo con ondas de intenso color azafrán. Julian cerró con fuerza la mano derecha, impidiéndose alzar los dedos y hundirlos en la clara melena que Emma únicamente solía soltarse por la noche. Eso hablaba a Julian de momentos de paz entre el ocaso y la noche, cuando los niños ya dormían y él estaba solo con Emma, momentos de palabras tranquilas e intimidad, que precedían con mucho el descubrimiento por parte de Julian de que eran algo más que *parabatai*. En la curva de su rostro dormido, en la caída de su melena, en la sombra de las pestañas sobre su

mejilla, había una paz que él había conocido en pocas ocasiones.

—¿Oyes la música? —le preguntó Emma, acercándose un paso más. Lo bastante para poder tocarla. Julian se preguntó si sería eso lo que sentían los adictos a las drogas. Deseando lo que sabían que no deberían tener. Pensando: «Solo por una vez no pasará nada».

—Emma, no —le contestó. No sabía lo que le estaba diciendo con exactitud. «No te acerques a mí, no lo resisto. No me mires así. No seas todo lo que quiero y no puedo tener. No me hagas olvidar que estás con Mark y que en cualquier caso nunca podrás estar conmigo».

—Por favor —dijo ella. Lo miró con sus grandes ojos cargados de dolor—. Por favor, necesito...

La parte de Julian que nunca podía resistirse a ser necesitado le hizo relajar los apretados puños, los brazos rígidos. En segundos se había acercado a ella, casi chocando con su cuerpo. Le puso una mano en la mejilla. Ella no llevaba a *Cortana*, notó con un vago desconcierto. ¿Por qué la habría dejado atrás?

Los ojos de Emma destellaron. Se puso de puntillas e inclinó la cabeza hacia atrás. Movi6 los labios, pero 6l no pudo oír qu6 decía, ensordecido por el rugido en sus propios oídos. Recordó una vez que una ola lo había revolcado, aplastándolo contra el fondo del océano, dejándolo sin aliento e incapaz de levantarse. Había sentido terror, pero también el deseo de dejarse llevar: de que algo más poderoso lo arrastraba y que ya no tenía por qué luchar.

Le rodeó el cuello con los brazos y le cubrió los labios con los suyos, y 6l se dejó ir, vencido. Todo el cuerpo se le contrajo, el corazón se le desbocó, las venas le martilleaban cargadas de sangre y energía. La estrechó contra 6l, fuerte y menuda en sus brazos. Ahogó un gemido, incapaz de respirar, con el sabor dulce y metálico de la sangre en la boca.

Pero no el de Emma. No podía reconocer a Emma, y el olor también era diferente. Había desaparecido la dulzura de la piel tibia de sol, o de las hierbas de su jabón y su champú, el olor al traje de combate y a mujer.

No vivías con una persona desde pequeño, soñabas con ella, la dejabas que te formara el alma y que te pusiera su huella en el corazón, y luego eras incapaz de reconocer que la que estabas besando no era ella. Julian se apartó y se limpió la boca con el dorso de la mano. La sangre le manchó los nudillos.

Estaba mirando a una mujer hada, de piel fina y clara, un lienzo sin marcas, sin arrugas. Ella sonreía maliciosa, con los labios muy rojos. Su pelo era del color de las telarañas; parecía realmente hecho de telarañas, gris, fino, leve... Podría tener cualquier edad. Solo se cubría con una gastada túnica negra. Era hermosa y horrorosa al mismo tiempo.

—Qué placer, cazador de sombras —ronroneó—. ¿No volverías a mis brazos para nuevos besos?

Extendió los brazos. Julian retrocedió tambaleándose. En toda su vida solo había

besado a Emma. Sintió náuseas en el corazón y en las entrañas. Quería coger un cuchillo serafín, quemar el aire entre ellos, sentir el conocido calor correrle por el brazo y las venas hasta cauterizarle la náusea.

Acababa de cerrar la mano sobre la empuñadura cuando lo recordó: ahí no funcionaría.

—¡Déjalo en paz! —gritó alguien—. ¡Aléjate de mi hermano, *leanansídhe*!

Era Mark. Estaba saliendo de uno de los grupos de árboles con Cristina a su espalda. Llevaba una daga en la mano.

La mujer hada se echó a reír.

—Tus armas no funcionan en este reino, cazador de sombras.

Se oyó un clic y la navaja plegable de Cristina apareció en su mano.

—Ven y suéltale tus amenazas a mi arma, cerda.

El hada se echó atrás con un siseo, y Julian vio su propia sangre manchando los dientes de ella. Se sintió mareado de asco y furia. La mujer se volvió y desapareció en un momento, una mancha gris descendiendo la colina.

La música había parado. Los danzantes también habían comenzado a dispersarse. El sol se estaba poniendo y las sombras se extendían densas sobre el suelo. Al parecer, esa clase de fiesta no se llevaba bien con el ocaso.

—Julian, hermano. —Mark corrió hacia él preocupado—. Pareces mareado. Siéntate, bebe un poco de agua...

Un suave silbido llegó desde más arriba de la colina. Julian se volvió en su dirección. Emma estaba en la cima, ciñéndose a *Cortana*. Vio el alivio en su cara al encontrarlo.

—Me preguntaba adónde os habríais ido —dijo mientras bajaba corriendo la colina. Los miraba con una sonrisa esperanzada—. Tenía miedo de que hubierais comido fruta feérica y estuvierais corriendo desnudos por la hierba.

—Nada de desnudos —repuso Julian—. Nada de hierba.

Emma apretó más la correa de *Cortana*. Se había recogido el pelo en una larga coleta de la que solo se le escapaban unos pocos mechoncitos. Miró sus tensos rostros y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Va todo bien?

Julian aún notaba las huellas de la *leanansídhe* por todo el cuerpo. Sabía lo que eran las *leanansídhe*: hadas salvajes que tomaban la forma de cualquier cosa que desearas ver, te seducían y se alimentaban de tu sangre y tu piel.

Al menos él era el único que habría visto a Emma. Mark y Cristina habrían visto a la *leanansídhe* bajo su auténtica forma. Una humillación y un peligro de los que habían escapado.

—Todo va bien —contestó Julian—. Será mejor que nos marchemos. Las estrellas ya comienzan a salir y aún nos queda un largo camino.

—Muy bien —dijo Livvy mientras se detenía ante una estrecha puerta de madera. No tenía mucho que ver con el resto del Instituto. Era de vidrio y metal, y moderna. Parecía una advertencia—. Allá vamos.

No daba la impresión de tener muchas ganas.

Habían decidido, con Kit como un silencioso espectador, ir directamente al despacho de Arthur Blackthorn. Aunque fueran las dos de la madrugada, aunque no quisiera que lo molestaran con los asuntos de los centuriones, tenía que saber lo que planeaba Zara.

Esta pretendía hacerse con el Instituto, les explicó Livvy mientras regresaban por la playa y las rocas hasta su punto de partida. Seguramente por eso había dicho aquello de Arthur: sin duda estaba mintiendo.

Kit nunca había pensado mucho en los Institutos; siempre le habían parecido algo como cuarteles de policía, colmenas de cazadores de sombras que debían vigilar lugares concretos. Pero por lo visto eran más como pequeñas ciudades estado: a cargo de cierta área, pero dirigidos por una familia designada por el Consejo en Idris.

—¿De verdad que hay todo un país solo con cazadores de sombras? —preguntó Kit mientras subían por la carretera del Instituto, que se alzaba como una sombra contra las montañas que tenía detrás.

—Sí —respondió Livvy lacónica. En otras palabras: «Cállate y escucha». Kit tuvo la sensación de que ella tenía que explicarle lo que había pasado para ir asimilándolo. Se calló y la dejó seguir.

En un Instituto mandaba un director, y su familia vivía con él o ella; también albergaba familias que habían perdido miembros, o a nefilim huérfanos, de los que, por desgracia, había muchos. El director de un Instituto tenía bastante poder: la mayoría de los Cónsules se elegían entre ellos, y podían proponer nuevas leyes, que se aprobaban por votación.

Todos los Institutos estaban tan vacíos como el de Los Ángeles. De hecho, este se hallaba ahora especialmente lleno, al haber tenido que alojar a los centuriones. Se suponía que debía ser así por sí, en cualquier momento, era necesario que acogieran a un batallón de cazadores de sombras. No había servicio porque no se necesitaba: los cazadores de sombras que trabajaban para el Instituto, llamados el Cónclave, estaban por toda la ciudad alojados en sus propias casas.

Aunque tampoco fueran muchos, añadió Livvy con tristeza. Una gran cantidad había muerto en la guerra, cinco años atrás. Pero si el padre de Zara se convertía en el director del Instituto de Los Ángeles, no solo podría proponer su mezquina ley, sino que además a los Blackthorn los echarían y el único lugar que tendrían para ir sería Idris.

—¿Tan malo es Idris? —le había preguntado Kit mientras subían la escalera. No era que quisiera que lo enviaran a Idris; solo estaba comenzando a acostumbrarse al

Instituto. Tampoco querría quedarse si el padre de Zara se hacía con el control. Y mucho menos si se parecía en algo a su hija.

Livvy miró a Ty, que no la había interrumpido durante su discurso.

—Idris está bien. Muy bien, incluso. Pero vivimos aquí.

Entonces llegaron a la puerta del despacho de Arthur y todos se quedaron en silencio. Kit se preguntó si debería tomar la iniciativa. A él no le importaba demasiado si Arthur Blackthorn se enfadaba o no.

Ty miró la puerta preocupado.

—Se supone que no debemos molestar al tío Arthur. Se lo prometimos a Jules.

—Pero tenemos que hacerlo —repuso Livvy, y abrió la puerta sin dudar.

Una estrecha escalera llevaba a una habitación sombría bajo el techo de la casa. Había varios escritorios, cada uno con una lámpara encima; tantas lámparas que la habitación brillaba. Todos los libros, todos los papeles escritos, todos los restos de comida, quedaban brutalmente iluminados.

Había un hombre sentado a uno de los escritorios. Llevaba un batín largo sobre un jersey y unos vaqueros raídos, e iba descalzo. El batín debía de haber sido azul, pero había adquirido un tono blanco sucio a base de lavados. Sin duda era un Blackthorn; su cabello canoso se ondulaba como el de Julian y sus ojos eran de un reluciente color verde azulado.

Estos fueron más allá de Ty y Livvy y se clavaron en Kit.

—Stephen —dijo Arthur, y dejó caer la pluma que sostenía. Esta golpeó el suelo y la tinta formó un pequeño charquito sobre las tablas de madera del suelo.

Livvy se había quedado medio boquiabierta. Ty se había apretado contra la pared.

—Tío Arthur, es Kit —explicó Livvy—. Kit Herondale.

Arthur lanzó una risita seca.

—Herondale, sin duda —afirmó. Parecía como si le ardieran los ojos, y había una mirada enfermiza en ellos, como la que provoca una gran fiebre. Se puso en pie y fue hacia Kit, mirándolo a la cara—. ¿Por qué seguiste a Valentine? —le preguntó—. Tú, que lo tenías todo. «Sí, ni siquiera es Apolo, con pelo y arpa de oro, un dios amargo al que adorar, un dios hermoso al que mirar». —Oía amargo, a café viejo. Kit dio un paso atrás—. ¿Qué clase de Herondale serás tú? —susurró Arthur—. ¿William o Tobias? ¿Stephen o Jace? ¿Hermoso, amargo, los dos?

—Tío —dijo Ty. Alzó la voz, aunque le temblaba un poco—. Tenemos que hablar contigo. Sobre los centuriones. Quieren apoderarse del Instituto. No quieren que sigas siendo el director.

Arthur lanzó a Ty una feroz mirada. Y luego se echó a reír.

—¿Es eso cierto? ¿De verdad? —preguntó. Contuvo la risa, pero al final se le escapó en lo que casi fue un sollozo—. ¡Qué chiste! —exclamó salvajemente.

—No es ningún chiste —señaló Livvy.

—Quieren quitarme el Instituto a mí —masculló Arthur—. ¡Como si lo tuviera! Nunca en toda mi vida he dirigido un Instituto, niños. Él lo hace todo: se ocupa de la

correspondencia, concierta las reuniones, habla con el Consejo.

—¿Quién lo hace todo? —preguntó Kit, aunque sabía que no debía meterse en esa conversación.

—Julian. —Era la voz de Diana. Estaba en lo alto de la escalera del desván, mirando alrededor de la sala como si tanta luz la sorprendiera. Su expresión era de resignación—. Se refiere a Julian.

10

ASÍ LO DESEA SU REY

Se hallaban en el despacho de Diana. A través de la ventana, el océano parecía aluminio ondulado, iluminado por una luz negra.

—Lamento que hayáis tenido que enteraros de lo que le pasa a vuestro tío —dijo. Estaba apoyada en su escritorio. Llevaba un jersey y vaqueros, pero seguía viéndosela inmaculada. Se había peinado el cabello hacia atrás, una masa de rizos negros cogidos por un pasador de cuero—. Julian esperaba, y yo también, que no llegarais a saberlo nunca.

Kit se apoyaba en la pared del fondo; Ty y Livvy estaban sentados frente al escritorio de Diana. Ambos parecían aturridos, como si se estuvieran recuperando de un golpe que los hubiera dejado sin aliento. Kit nunca había notado tanto que eran mellizos, a pesar de la diferencia del color de pelo.

—Así que todos estos años ha sido Julian —dijo Livvy—. Él dirigía el Instituto. Lo hacía todo. Cubría a Arthur.

Kit pensó en su viaje con Julian al Mercado de Sombras. No había pasado mucho tiempo con el segundo hermano Blackthorn, pero Julian siempre le había parecido terroríficamente adulto, como si fuera muchos años mayor de lo que en realidad era.

—Deberíamos habérselo imaginado. —Ty retorció y desliaba los finos cables blancos de los auriculares que le colgaban del cuello—. Debería haberlo supuesto.

—No vemos lo que tenemos más cerca —repuso Diana—. Así es la gente.

Le brillaba el rostro. Por un momento, Kit pensó que era el reflejo de la luz que entraba por la ventana, pero luego se dio cuenta de que eran lágrimas.

—Siempre os ha querido mucho —continuó Diana—. Era lo que quería hacer.

—Lo necesitamos aquí —afirmó Ty—. Lo necesitamos ahora.

—Debería irme —dijo Kit. Nunca se había sentido más incómodo. Bueno, tal vez no nunca, había habido aquel incidente con los cinco licántropos borrachos y la jaula de los tritones en el Mercado de Sombras, pero aparte de eso, muy raras veces.

Livvy le lanzó una mirada amenazadora entre las lágrimas.

—No, no deberías. Tienes que estar aquí y ayudarnos a explicarle a Diana lo de Zara.

—No he entendido ni la mitad de lo que ha dicho —protestó Kit—. Sobre los directores de Instituto y los registros...

Ty respiró hondo.

—Yo lo explicaré —dijo. Recitar lo que había sucedido parecía calmarlo: la sucesión regular de los hechos, uno tras otro. Cuando acabó, Diana cruzó el despacho

y cerró la puerta con doble llave.

—¿Alguno de los otros recordáis algo más? —preguntó Diana, volviendo con ellos.

—Una cosa —contestó Kit, sorprendido de tener algo con lo que contribuir—. Zara ha dicho que la próxima reunión del Consejo sería pronto.

—Supongo que será entonces cuando explicarán a todo el mundo lo de Arthur —añadió Livvy—. Y harán su jugada para conseguir la dirección del Instituto.

—La Cohorte es una facción poderosa de la Clave —explicó Diana—. Son un hatajo de bestias. Creen en interrogar bajo tortura a cualquier subterráneo que encuentren rompiendo los Acuerdos. Apoyan la Paz Fría incondicionalmente. Si hubiera sabido que el padre de Zara era uno de ellos...

—Zara no puede quedarse con el Instituto —exclamó Livvy—. No puede. Esta es nuestra casa.

—A ella no le importa el Instituto —dijo Kit—. Su padre y ella quieren el poder que les daría. —Pensó en los subterráneos que conocía del Mercado de Sombras, se los imaginó arrestados, obligados a llevar algún tipo de señal, marcados y sellados con números de identificación...

—Pero la Cohorte tiene ventaja —repuso Livvy—. Zara sabe lo de Arthur, y no podemos permitirnos que nadie más lo sepa. Tiene razón: si lo descubren, entregarán el Instituto a otro.

—¿Hay algo que sepáis de los Dearbone o de la Cohorte? ¿Algo que los desacredite? —preguntó Kit—. ¿Evitar que se hagan con el Instituto como si estuviera vacante?

—Pero incluso así perderíamos el Instituto —repuso Ty.

—Sí —asintió Kit—. Pero no podrían comenzar a hacer el registro de subterráneos. Quizá eso no parezca muy malo en principio, pero nunca se queda ahí. Está claro que a Zara no le importa si los subterráneos viven o mueren. Una vez que sepa dónde están todos, si tienen que presentarse ante ella, la Cohorte los tendrá en su poder. —Suspiró—. Deberíais leer algunos libros de historia mundana.

—Quizá pudiéramos amenazarla con decírselo a Diego —propuso Livvy—. Él no lo sabe, y... ya sé que se ha portado como un imbécil con Cristina, pero no puedo creer que todo eso le parezca bien. Si lo supiera, dejaría a Zara, y ella no quiere que pase tal cosa.

Diana frunció el ceño.

—No es una posición muy fuerte, pero es algo. —Se volvió hacia el escritorio y cogió una pluma y una libreta—. Voy a escribir a Alec y a Magnus. Ellos dirigen la Alianza de subterráneos y cazadores de sombras. Si alguien sabe algo sobre la Cohorte, o cualquier truco que podamos emplear para derrotarlos, serán ellos.

—¿Y si no saben nada?

—Probaremos lo de Diego —contestó Diana—. Ojalá creyera que puedo confiar en él más de lo que pienso, pero... —Suspiró—. Me cae bien. Pero también me caía

bien Manuel. La gente no siempre es lo que parece.

—¿Y seguimos diciéndoles que Julian y los otros han ido a la Academia? —pregunto Livvy, poniéndose en pie. Tenía ojeras de cansancio. Ty dejó caer los hombros. Kit se sentía un poco como si lo hubieran apaleado—. Si alguien se entera de que han ido a Feéra, no importará lo que hagamos con Zara, de todas formas perderemos el Instituto.

—Esperemos que vuelvan pronto —dijo Diana, mirando hacia el reflejo de la luna sobre el océano—. Y si esperar no funciona, rezaremos por ello.

Los bosques habían desaparecido, y mientras el ocaso se convertía en noche cerrada, los cuatro cazadores de sombras avanzaban por un terreno espectral de campos verdes separados por muros bajos de piedra. De vez en cuando, veían nuevas marcas de extraña tierra quemada a través de la neblina. A veces divisaban la silueta de un pueblo en la distancia, y guardaban silencio, porque no querían llamar la atención.

En la colina comieron lo que les quedaba, aunque no era mucho. Sin embargo, Emma no tenía hambre. Un gruñido de pena se le había instalado en el estómago.

No podía olvidar lo que había visto al despertar, sola en la hierba.

Al levantarse, había buscado a Julian. Este no estaba, e incluso la marca en la hierba donde había dormido comenzaba a desaparecer.

El aire era pesado y de un gris dorado, lo que le instaló un pitido en la cabeza mientras pasaba al otro lado de la cumbre, a punto de gritar el nombre de Julian.

Entonces lo vio, a media pendiente, con el húmedo viento agitándole las mangas y el pelo. No estaba solo. Una chica hada vestida con una gastada túnica negra estaba con él. Tenía el pelo del color de los pétalos de rosa quemados, de un gris rosáceo, y le caía por los hombros.

A Emma le pareció que la chica lo había mirado un momento y sonreído. Pero podía habérselo imaginado. Lo que sabía que no se había imaginado era lo que pasó después, cuando la chica hada se acercó a Jules y lo besó.

No estaba segura de qué había pensado que iba a ocurrir; en parte esperaba que Jules apartara a la chica. No lo hizo. En vez de eso, la rodeó con los brazos y la acercó a él, hundiendo la mano en su reluciente cabello. Emma notó que el estómago se le retorcía cuando él la estrechó contra sí. La abrazó con fuerza mientras sus bocas se movían juntas y ella le acariciaba la espalda.

Había algo casi hermoso en esa imagen, aunque de un modo horrible. Atravesó a Emma con el recuerdo de cómo había sido besar a Jules. Y este no mostraba ninguna vacilación o reticencia, no se contenía como si estuviera reservando algo de él para Emma. Se abandonó totalmente a ese beso, y se lo veía tan hermoso haciéndolo como terrible era para Emma el darse cuenta de que lo había perdido de verdad.

Pensó que podía notar cómo se le rompía el corazón, igual que una frágil porcelana.

La chica hada se apartó, y entonces llegaron Mark y Cristina, y Emma no fue capaz de contemplar lo que sucedía a continuación. Se volvió, dejándose caer sobre la hierba e intentando no vomitar.

Apretó los puños contra el suelo. «Levántate», se decía con rabia. Se lo debía a Jules. Él había ocultado la pena que sintió cuando ella puso fin a lo que había entre ellos, y debía hacerle lo mismo.

De algún modo, consiguió ponerse en pie, exhibir una sonrisa en el rostro y hablar con normalidad cuando bajó la colina para reunirse con los otros. Asentir cuando se sentaron a repartirse la comida mientras las estrellas salían y Mark decidía que ya podía guiarse por ellas. Parecer indiferente cuando partieron, Julian junto a su hermano, y Cristina y ella detrás, siguiendo a Mark por los sinuosos caminos de Feéra.

El cielo ya estaba radiante, cargado de estrellas multicolores, cada una dejando un rastro individual de pigmento en el cielo. Cristina permanecía extrañamente callada, y pateaba piedras con la punta de la bota al caminar. Mark y Julian iban delante, lo suficiente para que no pudieran oírlos hablar.

—¿Qué onda? —preguntó Cristina, mirando a Emma de reojo.

Emma sabía poco español, pero entendió que era la manera mexicana de preguntar: «¿Qué pasa?».

—Nada. —Se sentía mal por mentirle a Cristina, pero peor por sus propios sentimientos. Y compartirlos solo los hubiera hecho más reales.

—Bueno, bien —repuso Cristina—. Porque yo sí tengo algo que contarte. —Respiró hondo—. He besado a Mark.

—Guau —exclamó Emma divertida—. Guau, ja ja ja.

—¿Has dicho «guau, ja ja ja»?

—Sí —admitió Emma—. ¿Y es una ocasión para darse palmadas de felicitación en la espalda o de las de «Oh, Dios mío, ¿qué vamos a hacer?»?

Cristina se tiró del pelo nerviosa.

—No lo sé. Me gusta mucho, pero... Al principio pensé que solo lo estaba besando por la bebida de hada.

Emma ahogó un grito.

—¿Has bebido vino de hada? ¡Cristina! Bebiendo eso es como no te enteras de nada y te despiertas al día siguiente debajo de un puente con un tatuaje que dice AMO LOS HELICÓPTEROS.

—¡No era vino de verdad! ¡Solo zumo!

—Bien, bien. —Emma bajó la voz—. ¿Quieres que lo deje con Mark? Quiero decir, ya sabes, anunciar a la familia que hemos roto.

—Pero ¿y Julian? —contestó Cristina preocupada—. ¿Y él qué?

Por un momento, Emma no pudo hablar; estaba recordando a la hermosa chica hada que había atravesado la hierba hacia él, cómo le había puesto las manos en el pecho y el modo en que Julian la había rodeado con los brazos.

Nunca había sentido unos celos así. Aún le dolía, como la cicatriz de una vieja herida. De un modo extraño, agradeció el dolor. Era dolor lo que se merecía. Si Julian sufría, ella también debía sufrir. Y lo había dejado libre; era libre de besar a las chicas hada y de buscar el amor y ser feliz. Él no estaba haciendo nada malo.

Recordó lo que le había dicho Tessa, que el modo de conseguir que Julian dejara de amarla era hacerle pensar que ella no lo amaba. Convencerlo. Al parecer, lo había logrado.

—Creo que todo el teatro con Mark ya ha hecho lo que tenía que hacer —dijo—. Así que si quieres...

—No lo sé —repuso Cristina. Respiró hondo—. Tengo que decirte algo. Mark y yo hemos discutido, y yo no quería, pero...

—¡Parad! —indicó Mark, que marchaba delante. Se volvió, con Julian su lado, y tendió una mano hacia ellas—. ¿Oís eso?

Emma aguzó el oído. Deseó que fuera posible usar las runas; echaba en falta aquellas que mejoraban la velocidad, el oído y los reflejos.

Negó con la cabeza. Mark se había puesto lo que debían de haber sido sus ropas de Cazador, más oscuras y gastadas, e incluso se había frotado tierra en el pelo y las manos. Sus ojos de dos colores destellaban en el ocaso.

—Escuchad —insistió—. Se hace más fuerte.

Y de repente, Emma lo oyó: música. Una especie de música que nunca había oído, inquietante y atonal; la hacía sentir como si los nervios se le estuvieran moviendo bajo la piel.

—La Corte está cerca —informó Mark—. Esos son los gaiteros del rey. —Se metió entre los bosques más espesos que flanqueaban el camino y solo se volvió para decirles a los demás que lo siguieran.

Lo hicieron. Emma notaba la presencia de Julian justo delante de ella. Este había cogido una espada corta y la usaba para abrirse camino entre los matorrales. Montones de hojas y ramas salpicadas de florecitas color sangre caían a sus pies.

La música se oía más fuerte, y siguió aumentando de volumen mientras atravesaban espesas florestas, con los árboles en lo alto brillando con las luces de fuegos fatuos. Linternas multicolores colgaban de las ramas, y señalaban el camino hacia la parte más oscura del bosque.

La corte noseelie apareció de repente; un estallido de música y de luces brillantes que se clavaron en los ojos de Emma después de tanto rato en la oscuridad. No estaba segura de qué idea se había hecho cuando intentaba imaginarse la corte noseelie. Quizá un enorme castillo de piedra con una sombría sala del trono. Una cámara como una joya negra en lo alto de una torre con una escalera de caracol gris. Recordó la oscuridad sombría de la Ciudad de Hueso, el silencio del lugar, el frío del aire.

Pero la corte noseelie era exterior: un grupo de tiendas y tenderetes no muy diferentes a los del Mercado de Sombras, juntos en un claro rodeado de gruesos árboles. La parte principal era un enorme pabellón a cuadros, con estandartes de

terciopelo en los que se veía el escudo de la corona rota estampado en dorado, agitándose en cada esquina de la estructura.

Un único trono alto hecho de brillante piedra negra y pulida se hallaba en el pabellón. Estaba vacío. El respaldo estaba tallado con la forma de las dos mitades de la corona, en esta ocasión colgando sobre el sol y la luna.

Unos cuantos nobles hada rondaban por el pabellón cerca del trono. Sus capas llevaban el escudo de la corona, y usaban guantes como los que Cristina había encontrado entre las ruinas de la casa de Malcolm. Muchos eran jóvenes; algunos no parecían tener más de catorce o quince años.

—Los hijos del rey noseelie —susurró Mark. Estaban agachados detrás de un montón de grandes rocas, mirando por encima, con las armas en la mano—. Al menos, algunos de ellos.

—¿No tiene ninguna hija? —musitó Emma.

—No le sirven para nada —contestó Mark—. Se dice que las mata al nacer.

Emma no pudo evitar estremecerse de furia.

—Solo dejad que me acerque a él —susurró—. Ya le enseñaré para qué sirven las chicas.

Hubo un súbito estruendo de música. Las hadas comenzaron a acercarse al trono. Brillaban con sus galas de colores dorado, verde, azul y rojo fuego. Los hombres tan coloreados como las mujeres.

—Es casi la hora —dijo Mark, esforzándose por ver—. El rey está llamando a los nobles.

Julian se incorporó, aún escondido tras las rocas.

—Entonces debemos movernos ya. Voy a ver si hay manera de acercarnos más al pabellón. —Su espada corta destelló bajo la luz de luna—. Cristina —llamó—. Ven conmigo.

Después de un segundo de sorpresa, Cristina asintió.

—Claro. —Sacó la navaja y lanzó una rápida mirada de disculpa a Emma mientras Julian y ella desaparecían entre los árboles.

Mark se inclinó contra la enorme peña que los ocultaba del claro. No miró a Emma, solo habló en voz baja.

—No puedo hacerlo —dijo—. No puedo seguir mintiéndole a mi hermano.

Emma se quedó helada.

—¿Mentirle sobre qué? —preguntó, pese a saber la respuesta.

—Sobre nosotros —contestó él—. La mentira de que estamos enamorados. Debemos acabar con ella.

Emma cerró los ojos.

—Lo sé. Cristina y tú...

—Me lo ha dicho —la interrumpió Mark—. Me ha dicho que Julian está enamorado de ti.

Emma no abrió los ojos, pero aún podía sentir la luz de las brillantes antorchas

que rodeaban el pabellón y el claro ardiéndole contra los párpados.

—Emma —continuó Mark—. No ha sido culpa de ella. Ha sido un accidente. Cuando me lo ha dicho, lo he entendido. Nada de esto ha tenido nunca que ver con Cameron Ashdown, ¿verdad? Estabas intentando proteger a Julian de sus propios sentimientos. Pero si Julian te ama, debes convencerlo de que es imposible que tú le correspondas.

La compasión que destilaba su voz casi le rompió el corazón. Abrió los ojos; cerrarlos era una cobardía, y los Carstairs no eran cobardes.

—Mark, sabes que existe la Ley —dijo—. Y sabes los secretos de Julian, sobre Arthur y el Instituto. Sabes lo que pasaría si alguien lo descubriera, lo que nos harían, a tu familia.

—Lo sé —asintió él—. Y no estoy enfadado contigo. Estaría a tu lado si encontraras a alguien más a quien engañar. A veces debemos engañar a los que amamos, sí, pero no puedo ser el instrumento que le cause dolor.

—Pero solo puedes ser tú. ¿Crees que si hubiera alguien más te lo habría pedido? —Oyó la desesperación en su propia voz.

Los ojos de Mark se ensombrecieron.

—¿Por qué solo puedo ser yo?

—Porque Jules no tiene celos de nadie más —contestó Emma, y vio la sorpresa nacer en los ojos de Mark. En ese momento oyó una ramita quebrarse a su espalda. Se volvió rápida, con *Cortana* en la mano.

Era Julian.

—Deberías haber aprendido a no sacar el acero contra tu propio *parabatai* —dijo con una sonrisa de medio lado.

Emma bajó la espada. ¿Habría oído algo de lo que habían hablado? Al parecer, no.

—Y tú deberías haber aprendido a no hacer ruido al andar.

—No tenemos runas de silencio —replicó Jules, y miró a Mark—. Hemos encontrado una posición más cerca del trono. Cristina ya está...

Pero Mark se había quedado inmóvil. Estaba mirando algo que Emma no podía ver. La mirada de Julian se encontró con la suya, cargada de alarma, y entonces Mark comenzó a andar, apartando los matorrales.

Los otros fueron tras él. Emma notó que el sudor se le acumulaba el final de la espalda mientras se esforzaba por no pisar ninguna ramita que se pudiera quebrar. Era doloroso, casi humillante, darse cuenta de hasta qué punto los nefilim dependían de las runas.

Se paró de golpe, casi chocando con Mark. No había ido lejos, solo hasta el borde del claro, donde aún podía esconderse tras un matorro de helechos.

La vista del claro era perfecta. Emma vio a las hadas noseelie reuniéndose delante del trono. Habría como unas cien, quizá más. Iban vestidas con espléndidas galas, mucho más elegantes de lo que se habría imaginado. Una mujer de piel oscura

llevaba un vestido de plumas de cisne, blanco inmaculado, y un collar de plumón le rodeaba el fino cuello. Dos hombres de piel muy clara vestían casacas de seda azul y chalecos de brillantes alas azules de pájaro. Una mujer de piel color de trigo con el cabello de pétalos de rosa se acercó al pabellón, su vestido era una intrincada jaula de huesos de pequeños animales unidos con hilo hecho con cabello humano.

Pero Mark no estaba mirando a ninguno de ellos, ni tampoco al pabellón, donde esperaban los príncipes noseelie. Miraba a dos de los príncipes noseelie, ambos vestidos de seda negra. Uno era alto, con la piel de color marrón oscuro, y del cuello le colgaba el cráneo de un cuervo bañado en oro. El otro era de piel clara y pelo negro, con un rostro estrecho y barbado. Entre ellos estaba, medio desplomado, el prisionero, con la ropa manchada de sangre y sin fuerzas. La multitud se apartó para dejarlos pasar entre callados murmullos.

—Kieran —susurró Mark. Iba a salir, pero Julian lo agarró por detrás de la camisa, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Aún no —siseó en voz muy baja. Sus ojos eran serios, brillantes, y en ellos Emma vio la crueldad que ella le había dicho una vez que la asustaba. No por ella, sino por él.

Los príncipes habían llegado a un árbol alto de corteza blanca que se hallaba justo a la izquierda delante del pabellón. El príncipe barbudo lanzó a Kieran contra él con fuerza. El príncipe del collar de cuervo le habló secamente al otro, meneando la cabeza. El otro príncipe se rio.

—El de la barba es el príncipe Erec —dijo Mark—. El favorito del rey. El otro es el príncipe Adaon. Kieran decía que a Adaon no le gusta ver sufrir a la gente. Pero Erec disfruta con ello.

Parecía cierto. Este último tomó una cuerda de espinas y se la tendió a Adaon, que negó con la cabeza y se alejó hacia el pabellón. Encogiéndose de hombros, Erec comenzó a atar a Kieran al árbol. Se protegía las manos con gruesos guantes, pero Kieran solo llevaba una camisa rota y las calzas, y las espinas se le clavaban en las muñecas y los tobillos, y luego en el cuello, cuando Erec se lo rodeó con un trozo de la dolorosa cuerda, apretándosela contra la piel. A lo largo de ese cruel proceso, Kieran permanecía inerte, con los ojos medio cerrados, claramente más allá del dolor.

Mark se tensó, pero Julian continuó sujetándolo. Cristina se había unido a ellos y se apretaba la mano contra la boca. Miró cómo Erec acababa de atar a Kieran y se apartaba.

La sangre manaba de las laceraciones de las espinas clavadas en la piel de Kieran. La cabeza le había caído hacia atrás contra el tronco del árbol; Emma distinguió el ojo de color plata, y también el negro, ambos medio cerrados. Tenía moretones por la blanca piel al descubierto, en la mejilla y sobre la cadera, donde la camisa estaba rota.

Hubo un revuelo en lo alto del pabellón, y un único toque de un cuerno rompió el silencio del claro. Los nobles miraron hacia arriba. Una persona de gran estatura había aparecido junto al trono. Iba todo de blanco, blanco sal, con un jubón de seda

blanca y guanteletes de hueso blanco. Cuernos también blancos se le curvaban a ambos lados de la cabeza, contrastando con la negrura de su cabello. Una banda de oro le rodeaba la frente.

Cristina soltó aire.

—El rey.

Emma podía verle el perfil. Era hermoso. Claro, preciso, limpio como un dibujo o una pintura de algo perfecto. Emma no podría haber descrito la forma de los ojos o de los pómulos, o el gesto de la boca, y carecía de la habilidad de Jules para pintarlos, pero sabía que era asombroso y hermoso, y que recordaría el rostro del rey de la corte noseelie toda su vida.

Este se volvió, mostrando todo el rostro. Emma oyó a Cristina ahogar un silencioso grito. El rostro del rey estaba dividido por la mitad. El lado derecho era el rostro de un joven, luminoso de elegancia y belleza, aunque su ojo era rojo como una llama. El lado izquierdo era una máscara inhumana de piel gris, tensa y correosa sobre el hueso, salpicada de brutales cicatrices; la cuenca del ojo era vacía y negra.

Kieran, atado al árbol, miró una vez la monstruosa cara de su padre y apartó la cabeza, la barbilla bajada, el enmarañado pelo sobre los ojos. Erec se dirigió rápidamente hacia el pabellón y se unió a Adaon y al resto de los príncipes al lado de su padre.

Mark respiraba con fuerza.

—El rostro del rey noseelie —murmuró—. Kieran me había hablado de él, pero...

—Quieto —le susurró Julian—. Espera a oír qué dice.

Y entonces el rey habló.

—Gentes de la Corte —comenzó—. Nos hemos reunido aquí por un triste motivo: para presenciar la justicia que debemos aplicar a uno de los seres mágicos, que ha tomado las armas y asesinado a otro en un lugar de paz. Kieran *el Cazador* es culpable de la muerte de Iarlath de la corte noseelie, uno de mis propios caballeros. Lo mató con su espada aquí, en las tierras noseelie.

Un murmullo corrió entre el gentío.

—Pagamos un precio por la paz entre nuestra gente —continuó el rey. Su voz era como el tañido de una campana, hermosa y resonante. Algo tocó a Emma en el hombro. La mano de Julian, la que no estaba agarrando el brazo de Mark. Emma lo miró sorprendida, pero él miraba hacia adelante, hacia el claro—. Ninguna hada noseelie alzará la mano contra otra. El precio por la desobediencia es justicia. La muerte se paga con la muerte.

Los dedos de Julian se movieron rápidamente sobre la piel de Emma por encima de la camisa, formando palabras en el antiguo lenguaje que compartían desde la infancia.

Q-U-E-D-A-O-S-A-Q-U-Í.

Ella se volvió de golpe para mirarlo, pero él ya estaba en marcha. Oyó a Mark

soltar la respiración en un siseo y lo cogió por la muñeca, impidiendo que fuera detrás de su hermano.

Bajo las estrellas, Julian entró en el claro lleno de nobles noseelie. Emma, con el corazón disparado, agarraba con fuerza a Mark por la muñeca; todo en ella quería correr detrás de su *parabatai*, pero él le había pedido que se quedara, y ella se quedaría y haría quedarse a Mark. Porque Julian estaba actuando como si tuviera un plan, y si él tenía un plan, ella debía confiar en que funcionase.

—¿Qué está haciendo? —gimió Cristina, en una agonía de suspense. Emma solo pudo negar con la cabeza en un gesto de desconocimiento. Algunas de las hadas en el extremo de la multitud lo habían visto y se apartaban boquiabiertas. Julian no había hecho nada para cubrirse las runas permanentes de su piel; la runa de la visión en el dorso de la mano miraba como un ojo a los seres mágicos engalanados. La mujer con el vestido de huesos lanzó un chillido.

—¡Cazadores de sombras! —gritó.

El rey se incorporó en su trono. En un momento, una fila de caballeros hada provistos de armadura negro y plata, y entre ellos los príncipes que habían arrastrado a Kieran hasta el árbol, rodearon en un círculo a Julian. Espadas de plata, bronce y oro destellaron a su alrededor como un siniestro tributo.

Kieran alzó la cabeza y miró. La expresión de asombro en su rostro al reconocer a Julian fue total.

El rey se levantó. Su dividido rostro era torvo y terrible.

—Traedme al cazador de sombras espía para que lo pueda matar con mis propias manos.

—No me matarás. —La voz de Julian, tranquila y confiada, se alzó sobre los tenues murmullos—. No soy un espía. Me ha enviado la Clave, y si me matas, significará declararle la guerra.

El rey vaciló. Emma sintió unas feroces ganas de reír. Julian había soltado una mentira con tanta calma y seguridad que hasta ella casi lo había creído. La duda cruzó el rostro del rey.

«Mi *parabatai* —pensó Emma mirando a Jules, que permanecía con los hombros erguidos y la cabeza hacia atrás—, el único chico de diecisiete años en el mundo que puede hacer dudar al rey de la Corte Oscura».

—¿Te ha enviado la Clave? ¿Y por qué no una legación oficial? —preguntó el rey.

Julian asintió, como si estuviera esperando esa pregunta. Y probablemente así era.

—No había tiempo. Cuando oímos de la amenaza a Kieran *el Cazador*, supimos que teníamos que actuar de inmediato.

Kieran hizo un sonido ahogado por la presión que ejercía la cuerda de espinas alrededor de su cuello. La sangre le goteó sobre la clavícula.

—¿Y qué le importa a la Clave o al Cónsul la vida de un muchacho de la Cacería Salvaje? —inquirió el rey—. Y además, un criminal.

—Es tu propio hijo —respondió Julian.

El rey sonrió. Era algo grotesco, ya que media cara se le iluminó y la otra media mostró una mueca espantosa.

—Por tanto, nadie puede acusarme de favoritismo. La corte noseelie extiende la mano de la justicia.

—El hombre al que asesinó —repuso Julian—, Iarlath, era un regicida. Conspiró con Malcolm Fade para asesinar a otros seres mágicos.

—Perteneían a la corte seelie —replicó el rey—. No eran nuestra gente.

—Pero tú dices ser quien gobierna las dos Cortes —apuntó Julian—. ¿Acaso la gente que un día serán tus súbditos no pueden esperar tu justicia y tu clemencia?

Se oyó un murmullo entre la gente, en un tono más conciliador. El rey frunció el ceño.

—Iarlath también asesino a nefilim —continuó Julian—. Kieran evitó que se perdieran más vidas de cazadores de sombras. Por tanto, estamos en deuda con él, y nosotros pagamos nuestras deudas. No permitiremos que le quites la vida.

—¿Y qué vas a hacer para impedirnoslo? —replicó Erec—. Estás solo, ¿no?

Julian sonrió. Aunque Emma lo conocía de toda la vida, aunque era como una parte de sí misma, la fría seguridad de esa sonrisa le heló la sangre en las venas.

—No, no estoy solo.

Emma soltó a Mark. Sin mirar atrás, este entró en el claro, y Emma y Cristina lo siguieron. Ninguno desenvainó las armas, aunque Emma llevaba a *Cortana* a la espalda, visible para todos. La gente se apartó para dejarlos pasar y permitir que se unieran a Julian. Emma se dio cuenta, al entrar en el círculo de hadas, de que Mark aún iba descalzo. Se le veían los pies claros como las patas blancas de un gato contra la larga hierba.

Aunque tampoco importaba. Mark era un guerrero formidable hasta descalzo. Emma lo sabía por experiencia.

El rey los miró y sonrió. A Emma no le gustó el aspecto de esa sonrisa.

—¿Qué es esto? —dijo—. ¿Una legación de niños?

—Somos cazadores de sombras —replicó Emma—. Somos portadores del mandato de la Clave.

—Eso decís —soltó el príncipe Adaon—. ¿Cuál es vuestra petición?

—Una buena pregunta —opinó el rey.

—Pedimos un juicio por combate —contestó Julian.

El rey rio.

—Solo alguien de los seres mágicos puede tomar parte en un juicio por combate en las tierras noseelie.

—Yo soy uno de los seres mágicos —intervino Mark—. Puedo hacerlo.

Kieran comenzó a luchar contra sus ataduras.

—¡No! —exclamó violentamente, mientras la sangre le corría por los dedos y el pecho—. ¡No!

Julian ni miró a Kieran. Quizá estuvieran allí para salvarlo, pero si tenían que torturarlo para conseguirlo, Julian lo haría. «Eres el chico que hace lo que tiene que hacerse porque nadie más lo hará», le había dicho Emma una vez. Parecía como si hubieran pasado años.

—Eres de la Cacería Salvaje —dijo Erec—. Y medio cazador de sombras. No te liga ninguna ley, y tu lealtad es a Gwyn, no a la justicia. No puedes luchar. —Hizo una mueca enseñando los dientes—. Y los demás no son hadas en absoluto.

—Eso no es del todo cierto —replicó Julian—. A menudo se ha dicho que los niños y los locos forman parte de las hadas. Que hay un vínculo entre ellos. Y nosotros somos niños.

Erec soltó un resoplido burlón.

—Eso es ridículo. Habéis crecido.

—El rey nos ha llamado «niños» —le recordó Julian—. «Una legación de niños». ¿Llamarás mentiroso a tu rey y señor?

Se oyó un ahogado grito colectivo. Erec palideció.

—Mi señor —comenzó, volviéndose hacia el rey—. Padre...

—Silencio, Erec, ya has dicho suficiente —contestó el rey. Su mirada estaba clavada en Julian, el ojo brillante y la cuenca vacía y oscura—. Interesante —dijo, dirigiéndose a nadie en concreto—. Interesante este niño que parece un cazador de sombras y habla como los nobles. —Se puso en pie—. Tendrás tu juicio por combate. Caballeros, bajad las espadas.

El brillante muro de metal alrededor de Emma y sus amigos desapareció. En vez de eso, fueron rostros pétreos los que tenían delante. Algunos eran príncipes, con angulosas facciones similares a las de Kieran. Otros estaban marcados por cicatrices de batallas pasadas. Bastantes de ellos llevaban el rostro oculto tras capuchas o velos. Por detrás, la nobleza de la Corte hablaba con excitación. Las palabras «juicio por combate» se repetían por el claro.

—Tendrás tu juicio —repitió el rey—. Solo que yo escogeré cuál de vosotros será el campeón.

—Todos estamos dispuestos —aseguró Cristina.

—Claro que sí. Es la forma de ser de los cazadores de sombras. Estúpido autosacrificio. —El rey se volvió para mirar a Kieran, poniendo el lado cadavérico de su rostro bajo un marcado relieve—. ¿Y cómo elegir? Ya sé. Una especie de adivinanza.

Emma notó que Julian se tensaba. No le gustaba la idea de una adivinanza. Demasiado aleatoria. A Julian no le gustaba nada que no pudiera controlar.

—Acercaos —ordenó el rey, llamándolos con el dedo. Tenía las manos pálidas como una corteza blanca. Un gancho como una especie de garra le salía de cada dedo justo sobre el nudillo.

La gente se apartó para dejar que los chicos se acercaran al pabellón. Mientras caminaban, Emma notó un extraño olor en el aire. Espeso y agrídulce, como la savia

de un árbol. Se intensificó al aproximarse al trono, con el rey alzándose sobre ellos como una estatua. A su espalda se hallaba una fila de caballeros con los rostros cubiertos de máscaras hechas de oro, plata y bronce. Algunas tenían la forma de ratas, otras de leones dorados y de panteras de plata.

—La verdad se halla en los sueños —dijo el rey, mirándolos desde arriba. Desde donde se encontraba, Emma pudo ver que la extraña división de su rostro acababa en el cuello, donde la piel crecía normalmente—. Decidme, cazadores de sombras: entráis en una cueva. Dentro hay un huevo brillando, iluminado desde el interior. Sabéis que palpita con vuestros sueños, pero no con los que tenéis durante el día, sino los que recordáis a medias por la mañana. ¿Qué surge de dentro de él?

—Una rosa —respondió Mark—. Con espinas.

Cristina lo miró sorprendida, pero siguió inmóvil.

—Un ángel —indicó ella—. Con las manos ensangrentadas.

—Un cuchillo —declaró Emma—. Puro y limpio.

—Barrotes —respondió Julian en voz baja—. Los barrotes de la celda de una prisión.

La expresión del rey no cambió. Los murmullos de la Corte alrededor parecían de confusión, más que de rabia o de intriga. El rey extendió su larga mano con garras.

—Tú, la chica del pelo brillante —dijo—. Tú serás la campeona de tu gente.

Emma se sintió aliviada. Sería ella; los otros no correrían ningún riesgo. Se sintió más ligera, como si pudiera respirar de nuevo.

Cristina volvió el rostro hacia Emma, acongojada; Mark parecía estar conteniéndose con todas sus fuerzas. Julian cogió a Emma del brazo para susurrarle al oído; la urgencia se marcaba en cada línea de su cuerpo.

Ella permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el rostro de Julian, mientras dejaba que el caos de la Corte fluyera a su alrededor. La frialdad de la batalla ya estaba apoderándose de ella: el frío que apagaba las emociones y lo alejaba todo menos la lucha.

Julian era parte de eso, el principio de la batalla y el frío del medio y la ferocidad de la lucha. No había nada a lo que deseara mirar más en los momentos antes de una batalla que al rostro de Julian. Nada que la hiciera sentirse más cómoda consigo misma, más como una cazadora de sombras.

—Recuerda —le susurró Julian al oído—. Ya has derramado sangre de hada antes, en Idris. Te habrían matado, nos habrían matado a todos. Esto también es una batalla. No tengas piedad, Emma.

—Jules. —Emma no sabía si él le habría oído pronunciar su nombre. De repente, los caballeros los rodearon, y la apartaron de los otros. Su brazo se separó de la mano de Julian. Miró a los tres una vez más antes de que la llevaran bruscamente hacia adelante. Estaban preparando un espacio libre delante del pabellón.

Sonó un cuerno, y el agudo sonido partió la noche como un cuchillo. Uno de los príncipes salió de detrás del pabellón junto a un caballero enmascarado. Este llevaba

una gruesa armadura como la piel de un animal. El yelmo le cubría la cara, con un dibujo en el frente: unos grandes ojos y una boca sonriendo sarcástica. Alguien había tocado el yelmo con las manos llenas de pintura y había unas rayas rojas a los lados que daban un aire siniestro a lo que, de otro modo, habría sido estrafalario.

El príncipe guio al caballero enmascarado a su lado del espacio preparado para el duelo y lo dejó allí, frente a Emma. Iba armado con una espada larga forjada por las hadas, la hoja de plata con líneas de oro, la empuñadura tachonada de gemas. Los bordes destellaban, tan afilados como cuchillas.

Un espada fuerte, pero nada podía romper a *Cortana*. El arma de Emma no le fallaría. Solo ella podía fallarse a sí misma.

—Ya sabéis las reglas —explicó el rey en tono aburrido—. Cuando comience la lucha, los combatientes no pueden recibir ayuda de sus amigos. La pelea es a muerte. El vencedor será el que sobreviva.

Emma desenvainó a *Cortana*, que destelló como el sol poniente justo antes de sumergirse en el mar.

No hubo ninguna reacción por parte del caballero del yelmo pintado. Emma se concentró en su posición. Era más alto que ella, por tanto con mayor envergadura y alcance. Tenía los pies firmemente apoyados. A pesar del ridículo yelmo era, sin duda, un luchador temible.

Ella colocó sus propios pies en posición: el izquierdo delante, el derecho atrás, arqueando la parte dominante del cuerpo hacia su oponente.

—Que comience la lucha —dijo el rey.

Como un caballo de carreras saliendo del box, el caballero corrió hacia Emma con la espada por delante. Pillada por sorpresa por su velocidad, Emma saltó fuera del alcance de la espada. Pero había reaccionado tarde. Debería haber alzado a *Cortana* antes. Había estado contando con la velocidad de su runa de puntería, pero esta ya no funcionaba. Un penetrante terror como no había sentido en mucho tiempo se apoderó de ella al notar el susurro de la punta de la espada del caballero pasándole a centímetros del costado.

Emma recordó las palabras de su padre cuando había comenzado a aprender: «Golpea al enemigo, no a su arma». La mayoría de los combatientes iban a por el arma del enemigo. Un buen luchador iba a por el cuerpo.

Dos vueltas rápidas la llevaron a una pequeña loma de hierba. Quizá podría compensar la diferencia de altura. La hierba susurró. Emma no tuvo que mirar para saber que el caballero estaba atacándola de nuevo. Dio una vuelta, y blandió a *Cortana* en un cortante arco.

Él casi ni retrocedió. La espada hizo un corte a lo largo del cuero de su armadura, dejando una ancha abertura. El caballero no pareció notarlo, ni parecía estar herido. Ni tampoco fue más despacio. Lanzó un tajo horizontal a Emma, que se agachó para dejar pasar la hoja por encima de su cabeza. Su oponente atacó de nuevo y ella saltó hacia atrás.

Emma oía su propia respiración, irregular en el fresco aire del bosque. El caballero hada era bueno, y ella no contaba con la ventaja de las runas, o de los cuchillos serafines, nada del armamento de los cazadores de sombras. ¿Y si se cansaba antes? ¿Y si esa oscura tierra le estaba chupando hasta el poder de su sangre?

Paró un golpe, saltó hacia atrás y recordó, cosa curiosa, la despectiva voz de Zara: «Las hadas luchan sucio». Y la respuesta de Mark: «Las hadas no luchan sucio. Su lucha es extraordinariamente limpia. Tienen un estricto código de honor».

Emma ya se estaba agachando para golpear al caballero en los tobillos; este saltó, casi levitando, e hizo descender con fuerza la espada, justo cuando ella agarraba un puñado de hojas y tierra y se alzaba lanzándolo a los huecos del yelmo del guerrero hada.

El caballero tosió y se tambaleó hacia atrás. Duró solo un segundo, pero fue suficiente; Emma fue a por las piernas, una, dos, y luego el torso. La sangre empapó el cuero de la armadura en el pecho; las piernas le fallaron y cayó al suelo de espaldas con el estruendo de un árbol talado.

Emma pisó con fuerza la hoja de su espada mientras la multitud rugía. Pudo oír a Cristina gritando su nombre, y a Julian y a Mark. Con el corazón desbocado, permaneció sobre el inmóvil caballero, que, incluso en ese momento, caído sobre la hierba, encharcado en su propia sangre, no hizo ningún ruido.

—Quítale el yelmo y acaba con él —dijo el rey—. Esa es nuestra tradición.

Emma respiró hondo. Todo lo que tenía de cazadora de sombras se rebelaba contra eso, contra quitarle la vida a alguien que yacía desarmado a sus pies.

Pensó en lo que Julian le había dicho antes del combate: «No tengas piedad».

La punta de *Cortana* resonó contra el borde del yelmo y empujó hacia atrás.

El yelmo cayó. El hombre que yacía en la hierba bajo Emma era humano, no hada. Tenía los ojos azules y el cabello rubio salpicado de canas. Su rostro le era más conocido a Emma que el suyo propio.

La mano le cayó al costado; *Cortana* colgó de sus dedos sin fuerza.

Era su padre.

DESDE UN TRONO NEGRO

Kit se hallaba sentado en la escalera del Instituto, mirando al mar.

Había sido un día largo e incómodo. Las cosas estaban más tensas que nunca entre los centuriones y los habitantes del Instituto, aunque, por suerte, los centuriones no sabían el porqué.

Diana había hecho un heroico esfuerzo para dar clase, como si todo fuera normal. Nadie podía concentrarse. Por una vez, Kit, a pesar de estar completamente pez en la comparación de varios alfabetos seráficos, no era el más distraído de la clase. Pero la intención de esas clases era mantener las apariencias delante de los centuriones, así que siguieron con ellas.

Las cosas no fueron mucho mejor durante la cena. Después de un día largo y húmedo en el que no habían encontrado nada, los centuriones estaban picajosos. Tampoco ayudó que, al parecer, Jon Cartwright hubiera tenido algún tipo de rabieta y se hubiera largado, sin que aún supieran adónde. A juzgar por los apretados labios de Zara, había discutido con ella, aunque Kit solo podía imaginar el porqué. Supuso que podría haber sido sobre la decencia de encerrar a los brujos o de llevar a las hadas a cámaras de tortura.

Diego y Rayan hicieron todo lo que estuvo en su mano para iniciar conversaciones animadas, pero fracasaron. Livvy estuvo mirando a Diego durante la mayor parte de la comida, seguramente mientras pensaba en su plan de usarlo a él para detener a Zara, pero era evidente que lo estaba poniendo nervioso: por dos veces trató de cortar su bistec con la cuchara. Para empeorar las cosas, Dru y Tavvy dieron la impresión de captar las tensas vibraciones de la sala y se pasaron el rato acribillando a Diana con preguntas sobre cuándo Julian y los otros volverían de su «misión».

Cuando acabaron, Kit se escabulló agradecido, evitando lavar los platos, y se buscó un rincón tranquilo bajo el porche delantero de la casa. El viento que soplaba del desierto era fresco y especiado, y el océano relucía bajo las estrellas, un manto de un negro profundo que acababa en una sucesión de olas blancas.

Por enésima vez, Kit se preguntó qué lo retenía allí. Aunque parecía tonto desaparecer solo porque en la cena las conversaciones eran incómodas, se le había recordado con brusquedad en el último día que los problemas de los Blackthorn no eran los suyos, y que con toda probabilidad nunca lo serían.

Una cosa era ser hijo de Johnny Rook. Otra del todo diferente era ser un Herondale.

Se tocó el anillo de plata que llevaba en el dedo, frío contra la piel.

—No sabía que estabas aquí fuera. —Era la voz de Ty; Kit lo supo antes de mirarlo. El otro chico había aparecido desde el otro lado de la casa y lo miraba con curiosidad.

Ty tenía algo alrededor del cuello, pero no eran los auriculares de siempre. Cuando subió la escalera, una fina silueta en vaqueros oscuros y jersey, Kit se dio cuenta de que la cosa tenía ojos.

Apretó la espalda contra la pared.

—¿Es un hurón?

—Es salvaje —contestó Ty, mientras se apoyaba en la barandilla del porche—. Los hurones están domesticados, así que técnicamente es una comadreja, aunque si estuviera domesticado, sería un hurón.

Kit miró al animal. Este le devolvió la mirada parpadeando y agitó las patitas.

—Guau —exclamó Kit, y lo decía en serio.

La comadreja bajó corriendo por el brazo de Ty y saltó a la barandilla, luego desapareció en la oscuridad.

—Los hurones son muy buenas mascotas —explicó Ty—. Son sorprendentemente leales. O al menos eso es lo que dice la gente. Yo no sé por qué no iba a serlo. Son limpios, y les gustan los juguetes y la tranquilidad. Y también se pueden entrenar para... —Se interrumpió—. ¿Te aburre?

—No. —Kit se sobresaltó; ¿le había parecido que se aburría? Estaba disfrutando del sonido de la voz de Ty, animado y amable—. ¿Por qué?

—Julian dice que a veces a la gente no le interesa saber tanto sobre los temas como a mí —explicó Ty—. Así que lo pregunto.

—Supongo que eso le pasa a todo el mundo —repuso Kit.

Ty negó con la cabeza.

—No —dijo—. Yo soy diferente. —No parecía que lo molestara o lo preocupara en absoluto. Era algo que sabía sobre sí mismo y eso era todo. Ty tenía una calmada seguridad que, para su sorpresa, Kit envidiaba. Nunca había pensado que le envidiaría algo a un cazador de sombras.

Ty subió hasta el porche y se sentó al lado de Kit. Olía levemente al desierto, a arena y a salvia. Kit pensó en por qué le gustaba el sonido de la voz de Ty: era raro oír a alguien que disfrutara tanto sencillamente compartiendo información. Supuso que también podría ser un mecanismo de defensa, con la molestia de los centuriones y la preocupación por Julian y los otros, Ty casi con seguridad se sentía muy tenso.

—¿Por qué estás aquí fuera? —le preguntó Ty a Kit—. ¿Estás pensando en volver a escaparte?

—No —contestó este. Y era cierto. Aunque, quizá, sí lo pensaba un poco, pero mirar a Ty lo hizo no querer pensar en eso. Lo hizo querer descubrir un misterio que pudiera ofrecerle a Ty para que lo resolviera, del mismo modo que se le puede ofrecer a alguien querido una caja de bombones.

—Ojalá pudiéramos hacerlo todos —dijo Ty con una franqueza enternecedora—. Nos ha costado mucho tiempo sentirnos seguros aquí, después de la Guerra Oscura. Y ahora parece que el Instituto vuelve a estar lleno de enemigos.

—¿Te refieres a los centuriones?

—No me gusta tenerlos a todos aquí —reconoció Ty—. En general, no me gusta cuando hay mucha gente. Cuando todos hablan al mismo tiempo y hacen ruido. Las multitudes son lo peor, sobre todo en sitios como el Muelle. ¿Has estado allí alguna vez? —Hizo una mueca—. Todas las luces, los gritos y la gente. Es como cristales rotos dentro de mi cabeza.

—¿Y luchar? —preguntó Kit—. Batallas, matar demonios..., debe de ser bastante ruidoso.

Ty negó con la cabeza.

—Luchar es diferente. Luchar es lo que hacemos los cazadores de sombras. Luchar está en mi cuerpo, no en mi mente. Mientras pueda llevar los auriculares...

Ty se calló de golpe. En la distancia, Kit oyó un estallido, como de una ventana rota por un huracán.

Al instante, Ty estaba en posición, casi pisando a Kit, y sacó un cuchillo serafín de su cinturón de armas. Lo agarró, volvió la vista hacia el océano con una mirada tan fija como la de las estatuas del jardín de detrás del Instituto.

Kit se puso en pie tras él, con el corazón martilleándole en el pecho.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso?

—Las salvaguardas, las que pusieron los centuriones; suenan así cuando se rompen —explicó Ty—. Viene algo. Algo peligroso.

—¡Creía que habías dicho que el Instituto era un lugar seguro!

—Normalmente lo es —repuso Ty, y alzó el cuchillo—. *Adriel* —dijo, y la hoja comenzó a arder desde dentro. El resplandor iluminó la noche, y bajo esa luz, Kit vio que la carretera que llevaba al Instituto estaba llena de formas que se movían. No eran humanas; era un montón de cosas oscuras, babosas, húmedas y ondulantes. También un hedor les llegó desde abajo, tan repugnante que casi hizo vomitar a Kit. Recordó haber estado una vez en Venice Beach y pasar ante el cuerpo medio putrefacto de una foca, con restos de algas marinas llenas de moscas. El hedor que subía desde la carretera era incluso peor que aquello.

—Sujeta esto —le pidió Ty a Kit, y un instante después este se dio cuenta de que Ty le había puesto en la mano su ardiente cuchillo serafín.

Era como sujetar un cable de alta tensión. El cuchillo parecía palpar y retorcerse, y Kit hizo lo que pudo para que no se le cayera.

—¡Nunca he cogido uno de estos! —exclamó.

—Mi hermano siempre dice que hay que empezar por alguna parte. —Ty había empuñado una daga que le colgaba del cinturón. Era corta y afilada, y parecía un arma mucho menos temible que el cuchillo serafín.

«¿Qué hermano?», se preguntó Kit, pero no tuvo la oportunidad de saberlo; oyó

gritos y pies corriendo, y se alegró, porque la oscura marea de cosas ya estaba casi al final de la carretera. Había girado la muñeca de un modo que hubiera creído imposible y el cuchillo parecía más estable en su mano; resplandecía sin calor, como si estuviera hecho de lo mismo que las estrellas o la luz de la luna.

—Así que ahora está despierto todo el mundo —dijo Kit—. Supongo que eso no significa que debamos retirarnos al interior, ¿no?

Ty se estaba sacando los auriculares del bolsillo y posicionaba los pies, con sus zapatillas negras, justo por encima del último escalón.

—Somos cazadores de sombras —respondió—. No huimos.

La luna surgió de detrás de una nube justo cuando la puerta tras ellos se abrió de golpe y salieron en tropel los cazadores de sombras. Varios centuriones portaban luces mágicas. La noche se iluminó, y Kit vio las cosas subiendo por la carretera, extendiéndose por la hierba. Aullaban mientras se dirigían al Instituto, y en el porche, los cazadores de sombras alzaron sus armas.

—Demonios marinos —oyó decir a Diana.

Y de repente, Kit supo que estaba a punto de participar en su primera batalla de verdad, tanto si le gustaba como si no.

Se volvió. La noche estaba llena de luz y ruido. El brillo de los cuchillos serafines iluminaba la oscuridad, lo que era al mismo tiempo una bendición y una maldición.

Kit vio a Livvy y a Diana con sus armas, seguidas de Diego con una enorme hacha en la mano. Zara y los demás centuriones iban justo detrás.

Pero también pudo ver a los demonios marinos, y eran mucho peores de lo que se había imaginado. Había cosas que parecía lagartos prehistóricos, con escamas de piedra; sus cabezas eran una masa de dientes como agujas y ojos negros sin expresión. Cosas que parecían gelatina palpitante con fauces y horrorosos órganos colgando: corazones deformes, estómagos transparentes en los que Kit pudo vislumbrar la silueta de lo que uno acababa de comerse, algo humano con brazos y piernas... Cosas como enormes calamares con rostros maliciosos y tentáculos salpicados de ventosas de las que goteaba un ácido verde que dejaba agujeros calcinados en la hierba.

En comparación, los demonios que habían matado a su padre resultaban atractivos.

—¡Por el Ángel! —susurró Diana—. Centuriones, a mi espalda.

Zara le lanzó una mirada desdeñosa, aunque los centuriones, en su mayoría, estaban apiñados en el porche, boquiabiertos. Solo Diego parecía como si no pudiera esperar a lanzarse a la refriega. Las venas le sobresalían en la frente y la mano le temblaba cargada de odio.

—Somos centuriones —replicó Zara—. Tú no puedes darnos órdenes...

Diana se volvió hacia ella.

—Cierra la boca, niña estúpida —dijo con una voz helada de furia—. Como si los Dearborn no se hubieran quedado en Zúrich durante la Guerra Oscura. Nunca has

participado en una auténtica batalla. Yo sí. No vuelvas a abrir la boca.

Zara se echó hacia atrás, rígida de la impresión. Ninguno de los centuriones, ni siquiera Samantha o Manuel, dijeron nada en su defensa.

Los demonios, graznando, agitando sus apéndices y deslizándose por la hierba, casi habían llegado al porche. Kit vio que Livvy se acercaba a Ty y los dos se ponían ante él. Se dio cuenta de repente de que trataban de protegerle. Sintió una oleada de gratitud, y luego otra de cabreo: ¿acaso creían que era un indefenso mundano?

Ya había luchado contra demonios. En lo profundo de su alma, algo se estaba despertando. Algo que hizo que el cuchillo serafín brillara con más intensidad en su mano. Algo que le hizo entender la expresión en el rostro de Diego cuando este se volvió hacia Diana.

—¿Órdenes? —le preguntó.

—Matadlos a todos, naturalmente —contestó Diana, y los centuriones comenzaron a descender a la carrera por la escalera.

Diego hundió su hacha en el primero que vio; las runas relucieron a lo largo de la hoja mientras se hundía en la gelatina, salpicando sangre negra y gris.

Kit se lanzó hacia adelante. El espacio ante la escalera se había convertido en un bullente campo de batalla. Vio todo el poder de los cuchillos serafines cuando los centuriones los clavaban, y el aire se cargó con el hedor de la sangre de demonio. La hoja en su mano brillaba y brillaba, y algo lo cogió por la muñeca, impidiéndole bajar la escalera.

Era Livvy.

—No —le pidió—. No estás preparado...

—Puedo hacerlo —protestó. Ty estaba a media escalera; echó la mano hacia atrás y luego lanzó la daga que sujetaba. El arma se hundió en el ancho ojo de platija de un demonio con cabeza de pez, que parpadeó al desaparecer.

Ty se volvió y miró a Kit y a su hermana.

—Livvy —dijo—. Déjalo...

La puerta se abrió de nuevo y, para su sorpresa, Kit vio a Arthur Blackthorn, aún en vaqueros y con la bata encima, pero por fin se había puesto los zapatos. Una vieja espada deslucida le colgaba de la mano.

Diana, que luchaba contra un demonio lagarto, alzó la mirada horrorizada.

—¡Arthur, no!

Arthur jadeaba. Había terror en su rostro, pero también algo más: una especie de ferocidad. Bajó corriendo la escalera y se lanzó contra el primer demonio que vio; una cosa rojiza peluda, con una única boca enorme y un largo aguijón. Cuando el aguijón fue a clavársele, Arthur lo cortó por la mitad y la criatura salió por el aire dando vueltas y chillando como un globo desinflándose.

Livvy soltó a Kit y miró a su tío asombrada. Kit fue a bajar la escalera justo cuando los demonios comenzaban a retroceder, pero ¿por qué? Los centuriones habían empezado a lanzar vítores mientras se iba vaciando el espacio ante el Instituto,

pero a Kit le pareció prematuro. Los demonios no estaban perdiendo. Tampoco ganando, pero era demasiado pronto para retirarse.

—Algo pasa —dijo, mirando a Livvy y a Ty, ambos situados en la escalera junto a él—. Algo no va bien...

Una risa cortó el aire. Los demonios se quedaron inmóviles formando un semicírculo y bloqueando el camino hacia la carretera, pero sin avanzar. De en medio del semicírculo emergió una figura salida de una película de terror.

Había sido un hombre. Aún conservaba la borrosa silueta de una forma humana, pero su piel era del verde grisáceo del vientre de un pez, y andaba de una forma extraña porque la mayor parte de un brazo y del costado había sido devorada. Los harapos de su camisa mostraban los huesos blancos de las costillas, limpios de carne, y la piel reseca y gris alrededor de las terribles heridas.

Casi no le quedaba pelo, pero los restos eran de un color blanco sucio. Tenía el rostro hinchado y empapado; los ojos se le habían vuelto lechosos, blanqueados por el agua de mar. Sonrió con una boca que casi carecía de labios. En la mano llevaba un saco, con la tela oscura completamente mojada.

—Cazadores de sombras —dijo—. Os he echado de menos.

Era Malcolm Fade.

En el silencio que siguió al desenmascaramiento del campeón noseelie, Julian podía oír su propio corazón golpeándole dentro del pecho. Notó el ardor de su runa *parabatai*, un dolor claro y abrasador, el dolor de Emma.

Quiso ir con ella. Emma estaba inmóvil como un caballero en un cuadro, con la cabeza inclinada y la espada a su lado, el traje salpicado de sangre, el cabello suelto en parte flotándole alrededor del rostro. La vio mover los labios y supo lo que estaba diciendo, incluso sin oírla. Lo desgarró con recuerdos de la Emma que había conocido lo que parecía miles de años atrás, una niña tendiendo los brazos a su padre para que este la cogiera.

«¿Papá?».

El rey rio.

—Córtale el cuello, muchacha —dijo—. ¿O es que no puedes matar a tu propio padre?

—¿Padre? —repitió Cristina—. ¿A qué se refiere?

—Ese es John Carstairs —contestó Mark—. El padre de Emma.

—Pero ¿cómo...?

—No lo sé —repuso Julian—. Es imposible.

Emma cayó de rodillas mientras envainaba a *Cortana*. Bajo la luz de la luna, su padre y ella eran solo sombras; ella se inclinó sobre él.

El rey comenzó a reír, el inquietante rostro abierto por una gran sonrisa, y la Corte rio con él, aullidos de alegría estallando alrededor.

Nadie prestaba atención a los tres cazadores de sombras en el centro del claro.

Julian quería ir junto a Emma. Lo quería desesperadamente. Pero era alguien que estaba acostumbrado a no hacer, o a no conseguir, lo que quería. Se volvió hacia Mark y Cristina.

—Ve con ella —le dijo a Cristina. Ella lo miró sorprendida—. Ve con él —le dijo a Mark, y este asintió y se metió entre la gente, una sombra entre las sombras.

Cristina también se fue, pero en el sentido opuesto. Los cortesanos seguían riendo, y el volumen de su hilaridad iba aumentando, llenando la noche. «Las emociones humanas les resultan tan absurdas, y los corazones y las mentes humanas, tan frágiles...».

Julian sacó una daga del cinturón. No un cuchillo serafín, ni siquiera una con runas, sino de frío hierro, bien adaptada a su mano. Los príncipes, mezclados con los caballeros, miraban hacia el pabellón, riendo. Julian solo tuvo que dar unos pasos para llegar a ellos y rodear al príncipe Erec desde la espalda con el brazo y ponerle la daga en el cuello.

El primer pensamiento de Kit fue: «Por eso no han podido encontrar el cadáver de Malcolm».

El segundo fue un recuerdo. El Brujo Supremo había sido un habitual del Mercado de Sombras, y tenía una buena relación con el padre de Kit, aunque más tarde el chico se enteró de que no solo eran simples conocidos, sino que además fueron cómplices. El animado brujo de ojos lila era popular en el Mercado; a veces le había dado a Kit interesantes caramelos que, según afirmaba él, procedían de lejanos lugares a los que había viajado.

A Kit le resultó extraño descubrir que el simpático brujo que conocía era un asesino. Aún le resultaba más extraño, en ese momento, ver en lo que se había convertido Malcolm. El brujo avanzó, desprovisto de toda su antigua gracia, casi arrastrando los pies sobre la hierba. Los cazadores de sombras se pusieron en formación, como una legión romana. Formaron una línea ante Malcolm, hombro con hombro, con las armas desenvainadas. Arthur fue el único que permaneció solo. Miró a Malcolm fijamente, moviendo la boca.

La hierba ante ellos estaba quemada y gris por la sangre de los demonios.

Malcolm sonrió despectivo, lo mejor que pudo hacerlo con su destrozado rostro.

—Arthur —dijo, mirando al hombre con el batín ensangrentado—. Debes de echarme de menos. No parece que te vaya muy bien sin tu medicación. No lo parece en absoluto.

Arthur se apoyó contra la pared del Instituto. Se alzó un murmullo entre los centuriones, que cesó al hablar Diana.

—Malcolm —espetó, y considerando la situación, sonaba extraordinariamente tranquila—. ¿Qué quieres?

Este se detuvo cerca de los centuriones, pero no lo suficiente para que lo alcanzaran.

—¿Os habéis divertido buscando mi cuerpo, centuriones? Han sido como unas vacaciones para vosotros; chapoteando todo el día en vuestro barco invisible, sin saber ni lo que estabais buscando ni cómo encontrarlo. Pero, claro, nunca os han importado mucho los brujos, ¿no es así?

—Silencio, basura —soltó Zara, vibrando como un cable eléctrico—. Tu...

Divya le dio un codazo.

—Calla —le susurró—. Deja que hable Diana.

—Malcolm —dijo Diana en el mismo tono frío—. Las cosas ya no son como antes. Tenemos el poder de la Clave a nuestro lado. Sabemos quién eres, y te encontraremos estés donde estés. Eres un tonto por haber venido aquí y mostrar tu mano.

—Mi mano... —pareció pensar—. ¿Y dónde está mi mano? Oh, claro. Está dentro de la bolsa... —La hundió en el saco que llevaba. Cuando la sacó, sujetaba una cabeza cortada.

Se hizo un silencio horrorizado.

—¡Jon! —exclamó Diego con voz grave.

Gen Aldertree parecía a punto de desmayarse.

—¡Oh, Dios, pobre Marisol! Oh...

Zara miraba fijamente, boquiabierta de horror, aunque no hizo ningún amago de moverse. Diego dio un paso, pero Rayan lo cogió por el brazo.

—¡Centuriones! ¡Mantened la formación! —ordenó Diana.

Se oyó un sonido gangoso cuando Malcolm lanzó la cabeza de Jon Cartwright sobre la hierba. Kit se dio cuenta de que había sido él quien había emitido ese sonido. Estaba contemplando la columna vertebral de Jon. Se veía muy blanca contra el oscuro suelo.

—Supongo que tienes razón —le dijo Malcolm a Diana—. Ya es hora de dejar de fingir, ¿verdad? Conoces mis debilidades, y yo las tuyas. Matar a ese —hizo un gesto hacia los restos de Jon— me llevó segundos, y deshacer vuestras salvaguardas, todavía menos. ¿Crees que tardaría mucho más en conseguir algo que realmente quiera?

—¿Y qué es lo que quieres, Malcolm? —preguntó Diana.

—Quiero lo que siempre he querido. Quiero a Annabel y lo que hace falta para recuperarla. —Malcolm rio. Era una especie de sonido borboteante—. Quiero mi sangre Blackthorn.

Emma no recordaba haber caído de rodillas, pero estaba arrodillada.

A su alrededor había tierra revuelta y hojas muertas. El caballero hada, su padre, se hallaba tendido de espaldas en un creciente charco de sangre. Estaba empapando la

tierra ya oscura y volviéndola casi negra.

—Papá —susurró ella—. Papá, mírame, por favor.

No había dicho la palabra «papá» en años. Probablemente desde que tenía siete.

Los ojos azules se abrieron en la marcada cara de su padre. Era igual a como lo recordaba Emma: bigote rubio cuando se olvidaba afeitarse, arrugas amables alrededor de los ojos. Su propia sangre seca le manchaba la mejilla. La miró con los ojos muy abiertos.

El rey rio.

—Córtale el cuello —repitió—. ¿O no puedes matar a tu propio padre, muchacha?

John Carstairs movió los labios, pero no salió ningún sonido.

«Volverás a ver el rostro de alguien que amabas y está muerto», había dicho el puka. Pero Emma jamás se hubiera imaginado esto, jamás algo así.

Cogió el brazo de su padre, cubierto por una armadura de cuero feérico.

—Me rindo —dijo, con el aliento entrecortado—. Me rindo, me rindo, pero ayudadlo...

—Se ha rendido —anunció el rey.

La Corte comenzó a reír. La risa se alzó alrededor de Emma, aunque ella casi ni la oía. Una voz en alguna parte de su cabeza le decía que eso no estaba bien, que había algo fundamentalmente erróneo ahí, pero la visión de su padre rugía en el interior de su cabeza como el sonido de una ola al romper. Fue a coger la estela. Después de todo, él seguía siendo un cazador de sombras. Pero dejó caer la mano; ningún *iratze* funcionaría ahí.

—No voy a dejarte —dijo. Le zumbaba la cabeza—. No te dejaré aquí. —Le cogió el brazo con más fuerza, consciente de la mirada del rey sobre ella, la risa que la envolvía—. Me quedaré.

Fue Arthur el que reaccionó. Se apartó con brusquedad de la pared y se lanzó hacia Livvy y Ty. Los agarró por el brazo y los empujó hacia la puerta del Instituto.

Ambos se resistieron, pero Arthur parecía ser sorprendentemente fuerte. Livvy se volvió a medias y llamó a Kit. Arthur abrió la puerta de una patada y empujó a sus sobrinos al otro lado. Kit oyó a Livvy gritar algo, y la puerta se cerró con fuerza tras ellos.

Diana arqueó una ceja mirando a Malcolm.

—¿Has dicho «sangre Blackthorn»?

Malcolm suspiró.

—Perros locos y hombres ingleses —dijo—. Y a veces te encuentras con alguien que es las dos cosas. No soy capaz de imaginar que eso pueda funcionar.

—¿Estás diciendo que puedes entrar en el Instituto? —preguntó Diego.

—Estoy diciendo que no importa —contestó Malcolm—. Preparé todo esto antes

de que Emma me matara. Mi muerte, porque sí que estoy muerto, aunque no será por mucho tiempo. ¿A que el *Libro Negro* es maravilloso? Como decía, mi muerte liberó a los demonios a lo largo de esta costa. Lo que veis conmigo hoy es solo una mínima fracción de todos los que controlo. Por tanto, o me traéis un Blackthorn, o los envío a tierra para matar y destrozar a mundanos.

—Te lo impediremos —afirmó Diana—. La Clave te lo impedirá. Enviarán cazadores de sombras...

—No sois suficientes —replicó Malcolm con alegría. Había comenzado a ir de un lado al otro ante la pared de demonios marinos que babeaban a su espalda—. Eso es lo mejor de la Guerra Oscura. No podéis detener a todos los demonios del Pacífico, no con los que sois en la actualidad. Oh, no estoy diciendo que no podáis ganar al final. Seguramente será así. Pero pensad en la cantidad de muertos que habrá antes de que eso ocurra. ¿Vale la pena tanta sangre por un mísero Blackthorn?

—No te vamos a dar a uno de los nuestros para que lo asesines, Fade —dijo Diana—. Eso ya lo sabes.

—No hablas en nombre de la Clave, Diana —replicó Malcolm—. Y ellos no siempre hacen ascos a los sacrificios. —Intentó sonreír. Un labio podrido se le partió y un fluido negro le cayó por la barbilla—. Uno de tantos.

Diana respiraba con fuerza, y los hombros le subían y le bajaban de furia.

—Y entonces ¿qué? Toda esa muerte y destrucción... y ¿qué vas a ganar?

—También habréis sufrido —contestó Malcolm—. Y eso ya me basta, por ahora. Que los Blackthorn sufran. —Recorrió con la mirada al grupo que tenía delante—. ¿Dónde están Julian y Emma? ¿Y Mark? ¿Demasiado cobardes para enfrentarse a mí? —Soltó una risita—. Una pena. Me hubiera gustado ver la cara de Emma al ponerme los ojos encima. Le puedes decir que espero que la maldición los consuma a ambos.

«¿Consuma a quién?», se preguntó Kit, pero la mirada de Malcolm había bajado para centrarse en él, y vio brillar los lechosos ojos del brujo.

—Lamento lo de tu padre, Herondale —dijo Malcolm—. No se pudo evitar.

Kit alzó a *Adriel* por encima de la cabeza. El cuchillo serafín estaba caliente bajo su mano y comenzaba a centellear, y lo rodeó con un resplandor que esperó que lo iluminara lo suficiente para que el brujo pudiera verlo escupir hacia él.

La mirada de Malcolm se enfrió. Volvió de nuevo a Diana.

—Os doy hasta mañana por la noche para decidiros. Luego regresaré. Si no me dais a un Blackthorn, la costa será arrasada. Mientras tanto... —Chasqueó los dedos, y un tenue fuego lila saltó de ellos—. Divertíos un rato entreteniéndoos con mis amigos.

Desapareció mientras los demonios se lanzaban hacia los centuriones.

Mark se fue abriendo camino a empujones por la corte noseelie. Había estado entre esa gente antes solo cuando acudía a las fiestas: la Corte no estaba siempre en el mismo sitio, sino que se movía por las tierras noseelie. Mark olía la sangre en el aire nocturno mientras corría entre la apretada multitud. Olía el pánico, el miedo y el odio. El odio a los cazadores de sombras. El rey estaba pidiendo a sus cortesanos que guardaran silencio, pero estos seguían gritando para que Emma derramara la sangre de su padre.

Nadie vigilaba a Kieran. Este estaba desmoronado sobre las rodillas, y el peso del cuerpo lo apretaba contra la espinosa cuerda que lo sujetaba. La sangre le manaba lentamente alrededor de las laceraciones de las muñecas, el cuello y los tobillos.

Mark apartó al último de los cortesanos. De tan cerca, pudo ver que Kieran llevaba algo colgado del cuello en una cadena. La punta de la flecha de elfo de Mark. A este se le encogió el estómago.

—Kieran. —Le puso las manos en el pecho.

Este abrió los ojos parpadeando. Tenía el rostro gris de dolor e impotencia, pero su sonrisa era amable.

—Tantos sueños... —murmuró—. ¿Es esto el final? ¿Has venido a llevarme a las Tierras Radiantes? No podrías haber elegido un mejor rostro.

Mark pasó las manos por las cuerdas de espinos. Eran duras. Un cuchillo serafín las hubiera cortado, pero los cuchillos serafines no funcionaban allí, por lo que solo podía emplear dagas comunes. A Mark se le ocurrió una idea, y le soltó con cuidado la punta de flecha del cuello.

—Sean cuales sean los dioses que han hecho esto —susurró Kieran—, son bondadosos al traerme uno de mis amores del alma en mis últimos momentos. —La cabeza se le fue hacia atrás contra el árbol, mostrando los cortes escarlata que le habían producido las espinas—. Mi Mark.

—Chisss —lo hizo callar Mark en tono muy bajo. La punta de flecha era afilada, y cortó las cuerdas que ataban el cuello y luego las muñecas de Kieran. Cayeron al suelo, y este soltó un grito agónico de alivio.

—Es cierto lo que dicen —continuó Kieran—. El dolor te abandona cuando mueres.

Mark cortó la cuerda de los tobillos y se incorporó.

—Ya basta —dijo—. Soy Mark, no una aparición. No te estás muriendo, Kieran. Vas a vivir. —Lo cogió de la cintura y lo ayudó a ponerse en pie—. Vas a escapar.

Kieran parecía deslumbrado por la luz de la luna. Le puso las manos a Mark en los hombros. Hubo un momento en el que Mark podría haberse apartado, pero no lo hizo. Se acercó a Kieran cuando este se acercaba a él, y pudo oler su sangre, y luego se besaron.

La curva de los labios de Kieran bajo los suyos le resultaba tan familiar a Mark como el sabor del azúcar o la sensación del sol. Pero no había azúcar ni sol ahí, nada brillante o dulce, solo la oscura presión de la Corte a su alrededor y el olor a sangre. Y aun así, su cuerpo respondió al de Kieran, y apretó al otro chico contra la corteza del árbol, agarrándolo, deslizándole las manos por la piel, notando las cicatrices y las heridas abiertas bajo los dedos.

Mark sintió como si se elevara y dejara su cuerpo, y de nuevo se hallaba en la Cacería, agarrando con las manos la crin de *Windspear*, inclinándose contra el viento que le tiraba del cabello, le requemaba el cuello y se le llevaba la risa. Los brazos de Kieran lo rodeaban y sus labios se habían posado en su mejilla, lo único cálido en un mundo frío.

Algo le cantó al oído. Se apartó bruscamente de su amigo. Otro objeto pasó silbando, y de forma instintiva empujó a Kieran contra el árbol.

Flechas, cada punta acabada en una llama, cortaban el aire entre la Corte como moscas letales. Uno de los príncipes noseelie corría hacia Mark y Kieran, alzando el arco al mismo tiempo.

Por lo visto, al final se habían dado cuenta.

La hierba ante el Instituto parecía hervir con una masa de demonios marinos y centuriones, de flagelantes tentáculos y cortantes cuchillos serafines. Kit se lanzó escaleras abajo, casi chocando con Samantha, que, junto con su mellizo, luchaba furiosamente con una grotesca criatura gris cubierta de bocas rojas.

—¡Mira por dónde vas! —le gritó ella, y luego lanzó un chillido cuando un tentáculo le rodeó el pecho. Kit dio un tajo con *Adriel* y cortó el tentáculo justo sobre el hombro de Samantha. El demonio chilló por todas sus bocas y se desvaneció.

—Asqueroso —dijo la centurión, que había quedado cubierta de espesa sangre grisácea de demonio. Fruncía el ceño, y Kit se dijo que era una desagradecida, pero no tuvo tiempo de pensar en eso: ya se estaba volviendo para alzar el cuchillo contra una criatura cubierta de pinchos, con una piel rugosa y dura como la de una estrella de mar.

Pensó en Ty en la playa con la estrella de mar en la mano, sonriendo. Aquello lo llenó de furia; no se había dado cuenta antes de que el aspecto de muchos demonios era como si las cosas bonitas del mundo hubieran sido retorcidas, dañadas y convertidas en repugnantes.

La hoja descendió. El demonio chilló y retrocedió, pero de repente a Kit lo rodearon unos brazos que lo arrastraron hacia atrás.

Era Diana. Estaba medio empapada en sangre, parte humana y parte demoníaca. Agarró a Kit por el brazo y lo empujó hacia la escalera, hacia el Instituto.

—Estoy bien, no necesito ayuda... —jadeó, resistiéndose a ella.

Diana le cogió a *Adriel* de la mano y se lo lanzó a Diego, que lo asió en el aire y lo giró para clavarlo en el grueso cuerpo de un demonio de gelatina mientras le hundía el hacha con la otra mano. Era impresionante, pero Kit estaba demasiado enfadado para que le importara.

—¡No necesito ayuda! —gritó de nuevo mientras Diana lo empujaba escaleras arriba—. ¡No necesito que me salven!

Ella lo hizo volverse para quedar cara a cara. Una de sus mangas estaba ensangrentada y tenía una marca roja en el cuello donde le habían arrancado el colgante. Pero seguía tan imperiosa como siempre.

—Quizá tú no la necesites —dijo ella—. Pero los Blackthorn sí, y vas a ayudarlos.

Perplejo, Kit dejó de debatirse. Diana lo soltó, empujó la puerta con el hombro para abrirla y entró sigilosamente; después de echar una última mirada, él la siguió.

Los momentos después de que Julian agarrara a Erec y le pusiera la daga en el cuello, fueron caóticos. Varias de las hadas junto al pabellón aullaron; los caballeros retrocedieron aterrorizados. El rey noseelie gritaba.

Julian mantuvo la concentración: «Sujeta a tu prisionero. Mantén el cuchillo en su cuello. Si se escapa, te quedas sin nada. Si lo matas demasiado pronto, te quedas sin nada. Esta es tu ventaja. Aprovéchala».

A una orden del rey, los caballeros se echaron a los lados, formando una especie de pasillo para que lo recorriera Julian, con Erec por delante. El pasillo acababa bajo el trono del rey. Este se hallaba de pie al borde del pabellón y su capa blanca se sacudía bajo la brisa.

Erec no se resistió, pero cuando llegaron al pabellón, echó la cabeza atrás para mirar a su padre. Julian pudo notar que se miraban fijamente.

—No le cortarás el cuello a mi hijo —dijo el rey noseelie, mirando a Julian con desdén—. Eres un cazador de sombras. Tienes un código de honor.

—Estás pensando en los cazadores de sombras como eran antes —replicó Julian—. Yo crecí durante la Guerra Oscura. Me bauticé con sangre y fuego.

—Eres blando —repuso el rey—, gentil como los ángeles son gentiles.

Julian apretó la daga con más fuerza en la curva del cuello de Erec. El príncipe hada olía a miedo y a sangre.

—Maté a mi propio padre —contestó Julian—. ¿Crees que no voy a matar a tu hijo?

Una expresión de sorpresa cruzó la cara del rey.

—Dice la verdad —afirmó Adaon—. Muchos estuvimos en la Sala de los

Acuerdos durante la guerra. Hubo testigos. Este es despiadado.

El rey frunció el ceño.

—Adaon, guarda silencio. —Pero era evidente que estaba preocupado. Tenía sombras tras los ojos—. El precio que pagarías por derramar la sangre de mi familia en mi propia Corte sería tremendo —le dijo a Julian—. No solo pagarías tú, sino también toda la Clave.

—Entonces, no me obligues —replicó Julian—. Déjanos partir en paz. Nos llevaremos a Erec durante un tramo del camino, luego lo dejaremos ir. Nadie debe seguirnos. Si descubrimos que nos están siguiendo lo mataremos. Yo lo mataré.

Erec lanzó una maldición y escupió.

—Deja que me mate, padre —pidió—. Deja que mi sangre sea el comienzo de la guerra que sabemos que está por llegar.

El rey miró durante un momento a su hijo. «Es el favorito del rey», había dicho Mark. Pero Julian no podía dejar de preguntarse si el rey estaría más interesado en la guerra que estaba por llegar, en controlar cómo y cuándo empezaba, que en el destino de Erec.

—Crees que los ángeles son gentiles —continuó Julian—. Y no lo son en absoluto. Imparten justicia con sangre y fuego celestial. Se vengán con puños y hierro. Su gloria es tal que te quemaría los ojos si los miraras. Es una gloria fría y brutal. —Buscó la mirada del rey: el ojo furioso y el ojo vacío—. Mírame si dudas de lo que digo. Mírame a los ojos. Dicen que las hadas ven mucho. ¿Crees que soy alguien que tiene algo que perder?

Estaban en el vestíbulo: Ty, Livvy, Arthur y los dos pequeños, Tavvy en brazos de Dru.

Se animaron cuando entraron Diana y Kit, aunque este no sabía si era por él o por ella. Arthur estaba sentado en la escalera, en silencio y contemplando su batín manchado de sangre. Se puso en pie rápidamente al verlos entrar, aunque tuvo que agarrarse a la barandilla con una mano.

—Lo hemos oído todo —explicó Livvy. Estaba gris de la impresión, con la mano en la de Ty—. Malcolm quiere sangre Blackthorn y tiene un ejército de demonios...

—Cuando dice «sangre Blackthorn», ¿existe alguna posibilidad de que se refiera a un vaso? —preguntó Kit—. ¿Quizá un litro?

Todos se lo quedaron mirando excepto Ty.

—Yo también he pensado eso —dijo Ty, mirando encantado a Kit—. Pero los hechizos están escritos en el lenguaje arcaico. «Sangre Blackthorn» significa una vida Blackthorn.

—No va a conseguir lo que busca —afirmó Diana. Se sacó la chaqueta empapada de sangre y la tiró al suelo—. Necesitamos un Portal. Ahora. —Buscó su móvil en el pantalón del vaquero, lo sacó y comenzó a marcar.

—Pero no podemos desaparecer —protestó Livvy—. ¡Malcolm soltará todos esos demonios! ¡Matarán a gente!

—No se puede negociar con Malcolm —le explicó Diana—. Miente. Podría conseguir la sangre Blackthorn que desea y aun así soltar a los demonios. Poneros a salvo y luego atacarlo es la mejor apuesta.

—Pero...

—Tiene razón —intervino Kit—. Malcolm le prometió todo tipo de cosas a mi padre, incluyendo mantenerlo a salvo. Al final resultó que se había asegurado de que si le pasaba algo a él, mi padre también moriría.

—¿Catarina? —Diana se volvió con el móvil pegado a la oreja—. Necesito un favor. Uno grande.

—Se nos verá como cobardes —protestó Dru tristemente—. Huyendo así...

—Sois niños —le contestó Arthur—. Nadie espera que os quedéis a luchar. —Fue hasta la ventana. Ninguno de ellos lo acompañó. Los sonidos que llegaban desde fuera eran suficiente. Tavvy tenía el rostro apretado contra el hombro de su hermana.

—¿A Londres? —preguntó Diana—. Muy bien. Gracias, Catarina. —Cortó la comunicación.

—¿Londres? —soltó Livvy—. ¿Por qué Londres?

—¿Por qué no vamos a Idris? —preguntó Dru—. Donde están Emma y Jules.

—Catarina no puede abrir un Portal a Idris —explicó Diana, sin mirar a Dru—. Pero tiene un acuerdo con el Instituto de Londres.

—Entonces ¡debemos contactar con la Clave! —exclamó Dru. Pegó un bote hacia atrás cuando el aire ante ella comenzó a relucir.

—Tenemos que coger nuestras cosas —indicó Tavvy, mirando el creciente fulgor con cara de preocupación. Se estaba haciendo más grande, una especie de molinillo de colores girando y aire en movimiento—. No podemos irnos sin nada.

—No tenemos tiempo para eso —repuso Diana—. Y no tenemos tiempo para contactar con la Clave. Y hay casa Blackthorn en Londres, lugares seguros, gente a la que conocéis...

—Pero ¿por qué? —inquirió Livvy—. Si la Clave...

—Es muy posible que la Clave prefiera entregar a uno de vosotros a Malcolm —dijo Arthur—. ¿No es eso lo que pretendías decir, Diana?

Ella no contestó. El remolino estaba tomando forma: la de una puerta, alta y ancha, rodeada de brillantes runas.

—También lo preferirían los centuriones, al menos algunos de ellos —explicó Diana—. Estamos escapando de ellos tanto como de los demás. Ya están acabando con los demonios marinos. Nos queda poco tiempo.

—Diego nunca... —empezó Dru.

—Diego no está al mando —replicó Diana. El Portal ya oscilaba con un temblor constante, y estaba abierto; a través de él, Kit vio una especie de sala de estar, con papel de pared gastado y floreado. Resultaba de lo más incongruente—. Va, Drusilla,

tú primero...

Con una mirada de furia desesperada, Drusilla se acercó y cruzó el Portal, aún con Tavvy en brazos. Kit los observó boquiabierto mientras rodaban y desaparecían.

Livvy fue luego hacia el Portal de la mano de Ty. Se paró delante, la fuerza de la magia que pasaba por él le levantó el cabello.

—Pero no podemos dejar este lugar a Zara y a la Cohorte —protestó, volviéndose hacia Diana—. No podemos dejar que se lo queden...

—Mejor eso a que muera alguno de vosotros —respondió Diana—. Ahora, vete. Pero fue Ty el que vaciló.

—Kit también viene, ¿verdad?

Diana miró a Kit. Este notó que le dolía el cuello; no sabía por qué.

—Voy —asintió él. Contempló como Livvy y Ty penetraban en el colorido vacío, los observó desaparecer. Miró mientras Diana los seguía. Se acercó al Portal y se detuvo, con la vista puesta en Arthur.

—¿Quieres ir primero? —le preguntó.

Arthur negó con la cabeza. Tenía una expresión rara en el rostro, rara incluso para él. Aunque Arthur no había estado raro esa noche, pensó Kit. Era como si la emergencia de la situación lo hubiera obligado a controlarse de un modo que normalmente no podía.

—Diles... —comenzó, y los músculos de su cara mostraron algunos temblores. A su espalda, la puerta principal se sacudió; alguien trataba de abrirla—. Diles...

—Podrás decírselo tú en un momento —repuso Kit. Notaba la fuerza del Portal tirando de él. Incluso creyó que podía oír voces al otro lado, la voz de Ty, la de Livvy. Pero permaneció donde estaba—. ¿Pasa algo?

Arthur fue hacia el Portal. Por un momento, Kit se relajó, pensando que Arthur iba a entrar con él. Pero en vez de eso, notó su mano en el hombro.

—Dile a Julian que gracias —dijo Arthur, y lo empujó con fuerza.

Kit cayó en la rodante y silenciosa nada.

El príncipe hada disparó la flecha.

Kieran se movió a una velocidad que Mark no habría creído posible, e inclinó el cuerpo hacia adelante para cubrirlo. La flecha silbó cortando el aire, como el canto de algún pájaro letal. Mark solo tuvo tiempo de agarrar a Kieran para intentar apartarlo cuando la flecha se le clavó a este en la espalda, justo bajo el omóplato.

Se desplomó contra el hombro de Mark. Con la mano libre, este sacó una daga del cinturón y la lanzó; el príncipe cayó al suelo, gritando, con la hoja clavada en el muslo.

Mark comenzó a arrastrar a Kieran fuera del claro. Ya no volaban flechas, pero el fuego se estaba extendiendo a los estandartes con el escudo de la corona rota. Los nobles hada gritaban e iban de un lado a otro; algunos salían corriendo.

Sujetando a Kieran, Mark entró en el bosque.

—Emma —susurró Cristina. El claro estaba inundado de ruidos: risas, abucheos, carcajadas. En la distancia veía a Julian con la daga en el cuello de Erec; se oyeron gritos ahogados cuando se abrió paso hacia el pabellón del rey, aunque este, pendiente de Emma, aún no lo había visto.

Ella estaba arrodillada en el suelo, agarrando el brazo del campeón hada herido. Alzó la mirada, vio a Cristina y se le iluminaron los ojos.

—Ayúdame con mi padre —le pidió. Tiraba del brazo de su padre, intentando colgárselo del cuello. Él yacía inmóvil, y por un instante, Cristina temió que hubiera muerto.

Pero entonces se apartó de Emma y se puso en pie. Era un hombre esbelto, alto, y el parecido familiar era indiscutible: tenía los rasgos de Emma, la misma forma de ojos. Aunque los suyos eran negros, apagados por una capa blanquecina.

—Suéltame —dijo—. Zorra nefilim. Suéltame. Esto ya ha ido demasiado lejos.

A Cristina se le heló la sangre al oírlo. El rey estalló en otra ronda de carcajadas. Cristina cogió a Emma y la atrajo hacia sí.

—Emma, no puedes creer todo lo que ves.

—Es mi padre —insistió Emma. Cristina la sujetaba por la muñeca; notó el pulso acelerado de Emma. Esta tendió la mano libre hacia el hombre—. Papá. Por favor, ven conmigo.

—Eres nefilim —replicó el padre de Emma. En el cuello se le veían las tenues cicatrices de viejas Marcas—. Si me tocas, te arrastraré a los pies de mi rey, y él hará que te maten.

Las hadas que las rodeaban reían a mandíbula batiente, apoyándose unas en otras, y la idea de que era la confusión y el horror de Emma lo que las hacía reír provocó en Cristina una rabia asesina en las venas.

Una cosa era estudiar a las hadas; leer que sus emociones no eran como las emociones humanas. Que a las hadas de la corte noseelie se las educaba para sentir placer con el dolor de los otros. Que te envolvían en un manto de palabras y mentiras, y te observaban sonriendo mientras te ahogabas con sus trucos.

Otra cosa muy diferente era presenciarlo.

Hubo una súbita algarabía. El rey noseelie corrió hasta el otro extremo del pabellón gritando órdenes; los caballeros se hallaron de pronto en un repentino desorden.

«Julian», pensó Cristina. Y sí, podía verlo, Julian con Erec ante sí, al pie del pabellón del rey. Había apartado deliberadamente la atención del rey de Emma y Cristina.

—Eso será fácil de demostrar —dijo esta. Sacó su navaja del cinturón y se la tendió al campeón—. Coge esto.

—Cristina, ¿qué estás haciendo? —exclamó Emma.

—Es hierro puro —contestó la aludida. Dio dos pasos más hacia el campeón, el rostro del cual iba cambiando mientras lo miraba, cada vez menos como el de Emma y más como otra cosa, algo grotesco bajo la piel—. Es un cazador de sombras. El hierro no debería hacerle nada.

Se acercó más, y el campeón, que hacía un momento era igual que John Carstairs, cambió por completo. Una especie de ola le pasó por el rostro transformándolo, así como el cuerpo; la piel se fue convirtiendo en algo manchado y gris verdoso. Los labios se le salieron hacia fuera y los ojos, de un color amarillento, se le agrandaron de forma horrible; el pelo le retrocedió hasta mostrar una calva pulida llena de bultos.

Donde había estado el padre de Emma, había ahora un caballero hada con un cuerpo rechoncho y la cabeza de un sapo. Emma se lo quedó mirando, blanca como una sábana. El sapo abrió la boca y habló como si croara.

—Por fin, por fin libre para mudar de esa apariencia de asqueroso nefilim...

No acabó la frase. Emma desenvainó a *Cortana*, se lanzó sobre él y le hundió la hoja en el cuello.

Se oyó un sonido húmedo y pastoso. Un icor del color del pus le salió a chorro por la ancha boca. Se tambaleó hacia atrás, pero Emma lo siguió, retorciendo la empuñadura de la espada. El hedor a sangre y el sonido viscoso de una piel húmeda al rasgarse casi hizo vomitar a Cristina.

—¡Emma! —gritó—. ¡Emma!

Esta arrancó la espada y se la hundió de nuevo, una y otra vez, hasta que Cristina la agarró por los hombros y la apartó con fuerza. El caballero hada estaba desplomado en el suelo, muerto.

Emma temblaba, salpicada de asquerosa sangre purulenta. No parecía muy firme sobre los pies.

—Vamos. —Cristina agarró a su amiga por el brazo y comenzó a alejarla del pabellón. Entonces, el aire se llenó de un sonido silbante y cantarín. Flechas. Con la punta de fuego, iluminaban el claro con un resplandor inquietante y móvil. Automáticamente, Cristina se agachó, y oyó un fuerte clang a unos centímetros de su cabeza. Emma había blandido a *Cortana* hacia un lado y una flecha se había estrellado contra la hoja, haciéndose pedazos al instante.

Cristina aceleró el paso.

—Tenemos que salir de aquí...

Un proyectil ardiente pasó junto a ellas y se clavó en un estandarte que colgaba del pabellón del rey. El estandarte prendió y se alzaron rugientes llamas. Iluminó a los príncipes que corrían desde el pabellón y saltaban hacia las sombras. El rey permanecía ante su trono, mirando en dirección al vacío. ¿Dónde estaba Jules? ¿Adónde habían ido Erec y él?

Cuando se acercaban al extremo del claro, la hada con el vestido de huesos se alzó ante ellas. Sus ojos eran de color verde pez, sin pupilas, bullendo como aceite

bajo la luz de la luna. Cristina le dio un fuerte pisotón. El hada gritó, pero sus gritos se perdieron entre los aullidos de la Corte mientras Cristina la apartaba de un codazo. El hada se estrelló contra el pabellón y los huesecillos cayeron alrededor de ella como informes copos de nieve.

Cristina cogía la mano de Emma. Sus dedos parecían de hielo. Cristina la apretó con más fuerza.

—Vamos —dijo, y se internaron entre los árboles.

Mark no fue muy lejos. Julian, Emma y Cristina seguían en la Corte. Puso a Kieran detrás de un grueso roble y lo ayudó a sentarse apoyado en él.

—¿Estás bien? ¿Sientes dolor? —le preguntó Mark.

Kieran lo miró con clara exasperación. Antes de que Mark pudiera impedirselo, agarró la flecha y se la arrancó. Manó la sangre, empapándole la camisa por detrás.

—Dios, Kieran, ¿qué demonios...?

—¿A qué dioses foráneos invocas ahora? —quiso saber Kieran—. Pensaba que habías dicho que no me estaba muriendo.

—Y no te estabas muriendo. —Mark se quitó la camiseta de lino e hizo una bola para taponar con ella la herida de Kieran—. Pero ahora podría matarte yo por ser tan estúpido.

—Los Cazadores sanamos rápido —dijo Kieran con un jadeo—. Mark. Eres realmente tú. —Se le habían iluminado los ojos—. Sabía que vendrías.

Mark no dijo nada. Estaba concentrado en apretar la tela contra la herida de Kieran, pero la ansiedad le oprimía las costillas. Kieran y él no habían acabado bien. ¿Cómo podía haber pensado que iría a salvarlo cuando había estado a punto de no ir?

—Kier —dijo. Apartó la camiseta. Kieran tenía razón sobre lo de sanar rápido. La sangre ya solo era un lento hilillo. Mark tiró la camiseta manchada de sangre y le tocó el rostro a Kieran. Estaba caliente como un horno—. Estás ardiendo. —Fue a colgarle de nuevo al cuello el colgante con la punta de flecha élfica, pero el otro chico lo detuvo.

—¿Por qué tengo yo tu colgante? —dijo con el ceño fruncido—. Deberías llevarlo tú.

—Te lo devolví —contestó Mark.

Kieran lanzó una ronca carcajada.

—Debería recordar eso. —Entonces abrió los ojos sorprendido—. No recuerdo haber matado a Iarlath. Sé que lo hice. Me lo dijeron. Y lo creo; era un bellaco. Pero no lo recuerdo. No recuerdo nada después de verte a través de la ventana del Instituto, en la cocina, hablando con esa chica, Cristina.

Mark se quedó helado. De forma automática se pasó el colgante por la cabeza y notó cómo le caía contra el pecho. ¿Kieran no se acordaba?

Eso significaba que no recordaba haber traicionado a Mark, diciéndoles a los de

la Cacería Salvaje que él había compartido secretos de las hadas con los nefilim. No recordaba el castigo, los azotes que Julian y Emma habían tenido que soportar.

No recordaba que Mark había roto con él, que le había devuelto el colgante.

Así no era de extrañar que pensara que Mark iría a buscarlo.

—Esa chica, Cristina, está aquí —dijo una voz junto a ellos.

Cristina se había aproximado entre las sombras. Estaba hecha un asco, pero no tanto como Emma, salpicada de sangre de hada y sangrando por un largo arañazo en la mejilla. Mark se puso en pie de un salto.

—¿Qué está pasando? ¿Alguna de vosotras está herida?

—Creo... creo que estamos bien —contestó Emma; parecía anonadada y preocupantemente ida.

—Emma ha matado al campeón del rey —explicó Cristina, y luego cerró la boca. Mark notó que había algo más, pero no insistió.

Emma parpadeó, y poco a poco se fue centrando en Mark y en Kieran.

—Oh, eres tú —le dijo a este, y ya volvía a parecer la de siempre—. Cara de comadreja. ¿Algún otro acto de monstruosa traición personal últimamente?

Kieran parecía perplejo. La gente no solía hablarle así a un príncipe noseelie, y además, pensó Mark, Kieran no se acordaba de por qué Emma podía estar furiosa con él o acusarlo de traición.

—¿La has traído aquí para rescatarme? —le preguntó a Mark.

—Todos hemos venido a rescatarte. —Era Julian, visible solo a medias detrás de Erec, al que empujaba por delante. Emma soltó aire, una audible muestra de alivio. Julian le echó una rápida mirada y ambos compartieron un segundo. Era lo que Mark siempre había calificado de «mirada de *parabatai*»: una rápida repasada para asegurarse de que la otra persona estaba bien, que estaba a tu lado, viva y a salvo. Aunque ahora que conocía los verdaderos sentimientos de Julian hacia Emma, se preguntó si habría algo más.

Erec sangraba por el cuello, donde era probable que la daga hubiera resbalado. Miraba furioso por debajo de unas espesas cejas negras, con la cara retorcida en una mueca de desprecio.

—Traidor a tu sangre —le soltó a Kieran. Escupió más allá del cuchillo—. Fratricida.

—Iarlath no era de mi familia —dijo Kieran con voz exhausta.

—Era más familia que estos monstruos —replicó Erec, mirando mal a los cazadores de sombras que lo rodeaban—. Incluso ahora nos traicionas por ellos.

—¿Igual que me traicionaste tú ante el rey, nuestro padre? —preguntó Kieran. Estaba encogido entre las ramas del árbol y parecía sorprendentemente pequeño, pero cuando echó la cabeza atrás para mirar a Erec, sus ojos eran duros como gemas—. ¿Crees que no sé quién le dijo al rey que yo había matado a Iarlath? ¿Crees que no sé en quién yace la culpa de mi exilio a la Cacería?

—Arrogante —soltó Erec—. Siempre has sido un cachorro arrogante, pensando

que tu lugar estaba en la Corte con el resto de nosotros. Yo soy el favorito del rey, no tú. No te has ganado ningún lugar especial en su corazón o en los corazones de la Corte.

—Sin embargo, me prefería a mí —repuso Kieran a media voz—. Antes...

—Ya basta —intervino Julian—. La Corte está ardiendo. Los caballeros nos perseguirán en cuanto el caos se calme. Es una locura quedarse aquí a cotillear.

—Los asuntos importantes de la Corte no son cotilleo —gruñó Erec.

—Para mí sí. —Julian miró hacia el bosque—. Debe de haber una manera rápida de salir de aquí hacia las tierras seelie. ¿Nos puedes guiar?

Erec permaneció en silencio.

—Claro que sí —respondió Kieran mientras se alzaba sobre unos pies inestables—. No puede mentir y decir que no es posible; por eso no dice nada.

Emma alzó una ceja mirando a Kieran.

—Cara de comadreja, eres increíblemente útil cuando quieres.

—Desearía que no me trataras con tanta familiaridad —protestó Kieran.

Erec hizo un sonido gutural; Julian le estaba apretando el cuchillo contra el cuello. La mano de Julian temblaba un poco. Mark supuso que contener a Erec representaba un gran esfuerzo físico, pero sospechó que había algo más. Julian no era torturador por naturaleza, aunque podía ser despiadado protegiendo a los que amaba.

—Te mataré si no nos llevas en la dirección correcta —le dijo—. Y lo haré despacio.

—Le has prometido a mi padre...

—No soy un hada —replicó Julian—. Puedo mentir.

Erec parecía oscuramente furioso, de un modo que alarmó a Mark. Las hadas podían guardar rencor durante mucho mucho tiempo. Sin embargo, Erec comenzó a caminar, y los otros lo siguieron, dejando atrás el resplandor naranja que procedía del claro.

Se dirigieron hacia el oscuro refugio del bosque. Los árboles crecían muy juntos y sus gruesas raíces atravesaban el oscuro terreno. Grupos de flores de colores intensos, rojo sangre y verde veneno, se apiñaban alrededor de las ramas bajas. Pasaron ante un hada arbórea que estaba sentada, riendo, en la horquilla de una rama, desnuda excepto por una elaborada red de hilos plateados. Le guiñó un ojo a Mark. Kieran se apoyaba pesadamente en su hombro y él lo sujetaba por la espalda con una mano. ¿Estarían los otros confusos o preguntándose qué habría entre ellos? Vio a Cristina echarle una mirada, pero no pudo interpretar su expresión.

Emma y Cristina caminaban juntas. Julian iba delante, siguiendo a Erec. Mark aún no estaba tranquilo. Tenía la sensación de que había sido demasiado fácil escapar. Que el rey de la corte noseelie los hubiera dejado marchar, les hubiera permitido llevarse a su hijo favorito...

—¿Dónde están los otros? —preguntó Erec mientras los árboles iban clareando y el cielo, multicolor en toda su gloria, se hacía visible—. Tus amigos.

—¿Amigos? —preguntó Mark perplejo.

—Los arqueros —contestó Erec—. Esas flechas ardientes en la Corte... Muy astuto, lo admito. Nos preguntábamos cómo os las arreglaríais con las armas una vez que les hemos quitado sus poderes de ángel.

—¿Y cómo lo habéis hecho? —inquirió Mark—. ¿Acaso habéis desconsagrado toda esta tierra?

—Eso no sería suficiente —dijo Emma—. Las runas también funcionan en los reinos de los demonios. Es algo aún más extraño.

—Y la plaga —añadió Mark—. ¿Qué significa esa tierra arruinada? Está por todas partes en las tierras noseelie, como el cáncer en un cuerpo enfermo.

—Como si fuera a hablar de eso —soltó Erec—. Y no os servirá de nada que me amenacéis; perdería de igual forma la vida si lo contara.

—Créeme, estoy harto de tener que amenazarte —gruñó Julian.

—Entonces, déjame ir —repuso Erec—. ¿Cuánto tiempo piensas retenerme? ¿Para siempre? Porque eso es lo que deberás hacer para evitar que mi padre y sus caballeros os encuentren y os corten el cuello.

—He dicho que estaba cansado de amenazarte, no que iba a dejar de hacerlo —replicó Jules, repicando el dedo sobre la hoja del cuchillo. Habían llegado al extremo del bosque, donde acababan los árboles y comenzaban los campos—. Y ahora, ¿hacia dónde?

Erec fue directo al campo, y los otros lo siguieron. Kieran cada vez se apoyaba más pesadamente en Mark. Su rostro se veía muy pálido bajo la luna. Las estrellas resaltaban el azul y verde de su cabello. Su madre había sido un hada del mar, y un poco de la ondulante belleza del agua permanecía en el color del cabello de Kieran y en sus ojos.

Mark lo cogió con más fuerza sin darse cuenta. Estaba enfadado con Kieran, pero allí en Feéra, bajo la brillante policromía de las estrellas, era difícil no recordar el pasado, no pensar en todas las veces que se había aferrado a Kieran en busca de calor y compañía. En cómo había sido entonces y cómo había pensado que quizá siempre sería. En cómo había creído ser afortunado porque alguien como Kieran, un príncipe hermoso, se hubiera fijado en él.

El susurro de Kieran fue una leve caricia en el cuello de Mark.

—*Windspear*.

Windspear era el caballo de Kieran, o lo había sido. Lo había llevado con él desde la Corte cuando se había unido a la Cacería.

—¿Qué pasa con él? ¿Dónde está?

—Con la Cacería —contestó Kieran, y tosió con fuerza—. Fue un regalo de Adaon, cuando yo era pequeño.

Mark no había conocido antes a los medio hermanos de Kieran, las docenas de príncipes de diferentes madres que competían por el trono noseelie. Sabía, por las historias que le había contado Kieran, que Adaon era uno de los más amables. Erec

era lo opuesto. Había tratado de forma brutal a Kieran durante la mayor parte de su vida. Este pocas veces hablaba de él sin rabia.

—Me ha parecido oír sus pisadas —explicó Kieran—. Aún las oigo.

Mark escuchó con atención. Al principio no oyó nada; su oído no era tan agudo como el de Kieran o el de cualquier hada de pura sangre, sobre todo si no le funcionaban las runas. Tuvo que aguzar el oído, pero finalmente lo oyó. Eran cascos de caballo, y no de uno. Era la trápala estruendosa de docenas de cascos, proveniente del bosque.

—¡Julian! —gritó.

No pudo evitar el pánico en la voz. Julian lo oyó y se volvió al instante, aflojando la sujeción de Erec. Este se liberó y se lanzó a correr. Cruzó el campo, con la negra capa al viento, y se metió en el bosque.

—Con la buena compañía que era —murmuró Emma—. Todo eso de «nefilim, moriréis en la confusión de vuestra propia sangre» ha sido de lo más refrescante. — Se detuvo. Había oído los caballos—. ¿Qué es ese...?

Cortana pareció volar hasta su mano. Julian seguía sujetando la daga. Cristina había empuñado su navaja.

—La caballería del rey —dijo Kieran, sorprendentemente tranquilo—. No podéis luchar contra ellos.

—Tenemos que salir corriendo —señaló Mark—. Ahora.

Nadie se lo discutió. Echaron a correr.

Fueron a la carrera atravesando el campo y saltaron un muro de piedra al final del mismo. Mark cargaba con Kieran. El suelo comenzó a temblar con la fuerza de la distante caballería. Julian maldecía, soltando un interminable murmullo de tacos. Mark supuso que se estaba resarcido por todo lo que no podía soltar en el Instituto.

Avanzaban deprisa, pero no lo suficiente; necesitaban hallar otro bosque, algún tipo de resguardo. Pero no se veía nada en la distancia, y Mark tampoco conseguía entender las estrellas. Estaba tan exhausto que solo lo mareaban. Parecía que la mitad de su fuerza la dedicara a Kieran, no solo para cargar con él, sino también para animarlo a mantenerse en pie.

Llegaron a otro muro, no lo bastante alto para detener a los caballos hadas pero lo suficiente para ser un obstáculo para ellos. Emma lo saltó; Julian lo hizo tras ella y rozó un poco el borde con los dedos al pasarlo.

Kieran negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—Kier... —comenzó Mark, pero aquel había agachado la cabeza como un perro apaleado. El cabello, chorreando sudor, le caía sobre el rostro; tenía la camisa y la cintura de los pantalones empapadas de sangre—. Vuelves a sangrar. Creía que me habías dicho que te estabas curando.

—Y así lo creía yo —respondió Kieran a media voz—. Mark, déjame aquí...

Una mano se posó sobre el hombro de Mark. Cristina lo miró a los ojos.

—Yo te ayudaré a pasarlo por encima del muro.

—Gracias —dijo Mark. Kieran no parecía tener fuerzas ni para mirarla mal.

Cristina se subió a lo alto del muro y tendió las manos hacia abajo; juntos pasaron a Kieran al otro lado. Saltaron al suelo, junto a Emma y Julian, que los esperaban con cara de preocupación. Kieran aterrizó a su lado y se desplomó sobre el suelo.

—No puede seguir corriendo —indicó Mark.

Julian miró al otro lado del muro. El galope de los caballos se oía con fuerza, como un trueno en lo alto. Ya se veía la punta de vanguardia de la caballería noseelie, una oscura línea en movimiento.

—Tiene que hacerlo —opinó—. Nos matarán.

—Dejadme aquí —pidió Kieran—. Dejad que me maten.

Julian hincó una rodilla en el suelo. Puso la mano bajo la barbilla de Kieran e hizo que lo mirara a los ojos.

—Me has llamado «despiadado» —le señaló—. Y no siento ninguna compasión por ti, Kieran. Tú te has buscado esto. Pero si crees que hemos venido hasta aquí a salvarte solo para dejar que mueras tirado al lado de este muro, es que eres más tonto de lo que pensaba. —Su mano pasó del rostro de Kieran al brazo, alzándolo—. Ayúdame, Mark.

Juntos lo levantaron y siguieron corriendo. Era una tarea demencial. El pánico y el esfuerzo de sujetar a Kieran hacían perder a Mark su habilidad de Cazador; pasaron sobre rocas y raíces, se metieron en un espeso bosquecillo con ramas bajas que les arañaban la piel y el traje. A mitad de la espesura, Kieran dejó de moverse. Al final había perdido el sentido.

—Si muere... —comenzó Mark.

—No morirá —dijo Julian torvamente.

—Podríamos ocultarlo aquí y volver a buscarlo...

—No es como un par de zapatos. No podemos dejarlo y esperar que siga aquí cuando volvamos —siseó Julian.

—Queréis parar los dos... —los reconvino Emma, pero se interrumpió con un grito ahogado—. ¡Oh!

Habían salido del pequeño bosquecillo. Ante ellos se alzaba una empinada colina cubierta de hierba. Podían subirla, pero requeriría usar las manos y los pies. Sería imposible hacerlo con Kieran.

Hasta Julian se detuvo de golpe. El brazo de Kieran que estaba alrededor de su cuello le cayó inerte al costado. Mark tuvo la horrible sensación de que ya estaba muerto. Quería tumbarlo sobre la hierba, buscarle el latido del corazón, sujetarlo como debía sujetarse a un Cazador en sus últimos momentos.

En vez de eso, volvió la cabeza y miró hacia atrás. Cristina tenía los ojos cerrados; apretaba su colgante y la boca se le movía en una plegaria silenciosa. Emma sostenía a *Cortana* del mismo modo, con ojos alertas y relucientes. Los defendería hasta el final, también a Kieran; caería bajo los cascos de la caballería oscura.

Y se acercaban. Mark podía verlos, sombras entre los árboles. Los caballos como humo negro, los ojos ardientes como ascuas rojas, herrados con plata y oro llameantes. El fuego y la sangre les daban vida: eran asesinos brutales.

Mark creyó ver al rey cabalgando a la cabeza. Su yelmo de guerra estaba grabado con un dibujo de rostros gritando. La visera solo le cubría la mitad del rostro que era humana y hermosa, y dejaba a la vista la piel gris y muerta. Su único ojo ardía como veneno escarlata.

El sonido de su llegada era como el de un glaciar rompiéndose. Ensobercedor, letal. De repente, Mark deseó poder oír lo que decía Cristina, las palabras de su silenciosa oración. Le leyó el movimiento de los labios: «Ángel, ayúdanos, bendícenos, sálvanos».

—Mark. —Julian volvió la cabeza hacia su hermano, y de repente, sus ojos verde azulado parecían no tener barreras, como si estuviera a punto de pronunciar algo que llevara mucho tiempo deseando desesperadamente decir—. Si tú...

La colina pareció resquebrajarse. Un gran cuadrado frente a ellos pareció despegarse del resto y se abrió como una puerta. Mark se quedó boquiabierto. Había oído hablar de esas cosas, de colinas con puertas en las laderas, pero nunca había visto una.

Una luz relucía en la abertura. Semejaba un largo pasillo que se adentraba en el corazón de la colina. Una joven hada de orejas puntiagudas y cabello claro sujeto a la espalda con un trenzado de flores, se hallaba en la entrada sujetando una lámpara. Les tendió una mano.

—Venid —dijo, y su voz tenía el inconfundible acento de la corte seelie—. Venid, rápido, antes de que os alcancen, porque los jinetes del rey son salvajes y no os dejarán con vida.

—¿Y tú? —preguntó Julian—. ¿Tus intenciones son buenas?

Solo Julian era capaz de discutir con la providencia, pensó Mark. Pero Julian únicamente confiaba en su familia. Y a veces ni siquiera en ellos.

La joven sonrió.

—Soy Nene —contestó—. Os ayudaré y no os haré ningún mal. Pero venid ya, de prisa.

Mark oyó a Cristina susurrar un agradecimiento. Luego volvieron todos a correr, sin atreverse a mirar atrás. Uno a uno atravesaron la puerta hasta el corredor de tierra del otro lado. Mark y Julian fueron los últimos, cargando con Kieran. Mark vislumbró a los oscuros jinetes y oyó sus gritos de frustración y rabia. La puerta se cerró tras los chicos, sellando la colina.

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Emma miró a su alrededor maravillada. La entrada no mostraba ningún rastro de haber sido excavada en la ladera de una colina. Estaba hecha de piedra lisa de color ceniza, con el techo de mármol azul salpicado de estrellas doradas. Un sombrío corredor se internaba en la colina.

El hada, Nene, alzó la lámpara. El corredor estaba lleno de luciérnagas volando que emitían un resplandor limitado sobre el pequeño grupo. Emma vio a Julian con los labios apretados, a Cristina agarrando con fuerza su colgante. Mark estaba dejando a Kieran en el suelo con cuidado. Tardó un momento en darse cuenta de que Kieran estaba inconsciente, con la cabeza caída hacia atrás y la ropa cubierta de sangre.

—Ahora estamos en tierras seelie —dijo Nene—. Podéis utilizar vuestras runas y luces mágicas. —Miró a Kieran preocupada—. Podréis sanar a vuestro amigo.

—No podemos. —Julian sacó su luz mágica del bolsillo, que cubrió a Emma con el alivio del agua en el desierto—. No es cazador de sombras.

Nene se acercó más, sus cejas claras se arquearon mostrando consternación. Mark se hallaba en el suelo, sujetando a Kieran, que estaba blanco como el hielo.

—¿Es un Cazador? —preguntó.

—Ambos... —comenzó Mark.

—¿Hay algo que puedas hacer por él? —preguntó Emma, interrumpiéndolo antes de que Mark dijera demasiado.

—Sí. —Nene se arrodilló y dejó la lámpara en el suelo a su lado. Sacó un vial del interior del chaleco de piel blanca que llevaba sobre el vestido. Vaciló un momento, mirando a Mark.

—¿Tú no necesitas esto? ¿No estás herido?

Mark negó con la cabeza, perplejo.

—No, ¿por qué?

—Lo he traído para ti. —Sacó el tapón y se lo puso a Kieran sobre los labios mientras canturreaba algo para sí en un idioma que Emma no reconoció.

Kieran abrió la boca y tragó. Un líquido dorado claro le resbaló por las comisuras. Abrió los ojos lentamente y se incorporó, mientras bebía un segundo trago y luego un tercero. Sus ojos se encontraron con los de Nene por encima del borde de la botellita, y volvió el rostro. Se secó la boca con la manga.

—Guarda el resto —dijo con voz ronca—. Es suficiente.

Se puso en pie con la ayuda de Mark. Los otros habían guardado las estelas. Una

runa de sanación ardía en el brazo de Emma junto a otra de energía. Aun así, le dolía el cuerpo y el corazón. Seguía viendo a su padre, una y otra vez, mirándola desde la hierba.

No era él, no en realidad, pero eso no hacía que la imagen fuera menos dolorosa.

—Vamos —dijo Nene mientras guardaba el vial—. El bebedizo solo le servirá para un rato. Tenemos que apresurarnos a llegar a la Corte.

Comenzó a andar por el corredor y los otros la siguieron. Mark ayudaba a un tambaleante Kieran. Julian tenía su piedra de luz mágica en alto e iluminaba el pasillo. De lejos, las paredes parecían un intrincado mosaico, pero de cerca Emma vio que eran de resina transparente, y la parte exterior la cubrían pétalos de flores y alas de mariposa.

—Mi señora —dijo Cristina. Tenía el cabello, como el de Emma, lleno de hojas y cortezas con espinas—. ¿Qué has querido decir con que habías traído el bebedizo para Mark? ¿Cómo sabías que vendría aquí?

—Tenemos huéspedes en la Corte —contestó Nene—. Una chica con el pelo rojo y un chico rubio, cazadores de sombras.

—Jace Herondale y Clary Fairchild —supuso Emma.

—Me hablaron de los Blackthorn. Era un nombre que ya conocía. Mi hermana Nerissa amó a un hombre Blackthorn, y tuvo dos hijos, y murió de amor por él cuando se marchó.

Mark se detuvo de golpe. Kieran soltó un leve gemido de dolor.

—¿Eres la hermana de mi madre? —preguntó con incredulidad.

—Creo que por lo general llaman a eso «tía» —soltó Emma.

Mark le echó una mirada esquinada.

—Soy la que os llevó a tu hermana y a ti a la puerta de tu padre y os dejó allí para que os criara —contestó Nene—. Eres de mi sangre.

—Empiezo a preguntarme si hay alguno de vosotros que no tenga algún pariente largo tiempo perdido en Feéra —dijo Kieran.

—Yo no tengo —repuso Cristina, que parecía lamentarlo.

—La mitad de los parientes de Mark son hadas —indicó Emma—, ¿qué otra cosa iban a ser?

—Pero ¿cómo sabías que necesitaría que me salvaras? —le preguntó Mark al hada.

—El puka que os ha dejado pasar por la puerta de la luna es un viejo amigo —respondió Nene—. Me ha hablado de vuestro viaje y he supuesto cuál era tu misión. Sabía que no sobrevivirías a los trucos del Señor de las Sombras sin ayuda.

—Las flechas de fuego —dijo Julian. El corredor se había vuelto de piedra y tierra apisonada. Del techo colgaban raíces, cada una de ellas trenzada con flores relucientes que rompían la oscuridad. Vetas de minerales en las rocas brillaban suavemente y cambiaban cuando Emma las miraba—. Has sido tú.

Nene asintió.

—Y unos cuantos de la guardia de la reina. Luego, solo he tenido que ir unos pasos por delante de vosotros y abrir esta puerta. No ha sido fácil, pero hay muchas puertas que llevan a Seelie por todas las tierras del rey. Más de las que él sabe. —Miró con dureza a Kieran—. No contarás nada de esto, ¿verdad, Cazador?

—Pensaba que me creías cazador de sombras —contestó Kieran.

—Eso ha sido antes de que te viera los ojos —repuso ella—. Como mi sobrino, sirves a Gwyn. —Dio un leve suspiro—. Si mi hermana Nerissa hubiera llegado a saber que su hijo sería maldecido así, se le habría roto el corazón.

El rostro de Julian se ensombreció, pero antes de que pudiera decir nada, alguien se alzó frente a ellos. Habían llegado a un punto en que el corredor se abría formando una sala circular, de la que partían otros corredores en un montón de direcciones diferentes.

Un caballero hada les cerraba el paso. Un hombre alto, con piel del color del trigo y una expresión sombría que vestía una túnica y un jubón de brillante tela multicolor.

—Fergus —dijo Nene—. Déjanos pasar.

El aludido arqueó una ceja y respondió con un torrente de palabras en un idioma extraño y cantarín; no parecía enfadado, pero sí molesto. Nene alzó una mano y le respondió secamente. Mientras Emma la observaba, pensó que podía verle cierto parecido con Mark. No solo en el claro cabello rubio, sino también en la delicadeza de los huesos, la manera de moverse.

El caballero suspiró y se apartó a un lado.

—Ahora podemos irnos, pero nos llamarán a audiencia con la reina con las primeras luces del alba —explicó Nene, apresurándose a avanzar—. Venid, ayudadme a poner al Cazador en una habitación.

Emma tenía bastantes preguntas: ¿cómo podían saber allí cuándo llegaban las primeras luces del alba?; ¿por qué a Nene parecía disgustarle tanto la Cacería Salvaje?, y claro, ¿adónde iban? Pero se las guardó para sí y acabaron por llegar al final del corredor, donde las paredes eran de roca pulida y brillaban con piedras semipreciosas: ojo de tigre, azurita, jaspe. Había aberturas en la roca cubiertas con largas cortinas de terciopelo bordadas con hilo brillante.

Nene apartó una de las cortinas, dejando a la vista una habitación con paredes lisas que se curvaban hacia arriba formando una cúpula. De esta colgaban unas cortinas blancas que cubrían en parte una cama hecha de gruesas ramas con flores entrelazadas.

Nene dejó la lámpara en el suelo.

—Tended aquí al Cazador —dijo.

Kieran había guardado silencio desde que entraron en la corte seelie. Dejó que Mark lo llevara a la cama. Tenía bastante mal aspecto, pensó Emma. Mientras Mark lo ayudaba a tumbarse sobre el colchón, Emma se preguntó cuántas veces habría hecho Mark algo parecido por Kieran cuando este caía rendido después de una cacería, o cuántas veces lo habría hecho Kieran por Mark. Ser Cazadores era un

trabajo peligroso; no podía ni imaginarse cuánta sangre del otro debían de haber visto.

—¿Hay algún curandero en esta Corte? —preguntó Mark, incorporándose.

—Yo soy la curandera —contestó Nene—. Aunque pocas veces trabajo sola. Por lo general cuento con ayuda, pero la hora es avanzada y la Corte está medio vacía. —Miró a Cristina—. Tú me ayudarás.

—¿Yo? —replicó Cristina sobresaltada.

—Tienes un aire de sanadora —dijo Nene. Fue a un armarito de madera y abrió las puertas. En él había frascos de hierbas, manojos colgados de flores secas y viales con líquidos de diferentes colores—. ¿Puedes decirme el nombre de alguna de estas?

—Tiarela —contestó Cristina al instante, como si estuviera en clase—. Lechuga de minero, falso lirio, copa de la reina.

Nene parecía impresionada. Sacó de un cajón un paquete de telas de lino; algunas cortadas a lo largo par formar vendas, y se lo entregó a Cristina.

—Mucha gente en la habitación ralentiza la curación del paciente. Me llevaré a esos dos al lado; tú debes desnudar a Kieran.

Cristina se ruborizó intensamente.

—Mark puede hacerlo.

Nene puso los ojos en blanco.

—Como quieras. —Se volvió hacia la cama, donde Kieran se hallaba desplomado sobre las almohadas. Mark tenía manchas de sangre seca por la camisa y la piel, pero no parecía notarlo—. Chafa un poco de tiarela y dásela con agua. No lo vendes aún; tenemos que examinar la herida.

Salió de prisa de la habitación y Emma y Julian corrieron tras ella. Solo fueron unos cuantos pasos más allá por el corredor, donde una cortina roja ocultaba una puerta abierta. Nene la apartó y les hizo un gesto para que entraran.

Una vez dentro, Emma tuvo que contener un grito de asombro. Esta habitación era mucho más impresionante que la otra. El techo se perdía en las sombras. Las paredes eran de cuarzo plateado y relucían desde dentro, iluminando la sala con un suave resplandor. Flores de un blanco cremoso y marfil trepaban por las paredes y perfumaban el aire con el aroma de un jardín. Una enorme cama se hallaba sobre una plataforma, con escalones para subir hasta ella. Un montón de cojines de terciopelo y espléndidos cobertores la tapaban.

—¿Os servirá esto? —preguntó Nene.

Emma solo pudo asentir con la cabeza. En un lado de la habitación se extendía un seto, y en lo alto de este nacía una celosía de rosas. Detrás, una cascada de agua bajaba por las rocas. Cuando Emma miró al otro lado del seto, vio que esta se vertía en un estanque rodeado de piedras verdes y azules que formaban la silueta de una mariposa.

—No tan elegante como el Instituto —oyó decir a Julian—, pero servirá.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Emma—. ¿De la reina?

Nene rio.

—¿Los aposentos de la reina? Claro que no. Es de Fergus; bueno, él posee dos. Cuenta con el favor de la Corte. No le importará que durmáis aquí, ya que tiene guardia nocturna.

Se volvió para marcharse, pero se detuvo junto a la cortina y los miró de nuevo.

—¿Sois el hermano y la hermana de mi sobrino?

Emma abrió la boca y la volvió a cerrar enseguida. Para ella, Mark era más un hermano que cualquier otra cosa. Sin duda, era más un hermano que Julian.

—Sí —asintió Julian, notando su vacilación.

—Y lo amáis —dijo Nene.

—Creo que descubrirás, si te tomas tu tiempo para conocerlo, que es fácil amarlo —explicó Jules, y Emma notó que se le agrandaba el corazón, anhelándolo, anhelando que Mark y él estuvieran juntos, felices y contentos, como debería ser entre hermanos, y observando el desafío en la mirada de Julian al mirar a Nene: «Debes a mi hermano el amor que merece; demuéstraselo o te volveré la espalda».

Nene carraspeó.

—¿Y mi sobrina Alessa?

—Ahora se llama Helen —respondió Julian. Se calló un momento y Emma comprendió que estaba considerando si mencionar la situación de Helen o pasarlo por alto; aún no se fiaba lo suficiente de Nene—. Sí, es mi hermana, y la quiero tanto como quiero a Mark. Ambos son fáciles de querer.

—Fáciles de querer —repitió Nene con voz divertida—. Hay pocos de los nuestros de los que alguna vez diría que son fáciles de querer. —Pasó al otro lado de la puerta—. Debo apresurarme en volver, antes de que el chico Cazador expire —dijo, y se marchó.

Julian miró a Emma con las cejas arqueadas.

—Es muy...

—Sí —coincidió Emma, sin necesitar que acabara la frase para saber a qué se refería. Julian y ella casi siempre estaban de acuerdo sobre la gente. Notó que se le curvaba la boca en una sonrisa a pesar de todo, a pesar del increíble e imposible esfuerzo de la noche.

Y tampoco era que ya hubiera pasado el peligro, pensó, mientras recorría la habitación con la mirada. Muy pocas veces había visto un espacio tan hermoso. Había oído de hoteles en cuevas, lugares en la Capadocia y en Grecia donde había exquisitas habitaciones excavadas en la roca y forradas de seda y terciopelo. Pero ahí eran las flores las que le tiraban del corazón; esas flores blancas que olían como nata y azúcar, como las flores blancas que crecían en Idris. Parecían radiar luz.

Y luego estaba la cama. Con una especie de sobresalto tardío, se dio cuenta de que a Julian y a ella los habían dejado solos en una habitación de un romanticismo salvaje con una única cama muy grande y muy apetecible.

Definitivamente, las preocupaciones de la noche no habían acabado en absoluto.

Cuando Nene regresó, limpió con cuidado las heridas de Kieran ayudándose de trapos húmedos, presionando los bordes con suavidad con los dedos. Él se hallaba sentado, tieso y rígido en el borde de la cama, sin moverse ni reconocer lo que estaba ocurriendo, pero Cristina se dio cuenta, por el profundo arco que dibujaba su labio inferior, de que estaba sufriendo.

Mark estaba sentado a su lado, en silencio. Parecía agotado, deshecho, y no se movió para cogerle la mano a Kieran, solo se quedó sentado junto a él, hombro con hombro. Pero claro, tampoco habían sido nunca de los que se cogían, pensó Cristina. La Cacería Salvaje no era un lugar en el que esas tiernas muestras de cariño estuvieran bien consideradas.

—Había acónito en la punta de la flecha noseelie —explicó Nene cuando acabó de limpiarle la herida. Tendió la mano para que Mark le diera una venda y comenzó a envolverla a Kieran alrededor del delgado torso. A este lo habían desnudado, y después de que lo hubieran vendado, se volvió a vestir con unos vaqueros limpios y una camisa que habían dejado doblada a su lado. Kieran tenía cicatrices en la espalda, no muy diferentes de las de Mark, y se le extendían por lo alto de los brazos hasta el antebrazo. Era delgado pero de aspecto fuerte, con músculos bien perfilados en los brazos y en el pecho—. Si fueras humano, o incluso un ser mágico corriente, eso te habría matado, pero los Cazadores tenéis vuestra propia protección. Vivirás.

—Sí —asintió Kieran con un arrogante movimiento de barbilla. Pero Cristina se dio cuenta de que había dudado. No había respondido: «Sí, ya sé que viviré», con altanería. Realmente había temido que iba a morir.

Cristina admiraba su bravura. No podía evitarlo.

Nene puso los ojos en blanco y acabó de vendarlo. Tocó a Cristina en el hombro, mientras Kieran se ponía la camisa y se la abotonaba despacio con dedos temblorosos, y le señaló un cuenco de mármol, no muy profundo, lleno de trapos flotando en un líquido verdoso.

—Esas son las cataplasmas para prevenir que se infecte. Ponle una nueva en la herida cada dos horas.

Cristina asintió. No estaba segura de cómo iba a ponerse una alarma o a despertarse cada dos horas, o si se suponía que debía quedarse despierta durante toda la noche, pero de un modo u otro se las arreglaría.

—Toma —dijo Nene al tiempo que se inclinaba hacia Kieran con otro vial—. Bebe esto. No te hará ningún daño, solo te ayudará.

Al cabo de un momento, Kieran hizo lo que le decían. De repente, apartó el vial, tosiendo.

—¿Cómo te atreves...? —comenzó, y entonces los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó hacia las almohadas. Mark lo sujetó antes de que la espalda herida le tocara la cama y ayudó a Nene a tumbarlo de lado con cuidado.

—No te lo tomes a mal —lo disculpó Mark al ver la expresión de Nene—.

Siempre se duerme gritando eso.

—Necesitaba descansar —repuso ella sencillamente, y se marchó de la habitación.

Mark la observó irse, con el rostro marcado por la preocupación.

—No es lo que me imaginaba, cuando soñaba que podía tener familia en Feéra —explicó—. Durante muchos años he buscado y preguntado sin encontrar ni rastro de ellos. Ya lo había dejado correr.

—Se ha esforzado mucho para encontrarte y salvarte —dijo Cristina—. Es evidente que le importas.

—No me conoce —replicó Mark—. Las hadas están muy ligadas a su sangre. No podía dejarme caer en manos del rey noseelie. Lo que le ocurre a un miembro de la familia se refleja en los demás de la misma estirpe.

«Te ha tocado el pelo», quiso decirle Cristina. Cuando Nene se inclinó para venderle la espalda a Kieran, rozó con los dedos la punta del claro pelo de Mark. Él no lo había notado, y Cristina se preguntó si la creería si se lo decía.

Se sentó al pie de la cama. Kieran se había hecho un ovillo, con la oscura melena enmarañada bajo la inquieta cabeza. Mark se recostó en el cabezal. Tenía los pies descalzos sobre la cama, a solo unos centímetros de Cristina. Había estirado los brazos y sus dedos casi la tocaban.

Pero miraba a Kieran.

—No lo recuerda —dijo.

—¿Kieran? ¿Qué es lo que no recuerda?

Mark dobló las piernas contra el pecho. En la camisa y los pantalones rasgados y ensangrentados se parecía más al Mark que había sido cuando la Cacería Salvaje lo dejó marchar.

—En la corte noseelie lo golpearon y lo torturaron —explicó—. Me lo esperaba. Es lo que hacen con sus prisioneros. Después de desatarlo, en cuanto salimos del claro, me di cuenta de que le habían hecho algo por lo que había olvidado matar a Iarlath. No recuerda nada desde la noche en que nos vio hablando en la cocina.

—¿No recuerda los azotes, lo que les pasó a Jules y a Emma...?

—No recuerda ni que sucediera ni que yo lo dejara por eso —contestó Mark muy serio—. Me ha dicho que sabía que iría a buscarlo. Como si todavía..., como si fuéramos...

—¿Qué erais? —Cristina se percató de que nunca se lo había preguntado—. ¿Intercambiasteis promesas? ¿Teníais una palabra para ello, como «novio»?

—¿Novios? —repitió Mark—. No, nada de eso. Pero era algo y luego no era nada. Porque yo estaba furioso. —Miró a Cristina con rostro triste—. Pero ¿cómo puedo estar enfadado con alguien que no recuerda lo que hizo?

—Tus sentimientos son tus sentimientos. Kieran hizo todo eso. Lo hizo aunque no lo recuerde. —Cristina frunció las cejas—. ¿Parezco dura? No trato de serlo. Pero he estado con Emma después. He ayudado a venderle los cortes que le hizo el látigo.

—Y ahora has ayudado a vendar a Kieran. —Mark respiró hondo—. Lo siento, Cristina. Tener que sentarte aquí conmigo, con él...

—¿Lo dices por...? —Cristina se sonrojó. «¿Por cómo nos besamos en la fiesta?». Miró en su corazón, buscando celos, amargura o rabia hacia Mark. No había nada. Ni siquiera la rabia que había sentido hacia Diego cuando apareció Zara.

Y qué lejos parecía todo eso. Qué distante y qué poco importante. Si fuera por ella, Zara podía quedarse con Diego.

—No estoy enfadada —contestó—. Y tú no deberías preocuparte por lo que siento. Debemos concentrarnos en que Kieran está a salvo, en que podemos regresar.

—No puedo dejar de preocuparme por lo que sientes —replicó Mark—. No puedo dejar de pensar en ti en absoluto.

Cristina notó que se le disparaba el corazón.

—Sería un error pensar que la corte seelie es un lugar seguro donde podemos descansar. Hay un viejo dicho que asegura que la única diferencia entre seelie y noseelie es que la noseelie no disimula su maldad, mientras que la seelie la esconde. —Mark bajó la mirada. Kieran respiraba tranquilo—. Y no sé qué vamos a hacer con él —continuó—. ¿Enviarlo de vuelta a la Cacería? ¿Llamar a Gwyn? Kieran no entenderá que yo ahora me quiera separar de él.

—¿Es cierto? ¿Quieres separarte de él?

Mark no contestó.

—Lo entiendo —continuó ella—. Sí, siempre has necesitado tanto a Kieran que nunca habías tenido la oportunidad de pensar en lo que deseabas tener con él.

Mark hizo un suave ruidito al respirar. Le cogió la mano a Cristina sin dejar de mirar a Kieran. Se la apretaba con fuerza, pero ella no se soltó.

Julian estaba sentado en la enorme cama de Fergus. No veía a Emma, que estaba tras el alto seto que tapaba la vista del estanque de piedra, pero la oía salpicar, y el ruido que resonaba en las relucientes paredes.

Ese sonido lo tensaba aún más. Cuando acabara en el estanque, volvería y se metería en la cama con él. Había compartido la cama con Emma cientos de veces, quizá miles. Pero de niños no había significado nada, y más tarde, cuando ya no eran niños, se convenció a sí mismo de que seguía sin significar nada, incluso cuando se despertaba a medianoche para observar el modo en que los mechones de pelo le rozaban la mejilla mientras dormía. Incluso cuando ella comenzó a levantarse temprano para ir a correr a la playa y él se acurrucaba en la cama, en el calor que Emma había dejado en las sábanas e inhalaba el aroma de agua de rosas de su piel.

«Respira. —Hundió las manos en la almohada de terciopelo que se había puesto en el regazo—. Piensa en otra cosa».

Y no era que le faltaran cosas en las que pensar. Se hallaban en la corte seelie, no prisioneros pero tampoco invitados. Era tan difícil salir de Feéra como lo era entrar, y

por ahora todavía no tenían ningún plan de cómo hacerlo.

Pero estaba exhausto. Era la primera vez que se hallaba solo en un dormitorio con Emma desde que cortaron, y en ese raro momento, era su corazón el que pensaba, no su cerebro.

—¿Jules? —lo llamó ella. Recordó los pocos días en que ella lo había llamado Julian, cuando el sonido de esa palabra en su boca le rompía el corazón de placer—. Nene me ha dejado un vestido... —Suspiró—. Supongo que será mejor que lo veas.

Salió de detrás del seto que ocultaba el estanque, con el cabello suelto y el vestido puesto. La ropa de hada solía ser o muy decorada o muy simple. Ese vestido era simple. Finos tirantes se le cruzaban en la espalda; estaba hecho de una tela de seda blanca que se le pegaba al cuerpo húmedo como una segunda piel, marcándole todas las curvas de la cintura y las caderas.

Julian notó que se le secaba la boca. ¿Por qué le habría dejado Nene ese vestido? ¿Por qué no se podía acostar Emma con el traje de combate sucio? ¿Por qué lo odiaba así el universo?

—Es blanco —dijo ella, frunciendo el ceño.

«Para la muerte y el luto, el color es el blanco». Los cazadores de sombras usaban el blanco para los funerales, y los ojos de los cazadores de sombras muertos se cubrían con seda blanca al ir a incinerarlos.

—El blanco no significa nada para las hadas —repuso él—. Para ellas, es el color de las flores y las cosas naturales.

—Lo sé, pero... —Suspiró y comenzó a subir descalza la escalera de la tarima en la que se hallaba la cama. Se detuvo a examinar el enorme colchón, y movió la cabeza asombrada—. Vale, quizá no me cayera bien Fergus cuando lo vimos —comentó. El rostro le relucía del calor del agua, y tenía las mejillas sonrosadas—, pero debo admitir que podría dirigir un maravilloso *bed-and-breakfast*. Seguramente te pondría un poco de menta bajo la almohada por las noches con toda ternura.

El vestido se le desplazó un poco al subirse a la cama, y Julian se dio cuenta, horrorizado, de que estaba abierto por el costado casi hasta la cadera. Las largas piernas de Emma destellaron contra la tela cuando se tumbó sobre la colcha.

El universo no solo lo odiaba, sino que además estaba tratando de matarlo.

—Dame alguna almohada más —le pidió Emma, y cogió varias del lado de Julian antes de que este pudiera moverse. Él siguió sujetando con firmeza la que tenía en el regazo y miró a Emma sin emoción.

—Nada de robar toda la ropa —le dijo.

—¿Yo? Nunca. —Se colocó las almohadas a la espalda, en una pila en la que poder apoyarse. El pelo húmedo se le pegaba al cuello y a los hombros, largos tirabuzones de oro claro.

Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Emma lloraba muy pocas veces. Julian se dio cuenta de que en su charla, desde que había vuelto al dormitorio, tintineaba una falsa alegría, algo que tendría que haber sabido; él, que

conocía a Emma mejor que nadie.

—Eeh... —dijo, incapaz de contenerse, o de cambiar el cariñoso tono de su voz—. ¿Estás bien? Lo que pasó en la corte noseelie...

—Me siento tan estúpida... —repuso ella, sin nada de su habitual bravuconería en la voz. Tras esa fachada se hallaba Emma, su Emma, con toda su fuerza, inteligencia y bravura. Emma, que parecía destrozada—. Sé que las hadas engañan. Sé que mienten sin mentir. Y sin embargo el puka me dijo... me dijo que si entraba en Feéra, vería el rostro de alguien a quien había amado y perdido.

—Muy típico de los seres mágicos —repuso Julian—. Viste el rostro de tu padre, pero no era él. Era un espejismo.

—Era como si no pudiera razonar —explicó ella—. Como si tuviera la mente nublada. Lo único en lo que podía pensar era en que volvía a tener a mi padre.

—Y tu mente seguramente estaba nublada —dijo Julian—. En esta tierra hay toda clase de sutiles encantamientos que pueden confundir tus pensamientos. Y todo fue tan rápido... Yo tampoco sospeché que era un truco. Nunca he oído hablar de uno tan poderoso.

Ella no contestó. Estaba apoyada hacia atrás sobre las manos, el vestido blanco le dibujaba todo el cuerpo. Julian sintió una oleada casi de dolor, como si tuviera un tornillo en el cuerpo que le tensara la piel a cada vuelta que daba. Los recuerdos lo atacaban despiadados: cómo era pasar las manos por su cuerpo, la sensación de sus dientes contra su propio labio inferior. El arco de su cuerpo encajando en el de él: una doble luna, un signo de infinito destrenzado.

Siempre había pensado que el deseo debía de ser una sensación placentera. Nunca se le había ocurrido que pudiera cortar así, como una cuchilla bajo la piel. Antes de aquella noche en la playa con Emma, nunca hubiera creído que la deseara a ella más de lo que nunca había deseado a nadie. Pensó que el deseo podía matarlo. Pero en ese momento supo que la imaginación era un tenue reflejo de la realidad. Que incluso cuando la plasmaba sobre un lienzo, no podía capturar la sensación de su piel sobre la de él, el dulce sabor cálido de su boca. El deseo no lo iba a matar, pensó, pero saber lo que se estaba perdiendo, quizá sí.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Sin embargo, ya se las había mordido demasiado para causarse mucho daño.

—Ver que esa cosa se transformaba en algo que no era mi padre me hizo darme cuenta de lo mucho en mi vida que también es un espejismo —dijo Emma—. Me he pasado mucho tiempo buscando venganza, pero la venganza no me ha hecho feliz. Cameron no me hacía feliz. Pensaba que todo eso me haría feliz, pero era un espejismo. —Se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos y profundamente oscuros—. Tú eres lo único real en mi vida, Julian.

Este notaba los latidos del corazón por todo el cuerpo. Cualquier otra emoción, sus celos de Mark, el dolor por la separación de Emma, su preocupación por los niños, su miedo de lo que la corte seelie pudiera depararles, desapareció. Emma lo

estaba mirando con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos, y si se acercaba a él, si lo deseaba aunque fuera solo un poco, él se rendiría y se dejaría llevar. Aun cuando eso significara traicionar a su hermano, lo haría. La acercaría y se hundiría en ella, en su cabello, en su piel y en su cuerpo.

Sería algo que recordaría más tarde con un dolor como si le clavaran cuchillos al rojo vivo. Sería como recordarle de nuevo todo lo que nunca podría tener. Y se odiaría a sí mismo por haberle hecho daño a Mark. Pero nada de eso lo podría detener. Sabía hasta dónde llegaba su fuerza de voluntad, y había alcanzado su límite. Su cuerpo ya temblaba, se le aceleraba la respiración. Solo tenía que acercarse...

—Quiero que volvamos a ser *parabatai* —dijo Emma—. Como antes.

Esas palabras le estallaron como una granada en la cabeza. Ella no lo deseaba; quería ser su *parabatai* y eso era todo. Había estado ahí sentado pensando en lo que quería y en cuánto dolor podría soportar, pero nada de eso importaba si ella no lo amaba. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

—Siempre seremos *parabatai*, Emma —repuso con voz neutra—. Es para toda la vida.

—Todo ha sido muy raro desde que... desde que empecé a salir con Mark —explicó ella, mirándolo a los ojos—. Pero no es por Mark. Es por nosotros. Por lo que hicimos.

—Todo irá bien —contestó él—. No hay ningún libro de instrucciones para eso, ninguna guía. Piensa en Lucian Graymark y Valentine Morgenstern.

—Eso no nos va a pasar a nosotros. Nos escogimos cuando éramos niños. Yo te escogí a ti y tú me escogiste a mí. Eso es lo que representa la ceremonia de *parabatai*, en realidad, ¿no? Es una manera de sellar una promesa. La que dice que yo siempre te escogeré a ti.

Ella se apoyó un segundo sobre su hombro, un leve contacto, pero el cuerpo de Julian se encendió como los fuegos artificiales sobre el muelle de Santa Mónica.

—¿Jules?

Él asintió, desconfiando de lo que podía decir si hablaba.

—Yo también te escogeré siempre a ti —dijo ella por él, y apoyó la cabeza en su hombro mientras cerraba los ojos.

Cristina se despertó sobresaltada de un sueño inquieto. La habitación estaba en tinieblas. Se hallaba hecha un ovillo al pie de la cama, con las piernas bajo la barbilla. Kieran dormía apoyado contra las almohadas y Mark estaba en el suelo envuelto en mantas.

«Dos horas», había dicho Nene. Tenía que comprobar el estado de Kieran cada dos horas. Miró a Mark y decidió que no podía despertarlo, suspiró y se incorporó hasta quedarse sentada; se movió por la cama hacia el príncipe hada.

Mucha gente parecía tranquila al dormir, pero Kieran no era de esos. Respiraba

pesadamente, con los ojos moviéndose de un lado a otro tras los párpados. Las manos no paraban de agitarse inquietas sobre la colcha. Aun así, no se despertó cuando Cristina se inclinó para subirle la parte de atrás de la camisa.

Tenía la piel caliente de fiebre. Pero de cerca, era dolorosamente hermoso. Los angulosos pómulos bajo los grandes ojos, las espesas pestañas apoyadas como plumas sobre las mejillas, el cabello de un color azul oscuro.

Emma cambió la cataplasma deprisa; la vieja estaba medio empapada en sangre. Mientras se volvía a inclinar para bajarle la camisa, una mano le agarró la muñeca como una tenaza.

Unos ojos negro y plata la miraron. Movi6 los labios cuarteados y resecos.

—Agua —susurró él.

De algún modo, con solo una mano, Cristina consiguió servir agua de una botella que estaba en la mesilla de noche en una copa de alpaca y se la tendió. Él bebió sin soltarla.

—Quizá no me recuerdes —dijo—. Soy Cristina.

Él dejó la copa y se quedó mirándola.

—Ya sé quién eres —aseguró, pasado un momento—. He pensado... Pero no. Estamos en la corte seelie.

—Sí —corroboró ella—. Mark está durmiendo —añadió, por si él se preocupaba. Pero daba la impresión de tener la cabeza muy lejos.

—Pensé que esta noche moriría —dijo por fin—. Estaba preparado. Estaba dispuesto a morir.

—Las cosas no siempre suceden como creemos —repuso Cristina. No pensó que fuera un comentario muy convincente, pero Kieran se mostró aliviado. El agotamiento parecía bajarle por la cara, como una cortina cerrándose sobre una ventana.

La cogió con más fuerza.

—Quédate conmigo —le pidió.

Sorprendida, le habría contestado, incluso quizá se hubiera negado, pero no tuvo la oportunidad. Él ya se había dormido.

Julian yacía despierto.

Quería dormir; parecía que el agotamiento se le había metido hasta en los huesos. Pero la habitación estaba tenuemente iluminada y Emma estaba desquiciadoramente cerca. Notaba el calor de su cuerpo mientras dormía. Ella había apartado parte de la colcha que la cubría, dejando a la vista el hombro desnudo donde el tirante del vestido se le había caído y la silueta de la runa de *parabatai* en el brazo.

Pensó en las nubes de tormenta fuera del Instituto, en cómo ella lo había besado en los escalones del Instituto antes de que llegara Gwyn. No, era mejor ser sincero consigo mismo: lo hizo antes de apartarse y decir el nombre de su hermano. Eso

había sido el final.

Quizá era demasiado fácil ceder a los sentimientos inapropiados estando tan cerca. En parte, quería que ella lo olvidara y fuera feliz. Otra parte quería que ella recordara, del mismo modo que él recordaba, como si aquello que una vez habían sido juntos fuera una parte viva de su cuerpo.

Se pasó las manos por el cabello, inquieto. Cuanto más trataba de apartar esos pensamientos, más bullían, como el agua en el estanque de roca. Deseaba apretarse contra Emma, atraparle la boca en la suya; besar a la auténtica Emma y borrar el recuerdo de la *leanansídhe*, pero se hubiera conformado con acurrucarse a su lado, abrazarla durante la noche y sentir cómo su cuerpo se expandía y se contraía al respirar. Se hubiera conformado con dormir toda la noche solo con los muñiques entrelazados.

—Julian —dijo una voz suave—. Despierta, hijo de los espinos^[1].

Se sentó muy tieso. A los pies de la cama había una mujer. Ni Nene ni Cristina: era una mujer que nunca había visto en persona, aunque la conocía de haberla visto dibujada. Era delgada hasta el punto de ser demacrada, pero aún muy hermosa, con labios llenos y ojos azul cristal. El cabello rojo le llegaba en ondas hasta la cintura. El vestido parecía hecho para ella en algún momento anterior a su actual delgadez, pero aun así era encantador: de un azul profundo y blanco, con un estampado de delicadas plumas entrelazadas, le envolvía el cuerpo en una suavidad de plumón. Las manos eran largas y blancas; la boca, roja; las orejas, ligeramente puntiagudas.

Sobre la cabeza llevaba una diadema dorada; una corona de elaborada artesanía feérica.

—Julian Blackthorn —dijo la reina de la corte seelie—. Despierta y ven conmigo, porque tengo algo que mostrarte.

TRAS CRISTALES VELADOS

La reina caminó en silencio, y Julian, descalzo, tenía que apresurarse para mantenerse a su altura. Ella avanzaba por el largo corredor de la Corte con un claro objetivo.

Era difícil hacerse a la idea de la geografía del país de las hadas, con su terreno siempre cambiante, el modo en que espacios enormes cabían dentro de otros más pequeños. Era como si alguien hubiera planteado la cuestión filosófica de cuántos ángeles cabrían en la cabeza de un alfiler y la hubiera convertido en un paisaje.

Se cruzaron con otros miembros de la nobleza. En la corte seelie había menos *glamour* oscuro, menos vísceras, huesos y sangre. Libreas verdes reflejaban los colores de las plantas, los árboles y la hierba. Por todas partes había dorados: jubones dorados en los hombres, largos vestidos dorados en las mujeres, como si estuvieran canalizando la luz del sol que no los podía alcanzar bajo la tierra.

Por último salieron del corredor y entraron en una enorme sala circular. No tenía muebles, y las paredes eran de piedra lisa, curvadas hacia una claraboya en lo alto del techo. Directamente bajo esta se hallaba un gran pedestal de piedra sobre el que reposaba un cuenco dorado.

—Este es mi cristal mágico —dijo la reina—. Uno de los tesoros de las hadas. ¿Te gustaría mirar dentro?

Julian se quedó atrás. No tenía los conocimientos de Cristina, pero sabía para qué servía un cristal mágico. Permitía que al mirar en una superficie que reflejaba, por lo general un espejo o un charco de agua, se viera lo que sucedía en alguna otra parte del mundo. Ansiaba poder usarlo para ver cómo estaba su familia, pero no quería aceptar ningún regalo de las hadas a no ser que se viera obligado.

—No, gracias, mi señora —contestó.

Vio la furia destellar en los ojos de la reina. Lo sorprendió. Había pensado que la reina sería capaz de controlar mejor sus emociones. Pero la furia desapareció en un instante y le sonrió.

—Un Blackthorn está a punto de poner su vida en grave peligro —dijo—. ¿No es esa una buena razón para que mires en el cristal? ¿Preferirás ignorar el daño que se cierne sobre tu familia, sobre tu sangre? —Su voz era casi musical—. Por lo que sé de ti, Julian, hijo de los espinos, esa no es tu forma de ser.

Julian apretó los puños. ¿Un Blackthorn corriendo peligro? ¿Podría ser Ty, lanzándose en pos de algún misterio, o Livvy, como siempre decidida y temeraria? ¿Dru? ¿Tavvy?

—No se te tiente fácilmente —señaló ella, y su voz se volvió más suave, más

seductora. Le brillaron los ojos. Le gustaba eso, pensó Julian: la persecución, el juego —. Qué raro en alguien tan joven.

Julian pensó, casi con un humor desesperado, en la crisis nerviosa que había estado a punto de sufrir hacía un momento cerca de Emma. Pero esa era su debilidad. Todo el mundo tenía alguna. Años de negárselo todo, cualquier cosa que quisiera, por el bien de su familia, habían forjado su voluntad de tal forma que a veces hasta él se sorprendía.

—No puedo atravesarlo y cambiar lo que sucede, ¿verdad? —preguntó él—. Mirar ¿no sería solo una tortura para mí?

La Reina curvó los labios.

—No puedo decírtelo —respondió—. Yo no sé lo que va a pasar. Pero si no miras, tú tampoco lo sabrás nunca. Y por mi experiencia con humanos o nefilim, sé que no soportan no saber. —Miró hacia el agua—. Ah —dijo—. Llega a la convergencia.

Julian estaba junto al pedestal antes de darse cuenta, mirando dentro del agua, y lo que vio lo impresionó.

El agua era como cristal puro, como la pantalla de un televisor en el que se viera una escena con una claridad casi escalofriante. Julian estaba mirando la noche en las montañas de Santa Mónica, un panorama que le resultaba tan familiar que sintió cómo se le clavaba un dardo de añoranza de su casa.

La luna se alzaba sobre las ruinas de la convergencia. Grandes peñascos yacían tumbados por la explanada de hierba seca que se extendía hasta un acantilado que caía en picado al océano, azul oscuro en la distancia. Entre los peñascos se hallaba Arthur.

Julian no recordaba la última vez que había visto a su tío fuera del Instituto. Arthur se había puesto una gruesa chaqueta y botas, y llevaba una luz mágica en la mano, que resplandecía de forma débil. Nunca había parecido tanto un cazador de sombras, ni siquiera en la Sala de los Acuerdos.

—¡Malcolm! —gritó Arthur—. ¡Malcolm, te exijo que te presentes ante mí! ¡Malcolm Fade! ¡Aquí estoy, con sangre Blackthorn!

—Pero Malcolm está muerto —murmuró Julian, mirando dentro del cuenco—. Murió.

—Vuestra gente comete el error de considerar la muerte como muy definitiva —repuso la Reina alegremente—, sobre todo cuando se trata de brujos.

El miedo atravesó a Julian como una flecha. Había estado convencido, al marcharse del Instituto, de que dejaba a su familia a salvo. Pero si Malcolm estaba ahí, aún buscando la sangre de los Blackthorn... Aunque si Arthur se la estaba ofreciendo, Malcolm no debía de haberla conseguido; claro que, poco se podía fiar de Arthur...

—Chiss —chistó la reina, como si pudiera oír el clamor de sus pensamientos—. Mira.

—¡Malcolm! —gritó Arthur, y su voz resonó en las montañas.

—Aquí estoy. Aunque llegas pronto. —La voz pertenecía a una sombra, una sombra retorcida y deforme. Julian tragó con fuerza cuando Malcolm salió a la luz de la luna y lo que le habían hecho, o lo que se había hecho a sí mismo, se mostró con claridad.

El agua del cuenco se espesó. Julian casi fue a coger la imagen antes de controlarse y echar la mano hacia atrás.

—¿Dónde están? —preguntó con voz dura—. ¿Qué están haciendo?

—Paciencia. Deben de ir a algún lugar. Malcolm va a llevar allí a tu tío. —La reina seelie disfrutaba. Suponía que ya lo tenía en la palma de su mano, pensó Julian, y la odió por eso. Ella metió los largos dedos en el agua y Julian vio un breve torbellino de imágenes: las puertas del Instituto de Nueva York, Jace y Clary durmiendo en un prado verde, Jem y Tessa en un lugar oscuro y sombrío; y luego las imágenes volvieron a ser claras.

Arthur y Malcolm se hallaban en el interior de una iglesia antigua, con vidrieras y bancos tallados. Algo cubierto con una tela negra se encontraba sobre el altar. Algo que se movía un poco, inquieto, como un animal despertando.

Malcolm observó a Arthur con una sonrisa jugueteándole en el destrozado rostro. Parecía algo arrancado de alguna dimensión acuosa del infierno. Tenía grietas y charcos en la piel por los que goteaba agua de mar. Los ojos eran blanquecinos y opacos; le faltaba la mitad del cabello blanco y la piel del cráneo estaba moteada y llena de costras. Llevaba un traje blanco, y las fisuras de la piel le desaparecían de un modo incongruente bajo el cuello y los puños de la chaqueta.

—Para cualquier ritual de sangre, la sangre voluntaria es mejor que la involuntaria —dijo Arthur. Se hallaba en su pose desgarbada habitual, con las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Te daré la mía voluntariamente si juras que dejarás en paz a mi familia.

Malcolm se pasó la lengua azulada por los labios.

—¿Eso es todo lo que quieres? ¿Esa promesa?

Arthur asintió.

—¿No quieres el *Libro Negro*? —preguntó Malcolm con voz burlona mientras le daba unos golpecitos al libro que llevaba metido en la cintura de los pantalones—. ¿No quieres la seguridad de que nunca le haré daño a un nefilim?

—Tu venganza no me importa mientras mi familia siga indemne —contestó Arthur, y el alivio hizo que a Julian le temblaran las piernas—. La sangre Blackthorn que te daré debe saciar tu sed de ella.

Malcolm sonrió. Tenía los dientes torcidos y afilados, como los de un tiburón.

—Bien; si hago este trato, ¿me estoy aprovechando de ti, ya que estás loco? —consideró en voz alta—. ¿Acaso tu débil mente ha malinterpretado la situación? ¿Estás confuso, desorientado? ¿Sabes quién soy?

Arthur hizo una mueca de dolor, y Julian sintió una punzada de compasión por su

tío y un intenso odio hacia Malcolm.

«Mátalo —pensó—. Dime que llevas un cuchillo serafín, tío, y atraviésalo con él».

—Tu tío no estará armado —dijo la reina—. Fade se habrá ocupado de que así sea. —La reina observaba con un placer casi avaricioso—. El nefilim enajenado y el brujo loco. Es como en un libro de cuentos.

—Eres Malcolm Fade, traidor y asesino —contestó Arthur.

—Algo bastante desagradecido que decir de alguien que te ha estado proporcionando tus remedios durante todos estos años —murmuró Malcolm.

—¿Remedios? Más bien mentiras temporales. Hiciste lo que tenías que hacer para seguir engañando a Julian —replicó Arthur, y Julian se sorprendió al oír su nombre—. Le dabas mi medicina porque eso hacía que confiara en ti. Mi familia te quería. Más de lo que nunca me quisieron a mí. Les clavaste un cuchillo en el corazón.

—Oh —murmuró Malcolm—. Ojalá.

—Prefiero estar loco a mi manera que a la tuya —le espetó Arthur—. Lo tenías todo. Amor, una vez; poder e inmortalidad, y lo arrojaste a la cuneta como si fuera basura. —Miró hacia la cosa que se removía en el altar—. Me pregunto si aún te querrá, cuando vea cómo eres ahora.

El maltrecho rostro de Malcolm se retorció en una mueca.

—Ya basta —dijo, y una fugaz expresión de triunfo apareció en las cansadas y envejecidas facciones de Arthur. Había descolocado a Malcolm, a su manera—. Acepto tu propuesta. Ven aquí.

Arthur avanzó hacia él. Malcolm lo cogió y comenzó a empujarlo hacia el altar. La luz mágica de Arthur ya no estaba, pero había velas ardiendo en los soportes colgados de las paredes, y lanzaban una luz amarillenta y parpadeante.

Malcolm sujetó a Arthur con una mano y lo hizo inclinarse sobre el altar; con el muñón del otro brazo apartó la tela negra. El cuerpo de Annabel quedó al descubierto.

—Oh —exclamó en un susurro la reina—. Fue muy hermosa, en un tiempo.

Ya no lo era. Annabel era un esqueleto, aunque no del tipo con huesos limpios y blancos que se ve en el arte y en los cuadros. Tenía piel, reseca y curtida, salpicada de agujeros por donde los gusanos habían entrado y salido. Julian notó que el estómago se le retorcía de asco. Estaba cubierta por un sudario blanco, pero se le veían las piernas y los brazos. En algunos puntos la piel se había levantado y el moho crecía sobre los huesos y los tendones secos.

Del cráneo le colgaba un pelo oscuro y quebradizo. Movié la mandíbula al ver a Malcolm, y de su destrozada garganta surgió un gemido. Parecía estar moviendo la cabeza.

—No te preocupes, cariño —dijo Malcolm—. Te he traído lo que necesitas.

—¡No! —gritó Julian, pero era como se había temido: no podría detener lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. Malcolm cogió el puñal que había junto a Annabel y

le cortó el cuello a Arthur.

La sangre salió a borbotones y cayó sobre Annabel, sobre su cuerpo y la piedra en la que yacía. Arthur trató de agarrarse el cuello, y Julian sintió náuseas, aferrado a los costados del cuenco.

El sudario de Annabel se había vuelto escarlata. Las manos de Arthur fueron cayendo poco a poco a los costados. Se mantenía derecho solo porque Malcolm lo sujetaba. La sangre empapó el escaso cabello de Annabel y la piel reseca. La parte delantera del traje blanco de Malcolm pasó a ser una sábana escarlata.

—Tío Arthur —susurró Julian. Notaba el sabor de la sal en los labios. Por un momento pensó, aterrorizado, que estaba llorando, y delante de la reina, pero solo se había mordido el labio. Notó el sabor metálico de su propia sangre mientras Arthur se desplomaba en brazos de Malcolm y este apartaba, impaciente, el cuerpo, que quedó en el suelo junto al altar, inmóvil.

—Annabel —susurró Malcolm.

Ella había comenzado a reaccionar.

Los miembros se movieron primero, estiró las piernas y los brazos, las manos queriendo agarrar nada. Por un momento, Julian pensó que algo iba mal con el agua del cuenco, algún reflejo extraño, pero se dio cuenta de que era la propia Annabel. Un halo blanco parecía extenderse sobre ella... No, era piel, que crecía para cubrir los desnudos huesos y los desgarrados tendones resecos. El cadáver dio la impresión de hincharse en todas direcciones cuando la piel fue dibujando su forma, como si el esqueleto se hubiera introducido en un fino guante. El gris y el blanco se volvieron rosa; los pies desnudos y las pantorrillas ya semejaban humanos. Hasta se veían claramente las uñas en la punta de los dedos del pie.

La piel le fue subiendo por el cuerpo, bajo el sudario, cubriéndole el pecho y la clavícula y luego bajando por los brazos. Abrió las manos, los dedos separados mientras palpaba el aire. El cuello se arqueó hacia atrás y al mismo tiempo una melena de color castaño oscuro le surgió del cráneo. Los pechos se alzaron bajo el sudario, las huecas mejillas se le llenaron, y abrió los ojos.

Eran ojos Blackthorn, de un verde azulado brillante como el mar.

Annabel se incorporó hasta quedar sentada, apretando contra sí los harapos de su sudario ensangrentado. Bajo este se hallaba el cuerpo de una mujer joven. Una espesa cabellera caía enmarcándole un rostro blanco y ovalado; los labios eran carnosos y rojos; los ojos relucían de asombro mientras miraba a Malcolm.

Y el brujo se había transformado. Todo el horrible daño que se le había causado pareció desvanecerse, y por un momento Julian lo vio como debía de haber sido cuando era un joven enamorado. Tenía un aire de dulzura e intriga y parecía haberse quedado paralizado, con el rostro brillando de adoración por Annabel cuando ella bajaba del altar. Puso los pies sobre el suelo de piedra junto al cuerpo inerte de Arthur.

—Annabel —dijo Malcolm—. Mi Annabel. Te he esperado durante un largo

tiempo. He hecho tanto para traerte de vuelta junto a mí... —Dio un vacilante paso hacia ella—. Mi amor. Mi ángel. Mírame.

Pero Annabel estaba mirando a Arthur. Despacio, se agachó y recogió el cuchillo que había caído junto a él. Cuando se incorporó, con la mirada fija en Malcolm, las lágrimas le corrían por el rostro. Con los labios formó una silenciosa palabra. Julian se acercó más, pero era demasiado débil para oírla. La superficie del cristal mágico había comenzado a agitarse y a temblar, como la superficie del mar antes de una tormenta.

Malcolm parecía acongojado.

—No llores —pidió—. Mi amor, mi Annabel. —Fue a cogerla.

Annabel dio un paso hacia él, alzando el rostro para mirarlo. Él se inclinó como si fuera a besarla, y en ese momento ella alzó el brazo y le hundió el cuchillo en el cuerpo.

Malcolm la miró sin poder creérselo. Luego gritó. Fue más que un grito de dolor: fue un aullido de absoluta y desesperada traición y desconsuelo. Un alarido que pareció rasgar todo el universo y destrozar las estrellas.

Se tambaleó hacia atrás, pero Annabel lo persiguió, un fantasma de sangre y terror envuelto en un sudario blando y rojo. De nuevo le asestó un golpe con el cuchillo y le abrió el pecho. Él cayó al suelo.

Incluso entonces, Malcolm no levantó ni una mano para apartarla mientras ella se ponía sobre él. La sangre le burbujeó en las comisuras de la boca cuando habló:

—Annabel —dijo casi sin aliento—. Oh, mi amor, mi amor...

Ella lo acuchilló una y otra vez, clavándole el puñal en el corazón. Malcolm se sacudió. La cabeza le cayó hacia atrás y los ojos se le pusieron en blanco. Sin ninguna expresión en el rostro, Annabel se inclinó y le arrancó el *Libro Negro* del cinturón. Sin volverse para mirar a Malcolm, se fue alejando, salió de la iglesia y desapareció del alcance del cristal mágico.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Julian. Casi ni reconocía su propia voz—. Síguela, usa el cristal...

—El cristal mágico no puede encontrar su camino entre tanta magia negra —explicó la reina. El rostro le relucía, como si acabara de contemplar algo maravilloso.

Julian no pudo evitar apartarse de ella con un ademán de temor. Lo único que quería era ir corriendo a un rincón de la sala y vomitar. Pero la reina interpretaría eso como una debilidad. Encontró el camino hasta la pared y se apoyó en ella.

La reina se quedó donde estaba, con una mano en el borde del cuenco, sonriéndole.

—¿Has visto que Fade no ha levantado ni un dedo para defenderse? —le preguntó—. Eso es amor, hijo de los espinos. Agradecemos los golpes más crueles, y cuando nos hacen sangrar, susurramos nuestro agradecimiento.

Julian se apoyó con más fuerza contra la pared.

—¿Por qué me has mostrado eso?

—Negociaré un trato contigo —contestó—. Y hay cosas que no quiero que desconozcas cuando lo hagamos.

Julian trató de calmar su respiración, obligándose a sumergirse más en su propia cabeza, en sus peores recuerdos. Se hallaba en la Sala de los Acuerdos, tenía doce años y acababa de matar a su padre. Se hallaba en el Instituto y acaba de descubrir que Malcolm Fade había raptado a Tavvy. Se hallaba en el desierto y Emma le estaba diciendo que amaba a Mark; a Mark, no a él.

—¿Qué clase de trato? —preguntó, y su voz era tan firme como una roca.

Ella meneó la cabeza con arrogancia. El rojo cabello le enmarcaba el rostro demacrado y macilento.

—Deberéis estar todos los de vuestro grupo juntos cuando hagamos el trato, cazador de sombras.

—No haré tratos contigo —replicó Julian—. La Paz Fría...

La reina se rio.

—Habéis roto la Paz Fría mil veces, niño. No pretendas que no sé nada de ti ni de tu familia. A pesar de la Paz Fría, a pesar de todo lo que he perdido, sigo siendo la reina de la corte seelie.

Julian no pudo evitar preguntarse qué significaría lo de «a pesar de todo lo que he perdido». ¿Qué había perdido exactamente? ¿Se referiría solo a la presión de la Paz Fría, a la vergüenza de perder la Guerra Oscura?

—Además —continuó ella—, aún no sabes lo que te estoy ofreciendo. Ni tampoco lo saben tus amigos. Creo que podrían estar bastante interesados, sobre todo tu adorable *parabatai*.

—¿Tienes algo para Emma? —inquirió él—. Entonces ¿por qué me has traído aquí solo?

—Había algo que deseaba decirte a ti. Algo que quizá no quieras que ella sepa que tú sabes. —Una pequeña sonrisita le jugueteó en los labios. Dio otro paso hacia él. Estaba lo bastante cerca para que Julian viera el detalle de las plumas de su vestido, los puntitos de sangre que mostraban que se las habían arrancado de raíz a los pájaros—. La maldición de *parabatai*. Sé cómo romperla.

Julian sintió que no podía respirar. Era lo que el puka le había dicho a él en la puerta: «En el país de las hadas, encontrarás a alguien que sabe cómo se puede romper el vínculo de *parabatai*».

Había llevado esa información en el corazón desde que llegaron allí. Se preguntó mil veces quién podría ser. Pero era la reina; claro, la reina. Alguien en quien no podía confiar en absoluto.

—¿La maldición? —preguntó, manteniendo la voz tranquila y un poco perpleja, como si no tuviera ni idea de por qué la llamaba así.

Algo indefinible destelló en los ojos de la reina.

—El vínculo de *parabatai*, debería decir. Pero para ti es una maldición, ¿no es cierto? —Lo cogió por la muñeca y le giró la mano. Las marcas que se había hecho

con las uñas mordidas eran tenues, pero aún visibles. Pensó en el cristal mágico. En ella observándolo con Emma en la habitación de Fergus. Supo cuándo Emma se quedó dormida. Cuándo él era vulnerable. Sabía que amaba a Emma. Quizá fuera algo que pudiera ocultar a su familia y amigos, pero a la reina de la corte seelie, acostumbrada a buscar las debilidades, las vulnerabilidades de la crueldad que acompañaban a las verdades desagradables, le resultaría tan evidente como un faro—. Como he dicho —añadió ella sonriendo—, acogemos bien las heridas de amor, ¿o no?

Una oleada de furia lo recorrió, pero su curiosidad fue más fuerte. Apartó la mano de la de la reina.

—Dime —asintió—. Dime lo que sabes.

Caballeros hadas vestidos de verde, dorado y rojo fueron a buscar a Emma para llevarla a la sala del trono. Estaba un poco sorprendida por la ausencia de Julian, aunque se tranquilizó al reunirse con Mark y Cristina en el corredor, escoltados de igual modo, y él le contó en voz baja que había oído a uno de los guardias decir que Julian ya los estaba esperando en la sala del trono.

Emma maldijo su propio cansancio. ¿Cómo no había notado que se marchaba? Se obligó a dormir, incapaz de soportar ni un segundo más el estar tan cerca de Julian sin poder abrazarlo. Y él estaba tan tranquilo, tan absolutamente tranquilo... La había mirado con una distante simpatía, incluso con amabilidad, cuando le aseguró que su amistad estaba intacta, y eso le dolió de un modo espantoso y lo único que quiso fue que el agotamiento lo borrara todo.

Tocó a *Cortana*, que tenía atada a la espalda. Había puesto el resto de las cosas de Julian y las suyas en la mochila. Se sentía tonta llevando un arma sobre un vestido tan ligero, pero no quiso cambiarse delante de la guardia de la reina. Se ofrecieron a llevarle la espada, pero se negó. Nadie tocaba a *Cortana* excepto ella.

Cristina casi temblaba de excitación.

—El trono de la reina seelie —susurró—. He leído sobre él pero nunca pensé que lo llegaría a ver. Dicen que su aspecto cambia según el humor de la reina.

Emma recordó a Clary explicándole sus experiencias en la Corte; le había hablado de una habitación de hielo y nieve en la que la reina vestía de plata y oro, de una cortina de mariposas agitando las alas. Pero no era exactamente así cuando llegaron. Como Mark había dicho, Julian ya estaba en la sala del trono. Era un lugar ovalado y vacío, lleno de un humo grisáceo que reptaba por el suelo y crepitaba por el techo, donde lo atravesaban pequeños dardos de iluminación negra. No había ventanas, pero el humo formaba dibujos en las paredes: un campo de flores muertas, una ola rompiendo, el esqueleto de una criatura alada.

Julian estaba sentado en los escalones que subían al gran bloque de piedra donde se hallaba el trono de la reina. Iba vestido con una mezcla de traje de combate y ropa

normal, y sobre la camisa se había puesto una chaqueta que solo podría haber encontrado en Feéra. Destellaba con hilos brillantes y trozos de brocado, y las mangas estaban dobladas dejando al aire los antebrazos. El brazalete de cristal marino brillaba en su muñeca.

Alzó la vista cuando los otros entraron. Incluso en medio de aquel fondo incoloro, sus ojos verde azulado brillaban.

—Antes de que digáis nada, tengo algo que contaros —anunció. Emma solo prestó la mitad de su atención a sus palabras; la otra mitad la dedicó a observar lo curiosamente cómodo que parecía.

Se lo veía tranquilo, y Julian solo estaba así de tranquilo cuando se sentía más asustado. Pero siguió hablando y Emma se fue dando cuenta de lo que decía. Se quedó impresionada. ¿Malcolm muerto, vivo y muerto otra vez? ¿Arthur asesinado? ¿Annabel resucitada? ¿El *Libro Negro* desaparecido?

—Pero Malcolm estaba muerto —dijo como adormecida—. Yo lo maté. Vi alejarse su cuerpo flotando. Estaba muerto.

—La reina me ha advertido que no consideráramos la muerte como algo tan definitivo —explicó Julian—. Sobre todo en el caso de los brujos.

—Pero Annabel está viva —repuso Mark—. ¿Qué quiere? ¿Por qué se ha llevado el *Libro Negro*?

—Todas son preguntas muy acertadas, Miach —dijo una voz desde el otro lado de la sala. Todos se volvieron, sorprendidos; todos menos Julian.

Salió de las grises sombras envuelta en más gris: un largo vestido hecho de alas de polilla y ceniza, con un pronunciado escote que dejaba al descubierto los prominentes huesos de la clavícula. Tenía el rostro enjuto, triangular, dominado por unos ardientes ojos azules. Su melena roja estaba recogida a la espalda en una tirante red de plata. La reina. Había un destello en sus ojos: malicia o locura, pero era difícil estar seguro de cuál.

—¿Quién es Miach? —preguntó Emma.

La reina señaló a Mark con un movimiento de la mano.

—Él —contestó—. El sobrino de mi doncella Nene.

Mark parecía anonadado.

—Nene llamó «Alessa» a Helen —recordó Emma—. Así que... ¿sus nombres eran Alessa y Miach?

—No sus nombres completos, que confieren poder. No. Pero mucho más armoniosos que Mark y Helen, ¿no te parece? —La reina fue hacia Mark agarrándose la falda con una mano. Fue a tocarle la cara.

Él no se movió. Parecía petrificado. Durante años le habían metido en los huesos el miedo a las hadas de la nobleza y a los monarcas en particular. Fue Julian quien puso mala cara cuando la reina le acarició la mejilla a Mark.

—Guapo chico —dijo—. Era un desperdicio que estuvieras en la Cacería Salvaje. Podrías servir aquí, en mi Corte.

—Ellos me raptaron —repuso Mark—. Tú no.

Incluso la reina pareció un poco perpleja.

—Miach...

—Mi nombre es Mark. —Lo dijo sin hostilidad o rechazo. Era simplemente un hecho. Emma vio la chispa en los ojos de Julian: orgullo por su hermano mientras la reina bajaba la mano. Fue hacia su trono, y Julian se levantó y descendió por los escalones para unirse a los otros mientras ella se sentaba.

La reina les sonrió, y las sombras se movieron a su alrededor como si se lo hubiera ordenado, formando volutas y formas de flores.

—Julian ya os ha contado todo lo que ha ocurrido —dijo ella—. Ahora podemos negociar.

A Emma no le gustó el modo en que la reina había pronunciado el nombre de Julian: un «Julian» posesivo y casi lánguido. También se preguntó dónde habría estado la reina mientras él les explicaba todo lo que había sucedido. Estaba convencida de que no tan lejos como para no oírlos. En algún lugar cercano, donde pudiera escuchar la conversación y valorar sus reacciones.

—Nos has traído a todos aquí, mi señora, pero no sabemos por qué —dijo Julian. Su expresión demostraba claramente que no sabía lo que la reina les iba a pedir. Pero también estaba claro que no había decidido negarse—. ¿Qué quieres de nosotros?

—Quiero que encontréis a Annabel Blackthorn por mí —contestó ella—, y que recuperéis el *Libro Negro*.

Se miraron unos a otros; fuera lo que fuese que habían esperado oír, no era esto en absoluto.

—¿Quieres el *Libro Negro*? —preguntó Emma—. ¿No a Annabel?

—Solo el libro —respondió la reina—. Annabel no importa, excepto porque tiene el libro. Al haber sido resucitada después de tanto tiempo, seguro que está loca.

—Bueno, eso hace que buscarla sea mucho más divertido —ironizó Julian—. ¿Por qué no puedes enviar a tu Corte a buscarla entre los mundanos?

—La Paz Fría hace que eso sea muy difícil —respondió la reina con sequedad—. Mi gente o yo seríamos apresados en cuanto nos vieran. Vosotros, por otro lado, sois los preferidos del Consejo.

—Yo no diría «preferidos» —comentó Emma—. Eso sería exagerar un poco.

—Y dinos, ¿para qué quiere la reina de las hadas el *Libro Negro de los Muertos*? —preguntó Mark—. Es un juguete para magos.

—Y muy peligroso en malas manos, aunque esas manos fueran de hada —añadió la reina—. El rey noseelie está ganando poder desde la Paz Fría. Ha apestado las tierras noseelie con maldad y las ha inundado con ríos de sangre. Vosotros mismos habéis visto que ningún trabajo del Ángel puede sobrevivir en su tierra.

—Cierto —dijo Emma—. Pero ¿qué más te da a ti que él haya hecho de las tierras noseelie un lugar vetado a los cazadores de sombras?

La reina la miró con una sonrisa que no se le reflejaba en los ojos.

—Eso me da igual —contestó—. Pero el rey se ha llevado a uno de los míos. Un miembro muy querido de mi Corte. Tiene a esa persona cautiva en sus tierras. La quiero de vuelta.

Su voz era fría.

—¿Y cómo va a ayudarte a conseguir eso el libro? —preguntó Emma.

—El *Libro Negro* es más que necromancia —indicó la reina—. Contiene hechizos que me permitirán rescatar al cautivo de la corte noseelie.

Cristina negó con la cabeza.

—Mi señora —dijo. Su voz era muy dulce, firme y nada ansiosa—. Aunque nos compadecemos por tu pérdida, deberemos enfrentarnos a grandes peligros y trabajos solo por asistirte. Creo que tendrás que ofrecernos algo muy especial para conseguir nuestra ayuda.

La reina pareció divertida.

—Eres muy decidida, para ser tan joven. —Los anillos le destellaron en los dedos al gesticular—. Pero nuestros intereses son parejos. Vosotros no queréis que el *Libro Negro* llegue a manos del rey, y yo tampoco. Estaría más seguro aquí, en mi Corte, de lo que nunca podría estarlo en el mundo exterior; el rey también lo estará buscando, y solo en el corazón de Seelie se puede proteger el libro de él.

—Pero ¿cómo sabemos que no lo emplearás también para ir en contra de los cazadores de sombras? —preguntó Emma inquieta—. No ha pasado tanto tiempo desde que soldados de Seelie atacaron Alacante.

—Los tiempos cambian y también las alianzas —repuso la reina—. En este momento, el rey es una amenaza mayor para mí que los nefilim. Y os probaré mi lealtad. —Echó la cabeza hacia atrás y su corona brilló—. Ofrezco acabar con la Paz Fría —dijo—, y el regreso de tu hermana, Alessa, junto a ti.

—Eso está más allá de tu poder —replicó Mark. Pero no había sido capaz de controlar su reacción ante el nombre de su hermana; los ojos le brillaban abiertamente. Y también los de Julian. Alessa. Helen.

—No es cierto —respondió la reina—. Traedme el libro y ofreceré mis tierras y mis armas al Consejo para que, juntos, podamos derrotar al rey.

—¿Y si dicen que no?

—No lo harán. —La reina parecía muy segura—. Entenderán que solo aliándose con nosotros podrán derrotar al rey, y que para establecer esa alianza deben poner fin a la Paz Fría. Tengo entendido que tu hermana fue penada con el castigo nefilim del exilio porque es hada en parte. Está en manos del Inquisidor el revocar tal sentencia de exilio. Con el fin de la Paz Fría, tu hermana será libre.

Emma sabía que la reina no podía mentir. Aun así, sentía que los estaba engañando de alguna manera. Miró a su alrededor, y por las expresiones incómodas de los otros, tuvo claro que no era la única que pensaba eso. Y sin embargo...

—¿Quieres hacerte con las tierras noseelie? —preguntó Julian—. ¿Y quieres que la Clave te ayude a lograrlo?

Ella agitó una mano con indolencia.

—¿Y de qué me servirían a mí las tierras noseelie? No me tienta la conquista. Otro será puesto en el trono para reemplazar al Señor de las Sombras, uno que se muestre más amistoso con los asuntos de los nefilim. Eso interesaría a los vuestros.

—¿Ya has pensado en alguien? —inquirió Julian.

Y la reina sonrió, sonrió de verdad, y eso hacía olvidar lo delgada y ajada que parecía. Su belleza se tornaba gloriosa cuando sonreía.

—Sí. —Se volvió hacia las sombras a su espalda—. Traedlo —ordenó.

Una de las sombras se movió y se despegó de la pared. Emma vio que era Fergus cuando pasó bajo el arco de la entrada y regresó un momento después. Emma estaba segura de que nadie se sorprendió al ver a quién llevaba con él, parpadeando, asombrado y tan taciturno como siempre.

—¿Kieran? —exclamó Mark atónito—. ¿Kieran, rey de la corte noseelie?

Este consiguió parecer asustado e insultado al mismo tiempo. Se había puesto ropa nueva, una camisa de lino, calzas y una chaqueta de color beige, aunque seguía muy pálido y los vendajes del torso eran visibles a través de la camisa.

—No —dijo—. Definitivamente no.

La reina se echó a reír.

—No, Kieran, no —aclaró—. Su hermano Adaon.

—Adaon no querrá —afirmó Kieran. Fergus sujetaba al príncipe con firmeza por el brazo. El Cazador parecía fingir que eso no estaba ocurriendo, como un modo de mantener la dignidad—. Es leal al rey.

—Entonces no parece que pueda ser muy amistoso con los nefilim —añadió Emma.

—Odia la Paz Fría —repuso la reina—. Todos lo saben, al igual que todos saben también que es leal al rey noseelie y que acepta sus decisiones. Pero solo mientras el rey viva. Si la corte noseelie es derrotada por una alianza entre los cazadores de sombras y la gente seelie, será fácil colocar en el trono a quien decidamos.

—Haces que todo parezca muy simple —comentó Julian—. Si no estás pensando en poner a Kieran en el trono, ¿para qué lo has hecho venir aquí?

—Tengo pensada otra cosa para él —contestó la reina—. Necesito un enviado. Uno de quien conozcan la identidad. —Se volvió hacia Kieran—. Serás mi mensajero en la Clave. Jurarás lealtad a uno de estos cazadores de sombras. Por eso, y porque eres el hijo del Señor de las Sombras, cuando hables con el Consejo sabrán que hablas por mí, y que no volverán a ser engañados como lo fueron por el mentiroso de Meliorn.

—Kieran tiene que estar de acuerdo con el plan —intervino Mark—. Debe ser él quien decida.

—Bueno, él debe decidir, sin duda —admitió la reina—. Puede aceptar o puede ser, con toda seguridad, asesinado por su padre. Al rey no le gusta que se le escapen los condenados.

Kieran murmuró algo para sí.

—Juraré lealtad a Mark —indicó después—. Haré lo que él me pida que haga, y seguiré a los nefilim por él. Y hablaré con Adaon a favor de tu causa, aunque al final será lo que él decida.

Algo destelló en los ojos de Julian.

—No —dijo—. No harás eso por Mark.

Mark miró a su hermano asombrado. La expresión de Kieran se hizo más tensa.

—¿Y por qué no por Mark?

—El amor complica las cosas —afirmó Julian—. Un juramento debe estar libre de otros lazos.

Kieran parecía a punto de estallar. El pelo se le había puesto negro por completo. Con una mirada furiosa a Julian, avanzó hacia los cazadores de sombras... y se arrodilló ante Cristina.

Todos parecieron sorprenderse, y Cristina más que nadie. Kieran echó su negra melena hacia atrás y alzó la mirada hacia ella, con un desafío en los ojos.

—Te juro lealtad, Señora de las Rosas.

—Kieran Hacedor de Reyes —dijo Mark, mirando a Kieran y a Cristina con una expresión en los ojos absolutamente indescifrable. Emma no podía culparlo. Debía de estar esperando todo el tiempo a que Kieran recordara lo que había olvidado. Emma sabía que estaría temiendo el dolor que los recuerdos les acarrearían a ambos.

—No estoy haciendo esto ni por Adaon ni por la Paz Fría —explicó Kieran—. Lo hago porque quiero que mi padre muera.

—Muy tranquilizador —murmuró Julian mientras Kieran se ponía en pie.

—Entonces, ya está arreglado —dijo la reina, que parecía satisfecha—. Pero para que nos entendamos: debéis prometer mi colaboración y mis buenas intenciones al Consejo. Pero no comenzaré la guerra contra el Trono de Sombras hasta que tenga el *Libro Negro*.

—¿Y si él te hace la guerra a ti? —preguntó Julian.

—Primero os la haría a vosotros —respondió la reina—. Eso sí lo sé.

—¿Y si no encontramos el libro? —inquirió Emma.

La reina cortó perezosamente el aire con la mano.

—Entonces la Clave seguirá contando con mi buena voluntad —contestó—. Pero no uniré mi gente a su ejército hasta que tenga el *Libro Negro*.

Emma miró a Julian, que se encogió de hombros, como diciendo que no se había esperado que la reina dijera otra cosa.

—Hay una última cuestión —señaló Julian—. Helen. No quiero esperar a que la Paz Fría se acabe para que ella vuelva.

La reina pareció molesta por un instante.

—Hay cosas que no puedo lograr, nefilim —replicó en tono seco, y fue lo primero que dijo que Emma se creyó de verdad.

—Sí puedes —insistió Julian—. Jura que insistirás a la Clave en que Helen y

Aline sean tus embajadoras. Cuando Kieran haya completado su tarea y entregado tu mensaje al Consejo, su papel habrá acabado. Alguien más deberá ir y venir de Feéra por ti. Que sean Helen y su esposa. Entonces tendrán que hacerlas regresar de la isla Wrangel.

La reina vaciló un momento y luego asintió con la cabeza.

—Entiendes que no tienen ninguna razón para hacer lo que les diga excepto si esperan mi ayuda y la de los míos —explicó—. Por tanto, cuando consigáis el *Libro Negro*, sí, podréis hacer de eso una condición para mi colaboración. Kieran, te autorizo para hacer tal petición, cuando llegue el momento.

—La haré —repuso Kieran, y miró a Mark. Emma casi pudo leer el mensaje en sus ojos: «Pero no por ti».

—Perfecto —convino la reina—. Podríais ser héroes. Los héroes que acabaron con la Paz Fría.

Cristina se tensó. Emma recordó lo que le había dicho: «Siempre he tenido la esperanza de intervenir algún día en el establecimiento de un tratado mejor que la Paz Fría. Algo más justo para los subterráneos y los cazadores de sombras que los aprecian».

El sueño de Cristina. La hermana de Mark y Julian. La seguridad para los Blackthorn al regreso de Helen y Aline. La reina les había ofrecido todas sus esperanzas más imposibles, sus deseos secretos. A Emma no le gustaba nada tener miedo, pero en ese momento tenía miedo de la reina.

—¿Está todo dicho, niños picajosos? —preguntó esta con los ojos brillantes—. ¿Estamos de acuerdo?

—Ya sabes que sí. —Julian casi gritó esas palabras—. Comenzaremos a buscar, aunque no tenemos ni idea de por dónde empezar.

—La gente va a los lugares que tienen algún significado para ella. —La reina inclinó la cabeza hacia un lado—. Annabel era una Blackthorn. Averiguad su pasado. Conoced su alma. Tenéis acceso a los papeles de los Blackthorn, a historias que nadie más puede tocar. —Se puso en pie—. Algunos de los míos los visitaron una vez cuando eran jóvenes y felices. Fade tenía una casa en Cornwall. Quizá aún esté en pie. Podría haber algo allí. —Comenzó a descender por los escalones—. Y ahora es el momento de iniciar vuestro viaje. Debéis regresar al mundo de los mundanos antes de que sea demasiado tarde. —Había llegado al último escalón—. ¡Entrad! —dijo en voz alta—. Os hemos estado esperando.

Dos siluetas aparecieron en la entrada de la sala, flanqueadas a ambos lados por caballeros con la librea de la reina. En una, Emma reconoció a Nene. Había una expresión de respeto e incluso de un poco de miedo en su rostro cuando entró. A su lado se alzaba la imponente figura de Gwyn ap Nudd, que vestía un jubón de terciopelo oscuro que le comprimía los enormes hombros.

Gwyn miró a Mark. Sus ojos, azul y negro, se fijaron en él con una mirada de orgullo.

—Has salvado a Kieran —dijo—. No debería haber dudado de ti. Has hecho todo lo que podría haberte pedido y más. Y ahora, por última vez, cabalgarás conmigo y con la Cacería Salvaje. Te llevaré con tu familia.

Los cinco siguieron a la reina, Nene y Gwyn por una serie de enrevesados corredores hasta que uno acabó en un túnel inclinado por el que soplaba un viento fresco y limpio. Daba a un espacio verde. No se veía ningún árbol, solo hierba salpicada de flores, y por encima, el cielo nocturno tachonado de estrellas multicolor. Emma se preguntó si seguiría siendo aún la noche en que habían llegado a la corte seelie o si habrían pasado todo un día bajo tierra. No podía saberlo. El tiempo en Feéra se movía como en una danza de la que ella desconocía los pasos.

Cinco caballos esperaban en el claro. Emma reconoció a *Windspear*, la montura de Kieran, sobre la que había cabalgado hacia la batalla contra Malcolm. El caballo relinchó al ver a Kieran, y pateó hacia el cielo.

—Esto es lo que me prometió el puka —dijo Mark en voz baja. Se hallaba detrás de Emma, con los ojos fijos en Gwyn y los caballos—. Que si entraba en Feéra, volvería a cabalgar con la Cacería Salvaje.

Emma le apretó la mano. Al menos para Mark la promesa del puka se había hecho realidad sin un agujón en la cola. Esperaba que fuera igual para Julian y Cristina.

Esta se estaba acercando a un ruano que pateaba el suelo con aprensión. Le murmuró suavemente hasta que lo calmó, se subió al lomo y se inclinó para acariciarle el cuello. Julian montó en una yegua negra con ojos de un extraño color verde. Parecía impertérrito. A Cristina le brillaban los ojos de placer. Miró a Emma a los ojos y sonrió como si le costara contenerse. Emma se preguntó cuánto tiempo llevaría Cristina soñando con cabalgar con las hadas.

Se quedó un poco atrás, esperando a que Gwyn la llamara. ¿Por qué solo había cinco caballos y no seis? Tuvo la respuesta cuando Mark se subió a *Windspear* y ayudó a Kieran a subir detrás de él. La punta de flecha élfica alrededor del cuello de Mark destelló bajo la luz de las estrellas multicolor.

Nene se acercó a *Windspear* y le cogió las manos a Mark, sin prestar atención a Kieran. Emma no pudo oír lo que le susurraba, pero había una profunda tristeza en su rostro. Mark le apretó las manos un momento antes de soltárselas. Nene se volvió y regresó a la colina.

En silencio, Kieran se acomodó en su posición detrás de Mark, pero sin llegar a tocarlo.

Mark volvió la cara hacia él.

—¿Estás preocupado? —le preguntó a Kieran.

Este negó con la cabeza.

—No —respondió—. Porque estoy contigo.

A Mark se le tensó el rostro.

—Sí —afirmó—. Lo estás.

Junto a Emma, la reina rio por lo bajo.

—Tantas mentiras en solo tres palabras —dijo—. Y ni siquiera le ha dicho «te quiero».

Un dardo de furia atravesó a Emma.

—Tú sí que sabrás de mentiras —replicó—. De hecho, si me preguntas, la mayor mentira que los seres mágicos han dicho nunca es que no dicen mentiras.

La reina se envaró. Pareció mirar a Emma desde una gran altura. Las estrellas giraron detrás de ella, azul y verde, lila y rojo.

—¿Por qué estás enfadada, muchacha? Os he ofrecido un acuerdo justo. Todo lo que podíais desear. Os he acogido bien. Incluso la ropa que lleváis es ropa de hadas.

—No me fío de ti —repuso Emma sin ambages—. Hemos negociado contigo porque no teníamos elección. Pero nos has manipulado a cada paso, incluso el vestido que llevo es una manipulación.

La reina arqueó una ceja.

—Además —continuó Emma—, te aliaste con Sebastian Morgenstern. Lo ayudaste en la Guerra Oscura. Debido a esa guerra, Malcolm consiguió el *Libro Negro* y mis padres murieron. ¿Por qué no debo culparte?

La mirada de la reina recorrió a Emma, y esta pudo ver por fin lo que aquella había estado esforzándose por ocultar antes: su rabia y su crueldad.

—¿Por eso te has proclamado protectora de los Blackthorn? Como no pudiste salvar a tus padres, los salvarás a ellos, tu familia de pega.

Emma miró a la reina un largo momento antes de contestarle.

—Puedes apostar el culo a que sí —le soltó.

Sin volver a mirar a la gobernante de la corte seelie, Emma avanzó a zancadas hacia los caballos de la Cacería.

A Julian nunca le habían gustado mucho los caballos, aunque había aprendido a montar, como hacía la mayoría de los cazadores de sombras. En Idris, donde los coches no funcionaban, seguían siendo el principal medio de transporte. Había aprendido con un poni con malas pulgas que no paraba de hinchar los costados y lanzarse donde las ramas eran más bajas, tratando de sacárselo de encima.

El caballo que Gwyn le había asignado tenía una mirada siniestra en sus extraños ojos verdes que no auguraba nada mejor. Julian se había preparado para un brusco despegue, pero cuando Gwyn dio la orden, el caballo simplemente se alzó en el aire como un juguete sujeto por una cuerda.

Julian soltó un grito ahogado ante la sorpresa. Se percató de que estaba hundiendo las manos en la crin del caballo, agarrándose con fuerza, mientras los otros se alzaban en el aire alrededor de él, Cristina, Gwyn, Emma, Mark y Kieran. Por un momento

planearon como sombras bajo la luz de la luna.

Luego los caballos salieron disparados. El cielo se desenfocó sobre ellos y las estrellas se convirtieron en titilantes trazos de pintura multicolor. Julian se dio cuenta de que estaba sonriendo, sonriendo de verdad, como pocas veces había hecho desde que dejara de ser niño. No podía evitarlo. «Oculto en el alma de todo el mundo debe de hallarse el anhelo de volar», pensó mientras avanzaban a través de la noche.

Y no como lo hacían los mundanos, atrapados dentro de un tubo de metal. Sino volando hacia lo alto a través de nubes tan suaves como el algodón, con el viento acariciándole la piel. Miró a Emma. Esta se hallaba casi tumbada sobre la crin del caballo, con las largas piernas pegadas a los costados de su montura y la brillante cabellera ondeando como un estandarte. Tras ella iba Cristina, con las manos al aire y gritando de felicidad.

—¡Emma! —voceó—. ¡Emma, mira, sin manos!

Emma miró hacia atrás y rio con fuerza. A Mark, que cabalgaba sobre *Windspear* con aire de familiaridad y Kieran agarrado a su cinturón con una mano, no le pareció divertido.

—¡Cógete! —gritó—. ¡Cristina! ¡Esto no es una montaña rusa!

—¡Los nefilim están locos! —bramó Kieran, apartándose el cabello de la cara.

Cristina siguió riendo, y Emma la miró con una gran sonrisa y los ojos brillándole como las estrellas en lo alto, que ya se habían convertido en las blancas estrellas del cielo mundano.

Unas sombras se alzaron ante ellos, blancas, negras y azules. Los acantilados de Dover, se dijo Julian, y sintió cierto disgusto al pensar que aquello podía acabarse tan rápido. Volvió la cabeza y miró a su hermano. Mark estaba sentado sobre *Windspear* como si hubiera nacido sobre un caballo. El viento le echaba hacia atrás el cabello claro y dejaba al descubierto sus orejas puntiagudas. También sonreía, una sonrisa tranquila y secreta, la sonrisa de alguien haciendo lo que le gusta.

Muy por debajo de ellos, el mundo seguía girando, un manto parchado de campos negros y plateados, colinas en sombras y luminosos ríos serpenteantes. Era hermoso, pero Julian no podía apartar los ojos de su hermano. «Así que esto es la Cacería Salvaje», pensó. Esa libertad, esa falta de límites, de barreras, esa feroz alegría. Por primera vez entendió cómo y por qué la decisión de Mark de quedarse con su familia no debía de haber sido fácil. Por primera vez pensó, maravillado, en lo mucho que su hermano debía de amarle para haber dejado el cielo por él.

SEGUNDA PARTE

Thule

Kit nunca había pensado que entraría en un Instituto de cazadores de sombras. Y por el momento, ya había comido y dormido en dos. De seguir así, se acabaría convirtiendo en una costumbre.

El Instituto de Londres era exactamente como se lo habría imaginado si alguna vez le hubieran pedido que lo hiciera, cosa que admitía que no había pasado nunca. Se hallaba en el interior de una enorme iglesia antigua de piedra y le faltaba la brillante modernidad de su homólogo de Los Ángeles. Parecía no haber sido renovado en más de ochenta años: las habitaciones estaban pintadas en tonos pastel eduardianos, que se habían ido difuminando durante décadas para convertirse en unos colores suaves e indefinidos. El agua caliente no siempre funcionaba, los colchones tenían bultos y el polvo cubría la superficie de la mayoría de los muebles.

Por lo que Kit había ido oyendo aquí y allí, parecía que el Instituto de Londres había albergado a mucha gente. Sebastian Morgenstern lo había atacado durante la Guerra Oscura, y la mayoría de sus antiguos habitantes jamás habían regresado.

La directora del Instituto parecía casi tan vieja como el edificio. Se llamaba Evelyn Highsmith. A Kit le dio la sensación de que los Highsmith eran algo importante en la sociedad de los cazadores de sombras, aunque no tan importante como los Herondale. Evelyn era una mujer alta, imperiosa, canosa, con más de ochenta años, que llevaba vestidos largos al estilo años cuarenta, se apoyaba en un bastón con el pomo de plata y a veces le hablaba a gente que no estaba allí.

Solo otra persona parecía vivir en el Instituto: la doncella de Evelyn, Bridget, que era tan vieja como su señora. Tenía un brillante cabello rubio teñido y mil arrugas finísimas. Siempre aparecía donde menos se la esperaba, lo que era un inconveniente para Kit, que de nuevo estaba buscando algo que pudiera robar. Era una búsqueda que no estaba yendo muy bien: la mayor parte de lo que parecía de valor eran muebles, y no se le ocurría cómo salir con disimulo del Instituto cargando con un aparador. Las armas estaban cuidadosamente guardadas bajo llave, no sabía cómo vender velas por la calle, y aunque había primeras ediciones de libros de gran valor en la enorme biblioteca, en la mayoría había anotaciones y garabatos de un idiota llamado Will H.

Se abrió la puerta del comedor y entró Diana. Solo podía utilizar un brazo: Kit había averiguado que algunas heridas de los cazadores de sombras, sobre todo las que tenían que ver con veneno o icor de demonio, sanaban despacio a pesar de las runas.

Livvy se animó al ver a su instructora. La familia se había reunido para la cena, que se servía en una larga mesa en un enorme comedor victoriano. Había atisbos de

ángeles pintados en el techo, pero ya hacía tiempo que estaban casi completamente cubiertos de polvo y de las manchas de hollín de antiguos fuegos.

—¿Sabes algo de Alec y Magnus?

Diana negó con la cabeza y se sentó enfrente de Livvy. Esta llevaba un vestido azul que parecía robado del set de una serie de época de la BBC. Aunque habían huido del Instituto de Los Ángeles sin poder llevarse sus pertenencias, resultó que había ropa para años guardada en Londres, aunque nada parecía haberse comprado después de 1940. Evelyn, Kit y los Blackthorn se sentaron a la mesa en una extraña mezcla de ropa: Ty y Kit en pantalones y camisas de manga larga. Livvy con una camisa de algodón de rayas y pantalones cortos; Drusilla llevaba un vestido negro de terciopelo que le había encantado por su atractivo gótico. Diana había rechazado todas las prendas disponibles y se había limitado a lavarse los vaqueros y la camiseta.

—¿Qué hay de la Clave? —preguntó Ty—. ¿Has hablado con la Clave?

—¿Han sido de gran ayuda? —murmuró Kit para sí. No creía que nadie lo hubiera oído, pero alguien debía de haberlo hecho porque Evelyn se echó a reír.

—Oh, Jessamine —dijo, dirigiéndose a nadie—. Vamos, eso no es de buen gusto.

Los Blackthorn se miraron alzando las cejas. Aunque nadie hizo ningún comentario, porque Bridget había aparecido procedente de la cocina, cargada con humeantes bandejas de carne y verduras, todo cocido hasta el punto de la insipidez.

—Es que no veo por qué no podemos volver a casa —dijo Dru con tristeza—. Si los centuriones han acabado con todos los demonios marinos, como han dicho...

—Eso no significa que Malcolm no vaya a volver —repuso Diana—. Y lo que quiere es sangre de Blackthorn. Os quedáis entre estas paredes y esto es definitivo.

Kit se había desmayado durante esa cosa horrible a la que llamaban «un viaje por el Portal»: el terrible remolino a través de una absoluta nada helada. Así que se había perdido la escena que debía de haber tenido lugar cuando aparecieron en el Instituto de Londres, todos menos Arthur, y Diana se vio obligada a explicar que estaban ahí para quedarse.

Diana se había puesto en contacto con la Clave para informar de las amenazas de Malcolm, pero Zara se le había adelantado. Al parecer, le aseguró al Consejo que los centuriones lo tenían todo controlado, que Malcolm y su ejército no eran rivales para ellos, y la Clave se quedó encantada de aceptar su palabra.

Y como si el mensaje de tranquilidad de Zara hubiera causado un milagro, Malcolm no volvió a aparecer. Habían pasado dos días y no tenían noticia de que hubiera ocurrido un desastre.

—Odio a Zara y a Manuel por estar en el Instituto sin nosotros para vigilarlos —dijo Livvy, tirando el tenedor sobre el plato—. Cuanto más tiempo estén allí, más razones tendrán para conseguir que la Cohorte se haga con él.

—Ridículo —exclamó Evelyn—. Arthur dirige el Instituto. No seas paranoica, muchacha.

Livvy hizo una mueca aprensiva. Aunque todos, incluso Dru y Tavvy, habían sido

puestos al corriente de la situación, incluyendo la enfermedad de Arthur y el verdadero paradero de Julian y los demás, decidieron que era mejor que Evelyn no lo supiera. No era una aliada; no había ninguna razón para que se pusiera de su lado, aunque parecía evidente que no le interesaba la política del Consejo. De hecho, la mayor parte del tiempo no parecía estar escuchándolos en absoluto.

—Según Zara, Arthur ha estado encerrado en su despacho desde que nos marchamos —los informó Diana.

—Yo haría lo mismo si tuviera que aguantar a Zara —aseguró Dru.

—Aún no entiendo por qué Arthur no ha venido con vosotros —apuntó Evelyn—. Antes vivía en este Instituto. Lo normal sería que le gustara hacernos una visita.

—Míralo por el lado bueno, Livvy —sugirió Diana—. Cuando Julian y los otros regresen de... de donde están, sin duda irán directos a Los Ángeles. ¿Querías que se encontraran con un Instituto vacío?

Livvy jugueteó con su comida y no dijo nada. Estaba pálida y demacrada, con ojeras muy marcadas. La noche que había llegado al Instituto, Kit salió al pasillo, preguntándose si ella querría verlo, pero la oyó llorar a través de la puerta cuando agarró el picaporte. Dio media vuelta y se marchó, con una extraña sensación en el pecho. Nadie que llorara así querría que alguien se le acercara, sobre todo alguien como él.

Tuvo la misma sensación cuando miró a Ty, al otro lado de la mesa, y recordó cómo el otro chico le había curado la mano. Lo fría que había sentido la piel de Ty contra la suya. Ty estaba tenso a su manera; el traslado al Instituto de Londres había supuesto una gran alteración de su rutina diaria, y era evidente que eso lo molestaba. Se pasaba mucho rato en la sala de entrenamiento, que era casi idéntica en estructura a la de Los Ángeles. Algunas veces, cuando estaba especialmente nervioso, Livvy le cogía las manos y se las frotaba con cariño. Aquello parecía tranquilizarlo. Aun así, por el momento, Ty seguía tenso e inquieto, como si se hubiera replegado en sí mismo de algún modo.

—Podríamos ir a Baker Street —propuso Kit, sin ni siquiera saber por qué lo decía—. Estamos en Londres.

Ty lo miró con los ojos brillándole. Había apartado a un lado su comida. Livvy le había contado a Kit que Ty tardaba mucho en acostumbrarse a nuevas comidas y nuevos sabores. Por el momento, solo comía patatas.

—¿Al 221B de Baker Street?

—Cuando todo se haya aclarado con Malcolm —los interrumpió Diana—. Ningún Blackthorn sale del Instituto hasta entonces, y tampoco ningún Herondale. No me gustó la manera en que te miró Malcolm, Kit. —Se puso en pie—. Estaré en el salón; tengo que enviar un mensaje de fuego.

Mientras se cerraba la puerta, Tavvy, que estaba con la mirada fija en el vacío junto a su silla de un modo que Kit encontró sinceramente alarmante, soltó unas risitas. Todos se volvieron para mirarlo sorprendidos. El más pequeño de los

Blackthorn no se reía mucho esos días.

Supuso que no era de extrañar. Julian era lo más parecido a un padre que Tavvy tenía. Kit sabía cómo era echar de menos a tu padre, y él no contaba solo siete años.

—Jessi —dijo Evelyn en tono de estar riñendo a alguien, y por un momento Kit miró a su alrededor, como si la persona a la que Evelyn se dirigía se hallara de verdad en la sala—. Deja al crío en paz. Ni siquiera te conoce. —Miró a todos los de la mesa—. Todo el mundo cree que se le dan bien los niños. Pocos saben cuando no es así. —Comió un poco de zanahoria—. Yo no —afirmó mientras masticaba—. Nunca he podido soportar a los niños.

Kit puso los ojos en blanco. Tavvy miró a Evelyn como si estuviera pensándose si tirarle el plato a la cabeza.

—Será mejor que lleves a Tavvy a la cama, Dru —se apresuró a decir Livvy—. Creo que todos hemos acabado de cenar.

—Claro, ¿por qué no? Como no le he encontrado ropa esta mañana ni lo puse a dormir anoche... Es que debo de ser la criada —replicó Dru enfadada. Hizo bajar a Tavvy de la silla y salió con él del comedor, arrastrando a su hermanito detrás.

Livvy puso la cabeza entre las manos. Ty la miró.

—No tienes por qué encargarte de todos, lo sabes —le dijo.

Livvy sorbió por la nariz y miró a su mellizo de reojo.

—Es solo que... sin Jules aquí soy la mayor, aunque solo sea por unos minutos.

—Diana es la mayor —repuso Ty. Nadie mencionó a Evelyn, que se había colocado unas gafas sobre la nariz y estaba leyendo un periódico.

—Pero ella tiene muchas más cosas que hacer que ocuparse de nosotros; quiero decir, que ocuparse de las pequeñas cosas —repuso Livvy—. Nunca había pensado en todo lo que Julian hace por nosotros, pero es muchísimo. Siempre mantiene la calma y nos cuida, y yo no sé cómo...

De lo alto llegó un ruido como de una explosión. Ty se quedó blanco. Era evidente que estaba oyendo algo que ya había oído antes.

—Livvy —dijo—. La Sala de los Acuerdos...

El ruido ya no se parecía tanto a una explosión como a un trueno, un trueno veloz que se estaba apoderando del cielo. Un sonido como si las nubes se estuvieran rasgando igual que un trozo de tela.

Dru entró corriendo en el comedor con Tavvy justo detrás.

—Son ellos —exclamó—. No lo creeréis, pero tenéis que venir, rápido. Los he visto volando y he subido al tejado...

—¿A quién? —Livvy estaba en pie. Todos lo estaban excepto Evelyn, que seguía leyendo el periódico—. ¿Quién está en el tejado, Dru?

—Todos —contestó ella con los ojos brillantes.

El tejado del Instituto era de tejas planas y estaba rodeado de una barandilla de hierro

forjado a la altura de la cintura. Los remates de la barandilla eran lirios también de forja. En la distancia, Kit alcanzaba a ver la reluciente cúpula de San Pablo, que conocía de mil películas y programas de tele.

Las nubes eran pesadas, del color del hierro, y rodeaban el tejado del Instituto como si fuera la cima de una montaña. Kit casi ni veía las calles de abajo. El aire era acre, del olor del trueno de verano.

Todos habían salido al tejado excepto Evelyn y Bridget. Diana estaba allí, sujetándose el brazo herido con cuidado. Los ojos grises de Ty estaban clavados en el cielo.

—¡Allí! —exclamó Dru, señalando con un dedo—. ¿Los veis?

Cuando Kit miró, el *glamour* se deshizo. De repente era como si un cuadro o una película hubiera cobrado vida. Solo que las pelis no te provocaban eso, ese retorcimiento visceral de asombro y miedo. Las pelis no te proporcionaban el olor de la magia en el aire, crepitando con el rayo, o las sombras proyectadas por una hueste de criaturas imposibles que cabalgaban recortándose contra el cielo. No te mostraban la luz de la luna sobre el cabello rubio de una chica que se dejaba caer de excitación y felicidad del lomo de un caballo volador y aterrizaba encima de un tejado de Londres. No te enseñaban la expresión en el rostro de los Blackthorn al ver a sus hermanos y amigos regresar junto a ellos.

Livvy saltó sobre Julian y le echó los brazos al cuello. Mark saltó de su caballo y medio se cayó al verse abrazado con fuerza por Dru y Tavvy. Ty se acercó con menos vehemencia, pero con la misma felicidad radiante en el rostro. Esperó a que Livvy acabara de casi estrangular a su hermano y luego se acercó para cogerle las manos a Julian.

Y Julian, a quien Kit siempre había considerado un intimidante modelo de control y distancia, agarró a su hermano, lo acercó a él de un tirón y lo abrazó con fuerza. Había cerrado los ojos, y Kit tuvo que apartar la mirada de la expresión de su rostro.

Su padre era lo único que había tenido, y estaba todo lo seguro que podía estar de que su padre nunca lo había amado así.

Mark se acercó a sus hermanos, y Ty se volvió para mirarlo.

—No estaba seguro de si volverías —le oyó decir Kit.

Mark le puso las manos sobre los hombros y le habló con voz ronca.

—Yo siempre volveré contigo, Tiberius. Te pido perdón por si alguna vez te he hecho creer otra cosa.

Con los Blackthorn habían llegado dos personas más a las que Kit no reconocía: un muchacho bellissimo y ceñudo con el cabello de color azul oscuro que se le ondulaba alrededor de la cara, y un hombre enorme y de anchos hombros que llevaba un yelmo inquietante con un asta de ciervo tallada a cada lado. Ambos permanecieron sentados en sus caballos en silencio, sin desmontar. ¿Podría ser una escolta feérica que se ocupara de la seguridad de los otros? Pero ¿cómo habrían conseguido los Blackthorn y Emma granjearse un favor así?

Pero claro, si alguien podía conseguir algo así, era Julian Blackthorn. Como el padre de Kit solía decir sobre algunos criminales, Julian era el tipo de persona que podía descender a los infiernos y regresar con el propio diablo debiéndole un favor.

Diana abrazó a Emma y luego a Cristina con lágrimas en los ojos. Kit se sentía incómodo y fuera de lugar en esa reunión, así que fue hasta el otro extremo de la barandilla. Las nubes se habían dispersado y desde allí podía ver el Millennium Bridge, iluminado con los colores del arco iris. Un tren traqueteó sobre otro puente y proyectó su reflejo en el agua.

—¿Quién eres tú? —preguntó una voz a su espalda.

Kit se sobresaltó y se dio la vuelta. Era uno de los dos hadas que había visto antes, el de rostro ceñudo. Su cabello, de cerca, se veía menos negro y más como una mezcla de verdes y azules oscuros. Se apartó un mechón de la cara con el ceño aún fruncido; tenía una boca carnosa, ligeramente torcida, pero sus ojos eran mucho más interesantes. Como los de Mark, eran de dos colores diferentes. Uno era de la plata de un escudo pulido; el otro era de un negro tan oscuro que casi no se le distinguía la pupila.

—Kit —contestó él.

El chico del pelo de océano inclinó la cabeza.

—Yo soy Kieran —dijo—. Kieran *el Cazador*.

«Cazador» no era la clase de apellidos que tenían las hadas, Kit lo sabía. Pero las hadas no solían decir su nombre verdadero, ya que los nombres tenían poder. «Cazador» solo denotaba lo que era, del mismo modo que las nereidas se llamaban «Delagua». Kieran era de la Cacería Salvaje.

—Mmm —murmuró Kit, pensando en la Paz Fría—. ¿Eres un prisionero?

—No —contestó el hada—. Soy el amante de Mark.

«Oh —pensó Kit—. La persona a la que fue a salvar en Feéra».

Intentó contener una mirada divertida por la forma en que hablaban las hadas. Intellectualmente, sabía que la palabra «amante» era parte del habla tradicional, pero no podía evitarlo: él era de Los Ángeles, y a su parecer, era como si Kieran acabara de decir: «Hola, practico el sexo con Mark Blackthorn. ¿Y tú qué?».

—Pensaba que Mark estaba saliendo con Emma.

Kieran lo miró extrañado. Unos cuantos rizos de su cabello dieron la impresión de oscurecerse, o quizá fuera un reflejo de la luz.

—Creo que debes de estar confundido —repuso.

Kit alzó una ceja. ¿Cuán íntimo era ese tipo de Mark, después de todo? Quizá hubieran tenido una aventura sin mayor significado. Aunque por qué Mark habría arrastrado a la mitad de su familia a Feéra para salvarlo, era un misterio.

Antes de que pudiera decir nada más, Kieran volvió la cabeza y cambió de tema.

—Esa debe de ser la encantadora Diana —dijo, haciendo un gesto hacia la instructora de los Blackthorn—. Gwyn estaba muy encandilado con ella.

—¿Gwyn es el grandote? ¿El del yelmo con las astas? —preguntó Kit.

Kieran asintió mientras observaba a Gwyn desmontar de su caballo para hablar con Diana, que parecía pequeña a su lado, aunque era una mujer alta.

—La providencia nos ha vuelto a juntar —dijo Gwyn.

—No creo en la providencia —replicó Diana. Parecía incómoda, un poco alarmada. Mantenía el brazo herido apretado contra el cuerpo—. Ni en un cielo intervencionista.

—«Hay más cosas en el cielo y en la tierra —citó Gwyn— de las que sueña tu filosofía».

Kit resopló. Diana se había quedado anonadada.

—¿Estás citando a Shakespeare? —preguntó—. Por lo menos podrías haber escogido *El sueño de una noche de verano*.

—Las hadas no soportamos *El sueño de una noche de verano* —masculló Kieran—. Se equivoca en todo.

Gwyn parecía contener una sonrisa.

—Hablando de sueños —dijo—. Tú has estado en los míos, y a menudo.

Diana estaba atónita. Los Blackthorn habían silenciado su ruidosa reunión y estaban observándolos, a ella y a Gwyn, con evidente curiosidad. Julian incluso sonreía un poco; había cogido a Tavvy y este tenía los brazos alrededor del cuello de su hermano como un koala.

—Desearía que nos encontráramos de manera formal para poder cortejarte —le propuso Gwyn. Sus grandes manos se movían de forma inconsciente en los costados, y Kit se dio cuenta, sorprendido, de que estaba nervioso; ese hombre enorme y musculoso, el líder de la Cacería Salvaje, estaba nervioso—. Podríamos acabar juntos con un gigante del hielo o devorar un ciervo.

—No quiero hacer nada de eso —replicó Diana pasado un instante.

Gwyn parecía abatido.

—Pero sí que saldré contigo —añadió ella sonrojándose—. Preferiblemente a un bonito restaurante. Trae flores, y no el yelmo.

Los Blackthorn estallaron en un aplauso divertido. Kit se apoyó en la pared junto a Kieran, que movía la cabeza sin poder creérselo.

—Y de este modo fue el orgulloso líder de la Cacería derrotado por el amor —dijo—. Supongo que algún día alguien escribirá una balada sobre esto.

Kit observó a Gwyn, que pretendía no hacer caso del aplauso mientras preparaba los caballos para partir.

—No te pareces a los otros Blackthorn —dijo Kieran pasado un momento—. Tienes los ojos azules, pero no como el azul del océano. Más bien como un cielo corriente.

Kit se sintió vagamente insultado.

—No soy un Blackthorn —replicó—. Soy un Herondale. Christopher Herondale.

Esperó. El nombre Herondale parecía causar una reacción explosiva en la mayoría de los ciudadanos del mundo sobrenatural. Pero el chico del cabello como el

océano no movió ni una pestaña.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí, si no eres de la familia? —le preguntó.

Kit se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no es mi sitio, eso seguro.

Kieran esbozó una sonrisa feérica de medio lado.

—Ya somos dos.

Finalmente se reunieron en la sala de la entrada, la habitación más caliente de la casa. Evelyn ya estaba allí, mascullando junto al fuego que ardía en la chimenea. Aunque aún no se había acabado el verano, Londres era húmedo y fresco. Bridget preparó sándwiches de atún y maíz, de pollo y beicon, y los recién llegados se lanzaron a por ellos como si estuvieran muertos de hambre. Julian tuvo que comer como pudo con la mano izquierda, sujetando a Tavvy sobre su regazo con la otra.

El salón recibidor había envejecido mejor que muchas de las otras habitaciones del Instituto. Tenía un alegre papel de flores en las paredes, solo un poco descolorido, y unos magníficos muebles antiguos que alguien había elegido con cuidado: un bonito escritorio de persiana, un delicado buró, y sillones y sofás de terciopelo agrupados alrededor de la chimenea. Incluso la pantalla de la chimenea era de un delicado hierro forjado, decorada con garzas con las alas abiertas, y cuando el fuego brillaba a través de ella, la sombra de los pájaros se proyectaba sobre la pared, como si estuvieran volando.

Kieran fue el único que no pareció encantado con los sándwiches. Los toqueteó suspicaz y luego los dejó a un lado; se comió solo los tomates mientras Julian explicaba lo que había ocurrido en Feéra: su viaje hasta la corte noseelie, la reunión con la reina, la plaga en las tierras noseelie.

—Había trozos quemados, blancos de ceniza, como la superficie de la luna —dijo Mark, con los ojos oscurecidos por la inquietud. Kit hizo lo que pudo para seguir la historia, pero era como tratar de ir en una montaña rusa con los frenos estropeados; frases como «cristal mágico», «campeón noseelie» y «*Libro Negro de los Muertos*», no paraban de despistarle.

—¿Cuánto tiempo ha pasado para ellos? —le preguntó finalmente en un susurro a Ty, que estaba entre él y Livvy en un diván demasiado pequeño para los tres.

—Parece que unos días menos de los que han pasado para nosotros —contestó Ty—. Hay diferencia de tiempo, pero no mucha. El colgante de Cristina parece haber funcionado.

Kit silbó para sí.

—¿Y quién es Annabel?

—Era una Blackthorn —respondió Ty—. Murió, pero Malcolm la ha traído de vuelta.

—¿De entre los muertos? —dijo Kit extrañado—. Eso es... nigromancia.

—Malcolm era un nigromante —indicó Ty.

—Cierra el pico. —Livvy le dio un codazo a Kit, que estaba perdido en sus pensamientos. La nigromancia no solo era un arte prohibido en el Mercado de Sombras, sino que incluso estaba prohibido hablar de ello. El castigo por resucitar a los muertos era la muerte. Si los cazadores de sombras no te pillaban, otros subterráneos lo harían, y no sería una muerte agradable.

Resucitar a los muertos, había dicho siempre Johnny Rook, retorció el tejido de la vida, del mismo modo que lo hacía el convertir en inmortales a los humanos. Invitaba a que la muerte entrara y se quedara. «¿Puede alguien resucitar a los muertos? —le había preguntado una vez Kit—. ¿Quizá el mago más poderoso de todos?».

«Dios —le contestó Johnny después de un largo momento—. Dios podría hacerlo. Y los que resuciten a los muertos pueden creerse Dios, pero pronto descubrirán la mentira que han creído».

—¿El director del Instituto de Los Ángeles ha muerto? —exclamó Evelyn, dejando caer los restos de su sándwich sobre una mesa antigua y seguramente de gran valor.

A Kit no le pareció rara su sorpresa. Los Blackthorn no se comportaban como una familia que acabara de perder a un amado tío. Más bien parecían estupefactos y confusos. Pero claro, siempre se habían comportado con Arthur casi como si fueran desconocidos.

—¿Por eso quiso quedarse en Los Ángeles? —preguntó Livvy con las mejillas sonrojadas—. Para poder sacrificarse... ¿por nosotros?

—¡Por el Ángel! —Diana tenía la mano contra el pecho—. No había contestado ninguno de mis mensajes, pero eso no era muy raro. Aun así, que Zara no se enterara...

—Quizá se enteró o quizá no —repuso Livvy—. Pero es mejor para sus planes que él ya no esté.

—¿Qué planes? —preguntó Cristina—. ¿Qué quieres decir con «los planes de Zara»?

Había llegado el momento de otra explicación, esta vez de cosas que Kit ya sabía. Evelyn se había quedado dormida delante de la chimenea y roncaba. Kit se preguntó cuánto valdría el pomo de plata de su bastón. ¿Sería plata auténtica, o solo un baño?

—¡Por el Ángel! —exclamó Cristina una vez acabada la explicación. Julian no dijo nada. Emma exclamó algo irrepitible. Mark se inclinó hacia adelante, con las mejillas encendidas.

—A ver si lo he entendido bien —dijo—. Zara y su padre quieren dirigir el Instituto de Los Ángeles para poder promover sus proyectos antisubterráneos. Las nuevas leyes seguramente se nos aplicarían a mí y a Helen. Sin duda también a Magnus, a Catarina..., a todos los subterráneos que conocemos, por muy leales que sean.

—Conozco a su grupo —repuso Diana—. No creen en los subterráneos leales.

—¿Cuál es su grupo? —preguntó Emma.

—La Cohorte —contestó Diana—. Son una conocida facción en el Consejo. Como todos los grupos que existen principalmente para odiar, creen que hablan por la mayoría silenciosa y que todos desprecian a los subterráneos igual que ellos. Creen que la oposición a la Paz Fría es cobardía moral, o, como mínimo, un inconveniente para aquellos a los que les molesta.

—¿Molestar? —soltó Kieran. No había ningún tono especial en su voz, solo la palabra llenando la sala.

—No son muy inteligentes —precisó Diana—. Pero sí crueles y muy escandalosos, y han asustado a mucha gente mejor que ellos para que se calle. No hay ni un solo director de Instituto entre ellos, pero si lo tuvieran...

—La cosa pinta mal —repuso Emma—. Antes hubieran tenido que demostrar que Arthur no estaba en condiciones de dirigir el Instituto. Ahora está muerto. La plaza está libre. Lo único que tienen que hacer es esperar a la siguiente reunión del Consejo y presentar su candidatura.

—Y están en una buena posición para hacerlo. —Diana se había puesto en pie e iba de un lado a otro—. La Clave está enormemente impresionada con Zara Dearborn. Creen que han sido ella y sus centuriones los que han hecho regresar los demonios a las aguas, acabando con la amenaza.

—Pero los demonios desaparecieron porque Malcolm murió otra vez, y esperemos que para siempre —replicó Livvy furiosa—. ¡Nada de esto lo ha hecho Zara! ¡Se está atribuyendo el mérito de lo que hizo Arthur!

—Y nosotros no podemos impedirlo —intervino Julian—. Aún no. Pronto averiguarán que Arthur está muerto o desaparecido, pero aunque solo hubiera abandonado su puesto ya sería causa suficiente para reemplazarlo. Y no podemos demostrar que sabemos cómo o por qué murió.

—Porque la única razón de que lo sepamos es gracias a la reina seelie —concluyó Emma en voz baja, mirando a la dormida Evelyn.

—Annabel es la clave para poder encontrar el *Libro Negro* —dijo Julian—. En este momento, debemos de ser los únicos que la buscan. Si la Clave la encontrara antes, nunca le daría el libro a la reina.

—Pero cuando aceptamos los planes de la reina no sabíamos nada de la Cohorte —indicó Mark preocupado—. ¿Y si no tenemos tiempo para encontrar el libro antes de que la Cohorte dé el paso?

—Pues habrá que encontrar el libro enseguida —contestó Julian—. No podemos enfrentarnos a los Dearborn en medio del Consejo. Según la Clave, ¿qué ha hecho mal Zara? Arthur no estaba capacitado para dirigir el Instituto. Muchos miembros del Consejo odian a los subterráneos. Ella quiere dirigir el Instituto para conseguir aprobar una mala ley. No sería la primera. No es ella la que está rompiendo las reglas, somos nosotros.

Kit notó un leve estremecimiento recorriéndole la columna. Por un momento,

Julian había sonado como su padre. «El mundo no es como quieres que sea. Es como es».

—¿Así que vamos a tener que fingir que no sabemos lo que pretende Zara? —preguntó Emma ceñuda.

—No —contestó Diana—. Voy a ir a Idris. Hablaré con la Cónsul.

Todos la miraron con asombro; todos excepto Julian, que no pareció sorprendido, y Kieran, que aún seguía contemplando torvamente su comida.

—Lo que Zara propone significaría que la hija de Jia estaría casada con uno de los subterráneos registrados. Jia sabe a qué llevaría eso. Sé que se reunirá conmigo. Si puedo razonar con ella...

—Dejó que se aprobara la Paz —le recordó Kieran.

—No tuvo elección —repuso Diana—. Si hubiera sabido antes lo que iba a pasar, me gustaría pensar que las cosas habrían acabado de otra forma. Esta vez estará sobre aviso. Además, ahora tenemos algo que ofrecerle.

—Es cierto —dijo Julian, haciendo un gesto hacia Kieran—. El final de la Paz Fría. Un mensaje de la reina de Seelie.

Evelyn, que parecía haber estado durmiendo delante de la chimenea, se irguió de golpe.

—Ya basta. —Atravesó a Kieran con la mirada—. Puedo aceptar a un Blackthorn en esa casa, incluso a uno con una ascendencia cuestionable. Siempre aceptaré a un Blackthorn. Pero ¿a un hada de pura sangre? ¿Escuchando los asuntos de los nefilim? Eso no lo permitiré.

Kieran pareció sorprendido por un momento. Luego se puso en pie. Mark comenzó a levantarse también. Julian permaneció exactamente donde estaba.

—Pero Kieran forma parte de nuestro plan...

—Tonterías y sandeces. ¡Bridget! —llamó. Y la criada, que sin duda había estado rondando por el corredor, metió la cabeza en la sala—. Por favor, conduce al principito a una de las habitaciones de invitados. Me darás tu palabra, hada, de que no partirás hasta que se te permita.

Kieran miró a Cristina.

—¿Es ese tu deseo, mi señora?

Kit se quedó parado. ¿Por qué Kieran, un príncipe de las hadas, aceptaba órdenes de Cristina?

Esta se sonrojó.

—No necesito que jures que no te vas a ir —contestó—. Confío en ti.

—¿Sí? —dijo Emma, y parecía fascinada. Kieran hizo una tensa reverencia y abandonó la sala.

Todos pudieron oír lo que Bridget mascullaba mientras acompañaba a Kieran.

—Hadas en el Instituto —protestaba—. Una cosa son los fantasmas; otra los brujos, pero nunca en la vida...

Drusilla parecía confusa.

—¿Por qué está Kieran aquí? —preguntó en cuanto este hubo salido—. Creía que lo odiábamos. Lo odiábamos más que a nada, ¿no? Quiero decir, nos salvó la vida, pero sigue siendo un capullo.

Se levantó un murmullo de voces. Kit recordó algo que había oído a Livvy decirle a Dru hacía uno o dos días. Más piezas del puzzle de Kieran: Livvy se había enfadado porque Mark se hubiera ido a Feéra para ayudar a alguien que le había hecho daño. Que había hecho daño a Emma y a Julian. Kit no sabía muy bien qué había ocurrido, pero era evidente que había sido grave.

Emma se sentó en el sofá junto a Cristina. Llevaba un vestido claro de gasa que parecía algo que se pudiera encontrar en el Mercado de Sombras. Hacía que se viera delicada y grácil, pero Kit se acordaba del acero que había en ella, el modo en que había partido en dos a los demonios mantis en su casa con toda la calma de una novia cortando el pastel de boda.

Julian permanecía en silencio, escuchando hablar a su familia. Incluso cuando no estaba mirando a Emma, una energía casi visible crepitaba entre los dos. Kit recordó el modo en que Emma le había dicho a su padre: «Este no es exactamente la clase de sitio que le gusta a Julian» (una de las primeras cosa que le había oído decir en el Mercado), la manera en que su voz parecía acariciar las sílabas de ese nombre.

Los *parabatai* eran raros. Tan íntimos, y sin embargo no eran un matrimonio, pero sí que eran más que un mejor amigo. No existía un análogo exacto entre los mundanos. Y lo atraía esa idea de estar conectado a alguien de esa manera, igual que lo atraían todas las cosas hermosas y peligrosas del mundo de los cazadores de sombras.

Quizá Ty...

Julian se puso en pie y dejó a Tavvy sobre el sillón. Estiró los brazos e hizo crujir los tendones de las muñecas.

—La cuestión es que necesitamos a Kieran —afirmó.

Evelyn resopló.

—¡Imagínate necesitar a un noble hada! —exclamó furiosa.

Julian susurró algo a Tavvy en la oreja. Un momento después, Julian se puso en pie.

—Señorita Highsmith —dijo—. Mi hermanito está agotado, pero dice que no sabe dónde está su dormitorio. ¿Se lo podría mostrar?

Evelyn miró irritada a Julian y luego a Tavvy, que le sonrió angelical, enseñando sus hoyuelos.

—¿No puedes acompañarlo tú? —preguntó.

—Acabo de llegar —contestó Julian—. No sé dónde está su dormitorio. —Añadió su propia sonrisa a la de Tavvy. Julian podía irradiar encanto cuando quería; Kit casi lo había olvidado.

Evelyn miró a su alrededor para ver si había algún voluntario para la tarea, pero nadie se movió. Finalmente, con un resoplido, chasqueó los dedos hacia Tavvy.

—Bueno, entonces vamos, niño. —Y salió de la estancia con él detrás.

La sonrisa de Julian se torció. Kit no pudo evitar la sensación de que Julian había usado a Evelyn para librarse de Kieran, y a Tavvy para librarse de Evelyn, y lo había hecho con tanta habilidad que nadie podría probarlo.

Si alguna vez Julian hubiera querido dedicarse a la estafa y el crimen, pensó Kit, habría sido un magnífico delincuente.

—Necesitamos a Kieran para negociar con la Clave —comenzó Julian, como si nada hubiera pasado—. Cuando lo encontramos en Feéra, su padre estaba a punto de matarlo. Ha escapado, pero nunca estará a salvo mientras el rey noseelie siga en su trono. —Se pasó las manos por el cabello revuelto; Kit se preguntó cómo conseguía Julian tenerlo todo en la cabeza: planes, complots, secretos, verdades.

—Y la reina quiere al rey fuera del trono —añadió Emma—. Está dispuesta a ayudarnos a reemplazarlo por el hermano de Kieran, pero este tuvo que prometer que lo convencería.

—¿El hermano de Kieran será un rey mejor que el que hay ahora? —preguntó Dru.

—Será mejor —le confirmó Emma—. Lo creas o no.

—Kieran también comparecerá ante el Consejo —continuó Julian—. Les llevará el mensaje de la reina: que está dispuesta a aliarse con nosotros para derrocar al rey. Puede confirmar ante el Consejo lo que el rey está haciendo en las tierras noseelie...

—Pero vosotros también se lo podríais decir —intervino Kit.

—Sí, si queremos arriesgarnos a sufrir la cólera de la Clave por haber penetrado en Feéra —explicó Julian—. Por no hablar de que aunque pudiéramos librarnos de esa, no nos perdonarían el haber hecho un trato con la reina seelie.

Kit tuvo que admitir que Julian tenía razón. Sabía todos los problemas que habían tenido los Blackthorn por negociar con la legación de las hadas que les había devuelto a Mark. La reina seelie era algo todavía más prohibido. Sería como haber recibido una colleja por pasarte un semáforo en rojo y luego regresar al día siguiente y pasártelos en toda la calle.

—Kieran es vuestra garantía de evitar el castigo —dijo Kit.

—No se trata solo de nosotros —explicó Emma—. Si el Consejo lo escucha, podría ser el fin de la Paz Fría. Tendría que serlo. Y tendrán que creerlo, no puede mentir; y si la reina está dispuesta a luchar con la Clave contra el rey noseelie, no imagino que vayan a rechazar esa oferta.

—Lo que significa que debemos mantener a Kieran a salvo —indicó Julian—. También tenemos que hacer lo que podamos para no ponerlo en nuestra contra.

—¿Porque está haciendo esto por Mark? —preguntó Dru.

—Pero Mark rompió con él —dijo Livvy, y luego miró a su alrededor alarmada. Su coleta rozó el hombro de Kit—. ¿Es eso algo que no debería decir?

—No —respondió Mark—. Es la verdad. Pero... Kieran no se acuerda. Cuando la corte noseelie lo torturó, perdió parte de sus recuerdos. No recuerda haber llevado al

enviado al Instituto, o que azotaran a Emma y a Julian, o el peligro en que nos puso por su prisa y su rabia. —Se miró las manos entrelazadas—. Y no se lo debemos contar.

—Pero... y Emma —dijo Livvy—. ¿Se supone que debemos fingir que ella y Mark no...?

Kit se acercó más a Ty. Este olía a tinta y a lana.

—No entiendo nada de esto.

—Ni yo —le contestó Ty en un susurro—. Es muy complicado.

—Mark y yo —dijo Emma, mirando fijamente a Mark— hemos roto.

Kit se preguntó si Mark estaba al corriente de eso. No parecía capaz de ocultar la expresión atónita de su rostro.

—No funcionaba —continuó Emma—. Así que Mark es libre de hacer lo que tenga que hacer.

—¿Han roto? —susurró Livvy. Ty se encogió de hombros perplejo. Livvy se había puesto tensa y miraba a Emma y a Mark, muy preocupada.

—¿Debemos dejar que Kieran piense que sigue saliendo con Mark? —preguntó Ty confuso. Kit notó que todo eso también lo superaba, pero claro, también Enrique VIII había cortado la cabeza a varias de sus esposas por supuestas razones políticas. Lo personal, lo político y lo romántico a menudo se entrelazaban de un modo extraño.

—Ocultarle todo eso a Kieran no es lo ideal —explicó Julian, con las manos en los bolsillos—. Y no me gusta nada pedirnos que mintáis. Supongo que lo mejor es evitar el tema. Pero no existe ninguna otra manera de asegurarnos de que Kieran se presente ante la Clave.

Mark estaba sentado y se pasaba los dedos por el rubio cabello, como distraído. Kit le oyó decir a Cristina: «No pasa nada, estoy bien». Notó una súbita y extraña compasión, no por Mark, sino por Kieran. Kieran, que no sabía que su novio no era en realidad su novio, que estaba durmiendo en una casa llena de gente que, aunque pudieran parecer muy amistosos, le mentirían para conseguir lo que necesitaban.

Pensó en la frialdad que había visto en Julian cuando estuvieron en el Mercado de Sombras. Julian, que sacrificaría a Kieran, y quizá de paso a su propio hermano, para conseguir lo que quería.

Aunque lo que quería fuera algo bueno. Aunque fuera el fin de la Paz Fría. Kit miró a Julian, que contemplaba el fuego de la chimenea con ojos inescrutables, y sospechó que había algo más.

Cuando se trataba de Julian Blackthorn, siempre había algo más.

PASAN ANTE EL CAMINANTE

Mark fue hacia la habitación de Kieran, preparándose para mentir.

La inquietud y el cansancio hicieron que Mark abandonara el salón de la entrada. Los otros, igualmente cansados, se estaban repartiendo por sus dormitorios. Cristina había salido sin que Mark lo notara, aunque sintió su ausencia, una especie de tirón en el pecho, después de que ella se fuera. Diana tomó la decisión de partir hacia Idris tan pronto como pudiera, y Julian y Emma habían ido a despedirla.

A Mark lo sorprendió el anuncio de Emma de que su fingida relación había acabado; sabía lo que le dijo cuando aún se hallaban en Feéra, y que ella solo hizo lo que él le había pedido. Aun así se sentía un poco desorientado, solo, sin tener ni idea de cómo mirar a Kieran a los ojos y soltarle un montón de mentiras.

No le gustaba mentir; no lo había hecho en la Cacería y se sentía incómodo con los ritmos que mentir imponía. Quería hablar de eso con Cristina, pero no podía imaginarse que a ella le apeteciera escuchar sus complicados sentimientos hacia Kieran. Julian se centraría totalmente en lo que era necesario y lo que se tenía que hacer, por muy doloroso que fuera. Y ya no podía hablar con Emma. No se había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que su relación, por muy falsa que fuera, los había unido en una verdadera amistad. Se preguntaba si perdería eso también.

Y en cuanto a Kieran... Mark apoyó la cabeza en la pared junto a su puerta. Los pasillos estaban empapelados con una descolorida hoja de oro, emparrados y viñas colgantes, fríos contra su frente. Kieran era la persona con la que menos podía hablar.

Aunque darse golpes contra la pared tampoco le iba a servir de nada. Se irguió y abrió la puerta sin hacer ruido; el dormitorio que le habían reservado a Kieran estaba lejos del resto de las habitaciones, en lo alto de un corto tramo de escalera, una estancia que parecía haber sido empleada como almacén. Unas ventanas estrechas y arqueadas daban a las paredes de otros edificios. Había una enorme cama con dosel en medio del dormitorio y un gran armario, aunque Mark no tenía ni idea de lo que Kieran podría poner en él.

Habían sacado la colcha de la cama y a Kieran no se lo veía por ninguna parte. Mark sintió una sacudida de inseguridad. Kieran le había prometido a Cristina, a su manera, que se quedaría. Si había decidido no cumplir su promesa, entonces estaban en un lío.

Mark suspiró y cerró los ojos. Se sentía estúpido y vulnerable en medio del dormitorio con los ojos cerrados, pero conocía a Kieran.

—Kier —dijo—. No puedo verte. Sal y habla conmigo.

Un momento después notó unas feroces manos en los costados, alzándolo, lanzándolo de espaldas sobre la cama. El peso de Kieran presionó a Mark contra el colchón. Este abrió los ojos y lo vio apoyado sobre él, salvaje y extraño con su ropa de noble. Los vendajes de Kieran se apretaban contra el pecho de Mark, pero, aparte de eso, su peso le resultaba familiar. Y su cuerpo le daba la bienvenida.

Kieran lo miraba desde arriba, ojos plata y negro como el cielo nocturno.

—Te amo —dijo Kieran—. Y he hecho una promesa. Pero si constantemente se me humilla y se me expulsa, no responderé de mis acciones.

Mark le echó un rizo hacia atrás. Los mechones le resbalaban entre los dedos, como seda pesada.

—Me aseguraré de que te traten con más respeto. Solo tienen que acostumbrarse a ti.

A Kieran le brillaron los ojos.

—No he hecho nada para ganarme su desconfianza.

«Oh, claro que lo has hecho —pensó Mark—, lo has hecho, y todos lo recuerdan excepto tú».

—Me han ayudado a rescatarte —fue lo que dijo—. No seas desagradecido.

Kieran le sonrió.

—Preferiría imaginar que tú has sido el único responsable. —Se inclinó para besarle en el cuello.

Mark entrecerró los ojos; notaba sus propias pestañas cosquilleándole las mejillas. Sintió el cambio del peso de Kieran sobre él. Olía igual que el océano, como casi siempre. Mark recordó una colina en un campo verde, un húmedo túmulo de piedras, y revolcarse con Kieran en el fondo. Las manos en su pelo y en su cuerpo después de tanto tiempo sin que nadie lo tocara. Había ardido y temblado. Ahora temblaba. ¿Qué era Kieran para él? ¿Qué era él para Kieran? ¿Qué habían sido alguna vez el uno para el otro?

—Kier —comenzó Mark—. Escucha...

—No es el momento de hablar —replicó Kieran, y sus labios eran como el roce de una pluma sobre la piel de Mark, moviéndose por el cuello, por el mentón, hasta llegar a la boca.

Fue un momento que pareció alargarse eternamente, un momento en el que Mark sintió como si las estrellas hubieran estallado a su alrededor. Los labios de Kieran eran suaves y frescos, y sabían a lluvia, y Mark se aferró a él en un lugar oscuro y roto en el fondo del cielo.

Hundió los dedos en el cabello de Kieran, curvó las puntas, oyó a Kieran exhalar contra su boca. Este apretó todo el cuerpo con más fuerza contra el de Mark, le deslizó los dedos hacia la nuca y los enredó en la cadena que sujetaba la punta de flecha élfica.

Fue como si lo despertaran. Mark se dio la vuelta llevando a Kieran consigo, de modo que quedaron tumbados uno frente al otro sobre la cama. El movimiento

interrumpió el beso, y Kieran se lo quedó mirando, medio molesto y medio deslumbrado.

—Miach —susurró. Su voz cogió el mundo y lo convirtió en una caricia que lo llamaba, una invitación a placeres feéricos inimaginables.

—No —protestó Mark—. No me llames así.

Kieran tomó aire.

—Algo pasa entre nosotros, ¿verdad? Mark, por favor, dime qué es. Noto la distancia, pero no entiendo su causa.

—No lo recuerdas, pero tuvimos una discusión. Sobre quedarme con mi familia. Por eso te devolví el colgante de la punta élfica.

Kieran parecía perplejo.

—Pero siempre supe que podrías quedarte con tu familia. No quería que fuera así, aunque seguramente llegué a aceptarlo. Recuerdo haberme despertado en la corte noseelie. Pero no recuerdo ningún sentimiento de enfado hacia ti.

—No fue una discusión muy grave. —Mark tragó saliva—. Pero no me esperaba esto..., a ti en mi mundo. Todas esas complicaciones políticas.

—¿No quieres que esté aquí? —El rostro de Kieran no cambió, sin embargo su pelo de repente se cubrió de mechones blancos donde se le rizaba sobre las sienes.

—No es eso —contestó Mark—. En la Cacería Salvaje pensaba que podía morir cualquier noche. Todas las noches. Lo quería todo, siempre, y lo arriesgaba todo, porque nadie dependía de mí. Y luego llegaste tú, y dependíamos el uno del otro, pero... —Pensó en Cristina. Recordó sus palabras y no puedo evitar usarlas, aunque lo sintió casi como una traición. Cristina, a quien había besado con feliz abandono durante aquellos cortos instantes cerca de la fiesta, antes de que se diera cuenta de lo que ella pensaba de él: que era alguien a quien solo besaría estando borracha o enloquecida...

—Siempre te he necesitado, Kieran —dijo—. Te he necesitado para vivir. Siempre te he necesitado tanto que nunca he tenido la oportunidad de pensar sobre si en realidad somos buenos el uno para el otro, o no.

Kieran se sentó. Estaba en silencio, pero Mark vio, aliviado, que los mechones blancos habían recuperado su color negro azulado más habitual.

—Eso es sincero —contestó al final—. No puedo culparte por eso.

—Kieran...

—¿Cuánto tiempo necesitas? —Kieran se había incorporado del todo y era de nuevo el orgulloso príncipe hada. Mark pensó en las veces que había observado a Kieran en fiestas, a distancia; vio a hadas menos importantes rodearlo. Chicos y chicas que se le colgaban de los brazos, esperando una palabra o una mirada, porque incluso el favor de un príncipe en desgracia era moneda de cambio. Y Kieran, que no concedía ni esas miradas ni esas palabras, porque sus palabras y sus miradas eran todas para él. Para lo que había entre ellos cuando la Cacería Salvaje miraba hacia otro lado...

—Quizá unos días —contestó Mark—. Si puedes ser paciente durante tanto tiempo.

—Puedo ser paciente por unos días.

—¿Por qué has escogido a Cristina? —preguntó Mark de golpe—. Cuando tuviste que jurar lealtad a uno de nosotros, ¿por qué a ella? ¿Lo hiciste para molestarme?

Kieran sonrió de medio lado.

—No todo lo que ocurre tiene relación contigo, Mark. —Se tendió hacia atrás; su cabello volvía a ser negro contra las sábanas blancas—. ¿No deberías marcharte ya?

—¿No quieres que me quede aquí? —inquirió Mark—. ¿Contigo?

—¿Mientras sopesas mis méritos como si fuera un caballo que estás pensando comprar? No —respondió Kieran—. Vuelve a tu dormitorio, Mark Blackthorn. Y si la soledad te impide descansar, no me busques. Sin duda debe de haber una runa para el insomnio.

No la había, pero a Mark no le pareció una buena idea decírselo. Los ojos de Kieran brillaban peligrosamente. Mark se marchó, preguntándose si había cometido un terrible error.

La habitación de Cristina en el Instituto de Londres era mucho más como las habitaciones que había visto en fotografías de otros Institutos por todo el mundo: amueblada de forma sencilla con una pesada cama, un armario, una cómoda y un escritorio. Un pequeño cuarto de baño, limpio, con una ducha que ya había usado. En ese momento estaba tumbada sobre el viejo colchón, con las mantas subidas hasta el pecho y el brazo palpitándole de dolor.

No estaba segura de por qué. Había disfrutado de cada segundo de su vuelo con la Cacería Salvaje; y si se había herido de algún modo, no recordaba cómo. Desde luego no cuando había montado en el caballo o mientras cabalgaban, y sin duda recordaría un dolor así. ¿Cómo podría haberse hecho daño de alguna otra manera sin darse cuenta?

Se volvió de lado y fue a tocar su luz mágica, sobre la mesilla de noche. Se encendió con un suave resplandor e iluminó la habitación: la enorme cama inglesa, los pesados muebles de roble. Alguien había grabado las iniciales JB+LH en la pintura junto a la ventana.

Se miró el brazo derecho. Alrededor de la muñeca tenía un aro de piel más blanca, un poco enrojecido en los bordes, como la cicatriz dejada por un brazalete de fuego.

—¿Estaréis bien? —dijo Diana. Era en parte una afirmación y en parte una pregunta.

Diana, Julian y Emma se hallaban en la entrada del Instituto de Londres. Las puertas estaban abiertas y se veía el oscuro patio; había llovido hacía un rato y los

adoquines estaban limpios. Julian pudo ver el arco de la famosa verja metálica que cerraba el Instituto y las palabras forjadas en él: SOMOS POLVO Y SOMBRAS.

—Estaremos bien —contestó Julian.

—Malcolm vuelve a estar muerto. Nadie quiere matarnos —señaló Emma—. Prácticamente son unas vacaciones.

Diana se acomodó la bolsa sobre el hombro. Su plan era coger un taxi hasta la abadía de Westminster, donde un túnel secreto, accesible solo para los cazadores de sombras, llevaba a Idris.

—No me gusta dejaros.

Julian se sorprendió. Diana siempre había ido y venido a su conveniencia.

—Estaremos bien —repitió él—. Evelyn está aquí, y la Clave solo está a una llamada de distancia.

—No es una llamada que quieras hacer —repuso Diana—. He enviado otro mensaje a Magnus y a Alex, y me mantendré en contacto con ellos desde Alacante. —Calló un instante—. Si me necesitáis, enviadme un mensaje de fuego y vendré.

—Puedo encargarme de esto —replicó Julian—. Me he ocupado de cosas mucho peores durante mucho más tiempo.

Diana lo miró a los ojos.

—Me presentaría si pudiera —dijo—. Ya lo sabes. Me haría cargo del Instituto si fuera posible. Me enfrentaría a los Dearborn.

—Lo sé —repuso Julian y, curiosamente, era cierto. Aunque no imaginaba qué impedía a Diana presentarse como candidata, estaba seguro de que era algo importante.

—Si sirviera de algo —insistió Diana—. Pero no pasaría ni la entrevista. Sería inútil, y luego no podría quedarme con vosotros, o ayudaros.

Parecía como si estuviera tratando de convencerse a sí misma, y Emma le tendió la mano, impulsiva como siempre.

—Diana, sabes que nunca les dejaríamos que te apartaran de nosotros.

—Emma. —La voz de Julian le salió más seca de lo que él pretendía. La rabia que había estado conteniendo desde que Emma dijo que lo habían dejado con Mark estaba creciendo de nuevo, y no tenía ni idea de durante cuánto tiempo conseguiría controlarla—. Diana sabe de lo que está hablando.

Emma pareció sobresaltarse con la frialdad de su tono. Diana miró a uno y luego al otro.

—Mirad, sé que es increíblemente estresante tener que estar fuera de casa así, pero intentad no pelearos —sugirió—. Vais a tener que controlar todo esto hasta que vuelva de Idris.

—Solo será un día o dos —respondió Emma, sin mirar a Julian—. Y nadie se está peleando.

—Mantente en contacto con nosotros —le pidió Julian a Diana—. Cuéntanos lo que diga Jia.

Ella asintió.

—No he vuelto a Idris desde la Guerra Oscura. Será interesante. —Se inclinó y besó primero a Jules y luego a Emma; un rápido beso en la mejilla—. Cuidaos mucho. Lo digo en serio.

Se alzó la capucha de la chaqueta y salió al exterior; en un instante, las sombras la habían engullido. El brazo de Emma tocó un momento el de Julian cuando alzó la mano para despedirse. En la distancia, se oyó el ruido metálico de la puerta al cerrarse.

—Jules —llamó Emma sin volver la cabeza—. Ya sé que has dicho que Diana se ha negado siempre a intentar dirigir el Instituto, pero ¿sabes por qué...?

—No —contestó él. Una única palabra, pero cargada de veneno—. Y, hablando de confesiones, ¿cuándo pensabas contar al resto de la familia de Mark por qué has dejado a su hermano sin avisar?

Emma lo miró atónita.

—¿Estás enfadado porque Mark y yo hemos roto?

—Supongo que si nos ponemos a contar de verdad, ya has dejado a dos de los hermanos —indicó él, como si ella no hubiera abierto la boca—. ¿Cuál será el próximo? ¿Ty?

Supo de inmediato que se había pasado de la raya. Ty era su hermano pequeño, igual que él lo era de Mark. Se quedó muy serio.

—¡Que te jodan, Julian Blackthorn! —le espetó ella, se volvió en redondo y subió furiosa la escalera.

Ni Julian ni Emma durmieron bien esa noche, aunque cada uno pensó que era el único preocupado y que el otro seguramente dormía a pierna suelta.

—Creo que es hora de que recibas tu primera Marca real —dijo Ty.

Solo ellos tres, Livvy, Ty y Kit, seguían en la sala; todos los demás se habían ido a la cama. Kit supuso, por la oscuridad del exterior, que probablemente eran las tres o las cuatro de la madrugada, pero no estaba cansado. Podría ser *jet lag*, o mejor Portal *lag*, o como fuera que lo llamaran. Podía ser el alivio contagioso de los otros al verse reunidos de nuevo.

Podría ser unas seiscientas tazas de té.

—Ya he llevado Marcas —explicó Kit—. Me pusiste aquel *iratze*.

Livvy lo miró con un poco de curiosidad, pero no preguntó nada. Estaba tirada en un sillón junto al fuego, las piernas colgando sobre un brazo.

—Me refiero a una permanente —aclaró Ty—. Esta es la primera que nos ponen a todos. —Alzó la mano derecha con los largos dedos estirados, mostrándole a Kit el dorso, donde se veía la runa con la forma de un bonito ojo que identificaba a todos

los cazadores de sombras—. Videncia. Hace más clara la visión.

—Ya puedo ver el Mundo de las Sombras —indicó Kit. Dio un mordisco a una galleta de chocolate. Una de las pocas cosas buenas de comer que ofrecía Inglaterra, según su opinión.

—Probablemente no ves todo lo que podrías ver —repuso Livvy, y luego alzó las manos para indicar neutralidad—. Pero haz lo que quieras.

—Es la runa más dolorosa de poner —explicó Ty—. Pero vale la pena.

—Claro —repuso Kit, mientras cogía otra galleta del paquete que Livvy había sisado de la despensa—. Maravilloso.

Al cabo de un instante, se sorprendió al ver la sombra de Ty sobre él. Este se hallaba a su espalda con la estela en la mano y los ojos brillantes.

—Tu mano dominante es la derecha —señaló—, así que estírala hacia mí.

Sorprendido, Kit se atragantó con la galleta. Livvy se incorporó muy tiesa.

—Ty —dijo—. No la quiere. Solo estaba bromeando.

—Yo... —comenzó Kit, pero Ty se había vuelto del color del marfil y estaba retrocediendo desanimado. Apartó los ojos de los de Kit. Livvy se estaba levantando del sillón.

—No... no, sí la quiero —asintió Kit—. Me gustaría tener la Marca. Tienes razón, ya es hora de que tenga una de verdad.

El momento quedó en el aire, y Livvy a medio levantar. Ty parpadeó deprisa. Luego sonrió un poco y el corazón de Kit recuperó sus latidos normales.

—Entonces, dame la mano derecha —repitió Ty.

Kit extendió la mano, y comprobó que Ty tenía razón: la Marca dolía. Era como se imaginaba que sería hacerse un tatuaje: un profundo pinchazo ardiente. Cuando Ty acabó, Kit tenía lágrimas en los ojos.

Flexionó los dedos y se miró la mano. Llevaría eso para siempre, ese ojo en el dorso de la mano, esa cosa que Ty le había puesto ahí. Nunca podría borrarlo o cambiarlo.

—Me pregunto —comentó Ty mientras se volvía a colgar la estela del cinturón— dónde debe de estar esa casa de Malcolm en Cornwall.

—Puedo decirte exactamente dónde está —dijo la chica que estaba junto a la chimenea—. En Polperro.

Kit la miró. No tenía ninguna duda de que ella no estaba allí hacía un momento. Era rubia, muy joven y... traslúcida. Podía ver el papel de la pared a través de ella.

No pudo evitar dar un grito.

Bridget llevó a Emma a un dormitorio que parecía haber elegido con tiempo, y esta pronto descubrió por qué: había dos marcas de altura, de las que se hacen poniendo a alguien contra la pared y trazando una línea justo por encima de la cabeza para controlar el crecimiento, con una fecha al lado. En uno ponía WILL HERONDALE y en el

otro, JAMES CARSTAIRS.

La habitación de un Carstairs. Emma se cogió los codos y se imaginó a Jem: su amable voz, sus ojos oscuros. Lo echó de menos.

Pero eso no significaba nada; al fin y al cabo, Jem y Will podrían haber señalado su altura en cualquier habitación. En el cajón de la mesilla de noche, Emma encontró un montón de viejas fotos, la mayoría de principios del siglo xx.

Fotografías de un grupo de cuatro chicos en diferentes momentos de su vida. Parecían muy alegres. Dos de ellos, uno rubio y el otro moreno, aparecían juntos en casi todas las fotos, con el brazo sobre el hombro del otro y riendo. Había una chica de cabello castaño que se parecía mucho a Tessa pero no era ella. Y luego estaba Tessa, con el mismo aspecto de siempre, y un hombre muy atractivo de veintimuchos. El famoso Will Herondale, supuso Emma. Y había una chica muy seria, con el cabello rojo oscuro y la piel marrón. Llevaba una espada dorada en las manos. Emma reconoció la espada al instante, incluso sin la inscripción de la hoja: «Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*».

Cortana. Fuera quien fuera la chica de la foto, era una Carstairs.

En el dorso, alguien había escrito lo que parecía una frase de un poema: «La herida es el punto por donde penetra la Luz en ti».

Emma se la quedó mirando durante un largo rato.

—No hace falta que grites —dijo la chica molesta. Su acento era muy inglés—. Soy un fantasma, eso es todo. Actúas como si no hubieras visto ninguno antes.

—Y así es —replicó Kit picado.

Livvy se había puesto en pie.

—Kit, ¿qué está pasando? ¿Con quién hablas?

—Un fantasma —respondió Ty—. ¿Quién es, Kit?

—Me llamo Jessamine —anunció la chica—. Y el que no me hayas visto antes no quiere decir que yo no lo haya intentado.

—Se llama Jessamine —informó Kit—. Dice que ha estado intentando llamar nuestra atención.

—Un fantasma —repitió Ty, mirando hacia la chimenea. Era evidente que no podía ver a Jessamine, pero también era evidente que tenía una idea clara de dónde se hallaba—. Dicen que un fantasma salvó el Instituto de Londres durante la Guerra Oscura. ¿Fue ella?

Kit le repitió la pregunta.

—Dice que sí. Y parece muy satisfecha de ello.

Jessamine lo miró medio enfadada.

—También dice que sabe dónde vivía Malcolm —indicó Kit.

—¿De verdad? —Livvy se acercó al escritorio y cogió una pluma y una libreta—. ¿Nos lo dirá?

—Polperro —repitió Jessamine. Era muy bonita, con el cabello rubio y los ojos oscuros. Kit se preguntó si sería raro pensar que un fantasma era atractivo—. Es un pueblo en el sur de Cornwall. Malcolm solía hablar de los planes para su casa cuando estaba en el Instituto. —Agitó una mano traslúcida—. Estaba muy orgulloso de ella; justo encima de unas cuevas famosas. Es terrible que resultara ser un malvado. Y pobre Arthur —añadió—. A veces lo cuidaba mientras dormía. Tenía las pesadillas más horribles sobre Feéra y su hermano.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Livvy, con la pluma sobre el papel.

—Polperro —dijo Kit—. Al sur de Cornwall. Estaba muy orgulloso de la localización. Lamenta que haya resultado ser un gilipollas.

Livvy lo anotó todo.

—Apuesto a que no ha dicho «gilipollas».

—Tenemos que ir a la biblioteca —dijo Ty—. Busquemos un atlas y los horarios del tren.

—Pregúntale una cosa por mí —pidió Livvy—. ¿Por qué no le ha dicho a Evelyn dónde estaba la casa de Malcolm?

—Dice que Evelyn realmente no puede oírla —explicó Kit al cabo de un momento—. A menudo se inventa cosas y finge que Jessamine se las ha dicho.

—Pero sabe que Jessamine está aquí —repuso Ty—. Debe de ser un espíritu muy tenue, si ninguno de los demás podemos verla.

—¡Mmm! —soltó Jessamine—. Un espíritu tenue, claro. Es evidente que ninguno de vosotros tiene práctica observando a los no muertos. He hecho de todo para llamar vuestra atención excepto darle a uno de vosotros en la cabeza con un tablero de ouija.

—Yo te he visto —recordó Kit—. Y nunca he practicado para ser cazador de sombras.

—Eres un Herondale —repuso Jessamine—. Podéis ver a los fantasmas.

—Los Herondale suelen poder ver a los fantasmas —explicó Ty al mismo tiempo—. Por eso quería que tuvieras la Marca de la videncia.

Kit se volvió para mirarlo.

—¿Y por qué no lo has dicho?

—Podría no haber servido —contestó Ty—. No quería que te sintieras mal si no funcionaba.

—Bueno, pues ha funcionado —dijo Livvy—. Deberíamos despertar a Julian para contárselo.

—¿El chico mayor con el pelo rizado castaño? —preguntó Jessamine—. Está despierto. —Soltó una risita—. Me gusta volver a ver esos bonitos ojos Blackthorn.

—Julian está levantado —informó Kit, y decidió no mencionar que la chica fantasma podía estar colgada de él.

Ty se unió a Livvy en la puerta.

—¿Vienes, Kit?

Este negó con la cabeza, sorprendiéndose a sí mismo. Si le hubieran preguntado

unas semanas antes si le gustaría quedarse a solas con un fantasma, habría dicho que no. Y no era exactamente que le gustase, pero tampoco lo molestaba. Jessamine no tenía nada de terrorífica. Parecía mayor de lo que aparentaba, un poco melancólica, pero nada muerta.

Sin embargo, lo estaba. Se agitó con la corriente de aire que causó la puerta al cerrarse; sus largos dedos blancos se apoyaban sobre la repisa de la chimenea.

—No hace falta que te quedes —le dijo a Kit—. Probablemente desapareceré en un minuto. Incluso los fantasmas necesitamos descansar.

—Tengo una pregunta. —Kit tragó con fuerza; una vez llegado el momento, tenía la garganta seca—. ¿Has... has visto alguna vez a mi padre? Hace poco que ha muerto.

Los ojos marrones de Jessamine mostraron lástima.

—No —contestó—. La mayoría de la gente no se convierte en fantasma, Christopher. Solo los que tienen asuntos inacabados en la Tierra, o los que han muerto sintiendo que deben algo a alguien.

—Mi padre nunca pensó que debía nada a nadie —masculló Kit.

—Es mejor que no lo haya visto. Eso significa que se ha ido. Está en paz.

—¿Ido adónde? —Kit alzó la cabeza—. ¿Está en el cielo? Quiero decir, parece tan poco probable...

—¡Christopher! —Jessamine parecía escandalizada.

—De verdad —insistió Kit—. Tú no lo conocías.

—No sé qué viene después de la muerte —explicó Jessamine—. Tessa solía venir a preguntármelo. Quería saber dónde estaba Will. Pero él no se quedó por aquí; murió feliz y en paz, y se fue. —Agitaba las manos con impotencia—. No soy como Caronte. No soy un barquero. No puedo decir qué hay al otro lado del río.

—Podría ser terrible —dijo Kit, apretando el puño y notando el pinchazo de su nueva Marca—. Podría ser una tortura eterna.

—Podría serlo —repuso Jessamine. Había sabiduría en su suave voz—. Pero no lo creo.

Inclinó la cabeza. La luz del fuego relució en su cabello rubio pálido, y desapareció. Kit se quedó solo en el salón. Sin embargo, tenía algo en la mano, algo que crujió cuando él la abrió.

Era un papel doblado. Lo desdobló y recorrió rápidamente lo que decía. Había sido escrito por una mano delicada y femenina: «Si robas algún libro de la biblioteca, lo sabré y te arrepentirás».

Había una firma adornada con varias florituras: «Jessamine Lovelace».

Cuando Livvy entró en la habitación de Julian, este se hallaba tumbado sobre la cama. Como una tostada caída. Ni siquiera se había molestado en cambiarse de ropa o en meterse bajo las sábanas.

—¿Jules? —lo llamó Livvy desde la puerta.

Él se sentó al instante. Había estado tratando de organizar sus ideas, pero al ver a su hermana, en su habitación, tan tarde, todo se le borró excepto un inmediato miedo atávico.

—¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

Livvy asintió.

—Buenas noticias. Hemos averiguado dónde está la casa de Malcolm, la de Cornwall.

—¿Qué? —Julian se pasó las manos por el pelo y se frotó los ojos para acabar de despertarse—. ¿Dónde está Ty?

—En la biblioteca. —Se sentó en el borde de la cama de Julian—. Resulta que hay un fantasma en la casa. Jessamine. Bueno, pues ella recordaba a Malcolm y sabía dónde estaba su casa. Ty lo está comprobando, pero no hay ninguna razón para pensar que esté equivocada. Evelyn lleva días hablándole, pero no pensábamos que existiera realmente, y Kit...

—Puede ver a los fantasmas. Vale —completó Julian. Ya se sentía más alerta—. Muy bien. Iré mañana y veré qué puedo averiguar.

—Y nosotros iremos a Blackthorn Hall —dijo Livvy. Blackthorn Hall era una de las dos propiedades de la familia Blackthorn. Tenían una mansión en Idris y una gran casa en Chiswick, junto al Támesis. Mucho tiempo atrás, había pertenecido a los Lightwood—. Veremos si hay algún papel, algo sobre Annabel. Kieran no puede salir del Instituto, así que Mark puede quedarse aquí con él y Cristina, y mirar en la biblioteca.

—No —repuso Julian.

Livvy apretó los labios.

—Julian...

—Ve a Blackthorn Hall si quieres —dijo—. Sin duda os lo habéis ganado, tú y Ty, y Kit también. Pero Mark va con vosotros. Kieran puede entretenerse haciendo trenzas de margaritas o componiendo una balada.

Livvy tuvo que contener una sonrisa.

—No está bien burlarse de los seres mágicos.

—Kieran no se librará de ello —repuso Julian—. Nos ha fastidiado en el pasado.

—Supongo que Cristina se quedará a vigilarlo.

—Iba a pedirle que viniera conmigo a Cornwall.

—¿Cristina y tú? —Livvy parecía confundida. Julian no podía culparla. Era cierto que su grupo tenía unos esquemas establecidos basados en la edad y en la relación. Jules y Emma, o Jules y Mark, tenía sentido. Jules y Cristina, no.

—Y Emma —añadió Julian, maldiciendo para sí. La idea de pasar tiempo con Emma, sobre todo en esos momentos, era... terrorífica. Pero se consideraría muy extraño que fuera sin ella, su *parabatai*. Aparte de que Emma no se iba a quedar sentada. Ni en sueños.

Llevar a Cristina lo ayudaría. Serviría para amortiguar la situación. Tener que poner a alguien entre Emma y él lo ponía enfermo, pero el recuerdo del modo en que le había hablado en la entrada lo ponía aún peor.

Había sido como ver a alguien hablándole a la persona que más quería; otra persona hiriendo a su *parabatai* a propósito. Fue capaz de hacer algo con sus sentimientos mientras ella estuvo con Mark; retorcerlos y arrugarlos, metérselos bajo la piel y la conciencia. Los dejó allí, sangrantes, como un tumor invadiendo sus órganos internos, pero no había sido capaz de visualizarlos.

Pero ahí estaban de nuevo, frente a él. Era aterrador amar a alguien a quien se tenía prohibido. Aterrador sentir algo de lo que nunca podías hablar, algo que era horrible para casi todos los que conocías, algo que tal vez te destrozaría la vida.

Y en cierto modo, era más aterrador saber que tus sentimientos no eran deseados. Cuando había pensado que Emma le correspondía, no estuvo completamente solo en ese infierno. Cuando ella estaba con Mark, se podía decir a sí mismo que era su hermano quien los separaba. No que ella prefería no estar con nadie antes que con él.

—Cristina sabe mucho sobre el *Libro Negro* —explicó Julian. No tenía ni idea de si eso era cierto o no. Por suerte, Livvy no tiró de ese hilo—. Será de gran ayuda.

—Blackthorn Hall, allá vamos —exclamó Livvy, y se bajó de la cama. Miró a Julian como una niña de un antiguo dibujo en un libro ilustrado, en su vestido azul de mangas abombadas. Pero Livvy siempre le parecería un niño—. ¿Jules?

—¿Sí?

—Lo sabemos —contestó—. Sabemos lo de Arthur, y lo que le pasaba. Sabemos que tú dirigías el Instituto. Sabemos que eras tú el que lo hacía todo desde la Guerra Oscura.

Julian sintió como si la cama se inclinara bajo él.

—Livia...

—No estamos enfadados —se apresuró a decir ella—. He venido sola porque quería hablar contigo antes de que lo hicieran Ty y Dru. Hay algo que quería decirte.

Julian aún tenía los dedos sobre la colcha. Sospechaba que se hallaba en algún tipo de estado de *shock*. Durante tantos años había pensado en cómo sería ese momento, que al encontrárselo delante, no tenía ni idea de qué decir.

—¿Por qué? —consiguió pronunciar finalmente.

—Me he dado cuenta de algo —respondió ella—. Quiero ser como tú, Jules. No en este segundo, no ahora mismo, pero algún día. Quiero cuidar a la gente, a otros cazadores de sombras, a gente que me necesite. Quiero dirigir un Instituto.

—Y lo harás muy bien. Livvy..., no te lo dije porque no podía. No porque no confiara en ti. Ni siquiera se lo dije a Emma. No hasta hace unas semanas.

Ella solo le sonrió y fue al lado de la cama donde Julian estaba sentado. Se inclinó y él notó que lo besaba con suavidad en la frente. Julian cerró los ojos, recordando cuando ella era tan pequeña que la podía coger en brazos, cuando ella lo seguía con los brazos extendidos: «Julian, Julian, cógeme».

—No hay nadie a quien quiera parecerme más que a ti —dijo ella—. Quiero que te sientas orgulloso de mí.

Julian abrió los ojos y la abrazó con torpeza, con un brazo, y luego ella se apartó y le alborotó el cabello. Julian protestó, y ella se rio y se dirigió hacia la puerta, diciendo que estaba agotada. Apagó la luz y salió del cuarto, dejándolo en la oscuridad.

Se envolvió en las mantas. Livvy lo sabía. Todos lo sabían. Lo sabían y no lo odiaban. Se había sacado de encima un peso que casi había olvidado que cargaba.

PERSEGUIDO

Era un perfecto día inglés. El cielo era del color de la porcelana de Wedgwood, fino y azul. El aire era cálido, dulce y cargado de posibilidades. Julian se hallaba en la escalera delantera del Instituto, intentando evitar que su hermano pequeño lo estrangulara.

—No te vayas —gimió Tavvy—. Ya te has ido antes. No puedes hacerlo otra vez. Evelyn Highsmith soltó un bufido.

—En mis tiempos, a los niños se los veía pero no se los oía, y sobre todo no se quejaban.

Estaba bajo el arco de la puerta, con las manos delicadamente colocadas sobre el pomo de su bastón. Se había puesto un atuendo increíble para acompañarlos a la estación del tren: tenía un aire de traje de montar, con lo que era muy posible que fueran unos pantalones de montar. El sombrero estaba adornado con un pájaro, aunque, como Ty comprobó desilusionado, el pájaro estaba muerto de forma definitiva.

Un viejo coche negro que pertenecía al Instituto había sido rescatado, y Bridget esperaba junto a él con Cristina y Emma. Las mochilas estaban metidas en el maletero (a Mark lo había divertido descubrir que en Inglaterra lo llamaban «portaequipajes») y las chicas hablaban excitadas. Ambas iban vestidas con vaqueros y camiseta, ya que tenían que pasar por mundanas en el tren. Emma se había recogido la melena en una trenza.

Julian se alegraba de que Cristina fuera con ellos. En el fondo, se aferraba a la idea de que serviría para amortiguar la tensión entre Emma y él. Esa mañana, Emma no había mostrado ni la menor señal de estar enfadada, y los dos habían trabajado bien juntos, preparando la ruta hasta Polperro, averiguando los horarios de los trenes y saqueando el almacén en busca de ropa. Tenían planeado coger una habitación en un *bed-and-breakfast*, si era posible uno que tuviera cocina donde pudieran prepararse algo y así minimizar su exposición a los mundanos. Incluso habían comprado los billetes de tren desde la estación de Paddington con antelación. Planear todo eso había sido fácil y sencillo: eran un equipo de *parabatai*; aún trabajaban mejor juntos que cada uno por su lado.

Pero incluso con el férreo autocontrol que se había impuesto, la pura fuerza del amor y el anhelo cuando la miraba era como ser arrollado de forma inesperada por un tren, una y otra vez. Aunque tampoco pensaba que ser arrollado por un tren de forma esperada fuera a ser mucho mejor.

Le convenía tener a alguien que le amortiguara ese golpe hasta que dejara de suceder. Suponiendo que dejara de suceder. Aunque no iba a permitirse pensar así.

Algún día tenía que acabar.

—¡Jules! —lloriqueó Tavvy. Julian le dio un último abrazo y lo dejó en el suelo—. ¿Por qué no puedo ir contigo?

—Porque tienes que quedarte aquí y ayudar a Drusilla —le explicó Julian—. Te necesita.

Tavvy lo miró como si lo dudara. Drusilla, vestida con una falda de algodón exageradamente larga que le cubría hasta los pies, puso los ojos en blanco.

—No puedo creer que os vayáis —le dijo a Julian—. En cuanto te vas, Livvy y Ty comienzan a tratarme como a una criada.

—Los criados cobran —observó Ty.

—¿Ves? ¿Ves lo que quiero decir? —Dru le clavó un índice en el pecho a Julian—. Será mejor que te des prisa en volver para que no me maltraten.

—Lo intentaré. —Julian miró a Mark a los ojos por encima de la cabeza de Dru y compartieron una sonrisa. La despedida entre Emma y Mark había sido, como mínimo, bastante estrambótica. Emma le había dado un abrazo rápido y distraído antes de bajar la escalera; a Mark no había parecido importarle hasta que se fijó en que Julian y los otros los estaban observando. Bajó corriendo la escalera detrás de Emma, le cogió la mano y la hizo volverse para mirarlo.

—Es mejor que te vayas —dijo él—, para que pueda olvidar tu bello y cruel rostro y sanar mi corazón.

Emma se había quedado perpleja. Cristina, después de decirle en voz baja a Mark algo que sonó como «innecesario», arrastró a Emma al coche.

Ty y Livvy fueron los últimos en ir a despedirse de Jules. Livvy lo abrazó con fuerza y Ty le dedicó una sonrisa tímida. Julian se preguntó dónde estaría Kit. Había estado pegado a Ty y a Livvy desde que llegaron a Londres, pero parecía haber desaparecido para la despedida familiar.

—Tengo algo para ti —dijo Ty. Le tendió una caja, y Julian la cogió un poco sorprendido. Ty era absolutamente puntual con los regalos de Navidad y cumpleaños, pero casi nunca hacía regalos de manera espontánea.

Curioso, Julian abrió la tapa de la caja y se encontró con un juego de lápices de colores. No conocía la marca, pero se veían immaculados y sin usar.

—¿De dónde los has sacado?

—Fleet Street —contestó Ty—. He ido esta mañana temprano.

Un nudo de amor se instaló en la garganta de Julian. Le hizo recordar cuando Ty era un bebé serio y callado. Durante mucho tiempo no había podido quedarse dormido sin que alguien lo tuviera en brazos, y aunque Julian aún era muy pequeño, recordaba haberlo acunado hasta que se dormía. Había sentido tanto amor por su hermano que incluso entonces fue como una explosión en su corazón.

—Gracias. He echado de menos dibujar —le agradeció Julian, y metió la caja en

su mochila. No fue más efusivo, a Ty no le iba la efusividad, pero lo dijo en el tono más cálido que pudo y Ty sonrió encantado.

Jules pensó en Livvy, la noche anterior, en cómo lo había besado en la frente. Su forma de darle las gracias. El regalo era la de Ty.

—Tened cuidado en Blackthorn Hall —les dijo. Le provocaba cierto nerviosismo que fueran allí, pero intentó no demostrarlo; sabía que estaba siendo irracional—. Id de día. Durante el día —insistió cuando Livvy hizo un amago de protesta—. Y no intentéis meter en líos a Drusilla y a Tavvy. Recordad, Mark está al mando.

—¿Lo sabe él? —preguntó Livvy.

Julian buscó a Mark con la mirada por la escalera. Lo vio con las manos a la espalda, observando con desconfianza a un gnomo tallado en piedra.

—Tu disfraz no me engaña, gnomo —mascullaba—. Te estaré vigilando.

Julian suspiró.

—Solo haced lo que os diga.

—¡Julian! —lo llamó Emma. Estaba esperando junto al coche. *Cortana*, cubierta con un *glamour* para ser invisible a los mundanos, le destellaba por encima del hombro derecho—. Vamos a perder el tren.

Julian asintió y alzó dos dedos. Fue hasta Mark y lo cogió por el hombro.

—¿Estarás bien?

Este asintió. Julian pensó en preguntarle dónde estaba Kieran, pero decidió que no valía la pena. Probablemente solo serviría para estresarlo más.

—Gracias por confiar en mí para estar al mando —dijo Mark—. Después de lo que pasó la otra vez, con la cocina.

En Los Ángeles, una noche Julian había dejado a Mark cuidando de sus hermanos. Mark se las había arreglado para destrozarse la cocina, cubrir a Tavvy de azúcar y casi hacer que Jules sufriera un ataque de nervios.

—Confío en ti. —Sin decir nada, Julian y Mark se miraron. Luego Julian sonrió—. Además —añadió—, esta no es mi cocina.

Mark se rio. Julian bajó la escalera mientras Emma y Cristina se apretujaban en el coche. Fue hacia la parte trasera para meter su mochila en el maletero y se detuvo en seco. Encajado en el espacio junto al equipaje había una pequeña forma cubierta por una camiseta blanca manchada.

Tavvy lo miró con los ojos muy abiertos.

—Yo también quiero ir —anunció.

Julian suspiró y comenzó a subirse las mangas. El trabajo de un hermano no acababa nunca.

Una de las ventajas de ser cazador de sombras de la que pocas veces se hablaba, pensó Emma, era la de poder aparcar fácilmente en lugares como estaciones de tren e iglesias. A menudo se reservaba un espacio para que los cazadores de sombras

dejaran sus coches, cubierto con un *glamour* para que los mundanos lo vieran como algo a lo que no darían importancia: un solar en construcción o un montón de cubos de basura. Bridget aparcó el traqueteante Austin Metro negro en Pread Street, a solo unos metros de la estación de Paddington, y los cazadores de sombras fueron a recoger sus mochilas mientras ella cerraba el vehículo.

Habían preparado las mochilas rápidamente y con poca cosa, lo justo para unos días. Armas, trajes de combate y algo de ropa, aparte de la que llevaban puesta, aunque Emma no dudaba de que Cristina estaría elegante de todas formas. Sin llamar la atención, esta se metió la navaja en el bolsillo y se inclinó para colgarse la mochila del hombro. Hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Emma, poniéndose a su lado. Estaba muy contenta de tener a Cristina allí, entre Jules y ella, algo para suavizar los caminos tensos y peligrosos de sus conversaciones.

Entraron en la estación, que era moderna y bien iluminada, con los amplios pasillos flanqueados de tiendas. Emma miró a Julian, que iba por delante, sumido en una conversación con Bridget. Julian tenía la increíble habilidad de entablar conversación casi con cualquiera. Se preguntó qué tema habría encontrado para poder hablar de ello con Bridget. ¿Las rarezas de Evelyn? ¿La historia de Londres?

—¿Has tenido la oportunidad de hablar con Mark sobre..., ya sabes, el beso? —preguntó Emma, mientras pasaban ante una famosa panadería que olía a mantequilla y canela, mezcladas con el humo de la estación—. Especialmente con todo lo que está ocurriendo con Kieran.

Cristina negó con la cabeza. Se la veía pálida y con mala cara, como si no hubiera dormido bien.

—Kieran y Mark tienen su historia. Como Diego y yo. No puedo culpar a Mark por sentirse arrastrado por ella. Es la misma razón por la que yo me lie con Diego, y lo hice sin todas las presiones que Mark tiene encima ahora.

—No sé cómo acabará todo esto. Mark no es muy buen mentiroso —apuntó Emma—. Y lo digo como alguien a quien tampoco se le da muy bien.

Cristina esbozó una dolorida sonrisa.

—Eres terrible. Observaros a Mark y a ti fingir que estabais enamorados era como ver a dos personas que no paran de caerse esperando que nadie lo note.

Emma soltó una risita.

—Muy halagador.

—Solo digo que, por el bien de todos, Kieran debe creer lo que le diga Mark —repuso Cristina—. Un hada que piensa que ha sido burlada o humillada puede ser muy cruel.

De repente ahogó un grito y se dobló en dos. Emma la cogió cuando caía. Presa de un pánico ciego, arrastró a Cristina a un rincón entre dos tiendas. No se atrevió a gritar; no llevaba ningún *glamour* y los mundanos la oirían. Pero miró hacia Julian y Bridget, aún perdidos en su conversación, e intentó hacer llegar un mensaje a su

parabatai con toda la fuerza de su mente.

Jules, Julian, te necesito, ahora mismo, ven ahora mismo, ¡por favor!

—Emma... —Cristina tenía los brazos cruzados y se apretaba el estómago como si le doliera, pero era la sangre que le manchaba la camisa lo que asustaba a Emma.

—Cristina, cariño, déjame ver, déjame ver. —Tiró nerviosa de los brazos de Cristina, hasta que esta los separó.

Tenía sangre en la mano derecha y en la manga. La mayor parte parecía proceder del brazo y haberse pasado a la camisa. Emma respiró con más calma. Una herida en el brazo era menos grave que una en el cuerpo.

—¿Qué sucede? —Era la voz de Julian. Bridget y él habían vuelto. Jules estaba pálido. Emma le vio el terror en los ojos y se dio cuenta de qué lo había causado: Julian pensó que algo le había ocurrido a ella.

—Estoy bien —dijo Emma mecánicamente, impresionada por la expresión de su rostro.

—Claro que lo estás —replicó Bridget impaciente—. Déjame acercarme a la chica. Deja de aferrarte a ella, por todos los ángeles.

Emma se apartó y vio a Bridget arrodillarse y subirle la manga a Cristina. En la muñeca tenía como un brazalete de sangre, con la piel hinchada. Era como si alguien le estuviera apretando un alambre invisible alrededor del brazo, cortándole la piel.

—¿Qué hacéis los dos aquí sentados? —les reprochó Bridget—. Ponedle una runa de curación.

Ambos sacaron las estelas. Julian fue más rápido y le dibujó a Cristina un rápido *iratze* sobre la piel. Emma se inclinó hacia adelante, conteniendo la respiración.

No pasó nada. En todo caso, la piel alrededor del círculo sangrante pareció hincharse más. Manó un borbotón de sangre fresca que le salpicó la ropa a Bridget. Emma se dijo que ojalá tuviera su vieja estela; siempre había creído, de un modo supersticioso, que podía dibujar runas más poderosas con ella. Pero en ese momento estaba en manos de las hadas.

Cristina no se quejó. Después de todo, era una cazadora de sombras. Pero le temblaba la voz.

—No creo que un *iratze* sirva para esto.

Emma meneó la cabeza con desconcierto.

—¿Qué es...?

—Parece un hechizo feérico —dijo Bridget—. Mientras estabais en las Tierras, ¿alguna hada pareció echarte un encantamiento? ¿Te ataron alguna vez las muñecas?

Cristina se incorporó sobre los codos.

—Eso... no, no puede ser eso...

—¿Qué pasó? —quiso saber Emma.

—En la fiesta, dos chicas me ataron la muñeca a la de Mark con una cinta —explicó Cristina con reticencia—. La cortamos, pero puede que tuviera una magia más poderosa de la que pensaba. Podría ser una especie de hechizo de unión.

—Es la primera vez que has estado lejos de Mark desde que estuvimos en Feéra —recordó Julian—. ¿Crees que puede ser eso?

Cristina se puso muy seria.

—Cuanto más me alejo de él, peor está. Anoche fue casi la primera vez que no estuve a su lado, y el brazo me quemaba y me dolía. Y mientras nos alejábamos del Instituto, el dolor se fue haciendo peor y peor; esperaba que desapareciera, pero no es así.

—Tenemos que llevarte de vuelta al Instituto —dijo Emma—. Vamos todos. Ya.

Cristina negó con la cabeza.

—Julian y tú debéis ir a Cornwall —replicó, e hizo un gesto con el brazo sano por encima de la cabeza, hacia el panel donde se mostraban los horarios de salida. El tren para Penzance partía en menos de cinco minutos—. Tenéis que hacerlo. Es necesario.

—Podemos esperar un día —protestó Emma.

—Es magia de hada —repuso Cristina, mientras se ponía en pie con la ayuda de Bridget—. No hay ninguna seguridad de que se vaya a arreglar en un día.

Emma dudó. No le gustaba nada la idea de dejar a Cristina.

Bridget habló con una voz seca, sorprendiéndolos a todos.

—Id —dijo—. Sois *parabatai*, el equipo más poderoso que pueden ofrecer los nefilim. He visto lo que los *parabatai* son capaces de hacer. Dejad de vacilar.

—Tiene razón —repuso Julian, y devolvió la estela al cinturón—. Vamos, Emma.

Siguió un breve revuelo: Emma abrazó a Cristina a toda prisa para despedirse; Julian la cogió de la mano y tiró de ella; los dos corrieron sin saber muy bien hacia dónde por la estación, casi derribando las barreras donde se comprobaban los billetes, y se metieron en un vagón vacío del tren de la Western Railway justo cuando comenzaba a moverse, con un fuerte chirrido de los frenos al soltarse para salir de la estación.

Con cada kilómetro que Bridget y ella recorrían acercándose al Instituto, el dolor de Cristina iba disminuyendo. En Paddington, el brazo la había sumido en una agonía de dolor. En ese momento, solo era un dolor sordo que parecía metérsele en los huesos.

«He perdido algo —parecía susurrar el dolor—. Me falta algo». —En español hubiera dicho: «*Me haces falta*». Había notado hacía tiempo que no existía una traducción literal de esa frase. No era el «te necesito» de los ingleses: «*me haces falta*» se acercaba más a lo que sentía en ese momento, un vacío como si faltara un acorde en una canción o una palabra en una página.

Se detuvieron ante el Instituto con un chirrido de frenos. Cristina oyó a Bridget llamarla, pero ella ya estaba fuera del coche, sujetándose la muñeca mientras corría hacia la escalera de entrada. No podía evitarlo. Su mente se rebelaba ante la idea de que algo ajeno a ella la controlara, pero era como si su cuerpo la arrastrara, empujándola hacia lo que necesitaba para estar completo.

La puerta se abrió de golpe. Era Mark.

También tenía sangre en el brazo y le empapaba la manga azul claro del jersey. Tras él se oían voces, pero él solo miraba a Cristina. Llevaba el cabello revuelto y sus ojos azul y dorado ardían como faros.

Cristina pensó que nunca había visto nada tan hermoso.

Él bajó la escalera corriendo, descalzo, y la cogió de la mano tirando de ella hacia sí. En cuanto sus cuerpos chocaron, Cristina notó que desaparecía el dolor de su interior.

—Es un hechizo de unión —le susurró Mark con la boca enterrada en su cabello—. Algún tipo de hechizo de unión que nos ata.

—Las chicas de la fiesta; una nos ató las muñecas y la otra se reía...

—Lo sé. —Le rozó la frente con los labios. Cristina notó los latidos de su corazón—. Encontraremos la manera. Lo arreglaremos.

Ella asintió y cerró los ojos, pero no antes de ver que algunos de los otros habían salido al primer escalón y los estaban mirando. En el centro del grupo se hallaba Kieran, su elegante rostro pálido y serio, sus ojos inescrutables.

Los billetes que habían comprado eran de primera clase, así que Emma y Julian tenían un compartimento para ellos solos. El gris marrón de la ciudad había quedado atrás y avanzaban a través de campos verdes salpicados de flores silvestres y pequeños bosquecillos. Muros de piedra negra de las granjas subían y bajaban por las colinas marcando los límites, dividiendo la tierra en piezas de puzle.

—Se parece un poco a Feéra —comentó Emma, mirando por la ventana—. Ya sabes, sin los ríos de sangre o los bailes llenos de gente. Más pastelillos y menos muerte.

Julian alzó la mirada. Tenía su bloc de dibujo sobre las rodillas y una caja negra de lápices de colores en el asiento de al lado.

—Creo que eso es lo que dice en la verja principal del palacio de Buckingham —dijo. Su voz sonaba calmada, totalmente neutral. El Julian que le había hablado mal en la puerta del Instituto ya no estaba. Este era el Julian educado, el Julian cortés. El Julian que ponía una fachada para los desconocidos.

No había manera de que ella pudiera soportar relacionarse con ese Julian durante su estancia en Cornwall.

—Entonces —dijo ella—, ¿sigues enfadado?

Él la miró durante un largo momento y dejó el bloc a un lado.

—Lo siento —se disculpó—. Lo que dije... fue inaceptable y cruel.

Emma se puso en pie y se apoyó en la ventana. El campo pasaba volando: gris, verde, gris.

—¿Por qué lo dijiste?

—Estaba enfadado —contestó. Emma podía ver su reflejo en la ventana,

mirándola—. Estaba enfadado por Mark.

—No sabía que estuvieras tan metido en nuestra relación.

—Es mi hermano. —Julian se tocó la cara mientras hablaba, de forma inconsciente, como si quisiera conectar con esos rasgos, los angulosos pómulos y las largas pestañas tan parecidos a los de Mark—. No es... Es fácil herirlo.

—Está bien —repuso ella—. Te prometo no hacerlo.

—Es más que eso. —Su mirada era firme—. Cuando estabais juntos, al menos yo podía sentir que ambos estabais con alguien que me importaba y en quien podía confiar. Amabas a alguien a quien yo también amo. ¿Es probable que eso vuelva a pasar?

—No sé lo que es probable que ocurra —contestó ella. «No tienes nada de que preocuparte. No estaba enamorada de Mark. Nunca estaré enamorada de alguien que no seas tú»—. Solo que hay cosas que podemos controlar y otras no.

—Es... es de mí de quien estamos hablando.

Ella se volvió y apoyó la espalda contra el frío vidrio de la ventana. Estaba mirando a Julian directamente, no solo a su reflejo. Y aunque su rostro no mostraba enfado, sus ojos eran, por lo menos, abiertos y sinceros. Era el auténtico Julian, no el Julian fingido.

—Así que admites que eres un obseso del control, ¿no?

Él sonrió, la dulce sonrisa que a Emma le iba directa al corazón porque le recordaba al Julian de su infancia. Era como si el sol, el calor, el mar y la playa se unieran para darle un puñetazo en el corazón.

—No admito nada.

—Bien —asintió ella. No era necesario decir que lo perdonaba y que sabía que él la perdonaba a ella; ambos lo sabían. En vez de eso, se sentó en el asiento frente a él y señaló con un gesto sus útiles de dibujo—. ¿Qué estás dibujando?

Julian cogió el bloc de dibujo y lo volvió para que ella pudiera ver su trabajo: una encantadora copia de un puente de piedra que habían pasado, rodeado por las inclinadas ramas de los robles.

—Podrías dibujarme a mí —sugirió Emma. Se recostó en el asiento y apoyó la cabeza en una mano—. Dibújame como a una de tus chicas francesas.

Julian sonrió de medio lado.

—Odio esa película —dijo—. Ya lo sabes.

Emma se incorporó indignada.

—La primera vez que vimos *Titanic*, lloraste.

—Tenía alergias estacionales —replicó Jules. Había comenzado a dibujar de nuevo, pero su sonrisa aún seguía ahí. Emma pensó que ese era el corazón de Julian y ella. Esas bromas amables, esa diversión fácil. Casi la sorprendió. Pero eso era a lo que siempre volvían, a la comodidad de su infancia, como pájaros regresando una y otra vez en rotaciones migratorias a su hogar.

—Ojalá pudiéramos ponernos en contacto con Jem y Tessa —dijo Emma. Los

campos verdes destellaban por la ventana como una mancha. Una mujer empujaba un carrito de refrescos por el estrecho pasillo del tren—. Y con Jace y Clary. Contarles lo de Annabel y Malcolm, y todo.

—Toda la Clave sabe lo del retorno de Malcolm. Estoy seguro de que ellos también tienen sus maneras de enterarse.

—Pero solo nosotros sabemos lo de Annabel —repuso Emma.

—La he dibujado —le comentó Julian—. Pensé que si podíamos mirarla de algún modo, quizá nos ayudara a encontrarla.

Volvió el bloc para mostrárselo. Emma contuvo un pequeño escalofrío. No porque el rostro al que miraba fuera horroroso, que no lo era. Era un rostro joven, ovalado y de bonitas facciones, casi perdido en una nube de pelo negro. Pero el aire de algo perseguido y silvestre ardía en los ojos de Annabel; se agarraba el cuello con las manos, como si tratara de envolverse en un cobertor que hubiera desaparecido.

—¿Dónde puede estar? —se preguntó Emma en voz alta—. ¿Adónde irías, si estuvieras tan triste?

—¿Crees que parece triste?

—¿Tú no?

—Pensé que parecía enfadada.

—Mató a Malcolm —recordó Emma—. No entiendo por qué lo haría; él la había resucitado. La amaba.

—Quizá no quisiera que la resucitaran. —Seguía mirando el dibujo—. Tal vez fuera feliz donde estaba. Esfuerzo, agonía, pérdida; esas son cosas que sienten los vivos. —Cerró el bloc mientras el tren entraba en la estación de un pequeño pueblo con un cartel en el que ponía LISKEARD. Habían llegado.

—¿Lo habéis planeado? —preguntó Kieran. Su expresión era tormentosa—. No puede ser una coincidencia.

Mark alzó las cejas. Cristina estaba sentada en el borde de una de las camas de la enfermería, con la muñeca vendada; la herida de Mark quedaba oculta por la manga del jersey. No había nadie más en la sala. Tavvy se asustó al ver sangre y Dru se lo llevó para calmarlo. Livvy y los otros dos chicos se habían marchado hacia Blackthorn Hall cuando Cristina todavía se hallaba en la estación.

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —preguntó Mark—. ¿Crees que Cristina y yo habíamos planeado salpicar de sangre todo Londres para divertirnos?

Cristina lo miró sorprendida; parecía más humano que nunca.

—Un hechizo de unión así... —dijo Kieran—. Debisteis de tender las muñecas para que os lo hicieran. Tendríais que haber permanecido quietos mientras os ataban.

Parecía desconcertado y dolido. Se lo veía muy fuera de lugar con sus calzas y la camisa de lino, toda arrugada, en el corazón del Instituto. A su alrededor solo había camas de hospital, jarras de vidrio y de cobre con tinturas y polvos, montones de

vendas e instrumental médico con runas.

—Ocurrió en una fiesta —explicó Mark—. No nos lo esperábamos. Nadie quería que le pasara esto, nadie lo haría a propósito, Kieran.

—Un hada sí —replicó Kieran—. Es justo el tipo de cosa que haría alguno de nosotros.

—No soy un hada —repuso Mark.

Kieran se encogió y Cristina vio el dolor en sus ojos. Sintió un repentino impulso compasivo por él. Debía de ser horrible estar tan solo.

Incluso Mark parecía afectado.

—No quería decir eso —se disculpó—. No soy solo un hada.

—Y lo feliz que te hace —replicó Kieran—. Alardeas de ello siempre que puedes.

—Por favor —intervino Cristina—, por favor, no os peleéis. Necesitamos estar del mismo lado en esto.

Kieran la miró como si no acabara de comprender. Luego se acercó a Mark y le puso las manos sobre los hombros. Eran casi de la misma altura. Mark no apartó la mirada.

—Solo conozco una manera de saber que no estás mintiendo —dijo Kieran, y besó a Mark en la boca.

Cristina sintió de nuevo el dolor en la muñeca. No tenía ni idea de si era casual o algún tipo de reflejo de la intensidad de lo que Mark estaba sintiendo. De ninguna manera podía rechazar ese beso sin rechazar a Kieran y cortar la delicada cadena de mentiras que mantenía al príncipe hada allí.

Eso en el caso de que Mark no hubiera querido besar a Kieran. Pero le estaba devolviendo el beso con una ferocidad como la que Cristina había visto en él la primera vez que los vio besarse. Pero en esta ocasión había más rabia. Mark agarró a Kieran por los hombros, clavándole los dedos; la fuerza de su beso hizo que el hada echara la cabeza hacia atrás. Le chupó el labio inferior y se lo mordió, y Kieran ahogó un grito.

Se separaron. Kieran se tocó la boca; tenía sangre en el labio y un ardiente triunfo en los ojos.

—No has apartado la mirada —le dijo a Cristina—. ¿Tan interesante era?

—Lo has hecho por mí. —Cristina se sentía rara, temblorosa y con calor, pero se negó a demostrarlo. Se sentó con las manos sobre el regazo y le sonrió—. Hubiera sido muy grosero no mirar.

Al oír eso, Mark, que conservaba una expresión furiosa en el rostro, se echó a reír.

—Te entiende, Kieran.

—Ha sido un beso con todas las de la ley —comentó Cristina—. Pero ahora deberíamos ser prácticos y hablar del hechizo.

Kieran seguía mirando a Cristina. A la mayoría de la gente la contemplaba con desagrado, furia o desconsideración, pero al mirar a Cristina parecía atónito, como si estuviera tratando de hacerla encajar, como las piezas de un puzle, y no pudiera.

De repente, dio media vuelta y salió de la sala. La puerta se cerró de golpe tras él. Mark lo observó marchar, meneando la cabeza.

—Creo que nunca he visto a nadie sacarlo de quicio así —dijo—. Ni siquiera yo.

Diana había tenido la esperanza de poder ver a Jia en cuanto llegara a Idris, pero la burocracia de la Clave era peor de lo que recordaba. Había que rellenar solicitudes, enviar mensajes e ir subiendo en la cadena de mando. Tampoco ayudó que Diana se negara a informar de cuál era la razón de su petición. Con el delicado asunto de Kieran y de lo que estaba ocurriendo en Feéra, Diana no se atrevía a confiar la información a nadie excepto a la propia Cónsul.

Su pequeño apartamento en Alacante estaba sobre la tienda de armas de Flintlock Street, que había sido de su familia durante años. Lo había cerrado al irse a vivir a Los Ángeles con los Blackthorn. Con la impaciencia acabando con sus nervios, bajó a la tienda y abrió la ventana, dejando que entrara la luz y haciendo que las motas de polvo bailaran en el brillante aire de verano. El brazo aún le dolía, pero casi estaba curado.

La tienda olía a mohó, y había polvo en las antes brillantes espadas, las vainas de buen cuero y los mangos de hacha. Cogió unas cuantas de sus armas favoritas y decidió dárselas a los Blackthorn.

Los niños se merecían armas nuevas. Se las habían ganado.

Cuando llamaron a la puerta, estaba ordenando las espadas según la dureza del metal. Dejó una de sus favoritas, un arma de acero de Damasco, y fue a abrir.

Allí, con una sonrisita de suficiencia, se hallaba Manuel, el pelo rizado con brillantina, al que Diana había visto por última vez luchando contra los demonios en la explanada ante el Instituto. No llevaba su traje de centurión, sino un jersey negro a la moda y vaqueros. Le sonrió de medio lado.

—Hola, Diana —la saludó—. Me han enviado para que te conduzca hasta el Gard.

Diana cerró la tienda y marchó al lado de Manuel mientras avanzaban por Flintlock Street hacia la parte norte de Alacante.

—¿Qué estás haciendo aquí, Manuel? —preguntó Diana—. Pensaba que estarías en Los Ángeles.

—Me ofrecieron un puesto en el Gard —respondió él—. No podía dejar escapar la oportunidad de una promoción. Todavía hay muchos centuriones en Los Ángeles, vigilando el Instituto. —Miró de reojo a Diana, que no dijo nada—. Es un placer verte en Alacante —continuó Manuel—. La última vez que nos vimos, creo, estabas huyendo hacia Londres.

Diana apretó los dientes.

—Estaba llevando a los niños a mi cargo a un lugar seguro —replicó—. Están todos bien, por cierto.

—Supongo que me habría enterado, de no ser así —repuso Manuel.

—Lamento lo de tu amigo —dijo Diana—. Jon Cartwright.

Manuel guardó silencio. Llegaron a la verja del camino que subía hasta el Gard. Antes solo estaba cerrada con un pestillo. Ahora, Diana observó cómo Manuel pasaba la mano por encima y la verja se abrió.

El camino era tan agreste como lo había sido cuando Diana era niña, atravesado por las raíces de los árboles.

—No conocía bien a Jon —repuso Manuel mientras comenzaban la ascensión—. Por lo que sé, su novia, Marisol, está muy afectada.

Diana no dijo nada.

—Hay gente que no puede controlar su dolor como un cazador de sombras debería —añadió Manuel—. Es una vergüenza.

—Hay gente que no muestra la empatía y la tolerancia que un cazador de sombras debería —replicó Diana—. Eso también es una vergüenza.

Habían alcanzado la parte superior del camino, desde donde Alacante se extendía ante ellos como un mapa, y las torres de los demonios se alzaban para clavarse en el sol. Diana recordó haber paseado por ese camino con su hermana cuando ambas eran niñas. Recordó también la risa de su hermana. La echaba tanto de menos que a veces sentía como si unas garras le atenazaran el corazón.

«En este lugar —pensó, mirando Alacante desde arriba—, estaba sola. En este lugar tuve que ocultar la persona que sabía que era».

Llegaron al Gard. Una montaña de piedra reluciente, más sólida que nunca desde la reconstrucción, se alzaba sobre ellos. Un sendero flanqueado de luces mágicas llevaba a la puerta principal.

—¿Eso ha sido por Zara? —Manuel parecía divertido—. Es muy popular, ¿sabes? Sobre todo desde que mató a Malcolm. Algo que el Instituto de Los Ángeles no consiguió hacer.

La sorpresa sacó a Diana de su ensoñación, y solo pudo quedarse mirándolo.

—Zara no mató a Malcolm —replicó—. Eso es mentira.

—¿Sí? —repuso Manuel—. Me gustaría verte probándolo. —De nuevo esbozó su radiante sonrisa y siguió adelante; Diana se quedó observándolo con los ojos entrecerrados por el sol.

—Déjame verte la muñeca —le pidió Cristina a Mark. Estaban sentados juntos en la cama de la enfermería. Ella notaba en el hombro el calor del de él.

Mark se levantó la manga del jersey y extendió el brazo en silencio. Cristina se apartó el vendaje y puso la muñeca junto a la suya. Miraron en silencio las heridas idénticas.

—No sé nada sobre este tipo de magia —dijo Mark—. Y no podemos recurrir a la Clave o a los Hermanos Silenciosos. No pueden saber que hemos estado en Feéra.

—Lo siento por Kieran —repuso ella—. Lamento que esté enfadado.

Mark negó con la cabeza.

—No lo sientas..., la culpa es mía. —Respiró hondo—. Y perdona por haberme enfadado contigo en Feéra, después de la fiesta. La gente es complicada. Sus situaciones son complicadas. Sé por qué me ocultaste los sentimientos de Julian. Sé que Emma y tú no tuvisteis otra elección.

—Y yo no estoy enfadada contigo —se apresuró a asegurarle—. Por Kieran, quiero decir.

—He cambiado —dijo Mark—, gracias a ti. Kieran se da cuenta de que mis sentimientos hacia él no son los mismos, de alguna manera, aunque no sabe por qué. Y no puedo decírselo. —Miró al techo—. Es un príncipe. Los príncipes están mal educados. No soportan la frustración.

—Debe de sentirse muy solo —comentó Cristina. Recordaba cómo se había sentido con Diego, después de que aquello que habían tenido se hubiera acabado, sin que ella supiera cómo recuperarlo. Había sido como tratar de agarrar humo disuelto en el aire—. Tú eres su único aliado aquí, y no puede entender por qué la conexión que tenía contigo parece rota.

—Te juré lealtad —recordó Mark. Incluyó la cabeza, como si se avergonzara de lo que estaba diciendo—. Es posible que si le ordenas que haga algo, tenga que hacerlo.

—No quiero hacer eso.

—Cristina.

—No, Mark —insistió ella con firmeza—. Sé que este hechizo de unión también te afecta. Y provocar el enfado de Kieran afecta las probabilidades de que testifique. Pero no lo obligaré a hacer nada.

—¿No lo estamos obligando ya? —cuestionó Mark—. ¿Mintiéndole sobre la situación para que hable con la Clave?

Cristina se deslizó los dedos sobre la herida de la muñeca. Notaba la piel rara: caliente e hinchada.

—Y después de que testifique, le dirás la verdad, ¿no?

Mark se puso en pie.

—Por el Ángel. ¿Por quién me tomas?

—Por alguien en una situación difícil —contestó Cristina—. Como lo estamos todos. Si Kieran no testifica, pueden morir subterráneos inocentes; la Clave puede sumirse en una mayor corrupción. Entiendo la necesidad del engaño. Eso no significa que me guste, o que te guste a ti.

Mark asintió sin mirarla.

—Iré a buscarlo —dijo—. Si accede a ayudarnos, será la mejor manera que tendremos de arreglar esto. —Se señaló la muñeca.

Cristina notó un leve dolor en su interior. Se preguntó si habría herido a Mark, aunque esa no había sido su intención.

—¿Cuánto podemos alejarnos el uno del otro sin que nos duela?

Mark se detuvo en la puerta. Los marcados ángulos de su rostro parecían tallados en cristal.

—Ya me duele estar separado de ti —contestó—. Quizá esto pretendía ser una broma.

Y se fue antes de que Cristina pudiera responderle.

Ella se levantó y fue hacia el mueble donde estaban las medicinas. Tenía una idea general de la medicina de los cazadores de sombras: ahí estaban las hojas con propiedades antibióticas; allí los ungüentos que bajaban la inflamación...

La puerta de la enfermería se abrió mientras ella estaba desenroscando la tapa de un tarro. Alzó la mirada: era Kieran. Parecía que hubiera estado fuera. Tenía los pómulos enrojecidos.

Se mostró tan incómodo al verla a ella como ella se sintió al verlo a él. Dejó el tarro con cuidado y esperó.

—¿Dónde está Mark? —preguntó Kieran.

—Ha ido a buscarte. —Cristina se apoyó en el mueble. Kieran guardó silencio. Un silencio de hada: introspectivo, reflexivo. Ella tuvo la sensación de que mucha gente se veía impulsada a llenar ese silencio. No lo interrumpió; lo dejó absorber ese silencio, darle forma y descifrarlo.

—Debería disculparme —dijo él finalmente—. No os debería haber acusado a Mark y a ti de haber preparado lo del hechizo de unión. Ha sido una estupidez. No ganabais nada con ello. Si Mark no quisiera estar conmigo, me lo habría dicho.

Cristina permaneció callada. Kieran dio un paso hacia ella, con cautela, como si temiera asustarla.

—¿Puedo ver tu herida otra vez?

Sin responderle, le tendió el brazo. Él se lo cogió. Cristina se preguntó si alguna vez la había tocado deliberadamente. La sensación fue como la del agua fresca en verano.

Cristina notó un ligero escalofrío en la espalda mientras él le observaba la herida. Se preguntó qué aspecto habría tenido cuando sus dos ojos eran negros. Ahora eran incluso más sorprendentes que los de Mark, el contraste entre la oscuridad y la brillante plata, como hielo y ceniza.

—La forma de una cinta —musitó—. Has dicho que os ataron juntos durante una fiesta, ¿no?

—Sí —contestó Cristina—. Dos chicas. Sabían que éramos nefilim. Se rieron de nosotros.

Kieran la sujetó con más fuerza. Ella recordó el modo en que él se había aferrado a Mark en la corte noseelie. No como si estuviera débil y necesitara ayuda, sino con fuerza, una sujeción que mantenía a Mark en el sitio, y que decía: «Quédate conmigo, te lo ordeno».

Después de todo, él era un príncipe.

—Este tipo de hechizo de unión es uno de los más antiguos —explicó él—. De

los más antiguos y poderosos. No sé cómo alguien os ha podido gastar esta broma. Es muy cruel.

—Pero ¿sabes cómo deshacerlo?

Kieran dejó caer la mano de Cristina.

—Era un hijo no deseado del rey noseelie. Me dieron pocas enseñanzas. Luego me metieron en la Cacería Salvaje. No soy un experto en magia.

—No eres un inútil —replicó Cristina—. Sabes más de lo que crees.

Kieran la miró como si lo hubiera sorprendido de nuevo.

—Podría hablar con mi hermano Adaon. Se supone que debo preguntarle si aceptaría el trono. Podría inquirir también si sabe algo sobre hechizos de unión o cómo deshacerlos.

—¿Cuándo crees que podrás hablar con él? —preguntó Cristina. Una imagen le vino a la mente: el modo en que Kieran, dormido, se había aferrado a su mano en la corte seelie. Intentando no sonrojarse, bajó la mirada hacia su vendaje y se lo colocó de nuevo.

—Pronto —respondió—. Ya he tratado de contactar con él, pero aún no he tenido éxito.

—Dime si puedo hacer algo para ayudarte.

Kieran arqueó una ceja. Entonces se inclinó y volvió a cogerle la mano, esta vez para besársela, sin que pareciera importarle la sangre ni el vendaje. Era un gesto cortés largo tiempo olvidado en este mundo, pero no en el país de las hadas. Asombrada, Cristina no protestó.

—Señora Mendoza Rosales —dijo él—. Gracias por vuestra amabilidad.

—Preferiría que me llamas Cristina. De verdad.

—De verdad —repitió él—. Algo que las hadas jamás decimos. Cada una de nuestras palabras es de verdad una verdad.

—Yo no diría tanto —replicó Cristina—. ¿Tú sí?

Un trueno sacudió el Instituto. Al menos pareció un trueno, que hizo que temblaran las ventanas y las paredes.

—Quédate aquí —dijo Kieran—. Iré a ver qué ha sido eso.

Cristina casi se echó a reír.

—Kieran, de verdad, no tienes por qué protegerme.

Al hada le destellaron los ojos. La puerta de la enfermería se abrió y apareció Mark con aspecto sorprendido. Su sorpresa aumentó al ver a Kieran y a Cristina juntos.

—Será mejor que vengáis —sugirió—. No vais a creer quién acaba de llegar al salón a través de un Portal.

Polperro era un pueblo minúsculo, encalado y pintoresco. Estaba acurrucado junto a un tranquilo puerto, con millas de mar azul extendiéndose más allá de donde el puerto

se abría hacia el océano. Pequeñas casas de diferentes colores pálidos se encaramaban por las colinas que se alzaban empinadas a cada lado del puerto. Las calles adoquinadas serpenteaban entre tiendas que vendían tartas y helado.

No había coches. El autobús desde Liskeard los había dejado a las afueras del pueblo. Al llegar al puerto, cruzaron un puentecillo al final del mismo. Emma pensó en sus padres. En la amable sonrisa de su padre, con el sol sobre su cabello rubio. Había amado el mar, vivir cerca del océano, cualquier tipo de vacaciones en la playa. Le hubiera encantado un pueblecito así, donde el aire olía a algas, a azúcar quemado y a protector solar; donde las barcas de pesca trazaban blancas estelas sobre la superficie azul del distante mar. A su madre también le habría gustado; siempre había disfrutado al tumbarse al sol, como un gato, y observar el baile del océano.

—¿Qué te parece aquí? —le preguntó Julian. Emma parpadeó para volver a la realidad, y se dio cuenta de que, antes de cruzar el puente y de que su cabeza se fuera a otro lado, habían estado hablando sobre buscar un lugar donde comer.

Julian se había parado delante de una casa con paredes de madera y una carta de restaurante pegada en la ventana en forma de diamante. Pasó un grupo de chicas en shorts y la parte superior del bikini hacia la tienda de chucherías que había al lado. Rieron por lo bajo y se dieron golpecitos unas a otras al ver a Julian.

Emma se preguntó cómo lo verían ellas: atractivo, con el cabello revuelto por el viento y unos ojos luminosos; pero seguramente también extraño, un poco de otro mundo, con todas las Marcas y cicatrices.

—Claro —contestó—. Está bien.

Julian tuvo que agacharse al cruzar el bajo umbral del restaurante. Emma lo siguió, y al cabo de un momento los estaba acompañando a una mesa una mujer alegre y regordeta con un vestido de flores. Eran casi las cinco, y el sitio estaba prácticamente desierto. En él se notaba cierta sensación de historia, desde las irregulares tablas de madera del suelo hasta las paredes, decoradas con recuerdos de contrabandistas, mapas viejos y una alegre ilustración de piskies galeses, los traviesos seres mágicos nativos de esa zona. Emma se preguntó hasta qué punto la gente del pueblo creería en ellos. No tanto como debiera, sospechaba.

Pidieron la comida: patatas fritas y un refresco de cola para Jules, un sándwich y limonada para Emma. Luego, Julian extendió su mapa sobre la mesa. Tenía el móvil al lado, y con una mano fue pasando las fotos que había hecho mientras señalaba en el mapa con la otra. Manchas de lápices de colores le decoraban la mano, borrones familiares de azul, amarillo y verde.

—La parte este del puerto se llama la Madriguera —dijo—. Muchas casas, y muchas de ellas viejas, pero la mayoría están alquiladas a turistas. Y ninguna de ellas se halla sobre unas cuevas. Eso nos deja el área alrededor de Polperro y hacia el oeste.

Llegó la comida. Emma comenzó a devorar su sándwich; no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando en el mapa.

—Eso es el Acantilado de la Capilla, cariño —contestó la camarera mientras dejaba la bebida de Emma sobre la mesa—. La estrella del camino de la costa. Desde allí, se puede llegar andando hasta Fowey. —Miró hacia la barra, donde dos turistas acababan de sentarse—. ¡Enseguida estoy con vosotros!

—¿Cómo encuentras el camino? —preguntó Julian—. Si quisiéramos ir a andar hoy, ¿por dónde empezamos?

—Oh, es un largo trayecto hasta Fowey —respondió la camarera—. Pero el camino comienza detrás del Blue Peter Inn. —Señaló por la ventana al otro lado del puerto—. Hay un sendero que sube por la colina. Torcéis hacia el camino de la costa en el antiguo depósito de redes; ahora está todo derruido, pero lo veréis fácilmente. Está justo sobre las cuevas.

Emma alzó las cejas.

—¿Las cuevas?

La camarera rio.

—Las cuevas de los antiguos contrabandistas —respondió—. Supongo que habréis llegado con la marea alta, ¿verdad? Si no, seguro que las habríais visto.

Emma y Julian intercambiaron una única mirada antes de ponerse en pie. Sin prestar atención a las sorprendidas protestas de la camarera, salieron a la calle.

Por supuesto, ella tenía razón. La marea había bajado y el puerto se veía muy diferente, con los barcos varados sobre montículos de arena lodosa. Tras el puerto se alzaba una estrecha lengua de tierra cubierta de rocas grises. Era fácil ver por qué lo llamaban el Acantilado de la Capilla. La restinga tenía en la punta unas rocas grises que se retorcían alzándose en el aire como las torres de una catedral.

El agua había bajado lo suficiente para que una gran parte del acantilado quedara al descubierto. A su llegada, el mar chocaba con fuerza contra las rocas; en ese momento salpicaba desmayadamente en el puerto, y al retirarse dejaba ver una pequeña playa arenosa, y al fondo, las oscuras bocas de varias cuevas.

Encima de las cuevas, colgada sobre la pronunciada pendiente del acantilado, había una casa. Emma casi no le había prestado atención al llegar; tan solo era una más de las casitas que salpicaban el lado del puerto frente a la Madriguera, aunque ahora podía ver que estaba más metida en la lengua de tierra que cualquiera de las otras. De hecho, se encontraba a bastante distancia de donde se hallaban, sola y pequeña entre el cielo y el mar.

Las ventanas estaban selladas con tablas y la pintura había saltado en largas tiras grises. Pero Emma la miró con ojos de cazadora de sombras y pudo ver algo más que una casa abandonada: pudo ver puntillas de encaje en las ventanas y tejas nuevas en el tejado.

Había un buzón clavado a la valla, con un nombre garabateado en letras blancas, casi invisible en la distancia. Un mundano no lo hubiera podido leer, pero Emma sí.

FADE.

RECUERDOS DEL PASADO

Jia Penhallow se hallaba sentada tras el escritorio en la oficina del Cónsul, iluminada por los rayos del sol que caían sobre Alacante. Las agujas de las torres de los demonios brillaban al otro lado de la ventana: rojo, dorado y naranja, como esquivas de cristal.

Su rostro mostraba la misma calidez que recordaba Diana, pero parecía que por ella habían pasado mucho más que cinco años desde la Guerra Oscura. Su pelo negro, que llevaba elegantemente recogido en la coronilla, estaba sembrado de canas.

—Me alegro de verte, Diana —la saludó, mientras le indicaba con un gesto de la cabeza que tomara asiento en la silla frente a su escritorio—. Tus misteriosas noticias nos han despertado la curiosidad.

—Ya lo supongo. —Diana se sentó—. Pero esperaba que lo que tengo que decirte quedara entre nosotras.

Jia no pareció sorprendida. Aunque, de estarlo, tampoco lo habría demostrado.

—Ya veo. Me pregunté si se trataba de la posición de director del Instituto de Los Ángeles. Supongo que querías asumirla, ahora que Arthur Blackthorn ha muerto. —Sus elegantes manos se movían nerviosas mientras apilaba papeles y colocaba plumas en sus cubiletes—. Fue muy valiente por su parte ir a la convergencia solo. Lamenté oír que lo habían matado.

Diana asintió. Por razones que ninguno de ellos conocía, el cadáver de Arthur se había encontrado cerca del lugar de la convergencia destruida, cubierto por la sangre que se había derramado por el corte del cuello y con manchas de icor, que Julian afirmó que eran la sangre de Malcolm. No había ninguna razón para contradecir la suposición oficial de que había intentado un asalto en solitario a la convergencia y resultó asesinado por los demonios de Malcolm.

Al menos Arthur sería recordado como un valiente, aunque le pesaba que hubiera sido incinerado y enterrado sin que sus sobrinos y sobrinas estuvieran allí para llorarlo. Lo cierto era que nadie más en todo el mundo sabía que se había sacrificado por su familia. Livvy le dijo que esperaba poder organizar una ceremonia en su memoria cuando todos fueran a Idris. Diana también lo esperaba.

Jia no pareció impresionada por el silencio de Diana.

—Patrick recuerda a Arthur de cuando eran niños —dijo la Cónsul—, aunque me temo que yo no llegué a conocerlo. ¿Cómo lo llevan los niños?

¿Niños? ¿Cómo explicar que el segundo padre de los Blackthorn había sido su hermano mayor desde que tenía doce años? ¿Que Julian, Emma y Mark ya no eran

niños en absoluto, después de haber sufrido más que muchos adultos en toda su vida? ¿Que Arthur Blackthorn nunca dirigió el Instituto, y que la idea de que necesitaba ser reemplazado era una broma, una conspiración terrible?

—Los niños están destrozados —contestó Diana—. Su familia ha sido dividida, como ya sabes. Lo que quieren es regresar a Los Ángeles, su hogar.

—Pero no pueden regresar mientras no haya nadie dirigiendo el Instituto. Por eso pensaba que tú...

—No quiero ser yo —la interrumpió Diana—. No estoy aquí pidiendo trabajo. Pero tampoco quiero que sean Zara Dearborn y su padre.

—Eso quieres —repuso Jia. Su tono era neutro, pero los ojos le brillaban de interés—. Si no son los Dearborn ni tú, entonces ¿quién?

—Si se permitiera regresar a Helen Blackthorn...

Jia se irguió en el asiento.

—¿Y que dirija el Instituto? Sabes que el Consejo jamás lo permitiría.

—Entonces, deja que Aline dirija el Instituto —repuso Diana—. Helen podría quedarse en Los Ángeles como su esposa y estar con su familia.

La expresión de Jia era tranquila, pero agarraba el borde del escritorio con fuerza.

—Aline es mi hija. ¿Piensas que no quiero que vuelva a casa?

—Nunca he sabido lo que piensas —respondió Diana. Y era cierto. No tenía hijos, pero si hubiera sido su hermana la exiliada, no podía imaginarse quedándose sin luchar con dientes y uñas para que regresara.

—Cuando exiliaron a Helen y Aline eligió ir con ella, pensé en dimitir de Cónsul —explicó Jia—. Sabía que no tenía el poder de cambiar la resolución de la Clave. El Cónsul no es un tirano que puede imponer su voluntad a los que no la aceptan. En general, diría que eso es bueno. Pero te diré que, desde hace algún tiempo, desearía poder ser una tirana.

—Entonces ¿por qué no dimitiste?

—No me fiaba de quién podría reemplazarme —contestó Jia simplemente—. La Paz Fría era muy popular. Si el Cónsul que me sucedía así lo quisiera, podría separar a Aline de Helen, y aunque quiero que mi hija vuelva a casa, no le quiero romper el corazón. Además, incluso les podría ir peor. Podrían juzgar a Aline y a Helen como traidoras, y condenar a muerte a Helen. Y quizá también a Aline. Todo es posible. — Su mirada era oscura y pesada—. Me quedo aquí, donde puedo interponerme entre mi hija y las fuerzas más oscuras de la Clave.

—Entonces ¿no estamos del mismo lado? —preguntó Diana—. ¿No queremos lo mismo?

Jia la miró con una leve sonrisa.

—Lo que nos separa, Diana, son cinco años. Cinco años que he pasado tratando de que el Consejo reconsidere su decisión. Helen es su ejemplo. Su modo de decir a los seres mágicos: «Mirad, nos tomamos la Paz Fría tan en serio que hasta castigamos a los nuestros». Siempre que se vota sobre el asunto, me derrotan.

—Pero ¿y si se presentaran otras circunstancias?

—¿En qué otras circunstancias estás pensando?

Diana movió los hombros para descargar la tensión de la columna.

—Jace Herondale y Clary Fairchild fueron enviados a Feéra en una misión — explicó. Era una suposición a medias. Durante su estancia en el Instituto, Diana había visto el contenido de sus mochilas: ambas estaban cargadas de hierro y sal.

—Sí —contestó Jia—. Hemos recibido varios mensajes desde su marcha.

—Entonces te lo habrán contado —continuó Diana—. La plaga en las tierras del rey noseelie.

Jia estaba en vilo, con una mano planeando sobre la mesa.

—Solo el Inquisidor y yo sabemos lo que me han dicho —repuso—. ¿Cómo sabes...?

—Eso no importa. Te lo cuento porque necesito que creas que sé de lo que estoy hablando. Sé que el rey noseelie odia a los nefilim, y que ha encontrado alguna fuerza, algún medio, que inutiliza nuestros poderes. Ha conseguido que haya partes de su reino donde las runas no funcionan, donde los cuchillos serafines no se iluminan.

Jia frunció el ceño.

—Jace y Clary no mencionaron nada tan específico. Y no han tenido contacto con nadie excepto conmigo desde que entraron en la tierra de las hadas...

—Hay un chico —continuó Diana—. Un hada, un mensajero de la corte seelie. Kieran. También es un príncipe noseelie. Sabe algo sobre los planes de su padre. Está dispuesto a testificar ante el Consejo.

Jia la miraba perpleja.

—¿Un príncipe noseelie testificará en representación de la corte seelie? ¿Y qué interés tiene la corte seelie?

—La reina seelie odia al rey noseelie —explicó Diana—. Más, al parecer, de lo que odia a los cazadores de sombras. Está dispuesta a ceder las fuerzas de su ejército para derrotar al rey noseelie. Para erradicar su poder y hacer desaparecer la plaga de sus tierras.

—¿Y eso por la bondad de su corazón? —Jia alzó una ceja.

—A cambio del fin de la Paz Fría —contestó Diana.

Jia soltó una seca carcajada.

—Nadie aceptará eso. La Clave...

—Todo el mundo está harto de la Paz Fría excepto los más fanáticos —afirmó Diana—. Y no creo que ni tú ni yo queramos verlos ganar poder.

Jia suspiró.

—Te refieres a los Dearborn. Y a la Cohorte.

—He estado un tiempo con Zara Dearborn y sus amigos centuriones en el Instituto. Sus opiniones no son nada agradables.

Jia se puso en pie y se volvió hacia la ventana.

—Ella y su padre buscan que la Clave vuelva a una perdida edad dorada. Un tiempo que nunca existió, cuando los subterráneos sabían cuál era su lugar y los nefilim gobernaban en armonía. La verdad es que el pasado era un tiempo violento, en el que los subterráneos sufrían y los nefilim con compasión y empatía por ellos eran atormentados y castigados simplemente por eso.

—¿Cuántos son? —preguntó Diana—. ¿La Cohorte?

—El padre de Zara, Horace Dearborn es un líder no oficial —contestó Jia—. Su esposa está muerta y él ha criado a su hija para que siga sus pasos. Si consigue ser el director del Instituto de Los Ángeles, ella lo dirigirá con él. Luego hay otras familias: los Larksphear, los Bridgestock, los Crosskill... Están repartidas por el mundo.

—Y su objetivo es continuar restringiendo los derechos de los subterráneos. Crear un registro, darles un número...

—¿Prohibir que se casen con cazadores de sombras?

Diana se encogió de hombros.

—Va todo junto, ¿no? Primero das un número a la gente, luego le reduces los derechos y rompes sus matrimonios. Luego...

—No. —La voz de Jia se había endurecido—. No podemos permitir que eso ocurra. Pero Zara ha sido aclamada como la gran nueva cazadora de sombras de su generación. La nueva Jace Herondale. Desde que mató a Malcolm...

Diana saltó de su asiento.

—Esa... esa mentirosa no mató a Malcolm.

—Sabemos que Emma no lo hizo —repuso Jia—. Regresó.

—Sé perfectamente cómo murió —le aseguró Diana—. Consiguió resucitar a Annabel Blackthorn. Y ella lo mató.

—¿Qué? —Jia parecía anonadada.

—Es la verdad, Cónsul.

—Diana. Necesitarás pruebas de que lo que dices es cierto. Un juicio con la Espada Mortal...

El mayor temor de Diana.

—No —rehusó rotunda.

«No serían solo mis secretos los que saldrían a la luz. También los de Julian. Los de Emma. Estarían todos acabados».

—Piensa en cómo puede interpretarse esto —replicó Jia—. Suena como si estuvieras buscando una manera de mantener el Instituto de Los Ángeles bajo tu control desacreditando a los Dearborn.

—Se desacreditan ellos solos. —Diana miró intensamente a Jia—. Conoces a Zara. ¿De verdad crees que mató a Malcolm?

—No —contestó ella después de un momento—. No lo creo. —Fue hasta un armario de madera tallada que estaba arrimado a una de las paredes del despacho. Abrió un cajón—. Necesito tiempo para pensar en todo esto, Diana. Mientras tanto... —Sacó una gruesa carpeta de color crema llena de papeles—. Este es el informe de

Zara sobre la muerte de Malcolm Fade y el ataque al Instituto de Los Ángeles. Quizá puedas encontrar algunas discrepancias que nos permitan desacreditar su historia.

—Gracias. —Diana cogió la carpeta—. ¿Y la reunión del Consejo? ¿La posibilidad de que testifique Kieran?

—Lo hablaré con el Inquisidor. —De repente, Jia parecía aún mayor de lo que le había parecido antes—. Vete a casa, Diana. Te convocaré mañana.

—Deberíamos haber traído a Dru —comentó Livvy, de pie en el interior de la verja de Blackthorn Hall—. Esto son todas sus fantasías de película de terror hechas realidad.

Resultó que Blackthorn Hall se hallaba en una barriada de Londres, no lejos del río Támesis. La zona que lo rodeaba era corriente: casas de ladrillo rojo, paradas de autobús con carteles de películas, chavales en bicicleta... Después de pasar días atrapados en el Instituto, incluso un Londres desconocido hizo que Kit se sintiera como si acabara de volver a la realidad tras un sueño.

Blackthorn Hall estaba cubierto por un *glamour*, lo que significaba que los mundanos no podían verlo. Kit tuvo una especie de visión doble cuando lo miró por primera vez: podía ver un parque privado, agradable y aburrido sobreimpuesto a una enorme casa con unas paredes altas y grandes puertas; las fachadas ennegrecidas por años de lluvia y falta de cuidados.

Entrecerró más los ojos. El parque desapareció y solo quedó la casa. Se cernía en lo alto. Miraba a Kit un poco como un templo griego, con columnas que sostenían un pórtico arqueado frente a una gran puerta de doble hoja hecha del mismo metal que la valla que rodeaba toda la propiedad. Era alta y acabada en afiladas puntas. La única entrada era la puerta de la verja, que Ty había abierto rápidamente con una de sus runas.

—¿Qué significa esa? —preguntó Kit, señalando, cuando la puerta se abrió soltando una nubecilla de óxido.

Ty lo miró.

—Ábrete.

—Eso podría haberlo supuesto —masculló Kit mientras entraban.

Una vez dentro de la propiedad, miró a su alrededor maravillado. Los jardines podían estar abandonados, pero se veía dónde había habido rosales, y balaustradas de mármol sobre las que descansaban enormes jarrones de piedra de los que colgaban flores y malas hierbas. Por todas partes había flores silvestres; era hermosa a su manera, extraña y abandonada.

La casa en sí era como un pequeño castillo. El círculo de espinos que Kit reconoció como el escudo de la familia Blackthorn estaba estampado en el metal de la puerta principal y en lo alto de las columnas.

—Parece encantada —dijo Livvy, y subieron la escalera delantera. En la

distancia, Kit pudo ver el círculo negro de un estanque ornamental. Alrededor había bancos de mármol. Una única estatua de un hombre envuelto en una toga lo miró con ojos vacíos y preocupados.

—Aquí solía haber toda una colección de estatuas de diferentes dramaturgos y poetas, romanos y griegos —explicó Livvy mientras Ty se ponía a trabajar en las puertas—. El tío Arthur hizo llevar la mayoría al Instituto de Los Ángeles.

—La runa de apertura no funciona —informó Ty al tiempo que se incorporaba y miraba a Kit como si supiera todo lo que este estaba pensando. Como si supiera todo lo que Kit había pensado alguna vez. Había algo en ser el centro de atención de la mirada de Tiberius que asustaba y excitaba al mismo tiempo—. Tendremos que idear otro modo de entrar.

Ty pasó entre Kit y su hermana, escaleras abajo. Caminaron alrededor del edificio por un sendero de gravilla. Setos que con toda seguridad en su día habían estado limpios y recortados parecían hincharse con explosiones de hojas y flores. En la distancia, el agua del Támesis relucía.

—Quizá haya una puerta trasera —dijo Livvy—. Las ventanas tampoco pueden ser tan firmes.

—¿Y esta puerta? —señaló Kit.

Ty se volvió con el ceño fruncido.

—¿Qué puerta?

—Esta —repitió Kit confuso. Podía ver la puerta claramente: una entrada estrecha y alta con un extraño símbolo grabado. Colocó la mano sobre la vieja madera y la notó áspera y cálida—. ¿No la veis?

—Ahora la veo —respondió Livvy—. Pero... juro que no estaba ahí hace un segundo.

—¿Algún tipo de *glamour* doble? —especuló Ty, acercándose a Kit. Se había bajado la capucha del jersey y su rostro era un óvalo pálido en medio del negro de su cabello—. ¿Por qué Kit es capaz de verlo?

—Quizá porque estoy acostumbrado a ver *glamours* en el Mercado de Sombras —respondió Kit.

—*Glamours* que no están hechos por cazadores de sombras —dijo Livvy.

—*Glamours* que no están pensados para que los cazadores de sombras vean a través de ellos —precisó Kit.

Ty estaba pensativo. Había cierta opacidad en él que a veces hacía que a Kit le costara saber si estaba de acuerdo con él o no. Sin embargo, este puso la estela sobre la puerta y comenzó a dibujar la runa de apertura.

No fue el cerrojo lo que se abrió, sino las bisagras las que cedieron. Saltaron por el aire mientras la puerta medio se caía, medio se hundía hacia un lado, golpeando la pared con un resonante sonido.

—No aprietes tanto al dibujar —le advirtió Livvy a Ty. Este se encogió de hombros.

Más allá de la puerta, la oscuridad era lo bastante intensa para que los mellizos tuvieran que encender las piedras mágicas. Su resplandor tenía un tinte blanco perlado que a Kit le pareció extrañamente hermoso.

Se hallaban en un viejo corredor lleno de polvo y de las telas de miles de veloces arañas. Ty fue delante de Kit y Livvy lo siguió. Kit sospechó que lo estaban protegiendo, y eso lo molestó, pero sabía que no entenderían sus protestas si las manifestaba.

Recorrieron el pasillo y subieron por una escalera larga y estrecha, al final de la cual se toparon con los restos podridos de una puerta. Al otro lado había una enorme sala con arañas de luz colgando del techo.

—Supongo que es el salón de baile —apuntó Livvy, y su voz resonó en el espacio—. Mira, esta parte de la casa está más cuidada.

Así era. El salón de baile estaba vacío pero limpio, y mientras pasaban por otras habitaciones, encontraron muebles envueltos en fundas, ventanas cubiertas con cuidado con tablas para proteger el vidrio, cajas apiladas en los pasillos. Dentro de estas había ropas y un intenso olor a naftalina. Livvy tosió y agitó una mano ante la cara.

—Tiene que haber una biblioteca —dijo Ty—. Algún lugar donde guardaran los documentos de la familia.

—No puedo creer que papá tal vez hubiera estado aquí de visita cuando era joven. —Livvy fue delante por el corredor, proyectando una larga sombra. Pelo largo, piernas largas, la luz mágica brillándole en la mano.

—¿No vivía aquí? —preguntó Kit.

Livvy negó con la cabeza.

—Creció en Cornwall, no en Londres. Pero fue a la escuela en Idris.

Idris. Kit había leído sobre Idris en el Instituto de Londres. La legendaria tierra de los cazadores de sombras, un lugar de verdes bosques y altas montañas, lagos helados y una ciudad con torres de cristal. Tenía que admitir que había una parte de él a la que le encantaban las pelis de fantasía y *El señor de los anillos*. Ansiaba ver ese lugar.

Le dijo a esa parte de sí mismo que se callara. Idris era asunto de los cazadores de sombras, y él aún no había acabado de decidir si quería ser cazador de sombras. De hecho, estaba bastante..., casi del todo seguro de que no.

—Biblioteca —dijo Ty. A Kit se le ocurrió pensar que Ty nunca usaba cinco palabras si bastaba con una.

Este se hallaba ante la puerta de una sala hexagonal, junto a una pared con cuadros de barcos colgados. Algunos estaban torcidos en ángulos raros, como en función de si las olas subían o bajaban.

Las paredes de la biblioteca estaban pintadas de azul oscuro, y la única pieza de arte era el busto de un hombre tallado en mármol y colocado sobre una columna. Vieron un enorme escritorio con muchos cajones, que resultaron estar decepcionantemente vacíos. Las incursiones detrás de las estanterías y bajo la

alfombra tampoco dieron resultado, excepto en bolas de polvo.

—Quizá deberíamos probar en otra habitación —sugirió Kit mientras emergía de debajo de un escritorio con el cabello lleno de polvo.

Ty negó con la cabeza, frustrado.

—Aquí hay algo. Tengo una corazonada.

Kit no estaba muy seguro de que Sherlock Holmes funcionara con «corazonadas», pero no dijo nada, se limitó a incorporarse. Y mientras lo hacía, vio un papel que salía por el borde de un pequeño escritorio. Tiró de él y lo sacó.

Era un papel viejo, tan gastado que casi parecía transparente. Kit parpadeó. En el papel estaba escrito su nombre; bueno, no su nombre sino su apellido: Herondale, una y otra vez, entremezclado con otro nombre, de modo que los dos formaban unos dibujos curvados.

El otro nombre era Blackthorn.

Una sensación de inquietud lo recorrió de arriba abajo. Rápidamente se metió el papel en el bolsillo de los vaqueros.

—Apártate, Kit —dijo Ty justo en ese momento—. Quiero ver más de cerca ese busto.

Para Kit, «busto» solo significaba una cosa, pero como los únicos pechos de la habitación pertenecían a la hermana de Ty, se apartó enseguida. Ty fue hasta la pequeña escultura sobre la columna de mármol. Se bajó la capucha y el pelo se le quedó de punta, suave como el plumón de un cisne negro.

Ty tocó la pequeña placa bajo la talla.

—«La dificultad de morir por un amigo no es tan grande como lo es la de encontrar un amigo por el que valga la pena morir» —leyó.

—Homero —señaló Livvy. Fuera cual fuese la educación que recibían los cazadores de sombras, Kit tenía que reconocer que era muy completa.

—Al parecer —asintió Ty, y sacó una daga del cinturón. Un segundo después, clavó la hoja en la órbita de uno de los ojos de la escultura. Livvy soltó un gáñido.

—Ty, ¿qué...?

Su hermano arrancó la daga y repitió la acción en el otro ojo. Esa vez, algo redondo y brillante saltó con un audible crac. Ty lo cogió al vuelo con la mano izquierda.

Sonrió, y al hacerlo su rostro cambió del todo. Ty, cuando estaba quieto y sin expresión, tenía una intensidad que fascinaba a Kit; cuando sonreía, era extraordinario.

—¿Qué has encontrado? —Livvy cruzó muy deprisa la sala y se reunieron alrededor de Tiberius, que mostraba un cristal de muchas facetas del tamaño de la mano de un niño—. ¿Y cómo has sabido que estaba ahí dentro?

—Cuando has mencionado a Homero —explicó Ty—, me he acordado de que era ciego. Casi siempre se lo representa con los ojos cerrados o con una venda cubriéndoselos. Pero esta imagen tenía los ojos abiertos. La he mirado más de cerca y

he visto que el busto era de mármol, pero los ojos de yeso. Después de eso, ha sido...

—¿Elemental? —concluyó Kit.

—¿Sabes?, Holmes nunca dice: «Elemental, querido Watson» en los libros.

—Juro que lo he visto en las películas —le aseguró Kit—. O quizá en la tele.

—¿Y quién quiere películas o televisión cuando hay libros? —replicó Ty con desdén.

—¿Podría alguien prestar atención? —intervino Livvy, con la coleta balanceándose de exasperación—. ¿Qué es eso que has encontrado, Ty?

—Un cristal *aletheia*. —Lo alzó para que captara el resplandor de la luz mágica de su hermana—. Mirad.

Kit miró la superficie facetada de la piedra. Se sorprendió al ver el destello de un rostro en ella, como una imagen vista en un sueño: el rostro de una mujer rodeado de una larga melena negra.

—¡Oh! —Livvy se tapó la boca con la mano—. Se parece un poco a mí. Pero ¿cómo...?

—Un cristal *aletheia* es una forma de capturar o transportar recuerdos. Creo que este es de Annabel —explicó Ty.

—*Aletheia* es griego —dijo Livvy.

—Era la diosa griega de la verdad —explicó Kit. Se encogió de hombros cuando los otros se volvieron para mirarlo—. Un trabajo de noveno.

Ty torció la comisura de la boca.

—Muy bien, Watson.

—No me llames Watson —protestó Kit.

Ty no le hizo caso.

—Necesitamos averiguar cómo acceder a lo que está atrapado en este cristal —dijo—. Y lo antes posible. Podría ayudar a Julian y a Emma en sus pesquisas.

—¿No sabes cómo entrar en él? —preguntó Kit.

Ty negó con la cabeza, claramente disgustado.

—No es magia de cazadores de sombras. Y no aprendemos de otro tipo. Está prohibido.

Eso le pareció a Kit una regla muy estúpida. ¿Cómo ibas a saber cómo funcionaban tus enemigos si prohibías aprender sobre ellos?

—Deberíamos irnos —propuso Livvy, ya cerca de la puerta—. Está comenzando a oscurecer. Hora de los demonios.

Kit miró hacia la ventana. El cielo estaba oscureciendo y la mancha del ocaso se extendía sobre el azul. Las sombras se cernían sobre Londres.

—Tengo una idea —anunció—. ¿Por qué no lo llevamos al Mercado de Sombras de aquí? Conozco cómo funcionan los Mercados, y podría encontrar a algún brujo o incluso a alguna bruja que nos ayudara a conseguir lo que sea que haya dentro de esta cosa.

Los mellizos se miraron. Ambos dudaban.

—Se supone que no debemos ir a los Mercados de Sombras —repuso Livvy.

—Pues decidles que me escapé hacia allí y que no pudisteis atraparme antes de que me metiera en él —propuso Kit—. Si es que lo tenéis que explicar, que espero que no.

Ninguno de los gemelos dijo nada, pero Kit pudo ver la curiosidad en los ojos grises de Ty.

—Vamos —dijo, y puso un tono grave en su voz, como su padre le había enseñado; el tono que él usaba cuando quería convencer a la gente de que realmente hablaba en serio—. Cuando estáis en casa, Julian nunca os deja ir a ninguna parte. Esta es vuestra oportunidad. ¿Acaso no habéis querido siempre ver un Mercado de Sombras?

Livvy cedió primero.

—Muy bien —dijo, lanzando una rápida mirada a su hermano para ver si estaba de acuerdo—. Si es que sabes dónde está.

El rostro de Ty se iluminó de excitación. Kit sintió que esa misma chispa se le contagiaba. El Mercado de Sombras. Su casa, su santuario, el lugar donde había crecido.

Cuando se trataba de ir detrás de demonios y artefactos con Livvy y Ty, ellos eran los que lo sabían todo, y él, en cambio, no sabía nada. Pero en el Mercado de Sombras podría brillar. Los sorprendería. Los impresionaría.

Y entonces, tal vez, podría escapar.

Las sombras ya se alargaban cuando Julian y Emma acabaron de comer. Julian compró algunas provisiones en una pequeña tienda de comestibles, mientras que Emma corría a la puerta de al lado para comprar pijamas y camisetas en una pequeña tienda *new age* que vendía cartas de tarot y gnomos de cristal. Cuando salió, sonreía de medio lado. Le mostró una camiseta azul y lila con un sonriente unicornio a Jules, que la miró horrorizado. La metió en su mochila con cuidado antes de comenzar a cruzar el pueblo para buscar el comienzo del sendero que llevaba por la costa.

Las colinas se alzaban en pronunciada pendiente desde el agua; no era una subida fácil. Indicado en un cartel solo como A LOS ACANTILADOS, el sendero serpenteaba por las afueras del pueblo y las casas precariamente colgadas, que parecían como si en cualquier momento pudieran desmoronarse y caer a la media luna del puerto.

Sin embargo, los cazadores de sombras estaban entrenados para mucho más que ese tipo de esfuerzo, y avanzaron a buen paso. No tardaron en estar fuera del pueblo recorriendo un estrecho sendero, con la colina que se alzaba aún más a su derecha y caía en picado hacia el mar a su izquierda.

El mar era de un azul profundo y luminoso, resplandeciente como una lámpara. Nubes del color de las conchas marinas se entrelazaban en el cielo. Era hermoso de un modo totalmente diferente del ocaso en el Pacífico. En vez de los crudos colores

del mar y del desierto, todo allí eran suaves pasteles: verdes, azules y rosa.

Lo que era desolado eran los propios acantilados. Iban acercándose hacia la capilla por la parte del acantilado de ese nombre, un promontorio rocoso que salía vertiginoso del océano. Lo coronaban unas puntas de piedra de un negro ominoso contra el cielo rosado. La colina había acabado y se hallaban en la propia restinga: largas losas grises que parecían las cartas repartidas de una baraja bajaban empinadas a ambos lados hacia el mar.

La casa que habían visto desde el pueblo estaba entre las rocas, con la puntiaguda corona de la capilla de piedra alzándose detrás. Mientras se acercaba, Emma sintió la fuerza de su *glamour* casi como si fuera una pared, empujándola hacia atrás.

Jules también había aminorado el paso.

—Aquí hay un cartel —indicó—. Dice que este lugar pertenece al Patrimonio Nacional y que no se puede pasar.

Emma hizo una mueca.

—Esto suele querer decir que los chicos locales lo habrán convertido en un punto de reunión habitual y que todo él estará cubierto de envoltorios de golosinas y botellas vacías.

—No lo sé. El *glamour* aquí es realmente fuerte; no solo visual, sino también emocional. Lo puedes notar, ¿verdad?

Emma asintió. La casa enviaba ondas de «aléjate», «peligro» y «aquí no hay nada que quieras ver». Se parecía un poco a cuando un enfadado desconocido te gritaba en el autobús.

—Cógeme la mano —dijo Julian.

—¿Qué? —Emma lo miró sorprendida. Él le tendía la mano, donde vio una ligera mancha de lápiz de color en su piel. Julian flexionó los dedos.

—Juntos podremos atravesarlo mejor —explicó él—. Concéntrate en empujarlo hacia atrás.

Emma le cogió la mano y sintió la descarga que la atravesó al tocar su piel, cálida y suave; dura, donde tenía los callos. Él cerró los dedos con fuerza contra los de ella.

Avanzaron juntos, pasando la verja y adentrándose en el camino que conducía a la puerta delantera. Emma se imaginó el *glamour* como una cortina, como algo que podía tocar. Se imaginó corriéndola hacia un lado. Era difícil, como levantar un peso con la mente, pero la fuerza fluía en ella proveniente de Julian, a través de los dedos y la muñeca, subiéndole por el brazo hasta el corazón y los pulmones.

Su concentración se tradujo en un mejor enfoque. Casi como si nada, se permitió apartar el *glamour*, desplazarlo hacia un lado. La casita se vio más clara: las ventanas no estaban cerradas con tablas en absoluto, sino que parecían estar limpias y enteras. La puerta principal se había pintado recientemente de un color azul brillante. Incluso parecía que acabaran de pulir el pomo hasta hacerlo brillar. Julian lo cogió y lo hizo girar, y la puerta se abrió, franqueándoles el paso a su interior.

La sensación de que algo les ordenaba alejarse de la casa había desaparecido.

Emma soltó la mano de Julian y entró; estaba demasiado oscuro para ver nada. Sacó la piedra mágica del bolsillo y dejó que su luz los alumbrara.

Julian, a su espalda, lanzó un suave silbido de sorpresa.

—Esto no parece desierto. Ni mucho menos.

Era una habitación pequeña y bonita. Una cama de madera con dosel se hallaba bajo una ventana con vistas al pueblo. Los muebles, que parecían pintados a mano en azules, grises y pálidos colores del mar, se repartían sobre una profusión de alfombras.

Dos de las paredes estaban ocupadas por una cocina con todas las comodidades modernas: una máquina de café, un horno, un lavaplatos y encimeras de granito. Ordenadas pilas de leña se alzaban a ambos lados de una chimenea de piedra. Dos puertas se abrían en la sala principal. Emma investigó y encontró una pequeña oficina con un escritorio pintado a mano y un cuarto de baño de losetas azules con bañera, ducha y lavabo. Abrió los grifos de la ducha sin acabar de creérselo y soltó un grito cuando el agua la salpicó. Todo parecía funcionar perfectamente, como si alguien que viviera en la casa y la cuidaba con cariño acabara de salir.

—Supongo que más nos vale quedarnos aquí —dijo Emma, y al mismo tiempo volvió al salón, donde Julian había encendido la luz.

—Voy por delante de ti, Carstairs —respondió él mientras abría un armario de la cocina y comenzaba a guardar la comida—. Bonito lugar, no tenemos que pagar alquiler y será más fácil investigar si estamos aquí.

Emma dejó su luz mágica sobre la mesa y miró a su alrededor pensativa.

—Sé que esto parece cogido por los pelos —indicó—, pero ¿crees que Malcolm tenía una segunda vida secreta en la que se dedicaba a alquilar casitas de veraneo cuidadosamente decoradas?

—O este lugar tiene un *glamour* mucho más fuerte del que pensábamos —aventuró Julian— y solo parece una adorable casita de veraneo cuidadosamente decorada, cuando en realidad es un agujero en el suelo lleno de ratas.

Emma se tiró sobre la cama. La manta era como una nube y el colchón le resultó celestial comparado con el que tenía en el Instituto de Londres, lleno de bultos.

—Los mejores precios —anunció, contenta de que, después de todo, no fueran a tener que quedarse en una pensión.

—Imagina sus cuerpecitos peludos correteándote alrededor. —Julian se había dado la vuelta y la miraba con una media sonrisa en el rostro. De pequeña, a Emma la aterrorizaban los ratones y los roedores en general.

Se incorporó hasta sentarse y lo miró ceñuda.

—¿Por qué tratas de aguarme las vacaciones?

—Bueno, para ser sinceros, esto no son vacaciones. Es una misión. Se supone que debemos buscar algo que nos dé una idea de adónde puede haber ido Annabel.

—No lo sé —repuso Emma—. Este lugar parece haberse renovado por completo. Fue construido hace mucho, ¿cómo saber qué queda de la casa original? ¿Y acaso

Malcolm no se habría llevado cualquier cosa importante a su casa de Los Ángeles?

—No necesariamente. Creo que esta casita era muy especial para él. —Julian se colgó los pulgares de las trabillas de sus vaqueros—. Mira cómo ha cuidado de ella. Esta casa es algo personal. Es como un hogar. No como la cosa grande de vidrio y acero en la que vivía en Los Ángeles.

—Entonces, supongo que deberías comenzar a mirar por aquí. —Emma trató de mostrar interés ante esa idea, pero se sentía agotada. La falta de sueño de la noche anterior, el largo viaje en tren, su preocupación por Cristina..., todo aquello le había consumido la energía.

Julian le lanzó una mirada crítica.

—Voy a preparar un té —dijo—. Eso ayudará.

Ella arrugó la nariz.

—¿Té? ¿Tu solución es el té? Pero ¿si ni siquiera eres británico de verdad! ¡Solo has pasado dos meses en Inglaterra! ¿Cómo consiguieron lavarte el cerebro?

—No te gusta el café y necesitas cafeína.

—Conseguiré mi cafeína del modo que lo hace la gente bien pensante. —Emma alzó las manos y entró en el despacho—. ¡Del chocolate!

Comenzó a abrir los cajones del escritorio. Estaban vacíos. Examinó las estanterías y tampoco halló nada de interés. Empezó a cruzar la sala hacia el armario y oyó crujir algo. Volvió hacia atrás y se arrodilló mientras apartaba la alfombra.

El suelo era de roble. Justo bajo la alfombra había un cuadrado de madera más clara, y se veían las tenues líneas de las juntas que dibujaban el borde de una trampilla. Emma cogió la estela y colocó la punta sobre ella.

—Abre —susurró, dibujando la runa.

Se oyó un ruido como si algo se rompiera. El cuadrado de madera saltó, se deshizo en trozos de serrín y cayó en el agujero que cubría. Era un poco mayor de lo que ella había pensado. Dentro había varios libritos y un tomo grande encuadernado en cuero que Emma miró asombrada. ¿Sería algún tipo de libro de hechizos?

—¿Acabas de volar algo por los aires? —Julian entró con una mancha negra en la mejilla. Miró por encima del hombro de Emma y soltó un silbido—. El clásico compartimento secreto en el suelo.

—Ayúdame a sacar todo esto. Te toca ese libro gigante. —Emma cogió los tres libros más pequeños. Estaban encuadernados en cuero gastado con las letras MFB estampadas en el lomo y las páginas de bordes irregulares.

—No es un libro —dijo Julian con una voz un poco rara—. Es un portafolio.

Lo cogió y lo llevó al salón. Emma corrió tras él. Dos humeantes tazas de té los esperaban en la isla de la cocina y el fuego ardía alegremente. Emma se dio cuenta de que la mancha negra en el rostro de Julian debía de ser ceniza. Se lo imaginó arrodillado allí, encendiendo el fuego para ellos, paciente y atento, y sintió una oleada de sobrecogedora ternura hacia él.

Él ya estaba junto a la isla y abría con cuidado el portafolio. Contuvo el aliento.

El primer dibujo era una acuarela del Acantilado de la Capilla visto desde la distancia. Los colores y las formas eran vívidos; Emma notó el fresco aire del mar en el cuello y oyó el graznido de las gaviotas.

—Es muy bonito —dijo, mientras se sentaba frente a él en un taburete alto.

—Lo hizo Annabel. —Tocó su firma en la esquina derecha—. No sabía que pintara.

—Supongo que lo lleváis en la sangre —repuso Emma. Julian no la miró. Estaba volviendo las páginas con gestos cuidadosos y casi reverentes. Había muchos más paisajes: al parecer, a Annabel le gustaba capturar el océano y las curvas de la tierra que lo bordeaba. También había docenas de dibujos de la mansión Blackthorn en Idris, entreteniéndose en la suavidad de su piedra dorada, la belleza de los jardines, las enredaderas de espinos que envolvían las verjas.

«Como el mural de la pared de tu habitación», quiso decirle Emma a Julian, pero no lo hizo.

La mano de este no se detuvo en ninguno de esos dibujos. Paró en un esbozo que indudablemente representaba la casa en la que se hallaban en ese momento. Una valla de madera la rodeaba, y Polperro era visible en la distancia, con la Madriguera elevándose en la colina opuesta, llena de casas.

Malcolm estaba apoyado en la valla, mucho más joven; era evidente que aún no había dejado de envejecer. Aunque era un esbozo hecho a lápiz, de algún modo el dibujo había captado el color claro de su cabello, lo extraño de sus ojos, pero trazado en unas líneas tan llenas de amor que resultaba hermoso. Parecía estar a punto de sonreír.

—Creo que vivieron aquí hace doscientos años, supongo que ocultándose de la Clave —dijo Julian—. Un lugar en el que has estado con alguien a quien amas tiene algo de especial. Adquiere un significado para ti. Se convierte en más que un simple lugar. Se convierte en la destilación de lo que sentís el uno por el otro. Los momentos que pasas en un lugar con alguien así... se convierten en parte de sus ladrillos y argamasa; en parte de su alma.

La luz del fuego le iluminaba un lado de la cara y el pelo, volviéndoselo dorado. Emma notó lágrimas en los ojos y luchó para contenerlas.

—Hay una razón por la que Malcolm no permitió que este lugar se volviera un montón de ruinas. Lo amaba. Le importaba porque era el lugar en el que había estado con ella.

Emma cogió su té.

—¿Y quizá el lugar al que quisiera volver con ella? —aventuró—. ¿Después de resucitarla?

—Sí. Creo que Malcolm resucitó a Annabel por aquí cerca, que tenía planeado esconderse con ella aquí, como había hecho hacía tanto tiempo. —Julian pareció querer sacarse de encima la emoción que se había apoderado de él, como un perro mojado sacudiéndose el agua del pelaje—. Hay algunas guías de Cornwall en los

estantes; las revisaré. ¿Qué tienes tú ahí? ¿Qué hay en esos libros?

Emma abrió el primero. En el interior de la cubierta estaba escrito: «Diario de Malcolm Fade Blackthorn, 8 años».

—¡Por el Ángel! —exclamó—. Sus diarios.

Comenzó a leer en voz alta por la primera página:

Me llamo Malcolm Fade Blackthorn. Yo he elegido los dos primeros nombres, pero el último me lo han dado, para que lo usara, los Blackthorn, que me han acogido con amabilidad. Felix dice que soy su pupilo, pero no sé qué quiere decir eso. También dice que soy un brujo. Cuando lo dice, creo que seguramente no es algo bueno, pero Annabel dice que no me preocupe, que todos nacemos como nacemos y no podemos cambiarlo. Annabel dice...

Se detuvo. Ese era el hombre que había asesinado a sus padres, pero también era la voz de un niño, indefenso y curioso, resonando a través de los siglos. Doscientos años. El diario no estaba fechado, pero debía de haber sido escrito a principios del siglo XIX.

—Annabel dice... —susurró Emma—. Estaba enamorado de ella ya entonces.

Julian se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Eso parece —dijo—. Tendremos que buscar en el diario si menciona lugares que fueran importantes para ambos.

—Hay un montón de diarios —indicó Emma, mirando los tres volúmenes.

—Entonces, supongo que nos queda mucho por leer —repuso Julian—. Será mejor que prepare más té.

El gemido de Emma de «¡No, té, no!» lo siguió hasta la cocina.

El Mercado de Sombras estaba situado en la parte sur del puente de Londres. Kit se sintió decepcionado al descubrir que el puente de Londres era solo una sosa edificación de hormigón sin torres.

—Creía que sería como en las postales —se lamentó.

—Estás pensando en el puente de la Torre —le aclaró Livvy mientras comenzaban a bajar un tramo de estrechos escalones de piedra para llegar al espacio bajo la línea ferroviaria del puente de Londres, que se entrecruzaba por encima—. Ese es el que sale en todas las fotos. El puente de Londres original fue derruido hace mucho tiempo; este es un sustituto moderno.

Un cartel anunciaba algún tipo de mercado diurno de frutas y verduras, pero ese hacía rato que había terminado. Los puestos pintados de blanco estaban cerrados a cal y canto, y las verjas tenían el cerrojo echado. La sombra de la catedral de Southwark caía sobre él, una mole de vidrio y piedra que les bloqueaba la vista del río.

Al llegar al final de los escalones, Kit parpadeó para traspasar el *glamour*. La imagen se deshizo como una tela de araña y el Mercado de Sombras se hizo visible. Seguían usando muchos de los puestos del mercado normal (era astuto, pensó Kit,

ocultarse a plena vista de ese modo), pero ahora eran de relucientes colores, un arco iris brillante. También se agitaban tiendas de lona entre los puestos, hechas de sedas y cortinajes, con carteles flotando junto a las entradas anunciando de todo, desde la buenaventura hasta amuletos de la suerte o hechizos de amor.

Se colaron entre la multitud. Puestos que vendían máscaras encantadas, botellas de sangre añeja para vampiros (Livvy pareció ir a vomitar sobre la variedad ROJO INTENSO CON UN TOQUE DE CEREZA), y los boticarios hacían buen negocio con los polvos mágicos y las tinturas. Un licántropo de pelo blanco y fino vendía botellas de unos polvos plateados, mientras que frente a él una bruja con la piel tatuada de escamas multicolores ofrecía libros de hechizos. Varios puestos estaban dedicados a vender amuletos que repelían a los cazadores de sombras, lo que hizo reír a Livvy.

Kit no se divertía tanto.

—Bajaos las mangas —pidió—. Y poneos las capuchas. Cubríos las Marcas todo lo que podáis.

Livvy y Ty hicieron lo que les decía. Este último fue a ponerse los auriculares, pero se detuvo. Lentamente volvió a colgárselos del cuello.

—Mejor no me los pongo —dijo—. Puede que tenga que oír algo.

Livvy le apretó el hombro y le dijo algo en una voz tan baja que Kit no pudo oírlo. Ty negó con la cabeza, apartándola, y se adentraron más en el Mercado. Un grupo de Hijos de la Noche de piel muy clara se había reunido en un puesto que anunciaba VÍCTIMAS VOLUNTARIAS AQUÍ. Un montón de humanos se hallaban sentados alrededor de una mesa de juego, charlando. De vez en cuando, otro vampiro se acercaba, el dinero cambiaba de manos y uno de los humanos era arrastrado entre las sombras para ser mordido.

Livvy hizo un ruido apagado.

—Tienen mucho cuidado —le aseguró Kit—. Hay un sitio así en el Mercado de Los Ángeles. Los vampiros nunca beben tanto como para hacerle daño a nadie.

Se preguntó si debería decir algo para tranquilizar a Ty. El chico moreno estaba pálido, con una fina capa de sudor cubriéndole los pómulos. Abría y cerraba los puños a los costados.

Más allá había un puesto que anunciaba un BAR CRUDO. Los licántropos rodeaban una docena de animales recién muertos y vendían pedazos de carne cruda ensangrentados a los clientes que pasaban. Livvy frunció el ceño; Ty no dijo nada. Kit ya había notado antes que los juegos de palabras y las bromas del lenguaje no interesaban mucho a Ty. Y en ese momento, este parecía estar esforzándose entre tratar de captar los detalles del Mercado y vomitar.

—Ponte los auriculares —le murmuró Livvy—. No pasa nada.

Ty negó de nuevo. El cabello se le pegaba a la frente. Kit frunció el ceño. Quería agarrar a Ty y arrastrarlo fuera del Mercado, a algún sitio tranquilo y silencioso. Lo recordó diciéndole que odiaba las multitudes, que el ruido y la confusión eran «como cristales rotos en mi cabeza».

Y había algo más, algo extraño y fuera de lugar en ese Mercado.

—Creo que nos hemos metido en la sección de comida —dijo Livvy haciendo una mueca—. Ojalá no lo hubiéramos hecho.

—Por aquí. —Kit se volvió hacia la catedral. Por lo general, había una sección del Mercado donde se reunían los brujos. Hasta el momento solo habían visto vampiros, licántropos, brujas y...

Redujo el paso hasta casi detenerse.

—No hay hadas —dijo.

—¿Qué? —preguntó Livvy, casi chocando contra él.

—El Mercado suele estar lleno de hadas —explicó Kit—. Venden de todo, desde ropas de invisibilidad hasta sacos de comida que nunca se vacían. Pero no he visto ni una por aquí.

—Yo sí —dijo Ty. Y señaló.

Cerca había un puesto grande llevado por un hechicero alto con el pelo gris trenzado. Delante del puesto había una mesa con un tapete verde. Sobre ella se exponían antiguas jaulas para pájaros hechas de hierro forjado pintado de blanco. Cada una era bonita por sí misma, y por un momento Kit pensó que eran lo que estaba en venta.

Pero luego se fijó mejor. Dentro de cada jaula había una pequeña criatura atrapada. Una mezcla de pixies, nixies, duendecillos e incluso un trasgo, con los ojos casi cerrados por la hinchazón debida, seguramente, a la excesiva proximidad al hierro puro. Las otras hadas estaban hablando con tristeza y en voz baja, agarrándose a las barras y luego desplomándose con débiles gritos de dolor.

Ty estaba blanco de angustia. Le temblaban las manos a los lados. Kit pensó en Ty en el desierto, acariciando los pequeños lagartos, metiéndose ratones en los bolsillos, buscando la compañía de las comadrijas. Ty, cuyo corazón se entregaba a los pequeños e indefensos seres vivos.

—No podemos dejarlos así.

—Es probable que los vendan por la sangre y los huesos —dijo Livvy con voz temblorosa—. Tenemos que hacer algo.

—No tienes autoridad aquí, cazadora de sombras. —Una voz fría y entrecortada los hizo volverse. Una mujer se hallaba ante ellos. Su piel era oscura como la caoba, el pelo como bronce recogido en lo alto de la cabeza. Las pupilas doradas tenían forma de estrella. Vestía con un traje pantalón de blanco glacial y relucientes zapatos de tacón alto. Podría tener cualquier edad entre los dieciocho y los treinta.

Ella sonrió cuando la miraron.

—Sí, puedo reconocer a un cazador de sombras, incluso a los que ocultan con torpeza sus Marcas —dijo—. Os sugiero que os marchéis del Mercado antes de que alguien menos amable que yo se fije en vosotros.

Ambos mellizos habían hecho sutiles gestos hacia los cinturones de armas, y sus manos rondaban cerca de las empuñaduras de los cuchillos serafines. Kit supo que

ese era su momento: el momento de mostrarles lo bien que podía encargarse de los ocupantes de un Mercado.

Por no hablar de prevenir un baño de sangre.

—Soy un emisario de Barnabas Hale —anunció—. Del Mercado de Los Ángeles. Estos cazadores de sombras están bajo mi protección. ¿Quién eres tú?

—Hypatia Vex —respondió ella—. Codirijo este Mercado. —Entrecerró sus ojos estrellados para mirar a Kit—. ¿Un representante de Barnabas, has dicho? ¿Por qué debería creerte?

—Los únicos que saben de la existencia de Barnabas Hale —explicó Kit— son la gente que él quiere que lo sepa.

Ella asintió con un leve gesto.

—¿Y los cazadores de sombras? ¿También los ha enviado Barnabas?

—Necesita que consulte a un mago sobre un peculiar objeto mágico —contestó Kit. Estaba volando alto, arriesgando con las mentiras, con el engaño, con la estafa—. Y ellos lo tienen en su posesión.

—Muy bien. Entonces, si Barnabas te ha enviado a consultar a un mago, ¿podrías decirme a cuál?

—A mí —dijo una profunda voz desde las sombras.

Kit se volvió y vio a alguien delante de una gran tienda verde oscuro. Era una voz masculina pero, aparte de eso, estaba demasiado cubierto, con una gran túnica, capa, capucha y guantes, para discernir el género.

—Yo me encargo de esto, Hypatia.

Esta parpadeó lentamente. Era como si las estrellas desaparecieran y luego reaparecieran de detrás de una nube.

—Si insistes...

Hizo como si fuera a marcharse, pero se detuvo y volvió la cabeza para mirar a Livvy y a Ty.

—Si os compadecéis de esas criaturas, muriendo dentro de sus jaulas —dijo—, pensad en esto: si no fuera por la Paz Fría en la que vuestra gente insistió, no estarían aquí. Mirad la sangre en vuestras manos, cazadores de sombras.

Desapareció entre dos tiendas. La expresión de Ty estaba cargada de angustia.

—Pero mis manos...

—Es una forma de hablar. —Livvy rodeó a su mellizo con el brazo y lo apretó con fuerza contra su costado—. No es culpa tuya, Ty, esa mujer solo pretendía ser cruel.

—Deberíamos irnos —le señaló Kit al brujo encapuchado, que asintió.

—Venid conmigo —dijo, y se metió en su tienda. Los otros lo siguieron.

El interior era muy sencillo y limpio, con un suelo de madera, un simple camastro y varios estantes llenos de libros, mapas, botellas con diferentes clases de polvos, velas

de diversos colores y tarros de líquidos de aspecto alarmante. Ty soltó aire y se apoyó en uno de los soportes de la tienda. El alivio era patente en su rostro mientras disfrutaba de la relativa calma y silencio. Kit quiso acercársele y preguntarle si se encontraba bien después de la cacofonía del Mercado, pero Livvy ya estaba a su lado, apartándole el cabello húmedo de sudor de la frente. Ty asintió y comentó algo que Kit no pudo oír.

—Venid —los llamó el brujo—. Sentaos conmigo.

Hizo un gesto hacia el centro de la tienda, donde había una pequeña mesa rodeada de sillas. Los cazadores de sombras se sentaron y el brujo encapuchado se colocó frente a ellos. En la parpadeante luz del interior de la tienda, Kit pudo atisbar el borde de la máscara que cubría el rostro del brujo bajo la capucha.

—Podéis llamarme Sombra —dijo este—. No es mi nombre, pero servirá.

—¿Por qué has mentido por nosotros? —preguntó Livvy—. Ahí fuera, quiero decir. Tú no tienes ningún acuerdo con Barnabas Hale.

—Oh, tengo unos cuantos —repuso Sombra—. No sobre vosotros, para ser honesto, pero lo conozco. Y me despierta la curiosidad que vosotros también lo conocáis. No muchos cazadores de sombras saben siquiera su nombre.

—Yo no soy un cazador de sombras —replicó Kit.

—Oh, desde luego que lo eres —replicó Sombra—. Eres el nuevo Herondale, para ser exactos.

La voz de Livvy sonó seca como un latigazo.

—¿Cómo sabes eso? Dínoslo ya.

—Por tu cara —respondió, dirigiéndose a Kit—. Tu bonito rostro. No eres el primer Herondale que conozco, ni siquiera el primero con esos ojos, como la luz del ocaso destilada. No sé por qué solo tienes una Marca, pero sin duda puedo suponerlo. —Apoyó la barbilla en las manos. A Kit le pareció ver un destello de piel verde en la muñeca, justo debajo del borde del guante—. Tengo que decir que nunca pensé que tendría el placer de entretener al Herondale perdido.

—No estoy tan entretenido, la verdad —replicó Kit—. Podríamos poner una peli.

Livvy se inclinó hacia adelante.

—Discúlpalo —pidió—. Se pone así cuando está incómodo. Sarcástico.

—¿Quién iba a pensar que eso se heredaba? —Sombra extendió una mano enguantada—. Y ahora, dejadme ver qué habéis traído. Supongo que eso no era otra mentira, ¿me equivoco?

Ty metió la mano en la chaqueta y sacó el cristal *aletheia*. Bajo la luz de las velas, destellaba más que nunca.

Sombra rio por lo bajo.

—Un guardarrecuerdos —dijo—. Parece que, después de todo, vas a tener tu película. Fue a cogerlo, y al cabo de un momento de vacilación, Ty le permitió que lo hiciera.

Sombra dejó el cristal delicadamente en el centro de la mesa. Pasó una mano por

encima, luego paró un instante y se sacó el guante. Como Kit había pensado, la piel de la mano era de un color verde oscuro. Se preguntó por qué Sombra se molestaría en cubrir algo así allí, en el Mercado de Sombras, donde los brujos eran muy frecuentes.

Sombra pasó la mano desnuda sobre el cristal y murmuró algo. Las velas comenzaron a consumirse con rapidez. Su murmullo se acrecentó; Kit reconoció sus palabras como del latín, que había estudiado tres meses en la escuela antes de que decidiera que no tenía sentido aprender un idioma en el que no podía hablar con nadie excepto con el Papa, a quien sería muy raro que llegase a conocer.

Pero tenía que admitir que era un idioma con peso; daba la sensación de que cada palabra estaba cargada de un sentido más profundo.

Las velas se apagaron por completo, pero la tienda no quedó a oscuras: el cristal relucía, cada vez más brillante bajo la mano de Sombra.

Al final, un rayo de luz pareció brotar desde él, y Kit se dio cuenta de qué había querido decir Sombra al bromear sobre lo de la película. La luz era como el rayo de un proyector y reproducía imágenes en movimiento contra la oscura pared de la tienda.

Una chica estaba atada a una silla en una habitación circular llena de bancos, una especie de auditorio. A través de las ventanas de aquella sala, Kit pudo ver montañas cubiertas de nieve. Aunque seguramente era invierno, la chica solo llevaba un sencillo vestido blanco muy holgado; iba descalza y la larga melena negra le colgaba en mechones enredados.

Su rostro se parecía tanto al de Livvy que verlo retorcido de dolor y terror hizo que Kit se tensara.

—Annabel Blackthorn. —Un hombre pequeño con los hombros encorvados entró en la escena. Iba vestido de negro; mostraba una insignia no muy diferente de la que Diego acostumbraba a llevar en el hombro. Tenía la capucha puesta. Debido a eso y al punto de vista del cristal, era difícil verle el rostro o el cuerpo con mucho detalle.

—El Inquisidor —murmuró Sombra—. Era un centurión en aquellos tiempos.

—Compareces ante nosotros —continuó el hombre— acusada de confraternizar con subterráneos. Tu familia acogió al brujo Malcolm Fade y lo crio como un hermano para ti. Él les pagó su amabilidad con una abyecta traición. Robó el *Libro Negro de los Muertos* del Instituto de Cornwall, y tú lo ayudaste.

—¿Dónde está Malcolm? —A Annabel le temblaba la voz, pero también era clara y firme—. ¿Por qué no está aquí? Me niego a ser interrogada sin su presencia.

—Cuán unida estás a tu brujo expoliador —se burló el Inquisidor.

Livvy ahogó un grito. Annabel parecía furiosa. Tenía el gesto obstinado del mentón de Livvy, pensó Kit, pero también tenía un poco de Ty y del resto de los hermanos. La arrogancia de Julian, la mirada de Dru, el gesto pensativo de la boca y los ojos de Ty...

—Entonces, te decepcionará mucho oír que se ha marchado.

—¿Marchado? —repitió Annabel, sin mostrar expresión alguna.

—Desaparecido de su celda en la Ciudad Silenciosa durante la noche. Te ha abandonado a nuestra tierna merced.

Annabel se cogió las manos con fuerza sobre el regazo.

—No puede ser cierto —dijo—. ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con él?

—No hemos hecho nada con él. Y yo me alegraría de testificarlo bajo el peso de la Espada Mortal —espetó el Inquisidor—. De hecho, lo que queremos de ti, tras lo cual te liberaremos, es saber dónde se encuentra Fade. ¿Y por qué íbamos a querer saberlo a no ser que haya escapado de verdad?

Annabel negaba con la cabeza violentamente, su oscuro cabello azotándole la cara.

—No me dejaría —susurró—. No lo haría.

—Hay que afrontar la verdad, Annabel —aseguró el Inquisidor—. Te ha usado para tener acceso al Instituto de Cornwall. Una vez que ha obtenido lo que quería, ha desaparecido con ello, dejándote sola para cargar con el peso de nuestra ira.

—Lo quería para protegernos. —Le tembló la voz—. Era para que pudiéramos empezar una nueva vida juntos donde estuviéramos a salvo, a salvo de la Ley, a salvo de ti.

—El *Libro Negro* no contiene hechizos de seguridad o protección —repuso el Inquisidor—. El único modo en que podría ayudaros sería si lo vendierais a alguien poderoso. ¿Quién era ese poderoso aliado de Fade, Annabel?

Negó con la cabeza, la barbilla levantada en un gesto obstinado. Tras ella, alguien estaba entrando en la habitación: una mujer de rostro severo que llevaba lo que parecía un rollo de tela negra. A Kit lo recorrió un escalofrío al verla.

—No te diré nada. Aunque emplees la Espada.

—De todos modos, no podemos creer lo que digas bajo la Espada —replicó el Inquisidor—. Malcolm te ha manchado de tal modo...

—¿Manchado? —repitió Annabel horrorizada—. Como si... ¿como si ahora fuera basura?

—Fuiste basura desde el momento en que lo tocaste por primera vez. Y ahora no sabemos cómo te ha cambiado; podrías muy bien tener alguna protección contra nuestros instrumentos de justicia. Algún encanto que desconocemos. Así que debemos hacer esto como lo hacen los mundanos.

La mujer con el rostro severo había llegado junto al Inquisidor. Le entregó el rollo de tela negra. Él lo extendió, mostrando una variedad de instrumentos afilados: cuchillos, navajas y leznas. Algunos de ellos tenían la hoja manchada de sangre seca.

—Dinos quién tiene el libro ahora y el dolor cesará —dijo el Inquisidor alzando una navaja.

Annabel comenzó a gritar.

Afortunadamente, la imagen se volvió negra. Livvy estaba pálida. Ty se había inclinado hacia adelante y se agarraba con fuerza el cuerpo con los brazos. Kit quería

acercarse a él, decirle que todo iría bien, comunicarse de un modo que lo hiciera relajarse.

—Hay más —dijo Sombra—. Una escena diferente. Mirad.

La imagen en la pared cambió. Seguía dentro del pequeño auditorio, pero era de noche, y a través de las ventanas solo se veía oscuridad. El espacio estaba iluminado por antorchas que ardían con un color blanco dorado. Ahora podían ver el rostro del Inquisidor, cuando antes solo había sido posible verle los bordes de la oscura ropa y las manos. No era ni mucho menos tan viejo como Kit había pensado. De hecho, era un hombre bastante joven, con el pelo negro.

En la sala solo se hallaban él y un grupo de hombres de edades diferentes. No se veía ninguna mujer. Los otros no llevaban túnicas, sino ropa de la era de la Regencia: pantalones de ante y chaquetas cortas abotonadas hasta arriba. Varios de ellos también lucían patillas, y unos cuantos usaban barbas cuidadas y cortas. Todos parecían inquietos.

—Felix Blackthorn —dijo el Inquisidor, arrastrando un poco las palabras—. Tu hija, Annabel, ha sido elegida para convertirse en una Hermana de Hierro. La enviamos contigo para que pudiera despedirse, pero ahora me llega el aviso de las damas de la Ciudadela Irredenta de que nunca llegó allí. ¿Tienes alguna idea de su paradero?

Un hombre de cabello castaño salpicado de canas frunció el ceño. Kit lo contempló con cierta fascinación: era un ancestro de Ty y Livvy, Julian y Mark. Su rostro era amplio y tenía las señales que denotaban un mal temperamento.

—Si sugieres que estoy ocultando a mi hija, te diré que no —respondió él—. Se ensució a sí misma con el contacto de un brujo, y ya no es parte de mi familia.

—Mi tío dice la verdad —dijo otro hombre más joven—. Annabel está muerta para nosotros.

—Qué imagen más vívida —replicó el Inquisidor—. No os lo toméis a mal si lo considero más que una imagen.

El hombre más joven se encogió. Felix Blackthorn no cambió de expresión.

—No te importaría someterte a un juico con la Espada Mortal, ¿verdad, Felix? —preguntó el Inquisidor—. Solo para asegurarnos de que realmente no sabes dónde se halla tu hija.

—Nos la enviaste torturada y medio loca —replicó el joven Blackthorn—. ¡No nos digas que te importa su destino!

—No estaba más herida de lo que muchos cazadores de sombras pueden estarlo en una batalla —repuso el Inquisidor—, la muerte es otra cosa del todo diferente. Y las Hermanas de Hierro están preguntando.

—¿Se me permite hablar? —intervino otro de los hombres. Tenía el pelo oscuro y un aspecto aristocrático.

El Inquisidor asintió.

—Desde que Annabel Blackthorn fue a unirse a la Hermanas de Hierro —explicó

—, Malcolm Fade se ha convertido en un verdadero aliado de los nefilim. Uno de esos raros brujos con los que podemos contar a nuestro lado y que es indispensable en una batalla.

—¿Adónde quieres ir a parar, Herondale?

—Si él no se cree que su dama amada lo abandonó, digamos que de forma voluntaria, o si se entera de que se le causó algún daño, creo que sería bastante improbable que continuara siendo un recurso tan valioso para nosotros.

—Las damas de la Ciudadela Irredenta no dejan su isla para intercambiar chismorreos —dijo otro hombre, de cara estrecha como un tejón—. Si la discusión sobre el destino de la desafortunada Annabel concluye aquí, dejémoslo así. Después de todo, quizá se escapó durante el trayecto, o tal vez fue víctima de un demonio o de un salteador en el camino a la Ciudadela. Quizá nunca lo sepamos.

El Inquisidor tamborileó con los dedos sobre el brazo de su sillón. Estaba mirando a Felix Blackthorn con los ojos entrecerrados. A Kit le resultaba imposible saber qué podía estar pensando.

—Eres condenadamente listo, Felix —dijo por fin—, al involucrar a tus amigos en esto. Sabéis que no os puedo castigar a todos sin causar un caos. Y tenéis razón sobre Fade. Ha habido una revuelta de demonios cerca del Escolamántico, y lo necesitamos. —Alzó la mano—. Muy bien. No volveremos a hablar de esto.

Una expresión de alivio pasó por el rostro de Felix Blackthorn, mezclada con una extraña amargura.

—Gracias —dijo—. Gracias, Inquisidor Dearborn.

La imagen se fue estrechando hasta convertirse en un punto negro y desapareció.

Por un momento, Kit permaneció sentado sin moverse. Oyó a Livvy y a Ty preguntar con rapidez y a Sombra contestando. Sí, la imagen era un auténtico recuerdo; no, no había modo de identificar de quién podía ser ese recuerdo. Era probable que tuviera unos doscientos años. Estaban claramente excitados por la mención del nombre del Inquisidor Dearborn. Pero el cerebro de Kit se había quedado enganchado a una palabra como un trozo de tela a un clavo:

Herondale.

Uno de esos hombres horribles fue su antepasado. Los Herondale, los Dearborn y los Blackthorn, juntos, fueron cómplices en ocultar la tortura y el asesinato de una joven mujer cuyo único crimen había sido amar a un brujo. Una cosa distinta era pensar que era familia de Jace, que parecía adorado en todo el universo y el mejor en su trabajo. Todos le hablaban de los Herondale como si fueran la realeza, una realeza que había salvado el mundo.

Recordó las palabras de Arthur: «¿Qué clase de Herondale serás? ¿William o Tobias? ¿Stephen o Jace? ¿Hermoso, amargado, o ambos?».

—¡Rook! —La parte delantera de la tienda se estremeció—. ¡Kit Rook, sal de ahí ahora mismo!

La charla dentro de la tienda se interrumpió. Kit parpadeó; él no era Kit Rook, era

Christopher Herondale, era...

Se puso en pie tambaleándose. Livvy y Ty saltaron tras él. Este solo se detuvo para meterse en el bolsillo el cristal *aletheia*.

—Kit, no... —comenzó Livvy, pero él ya había apartado la tela que hacía las veces de puerta de la tienda.

Alguien lo estaba llamando por su auténtico nombre, o quizá ese no fuera su auténtico nombre, pero era una parte de él que no podía negar. Salió al callejón.

Barnabas Hale se hallaba frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho, su piel blanca con escamas brillando enfermiza bajo la luz de las antorchas. Lo acompañaba un grupo de licántropos: hombres grandes y musculosos y mujeres enfundadas en cuero negro y brazaletes de púas. Más de uno llevaba un par de nudilleras de latón.

—Bien, pequeño Rook —dijo Barnabas con su lengua de serpiente agitándose al sonreír—. ¿Qué es eso que he oído de que finges estar aquí ocupándote de uno de mis negocios?

LOS BOSQUES GRISES

—Te dije que te mantuvieras lejos del Mercado de Sombras, Rook —dijo Barnabas—. ¿Hay alguna razón por la que no me hayas hecho caso? ¿Falta de respeto hacia mí o solo una falta de respeto a los subterráneos en general?

Un nutrido grupo de gente había comenzado a reunirse, una curiosa mezcla de vampiros altivos, licántropos burlones y brujos inquietos.

—Me dijiste que no me acercara al Mercado de Los Ángeles —contestó Kit—, no a todos los Mercados de Sombras del mundo. No tienes ni ese poder ni ese alcance, Hale, y es el dueño de este Mercado de Sombras quien debe decidir si me quedo o me voy.

—Esa sería yo. —Era Hypatia, con su fino rostro carente de expresión.

—Creía que eras solo copropietaria —repuso Kit.

—Es suficiente, y vigila tu impertinencia. No me gusta que me mientan, niño. Ni tampoco me gusta que hayas traído a dos nefilim aquí contigo.

La gente reunida ahogó un grito. Kit se encogió por dentro. Eso no pintaba bien para él.

—Ellos no apoyan la Paz Fría —dijo.

—¿Votaron en contra? —preguntó un brujo que llevaba un collar de puntas alrededor del cuello.

—Teníamos diez años —contestó Livvy—. Éramos demasiado pequeños.

—Niños —siseó el que estaba detrás del mostrador de las hadas enjauladas. No era fácil saber si lo había dicho con sorpresa, desprecio o rabia.

—Oh, no solo ha traído a dos nefilim con él —dijo Barnabas con su sonrisa de serpiente—. Él también lo es. Un espía cazador de sombras.

—¿Qué hacemos? —susurró Ty. El anillo de gente se había estrechado mucho y los chicos se hallaban tan apretados que Kit, atrapado entre Ty y Livvy, no podía mover los brazos.

—Sacad las armas —respondió Kit—. Y preparaos para salir por donde podamos.

Los mellizos ni parpadearon. Movieron las manos rápidamente en la periferia del campo de visión de Kit.

—Eso es mentira —afirmó Kit—. Mi padre era Johnny Rook.

—¿Y tu madre? —dijo la profunda voz de Sombra a su espalda. Un gentío se había reunido también tras él; no podían escapar hacia allí.

—No lo sé —contestó Kit con los dientes apretados. Se sorprendió al ver a Hypatia alzar las cejas, como si supiera algo que él desconocía—. Y no importa; no

hemos venido aquí a haceros daño o a espiaros. Necesitábamos la ayuda de un brujo.

—Pero los nefilim tiene sus propios brujos amaestrados —dijo Barnabas—, los que están dispuestos a traicionar a los subterráneos mientras escarban buscando dinero en los bolsillos de la Clave. Aunque después de todo lo que le hicisteis a Malcolm...

—¿Malcolm? —Hypatia se incorporó de golpe—. ¿Estos son Blackthorn? ¿Los responsables de su muerte?

—Solo murió a medias —objetó Ty—. Volvió como una especie de demonio marino durante un tiempo. Ahora está muerto, claro —añadió, como si se hubiera dado cuenta de que, de algún modo, había metido la pata.

—Por esto Sherlock Holmes deja siempre que sea Watson quien hable —le dijo Kit en un susurro.

—Holmes nunca deja que sea Watson quien hable —replicó Ty—. Watson es un refuerzo.

—No soy ningún refuerzo —soltó Kit, y sacó un cuchillo del bolsillo. Oyó reír a los licántropos, burlándose de las mínimas dimensiones de la daga, pero no le importó—. Como he dicho —repitió—, hemos venido aquí en paz para hablar con un brujo y marcharnos. Yo he crecido en los Mercados de Sombras. No tengo nada en su contra, y mis compañeros tampoco. Pero si nos atacáis, lucharemos. Y luego vendrán otros, otros nefilim, que acudirán a vengarnos. ¿Y para qué? ¿A quién beneficiará eso?

—El chico tiene razón —dijo Sombra—. Una guerra así no beneficia a nadie.

Barnabas hizo un gesto para que se marchara. Sus ojos tenían un brillo fanático.

—Pero dar un ejemplo sí puede ser beneficioso —replicó—. Que los nefilim sepan lo que es encontrarte los cuerpos deshechos de tus hijos en tu puerta y que no tengas derecho a ninguna reclamación ni justicia.

—No lo hagas... —comenzó Livvy.

—Acabad con ellos —ordenó Barnabas, y su manada de licántropos, junto a unos cuantos mirones más, saltaron hacia ellos.

En el exterior de la casa, las luces de Polperro brillaban como estrellas contra las oscuras laderas de las colinas. El mar se oía al fondo, el suave sonido del océano yendo y viniendo, la canción de cuna del mundo.

Sin duda, a Emma le había funcionado. A pesar de los esfuerzos de Julian con el té, se había quedado dormida delante de la chimenea, con el diario de Malcolm abierto a su lado, acurrucada como un gato.

Antes de dormirse, le estuvo leyendo el diario en voz alta. Desde el principio, cuando Malcolm fue hallado solo, un niño confuso que no recordaba a sus padres y no tenía ni idea de lo que era un brujo. Por lo que Julian suponía, los Blackthorn lo habían acogido porque pensaron que un brujo les podría ser útil, un brujo al que

podrían controlar y mandar. Le explicaron su auténtica naturaleza, y no de un modo demasiado considerado.

De toda la familia, solo Annabel se mostró amable con él. De pequeños, habían explorado juntos los acantilados de Cornwall, y ella le enseñó cómo podían enviarse mensajes empleando un cuervo de mensajero. Malcolm escribía poéticamente de la costa, de sus cambios y sus tempestades, y también lo hacía de Annabel, incluso cuando no reconocía sus propios sentimientos. Adoraba su rápido ingenio y su fuerte carácter. Adoraba que lo protegiera y explicaba cómo lo defendió, enfadada, de sus primos. Con el tiempo, él comenzó a admirar no solo la belleza de su corazón. Su pluma vacilaba al escribir sobre la suave piel de Annabel, sobre la forma de las manos y la boca, sobre las veces en que el cabello se le salía de las trenzas y le flotaba alrededor como una nube de sombra.

Julian casi se alegró cuando Emma se fue callando y se tumbó; solo para descansar los ojos, le había dicho, pero se quedó dormida casi al instante. Nunca creyó que pudiera llegar a compadecerse de Malcolm o pensar que se parecían en algo, pero las palabras de Malcolm podrían haber sido la historia de la ruina de su propio corazón.

Cogió el diario y siguió leyendo:

A veces, alguien a quien conoces de toda la vida deja de ser conocido y pasa a ser desconocido de un modo maravilloso, como si descubrieras que una playa a la que has ido toda tu vida no es de arena sino de diamantes, y te ciega con su belleza. Annabel, has cogido mi vida, mi vida tan roma como el filo de una espada olvidada; la has hecho pedazos y la has vuelto a unir con una forma tan extraña y maravillosa que solo puedo preguntarme...

Se oyó un fuerte golpe, un ruido como si un pájaro se hubiera estrellado contra el vidrio de una de las ventanas. Julian se incorporó y cogió la daga que había dejado en la mesita baja frente al sofá.

El golpe se oyó de nuevo, esta vez más fuerte.

Se puso en pie. Algo se había movido al otro lado de la ventana, el destello de algo blanco. Y entonces se oyó un tercer golpe. Estaban tirando algo contra los cristales, como un niño lanzando guijarros a la ventana de un amigo para llamarlo.

Julian miró a Emma. Estaba tendida boca arriba, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando a un ritmo regular. Tenía la boca ligeramente entreabierta y las mejillas sonrosadas.

Fue a la puerta y giró el pomo poco a poco, intentando que no chirriara. Abrió y salió a la noche.

Estaba oscuro y hacía frío; la luna colgaba sobre el agua como una perla en el extremo de una cadena. Alrededor de la casa, el terreno era irregular y caía casi en picado por el lado del océano. La superficie del agua era oscura y transparente; se veía la forma de las rocas sumergidas bajo ella, como si Julian estuviera mirando a través de un cristal ahumado.

—Julian —dijo una voz—. Julian Blackthorn.

Se volvió. La casa quedó a su espalda y frente a él estaba Peak Rock, la punta del acantilado, y la oscura hierba que crecía a puñados entre las piedras grises.

Alzó la mano con la piedra mágica en ella. La luz iluminó a una chica que se hallaba frente a él.

Era como si hubiera salido de un cuadro: melena oscura, derecha como un clavo, el rostro ovalado como el de una virgen triste enmarcado por la capucha de una enorme capa. Bajo esta, Julian pudo ver los tobillos blancos y los zapatos rotos.

—¿Annabel?

El cuchillo salió volando de la mano de Kit. Cruzó la distancia entre él y la muchedumbre que se acercaba y se hundió directamente en el hombro de Barnabas. El brujo de escamas de serpiente se tambaleó hacia atrás y cayó gritando de dolor.

—¡Kit! —exclamó Livvy asombrada. El chico vio que ella no estaba segura de que aquello hubiera sido lo mejor, pero nunca se había olvidado de una cita de Emerson, que era una de las favoritas de su padre: «Cuando atacas a un rey, debes matarlo».

Un brujo era más poderoso que una manada de licántropos, y Barnabas era su líder. Dos razones para eliminarlo de la pelea. Pero no había tiempo de pensar en eso, porque ya tenían encima a los subterráneos.

—¡Umbriel! —gritó Livvy. Una hoja ardiente apareció en su mano. Livvy era un torbellino en movimiento; su entrenamiento con el sable la hacía ser rápida y ágil. Fue formando una circunferencia mortal con el cabello girando a su alrededor. Era una hermosa mancha de luz y sombras, y arcos de sangre seguían el paso de su cuchillo.

Ty, esgrimiendo una espada corta, había retrocedido contra la columna de un puesto, lo que fue una decisión inteligente, porque la dueña del puesto les gritaba a los subterráneos que retrocedieran mientras estos avanzaban.

—¡Fuera! ¡Largaos! —gritó la dueña del puesto, y su mercancía comenzó a volar por los aires: botellas de tinturas rompiéndose contra las sorprendidas caras de los licántropos y los vampiros. Algunas de las sustancias parecían corrosivas: al menos un licántropo cayó hacia atrás lanzando un grito mientras se agarraba el rostro humeante.

Ty sonrió, y a pesar de todo lo que estaba sucediendo, eso hizo que Kit también quisiera sonreír. Lo archivó como un recuerdo para analizar más tarde, sobre todo teniendo en cuenta que en ese mismo instante un enorme licántropo con hombros como arcos de iglesia se estaba lanzando contra él. Kit tiró de uno de los postes de la tienda de Sombra y lo soltó de su anclaje, haciendo que toda la estructura se inclinara.

Blandió el poste. No era del metal más duro, pero era flexible, como un enorme látigo. Oyó el crujido del hueso cuando golpeó al licántropo en pleno salto de lleno

en el esternón. Con un gruñido de agonía, el licántropo le pasó a Kit por encima de la cabeza.

Al muchacho, el cuerpo le vibraba de excitación. Quizá pudieran lograrlo. Tal vez entre los tres podrían salir peleando de esta. Quizá fuera eso de lo que significaba tener el cielo en las venas.

Livvy gritó.

Kit apartó a un vampiro de su camino con un salvaje golpe del poste y se volvió para ver qué había ocurrido. Una de las botellas que volaban por el aire se había roto contra su costado. Era evidente que se trataba de una sustancia ácida: le estaba quemando la ropa, y aunque tenía la mano sobre la herida, Kit vio que sangraba entre los dedos.

Aún seguía golpeando con la otra mano, pero los subterráneos se habían apartado de Ty y Kit y corrían hacia ella, como tiburones que acuden al olor de la sangre. Livvy lanzó una estocada y ensartó a dos, pero al no poder cubrirse adecuadamente, su círculo de protección iba menguando. Un vampiro se le acercó lamiéndose los labios.

Kit comenzó a correr hacia ella. Ty iba delante de él, empleando su espada corta para abrirse paso a tajos a través de la multitud. La sangre estaba manchando el suelo a los pies de Livvy. El corazón de Kit se tensó de pánico. Ella se desplomó justo cuando su hermano la cogía, y ambos cayeron al suelo, Livvy en brazos de Ty. *Umbriel* se le escapó de la mano.

Kit corrió como pudo hacia ambos. Tiró el poste a un lado, golpeando a varios licántropos, y cogió el cuchillo serafín de Livvy.

Ty había dejado la espada en el suelo. Sujetaba a su hermana, que estaba inconsciente, con el cabello colgándole sobre el pecho. Había sacado la estela y estaba trazando una runa curativa en la piel de Livvy, aunque le temblaba la mano y la runa era irregular.

Kit alzó la ardiente espada. Su luz hizo que los subterráneos se echaran un poco hacia atrás, pero Kit sabía que eso no era suficiente: volverían a atacar, lo harían pedazos y luego harían pedazos a Livvy y a Ty. Vio a Barnabas, con el traje empapado en sangre, apoyado en el brazo de un guardaespaldas. Sus ojos, fijos en Kit, estaban cargados de odio.

No habría piedad.

Un lobo saltó hacia Kit. Este blandió a *Umbriel*... y no le dio a nada. El lobo ya había caído al suelo, como si lo hubiera empujado una mano invisible.

Hubo una ráfaga de viento. El dorado cabello de Kit se agitó ante su rostro; se lo apartó con una mano manchada de rojo. Las tiendas se sacudían, tarros y botellas seguían rompiéndose. Rayos azules crepitaban por doquier, y uno de ellos se bifurcó y se clavó en el suelo justo delante de Barnabas.

—Parece —dijo una voz aterciopelada— que he llegado en el momento oportuno.

Un hombre alto, con el cabello corto, negro y en punta caminaba hacia ellos. Era,

sin duda, un brujo. Tenía ojos de gato, con pupilas verticales, verdes y dorados. Llevaba una gabardina negra llamativamente forrada de rojo, que se agitaba tras él al caminar.

—Magnus Bane —escupió Barnabas con evidente desprecio—. El Gran Traidor.

—No es mi apodo favorito —repuso Magnus, agitando un poco los dedos en dirección a Barnabas—. Prefiero «Nuestro Amo y Señor», o quizá «Inequívocamente el Más Sexy».

Barnabas retrocedió.

—Estos tres nefilim han entrado en el Mercado con engaños...

—¿Han infringido los Acuerdos?

—Uno de ellos me ha apuñalado —ladró Barnabas.

—¿Cuál? —preguntó Magnus.

Barnabas señaló a Kit.

—Mal asunto —dijo Magnus. La mano izquierda le colgaba en el costado. Con disimulo, le hizo a Kit una señal con el pulgar hacia arriba—. ¿Y esto ha pasado antes o después de que los atacaras?

—Después —contestó Kit. Uno de los guardaespaldas de Barnabas fue a por él. Kit empuñó su arma. Esta vez, el rayo que salió bifurcado de la mano de Magnus se sacudió como un cable eléctrico entre los pies de ambos.

—Quietos —ordenó.

—No tienes autoridad aquí, Bane —masculló Barnabas.

—Lo cierto es que sí —contestó Magnus—. Como representante de los brujos en el Consejo de los Cazadores de Sombras, tengo mucha autoridad. Supongo que lo sabes.

—Por supuesto, sabemos perfectamente bien lo muy cautivado que estás por los cazadores de sombras. —Barnabas estaba tan furioso que soltaba gotas de saliva al hablar—. Sobre todo por los Lightwood.

Magnus alzó una perezosa ceja.

—¿Dices esto por mi novio? ¿Celoso, Barnabas?

Kit se aclaró la garganta.

—Señor Bane —comenzó. Había oído hablar de Magnus Bane, como todo el mundo. Era probable que fuera el mago más famoso del mundo. Su novio, Alec, lo ayudaba a dirigir la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras, junto con Maia Roberts y Lily Chen—. Livvy ha perdido mucha sangre. Ty ha empleado una runa curativa, pero...

El rostro de Magnus se oscureció de auténtica ira.

—¡Tiene quince años! ¡Es una niña! —rugió—. ¿Cómo osas?

—¿Nos delatarás ante el Consejo, Magnus? —preguntó Hypatia, que hablaba por primera vez. No se había unido al ataque y estaba apoyada contra la pared de un puesto, mirando a Magnus de arriba abajo. Sombra parecía haber desaparecido; Kit no tenía ni idea de adónde habría ido.

—Me parece que tenemos dos opciones —respondió Magnus—. Lucháis contra mí, y no ganaréis, creedme, porque estoy muy enfadado y soy más viejo que todos vosotros, y luego se lo cuento al Consejo, o me dejáis marchar con estos niños nefilim, no peleamos y no informo al Consejo. ¿Alguna opinión?

—Yo elijo el número dos —dijo la mujer que había tirado sus botellas a los licántropos.

—Tiene razón, Barnabas —admitió Hypatia—. Apártate.

El rostro de Barnabas era un poema. Se volvió de golpe y se fue furioso seguido de sus guardaespaldas. Los otros subterráneos comenzaron a marcharse lentamente, desapareciendo entre la gente, encorvados como si quisieran no ser vistos.

Kit se arrodilló junto a Ty, que casi no se había movido. Sus ojos iban de un lado al otro, tenía los labios casi blancos; parecía hallarse en estado de *shock*.

—Ty —dijo Kit vacilante, y le puso la mano en el brazo al otro chico—. Ty...

Este se apartó de su mano casi sin apercibirse de quién era. Tenía los brazos alrededor de Livvy, con los dedos apoyados en su muñeca. Kit se dio cuenta de que le estaba tomando el pulso. Era evidente que Livvy estaba viva; Kit veía cómo le subía y le bajaba el pecho. Pero Ty siguió con los dedos sobre la muñeca, como si el ritmo de sus latidos lo tranquilizara.

—Tiberius. —Era Magnus, que se estaba arrodillando sin prestar atención a la sangre y el barro que le manchaba la gabardina, que parecía muy cara. No trató de tocar a Ty, solo le habló en voz baja—: Tiberius. Sé que puedes oírme. Tienes que ayudarme a llevar a Livvy al Instituto. Allí podré ocuparme de ella.

Ty alzó la mirada. No estaba llorando, pero el gris de sus ojos se había oscurecido como el carbón. Parecía aturdido. Mientras se ponían en pie, Magnus creó un Portal, un torbellino de azul, verde y rojo que se alzó contra las sombras de las tiendas y los puestos del Mercado.

Ty se volvió de repente hacia Kit.

—¿Puedes cogerla? —le preguntó—. ¿Puedes llevar a Livvy?

Kit asintió asombrado. Que Ty lo dejara llevar a su melliza era una señal de confianza que lo sorprendía. Alzó a Livvy en brazos, con el olor a sangre y magia en la nariz.

—¡Vamos! —los llamó Magnus. El Portal ya estaba totalmente abierto. Kit pudo ver la silueta del Instituto de Londres a través de él.

Ty no se volvió. Se había puesto los auriculares sobre las orejas y corría por el ahora vacío callejón del Mercado. Iba encorvado, como si quisiera protegerse de los golpes que pudieran caerle por todos lados; pero sus manos eran firmes cuando llegaron al puesto del final, el que tenía hadas enjauladas. Comenzó a abrir las jaulas una a una. Los pixies, los nixies y los trasgos cautivos salieron a toda prisa, gimiendo de alegría al estar libres.

—¡Eh, tú! ¡Tú, detente! —gritó el dueño del puesto, corriendo para evitar mayores perjuicios, pero era demasiado tarde. Ty le lanzó la última jaula y esta se

abrió, dejando escapar un furioso trasgo con garras que le clavó los dientes en el hombro a su antiguo captor.

—¡Ty! —lo llamó Kit, y este corrió hacia el Portal abierto. Sabiendo que Ty iba detrás de él, Kit se metió en el Portal sujetando a Livvy con fuerza, y dejó que el torbellino lo llevara.

Annabel se le acercó en silencio, sus agrietados zapatos no hacían ningún ruido sobre las rocas. Julian no podía moverse. La incredulidad lo había dejado clavado en el sitio.

Sabía que estaba viva. La había visto matar a Malcolm. Pero nunca se pudo imaginar que fuera tan tangible y definida. Tan humana. Daba la impresión de ser alguien a quien se podría encontrar en cualquier lado: en un cine, en el Instituto, en la playa.

Se preguntó de dónde habría sacado la ropa. La capa no parecía algo que se fuera a encontrar tendida con la colada, y Julian dudaba de que Annabel tuviera dinero.

Las escarpadas rocas la cubrieron con su sombra cuando se fue acercando a él y se bajó la capucha.

—¿Cómo has hallado este lugar? —le preguntó—. Esta casa.

Julian alzó la mano y la mujer se detuvo a solo unos pasos de él. El viento nocturno le alzaba mechones del cabello, que parecían bailar alrededor de sus sienes.

—Los piskies me han dicho que estabas aquí —explicó—. Fueron amigos de Malcolm, y aún me tienen cariño.

¿Era en serio? Julian no sabría decirlo.

—No deberías estar aquí —continuó ella—. No deberías estar buscándome.

—No tengo ninguna intención de hacerte daño —dijo Julian. Y se preguntó si, en caso de acercarse a ella, sería capaz de cogerla. La idea de emplear la fuerza para conseguir el *Libro Negro* le daba náuseas. Se dio cuenta de que no había pensado en cómo iba a arrebátárselo—. Pero te vi matar a Malcolm.

—Recuerdo este lugar doscientos años ha —dijo ella como si no lo hubiera escuchado. Su acento era británico, pero tenía algo raro, un sonido que Julian no había oído nunca—. Estaba casi igual, aunque había menos casas y más barcos en el puerto. —Se volvió para mirar la casa—. Malcolm construyó esta casa. Con su propia magia.

—¿Por qué no has entrado? —preguntó Julian—. ¿Por qué me has esperado fuera?

—Me es imposible entrar —contestó ella—. Tengo la sangre de Malcolm en las manos. No puedo entrar en su casa. —Se volvió de nuevo para mirar a Julian—. ¿Cómo pudiste verme matarlo?

La luna salió de detrás de una nube. Iluminó la noche, enmarcando los irregulares contornos de los nimbos con una cinta de luz.

—Vi cómo Malcolm te resucitaba —contestó Julian—. En un cristal mágico de la reina seelie. Ella quiso que lo viera.

—¿Y por qué querría la reina algo así? —Abrió los labios al comprender la razón—. Ah. Para que desearas seguirme. Para que anhelaras el *Libro Negro de los Muertos* y todo su poder.

Metió la mano bajo la capa y sacó el libro. Era realmente negro, de un negro denso que parecía reunir las sombras en su interior. Estaba atado con una correa de cuero. Las letras grabadas en la cubierta hacía tiempo que se habían borrado.

—No recuerdo nada de mi muerte —explicó Annabel a media voz, mientras Julian tenía los ojos clavados en el libro—. Ni de cómo ocurrió, ni del tiempo que yací bajo tierra, ni de cuando Malcolm se enteró de mi muerte y desenterró mis huesos. Solo después he descubierto que Malcolm pasó muchos años tratando de resucitarme, pero durante todo ese tiempo ninguno de sus hechizos dio resultado. Mi cuerpo se pudrió y no me desperté. —Dio la vuelta al libro—. El rey noseelie fue quien le dijo que el *Libro Negro* era clave; fue el rey noseelie quien le dio el poema y el hechizo. Y fue el rey noseelie el que le dijo a Malcolm cuándo Sebastian Morgenstern atacaría el Instituto, cuándo estaría vacío. Lo único que el rey le pidió a cambio fue que Malcolm hiciera para él hechizos que debilitaran a los nefilim.

La cabeza de Julian iba a toda velocidad. Malcolm no había mencionado qué había sacado el rey noseelie de todo eso al explicar su versión de la historia a los Blackthorn. Pero eso no debería sorprenderlo. El rey era mucho más poderoso que Malcolm, y el brujo habría sido reacio a invocar su nombre.

—En las tierras noseelie, nuestros poderes son inútiles —explicó Julian—. Los cuchillos serafines no se encienden, ni funcionan las luces mágicas o las runas.

—Obra de Malcolm —afirmó ella—. Lo mismo que ocurre en sus tierras; así desea el rey que suceda en todo el mundo, y en Idris. Los cazadores de sombras careciendo de poderes. Se apoderaría de Alacante y gobernaría desde allí. Los cazadores de sombras se convertirían en los cazados.

—Necesito el *Libro Negro*, Annabel —dijo Julian—. Para detener al rey. Para detener todo esto.

Ella se lo quedó mirando.

—Hace cinco años —contó—, Malcolm derramó sangre de cazador de sombras tratando de resucitarme.

«Los padres de Emma», pensó Julian.

—Me despertó la mente, pero no el cuerpo —explicó Annabel—. El hechizo funcionó a medias. Sufrí una agonía, ¿comprendes?, medio viva y atrapada bajo la tierra. Grité mi dolor en silencio. Malcolm no pudo oírme. No podía moverme. Él pensó que yo era insensible, incapaz de oírlo, pero sin embargo me hablaba.

«Cinco años», pensó Julian. Durante cinco años había estado atrapada en la tumba de la convergencia, consciente pero incapaz de hacerse oír, incapaz de hablar o gritar o moverse.

Julian se estremeció.

—Su voz se filtraba hasta mi tumba. Me leía ese poema una y otra vez: «Hace muchos, muchos años...». —Su mirada era torva—. Me traicionó mientras vivía, y de nuevo mientras estaba muerta. La muerte es un regalo, ¿lo entiendes? Ir más allá del dolor y la pena. Él me quitó eso.

—Lo lamento —dijo Julian con sinceridad. La luna había comenzado a hundirse en el cielo. Se preguntó qué hora sería.

—Lamentar —repitió con desdén, como si esa palabra no tuviera sentido para ella—. Habrá una guerra —afirmó—, una guerra entre las hadas y los cazadores de sombras. Pero eso no me concierne. Lo que sí me concierne es que me prometas que no vas a seguir intentando conseguir el *Libro Negro*. Déjalo en paz, Julian Blackthorn.

Julian soltó aire. Habría mentido sin pensárselo y se lo habría prometido, pero sospechaba que una promesa a alguien como Annabel tendría un peso terrible.

—No puedo —repuso—. Necesitamos el *Libro Negro*. No puedo decirte el porqué, pero te juro que estará seguro y lejos de las manos del rey.

—Te he explicado lo que me hizo el libro —dijo ella, y por primera vez pareció animada, con las mejillas encendidas—. Su único uso es un uso malvado. No deberías quererlo.

—No lo usaré para el mal —repuso Julian. Al menos eso sí era cierto.

—No se puede usar para otra cosa —insistió ella—. Destruye familias, gente...

—Mi familia será destrozada si no consigo el libro.

Annabel calló un momento.

—Oh —exclamó, y luego, con más cordialidad, añadió—: Pero piensa en lo que resultará destruido a causa del libro por el mundo. Mucho más. Existen causas más elevadas.

—No para mí —replicó Julian. «El mundo puede arder mientras mi familia sobreviva», pensó, y estaba a punto de decirlo cuando se abrió la puerta de la casa.

Emma apareció en el umbral. Estaba metiendo los pies en las botas, con *Cortana* en la mano. Tenía el cabello revuelto sobre los hombros, pero sujetaba la espada con firmeza.

Buscó a Julian con la mirada y encontró a Annabel; se sorprendió y la miró con incredulidad. Él la vio formar con los labios el nombre de Annabel, mientras esta se cubría la cabeza con la capucha y salía corriendo.

Julian fue tras ella, Emma lo hizo solo un segundo después. Pero Annabel era increíblemente rápida. Voló sobre la hierba y el brezo de la pendiente hasta el borde del acantilado, y, con una última mirada hacia atrás, se lanzó al vacío.

—¡Annabel! —Julian corrió hasta el borde, con Emma a su lado. Miró hacia el agua, muchos metros más abajo, en la que no se veía ninguna onda. Annabel había desaparecido.

Aparecieron en el Instituto, en la biblioteca. Fue como caer desde una gran altura, y Kit se tambaleó y chocó contra la mesa, clavando los dedos en Livvy para que no se le cayera.

Ty se había quedado de rodillas y estaba incorporándose. Kit miró el rostro de Livvy. Estaba gris, con un extraño tinte amarillento.

—Magnus... —suspiró.

El brujo, que había aterrizado con la facilidad de la larga práctica, se volvió y al instante valoró la situación.

—Cálmate —dijo—. Todo va bien. —Y fue a cogerle a Livvy de los brazos. Kit la soltó aliviado; alguien iba a ocuparse. Magnus Bane lo solucionaría. No dejaría que Livvy muriera.

Kit tardó un momento en darse cuenta de que en la biblioteca ya había alguien. Alguien a quien no conocía y que se acercó a Magnus mientras este depositaba a Livvy sobre la larga mesa. Era un hombre joven, de la edad de Jace, con el pelo oscuro y liso sobre el que parecía haber dormido sin molestarse en peinarse después. Llevaba un jersey descolorido y vaqueros. Miró mal a Magnus.

—Has despertado a los niños —le dijo.

—Alec, tengo una especie de emergencia —contestó Magnus.

Así que ese era Alec Lightwood. Sin saber por qué, Kit había supuesto que sería mayor.

—Los niños pequeños despiertos también son una emergencia —repuso Alec—. Solo te lo digo.

—Muy bien, apartad los muebles —les ordenó Magnus a Ty y a Kit—. Necesito más espacio para trabajar. —Miró de reojo a Alec mientras los dos chicos apartaban las sillas y las pequeñas estanterías—. ¿Y dónde están los niños?

Magnus se estaba quitando la gabardina. Alec tendió la mano y la cogió al vuelo cuando Magnus se la tiró, un movimiento tan fluido que sugería que era un gesto habitual.

—Los he dejado con una chica muy amable llamada Cristina. Me ha dicho que le gustan los niños.

—¿Has dejado a nuestros hijos con desconocidos?

—Todos los demás están durmiendo —contestó Alec—. Además, sabe nanas en español. Rafe se ha enamorado. —Volvió a mirar a Kit—. ¡Por el Ángel, es asombroso! —dijo de repente, como si no pudiera contenerse.

Kit se irritó.

—¿Qué es sorprendente?

—Quiere decir que te pareces a Jace —explicó Magnus—. Jace Herondale.

—Mi *parabatai* —dijo Alec con orgullo y cariño.

—Conozco a Jace —repuso Kit. Miraba a Ty, al que le estaba costando mover una silla. No porque fuera muy pesada para él, sino porque las manos se le abrían y cerraban al costado, lo que hacía que sus gestos fueran inusualmente torpes y

descoordinados—. Fue al Instituto de Los Ángeles después de mi..., después de que averiguaran quién soy.

—El legendario Herondale perdido —dijo Magnus—. ¿Sabes?, estaba empezando a creer que era un rumor inventado por Catarina, como el monstruo del lago Ness o el Triángulo de las Bermudas.

—¿Caterina se inventó el Triángulo de las Bermudas? —preguntó Alec.

—No seas ridículo, Alexander. Ese fue Ragnor. —Magnus le tocó con suavidad el brazo a Livvy. Esta gritó. Ty dejó caer la silla con la que se había estado peleando y tragó aire.

—Le estás haciendo daño —explicó—. No se lo hagas.

No alzó la voz, pero Kit pudo oír el acero en ella, y vio de nuevo al chico que le había puesto un cuchillo en el cuello en casa de su padre.

Magnus apoyó las manos sobre la mesa.

—Lo intentaré, Tiberius —respondió—. Pero quizá tenga que hacerle daño para curarla.

Ty parecía a punto de replicar cuando la puerta se abrió y entró Mark. Vio a Livvy y palideció.

—Livvy. ¡Livia!

Trató de acercarse, pero Alec lo agarró por el brazo. Pese a su delgadez, Alec era muy fuerte. Retuvo a Mark mientras comenzaban a saltar chispas azules de las manos que Magnus pasaba por el costado de Livvy. Las mangas de la chaqueta y la camisa parecieron derretirse y dejaron ver un corte largo y feo del que supuraba un fluido amarillo.

Mark tragó aire.

—¿Qué está pasando?

—Una pelea en el Mercado de Sombras —contestó Magnus sucinto—. Livia ha sufrido un corte con un trozo de vidrio manchado con raíz de oria. Muy venenosa, pero curable. —Movié los dedos sobre el brazo de Livvy. Al hacerlo, una luz azulada pareció brillar bajo la piel de la chica, como si palpitará de dentro afuera.

—¿El Mercado de Sombras? —preguntó Mark—. ¿Qué diablos estaba haciendo Livvy en el Mercado de Sombras?

Nadie respondió. Kit se sintió como si estuviera encogiéndose por dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó Ty. Seguía abriendo y cerrando las manos a los costados, como si tratara de sacudirse algo de la piel. No paraba de mover los hombros. Era como si su preocupación y nerviosismo se expresaran por sí mismos mediante una silenciosa música que hacía bailar a sus músculos y nervios—. ¿Esa luz azul es normal?

Mark le dijo algo a Alec. Este asintió, soltó al otro chico y Mark se acercó a la mesa para ponerle la mano en el hombro a Ty. Tiberius se apoyó en él, aunque no dejó de moverse.

—Magnus es el mejor que hay —afirmó Alec—. La magia curativa es su

especialidad. —Su voz era suave. La voz de alguien que no estaba bajando el tono para calmar a otro, sino que realmente empatizaba con él—. Magnus me curó una vez —añadió—. Era veneno de demonio; no debería haber sobrevivido, pero lo hice. Puedes confiar en él.

De repente, Livvy soltó un grito ahogado y se le arqueó la espalda; Ty se agarró el brazo con una mano y cerró los dedos con fuerza. Luego, el cuerpo de Livvy se relajó. Su rostro comenzó a recuperar color y las mejillas le fueron pasando de amarillentas a rosa. Ty también se relajó visiblemente.

—Ya ha desaparecido el veneno —dijo Magnus como si nada—. Ahora tenemos que trabajar en la pérdida de sangre y el corte.

—Hay runas para esas dos cosas —repuso Ty—. Se las puedo poner.

Pero Magnus negó con la cabeza.

—Mejor no usarlas... Las runas sacan parte de su fuerza del portador —explicó—. Si tuviera un *parabatai*, podríamos intentar sacar la fuerza de ambos, pero no lo tiene, ¿verdad?

Ty no dijo nada; el rostro se le había quedado inmóvil y blanco por completo.

—No tiene —contestó Kit al darse cuenta de que Ty no iba a responder.

—No pasa nada. Se pondrá bien —los tranquilizó Magnus—. Pero será mejor que la traslademos a su dormitorio. No hay ninguna razón para que duerma sobre una mesa.

—Yo te ayudaré a llevarla —dijo Mark—. Ty, ¿por qué no vienes con nosotros?

Mientras lo decía, Mark fue a coger a su hermana en brazos.

«Pobre Livvy —pensó Kit—. No le gustaría nada que la cargaran por ahí como un saco de patatas».

—¿Alec, puedes ir a la enfermería? —le pidió Magnus—. Ya sabes lo que me hace falta.

Alec asintió.

—Llévate a Kit —propuso Magnus—. Necesitarás ayuda para cargarlo todo.

Kit encontró que no le disgustaba la idea de conversar con Alec. Este tenía una presencia reconfortante; tranquila y contenida. Mientras ambos salían de la biblioteca, miró una vez más a Ty. Kit no había tenido hermanos, nunca tuvo una madre, solo a Johnny, su padre. Que había muerto y del que no creía que jamás se hubiera sentido como Ty parecía sentirse, como si la posibilidad de que algo le ocurriera a Livvy fuera suficiente para romperlo por dentro.

Quizá a él le pasara algo malo, se dijo Kit mientras seguía a Alec al pasillo. Quizá no tuviera los sentimientos adecuados. Nunca había pensado mucho en su madre, en quién sería o dónde estaría. ¿Acaso alguien que tuviera sentimientos no se preguntaría eso?

—Así que conoces a Jace —dijo Alec, arrastrando un poco los pies por la alfombra al caminar—. ¿Qué te pareció?

—¿Jace? —Kit se sintió confundido. No entendía por qué a alguien iba a

interesarle su opinión sobre el director del Instituto de Nueva York.

—Era solo por hablar. —Alec mostraba una extraña media sonrisa, como si se estuviera guardando bastantes cosas para sí. Cruzaron una puerta con un letrero que decía ENFERMERÍA y entraron en una gran sala, llena de camas de metal antiguas. Alec pasó al otro lado de una encimera y comenzó a buscar.

—Jace no se parece mucho a ti —dijo Kit. Había una extraña mancha en la pared frente a él, casi con la forma de un árbol.

—Eso es decir poco. —Alec apiló vendas sobre la barra—. Pero no importa. Los *parabatai* no tienen por qué ser iguales. Solo necesitan complementarse. Trabajar bien juntos.

Kit pensó en Jace, todo él oro destellante y seguridad en sí mismo, y en Alec, paradigma de la calma permanente y silenciosa.

—¿Y tú y Jace os complementáis?

—Recuerdo cuando lo conocí —dijo Alec. Había encontrado dos cajas y estaba metiendo vendas en una y tarros de polvos en la otra—. Salió de un Portal procedente de Idris. Era muy delgado y tenía un montón de moretones, y esos grandes ojos. También era arrogante. Isabelle y él solían pelearse... —Sonrió ante el recuerdo—. Pero para mí, todo en él decía: «Queredme, porque nunca nadie lo ha hecho».

»Estaba muy interesado en conocerte —añadió Alec—. No estaba acostumbrado a tener parientes vivos. Le importaba lo que pensases. Quería caerte bien. —Miró a Kit—. Toma, coge una caja.

A Kit le daba vueltas la cabeza. Pensó en Jace, seguro de sí mismo, divertido y orgulloso. Pero Alec hablaba de él como si lo viera como un niño vulnerable, alguien que necesitaba cariño porque nunca lo había tenido.

—Pero yo no soy nadie —dijo, cogiendo la caja llena de vendas—. ¿Por qué iba a importarle lo que yo piense? No importo. No soy nada.

—Tú importas a los cazadores de sombras —repuso Alec—. Eres un Herondale. Eso nunca será nada.

Con Rafe en los brazos, Cristina cantaba suavemente. Era pequeño para ser un niño de cinco años y descansaba inquieto. Se removía y suspiraba durmiendo, con los deditos oscuros retorciendo uno de los rizos de su cabello oscuro. Le recordaba un poco a sus primos pequeños, siempre queriendo otro abrazo, otro caramelo, otra canción antes de dormirse.

Max, por otro lado, dormía como un tronco, un tronco azul oscuro, con unos adorables ojos grandes de color azul marino y una sonrisa con algunos dientes de menos. Cuando Cristina, Mark y Kieran habían bajado corriendo y se encontraron con Alec y sus dos hijos en el vestíbulo del Instituto, Evelyn ya estaba allí, murmurando sobre brujos en su casa y lo poco adecuado que era ser azul. Cristina esperaba que la mayoría de los cazadores de sombras adultos no reaccionaran así ante

Max; sería terriblemente traumático para el pequeño.

Al parecer, Alec y Magnus acababan de regresar de un viaje y se encontraron con los mensajes de Diana pidiendo ayuda. Acudieron de inmediato al Instituto a través de un Portal. Al conocer el hechizo de unión de Mark y Cristina, Magnus se había dirigido al Mercado de Sombras local para buscar un libro de hechizos con el que esperaba poder romper el encantamiento.

Rafe y Max, al verse en una casa desconocida con solo uno de sus padres, se echaron a llorar.

—Duerme —le musitó Alec a Rafe mientras lo llevaba a una habitación de invitados—. *Adorno*.

Cristina rio.

—Eso significa «ornamento» —le dijo—. No «duerme».

Alec suspiró.

—Aún estoy aprendiendo español. Magnum es el que lo habla.

Cristina le sonrió a Rafael, que se estaba sorbiendo las lágrimas. Siempre les había cantado a sus primitos para que se durmieran, igual que su madre había hecho con ella; quizá a Rafe le gustara.

—*Vamos, pequeño Rafael* —le dijo—. *Ya es hora de ir a dormir. ¿Te gustaría que te cantara una canción?*

Él asintió vigorosamente.

—Sí.

Cristina pasó un buen rato enseñándole a Alec todas las nanas que conocía, mientras él sostenía en brazos a Max y ella estaba sentada con Rafe. No mucho después, Magnus regresó por el Portal y se oyeron un montón de golpes y ruidos en la biblioteca. Alex había salido corriendo, pero Cristina decidió quedarse a no ser que la llamaran, porque los caminos de los brujos son misteriosos y sus encantadores novios, también.

Además, era bueno tener algo tan inofensivo como un niño para hacerle olvidar la inquietud. Estaba segura, bastante segura, de que el hechizo de unión podía deshacerse. Pero de todas formas, estaba preocupada; ¿y si no podía ser? Mark y ella serían infelices para siempre, atados por un vínculo que no deseaban. ¿Y adónde irían? ¿Y si él quería regresar a la tierra de las hadas? Ella no podría ir con él.

También pensaba en Diego. Imaginó que a la vuelta de Feéra tendría algún mensaje de él esperándola, pero no había nada. ¿Podía alguien desaparecer de su vida de esa manera dos veces?

Suspiró y se inclinó para acariciarle el pelo a Rafe al tiempo que le cantaba suavemente:

*Arrorró mi niño,
arrorró mi sol,
arrorró pedazo*

de mi corazón.

Alec había entrado mientras ella cantaba y se quedó sentado junto a Max, apoyándose en la pared.

—He oído esa canción antes. —Era Magnus, recostado con indolencia en la puerta. Parecía cansado, con los ojos de gato entrecerrados—. No puedo recordar quién la cantaba.

Se acercó y se inclinó para coger a Rafe de los brazos de Cristina. Lo alzó y, por un momento, la cabeza del pequeño se le apoyó en el cuello. Cristina se preguntó si eso habría pasado alguna vez antes: un cazador de sombras con un brujo como padre.

*Sol solecito, caliéntame un poquito,
Por hoy, por mañana, por toda la semana.*

Le cantó Magnus. Cristina lo miró sorprendida. Tenía una bonita voz, aunque ella no conocía esa melodía.

—¿Estás bien, Magnus? —preguntó Alec.

—Bien, y Livvy también lo está. Recuperándose. Mañana ya estará como siempre. —Magnus hizo un movimiento de hombros para estirar los músculos.

—¿Livvy? —Cristina se incorporó alarmada—. ¿Qué le ha pasado a Livvy? Alec y Magnus intercambiaron una mirada.

—¿No se lo has dicho? —preguntó Magnus en voz baja.

—No quería despertar a los niños —contestó Alec—, y he pensado que tú podrías explicárselo mejor...

Cristina se puso en pie.

—¿Livvy está herida? ¿Lo sabe Mark?

Tanto Magnus como Alec le aseguraron que Livvy estaba bien y que sí, que Mark lo sabía, pero ella ya estaba a medio camino de la puerta.

Corrió por el pasillo hacia la habitación de Mark. La muñeca le palpitaba y le dolía. No le había hecho caso antes, pero el dolor se le intensificó con la preocupación. ¿Sería el dolor que Mark estaría sintiendo, transmitido mediante la conexión entre ellos, del mismo modo que los *parabatai* a veces sentían el dolor del otro? ¿O acaso el hechizo de unión estaba empeorando, volviéndose más intenso?

Él tenía la puerta medio abierta y la luz salía por la abertura. Cristina lo encontró despierto, tumbado en la cama. Pudo ver la profunda hendidura de la marca de unión, como un brazalete alrededor de la muñeca.

—¿Cristina? —Mark se incorporó—. ¿Estás bien?

—Yo no soy la que está herida —contestó ella—. Alec y Magnus me han contado lo de Livvy.

Él apartó las piernas, haciéndole sitio para que se sentara sobre la manta junto a

él. El repentino alivio del dolor en la muñeca la hizo sentirse un poco mareada.

Mark le explicó lo que Kit, Livvy y Ty habían hecho: el cristal que habían encontrado en Blackthorn Hall, su visita al Mercado de Sombras y cómo Livvy había resultado herida.

—No puedo evitar pensar —concluyó— que si Julian hubiese estado aquí, si no los hubiera dejado a mi cargo, nada de esto habría sucedido.

—Julian fue quien les dijo que podían ir a Blackthorn Hall. Y la mayoría de nosotros ya salíamos en misiones a los quince. No es culpa tuya que te hayan desobedecido.

—No les dije que no fueran al Mercado de Sombras —repuso él, la voz temblándole un poco. Se cubrió hasta los hombros con una manta de retales, lo que le dio el aspecto de un triste arlequín.

—Tampoco les dijiste que no se apuñalaran unos a otros, porque ya saben que no deben hacerlo —replicó ella bastante seca—. Los Mercados están fuera de los límites. Prohibidos. De todos modos..., no seas muy duro con Kit. El Mercado de Sombras es el mundo que él conoce.

—No sé cómo cuidar de ellos —insistió Mark—. ¿Cómo puedo decirles que sigan las reglas cuando ninguno de nosotros lo hacemos? Fuimos a Feéra; eso es una violación mucho peor de la Ley que visitar el Mercado de Sombras.

—Quizá tendríais que intentar cuidaros unos a otros —contestó ella.

Él sonrió.

—Eres terriblemente sabia.

—¿Kieran está bien?

—Sigue despierto, creo —respondió él—. Por las noches se pasea por el Instituto. No ha descansado desde que llegamos; demasiado hierro, me parece. Demasiada ciudad.

El cuello de su camiseta estaba desgastado y deshilachado. Cristina podía ver dónde le comenzaban las cicatrices de la espalda, las marcas de viejas heridas, el recuerdo que le habían dejado algunos cuchillos. La manta de retales había empezado a resbalársele por el hombro. Casi sin darse cuenta, Cristina se la subió.

Su mano rozó el cuello de Mark donde este se encontraba con el algodón de la camiseta. Tenía la piel caliente. Se inclinó hacia ella, y Cristina sintió el aroma de los pinos de los bosques.

Su rostro estaba tan cerca que podía distinguir los cambiantes colores en el iris de sus ojos. El subir y bajar de su propia respiración parecía acercarla a él.

—¿Puedes dormir aquí esta noche? —le preguntó Mark con voz ronca—. Dolerá menos. A los dos.

Sus ojos inhumanos destellaron por un instante, y ella pensó en lo que Emma le había dicho: que cuando lo miraba, a veces veía la libertad, la ferocidad y los infinitos caminos del cielo.

—No puedo —susurró ella.

—Cristina... —Él se puso de rodillas. El cielo estaba demasiado nublado para dejar paso a la luz de la luna o las estrellas, pero Cristina aún podía verlo, el rubio cabello revuelto, los ojos fijos en ella.

Estaba demasiado cerca, era demasiado tangible. Cristina sabía que si él la tocaba, se desharía. No estaba segura de qué podía significar eso, solo que la idea de una disolución tan total la asustaba; además, cuando miraba a Mark, veía a Kieran como una sombra siempre a su lado.

Se levantó de la cama.

—Lo siento, Mark —dijo, y salió de la habitación a tal velocidad que casi pareció hacerlo corriendo.

—Annabel se ve tan triste... —dijo Emma—. Tan tan triste...

Estaban tumbados en la cama de la casa, uno al lado del otro. Era más cómoda que las del Instituto, lo que resultaba un poco irónico, teniendo en cuenta que era la casa de Malcolm. Julian supuso que incluso los asesinos necesitaban colchones normales y no dormían sobre plataformas hechas con cráneos.

—Quería que me olvidara del *Libro Negro* —explicó Julian. Estaba tumbado de espaldas; ambos lo estaban. Emma llevaba el pijama de algodón que había comprado en la tienda del pueblo y Julian, unos pantalones de deporte y una camiseta vieja. Sus hombros se tocaban, y también los pies. La cama no era muy grande. Aunque Julian tampoco se hubiera movido, de haber podido hacerlo—. Ha dicho que solo trae cosas malas.

—Pero tú no crees que debemos hacerlo.

—Creo que no tenemos elección. Probablemente, el libro esté mejor en la corte seelie que en cualquier otro lugar del mundo. —Suspiró—. Ha dicho haber estado hablando con los piskies de la zona. Tendremos que enviar un mensaje de texto a los otros para ver si conocen algún modo de atrapar piskies. Encontrar a uno y averiguar lo que saben.

—De acuerdo. —La voz de Emma iba perdiéndose; se le cerraban los ojos. Julian sentía el mismo cansancio apoderándose de él. Había sido un día increíblemente largo—. Puedes enviar el mensaje desde mi móvil, si quieres.

Julian no había podido cargar su móvil porque no tenía el adaptador adecuado: cosas en las que no pensaban los cazadores de sombras.

—Creo que no deberíamos decirles que Annabel está aquí —dijo él—. Aún no. Se asustarían, y primero quiero ver lo que dicen los piskies.

—Al menos tendrás que decirles que el rey noseelie ayudó a Malcolm a conseguir el *Libro Negro* —repuso Emma, medio adormilada.

—Les contaré que lo escribió en sus diarios —dijo Julian.

Esperó a ver si Emma contestaba algo sobre lo de mentir, pero ya se había dormido. Y Julian casi no lograba permanecer despierto. Emma estaba ahí, tumbada a

su lado, como debía ser. Se dio cuenta de lo mal que había dormido las pasadas semanas sin ella.

No estaba seguro de cuándo se quedó dormido, o de cuánto tiempo llevaba durmiendo. Cuando abrió los ojos, pudo ver el oscuro resplandor del fuego en la chimenea casi convertido en ascuas. Y notó a Emma a su lado, con un brazo sobre su pecho.

Se quedó helado. Emma debía de haberse movido mientras dormía. Estaba acurrucada contra él. Le notó las pestañas y el suave aliento contra su piel.

Ella murmuró algo y apoyó la cabeza contra su cuello. Antes de meterse en la cama, Julian se temió que si la tocaba sentiría el mismo deseo explosivo que había sentido en la corte seelie.

Lo que bullía en su interior en ese instante era mejor y peor. Era una aplastante y terrible ternura. Aunque despierta Emma tenía una presencia que la hacía alta e imponente, parecía pequeña acurrucada contra él, y lo bastante delicada para hacer que el corazón de Julian se revolviere pensando de qué modo impedir que el mundo rompiera algo tan frágil.

Quería abrazarla eternamente, para protegerla y tenerla cerca. Quería ser capaz de escribir con tanta libertad sobre sus sentimientos hacia ella como Malcolm había escrito sobre su amor por Annabel: «Has hecho pedazos mi vida y los has vuelto a unir».

Emma suspiró con suavidad, acomodándose sobre el colchón. Él quiso reseguirle el contorno de la boca, dibujarlo. Siempre era diferente, su forma acorazonada cambiaba con su expresión, pero esa expresión, entre el sueño y el despertar, entre inocente y sabia, le atrapó el alma de un modo nuevo y hasta entonces desconocido.

Las palabras de Malcolm le resonaron en la cabeza: «Como si descubrieras que una playa a la que has ido toda tu vida no es de arena sino de diamantes, y te ciega con su belleza».

Los diamantes podían cegar por su belleza, pero también eran las gemas más duras y afiladas del mundo. Podían cortarte o molerte, chafarte o hacerte pedazos. Malcolm, enloquecido de amor, no había pensado en eso. Julian no podía pensar en otra cosa.

Kit se despertó con el portazo en la habitación de Livvy. Se sentó, consciente de que le dolía todo, mientras Ty salía de la habitación de su hermana.

—Estás en el suelo —dijo Ty, mirándolo.

Kit no podía negarlo. Alec y él habían ido a la habitación de Livvy después de acabar en la enfermería. Luego Alec se había marchado a ver cómo estaban los niños, y él se había quedado solo con Magnus, que permanecía sentado en silencio junto a Livvy, examinándola de vez en cuando para ver si estaba sanando. Era como una habitación de hospital a la que Kit no debía acceder.

Así que se acordó de cómo Ty había dormido ante la puerta de su dormitorio durante sus primeros días en el Instituto de Los Ángeles, y se hizo un ovillo sobre la gastada alfombra del suelo, sin esperar descansar mucho. No recordaba haber dormido en absoluto, pero debía de haberlo hecho.

Le costó incorporarse hasta quedar sentado.

—Espera...

Pero Ty ya se iba por el pasillo, como si no lo hubiera oído. Un momento después, Kit se puso en pie y lo siguió.

No estaba muy seguro de por qué. Pensó que apenas conocía a Tiberius Blackthorn, cuando este se volvió y comenzó a subir una escalera. Tampoco conocía mucho a su hermana. Y eran cazadores de sombras. Y Ty quería formar una especie de equipo de detectives con él, lo que era una idea ridícula. Definitivamente una en la que no estaba interesado en absoluto, se dijo a sí mismo mientras llegaban al final de la escalera, que acababa en un rellano frente a una vieja puerta desgastada.

Además, era probable que hiciera frío fuera, pensó mientras Ty la abría; y sí, un aire húmedo y gélido se coló hacia el interior. Ty desapareció entre el frío y las sombras de fuera, y Kit lo siguió.

Volvían a estar en el tejado, aunque ya no era de noche, lo que sorprendió a Kit; era temprano, una mañana gris y pesada, con nubes creciendo sobre el Támesis y la cúpula de San Pablo. El ruido de la ciudad se elevaba hasta allí, la presión de millones de personas ocupadas en sus asuntos cotidianos, ignorantes de la existencia de los cazadores de sombras, ignorantes de la magia y el peligro. Ignorantes de la existencia de Ty, que había ido hasta la barandilla que rodeaba la parte central del techo y contemplaba la ciudad, las manos aferrando la flor de lis de hierro.

—Ty —lo llamó, y Tiberius se volvió, de modo que quedó de espaldas contra la barandilla. Tenía los hombros tensos, y Kit no se acercó más, no quería invadir su espacio personal—. ¿Estás bien?

Ty negó con la cabeza.

—Frío —contestó. Le castañeteaban los dientes—. Tengo frío.

—Entonces, quizá deberíamos volver abajo —propuso Kit—. Dentro se está más caliente.

—No puedo. —La voz de Ty sonaba como si llegara desde lo más profundo de su interior, como un eco debajo del agua—. No podía estar en esa habitación, no podía..., era...

Sacudió la cabeza, frustrado, como si fuera incapaz de encontrar las palabras que lo torturaban.

—Livvy se va a poner bien —intentó tranquilizarlo Kit—. Mañana estará bien. Lo ha dicho Magnus.

—Pero es mi culpa. —Ty apretaba la espalda con más fuerza contra la barandilla. Se dejó caer hasta sentarse en el suelo, con las rodillas dobladas contra el pecho. Respiraba con fuerza y se movía de adelante atrás, agitando las manos frente a la

cara, como si estuviera apartándose telarañas o molestos insectos del rostro—. Si fuera su *parabatai*... Quería ir al Escolamántico, pero eso no importa; Livvy es lo que importa...

—No es culpa tuya —dijo Kit. Ty negó con la cabeza con fuerza. Kit intentó frenéticamente recordar lo que había leído en internet sobre los colapsos emocionales, porque estaba seguro de que Ty parecía a punto de sufrir uno. Se puso de rodillas sobre el suelo húmedo; ¿se suponía que debía tocar a Ty o no tocarlo?

Solo podía imaginar cómo habría sido aquello para Ty: todo el mundo corriendo hacia él al mismo tiempo, sonidos atronadores y luces penetrantes, y gritos, gritos de toda aquella gente. Y tener todos los medios con los que por lo general soportaba cosas así arrebatados por el dolor o el miedo, dejándolo expuesto como un cazador de sombras yendo a la batalla sin su traje de combate.

Recordó algo sobre la oscuridad, sobre la presión y las mantas pesadas y el silencio. Aunque no tenía ni idea de cómo se iba a hacer con alguna de esas cosas en lo alto de un edificio.

—Dime —le pidió—. Dime lo que necesitas.

—Rodéame con los brazos —le rogó Ty. Sus manos eran pálidas manchas en el aire, como si Kit estuviera viendo una foto movida—. Sujétame.

Seguía agitándose. Al cabo de un momento, Kit lo abrazó, sin saber qué más hacer.

Fue como agarrar una flecha acabada de disparar: sintió a Ty caliente y delgado en sus brazos, vibrando con alguna extraña emoción. Después de lo que le pareció un largo rato, Ty se relajó un poco. Tocó a Kit con las manos, frenando su agitación, hundiendo los dedos en el jersey de su amigo.

—Apriétame más —le pidió Ty. Estaba agarrado a él como si fuera un bote salvavidas; la frente se le clavaba dolorosamente en el hombro. Parecía desesperado—. Necesito sentirlo.

Kit nunca había sido dado a los abrazos, y nadie nunca, que pudiera recordar, había recurrido a él para que lo calmara. No era la clase de persona que calmaba. Siempre había estado seguro de eso. Y casi no conocía a Ty.

Pero este no hacía las cosas sin ninguna razón, aun cuando nadie pudiera ver esas razones de inmediato. Kit recordó el modo en que Livvy le frotaba con fuerza las manos a su hermano cuando este estaba nervioso, y pensó: «La presión es una sensación; la sensación debe ser reafirmante, tranquilizadora». Eso tenía sentido. Así que Kit se encontró agarrando a Ty con fuerza, hasta que el chico se relajó bajo la presión de sus brazos; lo agarró con más fuerza de lo que nunca había agarrado a nadie, lo sujetó como si estuvieran perdidos en el mar del cielo y solo aferrándose el uno al otro pudieran mantenerse a flote sobre las ruinas de Londres.

20

POR SIEMPRE

Diana estaba sentada en su pequeña habitación sobre la tienda de armas y hojeaba el dossier que Jia le había pasado.

No había estado en esa habitación desde el final de la Guerra Oscura, pero le resultaba cómoda y familiar: la manta de su abuela doblada al pie de la cama, las primeras dagas de madera que su padre le había dado para que practicara contra la pared, el chal de su madre sobre el respaldo de la silla. Se había puesto un pijama de brillante satén rojo que encontró en un viejo baúl y se sentía divertidamente elegante.

Su diversión se desvaneció enseguida al examinar las páginas que contenía la carpeta de color crema. Primero estaba la historia de Zara sobre cómo había matado a Malcolm, firmada por Samantha y Dane como testigos. A pesar de que Diana no habría creído a Samantha ni a su hermano aunque le dijeran que el cielo era azul.

Zara afirmaba que los centuriones habían hecho huir a Malcolm la primera vez que este atacó, y que a la noche siguiente, mientras ella patrullaba con valentía los confines del Instituto, lo encontró acechando entre las sombras y lo superó en un combate a espada cuerpo a cuerpo. Afirmaba que luego el cadáver desapareció.

Malcolm no era de los que acechaban entre las sombras, y por lo que Diana pudo comprobar la noche de su regreso, su magia aún funcionaba. Nunca habría luchado contra Zara con una espada cuando podía acabar con ella con fuego.

Pero nada de eso era una prueba clara de que Zara mentía. Diana frunció el ceño mientras volvía las páginas, y luego se sentó muy erguida. Aquello era más que un simple informe sobre la muerte de Malcolm. Había páginas y páginas sobre Zara. Docenas de informes sobre sus logros. Todo junto, resultaba un paquete impresionante. Y sin embargo...

Mientras Diana leía y tomaba cuidadosas notas, fue surgiendo un patrón: todos los éxitos de Zara, todas sus victorias, tenían lugar cuando no había nadie cerca para confirmarlas excepto los de su círculo más íntimo: Samantha, Dane o Manuel. A menudo, otros llegaban a tiempo de ver el nido de demonios vacío o la prueba de una batalla, pero eso era todo.

Ningún informe hablaba de que Zara hubiera sido herida o dañada en una batalla. Diana pensó en las heridas y sus correspondientes cicatrices recibidas a lo largo de su vida de cazadora de sombras y frunció ostensiblemente el ceño. Y más aún cuando llegó al informe de hacía un año de Marisol Garza Salcedo: Ella decía haber salvado a un grupo de mundanos del ataque de un demonio Druj en Portugal. Quedó inconsciente. Y cuando volvió en sí, explicaba, Zara se estaba vanagloriando de que

ella había destruido al Druj.

El informe fue presentado junto con una declaración de Zara, Jessica, Samantha, Dane y Manuel afirmando que Marisol se imaginaba cosas. Zara, decían, había matado al Druj después de una feroz batalla; para variar, Zara no había sufrido ninguna herida.

«Se apropia del mérito de lo que hace otra gente —pensó Diana. Su ventana repicó, el viento, con toda probabilidad—. Debería irme a la cama».

El reloj del Gard, nuevo desde la Guerra Oscura, había tocado las primeras horas del alba hacía un rato. Pero siguió leyendo fascinada. Zara siempre se quedaba atrás, esperaba que la batalla acabara y luego anunciaba que la victoria era suya. Con su grupo respaldándola, la Clave aceptaba sus informes sin cuestionarlos.

Pero si se lograba probar, de algún modo que protegiera a Julian y los demás, que Zara no había matado a Malcolm, entonces quizá la Cohorte caería en desgracia. En ese caso, sin duda la intención de los Dearborn para hacerse con el Instituto de Los Ángeles fracasaría...

La ventana repicó de nuevo. Diana alzó la mirada y vio a Gwyn al otro lado del cristal.

Se levantó profiriendo un grito de sorpresa y envió los papeles por el aire.

«Contrólate», se dijo. No había manera posible de que el líder de la Cacería Salvaje pudiera estar realmente al otro lado de la ventana.

Parpadeó y miró de nuevo. Él seguía allí, y cuando ella se acercó, vio que Gwyn flotaba en el aire justo por debajo del alféizar, a lomos de un enorme caballo gris. Iba vestido de cuero negro y su yelmo de astas no se veía por ninguna parte.

Él le hizo gestos de que abriera. Diana vaciló, luego fue a correr el pestillo y levantar la parte inferior de la ventana de guillotina. No tenía por qué dejarlo entrar, razonó. Podía hablar igual desde donde se encontraba.

El aire frío entró en la habitación, junto con el olor a pino y a rocío de la mañana. Fijó en ella sus ojos de colores diferentes.

—Mi señora —dijo—. Había esperado que me acompañaras a cabalgar.

Diana se remitió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué?

—Por el placer de tu compañía —contestó Gwyn. La miró de arriba abajo—. Veo que estás elegantemente cubierta de seda. ¿Esperas a algún otro visitante?

Ella negó con la cabeza, divertida. Bueno, el pijama sí que era bonito.

—Estás muy hermosa —dijo él—. Soy afortunado.

Supuso que no mentía. No podía mentir.

—¿No podrías haber arreglado este encuentro con antelación? —le preguntó—. ¿Quizá enviarme un mensaje?

Él pareció confundido. Tenía unas largas pestañas y el mentón cuadrado... Un rostro agradable. Un rostro atractivo. Diana solía intentar no pensar en esas cosas, porque solo causaban problemas, pero en ese momento no pudo evitarlo.

—Al nacer el día he descubierto que te hallabas en Idris —explicó él.

—Pero ¡no se te permite estar aquí! —Miró nerviosa de arriba abajo la vacía Flintlock Street. Si alguien lo veía...

Él sonrió al oír eso.

—Mientras los cascos de mi caballo no toquen el suelo de Alacante, no se dará la alarma.

Aun así, Diana sintió una burbuja de tensión en el pecho. Él le estaba ofreciendo una cita; y ella no podía fingir que fuera otra cosa. Y aunque hubiera querido ir, el temor, el viejo temor que iba de la mano de la desconfianza y el dolor, la retenía.

Él le tendió la mano.

—Ven conmigo. El cielo nos espera.

Ella lo miró. Gwyn no era joven, pero tampoco se lo veía viejo. Era atemporal, como a veces lo eran las hadas, y aunque parecía sólido y reservado, llevaba con él la promesa del aire y el cielo.

«¿Cuándo volveré a tener la posibilidad de montar un caballo hada? —se preguntó Diana—. ¿Cuándo podré volver a volar?».

—Me voy a meter en un lío muy gordo —susurró— si descubren que estás aquí...

Él se encogió de hombros, con la mano aún extendida.

—Entonces será mejor que vengas rápido.

Diana se dispuso a salir por la ventana.

Desayunaron tarde. Kit consiguió dormir unas cuantas horas y darse una ducha antes de llegar al comedor y encontrarse con que todos los demás ya estaban sentados.

Todos menos Evelyn. Bridget estaba sirviendo el té, con la mala cara de siempre. Alec y Magnus tenían un niño cada uno en el regazo y se los presentaron a Kit: Max era el brujo pequeño y azul que estaba tirando salsa de carne sobre la pechera de la camisa de diseño de Magnus, y Rafe era el niño de ojos castaños que estaba haciendo pedazos su tostada.

A Kieran no se lo veía por ninguna parte, lo que no era raro durante las comidas. Mark estaba sentado al lado de Cristina, que bebía su café en silencio. Parecía tan pulcra y controlada como siempre, a pesar de la marca roja en la muñeca. Cristina era un misterio interesante, pensó Kit. No era Blackthorn, igual que él, sin embargo, estaba inextricablemente unida a esa familia.

Y luego estaban Livvy y Ty. Este tenía puestos los auriculares. Livvy parecía cansada, pero sana por completo. Solo una leve sombra bajo los ojos de Ty dejaba saber que no había dormido en toda la noche.

—Lo que encontramos en Blackthorn Hall era un cristal *aletheia* —estaba explicando Ty cuando Kit se sentó—. En el pasado, la Clave empleaba esos cristales para guardar pruebas. Las pruebas de los recuerdos.

Hubo unas exclamaciones de voces curiosas. La de Cristina se alzó sobre las otras; esa era una impresionante habilidad que tenía: conseguía hacerse oír sin gritar.

—¿Recuerdos de qué?

—Una especie de juicio —contestó Livvy—. En Idris, con el Inquisidor allí. Un montón de nombres conocidos: Herondale, Blackthorn y, claro, Dearborn.

—¿Algún Lightwood? —preguntó Alec.

—Uno o dos parecían poder serlo. —Livvy frunció el ceño.

—Los Herondale siempre han sido famosos por ser guapos —dijo Bridget—, pero si me preguntas, te diré que los Lightwood son los más sexualmente carismáticos de todo el grupo.

Alec tosió escupiendo su té. Magnus mantuvo el rostro serio, pero le costó.

—Debería examinar esos recuerdos —sugirió Magnus—. Ver si hay alguien a quien reconozca de ese tiempo.

—Si Annabel está enfadada con los cazadores de sombras —dijo Livvy—, me parece que tiene buenas razones.

—Muchos tienen buenas razones para estar enfadados con los nefilim —repuso Mark—. Malcolm también. Pero los que hicieron daño a Annabel están muertos, y sus descendientes no tienen ninguna culpa. Ese es el problema de la venganza, que acabas destruyendo al inocente junto con el culpable.

—Pero ¿es consciente ella de eso? —Ty frunció el ceño—. No sabemos lo que piensa o siente.

Parecía inquieto, las sombras bajo los ojos se veían ahora más pronunciadas. Kit quiso ir al otro lado de la mesa y abrazar a Ty como había hecho la noche anterior en el tejado. Sentía un inmenso deseo de proteger al otro chico, de un modo que le resultaba extraño y enervante. Otra gente le había importado antes, sobre todo su padre, pero nunca sintió el deseo de protegerlos.

Estaba seguro de que mataría a cualquiera que tratara de hacerle daño a Ty. Era un sentimiento muy peculiar.

—Todos deberíais ver las escenas del cristal —sugirió Magnus—. Mientras tanto, Alec y yo tenemos noticias.

—Os vais a casar —exclamó Livvy, sonriendo de oreja a oreja—. Me encantan las bodas.

—No, aún no nos casamos —repuso Alec. Kit se preguntó por qué no; sin duda ya estaban prometidos. Pero eso no era asunto suyo.

—Evelyn nos ha dejado —informó Magnus. De algún modo, mantuvo su sangre fría a pesar de tener un niño pequeño en el regazo—. Según Jia, el Instituto está a cargo de Alec, temporalmente.

—Hace años que intentan cargarme con un Instituto —repuso este—. Jia debe de estar encantada.

—¿Evelyn nos ha dejado? —Dru tenía los ojos muy abiertos—. ¿Quieres decir que ha muerto?

Magnus, divertido, comenzó a toser, medio atragantado.

—Claro que no. En realidad ha ido a visitar a vuestra tía abuela Marjorie en el campo.

—¿Es esto como cuando muere el perro de la familia y todos dicen que se ha ido a vivir a una granja? —preguntó Kit curioso.

Fue el turno de Alec de atragantarse. Kit sospechaba que se estaba riendo y trataba de disimularlo.

—En absoluto —contestó Magnus—. Solo que ha decidido que prefiere perderse toda la diversión.

—Está con Marjorie —confirmó Mark—. He recibido un mensaje de fuego sobre eso esta mañana. Ha dejado a Bridget, evidentemente, para que nos ayude en la casa.

Kit pensó en el modo en que Evelyn había reaccionado al saber que tenía un hada en la casa. Podía imaginarse cómo se sentiría con dos brujos añadidos a la situación. Debía de haber dejado marcas de neumáticos al salir disparada de allí.

—¿Significa eso que no tenemos que comernos las gachas? —preguntó Tavvy, mirando la masa gris con asco.

Magnus sonrió.

—De hecho...

Chasqueó los dedos y en medio de la mesa apareció una bolsa de la panadería Primrose. Se cayó de lado y salieron magdalenas, cruasanes y pasteles helados.

Hubo grandes aspavientos de alegría y todos se lanzaron a por los dulces. Una pequeña batalla por las galletas de chocolate la ganó Ty, aunque luego las compartió con Livvy.

Max se subió a la mesa y fue a coger una magdalena. Magnus se apoyó en los codos, vigilándolo con sus ojos de gato.

—Y después del desayuno —dijo—, podríamos ir a la biblioteca y compartir lo que sabemos sobre la presente situación.

Todos asintieron; solo Mark lo miró con una mirada un poco suspicaz. Kit lo entendió: Magnus se había librado de Evelyn por ellos, los había obsequiado con el desayuno, los había puesto de buen humor. Y ahora iba a ver lo que sabían. Un soborno muy hábil.

Kieran encontraba todo ese asunto de cenar y desayunar en grupo extravagante y de poco interés. Mark le había estado llevando bandejas de comida tan sosa como solo Bridget podía hacerla: carne con arroz, pan, frutas y verduras crudas.

Pero Kieran solo picoteaba. Cuando Mark entró en la habitación de Kieran después del desayuno, el príncipe contemplaba la ciudad desde la ventana con un desprecio cansino. Su cabello había palidecido hasta adquirir un tono azul blanquecino, y se le rizaba alrededor de las orejas y las sienes como una ola rompiendo en la orilla.

—Escucha esto —dijo Kieran. Tenía un libro abierto en el regazo.

*La tierra de las hadas,
donde nadie se hace viejo ni santo ni serio,
donde nadie se hace viejo ni astuto ni sabio,
donde nadie se hace viejo ni de hablar amargado.*

Miró a Mark con sus luminosos ojos.

—Esto es ridículo.

—Es Yeats —repuso Mark ofreciéndole unas frambuesas—. Era un poeta mundano muy famoso.

—No sabía nada de las hadas. ¿«Nadie se hace de hablar amargado»? ¡Ja! —Kieran se tragó las frambuesas y bajó del alféizar—. ¿Adónde nos dirigimos hoy?

—Voy a ir a la biblioteca —contestó Mark—. Hay una especie de... reunión sobre qué vamos a hacer ahora.

—Entonces me gustaría asistir —dijo Kieran.

Mark pensó a toda prisa. ¿Había alguna razón por la que Kieran no debiera ir? Por lo que sabían Magnus y Alec, su relación con Kieran era lo que él había dicho que era. Tampoco le hacía ningún bien a Kieran, o a su tensa relación, que el príncipe hada se pasara todo el rato en una pequeña habitación, odiando a insignes poetas irlandeses.

—Bien —repuso Mark—. Si estás seguro.

Cuando entraron en la biblioteca, Magnus estaba examinando el cristal *aletheia* mientras los otros intentaban explicarle lo que había sucedido antes de su llegada. El brujo se hallaba tumbado cuan largo era sobre una de las mesas, sujetando delicadamente el cristal sobre él.

Cristina, Ty, Livvy y Dru estaban sentados alrededor de la larga mesa de la biblioteca. Alec se sentaba en el suelo con tres niños en torno a él: sus dos hijos y Tavvy, que parecía encantado de tener a alguien con quien jugar. Les estaba explicando a Max y a Rafe cómo hacía pueblos y ciudades con los libros y les mostraba cómo hacer túneles con libros abiertos para que pasaran los trenes por debajo.

Magnus le hizo un gesto a Mark para que se acercara a ver el cristal *aletheia*, que brillaba con una extraña luz. Los ruidos de la sala se apagaron alrededor de él mientras observaba el juicio, veía a Annabel suplicar y protestar, y a los Blackthorn condenarla a su destino.

Cuando apartó la mirada, se sintió helado. Le costó unos momentos volver a enfocar la biblioteca, y se sorprendió al ver que Kieran había cogido en brazos a Max y lo sostenía en el aire, claramente encantado con su piel azul y el botón de sus cuernos.

Max le metió la mano entre los rizos y le dio un tirón. Kieran se rio.

—Así es, cambia de color, brujito con cara de nixie —le dijo—. Mira. —Y el cabello le pasó de negro azulado a azul brillante en un instante. Max se rio.

—No sabía que pudieras hacer eso a voluntad —comentó Mark, que siempre había pensado que el color del pelo de Kieran era un reflejo de su humor, tan incontrolable como las mareas.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Mark Blackthorn —replicó Kieran, mientras dejaba a Max en el suelo.

Alec y Magnus habían intercambiado una mirada al oír eso, la clase de mirada que hacía que Mark se sintiera como si hubieran llegado a un silencioso y acordado consenso en cuanto a su relación con Kieran.

—Y bien —dijo Magnus, mirando a Kieran con cierto interés—, ¿eres hijo del rey noseelie?

Kieran había puesto lo que Mark llamaba su «cara de Corte», inexpresiva y altiva como correspondía a un príncipe.

—Y tú eres el brujo Magnus Bane.

—Es evidente —repuso Magnus—. Aunque eso era fácil de suponer, ya que yo solo hay uno, mientras que como tú hay cincuenta.

Ty miró confundido.

—Cincuenta hijos del rey noseelie —le explicó Livvy—. Creo que eso era una broma.

—Y no una de mis mejores —le dijo Magnus a Kieran—. Me disculpo; no soy un gran fan de tu padre.

—Mi padre no tiene fans. —Kieran se apoyó en el borde de la mesa—. Tiene súbditos. Y enemigos.

—E hijos.

—Sus hijos son sus enemigos —repuso Kieran sin entonación.

Magnus lo miró con un destello de interés añadido.

—Muy bien —dijo mientras se sentaba—. Diana nos ha explicado algo de todo esto, pero es más complicado de lo que pensaba. Annabel Blackthorn, que fue resucitada por Malcolm, que estaba más o menos muerto antes pero que ahora lo está definitivamente, tiene el *Libro Negro*. Y la reina seelie lo quiere, ¿no?

—Sí, lo quiere —contestó Mark—. Nos lo dejó muy claro.

—Y ha hecho un trato con vosotros —aportó Alec desde el suelo—. Siempre hace tratos.

—Si le damos el *Libro Negro*, lo empleará contra el rey noseelie —explicó Mark, y vaciló. «PUEDES CONFIAR EN MAGNUS Y ALEC», le había enviado Julian en un mensaje de texto. «CUÉNTASELO TODO»—. Ha jurado no usarlo para atacarnos a nosotros. Lo cierto es que ha prometido ayudarnos. Ha nombrado a Kieran su mensajero. Él testificará delante del Consejo sobre los planes del rey noseelie de declarar la guerra a Alacante. Una vez que la reina tenga el *Libro Negro*, autorizará a los soldados seelie a luchar junto a los cazadores de sombras contra el rey, pero si quiere su ayuda, la

Clave tendrá que retirar todas las leyes que prohíben la cooperación con las hadas.

—Cosa que harán —dijo Magnus—. Entablar una guerra contra la tierra de las hadas sería mucho más fácil contando con hadas de vuestro lado.

Mark asintió.

—Estamos esperando no solo derrotar al rey, sino también aplastar a la Cohorte y acabar con la Paz Fría.

—Ah, la Cohorte —exclamó Magnus, e intercambió una mirada con Alec—. Los conocemos bien. Horace Dearborn y su hija Zara.

—¿Horace? —Mark parecía sorprendido.

—Por desgracia —contestó Magnus—, así se llama. De ahí su vida de maldad.

—Y los Dearborn no son los únicos —añadió Alec—. Hay un montón de fanáticos en la Clave, encantados de reunirse bajo el lema de echar a los subterráneos y devolverle a la Clave su pasada gloria.

—¿Gloria? —Kieran alzó una ceja—. ¿Quieres decir el tiempo en que podían matar con toda libertad a los subterráneos? ¿Cuando nuestra sangre corría por las calles y sus casas estaban llenas con los botines de su guerra unilateral?

—Sí —asintió Magnus—, aunque ellos no lo describirían así.

—Como cabeza de la Alianza, hemos oído más que suficiente de la Cohorte —explicó Alec—. Sus intentos de limitar el uso que los brujos hagan de su magia, de centralizar el suministro de sangre de los vampiros para que pueda ser controlado por la Clave..., son cosas que no han pasado desapercibidas.

—No debemos permitir que se hagan con la dirección de un Instituto —dijo Magnus—. Eso podría ser potencialmente desastroso. —Suspiró y colgó las piernas por el lateral de la mesa—. Entiendo que tengamos que darle el *Libro Negro* a la reina. Pero no me gusta, sobre todo porque aquí parece doblemente importante.

—Quieres decir porque Annabel y Malcolm lo robaron del Instituto de Cornwall —repuso Ty—. Y luego Malcolm lo robó de nuevo del Instituto de Los Ángeles.

—La primera vez se lo iban a entregar a alguien que creían que los podría proteger de la Clave —añadió Livvy—. La segunda vez fue para ayudar al rey noseelie. Al menos eso es lo que dicen Emma y Jules.

—¿Y cómo lo han averiguado? —preguntó Magnus.

—Estaba en uno de los libros que han hallado en Polperro —contestó Cristina—. Un diario. Eso explica por qué encontramos un guante de la corte noseelie en las ruinas de la casa de Malcolm. Debió de haberse reunido con el rey o con alguno de sus hijos.

—Es raro escribir algo así en un diario —masculló Magnus—. Planes traidores con el rey noseelie en la actualidad. ¡Vaya!

—Es más raro que Malcolm desapareciera de la Ciudad Silenciosa después del primer robo —dijo Mark— y dejara a Annabel para que cargara con toda la culpa y el castigo.

—¿Por qué es raro? —inquirió Livvy—. Era una persona horrible.

—Pero amaba a Annabel —contestó Cristina—. Todo lo que hizo, los crímenes, los asesinatos, todas sus elecciones, las hizo por amor a ella. Y cuando descubrió que no se había convertido en una Hermana de Hierro, sino que fue asesinada por su familia, se dirigió a ver al rey de las hadas y le pidió ayuda para resucitarla. ¿No lo recuerdas?

Mark sí que lo recordaba: la historia que Tavvy había encontrado en el viejo libro y que había resultado ser cierta.

—Lo que explica por qué Malcolm entró en el Instituto de Los Ángeles para coger el libro hace cinco años —señaló—. Para recuperar a Annabel. Pero ¿para qué lo quería Malcolm hace doscientos años? ¿A quién planeaba dárselo a cambio de ayuda? La mayoría de los nigromantes no lo podrían proteger. Y si era un brujo, tendría que haber sido uno más poderoso que el propio Malcolm.

—«El poderoso aliado de Fade» —dijo Ty, citando la escena del cristal.

—¿No es posible que hubiera sido el rey noseelie? —inquirió Livvy—. ¿Ambas veces?

—El rey noseelie no odiaba a los cazadores de sombras en 1812 —respondió Magnus—. Al menos, no tanto.

—Y Malcolm le dijo a Emma que cuando fue a ver al rey noseelie después de descubrir que Annabel estaba muerta, pensó que este podría matarlo, porque no le gustaban los brujos —indicó Cristina—. El rey no tendría motivos para odiar a los brujos si había trabajado antes con Malcolm, ¿no creéis?

Magnus se puso en pie.

—Muy bien, ya basta de suposiciones —dijo—. Tenemos dos obligaciones que cumplir hoy. Primero, no debemos perder de vista el hechizo de unión de Mark y Cristina. Es más que una molestia; es un peligro para ambos.

Mark no pudo evitar mirar a Cristina. Esta tenía la mirada clavada en la mesa, no en él. Mark recordó la noche anterior, el calor de su cuerpo junto al suyo en la cama, su aliento en la oreja.

Volvió a la realidad sobresaltado al darse cuenta de que se había iniciado una discusión sobre dónde conseguir los ingredientes para un hechizo antiunión.

—Dado lo ocurrido ayer en el Mercado de Sombras —añadió Magnus—, ninguno de nosotros será bienvenido allí de nuevo. Sin embargo, hay una tienda aquí en Londres que vende lo que necesito. Si os doy la dirección, ¿podrán Kit, Ty y Livvy encontrarla?

Livvy y Ty expresaron su acuerdo a grandes voces, claramente encantados de tener una misión. Kit permaneció más callado, pero las comisuras de la boca delataron su contento. De algún modo, el joven Herondale se había unido tanto a los mellizos que hasta Magnus los consideraba un equipo.

—¿De verdad crees que es una buena idea que vayan ellos? —terció Mark—. ¿Después de lo que pasó ayer, colándose en el Mercado de Sombras y consiguiendo que casi mataran a Livvy?

—Pero, Mark... —protestó Ty.

—Bueno —dijo Marcus—, Cristina y tú debéis permanecer dentro del Instituto. Los hechizos de unión son peligrosos, y tampoco debéis alejaros mucho el uno del otro. Alec es el director del Instituto y debe quedarse aquí, y... el dueño de la tienda tiene cierta... digamos historia, conmigo. Así que será mejor que yo no vaya.

—Podría ir yo —propuso Dru con una vocecita.

—Sola no, Dru —contestó Mark—. Y esos tres —señaló a Kit, a Ty y a Livvy— solo acabarían metiéndote en un lío.

—Puedo hacerle un hechizo de seguimiento a uno de ellos —sugirió Magnus—. Si se salen del camino que deben seguir, hará un horrible ruido que los mundanos podrán oír.

—Maravilloso —exclamó Mark mientras los mellizos protestaban. Kit no dijo nada; muy pocas veces se quejaba. Mark sospechaba que estaba planeando en silencio tomarse su revancha, posiblemente de cualquiera que hubiera conocido en su vida.

Magnus examinó un gran anillo azul que llevaba en el dedo.

—Haremos una búsqueda en la biblioteca. Sobre la historia del *Libro Negro*. No se sabe quién lo creó, pero quizá sí quién lo poseyó en el pasado, para qué se usó, cualquier cosa que nos pueda indicar para quién trabajaba Malcolm en 1812.

—Y recordad la ayuda que Julian y Emma nos han pedido —dijo Cristina mientras daba unos golpecitos al móvil que llevaba en el bolsillo—. Solo deberíamos tardar unos minutos en encontrarlo...

Mark no pudo evitar mirarla. Se estaba acomodando el cabello oscuro tras las orejas, y mientras lo hacía, la manga del jersey se le deslizó hacia abajo y Mark vio la marca roja de su muñeca. Quiso ir hacia ella, besarle la herida, tomar ese dolor para sí.

Apartó la vista, pero no antes de captar el rastro de una mirada de Kieran. Ty, Livvy y Kit estaban levantándose de la silla, charlando excitados, ansiosos por salir a cumplir su tarea. Dru estaba sentada con los brazos cruzados. Y Magnus observaba, pensativo, a Cristina, a Mark y a Kieran; sus ojos de gato lentos y cavilosos.

—No tendríamos por qué consultarlo —dijo Magnus—. Tenemos una fuente de información aquí mismo. Kieran, ¿qué sabes sobre atrapar piskies?

Emma se despertó tarde y rodeada de calidez. La luz atravesaba la ventana sin cortinas y formaba dibujos en las paredes parecidos a olas danzantes. A través de los cristales vio trozos de cielo y agua azules: una vista de vacaciones.

Bostezó, se estiró... y se quedó inmóvil al darse cuenta de dónde procedía la calidez. Julian y ella, de algún modo, se habían abrazado durante la noche.

Se quedó horrorizada. Tenía el brazo izquierdo sobre el cuerpo de Julian, pero no podía moverlo sin más. Él se había vuelto hacia ella, con los brazos rodeándole la

espalda, protegiéndola. La mejilla de Emma rozaba la suave piel de la clavícula de Julian. También tenían las piernas entrelazadas, y su pie se apoyaba en el tobillo de él.

Emma comenzó a separarse lentamente. Oh, Dios. Si Julian se despertaba, sería tan embarazoso, y todo había ido tan bien... Su conversación en el tren, encontrar la casa, hablar de Annabel; todo había sido fácil y cómodo. No quería perder eso, no en esos momentos.

Se volvió de lado y fue poco a poco deshaciendo el abrazo; se acercó más al borde de la cama... y se cayó con torpeza. Aterrizó con un golpe y un grito que despertó a Julian, quien miró por el lado de la cama confundido.

—¿Qué haces en el suelo?

—He oído que rodar fuera de la cama por la mañana ayuda a mejorar tu resistencia contra los ataques sorpresa —contestó Emma, tendida cuan larga era.

—¿Ah, sí? —Se sentó y se frotó los ojos—. ¿Y para qué sirve gritar «¡Oh, mierda!»?

—Esa parte es opcional —respondió ella. Se puso en pie con toda la dignidad que pudo—. Bien, ¿qué hay para desayunar?

Él esbozó su conocida sonrisa y se estiró. Emma no miró hacia el punto donde se le levantaba la camiseta. No había ninguna razón para navegar por el río de los Pensamientos Saxis hasta el mar de la Perversión cuando la cosa no tenía ningún futuro.

—¿Tienes hambre?

—¿Y cuándo no tengo hambre? —Emma fue hasta la mesa y buscó el móvil en su mochila. Varios mensajes de texto de Cristina. La mayoría eran sobre que Cristina estaba BIEN y Emma no tenía NADA DE QUE PREOCUPARSE y que podía dejar de enviarle mensajes porque MAGNUS VA A ARREGLAR LO DEL HECHIZO DE UNIÓN. Emma le envió una cara preocupada y movió hacia abajo la pantalla.

—¿Algo sobre técnicas para atrapar piskies? —preguntó Julian.

—Aún no.

Julian no dijo nada. Emma se quedó en shorts y una camiseta recortada. Vio a Julian apartar la vista de ella, aunque no era nada que no hubiera visto antes; la ropa le cubría más que un bikini. Cogió la toalla y el jabón.

—Me voy a la ducha.

Quizá estuviera imaginando la reacción de Julian, porque en ese momento solo asintió y se fue a la cocina para encender el fuego.

—No hay tortitas —la avisó—. No tenemos lo necesario para hacerlas.

—Sorpréndeme —repuso Emma, y se dirigió al cuarto de baño. Quince minutos más tarde, cuando salió, limpia y con el pelo recogido en dos húmedas trenzas que le goteaban sobre la camiseta, Julian ya había puesto el desayuno en la mesa: tostadas, huevos, chocolate caliente para ella y café para él. Emma se sentó agradecida.

—Hueles a eucalipto —comentó él, tendiéndole un tenedor.

—Hay gel de eucalipto en el baño. —Emma comió un poco de huevo—. De Malcolm, supongo. —Calló un momento—. Nunca se me había ocurrido pensar que los asesinos en serie tuvieran gel de ducha.

—A nadie le gusta un brujo sucio —repuso Julian.

Emma le guiñó un ojo.

—Algunos podrían discrepar.

—Sin comentarios —replicó Julian mientras untaba mantequilla de cacahuete y Nutella en su tostada—. Hemos recibido respuesta a nuestra pregunta. —Alzó el móvil—. Instrucciones sobre cómo pillar a un piskie. De Mark, pero seguramente proviene de Kieran. Así que primero desayuno, y después... a la caza del piskie.

—Tengo tantas ganas de atrapar a esas adorables criaturitas y darles una... —dijo Emma—. ¡Tantas ganas!

—Emma...

—Quizá hasta les haga un lazo en la cabeza.

—Tenemos que interrogarlos.

—¿Puedo antes hacerme un *selfie* con uno de ellos?

—Cómete la tostada, Emma.

Todo era un rollo, pensó Dru. Estaba tumbada debajo del escritorio del salón delantero, con los brazos cruzados bajo la cabeza. A unos cuantos palmos sobre ella podía leer un mensaje, medio borrado por el tiempo y los años, que había sido garabateado en la madera.

La sala estaba en silencio, solo se oía el reloj. El silencio era a la vez un recuerdo de lo sola que estaba y un alivio. Nadie le pedía que entregara mensajes o llevara papeles de un lado al otro de la biblioteca. Nadie hablaba por encima de ella sin escucharla.

Nadie le recordaba que era demasiado joven. En su opinión, la edad era una cuestión de madurez, no de años, y ella era madura de sobra. A los ocho años había defendido con una espada a su hermanito en la cuna. A los ocho años, había visto a Julian matar a la criatura que llevaba el rostro de su padre, después de correr por toda la ciudad de Idris mientras esta se desmoronaba entre fuego y sangre.

Y mantuvo la calma unos días atrás cuando Livvy le contó que el tío Arthur nunca había dirigido el Instituto, que era Julian quien lo hacía. Ella lo aceptó como lo más natural, y pasó por alto el hecho de que Diana ni siquiera se hubiera molestado en invitarla a la reunión en la que, al parecer, les había dado esa noticia. Por lo que se refería a Livvy, todo eso le servía más que nada para hacer sentir culpable a Dru y que por eso aún hiciera más tareas de canguro.

No era que no le gustara cuidar de Tavvy. No era eso. Era que sentía que merecía algo de reconocimiento cuando hacía un esfuerzo. Por no hablar de que había tenido que aguantar a la tía abuela Marjorie llamándola «gorda» durante dos meses en

verano y no la había asesinado, lo que en su opinión era una muestra épica de madurez y contención.

Se miró el cuerpo rechoncho y suspiró. Nunca había sido delgada. La mayoría de los cazadores de sombras lo eran; entrenar durante catorce horas al día solía tener ese efecto. Pero ella siempre había poseído curvas y era redondita, por mucho que se esforzara. Era fuerte y musculosa, con un cuerpo en forma y capaz, pero siempre tendría las caderas, los pechos y la redondez innata en ella. Ya se había resignado. Por desgracia, las tías abuelas Marjories de este mundo, no.

Oyó un clunc. Algo se había caído en la sala. Dru se quedó inmóvil. ¿Habría alguien más allí con ella? Oyó a alguien maldecir en voz baja en español. Pero no podía ser Cristina; Cristina nunca decía tacos y, además, la voz era masculina.

¿Diego? Su corazón, colgado del chico, le dio un brinco, y ella se levantó de golpe por detrás del escritorio.

Soltó un gritito de sorpresa. La otra persona en la sala también gritó y se dejó caer con fuerza sobre el brazo del sillón.

No era Diego. Era un cazador de sombras de la edad de Julian, alto y delgaducho, con una mata de pelo negro que contrastaba con su piel oscura. Estaba cubierto de Marcas, y no solo Marcas sino también tatuajes: palabras que le subían y bajaban por los antebrazos y le serpenteaban por la clavícula.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó Dru, sacándose bolas de polvo del pelo—. ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

Pensó en gritar. Cualquier cazador de sombras podía entrar en el Instituto, claro, solo que, por lo general, llamaban al timbre.

El chico pareció alarmado. Alzó las manos para calmarla, y ella vio el destello de un anillo en el dedo, grabado con un dibujo de rosas.

—Yo... —comenzó a explicarse él.

—Oh, tú eres Jaime —exclamó Dru, y suspiró aliviada—. El hermano de Diego. El rostro del chico se oscureció.

—¿Conoces a mi hermano?

Tenía un ligero acento, más pronunciado que el de Diego o el de Cristina. Lo que le prestaba más textura a su voz.

—Más o menos —contestó Dru, y se aclaró la garganta—. Vivo en el Instituto de Los Ángeles.

—¿Una de los Blackthorn?

—Soy Drusilla. —Le tendió la mano—. Drusilla Blackthorn. Llámame Dru.

Él soltó una especie de risita contenida y le estrechó la mano. La de él era cálida.

—Un bonito nombre para una bonita chica.

Dru notó que se sonrojaba. Jaime no era tan perfectamente atractivo como Diego *el Perfecto*; tenía la nariz un poco demasiado grande, la boca demasiado ancha, pero los ojos eran de un castaño brillante; las pestañas, largas y negras. Y había algo en él, una especie de energía de la que Diego carecía, a pesar de ser tan atractivo.

—Cristina debe de haberte contado cosas terribles de mí —dijo él.

Ella negó con la cabeza mientras retiraba la mano.

—No ha hablado casi nada de ti.

Cristina no lo habría hecho, pensó Dru. No debía de considerarla lo bastante mayor para confiar en ella, para compartir sus secretos con ella. Dru solo sabía lo que las otras chicas habían dejado caer en alguna que otra conversación.

Aunque no pensaba admitir eso delante de Jaime.

—Voy a contarte algo —dijo él. Parecía un anuncio, como si hubiera tomado una decisión en ese momento y creyera que era importante hacerlo público cuanto antes.

—¿De verdad? —Dru no estaba segura de si alguna vez alguien le había contado algo privado. La mayoría de sus hermanos la consideraban demasiado pequeña, y Tavvy no tenía secretos.

—He venido a ver a Cristina, pero ella no puede saber aún que estoy aquí. Primero tengo que comunicarme con mi hermano.

—¿Diego está bien? —preguntó Dru—. La última vez que lo vi..., quiero decir, he oído que estaba bien después de la lucha contra Malcolm, pero no lo he visto ni he sabido nada de él, y Cristina y él...

Se calló de golpe.

Él rio con suavidad.

—No pasa nada, ya lo sé. *Han terminado*.

—Han roto —tradujo ella—. Sí.

Él pareció sorprendido.

—¿Hablas español?

—Lo estoy aprendiendo. Me gustaría ir al Instituto de Ciudad de México en mi año de viaje, o quizá a Argentina, para ayudar a reconstruir.

Dru vio cómo las largas pestañas le bajaban cuando le guiñó un ojo.

—Entonces ¿aún no tienes los dieciocho? —le preguntó—. No pasa nada. Yo tampoco.

«Ni de cerca». Pero Drusilla sonrió nerviosa.

—¿Qué me ibas a contar?

—Me estoy escondiendo. No puedo decirte por qué, solo que es importante. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí hasta que pueda hablar con Cristina.

—No habrás cometido un crimen o algo así, ¿verdad?

Él no se rio.

—Si te digo que no, pero que tal vez sé de alguien que lo ha hecho, ¿me creerías?

Él la miraba fijamente. Dru pensó que quizá no debería ayudarlo. Después de todo, no lo conocía, y por lo poco que Diego había contado de él, tenía muy claro que Jaime solo causaba problemas.

Por otro lado, ahí había alguien dispuesto a confiar en ella, a poner sus planes y su seguridad en sus manos, en vez de dejarla fuera solo porque fuera demasiado joven o porque tuviera que estar cuidando de Tavvy.

Soltó aire y miró a Jaime a los ojos.

—Muy bien —dijo—. ¿Cómo piensas ocultarte hasta que puedas hablar con Cristina?

Su sonrisa era cegadora. Dru se preguntó cómo había podido pensar que no era tan guapo como Diego.

—Ahí es donde puedes ayudarme —contestó él.

Después de haber escalado la pared de la casa y llegar al tejado, Emma tendió la mano para ayudar a subir a Julian. Sin embargo, él declinó la ayuda y subió con facilidad hasta arriba.

El tejado de la casa de Malcolm tenía una pequeña inclinación, y sobresalía por la fachada y la parte posterior de la casa. Emma fue hasta el borde que quedaba sobre la puerta principal.

Desde allí, la trampa era visible: los piskies adoraban la leche, el pan y la miel. También los ratones muertos, pero Emma no estaba dispuesta a ir tan lejos. Le gustaban los ratones, a pesar del profundo antagonismo que *Iglesia* sentía hacia ellos.

—Y ahora, a esperar —dijo Julian, mientras se sentaba con las piernas colgando. Los cuencos de leche y miel y la bandeja con pan estaban fuera, brillando tentadores en lo alto de una pila de hojas cerca del camino que daba a la puerta.

Emma se sentó junto a Julian. El cielo era de un azul sin nubes, y se extendía hasta encontrarse con el azul más oscuro del mar en el horizonte. Lentas barcas de pesca trazaban dibujos sobre la superficie del mar, y el apagado rugido de las olas ponía un suave contrapunto al cálido viento.

Emma no pudo evitar recordar todas las veces que Jules y ella se habían sentado en el tejado del Instituto, hablando y mirando el océano. Una costa totalmente diferente, quizá, pero todos los mares estaban conectados.

—Estoy segura de que existe algún tipo de ley contra atrapar piskies sin el permiso de la Clave —dijo Emma.

—*Lex malla, lex nulla* —repuso Julian, agitando una perezosa mano. Era el lema de la familia Blackthorn: «Una ley mala no es ley».

—Me pregunto cuáles son los lemas de otras familias —comentó Emma—. ¿Sabes alguno?

—El lema de la familia Lightwood es: «Nuestra intención es buena».

—Muy gracioso.

Julian la miró.

—No, de verdad, es ese.

—¿En serio? Y entonces ¿cuál es el lema de la familia Herondale? ¿«Tallados por la angustia»?

Él se encogió de hombros.

—¿«Si no sabes cuál es tu apellido, es probable que sea Herondale»?

Emma se echó a reír.

—¿Y los Carstairs? —preguntó, tocando a *Cortana*—. ¿«Tenemos una espada»? ¿«Los instrumentos desafilados son para los perdedores»?

—Morgenstern —sugirió Julian—. ¿«En caso de duda, empieza una guerra»?

—¿Y qué te parece: «Alguno de nosotros ha sido bueno de verdad»?

—Parece largo —contestó Julian—. Y muy poco concreto.

La risa casi no los dejaba hablar. Emma se inclinó hacia adelante... y contuvo un grito, lo que se combinó con la risa para formar una especie de tos. Se tapó la boca con la mano.

—¡Piskies! —susurró entre los dedos, y señaló.

Julian se inclinó en silencio. Junto a su trampa había un grupo de escuálidos seres pálidos vestidos con harapos. Tenían la piel casi traslúcida, el pelo del color de la paja e iban descalzos. Enormes ojos negros sin pupilas sobresalían en unas caras delicadas como porcelana.

Eran exactamente igual que los dibujos colgados en la pared de la taberna donde comieron el día anterior. Emma no había visto ni uno en la tierra de las hadas; de verdad parecía que hubieran sido exiliados a la tierra de los mundanos.

En silencio, cayeron sobre los platos de pan, leche y miel; y el suelo se hundió bajo ellos. La frágil construcción de ramas y hojas que Emma dispuso sobre la boca del agujero que Julian había cavado se hundió y los piskies cayeron en la trampa.

Gwyn no trató de entablar conversación mientras su caballo cortaba el aire sobre Alacante y luego sobre el bosque de Brocelind. Diana se lo agradeció. Con el viento en el cabello, fresco y suave, y el bosque bajo sus pies cubierto de sombras verde oscuro, se sentía más libre de lo que se había sentido en lo que parecía una eternidad. Hablar solo hubiera sido un incordio.

El alba dio paso al día mientras observaba el mundo correr bajo ella: el repentino destello del agua, las elegantes formas de los abetos y los pinos blancos. Cuando Gwyn hizo que el caballo inclinara la cabeza hacia abajo y comenzó el descenso, Diana sintió una punzada de decepción y una repentina empatía con Mark. No era de extrañar que hubiera echado de menos la Cacería. Aunque estuviera de vuelta con su familia, seguía ansiando los cielos.

Aterrizaron en un pequeño claro entre tilos. Gwyn bajó del caballo y le ofreció la mano a Diana para descender. El espeso musgo verde era mullido y suave bajo sus pies. Paseó entre las flores blancas y admiró el cielo azul mientras él extendía un mantel y colocaba la comida que había sacado de la silla de su montura.

A Diana le costaba contener el impulso de echarse a reír. Allí estaba ella, Diana Wrayburn, de la respetable familia Wrayburn, siempre respetuosa de la Ley, a punto de compartir un pícnic con el líder de la Cacería Salvaje.

—Ven —dijo él cuando acabó de disponerlo todo y se sentó en el suelo. Su

caballo se alejó para comer hierba en el borde del claro—. Debes de tener hambre.

Diana se sorprendió al darse cuenta de que era cierto; y esa sensación se intensificó cuando probó la comida: fruta deliciosa, carne curada, pan espeso con miel, y un vino que sabía como si estuviera hecho de rubíes líquidos.

Quizá fuera el vino, pero descubrió que, a pesar de ser callado, era fácil hablar con Gwyn. Él no le preguntó sobre su pasado sino acerca de sus pasiones, sus intereses y sus sueños. Se descubrió hablándole de su pasión por la enseñanza y que desearía, algún día, dar clases en la Academia. Él le preguntó por los Blackthorn y sobre cómo se estaba adaptando Mark, y fue asintiendo a sus respuestas.

No era hermoso de la forma que lo eran muchas hadas, pero a Diana le agradó más su rostro justo por eso. Su cabello era espeso y castaño; las manos, anchas, fuertes y hábiles. Tenía cicatrices en la piel: en el cuello y el pecho, en el dorso de las manos..., y eso la hizo pensar en sus propias cicatrices y en las de los cazadores de sombras. Le resultó reconfortante por su familiaridad.

—¿Por qué no hay mujeres en la Cacería Salvaje? —le preguntó. Era algo que siempre le había llamado la atención.

—Las mujeres son demasiado salvajes —contestó él sonriendo—. Nosotros expoliamos a los muertos. Se descubrió que cuando las Damas de Rhiannon cabalgaban con la Cacería, no estaban dispuestas a esperar a que los muertos lo estuvieran realmente.

Diana rio.

—Rhiannon. Ese nombre me resulta conocido.

—Las mujeres dejaron la Cacería y pasaron a ser Adar Rhiannon. Los Pájaros de Rhiannon. Algunos las llaman Valquirias.

Ella le sonrió con tristeza.

—El país de las hadas puede ser tan hermoso —dijo—, y al mismo tiempo tan terrible...

—¿Estás pensando en Mark?

—Mark adora a su familia —contestó ella—. Y ellos se alegran de haberlo recuperado. Pero echa de menos la Cacería. A veces cuesta entender que le ocurra eso. Cuando volvió, estaba destrozado, en cuerpo y mente.

—Muchos cazadores de sombras lo están —repuso él—, pero eso no significa que ya no quieran ser cazadores de sombras.

—No estoy segura de que sea lo mismo.

—Y yo no estoy seguro de que sea muy diferente. —Se apoyó en una gran piedra—. Mark era un buen Cazador, pero no ponía el corazón en ello. No es la Cacería lo que echa de menos, sino la libertad, los cielos abiertos y, quizá, a Kieran.

—Sabías que se habían peleado —dijo Diana—. Pero cuando viniste, estabas seguro de que Mark iría a salvarlo.

—Los cazadores de sombras desean salvar a todo el mundo. Y más aún cuando hay amor.

—¿Crees que Mark aún ama a Kieran?

—Creo que no puedes arrancarte el amor por completo. Creo que donde hubo amor, siempre habrán rescoldos, igual que los restos de una hoguera perduran más que el fuego.

—Pero finalmente desaparecen. Se convierten en ceniza.

Gwyn se inclinó hacia adelante. Sus ojos, azul y negro, la miraron con seriedad.

—¿Has amado alguna vez?

Ella negó con la cabeza. Notó el movimiento en todos los nervios; la expectativa y el miedo.

—No de ese modo. —Pensó que debería decirle el porqué. Pero las palabras no acudían a sus labios.

—Es una pena —repuso él—. Sin duda, ser amado por ti sería un tremendo honor.

—Tú no me conoces —replicó Diana.

«No deberían afectarme sus palabras. No debería querer que esto esté pasando». Pero así era, y de un modo que hacía tiempo que había intentado enterrar en su interior.

—En tus ojos vi quién eras la noche que fui al Instituto —contestó Gwyn—. Tu valor.

—Valor —repitió Diana—. Del que mata demonios, sí. Sin embargo, hay muchas clases de valor.

Los profundos ojos de Gwyn destellaron.

—Diana...

Pero ella ya estaba en pie, caminando hacia el borde del claro, más para aliviar la tensión del momento que por otra cosa. El caballo de Gwyn relinchó al verla acercarse, y retrocedió.

—Ten cuidado —le advirtió Gwyn, pero no la siguió—. Los caballos de la Cacería Salvaje pueden mostrarse inquietos con las mujeres. Las conocen muy poco.

Diana se detuvo un momento y luego rodeó al caballo, dejando mucho espacio entre los dos. Al llegar al límite del bosque, captó un destello de algo claro con el rabillo del ojo.

Se acercó más y se dio cuenta de lo vulnerable que era, allí en medio, sin ninguna arma, solo en pijama. ¿Cómo había aceptado hacer eso? ¿Qué había dicho Gwyn para convencerla?

«Vi quién eras».

Apartó esas palabras de su pensamiento y extendió una mano para estabilizarse, apoyándose en el fino tronco de un tilo. Sus ojos lo vieron antes de que su mente pudiera procesarlo: una visión grotesca, un círculo de nada deshecha en el centro de Brocelind. Tierra como ceniza, árboles quemados hasta la raíz, como si un ácido hubiera corroído todo lo vivo.

—Por el Ángel —susurró.

—Es la plaga. —Gwyn habló a su espalda, con los grandes hombros tensos, el mentón firme—. Lo he visto antes en Feéra. Es la marga de una gran magia negra. «Hay trozos quemados, blancos de ceniza, como la superficie de la luna». Diana se agarró con fuerza al tronco del árbol.

—Llévame de vuelta —dijo—. Tengo que regresar a Alacante.

Mark se hallaba sentado en el borde de la cama, examinándose la muñeca. La herida que la rodeaba se veía más oscura, con costras en los bordes, y los moretones que radiaban de ella iban del rojo intenso al púrpura.

—Déjame que te lo vende —dijo Kieran. Estaba sobre la mesilla de noche, medio sentado encima de un pie. Tenía el pelo enmarañado e iba descalzo. Parecía como si una criatura salvaje hubiera descendido sobre un trozo de civilización: un halcón posado en la cabeza de una estatua—. Al menos déjame hacer eso por ti.

—Vendarla no servirá de nada —repuso Mark—. Como dijo Magnus, no curará hasta que quitemos el hechizo.

—Entonces, hazlo por mí. No soporto verla.

Mark miró a Kieran sorprendido. En la Cacería Salvaje habían visto muchas heridas y sangre, y Kieran nunca había mostrado ningún remilgo.

—Hay vendas ahí. —Mark le señaló el cajón de la mesilla de noche. Observó a Kieran saltar y coger lo que necesitaba, luego volvió a su lado.

Se sentó y le asió la muñeca. Sus manos eran ágiles, de uñas cortas, callosas debido a los años de luchar y cabalgar. (Las manos de Cristina también eran callosas, pero las muñecas y las yemas de los dedos eran finas y suaves. Mark recordaba la sensación que le habían causado contra la mejilla en el bosquecillo feérico).

—Estás tan distante, Mark —dijo Kieran—. Más lejos de mí de lo que estabas cuando yo me hallaba en Feéra y tú te encontrabas en el mundo humano.

Mark no apartó la vista de su muñeca, ya envuelta en un brazalete de vendas. Kieran la sujetó con un experto nudo y dejó el resto a un lado.

—No te puedes quedar aquí eternamente, Kieran —repuso Mark—. Y cuando te vayas, estaremos separados. No quiero pensar en eso.

Kieran hizo un ruidito suave e impaciente y se tumbó en la cama, entre las sábanas. Las mantas ya estaban en el suelo. Con el negro cabello enredado sobre el lino blanco, el cuerpo desmadejado sin ninguna concesión a la modestia humana (la camisa se le había subido hasta las costillas y tenía las piernas muy separadas), Kieran parecía aún más una criatura salvaje.

—Entonces, ven conmigo —pidió—. Quédate conmigo. Vi la expresión de tu rostro al ver los caballos de la Cacería. Darías cualquier cosa por cabalgar de nuevo.

Furioso de repente, Mark se tumbó sobre él.

—No cualquier cosa —contestó. Y la voz le vibraba de rabia.

Kieran le soltó un leve siseo. Cogió a Mark por la camisa.

—Va —le dijo—. Enfádate conmigo, Mark Blackthorn. Grítame. Siente alguna cosa.

Mark se quedó donde estaba, paralizado, justo sobre Kieran.

—¿Crees que no siento? —preguntó con incredulidad.

Algo destelló en los ojos de Kieran.

—Pon las manos sobre mí —indicó, y Mark lo hizo, incapaz de contenerse. Kieran se aferró a las sábanas cuando Mark lo tocó, levantándole la camisa, haciendo saltar los botones. Le pasó las manos por el cuerpo, como había hecho incontables noches antes, y una lenta llama comenzó a arderle en el pecho, el recuerdo del deseo convirtiéndose inmediatamente en el presente.

Ardía en él un calor triste y centelleante, como una señal de fuego en una colina distante. Kieran se quitó la camisa por encima de la cabeza y los brazos se le enredaron en ella, así que cogió a Mark con las piernas, acercándolo, sujetándolo con las rodillas. Kieran alzó la boca hacia la de Mark, y su sabor era como el dulce hielo de las extensiones polares bajo los cielos rayados por la aurora boreal. Mark no pudo detener las manos: la silueta de los hombros de Kieran era como las pendientes de las colinas; su cabello, suave y oscuro como las nubes; sus ojos eran estrellas y su cuerpo se movía bajo el de Mark como la caída de una cascada que ningún ojo humano había visto jamás. Era luz de estrellas, lo desconocido y la libertad. Era un centenar de flechas disparadas de cien arcos al mismo tiempo.

Y Mark estuvo perdido; estaba cayendo por los oscuros cielos salpicados de plata con el polvo de diamante de las estrellas. Entrelazaba las piernas con las de Kieran, las manos hundidas en su cabello, y ambos se precipitaban a través de la niebla sobre los pastos verdes, cabalgaban un caballo herrado de fuego sobre los desiertos donde la arena se alzaba en nubes de oro. Gritó, y Kieran se alejaba a toda prisa de él como si lo hubieran arrancado de la cama. Todo se alejaba deprisa, y Mark abrió los ojos y vio que estaba en la biblioteca.

Se había quedado dormido, con la cabeza sobre los brazos apoyados en la madera de la mesa. Se incorporó sobresaltado y vio a Kieran, sentado en el alféizar de la ventana, mirándolo.

Aparte de él, la biblioteca estaba vacía, gracias al Ángel. No había nadie allí excepto ellos dos.

A Mark le palpitaba la mano. Debía de habérsela golpeado contra el borde de la mesa; los dedos comenzaban a hinchársele.

—Una pena —dijo Kieran, mirándole la mano pensativo—. De otro modo no te habrías despertado.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Mark. Tragó para aliviarse la sequedad de la garganta.

—Algunos han ido a buscar los ingredientes para deshacer el hechizo de unión —contestó Kieran—. Los niños se han puesto revoltosos y Cristina se ha marchado con ellos y con el amante de Magnus.

—Te refieres a Alec —replicó Mark—. Se llama Alec.

Kieran se encogió de hombros.

—En cuanto a Magnus, ha ido a algo llamado cibercafé para imprimir los mensajes de Emma y Julian. Nos hemos quedado para investigar, pero no has tardado en dormirte.

Mark se mordisqueó el labio inferior. Su cuerpo aún podía sentir el de Kieran, aunque sabía que este no lo había tocado. Lo sabía, pero de todas formas tenía que preguntarlo, aun temiendo la respuesta.

—Y me has hecho soñar —dijo.

No sería la primera vez que Kieran lo había hecho: en un par de ocasiones le había proporcionado a Mark sueños agradables cuando este no podía dormir durante las noches de la Cacería. Era un regalo de hada.

Pero esto era diferente.

—Sí —asintió Kieran. Había mechones blancos en su cabello, como vetas de metal atravesando el túnel de una mina.

—¿Por qué? —quiso saber Mark. La furia se le acumulaba en las venas. Sintió una presión en el pecho. Habían tenido peleas terribles cuando estaban en la Cacería. De las que se desarrollaban a gritos cuando todo en el mundo parecía estar en juego porque la otra persona era lo único que tenías. Mark recordaba haber empujado a Kieran por el borde de un glaciar y después lanzarse a cogerlo mientras ambos rodaban hasta una cresta de nieve, agarrándose mutuamente en medio del frío con dedos húmedos y helados que resbalaban y se deslizaban sobre la piel.

El problema era que las peleas con Kieran solían acabar en besos, y eso, le parecía a Mark, no ayudaba. Y casi con seguridad tampoco era muy sano.

—Porque no estás siendo sincero conmigo. Tu corazón está cerrado y envuelto. No puedo verlo —contestó Kieran—. He pensado que quizá en sueños...

—¿Crees que te estoy mintiendo? —Mark sintió que el corazón le martilleaba de temor.

—Creo que te estás mintiendo a ti mismo —respondió Kieran—. No has nacido para esta vida de políticas, complots y mentiras. Tu hermano sí. Julian disfruta con ello. Pero tú no deseas hacer ese tipo de tratos, en los que puedes arruinar tu alma al servicio de un bien mayor. Eres mucho más bueno que eso.

Mark dejó caer la cabeza contra el respaldo de la silla. Ojalá pudiera decirle a Kieran que se equivocaba, pero no era así. Mark se odiaba en todo momento todos los días por mentirle a Kieran, aunque la mentira fuera por una buena causa.

—Tu hermano quemaría el mundo si con ello salvara a su familia —afirmó Kieran—. Algunos son así, pero tú no.

—Entiendo que no puedas creer que esto me importa tanto como realmente me importa, Kieran —repuso Mark—. Pero es la verdad.

—Recuerda —susurró Kieran. Incluso en esos momentos, en el mundo de los mundanos, algo orgulloso y arrogante se mostraba en los gestos de Kieran, en su voz.

A pesar de los vaqueros que Mark le había prestado, se lo veía como si debiera estar al frente de un ejército de hadas, agitando los brazos para dar órdenes—. Recuerda que nada de esto es real.

Y Mark recordó. Recordó una nota escrita en un pergamino metida en la cáscara de una bellota. El primer mensaje que Kieran le había dejado después de que abandonara la Cacería.

—Es real para mí —repuso Mark—. Todo esto es real para mí. —Se inclinó hacia adelante—. Necesito saber que estás en esto conmigo, Kieran.

—¿Qué significa eso?

—Significa no más rabia —contestó Mark—. Significa no enviarme más sueños. Te he necesitado durante tanto tiempo, Kieran, te he necesitado tanto... Y esa clase de necesidad te dobliga y te envuelve. Te hace estar desesperado. Te hace no elegir.

Kieran se había quedado inmóvil.

—¿Me estás diciendo que no me elegiste?

—Estoy diciendo que la Cacería Salvaje nos escogió. Estoy diciendo que si me encuentras extraño y distante es porque no puedo evitar preguntarme una y otra vez si en otro mundo, en otra situación, nos habríamos escogido el uno al otro. —Miró con intensidad al otro chico—. Tú eres un príncipe. Y yo soy medio nefilim, peor que la peor escoria, manchado en sangre y linaje.

—Mark...

—Estoy diciendo que las elecciones que hacemos en cautividad no son siempre las elecciones que hacemos en libertad. Y por tanto las cuestionamos. No podemos evitarlo.

—Para mí es diferente —repuso Kieran—. Después de esto, volveré a la Cacería. Tú eres el que tiene libertad.

—No permitiré que te fuercen a volver a la Cacería si no lo deseas.

La mirada de Kieran se suavizó. En ese momento, Mark pensó que le hubiera prometido lo que quisiera, por muy temerario que fuera.

—Me gustaría que los dos fuéramos libres —continuó Mark—. Para reír, para divertirnos juntos, para amar de un modo normal. Eres libre aquí conmigo, y quizá podría aprovechar esa oportunidad, ese tiempo.

—Muy bien —repuso Kieran después de un largo silencio—. Me quedaré contigo. Y te ayudaré con tus aburridos libros. —Sonrió—. Estoy en esto contigo, Mark, si de este modo aprendemos lo que somos el uno para el otro.

—Gracias —dijo Mark.

Kieran, como la mayoría de las hadas, no utilizaba el «de nada». En vez de eso, bajó del alféizar y fue a buscar un libro en los estantes. Mark se lo quedó mirando. No le había dicho nada a Kieran que no fuera cierto, y sin embargo, se sentía tan culpable por dentro como si cada una de las palabras pronunciadas fuera una mentira.

El cielo de Londres estaba despejado, azul y hermoso. El agua del Támesis, dividiéndose a cada lado del barco, era casi azul. Más o menos del color del té, pensó Kit, si le echaras unas gotas de tinta azul.

El lugar al que iban (Ty tenía la dirección) se hallaba en Gill Street, les había dicho Magnus, en Limehouse.

—Solía ser un barrio terrible —les explicó—. Lleno de fumaderos de opio y garitos de juego. Dios, qué bien nos lo pasábamos entonces.

Mark lo miró inmediatamente con pánico en los ojos.

—No te preocupes —añadió enseguida Magnus—. Ahora es muy aburrido. Solo áticos elegantes y bares dedicados a la gastronomía. Muy seguro.

Julian hubiera prohibido esa excursión, de eso Kit estaba casi seguro. Pero Mark no vaciló; mucho más que su hermano, parecía considerar a Livvy y a Ty cazadores de sombras adultos de los que se esperaba que trabajaran como los demás.

El que sí vaciló un momento fue Ty, que miró preocupado a su hermana. Livvy parecía totalmente recuperada; estaban en la cubierta del barco, al aire libre, y ella alzaba la cara hacia el viento con evidente placer, dejándole que le levantara el pelo y se lo alborotara.

Ty observaba todo lo que los rodeaba con esa absorta fascinación suya, como si estuviera memorizando cada edificio, cada calle. Tamborileaba con los dedos sobre la barandilla de metal, pero Kit no pensó que eso indicara ansiedad. Se había fijado en que los gestos de Ty no siempre correspondían a un mal estado de ánimo. A veces correspondían a uno bueno: si se sentía relajado, observaba cómo sus dedos trazaban perezosos dibujos en el aire, del mismo modo que un meteorólogo podría observar el movimiento de las nubes.

—Si me hago cazador de sombras —dijo Kit dirigiéndose a ninguno de los mellizos en concreto—, ¿tendré que estudiar mucho, antes? ¿O podría... empezar trabajando?

A Livvy le brillaron los ojos.

—Ya estás trabajando.

—Sí, pero esta es una situación de emergencia —replicó Ty—. Tiene razón, tendrá que ponerse al día en algunas clases. No es que seas tan ignorante como lo sería un mundano —añadió, dirigiéndose a Kit—, pero hay algunas cosas que es probable que necesites aprender: tipos de demonios, lenguajes, esas cosas.

Kit hizo una mueca.

—De verdad esperaba que pudiera aprender con el trabajo.

Livvy se rio.

—Siempre puedes ir delante del Consejo y plantearle tu caso.

—¿El Consejo? —preguntó Kit—. ¿En qué es diferente de la Clave?

Livvy se rio aún con más ganas.

—Puedo ver por qué tu planteamiento no tendría ningún éxito —dijo Ty—. Aunque supongo que podríamos enseñarte un poco.

—¿Un poco? —repitió Kit.

Ty esbozó su sonrisa deslumbrante y poco frecuente.

—Un poco. Tengo cosas importantes que hacer.

Kit pensó en Ty en el tejado la noche anterior, en lo desesperado que le había parecido. Pero ya volvía a ser el de siempre, como si al sanar Livvy hubiera sanado él. Apoyó los codos en la barandilla mientras el barco pasaba ante un imponente edificio con pinta de fortificación que se alzaba en la orilla del río.

—La Torre de Londres —dijo Livvy, al fijarse en la mirada de Kit.

—La historia de este lugar dice que seis cuervos deben siempre guardar la Torre —explicó Ty—, o la monarquía caerá.

—Todas las historias son ciertas —repuso Livvy a media voz, y Kit notó que lo recorría un escalofrío.

Ty volvió la cabeza.

—¿No era un cuervo el que llevaba los mensajes entre Annabel y Malcolm? —preguntó—. Creo que estaba en las notas de Emma y Julian.

—No parece muy de fiar —dijo Kit—. ¿Y si el cuervo se aburría, o se distraía, o se encontraba con un halcón sexy en el camino?

—O lo interceptaba un hada —añadió Livvy.

—No todas las hadas son malas —sentenció Ty.

—Algunas hadas son buenas, otras son malas, como todos —dijo Kit—. Pero esto podría ser demasiado complicado para la Clave.

—Es demasiado complicado para la mayoría de la gente —replicó Ty.

Si proviniera de cualquier otra persona, Kit habría pensado que ese comentario pretendía ser reprobatorio. Sin embargo, Ty probablemente lo decía en serio. Lo que resultaba agradable de saber.

—No me gusta lo que Diana nos ha estado contando —decidió Livvy—. Lo de que Zara dice que ella mató a Malcolm.

—Mi padre solía decir que una gran mentira es más fácil que cuele que una pequeña —comentó Kit.

—Bueno, esperemos que estuviera equivocado —señaló Livvy un poco seca—. No soporto la idea de que alguien piense que Zara y la gente como ella son héroes. Aunque no sepan que está mintiendo sobre Malcolm, los planes de la Cohorte son despreciables.

—Es una pena que ninguno de vosotros podáis decirle a la Clave lo que Julian vio en el cristal mágico —dijo Kit.

—Si supieran que estuvo en Feéra, lo exiliarían —repuso Livvy, y había un tono de auténtico temor en su voz—. O le arrancarían las Marcas.

—Podría fingir que fui yo quien lo vio. Tiene mucha menos importancia si me echan a mí de los nefilim —propuso Kit.

La intención de Kit había sido aligerar el ambiente con una broma, pero los mellizos parecieron devastados.

—¿No quieres quedarte? —La pregunta de Ty era directa y cortante como un cuchillo.

Kit no tenía una respuesta. Se oyó un clamor de voces y el barco se detuvo con una sacudida. Habían atracado en Limehouse, y los tres se apresuraron a bajar. No estaban cubiertos por ningún *glamour*, y mientras empujaban abriéndose paso entre los mundanos, Kit oyó a uno de ellos murmurar algo sobre que los niños se tatuaban demasiado jóvenes en estos tiempos.

Ty hizo una mueca a causa del ruido, y se dejó los auriculares puestos mientras recorrían las calles. El aire olía a agua de río, pero Magnus tenía razón: el muelle desapareció rápidamente y fue reemplazado por calles serpenteantes llenas de enormes edificios de viejas fábricas que habían sido convertidos en *lofts*.

Ty tenía el mapa, y Livvy y Kit caminaban un poco por detrás de él; Livvy con la mano en la cadera, donde llevaba escondido el cinturón de armas bajo la chaqueta.

—Usa menos los auriculares cuando estás tú —dijo con los ojos clavados en su hermano, aunque sus palabras iban dirigidas a Kit.

—¿Eso es bueno? —Kit estaba sorprendido.

Livvy se encogió de hombros.

—No es bueno ni malo. Solo es algo en lo que me he fijado. No es mágico ni nada. —Lo miró de reojo—. Creo que es que no se quiere perder nada de lo que dices.

Kit sintió una extraña punzada de emoción. Lo sorprendió. Miró de reojo a Livvy. Desde que dejaron Los Ángeles, ella no había hecho nada que indicara que quería repetir su único beso. Y Kit se dio cuenta de que él tampoco. No era que no le gustara Livvy, o que no la encontrara guapa, pero había algo que no le acababa de cuadrar, como si de algún modo aquello estuviera mal.

Tal vez fuera que aún no sabía si quería ser cazador de sombras.

—Ya hemos llegado. —Ty se había quitado los auriculares y la tira blanca le contrastaba con el pelo negro. Solo él de todos los Blackthorn actuales tenía el pelo así, aunque Kit había visto retratos de sus antepasados en el Instituto y algunos tenían el mismo cabello oscuro y ojos gris plata—. Esto será muy educativo. Tiendas como esta tienen que acogerse a los Acuerdos, a diferencia del Mercado de Sombras, pero también las llevan especialistas. —Ty parecía enormemente contento ante la idea de todo ese conocimiento especializado.

Habían atravesado la vía más amplia de Narrow Street y se hallaban en lo que debía de ser Gill Street, frente a la única tienda abierta. Por las ventanas salía una tenue iluminación y en un cartel de latón sobre la puerta se leía el nombre del dueño: PROPIETARIO: F. SALLOWS. No había ninguna descripción sobre el tipo de tienda que era, pero Kit supuso que los que compraban ahí sabían lo que estaban buscando.

Ty ya había cruzado la calle y estaba abriendo la puerta. Livvy corrió tras él. Kit

fue el último, cauteloso y un poco menos ansioso. Conocía a los vendedores de magia y a sus clientes, y era suspicaz con ambos.

El interior de la tienda no le ofreció muchas razones para mejorar su opinión. Las ventanas opacas dejaban entrar el resplandor, pero no luz. Al menos estaba limpia, con largos estantes donde se alineaban algunas cosas que ya había visto antes: dientes de dragón, agua bendita, clavos bendecidos, polvos de belleza encantados, amuletos de la suerte..., y algunas que no: relojes cuyas manecillas giraban al revés, aunque no se le podía ocurrir para qué. El esqueleto sujeto con alambres de animales que no reconocía. Dientes de tiburón demasiado grandes para haber pertenecido a ningún tiburón de este planeta. Tarro tras tarro de alas de mariposa de colores explosivos, como el rosa intenso, el amarillo neón y el verde lima. Botellas de agua azul en cuya superficie ondeaban minúsculos mares.

Había una polvorienta campana de cobre sobre el mostrador. Livvy la cogió y la hizo sonar mientras Ty observaba los mapas de las paredes. En el que estaba mirando había nombres desconocidos para Kit: las montañas Thorn, la Ciudad Hueca, el Bosque Desmenuzado.

—Feéra —dijo Ty en una voz desacostumbradamente baja—. Es difícil conseguir mapas, porque su geografía tiende a cambiar, pero miré bastantes cuando Mark no estaba con nosotros.

El repiqueteo de unos tacones sobre el suelo anunció la llegada de la dependienta. Kit se sorprendió al ver que la conocía: de piel oscura y pelo color bronce, luciendo un sencillo vestido negro ajustado. Hypatia Vex.

—Nefilim —dijo esta con un suspiro—. Odio a los nefilim.

—Veo que este es uno de esos sitios en los que el cliente no siempre tiene la razón —soltó Livvy.

—Tú no eres Sallows —dijo Ty—. Eres Hypatia Vex. Nos conocimos ayer.

—Sallows murió hace años —repuso Hypatia—. Lo mataron los nefilim, como suele ocurrir.

«Incómodo», pensó Kit.

—Tenemos una lista de cosas que necesitamos. —Livvy le tendió el papel por encima del mostrador—. Para Magnus Bane.

Hypatia alzó una ceja.

—Ah, Bane, vuestro gran defensor. Ese hombre es una peste. —Cogió el papel—. Algunas de estas cosas tardarán al menos un día en estar listas. ¿Podéis volver mañana?

—¿Tenemos elección? —preguntó Livvy con una sonrisa encantadora.

—No —contestó Hypatia—. Y me pagaréis en oro. No me interesa el dinero mundano.

—Solo dinos cuánto —repuso Ty; cogió un lápiz y comenzó a escribir algo—. Y también... quisiera preguntarte una cosa.

Miró a Kit y a Livvy. Ella lo pilló primero y se llevó a Kit fuera de la tienda. Este

sintió el cálido sol sobre el pelo y la piel y se preguntó qué verían los mundanos cuando miraban esa tienda. Quizá un polvoriento colmado o un lugar que vendía lápidas. Algo en lo que no apeteciera entrar nunca.

—¿Cuánto tiempo planeas ser amigo de mi hermano? —le preguntó Livvy de sopetón.

Kit pegó un bote...

—¿Yo... qué?

—Ya me has oído —contestó ella. Sus ojos eran mucho más azules que el Támesis. Los de Ty se parecían más al color del río.

—La gente no piensa así sobre la amistad —replicó Kit—. Depende de cuánto tiempo hace que conoces a la persona, de cuánto tiempo permanecéis en el mismo lugar...

—Tú eres quien elige —repuso ella. Se le oscurecieron los ojos—. Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras.

—¿Puedo? ¿Y qué hay de la Academia? ¿Y lo de aprender a ser cazador de sombras? ¿Cómo se supone que debo ponerme a vuestra altura si me lleváis un millón de años de ventaja?

—No nos importa eso...

—Quizá a mí me importe.

—Cuando éramos pequeños —dijo Livvy con voz firme—, los Ashdown solían venir a jugar. Nuestros padres pensaban que debíamos relacionarnos con otros niños fuera de la familia, y Paige Ashdown era de mi edad, así que la metieron con Ty y conmigo. Y una vez Ty nos estaba hablando sobre lo que lo obsesionaba; en aquel momento eran los coches, antes de Sherlock. Y ella le dijo en plan sarcástico que debía ir a su casa y explicárselo todo porque era muy interesante.

—¿Qué ocurrió?

—Él fue a su casa para hablarle de coches, y ella no estaba. La estuvo esperando. Y cuando llegó, se rio de él y le dijo que se fuera, que no lo había dicho en serio, y que si era estúpido.

Kit sintió un lento bullir de furia hacia una chica que ni siquiera conocía.

—Yo nunca haría eso.

—Mira —continuó Livvy—. Desde entonces, Ty ha aprendido muchísimo sobre la manera en que la gente dice cosas que no son verdad, sobre el tono que no concuerda con la expresión y todo eso. Pero confía en ti; te ha dejado entrar. Puede que no siempre recuerde aplicar lo que sabe en lo que se refiere a ti. Solo te digo una cosa: no le mientas. No le des falsas esperanzas.

—No he... —iba a responder Kit, pero la campana sonó y la puerta de la tienda se abrió. Apareció Ty, subiéndose la capucha contra la suave brisa.

—Hecho —dijo—. Regresemos.

Si notó alguna tensión en el ambiente, no lo demostró, y durante todo el camino a casa hablaron de cosas sin importancia.

Los piskies estaban sentados formando una triste línea sobre una fila de piedras en el extremo del jardín de la casa. Después de sacarlos del agujero, Emma y Jules les habían ofrecido comida, pero solo uno había aceptado, y en ese momento tenía la cara metida en un cuenco de leche.

La más alta de las criaturas feéricas habló con una voz aguda:

—¿Malcolm Fade? ¿Dónde está Malcolm Fade?

—Aquí no —contestó Julian.

—Ha ido a visitar a un pariente enfermo —dijo Emma, que observaba fascinada a los piskies.

—Los brujos no tienen parientes —replicó el piskie.

—Nadie pillará mis alusiones —masculló Emma.

—Somos amigos de Malcolm —dijo Julian pasado un momento. Si Emma no lo conociera, lo hubiera creído. Su rostro era totalmente inocente cuando mentía—. Nos ha pedido que le cuidemos la casa mientras está fuera.

Los piskies susurraron entre ellos con vocecitas agudas. Emma aguzó el oído, pero no pudo entenderlos. No hablaban en ninguna lengua de los nobles de Feéra, sino algo mucho más simple que sonaba a atávico. Tenía el murmullo del agua sobre las rocas, la punzante acidez de la hierba verde.

—¿Sois brujos también? —preguntó el más alto de los piskies, apartándose del grupo. Sus ojos eran como marga gris y plata, como una roca de Cornwall.

Julian negó con la cabeza y extendió el brazo. Lo giró para que quedara visible su runa de la videncia, contrastando contra la piel.

—Somos nefilim.

Los piskies volvieron a murmurar entre ellos.

—Estamos buscando a Annabel Blackthorn —dijo Julian—. Queremos llevarla a casa, donde estará protegida.

Los piskies parecieron dudar.

—Me dijo que vosotros sabíais dónde se halla —continuó Julian—. ¿Habéis hablado con ella?

—Conocimos a Malcolm y a Annabel hace muchos años —contestó el piskie—. No es corriente que un mortal viva tanto tiempo. Teníamos curiosidad.

—Será mejor que nos lo digáis —intervino Emma—. Os dejaremos marchar si lo hacéis.

—¿Y si no? —preguntó el piskie más pequeño.

—No os dejaremos marchar —contestó Julian.

—Está en la iglesia de Porthallow —dijo el piskie más pequeño, hablando por el grupo—. Lleva vacía muchos años. Ella la conoce y se siente segura allí, y la mayoría de los días hay poca gente alta por esa zona.

—¿La iglesia de Porthallow está cerca de aquí? —inquirió Julian—. ¿Está cerca del pueblo?

—Muy cerca —respondió el piskie más alto—. Cerca de muerte. —Alzó las delgadas manos blancas señalando en una dirección—. Pero no podéis ir hoy. Es domingo, cuando la gente alta va en grupos para visitar el cementerio que hay junto a la iglesia.

—Muchas gracias —repuso Julian—. Nos habéis ayudado mucho, de verdad.

Dru abrió la puerta de su dormitorio.

—¿Jaime? —susurró.

No hubo respuesta. Entró sigilosamente y cerró sin hacer ruido. Llevaba una bandeja con pastelillos que había hecho Bridget. Cuando pidió toda una bandeja, Bridget se rio de algo que resultaba evidente que solo ella recordaba, y luego le dijo muy seca a Dru que no se los comiera todos o se engordaría más.

Dru hacía tiempo que había aprendido a no comer mucho delante de la gente que no conocía, o a parecer con hambre, o a ponerse mucha comida en el plato. No soportaba cómo la miraban si hacía algo de eso, como si dijeran: «Oh, por eso no consigue estar delgada».

Pero por Jaime estuvo dispuesta a romper esa rutina. El muchacho se había acomodado en su habitación: se tumbó en la cama como si llevara días durmiendo ahí, luego se incorporó de golpe y le preguntó si podía darse una ducha. Después ella se ofreció a llevarle algo de comer si tenía hambre y él bajó las pestañas sonriéndole.

—No quería importunarte, pero...

Dru corrió a la cocina sin ninguna intención de regresar con las manos vacías. Eso era algo que una asustada niña de trece años haría, pero no una de dieciséis. O de fuera cual fuese la edad que él pensaba que tenía. Dru no había querido especificar.

—¿Jaime?

Él salió del cuarto de baño en vaqueros y poniéndose la camiseta. Antes de que acabara de cubrirse, Dru captó un atisbo de un tatuaje negro, no de una Marca, sino de palabras escritas en caracteres romanos, que le serpenteaba sobre la piel morena. Se lo quedó mirando sin hablar mientras él se acercaba y cogía un pastelillo. Le guiñó un ojo.

—Gracias.

—De nada —respondió ella casi sin voz.

Jaime se sentó en la cama esparciendo migas, con el negro cabello húmedo y rizado por la humedad. Dru dejó la bandeja sobre la cómoda. Cuando se dio la vuelta, él ya estaba durmiendo, con la cabeza apoyada en el brazo.

Durante un momento, Dru se sentó en la mesilla de noche, rodeándose con los brazos. Podía ver a Diego en la tonalidad y las formas del rostro de Jaime. Era como si alguien hubiera cogido a Diego y lo hubiese afilado, le hubiese agudizado todos los ángulos. Otro tatuaje con palabras le rodeaba la muñeca y desaparecía por debajo de la manga de la camisa. A Dru le habría gustado saber el suficiente español para

traducirlo.

Se dirigió hacia la puerta, con la intención de dejarlo descansar tranquilo.

—No te vayas —dijo él. Dru se volvió y lo vio con los ojos medio abiertos; las pestañas le hacían sombra sobre los afilados pómulos—. He pasado mucho tiempo sin nadie con quien hablar.

Dru se sentó en el borde de la cama. Jaime se tumbó de espaldas con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Todo él eran largos miembros y pelo negro y pestañas como patas de araña. Un poco torcido todo ello, mientras que todo en Diego era equilibrado. Dru intentó no quedárselo mirando embobada.

—Estaba mirando las pegatinas de tu mesilla de noche —comentó él. Dru las había comprado en una tienda de Fleet Street una vez que acompañó a Diana a buscar sándwiches—. Todas son de películas de terror.

—Me gustan las películas de terror.

Él sonrió a medias. El pelo le cayó sobre los ojos y se lo echó para atrás.

—¿Te gusta que te asusten?

—Las pelis de terror no me asustan —contestó Dru.

—¿No se supone que tienen que hacerlo? —Parecía genuinamente interesado. Dru no podía ni recordar la última vez que alguien hubiera parecido estar genuinamente interesado por su amor por las películas gore y las de terror antiguas. Julian alguna vez se había quedado levantado para ver con ella *Hotel Horror*, pero Dru sabía que era solo por amabilidad de hermano mayor.

—Recuerdo la Guerra Oscura —explicó ella—. Recuerdo ver a la gente morir delante de mí. Mi padre fue uno de los Oscurecidos. Regresó, pero no era... no era él. —Tragó con fuerza—. Cuando veo una película de miedo, sé que, pase lo que pase, yo estaré bien cuando acabe. Sé que la gente que aparece en ella son solo actores y que después de acabar el rodaje se marchan tranquilamente. Que la sangre es falsa y se va al lavarla.

Los ojos de Jaime eran oscuros e infinitos.

—Eso te hace creer que ninguna de esas cosas existe —dijo él—. Imaginar que no existen.

Ella sonrió con un poco de tristeza.

—Somos cazadores de sombras —afirmó—. No nos podemos imaginar eso.

—La gente hace cualquier cosa por librarse del trabajo de la casa —dijo Julian.

—Tú no —repuso Emma. Estaba tumbada en el sofá con las piernas colgando por encima del brazo.

Como no podían seguir a Annabel a la iglesia ese día, habían decidido pasar la tarde leyendo los diarios de Malcolm y analizando los dibujos de ella. Cuando el sol comenzó a ponerse, ya tenían una cantidad considerable de notas ordenadas sistemáticamente en pequeños montones por toda la casa. Notas sobre la línea

temporal: el día que Malcolm se incorporó a la familia de Annabel; cómo ellos, que dirigían el Instituto de Cornwall, lo habían adoptado de niño; la intensidad con la que Annabel amaba Blackthorn Manor, la casa ancestral de los Blackthorn en las verdes colinas de Idris, y cómo habían jugado juntos en el bosque de Brocelind. Cuando Malcolm comenzó a planear su futuro, construyendo la casita de Polperro, y cómo ella mantuvo oculta su relación intercambiando todos sus mensajes por medio del cuervo. Cuando el padre de Annabel los descubrió, echó a su hija de la casa de los Blackthorn y Malcolm la encontró a la mañana siguiente llorando sola en la playa.

En ese momento, Malcolm decidió que iban a necesitar protección contra la Clave. Conocía la colección de libros de hechizos que se guardaban en el Instituto de Cornwall. Iba a necesitar un cliente poderoso para lo que había decidido llevar a cabo. Alguien a quien entregar el *Libro Negro* a cambio de que mantuviera al Consejo lejos de ellos.

Emma leía los diarios en voz alta y Julian tomaba notas. De vez en cuando paraban, hacían fotos con los móviles de las notas y las preguntas que les planteaban y las enviaban al Instituto. En ocasiones les contestaron a su vez con preguntas, y ellos trataron de responderlas; otras veces no recibieron nada. También les llegó una foto de Ty, que había encontrado todo un estante de primeras ediciones de libros de Sherlock Holmes en la biblioteca y estaba radiante. Otra vez recibieron una foto del pie de Mark. Ninguno de los dos supo qué pensar de eso.

En algún momento, Julian se estiró, fue hacia la cocina y preparó unos sándwiches de queso caliente en el Aga, una enorme cocina económica de acero que daba calor a toda la casa.

«Esto es malo», pensó, mirándose las manos mientras ponía los sándwiches en dos platos y recordaba que a Emma le gustaban sin la corteza. A menudo, él se burlaba de ella por eso. Cogió un cuchillo con un gesto mecánico; una costumbre.

Se imaginó haciendo eso todos los días. Viviendo en una casa que él mismo habría diseñado y que, como esa, tendría vistas al mar. Un enorme estudio donde pudiera pintar. Una sala para que Emma entrenara. Se imaginaba despertando todas las mañanas y encontrándola a ella a su lado, o sentada a la mesa de la cocina con el desayuno, canturreando para sí y alzando el rostro para sonreírle al verlo entrar.

Una oleada de deseo, y no solo de deseo físico por ella, sino por esa vida de ensueño, lo recorrió, casi ahogándolo. Soñar era peligroso, se recordó. Tan peligroso como lo era para la Bella Durmiente en su castillo, donde los sueños la devoraron durante todo un siglo.

Fue a sentarse con Emma frente al fuego. Ella sonrió con los ojos brillantes al coger el plato.

—¿Sabes qué me preocupa?

El corazón de Jules le hizo una cabriola dentro del pecho.

—¿Qué?

—*Iglesia* —contestó ella—. Está solo en el Instituto de Los Ángeles.

—No, no es así. Está rodeado de centuriones.

—¿Y si uno de ellos trata de robarlo?

—Entonces serán adecuadamente castigados —respondió Julian, acercándose un poco más al fuego.

—¿Y cuál es el castigo adecuado por robar un gato? —preguntó Emma mientras le daba un mordisco a su sándwich.

—En el caso de *Iglesia*, tener que quedárselo.

Emma le hizo una mueca.

—Si hubiera corteza en este sándwich te la tiraría a la cabeza.

—¿Y por qué no me tiras el sándwich?

Ella lo miró horrorizada.

—¿Y renunciar al rico queso? Nunca, nunca renunciaré al rico queso.

—Perdona. —Julian añadió otro leño al fuego. Una burbuja de felicidad se le hinchó en el pecho, dulce y familiar.

—Queso tan rico no se encuentra todos los días —lo informó ella—. ¿Y sabes lo que lo haría incluso mejor?

—¿Qué? —Se acuclilló.

—Otro sándwich. —Le tendió el plato vacío, riendo. Él lo cogió, y fue un momento totalmente normal, pero también todo lo que él había deseado y nunca se había permitido imaginar: un hogar, con Emma; reír juntos frente al fuego.

Lo único que lo mejoraría sería tener a sus hermanos y hermanas en algún lugar cercano, donde pudiera verlos todos los días; donde pudiera cruzar espadas con Livvy, ver pelis con Dru y enseñar a Tavvy a usar la ballesta. Donde pudiera observar animales con Ty, cangrejos ermitaños en la orilla del mar, corriendo bajo sus conchas. Donde pudiera cocinar enormes cenas con Mark y Helen y Aline, y comer todos juntos, bajo las estrellas, en el aire del desierto.

Donde pudiera oír el mar, como podía oírlo en ese momento. Y donde pudiera ver a Emma, siempre a Emma, su mitad mejor y más brillante, que templaba su crueldad, que lo obligaba a reconocer que había luz donde él solo veía oscuridad.

Pero tendrían que estar todos juntos, pensó. Ya hacía tiempo, los trozos de su alma se habían repartido, y cada fragmento vivía en uno de sus hermanos y hermanas. Excepto el que vivía en Emma, que había sido grabado a fuego por la llama de la ceremonia de *parabatai* y la presión de su propio corazón.

Pero era imposible. Algo imposible que jamás podría ocurrir. Incluso si por algún milagro su familia salía de todo eso indemne y unida, y si Helen y Aline podían regresar con ellos; incluso entonces, Emma, su Emma, tendría algún día su propia familia y su propia vida.

Se preguntó si sería su *suggenes*, si la acompañaría al altar el día de su boda. Era lo normal entre *parabatai*.

La idea le hizo sentir como si mil cuchillas lo rajaran por dentro.

—¿Recuerdas —estaba diciendo ella con su voz suave y burlona— cuando dijiste

que podía meter a *Iglesia* en clase sin que Diana se percatase, y luego te mordió en medio de la lección sobre Jonathan Cazador de Sombras?

—En absoluto. —Volvió a sentarse en el suelo, con uno de los diarios en la mano. El calor de la sala, el olor a té y pan quemado, el resplandor del fuego sobre el cabello de Emma, le estaban dando sueño. Era tan intensamente feliz como desgraciado, y lo agotaba sentirse arrastrado en dos direcciones contrarias al mismo tiempo.

—Pegaste un grito —continuó ella—. Y le dijiste a Diana que era porque te entusiasmaba aprender.

—¿Hay alguna razón por la que recuerdes todas y cada una de las cosas vergonzosas que me suceden? —le preguntó él en voz alta.

—Alguien tiene que hacerlo —repuso ella. La curva de su rostro se veía rosada bajo la luz del fuego. El brazalete de vidrio en la muñeca de Julian destelló, frío contra su mejilla cuando bajó la cabeza.

Lo había asustado pensar que sin Cristina allí se pelearían y discutirían; que estarían tensos y molestos el uno con el otro. Sin embargo, todo era perfecto. Y a su manera, eso era mucho peor.

El dolor despertó a Mark a medianoche, la sensación de que tenía una pulsera de clavos en la muñeca.

Estuvieron trabajando hasta tarde en la biblioteca, Magnus concentrado en la receta para el antídoto del hechizo de unión y el resto hojeando antiguos volúmenes sobre el *Libro Negro*. La combinación de los recuerdos del cristal *aletheia* y la información de las notas que Emma y Julian habían enviado comenzaba a crear un retrato más completo de Annabel y Malcolm, pero Mark no pudo evitar preguntarse si todo eso servía para algo. Lo que necesitaban era el *Libro Negro*, y aun cuando su historia estuviera tejida en el pasado, ¿ayudaría eso a que los Blackthorn lo hallaran en el presente?

Por el lado positivo, consiguió convencer a Kieran de que tomara casi por completo unos sándwiches que Alec había comprado en un café de Fleet Street, a pesar de que se pasó todo el rato quejándose de que el zumo no era en realidad zumo y que ese *chutney* no existía.

—Eso no es posible —dijo, lanzando una mirada suspicaz a su sándwich.

En ese momento estaba dormido, hecho un ovillo entre un lío de mantas bajo la ventana de la habitación de Mark, la cabeza apoyada en un montón de libros de poesía que había cogido de la biblioteca. Casi todos estaban firmados en el interior de la cubierta por un tal James Herondale, que había copiado pulcramente allí sus versos favoritos.

Mark notaba que le palpitaba de nuevo la muñeca, y con el dolor llegó la sensación de inquietud.

«Cristina», pensó. Casi no habían hablado en todo el día, evitándose. En parte era por Kieran, pero sobre todo por el hechizo de unión, la terrible realidad de su existencia.

Mark se levantó y se puso unos vaqueros y una camiseta. No podía dormir, no así, preocupado por ella. Descalzo, fue por el pasillo hasta la habitación de Cristina.

Pero estaba vacía. La cama seguía hecha, la colcha estirada y sin una arruga, con la luz de la luna iluminándola.

Perplejo, continuó por el pasillo, permitiendo que lo guiara el hechizo de unión. Era como seguir la música de una fiesta de hadas desde la distancia. Casi podía oírla: Cristina estaba en el Instituto, en alguna parte.

Pasó ante la puerta de la habitación de Kit y oyó voces y a alguien riéndose: Ty. Pensó en el modo en que Ty había parecido necesitarlo cuando acababa de llegar, pero esa necesidad ya había desaparecido: Kit había hecho una especie de magia rara, redondeando las esquinas que tenían los mellizos hasta formar un trío que se equilibraba a sí mismo. Ty ya no miraba a Mark de la misma manera, como si estuviera buscando a alguien que lo entendiera.

Y eso era bueno, pensó Mark mientras bajaba los escalones de dos en dos. Porque él no estaba en condiciones de entender a nadie. Ni siquiera se entendía a sí mismo.

Un largo pasillo lo llevó a una puerta doble pintada de blanco, con una de las hojas entornada. Al otro lado se abría una enorme sala, polvorienta y en penumbra.

Era evidente que no se había usado en muchos años, aunque, aparte del polvo, estaba limpia. La mayor parte de los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas. Unas ventanas de arco daban al patio, y a una noche que relucía de estrellas.

Cristina estaba allí, en medio de la sala, mirando hacia una de las arañas de luz del techo. Había tres en fila, apagadas pero lanzando destellos desde las lágrimas de cristal.

Mark dejó que la puerta se cerrara tras él y ella se volvió. No pareció sorprendida al verlo. Llevaba un sencillo vestido negro que parecía hecho para alguien más bajo que ella, y tenía el pelo recogido en lo alto, apartado de la cara.

—Mark —dijo—. ¿No podías dormir?

—No mucho. —Él se miró la muñeca como arrepentido, aunque el dolor había desaparecido ahora que se hallaba con Cristina—. ¿Has sentido lo mismo?

Ella asintió. Le brillaban los ojos.

—Mi madre siempre decía que el salón de baile del Instituto de Londres era la estancia más bonita que jamás había contemplado. —Miró a su alrededor, al papel de rayas de la pared, a las pesadas cortinas de terciopelo corridas de las ventanas—. Pero debió de haberlo visto cuando estaba vivo y lleno de gente. Ahora parece el castillo de la Bella Durmiente. Como si la Guerra Oscura lo hubiera rodeado de espinos y hubiese permanecido dormido desde entonces.

Mark le tendió la mano. La herida del hechizo le rodeaba la muñeca igual que el brazalete de cristal marino de Julian rodeaba la suya.

—Despertémoslo —propuso él—. Baila conmigo.

—Pero no hay música —repuso ella. Aunque se movió un poco hacia él mientras hablaba.

—He bailado en muchas fiestas de hadas —explicó él— en las que no había ni flauta de violín; donde solo teníamos la música del viento y las estrellas. Te puedo enseñar.

Cristina se acercó a él. El colgante dorado que llevaba al cuello resplandecía.

—Qué mágico —exclamó, y sus ojos eran enormes, oscuros y traviosos—. O también puedo hacer esto.

Cogió el móvil y apretó unos cuantos botones. La música comenzó a salir por los pequeños altavoces. No sonaba fuerte, pero Mark podía sentirla; no era una canción que conociera, pero era rápida y enérgica y le hacía vibrar la sangre.

Tendió las manos. Cristina, después de dejar el móvil sobre el alféizar de la ventana, se las cogió, riendo cuando él tiró de ella hacia sí. Sus cuerpos se tocaron ligeramente por un momento. Y ella giró, soltándose y haciendo que la siguiera. Si Mark pensó en algún momento que sería él el que la llevaría, se dio cuenta enseguida de que se había equivocado.

Fue tras ella mientras Cristina se movía ondeante como el fuego, siempre justo por delante de él, girando hasta que el pelo se le soltó de los clips y le cayó alrededor del rostro. Las arañas brillaban en lo alto como lluvia. Mark le cogió la mano. La hizo rodar en círculo, sus cuerpos rozándose al girar, y luego la tomó por las caderas y la atrajo hacia sí.

Ella estaba entre sus brazos, moviéndose, y allí donde sus cuerpos se encontraban, Mark sentía como una chispa encendida. Todo se le fue de la cabeza excepto Cristina. La luz sobre su piel morena, su rostro sonrojado, el modo en que la falda se le levantaba al girar, dejándole entrever los suaves muslos que Mark había imaginado cientos de veces.

La cogió por la cintura y ella se dejó caer hacia atrás, como si no tuviera huesos, con el pelo rozando el suelo. Cuando volvió a incorporarse, con los ojos entrecerrados, Mark no pudo contenerse más. La atrajo con fuerza hacia sí y la besó.

Ella alzó las manos y se las hundió en el cabello, tirando de él con los dedos para acercarlo más. Cristina sabía a agua fría y clara y él bebió de su boca como si estuviera increíblemente sediento. Todo su cuerpo era un dolor desesperado, y cuando ella se apartó, Mark gruñó levemente. Ella reía, mirándolo, bailando hacia atrás con las manos extendidas. Mark sintió toda la piel tensa; estaba anhelando volver a besarla, anhelando dejar que sus manos fueran a donde sus ojos habían estado antes, recorriendo el exterior de sus largas piernas, bajo la falda, por la cintura, a lo largo de la espalda, donde los músculos eran suaves a ambos lados de la columna.

La deseaba, y era un deseo muy humano; nada de luz de luna y parajes extraños, sino ahí y en ese mismo momento. Fue tras ella y le cogió las manos.

—Cristina...

Ella se quedó inmóvil, y por un instante Mark pensó con temor que era por él. Pero Cristina miraba por encima de sus hombros. Se volvió y vio a Kieran en la puerta, apoyado en el vano, mirándolos muy fijamente a ambos.

Mark se tensó. En un momento de claridad que llegaba con retraso se dio cuenta de que se había comportado como un estúpido, alarmantemente estúpido por haber hecho lo que estaba haciendo. Pero Cristina no tenía la culpa. Si Kieran descargaba su genio contra ella...

Pero cuando Kieran habló, su tono era tranquilo.

—Mark. No tienes ni idea, ¿verdad? Deberías enseñarle cómo se hace bien.

Fue hacia ellos, un auténtico príncipe hada con toda su magnificencia. Llevaba una camisa blanca y calzas, y el oscuro cabello le caía hasta los hombros. Llegó al centro de la sala y le tendió la mano a Cristina.

—Mi señora —dijo, e hizo una reverencia—. ¿Me concede este baile?

Cristina vaciló un instante y luego asintió.

—No tienes por qué hacerlo —le susurró Mark. Ella lo miró un largo momento y luego siguió a Kieran al centro de la sala.

—Ahora —dijo este, y comenzó a moverse.

Mark no creía haber bailado con Kieran antes, no en una fiesta; siempre había tratado de ocultar su relación ante el gran mundo de Feéra. Y Kieran, si no podía bailar con la pareja de su elección, no bailaba con nadie.

Pero en ese momento estaba bailando. Y si Cristina se había movido como el fuego, Kieran se movía como el rayo. Pasado su momento de indecisión, Cristina lo siguió; él tiró de ella hacia sus brazos, la cogió, la alzó en el aire con la facilidad de su fuerza de hada, haciéndola girar a su alrededor. Cristina ahogó un grito y el rostro se le iluminó con el placer de la música y el movimiento.

Mark se quedó donde estaba, sintiéndose por igual incómodo y asombrado. ¿Qué estaba haciendo Kieran? ¿En qué estaba pensando? ¿Era eso algún tipo de reproche? Pero no lo parecía. ¿Cuánto habría visto Kieran? ¿El beso o solo el baile?

Oyó reír a Cristina. Se quedó parado. Increíble. Ella y Kieran eran como estrellas rotando juntos, solo tocándose por las puntas de los dedos, pero lanzando una lluvia de chispas y fuego cuando lo hacían. Y Kieran sonreía, sonreía de verdad. Le cambiaba la cara, le hacía parecer lo joven que era en realidad.

La música acabó. Cristina se detuvo y de repente pareció sufrir un ataque de timidez. Kieran alzó la mano para tocarle el largo cabello negro, para echárselo hacia atrás sobre el hombro de modo que pudiera inclinarse y besarle la mejilla. Ella se quedó pasmada de sorpresa.

Solo entonces, cuando ya se había apartado de ella, Kieran miró a Mark.

—Ahí está —dijo—. Así es como sabe bailar la sangre de Feéra.

—Despierta.

Kit gruñó y se dio la vuelta. Por fin había conseguido dormir y soñar algo agradable sobre estar en la playa con su padre. Aunque lo cierto era que él nunca lo había llevado a la playa, pero para eso eran los sueños, ¿no?

En el sueño, su padre lo tocaba en el hombro y le decía: «Siempre he sabido que serías un buen cazador de sombras».

No importaba que Johnny Rook hubiera preferido que su hijo se convirtiera en un asesino en serie antes que en nefilim. Mientras trataba de despertarse, Kit recordó la sonrisa de saber algo de su padre y la última vez que se la había visto: la mañana en que los demonios de Malcolm Fade hicieron pedazos a Johnny Rook.

—¿No me has oído? —La voz que despertaba a Kit se hizo más urgente—. ¡Despierta!

Kit abrió los ojos. El dormitorio estaba inundado del pálido resplandor de una luz mágica y una sombra se alzaba sobre su cama. Con el recuerdo de los demonios Mantid fresco en la memoria, se incorporó de golpe.

La sombra se apartó con rapidez hacia atrás, evitando por los pelos chocar con Kit. La luz mágica enfocó hacia arriba e iluminó a Ty, con el oscuro pelo revuelto, como si acabara de levantarse de la cama y hubiera ido al dormitorio de Kit sin peinarse. Llevaba una sudadera gris que Julian le había dado antes de irse a Cornwall, seguramente en parte por conveniencia y en parte por confort. El cable de los auriculares le salía del bolsillo y le daba la vuelta al cuello.

—Watson —dijo—. Quiero verte.

Kit gruñó y se frotó los ojos.

—¿Qué? ¿Qué hora es?

Ty dio la vuelta a la luz mágica entre los dedos.

—¿Sabías que las primeras palabras que se dijeron por teléfono fueron: «Watson, venga aquí, quiero verlo»?

—Pero un Watson del todo diferente —remarcó Kit.

—Lo sé —repuso Ty—. Solo me ha parecido interesante. —Tiró del cable de los auriculares—. Pero sí quería verte. La verdad es que tengo que hacer algo y preferiría que vinieras conmigo. Justamente fue algo que dijiste lo que me dio la idea de hacer esta búsqueda.

Kit apartó las sábanas de una patada. De todas formas, estaba durmiendo vestido, una costumbre que adquirió durante los tiempos en que alguno de los asuntos en los que su padre se encontraba involucrado había salido mal, por si acaso tenían que salir corriendo.

—¿Búsqueda? —preguntó.

—Está en la biblioteca —contestó Ty—. Te la puedo enseñar antes de que nos vayamos, si quieres.

—Me gustaría verla.

Kit bajó de la cama, se puso los zapatos y agarró una chaqueta antes de seguir a Ty por el pasillo. Sabía que debería sentirse exhausto, pero había algo en la energía

de Ty, el brillo y la concentración en su objetivo, que a Kit le causaba los mismos efectos que la cafeína. Lo despertaba por dentro con una sensación de promesa, como si el momento que tenía delante contara, de repente, con infinitas posibilidades.

En la biblioteca, Ty ocupó una de las mesas con las notas que Emma y Julian habían enviado desde Cornwall y las copias impresas de los dibujos de Annabel. A Kit le seguía pareciendo el mismo lío, pero Ty dirigió su luz mágica sobre las páginas con total seguridad.

—¿Recuerdas cuando estuvimos hablando sobre el cuervo que llevaba mensajes entre Malcolm y Annabel? ¿En el barco? ¿Y tú dijiste que no te parecía muy fiable?

—Lo recuerdo —contestó Kit.

—Me dio una idea —explicó Ty—. Eres muy bueno dándome ideas. No sé por qué. —Se encogió de hombros—. Bueno, pues nos vamos a Cornwall.

—¿Por qué? ¿Vas a exhumar al pájaro y a interrogarlo?

—Claro que no.

—Era una broma, Ty... —Kit se calló de golpe. El impacto de las palabras de Ty le llegó con retraso—. ¿Qué? ¿Adónde vamos?

—Ya sé que era una broma —contestó Ty mientras cogía una de las copias de los dibujos—. Livvy me dijo que cuando la gente hace bromas que no son divertidas, lo más educado es no hacerles caso. ¿No es cierto?

Parecía ansioso, y Kit tuvo ganas de abrazarlo, como había hecho la otra noche en el tejado.

—Sí, sí que es cierto —respondió, corriendo detrás de Ty, que ya salía de la biblioteca—. Solo que el humor es subjetivo. No todo el mundo está de acuerdo en lo que es divertido o no lo es.

Ty lo miró con sincera simpatía.

—Estoy seguro de que mucha gente te encuentra muy divertido.

—Así es, sin duda. —En ese momento bajaban a toda prisa un tramo de escalones, hacia las sombras. Kit se preguntó adónde iban, pero eso era casi indiferente; sentía la excitación chispearle en las puntas de los dedos con la promesa de una aventura—. Pero ¿Cornwall? ¿En serio? ¿Cómo? ¿Y qué hay de Livvy?

Ty no se dio la vuelta.

—No quiero que nos acompañe esta noche.

Llegaron al último de los escalones. Una puerta se abría en ese punto y daba a una enorme sala de piedra: la cripta de la catedral. El suelo y las paredes estaban hechos de grandes losas de piedra, pulidas hasta quedar suaves, y en varios pilares había agarres de latón que, casi con seguridad, antes sujetaban lámparas. Ahora la luz procedía de la piedra runa de Ty, y salía de entre sus dedos curvados.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —preguntó Kit.

—¿Recuerdas cuando me quedé en la tienda para hablar con Hypatia Vex? —preguntó Ty—. Me contó que hay un Portal permanente aquí abajo. Uno antiguo, quizá uno de los primeros, abierto alrededor de 1903. Solo va al Instituto de

Cornwall. La Clave no sabe que existe ni lo regula.

—¿Un Portal sin regular? —exclamó Kit. Ty se movía por la sala, iluminando las paredes, las grietas y los rincones con su luz mágica—. ¿No es peligroso?

Ty no respondió. Largos tapices colgaban de las paredes a intervalos. Miraba detrás de cada uno de ellos, subiendo y bajando la luz por la pared. Esta rebotaba contra la piedra e iluminaba la sala como si fueran luciérnagas.

—Por eso no quieres que Livvy venga —concluyó Kit—. Es peligroso.

Ty se irguió. Cada vez estaba más despeinado.

—Ya le han hecho daño —dijo—. Por mi culpa.

—Ty...

—Necesito encontrar el Portal. —Ty se apoyó en la pared, con los dedos tamborileando sobre ella—. He mirado detrás de todos los tapices.

—Quizá tengas que mirar en ellos —sugirió Kit.

Ty le lanzó una larga y pensativa mirada cargada de sorpresa. Kit captó un destello de sus ojos grises cuando se volvió para comenzar a examinar los tapices de nuevo. Cada uno mostraba una escena de lo que parecía un paisaje medieval: castillos, largas murallas, torres y caminos, caballos y batallas. Ty se detuvo frente a uno que mostraba un alto seto, y en medio de él había una abertura arqueada a través de la cual se podía ver el mar.

Puso la mano sobre él en un gesto vacilante e inquisitivo. Hubo un destello de luz. Kit se lanzó hacia adelante mientras el tapiz comenzaba a brillar suavemente y se volvía resplandeciente y colorido como una mancha de aceite.

Ty miró de nuevo el dibujo que sostenía en la mano, luego se volvió hacia Kit, con la otra mano estirada.

—No seas tan lento.

Kit le cogió la mano. Sus dedos se cerraron alrededor de los de Ty, cálidos y firmes. Ty dio un paso adelante para entrar en el Portal; los colores se separaban y se recomponían a su alrededor, ya era casi invisible, y apretó la mano de Kit, arrastrándolo tras él.

Kit lo cogió con fuerza. Pero en algún punto del vertiginoso caos del Portal, su mano se soltó de la de Ty. Un pánico irracional se apoderó de él y gritó algo a pleno pulmón (no estaba seguro de qué) antes de que los vientos del Portal lo enviaran, dando volteretas, a través del umbrío agujero de una puerta y lo escupieran al aire frío, sobre una pendiente de hierba húmeda.

—¿Sí? —Ty estaba de pie a su lado, mirándolo, con la luz mágica en la mano. El cielo a su espalda era distante y oscuro, parpadeando con un millón de estrellas.

Kit se puso en pie con una mueca de dolor. Se estaba acostumbrando a viajar por un Portal, pero seguía sin gustarle.

—¿Qué pasa? —Ty no miró a Kit a los ojos, pero sí le echó un vistazo por encima, como si estuviera comprobando si estaba herido—. Estabas gritando mi nombre.

—¿Sí? —Kit miró a su alrededor. Prados verdes descendían suavemente en tres direcciones, y se alzaban en la cuarta para acabar en una gran iglesia gris—. Creo que estaba preocupado por que te perdieras en el Portal.

—Eso solo ha pasado unas cuantas veces. Estadísticamente, es muy poco probable. —Ty alzó su luz mágica—. Ese es el Instituto de Cornwall.

En la distancia, Kit vio el reflejo de la luna sobre el agua negra. El mar. Sobre ellos, la iglesia era un montón de piedras grises con las ventanas rotas y una desaparecida puerta principal. La torre de la iglesia se alzaba apuñalando las veloces nubes, iluminada desde detrás por la luna. Silbó entre dientes.

—¿Cuánto tiempo lleva abandonado?

—Solo unos años. No hay suficientes cazadores de sombras para llenar todos los Institutos. No desde la Guerra Oscura. —Ty pasaba la mirada del dibujo que tenía en la mano a los alrededores. Kit vio los restos de un jardín abandonado: las ortigas crecían entre rosales resecos, hierba demasiado alta que necesitaba ser cortada, moho cubriendo las docenas de estatuas que estaban repartidas por el jardín como víctimas de la Medusa. Un caballo se encabritaba junto a un chico con un pájaro en la muñeca. Una mujer de piedra sujetaba una elegante sombrilla. Pequeños conejitos asomaban el hocico entre los hierbajos.

—¿Y vamos a entrar? —preguntó Kit dudoso. No le gustaba el aspecto de las ventanas oscuras—. ¿No sería mejor que volviéramos durante el día?

—No, no vamos a entrar. —Ty alzó el dibujo que llevaba consigo. Bajo la luz mágica, Kit pudo ver que era un boceto a tinta del Instituto y los jardines, realizado durante las horas diurnas. El lugar no había cambiado mucho en doscientos años. Los mismos rosales, las mismas estatuas. Sin embargo, parecía como si el dibujo hubiera sido hecho en invierno, porque las ramas de los árboles eran como esqueletos—. Lo que necesitamos está aquí fuera.

—¿Qué necesitamos? —preguntó Kit—. Dímelo, por favor. Explícame qué tiene esto que ver con mi comentario sobre que los cuervos no eran de fiar.

—Y realmente deben de ser poco fiables. Pero la cosa es que Malcolm no dijo que el cuervo estuviera vivo, o que fuera un pájaro real. Solo lo supusimos.

—No, pero... —Kit se detuvo. Había estado a punto de decir que no tenía ningún sentido darle tus mensajes a un cuervo muerto, pero algo en la mirada de Ty lo hizo callar.

—En realidad, tendría más sentido para ellos dejar los mensajes en un lugar oculto —explicó Ty—, uno al que ambos pudieran acceder con facilidad. —Cruzó el prado hacia la estatua del chico con el pájaro en la muñeca.

Una pequeña sacudida recorrió a Kit. No sabía mucho de pájaros, pero este estaba tallado en piedra negra reluciente. Y se parecía mucho a los dibujos de cuervos que había visto.

Ty pasó los dedos sobre el pájaro de piedra. Se oyó un clic y un rechinar de goznes. Kit corrió para ver cómo Ty acababa de abrir una pequeña abertura en el

lomo del pájaro.

—¿Hay algo dentro?

Ty negó con la cabeza.

—Está vacío. —Se llevó la mano al bolsillo, sacó un papel doblado y lo dejó caer en la abertura antes de volver a cerrarla.

Kit se quedó sorprendido.

—Has dejado un mensaje.

Ty asintió. Dobló el dibujo y se lo metió en el bolsillo. La mano en la que llevaba la luz mágica se le balanceaba libremente a un costado. Su luz quedaba atenuada porque la luna iluminaba lo suficiente para que ambos pudieran ver.

—¿Para Annabel? —preguntó Kit.

Ty vaciló.

—No se lo digas a nadie —contestó al final—. Es solo una idea que se me ha ocurrido.

—Ha sido muy buena —repuso Kit—. Muy muy buena; no creo que a nadie más se le hubiera ocurrido lo de la estatua.

—Pero puede ser que no dé resultado —dijo Ty—. Y en ese caso, habré fracasado. Y prefiero que nadie lo sepa. —Comenzó a murmurar para sí, como hacía a veces.

—Yo lo sabré.

Ty dejó de murmurar.

—Si eres tú, no me importa —aseguró.

Kit quiso preguntarle por qué no; quería preguntárselo con toda su alma, pero Ty parecía no estar seguro de saber la respuesta. Y seguía murmurando, el mismo flujo de palabras que estaba entre un susurro y una canción.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Kit por último, no muy seguro de que preguntárselo fuera lo correcto, pero incapaz de evitar la curiosidad.

Ty miró a la luna a través de las pestañas. Eran gruesas y oscuras, casi como las de un niño. Le daban a su rostro una expresión de inocencia que lo hacía parecer más joven; un extraño efecto que no cuadraba con su mente casi espantosamente aguda.

—Solo palabras que me gustan —contestó Ty—. Si las digo para mí, hacen que mi mente... se calle un poco. ¿Te molesta?

—¡No! —se apresuró a decir Kit—. Solo tenía curiosidad por saber qué palabras te gustan.

Ty se mordió el labio. Durante un momento, Kit pensó que no iba a decirle nada.

—No es el significado, solo el sonido —le explicó—. Sombra, cristal, vidrio, estrella, susurro, mellizo. —Apartó la mirada de Kit, una temblorosa silueta en una sudadera demasiado grande con el oscuro pelo absorbiendo la luz de la luna sin reflejarla.

—Susurrar también es lo mío —le confesó Kit. Dio un paso hacia Ty y le tocó el hombro con suavidad—. Nube, secreto, huracán, espejo, castillo, espino.

—Blackthorn —dijo Ty con una sonrisa deslumbrante, y Kit supo en ese momento que cualquier cosa que se hubiese dicho a sí mismo durante los últimos días sobre escaparse, no era más que una mentira. Y quizá era a esa mentira a la que Livvy había respondido con su actitud en el exterior de la tienda de magia; contra la semilla en el corazón de Kit que le decía que aún podría marcharse.

Pero ahora ya podía tranquilizarla. No iba a dejar a los cazadores de sombras. No se iba a ninguna parte. Porque donde se hallaran los Blackthorn, ese era ahora su hogar.

22

EL MÁS IMPÍO

Cuando Emma se despertó a la mañana siguiente, descubrió que había conseguido no hacerse un nudo alrededor de Julian mientras dormía. Progreso. Quizá fuera porque pasó toda la noche entre terribles pesadillas en las que volvía a ver su padre, y él se arrancaba la piel del rostro para revelar que, en realidad, se trataba de Sebastian Morgenstern.

—«Luke, soy tu padre» —murmuró, y oyó reír a Julian con suavidad.

Se puso en pie para buscar sus cosas y no tener que verlo levantarse adorablemente adormilado y con el pelo revuelto. Se cambió en el despacho mientras Julian se duchaba, y se encontraron para un rápido desayuno de tostadas y zumo antes de salir en busca de Annabel.

Ya era casi mediodía y el sol estaba alto en el cielo cuando llegaron a la iglesia de Porthallow. Al parecer, lo que estaba «cerca» para los piskies no era lo que los humanos llamarían «aquí al lado». Aunque Emma seguía oyendo la aguda voz del piskie en la cabeza. «Cerca de muerte», había dicho. Fuera lo que fuese que significara eso, no le gustaba cómo sonaba.

La iglesia estaba construida sobre el acantilado de un cabo. El mar se extendía en la distancia, una alfombra de un azul opaco. Las nubes salpicaban de blanco el cielo, como una bola de algodón que alguien hubiera destrozado y esparcido. El aire estaba cargado del zumbido de las abejas y el aroma de las flores silvestres tardías.

En la zona alrededor de la iglesia la vegetación crecía descuidada, pero el edificio en sí estaba bastante bien conservado, a pesar de haber sido abandonado. Las ventanas estaban cuidadosamente selladas con tablas de madera, y un cartel que decía NO PASAR. PROPIEDAD PRIVADA. ESTÁS COMETIENDO UNA INFRACCIÓN estaba clavado en la puerta delantera. Casi al lado de la iglesia se encontraba el cementerio, con sus lápidas grises y gastadas por la lluvia casi invisibles entre la alta hierba. La torre de la iglesia se recortaba en un solitario relieve contra el cielo. Emma se ajustó a *Cortana* a la espalda y se volvió hacia Julian, que miraba, ceñudo, el móvil de Emma.

—¿Qué estás mirando?

—Wikipedia. «La iglesia de Porthallow está situada sobre el mar, en lo alto de un acantilado de Talland, cerca de Polperro, en Cornwall. El altar de la iglesia se dice que data de la época del rey Mark, famoso por ser el marido de Isolda, la enamorada de Tristán, y se construyó sobre la intersección de líneas ley».

—¿Wikipedia sabe lo de las líneas ley? —Emma recuperó su móvil.

—Wikipedia lo sabe todo. Debe de estar hecha por brujos.

—¿Crees que es eso lo que hacen todo el día en el Laberinto Espiral? ¿Escribir en Wikipedia?

—Admito que resultaría un poco decepcionante.

Emma señaló la iglesia mientras se metía el teléfono en el bolsillo.

—¿Así que esta es otra convergencia?

Julian negó con la cabeza.

—Una convergencia es donde todas las líneas ley de la zona se unen. Esto es una intersección: dos líneas ley que se cruzan. Pero sigue siendo un lugar de poder. — Bajo el brillante sol, cogió un cuchillo serafín de su cinturón de armas y lo mantuvo al costado mientras se acercaban a la entrada.

—¿Sabes qué le vas a decir a Annabel? —susurró Emma.

—No tengo ni idea —contestó Julian—. Supongo que... —Se calló de golpe. Había algo en sus ojos, una mirada preocupada.

—¿Pasa algo? —le preguntó Emma.

Llegaron a la puerta de la iglesia.

—No —contestó Julian después de un largo momento, y aunque Emma sabía que no era cierto, no dijo nada. Pero por si acaso, desenvainó a *Cortana*.

Julian empujó la puerta con el hombro. El pequeño candado que la cerraba cedió y se encontraron dentro, él unos pasos por delante de Emma. El interior de la iglesia abandonada estaba oscuro como boca de lobo.

—*Arariel* —murmuró Julian, y el cuchillo serafín se encendió como una pequeña antorcha iluminando el interior.

En un lado había un arco de piedra, donde estaban arrinconados los bancos. La piedra estaba tallada con delicados dibujos de hojas. La nave y el transepto, donde por lo general se situaba el altar, quedaban entre las profundas sombras.

Emma oyó a Julian inspirar con fuerza.

—Aquí es donde Malcolm resucitó a Annabel —dijo—. Lo recuerdo de cuando lo vi en el cristal mágico. Aquí es donde murió Arthur.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Julian inclinó la cabeza—. *Ave atque vale*, Arthur Blackthorn. —Su voz estaba cargada de pesar—. Moriste valientemente por tu familia.

—Jules... —Emma quiso acercarse y tocarlo, pero él ya se había erguido, cualquier pena que pudiera sentir oculta bajo el manto de ser nefilim.

—No sé por qué Annabel querría quedarse aquí —dijo mientras movía el cuchillo serafín de un lado al otro por el interior de la iglesia—. Este lugar no le puede traer buenos recuerdos.

—Pero si necesita desesperadamente un lugar en el que ocultarse...

—Mira. —Julian señaló el altar. Apoyado sobre una losa de granito de bastantes palmos de grosor, había un tablero de madera y algo destacaba encima. Un papel doblado, clavado allí con un cuchillo.

El nombre de Julian estaba escrito por una mano femenina.

Emma arrancó el papel y se lo pasó a Julian, que lo desdobló muy deprisa y lo sujetó de modo que ambos pudieran leerlo bajo la luz del cuchillo:

Julian:

Podrías considerar esto como un examen. Si estás aquí, leyendo esta nota, es que lo has suspendido.

Emma oyó a Julian inspirar con fuerza. Siguieron leyendo:

Les dije a los piskies que estaba viviendo aquí, en la iglesia. No es cierto. No permaneceré donde tanta sangre ha sido derramada. Pero sabía que no podrías dejar de buscar mi paradero, que les preguntarías a los piskies dónde me hallo, que no dejarías de buscarme.

A pesar de haberte pedido que no lo hicieras.

Ahora estás en este lugar. Quisiera que no fuera así, porque no fui lo único que despertó Malcolm Fade con la sangre de tu tío. Pero tienes que ver por ti mismo lo que el *Libro Negro* puede hacer.

ANNABEL

Cristina estaba sentada en el alféizar de la ventana, leyendo, cuando miró hacia fuera y vio una silueta oscura y familiar colándose por la verja principal.

Llevaba varias horas en la biblioteca, revisando concienzudamente los libros en los idiomas que conocía mejor: español, griego antiguo, castellano antiguo y arameo, en busca de menciones del *Libro Negro*. Aunque no podía concentrarse.

Recuerdos de la noche anterior la asaltaban sin previo aviso en cualquier momento, como le ocurrió cuando le estaba pasando la sal a Ty y casi se la tiró encima. ¿Realmente había besado a Mark? ¿Bailado con Kieran? ¿Disfrutado bailando con Kieran?

No, pensó, debía ser sincera consigo misma. Le había gustado. Fue como cabalgar con la Cacería Salvaje. Se sintió como si se hubiese salido de su propio cuerpo, girando entre las estrellas y las nubes. Fue como los cuentos de las fiestas de las hadas que su madre le contaba cuando era una niña, en las que los mortales se perdían a sí mismos en las danzas de las hadas y morían por la arrebatadora alegría que les proporcionaban.

Dejó el libro con un suspiro. Tampoco ayudaba el estar sola en la biblioteca. Magnus se hallaba en la enfermería, donde Mark lo estaba ayudando a preparar el equipo para mezclar los ingredientes para la cura del hechizo de unión, y Dru estaba ayudando a Alec con los niños en una de las habitaciones de invitados. Livvy, Ty y Kit habían ido a recoger su encargo a la tienda de Hypatia Vex. Bridget había estado entrando y saliendo con bandejas de sándwiches y té, mascullando que no daba abasto y que la casa estaba más concurrida que una estación de tren. Kieran se encontraba... en alguna parte.

Cristina se había acostumbrado a cierta cantidad de caos controlado en Los Ángeles, pero se encontró añorando la tranquilidad del Instituto de Ciudad de

México, el silencio del jardín de rosas de su madre, e incluso las perezosas tardes que había pasado con Diego, y a veces con Jaime, en el bosque de Chapultepec.

Y echaba de menos a Emma. Sus pensamientos eran un torbellino de confusión; todo lo era, y quería poder hablar con Emma, que le trenzara el cabello mientras le contaba chistes estúpidos y la hacía reír. Quizá Emma fuera capaz de ayudarla a entender lo que había pasado la noche anterior.

Fue a coger el móvil, pero apartó la mano. No iba a comenzar a escribirle mensajes a Emma con todos sus problemas, sobre todo cuando se hallaban en medio de tantas cosas. Decidida, miró por la ventana y vio a Kieran cruzando el patio.

Iba vestido completamente de negro. Cristina no sabía de dónde habría sacado esa ropa, pero lo hacía parecer una delgada sombra bajo el cielo gris y lluvioso que había reemplazado el azul de la mañana. El pelo de Kieran era negro azulado y llevaba las manos enfundadas en unos guantes.

La verdad era que no existía ninguna regla que impidiera a Kieran salir del Instituto. Pero él odiaba la ciudad, había dicho Mark. Hierro puro y acero por todas partes. Y además, se suponía que debían mantenerlo a salvo junto a ellos, no dejar que se escabullera antes de que hubiera testificado ante la Clave. Ni dejar que le pasara nada.

Y tal vez Kieran estuviera mal. Quizá estuviera enfadado con Mark, celoso, aunque no lo hubiera mostrado la noche anterior. Cristina bajó del alféizar. Kieran ya estaba cruzando la verja, saliendo a las lluviosas sombras de más allá, donde pareció titilar y desaparecer, como hacían las hadas.

Cristina salió disparada de la biblioteca. Creyó oír a alguien llamándola mientras corría por el pasillo, pero no se atrevió a detenerse. Kieran era rápido. Lo perdería.

No había tiempo para dibujarse una runa de sigilo, ni para recoger su estela. Bajó corriendo la escalera y agarró una chaqueta que colgaba de un gancho en el vestíbulo. Se la puso sin dejar de correr y salió al patio.

Una palpitación dolorosa le atravesó la muñeca, un dolor de advertencia de que se estaba alejando de Mark. No le hizo caso y salió a la calle siguiendo a Kieran.

Quizá este no estuviera haciendo nada malo, se dijo a sí misma, tratando de ser justa. No estaba prisionero en el Instituto. Tal vez Mark estuviera al corriente de que iba a salir.

Kieran avanzaba deprisa por una estrecha calle, de sombra en sombra. Había algo furtivo en su modo de moverse, Cristina estaba segura de ello.

Se mantuvo pegada a la pared mientras lo seguía. Las calles estaban desiertas, húmedas por la llovizna. Sin una runa de *glamour*, Cristina era muy consciente de que no tenía que ser vista por ningún mundano. Sus runas eran muy visibles y no estaba segura de que los mundanos no fueran a reaccionar de un modo que advirtiera a Kieran de su presencia.

La preocupaba que finalmente llegaran a calles más concurridas y pudieran verla. El brazo ya no solo le palpitaba; un dolor agudo se lo atravesaba, como si le

estuvieran estrechando un alambre de acero alrededor de la muñeca.

Sin embargo, mientras Kieran se adentraba más en el corazón de la ciudad, las calles parecían ir haciéndose más estrechas en vez de más anchas. Las luces eléctricas se volvieron más tenues. Las pequeñas vallas de hierro alrededor de los árboles desaparecieron y las ramas altas comenzaron a encontrarse de uno a otro lado de las calles, formando un toldo verde.

Kieran siguió caminando delante de ella sin vacilar, una sombra entre las sombras.

Finalmente llegaron a una plaza de edificios de ladrillo orientados hacia el centro de la misma, con las fachadas cubiertas de hiedra y emparrados verdes. La plaza la ocupaba un parquecillo de verde habitual en las ciudades: unos cuantos árboles, hierba cuidada y una fuente de piedra en el medio. Cristina se colocó detrás de un árbol, apretándose contra el tronco, y miró por el lado a Kieran.

Este se había detenido junto a la fuente, y alguien cubierto por una capa verde se le estaba acercando, sin prisa, desde el otro extremo del parquecillo. Su rostro le resultó conocido: tenía la piel marrón y unos ojos que brillaban incluso en la oscuridad. Las manos eran largas y delgadas; bajo la capa, vestía un jubón bordado con la corona rota de la corte noseelie. Era Adaon.

—Kieran —dijo como con cansancio—. ¿Por qué me has llamado?

Este le hizo una pequeña reverencia. Cristina pudo notar que estaba nervioso. La sorprendió darse cuenta de que conocía a Kieran lo suficiente para saber cuándo estaba nervioso. Hasta hacía poco era casi un desconocido para ella.

—Adaon, hermano mío —dijo—. Necesito tu ayuda. Necesito lo que sepas sobre hechizos.

El hermano de Kieran arqueó una ceja.

—Yo que tú no iría haciendo hechizos en la tierra de los mundanos, pequeño oscuro. Estás entre los nefilim, y ellos lo desaprobarán, como lo harán los brujos y las brujas de este lugar.

—No deseo realizar ningún hechizo. Quiero deshacer uno. Un hechizo de unión.

—Ah —repuso Adaon—. ¿Y a quién une?

—A Mark —contestó Kieran.

—Mark —repitió Adaon con cierto tono de burla en la voz—. ¿Qué tiene de especial para importarte si está unido o no? ¿O debería estar unido solo a ti?

—No querría eso —respondió Kieran con ferocidad—. Nunca desearía eso. Debe amarme libremente.

—La unión no es amor, aunque puede revelar sentimientos que de otro modo se entierran. —Adaon parecía pensativo—. No había imaginado que te oiría hablar así, pequeño oscuro. Cuando eras niño, tomabas lo que querías sin pensar en el coste.

—Nadie en la Cacería Salvaje permanece niño —replicó Kieran.

—Es una pena que te enviaran allí —dijo Adaon—. Habrías sido un buen rey después de nuestro padre, y la corte te quería.

Kieran negó con la cabeza.

—No deseaba ser el rey.

—Porque tendrías que dejar a Mark —replicó Adaon—. Pero todo rey tiene que renunciar a algo. Es lo que significa ser rey.

—Pero ser rey no significa nada para mí. —Kieran echó la cabeza hacia atrás para mirar a su hermano, más alto—. Creo que tú eres quien debería gobernar, hermano. Alguien que trajera la paz a las Tierras.

—No me has llamado solo por un hechizo de unión, ¿verdad? —quiso saber Adaon—. Hay algo más en todo esto. Nuestro padre cree que te has refugiado con los cazadores de sombras para escapar de su ira; y lo admito, yo he supuesto lo mismo. ¿Hay algo más?

—Podría ser —contestó Kieran—. Sé que no harás nada contra nuestro padre, pero también sé que no eres como él, ni lo consideras un gobernante justo. Si el trono estuviera vacío, ¿lo aceptarías?

—Kieran... —replicó Adaon—. Esas no son cosas de las que debemos hablar.

—Durante tanto tiempo se ha derramado sangre... y sin ninguna esperanza —dijo Kieran—. Esto no solo tiene que ver con mi seguridad. Debes creerlo.

—¿Qué estás planeando, Kieran? —preguntó Adaon—. ¿En qué lío te has metido ahora?

Una mano cubrió la boca de Cristina. Otro brazo la rodeó, sujetándola con fuerza. Su cuerpo se dobló por la sorpresa y notó que la presión del brazo que la sujetaba se reducía. Echó la cabeza hacia atrás y sintió que su cráneo conectaba con el rostro de alguien. Se oyó un aullido de dolor.

—¿Quién está ahí? —Adaon se volvió, con la mano ya en la empuñadura de la espada—. ¡Muéstrate!

Algo rozó el cuello de Cristina, algo largo y afilado. La hoja de un cuchillo. Cristina se quedó inmóvil.

—Deberíamos irnos —susurró Emma. No le preguntó a Julian a qué se refería Annabel. Sospechaba que ambos lo sabían.

Algo oscuro y de aspecto baboso destelló a la altura del crucero, algo que se movía con una fluidez grotesca. El interior de la iglesia pareció oscurecerse. Emma arrugó la nariz: el olor a podrido de la presencia demoníaca estaba de repente por todas partes, como si hubieran abierto una caja llena de una horrible mezcla.

El rostro de Julian se veía entre pálido y luminoso en las sombras. Arrugó la carta en la mano y comenzó a retroceder para salir de la iglesia, dando cuidadosos pasos. El cuchillo serafín les ofrecía una iluminación titilante. Estaban a medio camino de la salida cuando se oyó un enorme estruendo: las dos hojas de la gran puerta se habían cerrado de golpe.

Emma oyó la risita tenue de un piskie.

Se volvieron justo cuando el altar se volcaba y se estrellaba contra el suelo con un chasquido ensordecedor.

—Tú por la izquierda —susurró Emma—. Yo por la derecha.

Julian se alejó sin hacer ruido. Emma aún sentía su presencia cercana. A medio camino entre el pueblo y la iglesia, con la bahía de Talland al fondo, se habían detenido para dibujarse runas mutuamente. En ese momento, las runas le cosquillearon activas mientras Emma se metía entre los bancos y recorría la pared interior de la iglesia.

Había llegado a la nave. Las sombras se hacían más densas ahí, pero su runa de visión nocturna estaba activa y le resultaba más fácil ver en la oscuridad. Vio el altar volcado, la enorme mancha de sangre seca que oscurecía el suelo de piedra. Se veía la huella de una mano ensangrentada en uno de los pilares cercanos. Hacía pensar en algo malo y horrible dentro de una iglesia como esa; como si fuera un Instituto profanado.

En Sebastian, derramando sangre en el umbral del bastión de los cazadores de sombras en Los Ángeles.

Hizo una mueca de dolor, y solo durante el instante que duró ese recuerdo, no prestó la suficiente atención. Algo se movió en el borde de su campo de visión en el mismo momento que la voz de Julian le estallaba en los oídos:

—¡Emma, cuidado!

Se lanzó hacia un lado, apartándose de la parpadeante sombra. Cayó sobre el altar volcado y al volverse vio un horror ondeante que se alzaba frente a ella. Era escarlata y negro, del color de la sangre; era sangre, acumulada en un coágulo pastoso, con dos ojos blancos y ardientes. Las manos acababan en dos extremos planos como una pala de jardín, cada una con una única garra negra saliendo de ella. Estas goteaban una especie de baba fina y luminosa.

La cosa habló. De su boca, una raja negra en el rostro escarlata, manó sangre.

—Soy Sabnock de Thule. ¿Cómo osas estar ante mí, feo humano?

A Emma la sorprendió que no la llamara «cazadora de sombras»; la mayoría de los demonios conocían a los nefilim. Pero no mostró sorpresa.

—Vaya, qué grosero —replicó—. Me siento herida.

—No comprendo tus palabras.

Sabnock se deslizó hacia ella. Emma retrocedió sobre el altar. Notaba a Julian en algún lugar a su espalda; sabía que estaba allí sin necesidad de mirar.

—Les pasa a muchos —contestó Emma—. Es lo duro de ser sarcástico.

—La sangre me ha traído aquí —dijo la cosa—. Sangre es lo que soy. Sangre derramada con odio e ira. Sangre derramada de amor frustrado. Sangre derramada en desesperación.

—Eres un demonio —replicó Emma. Desenvainó a *Cortana* y la sostuvo firme y recta—. No necesito saber por qué o cómo. Solo necesito que regreses al lugar donde estabas antes.

—¡Vine de la sangre y a la sangre retornaré! —rugió el demonio, y saltó, garras y dientes preparados. Emma ni siquiera se había dado cuenta de que tenía dientes, pero ahí estaban, como esquilas de cristal rojo.

Emma saltó dando una voltereta hacia atrás, alejándose de la criatura. Esta golpeó el altar con el sonido de un fluido chocando contra algo sólido. El mundo rodó alrededor de Emma mientras giraba en el aire. Se sentía totalmente fría hasta los huesos, la helada calma de la batalla que ralentizaba todo lo que la rodeaba.

Aterrizó de pie y se irguió. El demonio estaba agachado junto al borde del altar, gruñendo por lo bajo. Saltó de nuevo, y esta vez Emma le lanzó un tajo, un rápido golpe hacia arriba.

Cortana no encontró resistencia. Se deslizó a través del hombro de la criatura y la sangre salpicó a Emma en la muñeca y el antebrazo. Pegajosa, coagulada, asquerosa. Emma reprimió una arcada mientras la cosa giraba como un tornado, proyectando como un látigo su garra reluciente. Fueron girando sobre el suelo de la iglesia en una especie de danza, *Cortana* destellando. Era imposible herir a esa cosa; un corte o un tajo solo abrían un agujero temporal, como una marca en el agua, que se cerraba inmediatamente.

Emma no se atrevía a apartar los ojos del demonio para buscar a Julian con la mirada. Sabía que estaba allí, pero lo sentía lejos, como si se hubiera ido al otro lado de la iglesia. Tampoco podía ver la estrella distante y resplandeciente de su cuchillo serafín.

«Jules —pensó—. Un poco de ayuda ahora sería buena idea».

Con un rugido de frustración, el demonio cargó de nuevo. Emma le asestó un golpe sobre la cabeza con las dos manos y el demonio aulló: le había roto unos cuantos dientes. Un dolor agudo le recorrió el brazo a Emma. Retorció la espada, hundiéndola en la cabeza del demonio, respirando el placer de sus gritos.

La luz estalló en el mundo. Emma se tambaleó hacia atrás, con los ojos ardiéndole. Un cuadrado se estaba abriendo en el techo, deslizándose como el de un coche. Vio una sombra contra el sol: Julian, colgado de una de las vigas más altas de la iglesia, y luego la luz cayó como una lanza a través del agujero y el demonio comenzó a arder.

Gritó mientras se quemaba. Con los bordes ennegrecidos, se tambaleó hacia atrás. La iglesia empezó a apestar a sangre hervida. Julian saltó de las vigas y aterrizó sobre el altar. En una mano sostenía la estela y el cuchillo serafín en la otra.

Emma extendió la mano libre hacia él. Julian supo qué quería sin necesidad de preguntar. El cuchillo serafín trazó un arco en el aire hacia ella como un cohete. Emma lo cogió, giró sobre sus talones y hundió la hoja en el ya debilitado demonio en llamas.

Con un último grito, este desapareció.

El silencio que reinó después fue anonadante. Emma tragó con fuerza, tratando de parar el pitido en sus oídos, y se volvió hacia Jules.

—Eso ha sido asombroso...

Jules saltó del altar y le sacó de la mano el cuchillo serafín manchado de icor. Este ya comenzaba a deformarse, ahogado con la sangre del demonio. Julian lo tiró y le cogió la mano a Emma; le dio la vuelta para ver el largo arañazo que iba desde el final de la palma por todo el antebrazo.

Julian estaba muy pálido.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha mordido?

—No exactamente. Me he cortado con sus dientes.

Él le pasó los dedos por el brazo. Emma hizo una mueca de dolor. Era un corte largo y estrecho, aunque profundo.

—¿Te quema? ¿O te pica?

—Estoy bien —contestó ella—. Jules. Estoy bien.

Él la miró durante un momento. Sus ojos eran fieros bajo la dura luz que llegaba desde lo alto. Se volvió sin decir nada más y enfiló el pasillo de la iglesia hacia la puerta.

Emma se miró la mano. La herida era muy corriente, pensó; tendría que limpiarla, pero no era nada fuera de lo normal en términos de las heridas recibidas en una batalla. Envainó a *Cortana* y siguió a Julian fuera de la iglesia.

En un momento lo perdió de vista. Fue como si hubiera desaparecido y todo lo que quedara fuera el panorama desde la iglesia. Campos verdes perdiéndose en el azul: el azul del mar, el azul del cielo, el azul de la neblina de las distantes colinas.

Oyó un grito, tenue y débil, y corrió hacia él, hacia el cementerio, donde las lápidas desgastadas por el tiempo se inclinaban a un lado y a otro como las cartas esparcidas de una baraja.

Se oyó un fuerte chillido.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Emma se volvió y vio que la hierba se movía. El piskie más pequeño estaba debatiéndose como un loco mientras Jules lo mantenía clavado al suelo. La fría y sombría mirada de este hizo que Emma sintiera un escalofrío.

—Nos has encerrado con esa cosa —dijo Julian con el brazo sobre el cuello del piskie—. ¿Verdad?

—¡No sabía que estaba ahí! ¡No lo sabía! —chilló el piskie, retorciéndose bajo el brazo de Julian.

—¿Qué diferencia hay? —protestó Emma—. Julian, no...

—En esta iglesia ha habido nigromancia. Abrió un agujero entre dimensiones que dejó pasar a un demonio. Podría habernos hecho pedazos.

—¡No lo sabía! —gimió el piskie.

—¿Quién no lo sabía? —preguntó Julian—. Porque apuesto a que tú sí.

El piskie se quedó quieto. Julian lo sujetó con la rodilla.

—La señora mandó que te dijera que fueras allí. Dijo que eras peligroso. Matas hadas.

—Ahora podría hacerlo —replicó Julian.

—No pasa nada, déjalo, Jules —le pidió Emma. Sabía que el piskie no era la criatura inocente e infantil que aparentaba ser. Pero había algo en verlo retorcerse y gemir que la ponía enferma.

—Sí que pasa. Has resultado herida —replicó Julian, y el frío tono de su voz hizo recordar a Emma la expresión de su rostro cuando se llevaban a Anselm Nightshade. «Julian, me asustas un poco», le había dicho en aquella ocasión.

Pero, claro, Nightshade era culpable. Clary así lo afirmó.

—¡Suéltalo! —Era otro de los piskies, moviéndose pálido entre la hierba. Una piskie mujer, a juzgar por la ropa y la longitud del pelo. Agitó las manos ante Julian sin ningún resultado—. ¡Él no sabe nada!

Julian no se movió. Miró con frialdad al hada. Parecía la estatua de un ángel vengador, algo inexpresivo y despiadado.

—No volváis a acercaros a nosotros —dijo—. No le habléis de esto a nadie. U os encontraremos y os lo haré pagar.

La piskie asintió con fuerza. Julian se puso en pie y los dos piskies desaparecieron como si se los hubiera tragado la tierra.

—¿Tenías que asustarlos tanto? —preguntó Emma, un poco vacilante. Julian aún tenía esa inquietante cara inexpresiva, como si físicamente permaneciera allí pero su mente se hallara a kilómetros de distancia.

—Mejor asustados que armando lío. —Julian se volvió hacia ella. Estaba recuperando un poco de color—. Necesitas un *iratze*.

—Está bien. No me duele mucho, y además, quiero limpiarlo primero. —Los *iratzes* podían curar la piel sobre cualquier herida, pero a veces eso significaba sellar dentro una infección o suciedad.

Julian la miró preocupado.

—Entonces deberíamos regresar a la casa. Pero primero necesito que me ayudes con algo.

Emma pensó en el altar roto, la sangre derramada, y gruñó:

—No me digas que vamos a hacer limpieza.

—No vamos a limpiar la iglesia —repuso Julian—. Vamos a quemarla.

Quien fuera que sujetaba a Cristina era fuerte, mucho más fuerte que un mundano.

—Ahora avanza y haz lo que te diga —susurró la voz a su espalda, jadeante pero grave y segura. Se encontró que la empujaban hacia el centro del parque. La llevaron hacia la fuente y los dos hadas que estaban allí. Ambos se quedaron mirándolos, Kieran a ella, y su hermano un poco por encima de su cabeza.

—Erec —dijo Adaon con voz de hastío—. ¿Qué haces aquí?

—Te he seguido. —La voz de Erec resonó detrás de Cristina. Lo recordó con un destello de odio, lo recordó en la tierra de las hadas, con el cuchillo de Julian contra

su cuello como el de él estaba ahora contra el suyo—. Sentía curiosidad por saber cuáles eran tus intenciones. Y también quería ver a nuestro hermanito.

—Suéltala —dijo Kieran, haciendo un gesto hacia Cristina. No la miró a los ojos—. No tiene nada que ver con esto. Solo es una cazadora de sombras espiándome sin que yo lo supiera.

—Dices que no tiene nada que ver contigo —se burló Erec—. No que no te importa. —Un dolor de plata ardiente destelló en el cuello de Cristina. Notó el calor de la sangre. Tensó la columna, negándose a mostrar dolor.

—Déjala en paz. —El rostro de Kieran era una pálida máscara de furia—. ¿Quieres a los nefilim tras de ti, Erec? ¿Eres estúpido? Ya sé que eres un torturador, solías torturarme a mí. —Dio un paso hacia ellos—. ¿Te acuerdas? Estas me las hiciste tú. —Se subió las amplias mangas negras y Cristina vio las largas cicatrices de los brazos—. Y las de la espalda.

—Eras un niño demasiado blando —respondió Erec—. Demasiado blando para ser el hijo de un rey. La bondad no tiene cabida en la corte de la corona rota. —Soltó una risita—. Además, traigo noticias. Padre ha enviado a los Siete.

Kieran palideció aún más.

—¿Los Siete de Mannan? ¿Adónde los ha enviado?

—Aquí. A la tierra de los mundanos. Su tarea es recuperar el *Libro Negro*, ahora que se sabe de la muerte de Malcolm Fade. Lo encontrarán, y antes que vosotros.

—El *Libro Negro* no tiene nada que ver conmigo —replicó Kieran.

—Pero tiene que ver con nuestro padre —repuso Adaon—. Lo ha querido desde que el Primer Heredero fue robado.

—¿Desde antes de su odio por los nefilim? —preguntó Kieran.

Erec escupió.

—Esos nefilim a los que tanto amas son una raza condenada. Te estás echando a perder, Kieran, cuando podrías ser mucho más.

—Déjalo, Erec —dijo Adaon—. ¿Qué imaginas que le haría padre si regresara, aparte de matarlo?

—Si padre estuviera aún vivo para matar a alguien.

—¡Basta de confabulaciones! —rugió Adaon—. ¡Basta, Erec!

—Entonces ¡déjale probar que todavía es leal! —Erec apartó el cuchillo del cuello de Cristina con un gesto súbito; ella tosió y carraspeó. Su muñeca era un dolor ardiente, y las manos de Erec, como brazaletes de hierro en la parte superior de los brazos. La empujó hacia adelante, hacia sus hermanos, sin soltarla—. ¡Mata a la cazadora de sombras! —le gritó a Kieran—. Adaon, déjale tu espada. Atraviésale el corazón, Kieran. Muéstrame que eres leal e intercederé por ti ante nuestro padre. Puedes ser bienvenido a la corte en vez de que te maten o te exilien a la Cacería.

Adaon se llevó la mano al costado para coger la espada, pero Kieran se le había adelantado. Cristina se debatió, pateando, pero no podía soltarse de Erec. Sintió terror cuando Kieran se acercó a los dos, con la espada feérica resplandeciéndole en la

mano, los ojos neutros como espejos.

Cristina comenzó a rezar.

«Ángel, sálvame. Raziel, ayúdame».

Mantuvo los ojos abiertos. No los cerraría. Esa sería una forma cobarde de morir. Si el Ángel quería que muriera ya, moriría de pie con los ojos bien abiertos, como Jonathan Cazador de Sombras. Ella...

Kieran movió los ojos, muy poco, e inclinó la cabeza. Ella siguió el movimiento y de repente lo entendió, mientras él alzaba la espada. La blandió hacia adelante, y ella se agachó.

La espada cortó el aire limpiamente sobre ella. Algo cálido, húmedo y con olor a cobre le cayó por la espalda. Soltó un grito y se apartó hacia un lado, mientras los brazos de Erec la soltaban; el hada tenía el cuello cortado hasta las vértebras y su cuerpo se desplomaba sobre el suelo de grava.

—Kieran —susurró Adaon horrorizado. Kieran se hallaba de pie junto al cadáver de Erec, con la espada manchada de sangre en la mano—. ¿Qué has hecho?

—Él la hubiera matado —contestó Kieran—. Y ella es mi... y Mark...

Cristina se apoyó en la fuente. No notaba las piernas. El dolor del brazo era puro fuego.

Adaon avanzó y le cogió a Kieran la espada de la mano.

—Iarlath no era de tu sangre —dijo. Su piel parecía tensa por la impresión—. Pero Erec sí. Se te denunciará como fratricida si alguien descubre lo que has hecho.

Kieran alzó la cabeza. Sus ojos se clavaron ardientes en los de su hermano.

—¿Se lo dirás tú?

Adaon se subió la capucha cubriéndose el rostro. El viento había comenzado a soplar en la plaza; un viento frío y cortante. La capa de Adaon se agitaba como alas.

—Ve, Kieran. Busca la seguridad del Instituto.

Adaon se inclinó sobre el cuerpo de Erec. Estaba doblado en un ángulo forzado, con la sangre corriendo entre la grava y la hierba. Mientras él se arrodillaba, Kieran se disponía a salir del parque, y se detuvo.

Lentamente, se volvió y miró a Cristina.

—¿No vienes?

—Sí. —Se sorprendió de la firmeza de su propia voz, pero el cuerpo la traicionó. Cuando se incorporó, el insoportable dolor le subió por el brazo y le bajó por el costado, y se dobló en dos con un grito ahogado.

Un momento después, unas manos no demasiado cuidadosas la levantaban del suelo. Miró sorprendida. Era Kieran, y se la llevaba en brazos del parque.

Cristina se abandonó, sin saber qué más hacer. No sabía qué decir. A pesar del baile de la noche anterior, resultaba muy sorprendente que Kieran la cogiera así. La pasada noche Mark estaba con ellos, pero en este momento se hallaban solos.

—No seas tonta —dijo Kieran—. Cógete a mí. No quiero que te caigas y luego tener que explicárselo a Mark.

«Él la hubiera matado. Y ella es mi... y Mark...».

Cristina se preguntó qué había pretendido decir. «¿Y Mark se enfadaría? ¿Y Mark se sentiría muy decepcionado? ¿Ella es mi amiga?».

No, no era posible que quisiera decir eso. Kieran no sentía ningún aprecio por ella. Estaba segura. Y quizá eso no fuera lo que habría dicho. Sus recuerdos se le estaban haciendo confusos por el dolor.

Estaban bajando por una calle cuyas luces parecían cambiar de gas a eléctricas a su paso. La iluminación parpadeaba en las ventanas de las casas. Cristina alzó los brazos y le rodeó el cuello a Kieran. Entrelazó los dedos, mordiéndose el labio por el dolor del hechizo de unión.

El pelo de Kieran le cosquilleaba en los dedos. Era muy suave, sorprendentemente suave. Y su piel era más fina que la de cualquier humano, como la superficie de la porcelana. Recordó a Mark besando a Kieran contra el árbol en el desierto, las manos en su cabello, bajándole el cuello del jersey para tocarle la piel, los huesos, el cuerpo. Se sonrojó.

—¿Por qué me has seguido? —preguntó Kieran muy tieso.

—Te he visto por la ventana de la biblioteca y pensé que te estabas escapando.

—Iba a ver a Adaon, como prometí, eso es todo. Y además —soltó una suave carcajada—, ¿adónde podría ir?

—La gente a menudo se escapa aunque no tenga adónde ir —repuso Cristina—. Todo depende de lo que puedas soportar en el lugar donde estás.

Se hizo un largo silencio, tan largo que Cristina supuso que Kieran no pensaba contestarle. Entonces lo hizo:

—Tengo la sensación de que le he hecho algo malo a Mark. No sé qué. Pero lo veo en sus ojos cuando me mira. Él cree que lo mantiene oculto, pero no es así. Aunque al hablar pueda mentirme, nunca ha aprendido a esconder la verdad en sus ojos.

—Tendrás que preguntárselo a él —repuso Cristina. Habían llegado a la calle del Instituto. Cristina podía ver su aguja alzándose en la distancia—. Cuando Adaon ha dicho que si te convertías en rey tendrías que renunciar a Mark, ¿qué quería decir?

—Un rey de las hadas no puede tener un consorte humano. —La miró con ojos como estrellas—. Mark miente sobre ti. Pero he visto cómo te mira. Anoche, cuando bailamos. Te desea con locura.

—¿Te... te importa? —preguntó Cristina.

—No me importa si es a ti —contestó Kieran—. Pensé que me importaría, pero no. Es algo que hay en ti. Eres hermosa, y eres amable, y eres... buena. No sé por qué eso tiene que marcar una diferencia, pero lo hace.

Parecía casi sorprendido. Cristina no dijo nada. Su sangre estaba manchando la camisa de Kieran. Era una visión surrealista. El cuerpo de Kieran era cálido, no frío como el mármol, como ella se lo había imaginado. Olía levemente a noche y a bosque, un olor limpio, sin mancha de la ciudad.

—Mark necesita cariño —dijo Kieran después de otro largo silencio—. Y yo también.

Llegaron al Instituto, y Kieran subió deprisa la escalera... y se detuvo en lo alto. Sus brazos se tensaron alrededor de ella.

Cristina lo miró confusa. Entonces se le encendió la luz.

—No puedes abrir la puerta —señaló—. No eres un cazador de sombras.

—Así es. —Kieran parpadeó mirando la puerta como si esta lo hubiera sorprendido.

—¿Y si hubieras vuelto sin mí? —Cristina tuvo el descabellado impulso de echarse a reír, aunque nada de lo que había pasado era divertido y la sangre de Erec aún se le estaba secando en la espalda. Se preguntó cuántas veces tendría que ducharse antes de sentirse un poco limpia—. Pensé que quizá lo habrías previsto.

—Al parecer, me he dejado absorber por tu impulsividad humana —replicó Kieran.

Parecía sorprendido consigo mismo. Cristina se apiadó de él y soltó los dedos de alrededor de su cuello.

Fue a tocar la puerta, pero esta se abrió antes. La luz salió a raudales desde el vestíbulo, y en el umbral apareció Mark, que los miró a uno y luego al otro, asombrado.

—¿Dónde estabais? —preguntó—. Por el Ángel... Kieran... Cristina. —Tendió los brazos como para coger a Cristina.

—Estoy bien —dijo ella—. Puedo andar.

Kieran la dejó con cuidado en el suelo. El dolor del brazo ya estaba desapareciendo, aunque ver la muñeca de Mark, roja, hinchada, cubierta de sangre, la hizo sentirse culpable. Aún le resultaba difícil de creer que el dolor que sentía fuera también el de él; que si ella sangraba, él sangraba también.

Mark le pasó la mano por la manga, que ya se estaba endureciendo al secarse la sangre de Erec.

—Toda esta sangre... no es solo la muñeca. ¿Y por qué habéis salido? Os lo pregunto a los dos...

—No es su sangre —dijo Kieran—. Es la de mi hermano.

Ya se hallaban todos en el recibidor. Kieran cerró deliberadamente la enorme puerta delantera con un fuerte golpe. Cristina oyó pasos en el piso de arriba; alguien que se apresuraba a bajar.

—¿De tu hermano? —exclamó Mark. Sobre la ropa oscura de Kieran, la sangre casi no era visible, pero Mark miró con más atención y vio finas manchas de color escarlata en la mejilla y el cuello de Kieran—. ¿Te refieres a... Adaon?

Kieran parecía deslumbrado.

—He ido a reunirme con él para hablar del hechizo de unión y de su posible sucesión al trono.

—¿Y se ha derramado sangre? Pero ¿por qué? —Mark le tocó con suavidad la

mejilla a Kieran—. Si hubiéramos sabido que acabaría en pelea, nunca te habríamos sugerido que hablaras con él en nuestro nombre. ¿Y por qué has ido solo? ¿Por qué no me lo has dicho, o me has llevado contigo?

Kieran cerró los ojos un momento, y movió el rostro contra la mano de Mark.

—No quería que te arriesgaras —contestó en voz baja.

Mark miró a Cristina a los ojos, por encima del hombro de Kieran.

—No ha sido Adaon quien quería pelea —explicó ella, frotándose la muñeca—. Ha sido Erec.

Kieran abrió los ojos, apartó con delicadeza la mano de Mark de su rostro y enlazó los dedos con los suyos al hacerlo.

—Debe de haber seguido a Adaon a nuestro lugar de encuentro —dijo—. No he tenido la oportunidad de explicarle a este nuestros planes para él y el trono. —Se le oscurecieron los ojos—. Mark, hay algo que debes saber...

Magnus entró a toda prisa en el vestíbulo con Alec pegado a sus talones. Ambos jadeaban.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alec.

—¿Dónde están los niños? —inquirió Kieran—. Los pequeños y el niño azul con los cuernecitos.

Alec parpadeó.

—Bridget está con ellos —contestó—. ¿Por qué?

—Os lo explicaré con más detalle cuando pueda —respondió Kieran—. Por ahora, debéis saber esto: el rey, mi padre, ha enviado a los Siete Jinetes en busca del *Libro Negro*, y están aquí, en Londres. Imagino que cree que el paradero del *Libro Negro* es conocido por los que se hallan en este Instituto. El peligro es grande. Por ahora estamos seguros entre estas paredes, pero...

Mark se había quedado blanco.

—Pero Livvy y Ty no están entre estas paredes —dijo—. Han ido con Kit a recoger los ingredientes para disolver el hechizo de unión. Están en alguna parte de la ciudad.

Hubo una algarabía de voces. Alec haciendo preguntas, Magnus gesticulando. Pero el dolor y la impresión, no solo de ella, sino de Mark, estaba oscureciéndole la visión a Cristina, por mucho que tratara de mantenerse consciente. Intentó decir algo, pero las palabras no salieron de su boca y todo fue alejándose de ella mientras caía hacia las tinieblas.

No supo con certeza si fue Mark o Kieran quien la cogió mientras caía.

Las nubes de lluvia habían reemplazado al cielo azul sobre Londres. Ty, Kit y Livvy habían decidido volver andando desde la tienda de Hypatia después de haber recogido los ingredientes de Magnus, en vez de esperar en la concurrida y desapacible cola del barco del río.

Kit disfrutaba saltando sobre los charcos en el Camino del Támesis, que corría como una serpiente de granito junto al río. Pasaron de nuevo junto a la Torre de Londres, y Ty les señaló la Puerta de los Traidores, por donde antaño los criminales condenados entraban en la Torre para que les cortaran la cabeza.

Livvy suspiró.

—Ojalá Dru estuviera aquí. Le habría gustado esto. Últimamente casi ni sale de su habitación.

—Creo que tiene miedo de que, si sale, alguien le haga hacer de canguro —comentó Kit. No estaba seguro de tener todavía una clara idea de Dru, era más una sensación borrosa de una cara redonda, unas mejillas sonrosadas y un montón de ropa negra. Tenía los ojos de los Blackthorn, pero por lo general estaban centrados en alguna otra cosa.

—Creo que está guardando un secreto —aventuró Livvy. Pasaron junto al puente del Milenio, una larga tira de hierro que cruzaba el río, y se estaban acercando a un puente más antiguo, pintado de rojo y gris.

Ty tarareaba para sí, perdido en sus pensamientos. Ese día, el río era del mismo color que sus ojos, una especie de gris acero tocado por algo de plata. La cinta blanca de sus auriculares le colgaba del cuello, atrapando debajo su rebelde cabello negro. Pareció confuso.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Es solo una sensación que tengo —respondió Livvy—. No lo puedo probar... —Dejó la frase a medias. Estaba mirando a la distancia con los ojos entrecerrados y la mano haciéndole de visera ante la luz de la tarde—. ¿Qué es eso?

Kit siguió su mirada y sintió que un frío lo atravesaba. Unas siluetas se movían en el cielo, una línea de veloces figuras recortadas contra las nubes. Tres caballos, tan claros como si estuvieran recortados en papel, con sendos jinetes sobre su lomo.

Miró a su alrededor frenético. Los mundanos estaban por ahí, prestando poca o ninguna atención a los tres adolescentes en vaqueros y chubasqueros con capucha que se apresuraban con sus mochilas llenas de polvos mágicos.

—¿La Cacería Salvaje? —aventuró Kit—. Pero ¿por qué...?

—No creo que sea la Cacería Salvaje —repuso Livvy—. Salen por la noche, y es pleno día. —Se llevó la mano al costado, donde colgaban sus cuchillos serafines.

—No me gusta esto. —Ty parecía sin aliento. Las figuras estaban muy cerca ya, esquivando lo alto del puente, inclinándose hacia abajo—. Vienen hacia nosotros.

Se volvieron, pero era demasiado tarde. Kit notó una brisa que le agitaba el pelo cuando los caballos y sus jinetes les pasaron por encima. Un momento después se oyó un repiqueteo y los tres tomaron tierra en una perfecta formación alrededor de Kit, Ty y Livvy, cortándoles la retirada.

Los caballos eran de un reluciente color bronce, y sus jinetes parecían tener la piel y el cabello del mismo color. Llevaban medio rostro cubierto por una máscara de brillante metal. Eran hermosos, extraños y de otro mundo, totalmente fuera de lugar

en las sombras del puente por donde los taxis circulaban y la carretera que corría por encima vibrante de tráfico.

Se veía con toda claridad que eran hadas, pero no se parecían en nada a los que Kit había visto antes en el Mercado de Sombras. Eran más altos y más corpulentos, e iban armados, a pesar de los edictos de la Paz Fría. Cada uno llevaba una enorme espada a la cintura.

—Nefilim —habló uno, con una voz que sonaba como glaciares resquebrajándose—. Soy Eochaid de los Siete Jinetes, y estos son mis hermanos Etarlam y Karn. ¿Dónde está el *Libro Negro*?

—¿El *Libro Negro*? —repitió Livvy. Los tres se habían apretado todo lo posible contra el pretil que separaba el paseo del río. Kit notó que la gente les lanzaba miradas extrañas al pasar, y comprendió que parecía que estuvieran mirando a la nada.

—Sí —dijo Etarlam—. Nuestro rey lo busca. Nos lo entregaréis.

—No lo tenemos —repuso Ty—. Y no sabemos dónde está.

Karn rio.

—No sois más que niños, así que nos inclinamos por ser indulgentes —dijo—. Pero entended esto: los Jinetes de Mannan han cumplido la voluntad del rey durante mil años. En ese tiempo, muchos han caído bajo nuestras espadas, y no hemos dejado marchar a nadie por ninguna razón, ni por edad o debilidad o enfermedad del cuerpo. No os dejaremos marchar ahora. —Se inclinó sobre la crin de su caballo, y Kit vio que el animal tenía ojos de tiburón, tintados, inexpresivos y letales—. Si no sabéis dónde se halla el *Libro Negro*, nos seréis útiles como prisioneros para tentar a los que sí lo saben. ¿Qué va a ser, cazadores de sombras?

—Gano otra vez. —Jaime mostró las cartas: todas de corazones. Le sonrió triunfante a Dru—. No te sientas mal. Cristina solía decir que tengo la suerte del mismísimo diablo.

—¿El diablo no debería tener mala suerte? —A Dru no le importaba perder con Jaime. Él siempre parecía contento, y a ella le daba igual ganar o perder.

Jaime había dormido en el suelo junto a la cama de Dru la noche anterior, y al despertarse, Dru rodó hasta el borde y lo estuvo mirando con el corazón cargado de alegría. Dormido, Jaime parecía vulnerable, y más como su hermano, aunque Dru pensaba que era más guapo que su hermano.

—Te echaré de menos —dijo él con franqueza mientras entrelazaba los dedos y estiraba los brazos como un gato al sol—. Estoy divirtiéndome y descansando como no lo había hecho en mucho tiempo.

—Podemos seguir siendo amigos después de esto, ¿no? —repuso ella—. Quiero decir, cuando acabes tu misión.

—No sé cuándo acabaré. —Una sombra le cruzó el rostro. Jaime tenía un humor más volátil que su hermano. Podía estar contento, luego triste, luego pensativo y luego riendo, en el espacio de cinco minutos—. Tal vez sea dentro de mucho tiempo. —La miró de reojo—. Quizá te hartes de mí. Por mi culpa ocultas cosas a tu familia.

—Ellos también me ocultan cosas —replicó Dru—. Creen que soy demasiado joven para saber nada.

Jaime frunció el ceño y Dru sintió una pequeña punzada de preocupación: nunca habían hablado de su edad; ¿por qué habría tenido que hacerlo? Sin embargo, por lo general, la gente le ponía unos diecisiete. Sus curvas eran más pronunciadas que las de las otras chicas de su edad, y Dru ya estaba acostumbrada a que los chicos se quedaran mirándola.

Hasta el momento, Jaime no se había quedado mirándola, al menos no del modo que hacían otros chicos, como si tuvieran derecho a su cuerpo; como si ella debiera agradecerles su atención. Y descubrió que estaba desesperada por que él no se enterara de que solo tenía trece años.

—Bueno, Julian lo hace —continuó ella—. Y Julian está al mando de todo. La cosa es que, cuando éramos más pequeños, todos éramos «los niños». Pero después de que mis padres murieran y de que Julian básicamente se ocupara de criarnos, nos dividimos en grupos. Yo recibí la etiqueta de «más pequeña» y de repente Julian era mayor, como un padre.

—Ya sé cómo es eso —repuso él—. Diego y yo solíamos jugar como cachorros cuando éramos niños. Luego él creció, decidió que tenía que salvar al mundo y comenzó a darme órdenes.

—Exacto —dijo ella—. Es eso exactamente.

Jaime se inclinó para coger su bolsa de viaje y subirla a la cama.

—No puedo quedarme mucho más —afirmó—. Pero antes de irme..., tengo algo para ti.

Sacó un ordenador portátil de la bolsa. Dru se lo quedó observando. No iría a darle un portátil, ¿no? Jaime lo abrió mientras una gran sonrisa se le dibujaba en el rostro. Era una sonrisa a lo Peter Pan, una que decía que nunca dejaría de hacer travesuras.

—He bajado *La mansión de los crímenes* —le dijo—. He pensado que la podríamos ver juntos.

Dru aplaudió y se subió a la cama junto a él. Jaime se echó a un lado, dejándole espacio más que suficiente. La niña lo observó mientras él inclinaba la pantalla para que ambos pudieran ver. Dru pudo leer por fin las palabras que le subían por el brazo, aunque no sabía qué querían decir: «La sangre sin fuego hierva».

—Y sí —dijo Jaime mientras las primeras imágenes comenzaban a pasar por la pantalla—. Espero que en el futuro seamos amigos.

—Jules —lo llamó Emma, apoyándose contra la pared de la iglesia—. ¿Estás seguro de que es una buena idea? ¿No hay algo de sacrílego en quemar una iglesia?

—Está abandonada. Desconsagrada. —Julian se arremangó. Se estaba marcando con una runa de fuerza, pulcramente y con precisión, en el interior del antebrazo. A su espalda, Emma veía la curva de la bahía, el agua que se lanzaba en rizos azules contra la orilla.

—Aun así..., respetamos todas las religiones. Todas ellas pagan el diezmo a los cazadores de sombras. Así es como vivimos. Esto parece...

—¿Irrespetuoso? —Julian sonrió con pocas ganas—. Emma, tú no viste lo que yo. Lo que Malcolm hizo. Hizo pedazos lo que hacía que este lugar fuera sagrado. Derramó sangre, y luego la suya fue derramada. Y cuando una iglesia se convierte en un matadero, es peor que si fuera cualquier otro tipo de edificio. —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Recuerdas lo que hizo Valentine con la Espada Mortal? ¿Cuando la robó de la Ciudad Silenciosa?

Emma asintió. Todo el mundo lo sabía. Era parte de la historia de los cazadores de sombras.

—Cambió su adscripción de seráfica a infernal. La cambio de buena a mala.

—Y esta iglesia también se ha cambiado. —Echó la cabeza hacia atrás para mirar a la torre—. Por muy sacrosanto que fuera este lugar, ahora es impío. Y seguirá atrayendo a los demonios y estos seguirán viniendo, y no se quedarán aquí, irán al

pueblo. Serán un peligro para los mundanos que viven allí. Y para nosotros.

—Dime que esto no va de quemar una iglesia solo para que tú puedas manifestar algo.

Julian le sonrió suavemente, la clase de sonrisa que hacía que todo el mundo lo quisiera y confiara en él, que lo hacía parecer inofensivo. Incluso olvidable. Pero Emma vio más allá de ella, las cuchillas que había debajo.

—No creo que nadie desee oír ningún manifiesto que yo pretenda hacer.

Emma suspiró.

—Es un edificio de piedra. No puedes dibujarle una runa de fuego y esperar que arda como una cerilla.

Él la miró sin emoción.

—Recuerdo lo que pasó en el coche —dijo—. Cuando me curaste. Sé lo que puede hacer una runa cuando compartimos nuestra energía para dibujarla.

—¿Quieres mi ayuda?

Julian se volvió y quedó de cara a la pared de la iglesia, un lienzo de granito gris agujereado por las ventanas tapiadas. La hierba crecía descontrolada a sus pies, salpicada de dientes de león. En la distancia, Emma podía oír los gritos de los niños jugando en la playa.

Jules comenzó a dibujar con su estela en la pared de piedra. La runa parpadeó y minúsculas llamas saltaron de su borde. Fuego. Pero las llamas se apagaron enseguida, absorbidas por la piedra.

—Ponme las manos encima —le pidió Jules.

—¿Qué? —Emma no estaba segura de haberlo oído bien.

—Será más fácil si nos estamos tocando —dijo como si nada—. Ponme las manos en la espalda, quizá, o en los hombros.

Emma se colocó detrás de él. Jules era más alto que ella, y para ponerle las manos en los hombros tendría que estirarse hasta una posición incómoda. Estaba tan cerca de él que podía notar la expansión de su caja torácica al respirar, verle las pequitas de la nuca donde el viento le apartaba el pelo, el dibujo de unos hombros anchos hacia una cintura y unos muslos más estrechos, la longitud de las piernas.

Le puso las manos en la cintura, como si estuviera detrás en una moto, bajo la chaqueta pero por encima de la camiseta. A través del algodón notaba su piel caliente.

—Muy bien —lo avisó Emma. Su aliento le movía levemente el pelo a Julian, y sintió un escalofrío. Podía notarlo. Tragó saliva—. Adelante.

Emma entrecerró los ojos mientras la estela rascaba la pared. Julian olía a hierba recién cortada, lo que no resultaba sorprendente, teniendo en cuenta que había estado rodando sobre ella cuando peleaba con el piskie.

—¿Por qué nadie querría oírlas? —preguntó.

—¿Oír qué? —Julian se estiró para llegar más arriba. Se le subió la camiseta, y de repente Emma tenía las manos directamente sobre su piel, tensa sobre los marcados músculos. Se le cortó el aliento.

—Cualquier manifestación que tuvieras que hacer sobre..., ya sabes, lo que fuera —explicó Emma mientras él volvía a apoyarse del todo en el suelo. Las manos le quedaron enrolladas en la tela de la camiseta. Miró hacia arriba y vio una segunda runa de fuego. Esta era más profunda, más oscura, y las llamas en sus bordes brillaban con fuerza. La piedra comenzó a quebrarse alrededor.

Y el fuego se apagó.

—Puede que no funcione —dijo Emma. El corazón le latía con fuerza. Quería que funcionara y al mismo tiempo no quería. Sus runas eran más poderosas cuando las creaban juntos; así era con todos los *parabatai*. Pero ese poder tenía un límite. A no ser que dos *parabatai* estuvieran enamorados el uno del otro. La forma en que Jem lo había dicho sonó como si su poder, entonces, pudiera ser casi infinito; que podría crecer hasta destruirlos.

Julian ya no la amaba; lo vio en el modo en que besó a la chica hada. Aun así, era duro de admitir.

Quizá sería lo mejor para ella. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a la realidad.

Rodeó a Julian con los brazos y los unió sobre su estómago. Eso hizo que apretara su cuerpo contra el de él, el pecho aplastado contra la espalda de Julian. Notó que él se tensaba por la sorpresa.

—Inténtalo de nuevo —le dijo—. Ve despacio.

Oyó que se le aceleraba la respiración. Julian alzó los brazos y la estela comenzó a marcar otra runa en la piedra.

Instintivamente, Emma movió las manos sobre el pecho de Julian. Oyó cómo la estela vacilaba. La palma de su mano se colocó sobre el corazón de Julian. Le golpeaba con fuerza dentro de la caja torácica.

Los latidos de Julian. Los cientos de miles de otras veces que los había oído o los había notado la golpearon como un tren expreso. A los seis años, se cayó de un muro en el que estaba haciendo equilibrios y Julian la cogió; cayeron juntos, y ella oyó su corazón. Recordó verle el latido en el cuello cuando Julian tuvo que sujetar la Espada Mortal en la Sala del Consejo. Hacer carreras en la playa y después ponerle los dedos sobre la muñeca para contarle los latidos por minuto. El sincopado ritmo de sus latidos igualándose durante la ceremonia de *parabatai*. El rugido de su sangre cuando la sacó del océano. El firme latido de su corazón mientras ella le apoyaba la cabeza sobre el pecho aquella noche.

Se estremeció con la fuerza del recuerdo, y sintió esa fuerza latir a través de ella y entrar en Julian, dirigiéndose hacia la runa como un látigo por el brazo, la mano, la estela. Fuego.

Julian inspiró con fuerza y dejó caer la estela; la punta brillaba, encendida. Julian se echó hacia atrás y las manos de Emma se apartaron de él. Ella casi se fue de lado, pero él la cogió y la apartó del edificio, hacia el patio. Ambos observaron jadeantes: la runa que Julian había dibujado en la pared de la iglesia hizo arder la piedra. Las

tablas de madera sobre las ventanas crujieron y se alzaron lenguas de fuego de color naranja.

Julian miró a Emma. El fuego chisporroteaba y bailaba en sus ojos, mucho más que un reflejo.

—Lo hemos conseguido —dijo él alzando la voz—. Nosotros lo hemos hecho.

Emma lo miró fijamente. Le estaba agarrando los brazos, justo por encima del codo, los músculos duros bajo sus dedos. Jules parecía estar iluminado por dentro, ardiendo de excitación. Su piel era abrasadora al tacto.

Sus ojos se encontraron. Y fue Julian, su Julian, sin ocultar su expresión, nada escondido, solo el claro brillo de sus ojos y el calor de su mirada. Emma sintió como si el corazón se le estuviera haciendo pedazos dentro del pecho. Oía el fuerte crepitar de las llamas a su alrededor. Julian se acercó a ella, haciendo saltar en pedazos la conciencia de Emma de que debía mantenerlo a distancia.

El sonido de las sirenas les resonó en los oídos, el aullido de los bomberos apresurándose hacia la iglesia. Julian se apartó de ella solo lo suficiente para cogerla de la mano. Salieron corriendo justo cuando llegaba el primer camión de bomberos.

Mark no sabía muy bien cómo habían llegado a la biblioteca. Recordaba vagamente haber ido a ver a Tavvy, que estaba construyendo una elaborada torre de bloques de madera con Rafe y Max, y luego haber llamado a la puerta de Dru. Ella estaba en su habitación y no tenía ningunas ganas de salir, lo que no parecía tan malo. No había razón para asustarla antes de lo necesario.

Aun así, le hubiera gustado verla. Con Julian y Helen ausentes, y Ty y Livvy en alguna parte de Londres, en peligro, se sentía como una casa a la que le hubieran arrancado los cimientos. No sabía cómo Julian lo había hecho todos esos años, cómo se podía ser fuerte para los otros cuando ni siquiera sabías cómo ser fuerte para ti. Era consciente de que resultaba un poco ridículo que él, un adulto, quisiera la compañía de su hermana de trece años para reforzar su resolución, pero así era. Y se sentía avergonzado por ello.

Notaba la presencia de Cristina, hablando en un veloz español con Magnus. De Kieran, apoyado en una de las mesas con la cabeza gacha. Su pelo era de color negro púrpura, como la parte más oscura del agua. De Alec, que regresaba del pasillo con una pila de ropa en las manos.

—Son de Ty, Livvy y Kit —dijo, mientras le entregaba las prendas a Magnus—. Las he cogido de sus habitaciones.

Magnus miró a Mark.

—¿Todavía nada en el móvil?

Mark intentó respirar hondo. Había llamado a Emma y a Julian y les había enviado mensajes, pero sin respuesta de momento. Cristina comentó que cuando estaba en la biblioteca la había llamado Emma, y que los dos parecían estar bien.

Mark sabía que Emma y Julian eran listos y cuidadosos, y que no había mejor guerrero que Emma. Pero la preocupación le atenazaba el corazón de todos modos.

Sin embargo, tenía que centrarse en Livvy, Ty y Kit. Este último no tenía casi entrenamiento, y Livvy y Ty eran muy jóvenes. Sabía que él tenía su misma edad cuando la Cacería se lo llevó, pero para él eran niños igualmente.

—Nada de Emma y Jules —contestó—. Lo he intentado con Ty una docena, dos docenas de veces ya. No hay respuesta. —Se tragó el temor. Había millones de razones por las que Ty podía no contestar a su móvil que no tenían nada que ver con los Jinetes.

Los Jinetes de Mannan. Incluso sabiendo que estaba en la biblioteca del Instituto de Londres, observando a Magnus Bane, que comenzaba a pasar las manos por las ropas, iniciando un conjuro de localización, una parte de él estaba en la tierra de las hadas, escuchando los cuentos de los Jinetes, los asesinos de la corte noseelie. Dormían bajo una colina hasta que los despertaban, normalmente en tiempo de guerra. Había oído llamarlos los Sabuesos del Rey, porque una vez que captaban el olor de su presa, podían seguirla a través de kilómetros de mar, tierra y cielo para acabar con su vida.

El rey debía de querer el *Libro Negro* de forma obsesiva para haber despertado a los Jinetes. En los viejos días, habían perseguido gigantes y monstruos. En esta ocasión estaban cazando a los Blackthorn. Mark sintió frío por todo el cuerpo.

Mark oía a Magnus hablando en voz baja, también explicando quiénes eran y qué hacían los Siete. Alec le había dado a Cristina una camisa gris que probablemente era de Ty. Ella la cogía con una runa de seguimiento dibujada en el dorso de la mano, pero negaba con la cabeza mientras la apretaba con más fuerza.

—No funciona —dijo—. Quizá si lo intenta Mark... Dale algo de Livvy...

Le pusieron a Mark un vestido negro de volantes en las manos. No podía imaginarse a su hermana llevando algo así, pero supuso que eso no importaba. Lo agarró con fuerza mientras se dibujaba una torpe runa de seguimiento en el dorso de la mano derecha, tratando de recordar el modo en que los cazadores de sombras hacían eso, el modo en que dejaban la mente en blanco, se adentraban en la nada, tratando de encontrar la chispa de la persona que se buscaba en el otro extremo del alcance de su imaginación.

Pero no había nada. El vestido era como algo muerto al tacto. Livvy no estaba en él. Livvy no estaba por ninguna parte.

Abrió los ojos soltando aire.

—No creo que esto vaya a funcionar.

Magnus parecía confundido.

—Pero...

—Esas no son sus ropas —dijo Kieran, alzando la cabeza—. ¿No recordáis? Se les prestó ropa cuando llegaron aquí. Los oí quejarse de ello.

Mark nunca habría imaginado que Kieran hubiera prestado suficiente atención a

lo que los Blackthorn decían para notar esos detalles. Al parecer, sí lo había hecho.

Pero así eran los Cazadores, ¿no? «Parece que no estás prestando atención, pero absorbes cada detalle —solía decir Gwyn—. La vida de un Cazador puede depender de lo que sepa».

—¿No hay nada que sea realmente de ellos? —preguntó Magnus, con un ligero tono de pánico en la voz—. La ropa que llevaban cuando llegaron aquí...

—Bridget la tiró —contestó Cristina.

—Sus estelas...

—Las llevarán encima —repuso Mark—. Las otras armas son prestadas. —El corazón le latía con fuerza—. ¿No puedes hacer nada?

—¿Y si nos desplazamos por un Portal al Instituto de Los Ángeles? —propuso Alec—. Cogemos algunas de sus cosas de allí...

Magnus comenzó a caminar de arriba abajo.

—Los Portales están bloqueados allí por ahora. Cuestión de seguridad. Podría buscar un nuevo hechizo, podríamos enviar a alguien a desmantelar el bloqueo en el Instituto de California, pero cualquiera de esas cosas tardaría...

—No hay tiempo —advirtió Kieran. Se irguió—. Dejádme ir tras los niños —dijo—. Prometo por mi vida que haré todo lo que pueda por encontrarlos.

—No —dijo Mark con fiereza, y vio la expresión dolorida que pasó por el rostro de Kieran. Pero no había tiempo de explicar o de aclarar—. Diana...

—Está en Idris y no puede ayudar —replicó Kieran. Mark había metido la mano en el bolsillo. Sus dedos se cerraron sobre algo pequeño, suave y frío.

—Puede que haya llegado la hora de convocar a los Hermanos Silenciosos —dijo Magnus—. Sean cuales sean las consecuencias.

Cristina hizo una mueca de dolor. Mark sabía que estaba pensando en Emma y Jules, en la reunión de la Clave en Idris, en la ruina de los Blackthorn y el peligro que corrían. Una ruina que tendría lugar durante la guardia de Mark. Algo que Julian nunca habría permitido que sucediera. Los desastres no sucedían cuando Julian estaba de guardia, al menos los que él pudiera arreglar.

Pero Mark no debía pensar en eso. Toda su mente, todo su corazón, estaban ocupados con la imagen de su hermano y su hermana en peligro. Y en ese momento eran más que su hermano y su hermana. Entendió lo que Julian sentía cuando cuidaba de ellos. Esos eran sus niños, su responsabilidad, y moriría por salvarlos.

Sacó la mano del bolsillo. La bellota dorada relució en el aire cuando la lanzó. Se estrelló contra la pared opuesta y se abrió.

Cristina se volvió de golpe.

—Mark, ¿qué estás...?

No hubo ningún cambio visible en la biblioteca, pero un olor llenó la sala, y por un momento fue como si se hallaran en un claro de Feéra; Mark podía oler el aire fresco, la tierra y las hojas, las flores y el agua con sabor a cobre.

Kieran se tensó, los ojos llenos de una mezcla de esperanza y temor.

—Alec —lo llamó Magnus, tendiendo la mano, y su voz era menos una advertencia que una especie de desnuda urgencia. La sobrenaturalidad de Feéra había entrado en la sala, y Magnus se movía para proteger lo que amaba. Sin embargo, Alec no se movió, solo observó con sus ojos azules mientras una sombra se dibujaba contra la pared del fondo. Una sombra que no había ninguna luz que proyectara.

Se alzó. La sombra de un hombre con la cabeza gacha y los anchos hombros encorvados. Cristina se tocó el colgante que llevaba al cuello y murmuró algo, una plegaria, supuso Mark.

La luz de la sala aumentó de intensidad. La sombra ya no era una sombra. Había tomado la forma y el color de Gwyn ap Nudd, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho, los ojos de dos colores brillando debajo de unas espesas cejas.

—Mark Blackthorn —dijo. Su voz era un retumbo—. No fue a ti a quien di ese símbolo, ni era para que tú lo uses.

—¿Estás realmente aquí? —preguntó Mark fascinado.

Gwyn parecía lo bastante sólido, pero si Mark miraba con atención, le daba la impresión de ver los bordes de los marcos de las ventanas a través de su cuerpo...

—Es una proyección —dijo Magnus—. Saludos, Gwyn ap Nudd, escolta de la tumba, padre de los caídos. —Hizo una leve reverencia.

—Magnus Bane —repuso Gwyn—. Ha pasado mucho tiempo.

Alec le dio una patada a Magnus en el tobillo; probablemente, sospechó Mark, para evitar que Magnus dijera algo como que no había sido tanto como hubiera deseado.

—Te necesito, Gwyn —dijo Mark—. Te necesitamos.

Gwyn parecía enfadado.

—Si hubiera querido que pudieras llamarme a voluntad, te habría dado la bellota a ti.

—Tú me llamaste a mí —le recordó Mark—. Tú viniste a pedirme que ayudara a Kieran, y por tanto lo rescaté del rey noseelie, y ahora los Jinetes de Mannan están persiguiendo a mis hermanos y hermanas, que solo son niños.

—Me he llevado incontables cadáveres de niños de los campos de batalla —replicó Gwyn.

No pretendía ser cruel, Mark lo sabía. Gwyn tan solo tenía su propia realidad, de sangre, muerte y guerra. Nunca había un tiempo de paz para Gwyn o para la Cacería Salvaje. En alguna parte del mundo, siempre, estallaba una guerra, y era su obligación servirla.

—Si no nos ayudas —dijo Mark—, entonces te conviertes en el sirviente del rey noseelie, al proteger sus intereses, sus planes.

—¿Es esa tu táctica? —preguntó Gwyn a media voz.

—No es ninguna táctica —respondió Kieran—. El rey, mi padre, desea comenzar una guerra; si no actúas para posicionarte contra él, considerará que estás con él.

—La Cacería no está con nadie —replicó Gwyn.

—Y precisamente ese es el único que va a creer que eso es cierto si no actúas ahora: nadie —repuso Mark.

—La Cacería puede hallar a Livvy, a Ty y a Kit —señaló Cristina—. Sois los mejores rastreadores que el mundo ha conocido, mucho más grandes que los Siete Jinetes.

Gwyn le dedicó una mirada con una leve expresión de incredulidad, casi como si no pudiera creer que ella hubiera hablado. Sus halagos parecían divertirlo y exasperarlo al mismo tiempo. Kieran, por otro lado, parecía impresionado.

—Muy bien —dijo Gwyn—. Lo intentaré. No prometo nada —añadió torvamente, y desapareció.

Mark se quedó mirando el lugar del que Gwyn había desaparecido, la pared de la biblioteca, sin marcas de sombras.

Cristina le sonrió con preocupación. Cristina siempre era una sorpresa, pensó Mark. Amable y sincera, pero sorprendentemente capaz de emplear trucos de hada de ser necesario. Sus palabras dirigidas a Gwyn habían sonado del todo sinceras.

—Puede parecer reticente, pero si Gwyn dice que intentará algo, no dejará piedra sin remover —afirmó Magnus. Se lo veía exhausto por completo, de un modo que Mark no recordaba haberlo visto nunca antes. Exhausto y apesadumbrado—. Voy a necesitar tu ayuda, Alec. Ya es hora de que use un Portal para ir a Cornwall. Tenemos que encontrar a Emma y a Julian antes de que lo hagan los Jinetes.

El reloj del Salón del Consejo se oía por todo el Gard; sonaba como el tañido de una campana enorme. Diana, que había acabado de relatar su historia hacía unos minutos, colocó las manos sobre el escritorio de la Cónsul.

—Por favor, Jia —pidió—, di algo.

La Cónsul se levantó de su asiento tras la mesa. Llevaba un vaporoso vestido con mangas ribeteadas de brocado. Tenía la espalda muy erguida.

—Parece cosa de demonios —dijo con voz contenida—. Pero no hay demonios en Idris. No desde la Guerra Mortal.

El Cónsul anterior murió en esa guerra. Jia estaba en el poder desde entonces, y ningún demonio había entrado en Idris. Pero los demonios no eran los únicos seres que quisieron acabar con los cazadores de sombras.

—Helen y Aline lo sabrían si hubiera habido alguna actividad demoníaca en Brocelind —añadió Jia—. Hay todo tipo de mapas y cartas e instrumentos sensibles en la isla de Wragel. Vieron cuando Malcolm rompió las salvaguardas alrededor del Instituto y me informaron de ello incluso antes que tú.

—Esto no ha sido obra de demonios —repuso Diana—. No se percibía esa sensación, el hedor a demonio; era la muerte de cosas que crecían, una peste en la tierra. Es eso lo que... lo que Kieran nos ha dicho que está ocurriendo en las tierras noseelie.

«Ten cuidado», se dijo Diana. Estuvo a punto de mencionar que eso era lo que Julian había descrito. Jia podría ser una aliada, esperaba, pero aún no se había mostrado como tal. Y seguía siendo parte de la Clave; de hecho, su más alto representante.

Llamaron a la puerta. Era Robert Lightwood, el Inquisidor. Se estaba quitando los guantes de montar.

—Lo que dice la señorita Wrayburn es cierto —dijo sin preámbulo—. Hay un espacioapestado en el centro del bosque, quizá a un par de kilómetros de la mansión Herondale. Los sensores confirman que no ha habido presencia demoníaca.

—¿Estabas solo cuando fuiste a verlo? —preguntó Diana.

Robert pareció algo sorprendido.

—Unos cuantos más estaban conmigo. Patrick Penhallow y algunos de los centuriones más jóvenes.

—Déjame adivinar —repuso Diana—. Manuel Villalobos.

—No pensaba que esta tuviera que ser una misión confidencial —dijo Robert alzando las cejas—. ¿Tiene importancia que él estuviera allí?

Diana no contestó, solo miró a Jia, cuya oscura mirada reflejaba cansancio.

—Espero que hayas tomado muestras, Robert —dijo esta.

—Las tiene Patrick. Las está llevando a los Hermanos Silenciosos. —Robert se metió los guantes en el bolsillo y miró de reojo a Diana—. Si sirve de algo, estuve pensando en tu petición, y creo que una reunión del Consejo sobre las cuestiones de la Cohorte y el mensajero hada sería de utilidad.

Inclinó la cabeza hacia Diana y se marchó.

—Es mejor que se haya llevado a Manuel y a los otros —dijo Jia en voz baja—. No podrán negar lo que han visto, llegados a eso.

Diana se levantó de la silla.

—¿Qué crees que han visto?

—No lo sé —contestó Jia con sinceridad—. ¿Intentaste usar tu cuchillo serafín o una runa cuando estabas en el bosque?

Diana negó con la cabeza. No le contó a Jia lo que estaba haciendo en el bosque de Brocelind al alba; no pensaba contarle que había estado allí, en pijama, en una especie de cita con un hada.

—Vas a mantener que esto es una señal de una incursión de la corte noseelie en nuestras tierras —dijo Jia.

—Kieran dijo que el rey noseelie no se detendría en sus propias tierras, que vendría a por nosotros. Por eso necesitamos la ayuda de la reina seelie.

Que dependía de encontrar el *Libro Negro*, sabía Diana, aunque no se lo había dicho a Jia. Librarse de la Cohorte era demasiado importante.

—He leído el dossier que me pasaste —añadió Diana—. Creo que se te olvidó sacar algunos papeles en relación con la historia de Zara.

—Oh, vaya —repuso Jia sin inflexión alguna en la voz.

—Me diste esos papeles porque sabes que es cierto —continuó Diana—. Sabes que Zara ha mentado al Consejo, y que si la consideran una heroína es por esas mentiras.

—¿Puedes probarlo? —Jia se había apartado de la ventana. La intensa luz del sol le iluminaba las líneas del rostro.

—¿Puedes tú?

—No —contestó Jia, aún mirando por la ventana—. Pero te puedo decir algo que no debería decirte. He hablado de Alina y Helen y de lo que saben. Hace algún tiempo, informaron de que habían visto algo preocupante en Alacante, en la zona de Brocelind. Algo muy raro, puntos negros, como si los propios árboles hubieran estado practicando la magia negra. Fuimos cabalgando hasta allí pero no vimos nada; quizá las manchas aún no fueran lo bastante grandes para ser visibles. Se atribuyó a un error del equipo.

—Tendrán que hacer otra comprobación —dijo Diana, pero el corazón le batía excitado. Otra prueba de que el rey noseelie era una amenaza. Un peligro evidente para Idris—. Si sus puntos negros coinciden con las áreas de la peste, entonces tendrán que venir a testificar..., mostrarle a la Clave...

—Más despacio, Diana —la cortó Jia—. He estado pensando mucho en ti. Sé que hay cosas que no me estás diciendo. Razones por las que estás tan segura de que Zara no mató a Malcolm. Razones por las que sabes tanto sobre los planes del rey noseelie. Desde la primera vez que invité a Julian Blackthorn y a Emma Carstairs a mi despacho, me han estado embaucando y ocultando cosas a la Clave. Como las estás ocultando tú ahora. —Tocó el vidrio con los dedos—. Pero estoy cansada. De la Paz Fría que mantiene a mi hija lejos de mí. De la Cohorte y el clima de odio que están creando. Lo que me ofreces ahora es un hilo muy fino en el que atar nuestras esperanzas.

—Pero es mejor que nada —replicó Diana.

—Sí. —Jia le dio la espalda—. Es mejor que nada.

Unos minutos después, cuando Diana salió del Gard hacia el día gris, su sangre cantaba. Lo había conseguido. Se celebraría una reunión. Kieran iba a testificar. Tendrían la oportunidad de recuperar el Instituto, y quizá de aplastar a la Cohorte.

Pensó en Emma y en Julian, y en el *Libro Negro*. Tanto peso sobre unos hombros tan jóvenes... Recordaba a los dos, aún niños, en la Sala de los Acuerdos, con las espadas desenvainadas, formando un anillo ante los Blackthorn más pequeños, dispuestos a morir por ellos.

Con el rabillo del ojo captó un brillante destello. Algo cayó al suelo a sus pies. Hubo un revuelo en lo alto, un movimiento entre las pesadas nubes. Mientras Diana se inclinaba y recogía a toda prisa la pequeña bellota, ya supo de quién era el mensaje.

Aun así, esperó a estar a mitad de la bajada hacia Alacante para leerlo. Para llevarle un mensaje en pleno día, incluso escondido tras las nubes, Gwyn debía de

tener algo muy importante que decirle.

Dentro de la bellota había un papelito en el que estaba escrito lo siguiente: «Reúnete conmigo ahora, en el exterior de las murallas. Es importante. Los niños Blackthorn están en peligro».

Diana tiró la bellota y salió corriendo colina abajo.

La lluvia comenzó a caer mientras Julian y Emma regresaban de la iglesia de Porthallow en silencio. Él parecía recordar el camino a la perfección, incluso cortó por los promontorios por un sendero que los llevó directamente a la Guarida.

La gente que tomaba el sol en el muelle y se bañaba en las piscinas naturales bajo Chapel Rock se estaba apresurando a recoger sus cosas mientras las primeras gotas de lluvia caían: madres que encasquetaban la ropa a sus protestones pequeños en bañador; toallas que se doblaban; sombrillas que se cerraban.

Emma recordó que a su padre le encantaban las tormentas en la playa. Se acordó de estar en sus brazos mientras el trueno resonaba sobre la bahía de Santa Mónica, y que él le había contado que cuando los rayos caían sobre la playa, fundían la arena convirtiéndola en vidrio.

En ese momento podía oír ese estruendo, más fuerte que el sonido del mar que se agitaba y golpeaba las rocas a ambos lados del puerto. Más fuerte que su propia respiración mientras Julian y ella corrían por el resbaladizo sendero mojado que llevaba a la casa y se metían dentro justo cuando el cielo se abría y el agua comenzaba a caer como si se hubiera roto un dique.

Todo en el interior de la casa resultaba casi aterrador por su propia familiaridad. El hervidor de agua en el fogón. Tazas de té y café y platos vacíos por toda la alfombra delante de la chimenea. La sudadera de Julian en el suelo, donde Emma la había enrollado para usarla de almohada la noche anterior.

—¿Emma? —Julian estaba apoyado en la encimera de la cocina. Gotas de lluvia le habían salpicado la cara y el pelo se le rizaba como siempre le pasaba cuando había humedad. Tenía la expresión de alguien que estaba preparado para algo, algún tipo de malas noticias—. No has dicho nada desde que nos hemos ido de la iglesia.

—Estás enamorado de mí —dijo ella—. Todavía.

Fuera lo que fuese que estuviera esperando oír Julian, desde luego no era eso. Se disponía a bajarse la cremallera de la chaqueta, pero las manos se le quedaron a medio camino. Emma vio que se le movía el cuello al tragar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él.

—Creía que ya no me amabas —repuso ella. Se quitó la chaqueta y fue a colgarla en un gancho junto a la puerta, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó al suelo—. Pero no es cierto, ¿verdad?

Lo oyó inspirar, lenta y profundamente.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué ahora?

—Por la iglesia. Por lo que ha pasado. Hemos quemado una iglesia, Julian, hemos derretido la piedra.

Él se bajó la cremallera con un furioso movimiento y tiró la chaqueta con rabia. Rebotó sobre uno de los armarios de la cocina. Su camiseta estaba mojada de sudor y lluvia.

—¿Y qué tiene eso que ver con nada?

—Tiene todo que ver con... —Se interrumpió, con la voz temblando—. No lo entiendes. No puedes.

—Tienes razón. —Se alejó de ella, se volvió a mitad de la sala y le propinó una violenta patada a una de las tazas que había en el suelo. Esta voló por los aires y se hizo añicos contra la pared—. No lo entiendo. No entiendo nada de esto, Emma. No entiendo por qué de repente decidiste que no me querías, que querías a Mark. Y luego decidiste que tampoco lo querías a él, y lo dejaste como si él no fuera nada, delante de todos. ¿En qué diablos estabas pensando...?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó ella—. ¿Qué te importa lo que yo sienta por Mark?

—Porque necesito que lo ames —respondió Julian. Su rostro estaba del color de las cenizas de la chimenea—. Porque si te alejas de mí y de todo lo que teníamos, mejor que sea por algo que signifique más para ti, mejor que sea por algo real; pero quizá nada de esto es real para ti...

—¿Que no es real para mí? —La voz de Emma salió de su garganta con tanta fuerza que le dolió. Se sentía como si le corrieran descargas de electricidad por las venas, sacudiéndola, empujando su rabia más y más, y ni siquiera estaba enfadada con Jules, estaba enfadada consigo misma, estaba enfadada con el mundo por hacerles eso, por hacer que fuera ella la única que lo sabía, la guardiana de un secreto venenoso y envenenado—. ¡Tú no sabes de lo que estás hablando, Julian Blackthorn! Tú no sabes a todo lo que he renunciado, cuáles son mis razones, tú no sabes lo que estoy tratando de hacer...

—¿Qué estás tratando de hacer? ¿Y lo que he hecho yo? ¿Qué te parece romperme el corazón, romper el de Cameron y el de Mark? —Su rostro se crispó. ¿Qué, me estoy dejando a alguien, alguna otra persona a la que quieras destrozarle la vida para siempre?

—Tu vida no está destrozada. Sigues vivo. ¡Puedes tener una buena vida! Besaste a la chica hada...

—¡Era una *leanansídhe*! ¡Una cambiante! ¡Pensé que eras tú!

—Oh. —Emma se detuvo, inmóvil a medio gesto—. Oh.

—Sí, oh. ¿Realmente crees que me voy a enamorar de alguien más? —quiso saber Julian—. ¿Crees que puedo hacer eso? No soy tú. No me enamoro cada semana de una persona diferente. Ojalá no fueras tú, Emma, pero siempre has sido tú, ¡así que no me digas que mi vida no está destrozada cuando no tienes ni idea!

Emma golpeó la pared con la mano. En el yeso se abrió una grieta, ramificándose

desde el punto de impacto. Notó el dolor de una forma lejana. Una negra oleada de desesperación la invadió, amenazando con superarla.

—¿Qué quieres de mí, Jules? —preguntó—. ¿Qué quieres que haga?

Julian dio un paso adelante. Su rostro parecía tallado en mármol o algo incluso más duro, más inflexible.

—¿Que qué quiero? —exclamó—. Quiero que sepas lo que se siente al ser torturado todo el tiempo, día y noche, deseando con desesperación lo que sabes que nunca deberías haber deseado, y que ni siquiera te corresponde en ese deseo. Que sepas lo que es entender que la decisión que tomaste cuando tenías doce años significa que nunca podrás tener lo que te haría feliz de verdad. Quiero que sueñes solo una cosa y quieras solo una cosa y te obsesiones por solo una cosa, como hago yo...

—Julian... —dijo con voz apagada, desesperada por hacerlo callar, por detener todo eso antes de que fuera demasiado tarde.

—¡... como hago yo contigo! —concluyó él, casi escupiendo las palabras, poseído por un furor salvaje—. Como hago yo contigo, Emma. —La rabia parecía habersele agotado; estaba temblando, como si estuviera en *shock*—. Pensé que me amabas —dijo casi en un susurro—. No sé cómo me pude equivocar tanto.

El corazón de Emma se hizo añicos. Se volvió, se alejó de la mirada de Julian, de su voz, de la destrucción de todos sus cuidadosos planes. Abrió la puerta como pudo. Oyó a Julian llamándola, pero ya había salido de la casa y corría hacia la tormenta.

La cresta de Chapel Cliff era una torre en una vorágine: roca resbaladiza que se alzaba hacia el cielo, rodeada en tres lados por el hirviente caldero del océano.

En lo alto, el cielo era gris con rayas negras, y colgaba, pesado como una roca, sobre el pueblo y el mar. El agua estaba alta en el puerto, y alzaba los barcos pesqueros a la altura de las ventanas de las casas del muelle. Los pequeños navíos se sacudían y cabeceaban sobre la cresta de las olas.

El mar se estrellaba contra el acantilado, rociando el aire de espuma. Emma se hallaba en el interior de un torbellino de agua arremolinada, rodeada del olor a mar, el cielo estallando sobre ella, los rayos dibujándose entre las nubes.

Abrió los brazos en cruz. Sintió como si los rayos estallaran a través de ella y penetraran en las rocas a sus pies, en el agua que se estrellaba en cortinas verde gris, casi verticales contra el cielo. A su alrededor, las agujas de granito que daban a Chapel Cliff su nombre se alzaban como un bosque de piedra, como las puntas de una corona. La roca bajo sus pies estaba cubierta de resbaladizo musgo mojado.

Toda su vida había amado las tormentas; amaba las explosiones que rajaban el cielo, amaba su ferocidad descarnada. No estaba pensando al salir corriendo de la casa, al menos no de un modo lógico; solo buscaba desesperadamente alejarse antes de contarle a Julian todo lo que nunca podría saber. Que creyera que nunca lo había amado, que le había roto el corazón a Mark, que no tenía sentimientos. Que la odiara, si eso significaba que podría vivir y estar bien.

Quizá la tormenta pudiera limpiarla, pudiera lavarle de las manos lo que sentía como la sangre de los corazones de los dos.

Bajó por un lado del acantilado. La roca se hizo más resbaladiza y se detuvo para dibujarse una nueva runa de equilibrio. La estela se le escurría sobre la piel mojada. Desde ese punto más bajo veía donde las cuevas y los charcos de la marea estaban cubiertos de espumosa agua blanca. El rayo restallaba en el horizonte. Alzó el rostro para saborear la lluvia salada y oyó el distante sonido de un cuerno.

Se puso alerta. Había oído ese sonido una vez antes, cuando la legación de la Cacería Salvaje había ido al Instituto. No era un cuerno que soplara alguien humano. Sonó de nuevo, profundo, frío y solitario, y ella se puso en pie para volver a toda prisa al sendero que llevaba a lo alto del acantilado.

Vio nubes como enormes peñascos grises chocando en el cielo. Por allí donde se dividieron, bajó una columna de luz dorada, iluminando la revuelta superficie del océano. Había puntos negros sobre el puerto. ¿Pájaros? No, eran demasiado grandes

para ser pájaros marinos, y de todas formas, ninguno estaría volando con ese temporal.

Los puntos negros iban hacia ella. Ya estaban más próximos y dejaban de ser puntos. Pudo ver lo que eran: jinetes. Cuatro jinetes, cubiertos con capas de resplandeciente bronce. Cruzaban el cielo como cometas.

No era la Cacería Salvaje. Emma estuvo segura de ello de inmediato, aunque sin saber por qué. Eran muy pocos y guardaban demasiado silencio. La Cacería Salvaje cabalgaba envuelta en un feroz clamor. Los jinetes de bronce planeaban en silencio hacia Emma, como si hubieran sido formados de la materia de las nubes.

Pensó que podía correr hacia la casa. Pero eso los llevaría hacia Julian, y además, habían tomado un ángulo que le cortaba el camino de vuelta a la casa de Malcolm. Se movían a una velocidad increíble. En segundos se hallarían sobre el acantilado.

Cerró la mano derecha alrededor de la empuñadura de *Cortana*. La desenvainó casi sin pensarlo de forma consciente. La sensación de tenerla en la mano la calmó, le ralentizó los latidos del corazón.

Volaron sobre ella describiendo círculos. Por un momento, Emma se quedó pasmada ante su extraña belleza. De cerca, los caballos casi no parecían reales, transparentes como el cristal, formados por volutas de nubes y humedad. Giraron en el aire y se lanzaron como gaviotas sobre su presa. Cuando sus cascos golpearon la tierra sólida del acantilado, estallaron en un rocío de espuma blanca, dejando a los cuatro jinetes en el suelo.

Y entre Emma y el camino de vuelta. No tenía adónde ir, excepto al mar y al trocito de acantilado que quedaba a su espalda.

Los cuatro jinetes se colocaron ante ella. Emma clavó los pies. Allí, en lo más alto de la cresta, el espacio era tan estrecho que las botas se le hundieron a ambos lados del sendero. Alzó a *Cortana*, que destelló bajo la luz de la tormenta, con la lluvia resbalándole por la hoja.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Los cuatro jinetes se movían como si fueran uno solo mientras se bajaban la capucha de sus capas de bronce. Eran tres hombres y una mujer, altos, cada uno con una media máscara de bronce, y con el cabello que parecía hilo metálico recogido en gruesas trenzas que les colgaban hasta media espalda.

La armadura era de metal: corazas y guanteletes grabados por todas partes con dibujos de olas y de mar. Los ojos que clavaban en ella eran grises y penetrantes.

—Emma Cordelia Carstairs —dijo uno de ellos. Hablaba como si el nombre de Emma fuera en un idioma extranjero, uno al que su lengua le costara adaptarse—. Bien hallada.

—En tu opinión —masculló Emma. Continuó agarrando con fuerza a *Cortana*; cada uno de las hadas (porque sabía que eran hadas) que tenía delante iba armado con una espada bastarda, las empuñaduras visibles sobre los hombros. Emma alzó la voz —: ¿Qué quiere de mí una brigada de las Cortes de las hadas?

El hada alzó una ceja.

—Díselo, Fal —habló uno de los otros, con la misma voz de fuerte acento, algo que puso los pelos de punta a Emma, aunque no podría haber dicho por qué.

—Somos los Jinetes de Mannan —manifestó el llamado Fal—. Habrás oído hablar de nosotros.

No era una pregunta. Emma deseó desesperadamente que Cristina estuviera con ella. Cristina era la que tenía un amplio conocimiento de la cultura feérica. Si el nombre de Jinetes de Mannan se suponía que debía significar algo para los cazadores de sombras, Cristina lo hubiera sabido.

—¿Formáis parte de la Cacería Salvaje? —preguntó.

Consternación. Un grave murmullo vibró entre los cuatro, y Fal se inclinó hacia un lado y escupió. Un hada con un rostro que parecía cincelado y una expresión de desdén contestó por él.

—Soy Airmed, hijo de Mannan —declaró—. Somos los hijos de un dios. Somos mucho más antiguos que la Cacería Salvaje y muchísimo más poderosos.

Emma se dio cuenta entonces de qué era lo que la había sobrecogido en su acento. No era distancia o pertenencia a otro país; era edad, una terrible edad que llegaba hasta el principio de los tiempos.

—Buscamos —dijo Fal—. Y encontramos. Somos los buscadores. Hemos buscado bajo las olas y por encima de ellas. Hemos estado en la tierra de las hadas y en los reinos de los condenados; en campos de batalla y en la noche oscura y el brillante día. Durante toda nuestra vida solo ha habido una cosa que hemos buscado sin hallar.

—¿El sentido del humor? —sugirió Emma.

—Debería cerrar la boca —dijo la mujer—. Deberías cerrársela tú, Fal.

—Aún no, Ethna —repuso aquel—. Necesitamos sus palabras. Necesitamos saber dónde se encuentra lo que buscamos.

Emma notaba la mano caliente y resbaladiza en la empuñadura de *Cortana*.

—¿Qué buscáis?

—El *Libro Negro* —contestó Airmed—. Buscamos el mismo objeto que tú y tu *parabatai* buscáis. El que se llevó Annabel Blackthorn.

Emma dio un involuntario paso atrás.

—¿Estáis buscando a Annabel?

—El libro —la corrigió el cuarto Jinete, y su voz era áspera y profunda—. Dinos dónde se halla y te dejaremos en paz.

—No lo tengo —contestó Emma—. Y Julian tampoco.

—Es una embustera, Delan —dijo la mujer, Ethna.

Delan hizo una mueca de desprecio.

—Todos los nefilim son embusteros. No nos tomes por estúpidos, cazadora de sombras, o colgaré tus entrañas del árbol más cercano.

—Inténtalo —replicó Emma—. Y te meteré el árbol por la garganta hasta que las

ramas empiecen a salirte por...

—¿Las orejas? —Era Julian. Debía de haberse aplicado una runa de sigilo, porque Emma no lo había oído acercarse. Se hallaba encaramado en un peñasco en el lado del camino que daba a la casa, como si simplemente hubiera aparecido allí, invocado por la lluvia y las nubes. Iba en traje de combate, tenía el pelo mojado y un cuchillo serafín sin encender en la mano—. Estoy seguro de que ibas a decir «orejas».

—Sin duda. —Emma le sonrió de medio lado sin poder evitarlo. A pesar de la discusión que habían tenido, él estaba allí, guardándole las espaldas, siendo su *parabatai*. Y ahora tenían a los Jinetes de Mannan rodeados, atrapados entre los dos.

Las cosas habían mejorado.

—Julian Blackthorn —dijo Fal casi sin mirarlo—. El famoso *parabatai*. He oído que entre los dos disteis un espectáculo más que impresionante en la corte noseelie.

—Estoy seguro de que el rey no puede parar de cantar nuestras alabanzas —replicó Julian—. ¿Qué os hace pensar que sabemos dónde se encuentran Annabel o el *Libro Negro*?

—Hay espías en todas las Cortes —contestó Ethna—. Sabemos que la reina os envió a buscar el libro. El rey debe tenerlo antes de que la reina lo posea.

—Pero nosotros se lo hemos prometido a la reina —repuso Julian—, y una promesa como esa no puede romperse.

Delan gruñó, y de repente tenía la mano sobre la empuñadura de la espada. Se había movido tan deprisa que solo se vio un borrón.

—Sois humanos y embusteros —soltó—. Podéis romper cualquier promesa que hagáis, y lo haréis cuando vuestros cuellos estén en juego. Como lo están ahora. —Señaló la casa con un gesto del mentón—. Hemos venido a por los libros y los papeles del brujo. Si no vais a decirnos lo que queremos saber, dádnoslos y nos marcharemos.

—¿Dároslos a vosotros? —Julian parecía confuso—. ¿Por qué no simplemente...? —Miró a Emma a los ojos. Ella supo lo que estaba pensando: «¿Por qué no allanáis la casa y los cogéis?»—. No podéis entrar, ¿verdad?

—Las salvaguardas —confirmó Emma.

Las hadas no dijeron nada, pero por la expresión furiosa de sus rostros supo que tenía razón.

—¿Qué está dispuesto a darnos el rey noseelie a cambio del libro? —preguntó Julian.

—Jules —siseó Emma por lo bajo. ¿Cómo podía estar negociando en un momento así?

Fal rio. Emma notó por primera vez que la ropa y la armadura de las hadas estaba seca, como si la lluvia no cayera sobre ellos.

—No tienes ninguna ventaja aquí, hijo de espinos. Danos lo que hemos venido a buscar o cuando encontremos al resto de tu familia les perforaremos los ojos con atizadores al rojo vivo, incluso hasta al niño más pequeño.

Tavvy. Aquellas palabras atravesaron a Emma como flechas. Notó el impacto, sintió que su cuerpo se sacudía, y un frío la invadió, el frío helado de la batalla. Se lanzó a por Fal, bajando a *Cortana* en un cruel barrido.

Ethna gritó, y Fal se movió con más rapidez que la corriente del océano. *Cortana* silbó cortando el aire. Se oyó un clamor cuando las otras hadas sacaron sus espadas.

Y brilló un resplandor cuando el cuchillo serafín de Julian se encendió, iluminando la lluvia. Envolvió a Emma como una brillante cuerda mientras ella giraba, parando un golpe de Ethna, *Cortana* estrellándose contra la espada feérica con la fuerza suficiente para mandar a Ethna tambaleándose hacia atrás.

El rostro de Fal se retorció de sorpresa. Emma jadeó, mojada, empapada de lluvia pero sin sentir el frío. El mundo era una peonza gris. Corrió hacia una de las agujas de piedra y se encaramó a ella.

—¡Cobarde! —gritó Airmed—. ¿Cómo osas escapar?

Emma oyó reír a Julian mientras ella alcanzaba la cima de la aguja y saltaba desde allí. El descenso le dio velocidad, y se estrelló contra Airmed con fuerza suficiente para enviarlo al suelo. Él trató de apartarse rodando, pero se detuvo cuando Emma lo golpeó con el pomo de *Cortana* en la sien. Gruñó violentamente de dolor.

—Cierra la boca —siseó Emma—. No te atrevas a tocar a los Blackthorn, ni siquiera hables de ellos...

—¡Déjalo! —gritó Ethna, y Delan saltó hacia ellos, pero Julian lo detuvo con un tajo de su cuchillo serafín. El acantilado estalló de luz, la lluvia pareció detenerse en el aire mientras la hoja bajaba y se estrellaba contra la coraza del guerrero hada.

Y se destrozaba. Se rompió como si estuviera hecho de hielo. Julian salió volando hacia atrás por la fuerza de esa acción y se precipitó contra el suelo de roca y tierra mojada.

Delan rio, avanzando hacia Julian. Emma dejó a Airmed tendido donde yacía y saltó detrás del guerrero hada mientras este alzaba la espada sobre Jules y la hacía descender...

Julian rodó rápidamente hacia la derecha y hundió una daga en la piel descubierta de la pantorrilla de Delan. Este gritó de dolor y rabia, e hizo rotar la espada para ensartar a Julian con la punta. Pero Jules ya se había levantado y estaba ante él, daga en mano.

Súbitamente, de entre las nubes descendió una columna de luz, y Emma vio moverse las sombras ante ella. Tenía a alguien detrás. Se apartó justo cuando la espada bajaba, casi rozándole el hombro. Se volvió y vio a Ethna. Fal estaba inclinado sobre Airmed ayudándolo a ponerse en pie. Por un momento fueron solo Emma y la mujer hada, y Emma agarró la empuñadura de *Cortana* con ambas manos y la blandió.

Ethna retrocedió con rapidez, pero se estaba riendo.

—Vosotros, nefilim —escupió con desprecio—, os llamáis guerreros, rodeados de vuestras runas de protección y vuestras espadas ángel. Sin ellas no seríais nada, ¡y

pronto os quedaréis sin ellas! ¡No seréis nada y os lo arrebataremos todo! ¡Todo lo que tenéis! ¡Todo!

—¿Quieres repetir eso? —se mofó Emma, esquivando un tajo de la espada de Ethna con un giro del cuerpo. Saltó sobre un peñasco y la miró desde arriba—. La parte del «todo». Creo que no he acabado de pillarlo la primera vez.

Ethna saltó hacia ella con un rugido. Y durante unos largos momentos solo hubo lucha, el reluciente vapor de la lluvia, el mar rompiendo y tronando sobre las charcas bajo el acantilado, y todo se ralentizaba mientras Emma golpeaba a Ethna en el costado y saltaba a por Airmed y Fal, entrechocando su espada contra las de ellos.

Eran buenos. Más que buenos, rápidos y cegadoramente fuertes. Pero *Cortana* era como un ser vivo en manos de Emma. La furia le daba fuerzas, una corriente eléctrica que le recorría las venas, dirigiendo la espada, golpeando a las que se alzaban contra la de ella, el estrépito metálico apagando el ruido del mar. Notó el sabor de la sal en la boca; no sabía si de sangre o del rocío del océano. Su cabello mojado azotaba el aire a su alrededor cuando giraba, mientras *Cortana* detenía las espadas de las hadas, golpe tras golpe.

Una fea risa atravesó el violento sueño que la tenía aferrada. Alzó la mirada y vio que Fal había acorralado a Julian al borde del acantilado, que caía casi vertical a su espalda. Julian se recortaba contra el cielo gris, con el cabello pegado a la frente.

El pánico se apoderó de ella. Se impulsó desde una pared de granito y lanzó una patada que conectó con fuerza con el cuerpo de Airmed. El hada cayó con un gruñido y Emma echó a correr, imaginando a Julian atravesado por una espada o cayendo desde el borde del acantilado para estrellarse contra las rocas o ahogarse en el mar arremolinado.

Fal seguía riendo, con la espada alzada. Julian dio otro paso atrás y se agachó, rápido y ágil, para coger una ballesta que había escondido tras un montón de rocas. Se la llevó al hombro justo en el momento en que Emma chocaba contra Fal con la espada por delante. No bajó la velocidad, no se detuvo, solo hundió a *Cortana* entre los hombros de Fal.

Atravesó la armadura y penetró en la carne. Notó que la punta salía por el otro lado del cuerpo, rasgando la coraza de metal.

Se oyó un fuerte grito a la espalda de Emma. Era Ethna. Tenía la cabeza echada hacia atrás y arañaba el aire con las manos. Estaba aullando en un idioma que Emma desconocía, pero comprendió que Ethna gritaba el nombre de su hermano. «Fal. Fal».

La mujer hada se dejó caer de rodillas. Delante fue a sujetarla, el rostro también pálido como el hueso y con expresión anonadada. Con un rugido, Airmed alzó la espada y se lanzó contra Emma, que estaba tratando de arrancar a *Cortana* del cuerpo inerte de Fal. Emma tiró con fuerza y la espada salió en medio de un borbotón de sangre, pero no tenía tiempo de volverse...

Julian disparó el dardo de la ballesta. Silbó atravesando el aire, un sonido vibrante más bajo que el de la lluvia, y dio en la espada de Airmed, arrancándosela de la

mano. Este aulló. Tenía la mano cubierta de sangre.

Emma se volvió, plantó los pies y alzó la espada. Sangre y lluvia corrían por la hoja de *Cortana*.

—¿Quién quiere probar?! —gritó, y el viento y el agua le rompían las palabras en la boca—. ¿Quién quiere ser el siguiente?!

—¡Déjame que la mate! —Ethna se debatió para soltarse de Delan—. ¡Ha matado a Fal! ¡Déjame que le corte el cuello!

Pero Delan negaba con la cabeza mientras le decía algo, algo sobre *Cortana*. Emma dio un paso hacia adelante; si ellos no se acercaban para que los matara, a ella no le importaba ir a por los tres y matarlos.

Airmed alzó la mano. Emma vio luz moverse entre sus dedos, verde pálido en el aire gris. Tenía el rostro retorcido en una mueca de concentración.

—¡Emma! —Jules la agarró por detrás antes de que ella pudiera dar un paso más; tiró de ella contra sí justo cuando la lluvia adquirió la forma de tres caballos, criaturas ondeantes de viento y rocío, resoplando y pateando el aire entre Emma y los Jinetes de Mannan. Fal yacía en el suelo con su sangre empapando la tierra de Cornwall mientras sus hermanos saltaban sobre el lomo de sus corceles.

Emma comenzó a temblar violentamente. Solo uno de ellos se detuvo lo suficiente para mirarla volviendo la cabeza, antes de que los caballos se lanzaran al cielo y se perdieran entre las nubes y la lluvia. Sus ojos mostraban odio, incredulidad.

«Has matado algo ancestral y primitivo —parecía decir su mirada—. Prepárate para una venganza igual de ancestral. Igual de primitiva».

—¡Corre! —gritó Livvy.

Era lo último que Kit se esperaba. Los cazadores de sombras no huían. Eso era lo que siempre le habían dicho. Pero Livvy salió disparada como una bala, pasando como un destello al Jinete que se hallaba en el camino ante ella, y Ty la siguió.

Kit corrió tras ellos. Pasaron a toda velocidad ante las hadas y se metieron entre el gentío del Camino del Támesis. Kit corría junto a Livvy y Ty, aunque él estaba jadeando y ellos no.

Oyó truenos tras él. Cascos de caballo.

«No podemos correr más que ellos», pensó, pero no tenía aliento para decirlo. Notaba el peso del aire plomizo al entrarle en los pulmones. El cabello negro de Livvy ondeaba al viento mientras saltaba por encima de una verja que separaba el sendero del río.

Por un momento pareció estar suspendida en el aire, con los brazos en alto y el abrigo aleteándole, y luego cayó directa hacia abajo y desapareció de la vista. Y Ty la siguió, saltando de lado por encima de la verja y también desapareciendo al caer.

«¿Al río?», pensó Kit vagamente, pero no se detuvo. Los músculos le comenzaban a arder, cosa que ya empezaba a resultarle familiar; la mente se le agudizaba y se centraba. Agarró la parte alta de la verja y se impulsó para saltar al otro lado.

Solo cayó unos cuantos palmos y aterrizó en cuclillas sobre una plataforma de cemento que se extendía hacia el Támesis, circundada por una barandilla baja de hierro rota en varios puntos. Ty y Livvy ya estaban allí, sin las chaquetas para tener más libertad de movimientos y con los cuchillos serafines en la mano. Livvy le pasó una espada corta a Kit cuando este se incorporó, y se dio cuenta de por qué habían salido corriendo: no para escapar, sino para buscar espacio en el que luchar.

Y esperaba que para contactar con el Instituto. Ty tenía el móvil en la mano y estaba tecleando con el pulgar mientras alzaba su cuchillo serafín, con su luz brillando contra las nubes.

Kit se volvió cuando los tres Jinetes saltaron sobre la verja para enfrentarse a ellos, destellando bronce y oro al tocar tierra. Desenvainaron las espadas con una velocidad cegadora.

—¡Detenedlo! —gritó Karn, y sus dos hermanos se lanzaron contra Ty.

Livvy y Kit se movieron como uno solo para colocarse delante de Tiberius. Kit sintió en su interior la frialdad y la dureza de la lucha, pero los Jinetes eran más rápidos que los demonios, y más fuertes. Kit blandió su espada corta hacia Eochaid, pero el hada ya no estaba ahí. Había saltado hasta el final de la plataforma. Rio al ver la expresión del rostro de Kit, y siguió riendo cuando lanzó un golpe que le arrancó a Ty el móvil de la mano. El teléfono resbaló por el suelo de hormigón y cayó al río.

Una sombra se cernió sobre Kit. Este respondió al instante, alzando la espada con fuerza. Oyó un grito ahogado y Karn cayó hacia atrás. Negras gotas de sangre salpicaron el suelo a sus pies, y Kit se puso en pie de un salto y fue a por Eochaid, pero Livvy y Ty llegaron antes que él, formando rayos de luz al cortar el aire con sus hojas alrededor de los Jinetes.

Pero solo cortaron el aire. Kit se dio cuenta de que los cuchillos de ángel no parecían atravesar la armadura de los Jinetes, o ni siquiera sajarles la piel, como había hecho él con la espada. El rostro de Ty mostraba su desconcierto, y el de Livvy su rabia cuando le clavó el cuchillo a Eochaid a la altura del corazón.

El arma se quebró por la empuñadura, y la fuerza del rebote la envió tambaleándose casi hasta el río. Ty se volvió para mirarla. Eochaid alzó la espada y la blandió en un gran arco hacia Ty. Kit se lanzó sobre Tiberius tirándolo al suelo.

El cuchillo de Ty salió volando y cayó en el Támesis, salpicando una lluvia de gotas hirvientes. Kit había aterrizado encima de Ty y se golpeó con fuerza en la cabeza contra un trozo de madera que sobresalía. Notó que Ty intentaba quitárselo de encima, y al rodar para tratar de incorporarse vio a Eochaid de pie sobre ellos dos.

Livvy estaba enfrentándose con los otros dos Jinetes, luchando con desesperación en un torbellino de destellante armamento. Pero se hallaba al otro lado de la plataforma. Kit trató de recuperar el aliento, alzó la espada...

Eochaid permaneció inmóvil, los ojos le brillaban tras la máscara. Los iris también eran de color bronce.

—Te conozco —le dijo—. Conozco tu cara.

Kit lo miró boquiabierto. Un segundo después, Eochaid alzaba la espada con una sonrisa despectiva en la boca..., y una sombra cayó sobre todos ellos. El Jinete alzó la mirada, y la sorpresa le cruzó el rostro cuando un grueso brazo bajó de lo alto y lo agarró. Un segundo después estaba volando por los aires. Kit oyó una fuerte salpicadura cuando el Jinete cayó al río.

Kit trató de sentarse. Ty estaba junto a él, y Livvy los miraba con la boca abierta. Los otros dos Jinetes estaban igualmente boquiabiertos, con las espadas colgando al costado cuando una masa enorme y nerviosa aterrizó en el centro de la plataforma.

Era un caballo, y sobre su lomo se hallaba Gwyn, enorme con su yelmo y su armadura de corteza. Fue su brazo enguantado el que lanzó a Eochaid al río, pero el Jinete ya había alcanzado la orilla y estaba subiendo a la plataforma, con movimientos lentos y torpes debido al peso de la armadura mojada.

Cogida a la cintura de Gwyn estaba Diana, con su rizada cabellera suelta y los ojos muy abiertos.

Ty se puso en pie. Kit lo hizo tras él. La sangre manchaba el cuello de la sudadera de Ty. Kit no sabía si era de Tiberius o suya.

—¡Jinetes! —exclamó Gwyn con voz de trueno. Tenía un ancho corte en el brazo, donde Eochaid debía de haberle asestado un golpe con la espada—. ¡Deteneos!

Diana bajó del caballo y caminó con decisión sobre el hormigón hasta donde Eochaid intentaba subir a la plataforma. Desenvainó su espada y apuntó directamente al pecho de Eochaid.

—No te muevas —le ordenó.

El Jinete obedeció, mostrando los dientes en un silencioso gruñido.

—Eso no te concierne —dijo Karn—. Es un asunto noseelie.

—La Cacería Salvaje no se inclina ante ninguna ley —repuso Gwyn—. Nuestra voluntad es la del viento. Y mi voluntad ahora es enviaros lejos de estos niños. Están bajo mi protección.

—Son nefilim —escupió Etarlam—. Los arquitectos de la Paz Fría, malvados y crueles.

—Vosotros no sois mejores —replicó Gwyn—. Sois los perros de la casa del rey, y nunca habéis mostrado piedad.

Karn y Etarlam fijaron la mirada en Gwyn. Eochaid, arrodillado, goteaba sobre el hormigón. El momento pareció durar eternamente.

De repente, Eochaid se puso en pie, sin hacer caso, al parecer, de la espada de Diana, que lo siguió mientras se movía.

—Fal está muerto —dijo.

—Eso es imposible —repuso Karn—. Imposible. Un Jinete no puede morir.

Pero Etarlam soltó un fuerte y sonoro lamento y su espada cayó al suelo mientras se cubría el corazón con las manos.

—Se ha ido —gimió—. Lo siento. Nuestro hermano se ha ido.

—Un Jinete ha pasado a la Tierra de las Sombras —dijo Gwyn—. ¿Queréis que

haga sonar el cuerno por él?

Aunque Gwyn le había parecido sincero a Kit, Eochaid gruñó e hizo como si fuera a atacar al Cazador, pero la espada de Diana le besó el cuello cuando se movió, y manó la sangre. Espesas gotas oscuras corrieron por la hoja.

—¡Ya basta! —exclamó Karn—. Gwyn, pagarás por esta traición. Etarlam. Eochaid, conmigo. Vayamos con nuestros hermanos.

Diana bajó la espada mientras Eochaid pasaba a su lado apartándola con el hombro para unirse a los otros dos Jinetes. Saltaron al aire desde la plataforma, largos saltos que los llevaron muy arriba, donde se cogieron a las crines de sus brillantes caballos de bronce y montaron en ellos para marcharse.

Mientras volaban por encima del agua, la voz de Eochaid resonó en los oídos de Kit.

«Te conozco. Conozco tu cara».

Emma estaba temblando cuando por fin llegaron a la casa. Una combinación de frío y cansancio se había apoderado de ella. El cabello y la ropa se le pegaban al cuerpo, y sospechaba que parecía una rata ahogada.

Apoyó a *Cortana* contra la pared y comenzó de forma cansina a quitarse la chaqueta empapada y los zapatos. Notó que Julian estaba cerrando la puerta tras ellos, y oyó los sonidos que hacía al moverse por la sala. Y también sintió calor. Julian debía de haber encendido la chimenea antes de salir a buscarla.

Un momento después le estaban poniendo algo suave en las manos. Julian estaba ante ella con una expresión indescifrable, ofreciéndole una toalla de baño un poco gastada. Emma la cogió y comenzó a secarse el pelo.

Jules seguía con la ropa mojada, aunque iba descalzo y se había puesto un jersey seco. El agua le brillaba en el pelo, en la punta de las pestañas.

Emma pensó en el ruido metálico de espada chocando contra espada, en la belleza del tumulto de la batalla, el mar y el cielo. Se preguntó si habría sido así como se sentía Mark en la Cacería Salvaje. Cuando no había nada entre tú y los elementos, y era fácil olvidar todo lo que era una carga.

Pensó en la sangre que manchaba a *Cortana*, la sangre que había corrido en hilillos bajo el cuerpo de Fal mezclada con la lluvia. Habían hecho rodar su cadáver hasta un claro bajo una cornisa de piedra porque no querían dejarlo allí, expuesto a los elementos, aunque a él ya no le importara.

—He matado a uno de los Jinetes —dijo Emma de repente, casi en un susurro.

—Has tenido que hacerlo. —Julian le había puesto la mano con fuerza en el hombro, y le clavaba los dedos—. Emma, era una lucha a muerte.

—La Clave...

—La Clave lo entenderá.

—Los seres mágicos no. El rey noseelie tampoco.

Una levísima sonrisa cruzó el rostro de Julian.

—De todas formas, creo que ya no le caemos bien.

Emma respiró hondo, tensa.

—Fal te tenía atrapado al borde del acantilado —explicó—. He pensado que iba a matarte.

La sonrisa de Julian desapareció.

—Lo lamento —dijo—. Había escondido la ballesta antes...

—No lo sabía —repuso Emma—. Es mi trabajo notar lo que te está pasando durante la lucha, entenderlo, anticiparme a ti, pero no lo sabía. —Tiró la toalla de baño, que aterrizó en el suelo de la cocina. La taza que Julian había roto antes ya no estaba. Debía de haber limpiado el estropicio.

La desesperación bullía en el interior de Emma. Nada de lo que había hecho salió como esperaba. Estaban exactamente en el mismo lugar que antes, solo que Julian no lo sabía. Eso era lo único que había cambiado.

—Me he esforzado tanto... —susurró.

Julian arrugó la frente confuso.

—¿En la lucha? Emma, has hecho todo lo que has podido.

—No en la lucha. Para hacer que no me amaras —explicó—. Lo he intentado.

Notó que él se echaba hacia atrás, no tanto por fuera como por dentro, como si su alma se hubiera encogido.

—¿Es tan terrible que yo te ame?

Emma había comenzado a temblar de nuevo, aunque no de frío.

—Era lo mejor del mundo —contestó—. Y luego fue lo peor. Y ni siquiera tuve la oportunidad...

Se calló. Él negaba con la cabeza, salpicando gotas de agua.

—Tendrás que aprender a vivir con ello —dijo—. Aunque te horrorice. Aunque te ponga enferma. Igual que yo voy a tener que vivir con cualquier novio que tengas, porque nosotros somos para siempre, pase lo que pase, Emma, sin importar cómo llames a lo que tenemos, siempre existirá el «nosotros».

—No habrá ningún otro novio —le aseguró ella.

Él la miró sorprendido.

—Lo que has dicho antes, sobre pensar, querer y obsesionarte solo con una cosa —continuó ella—. Eso es lo que siento por ti.

Julian parecía anonadado. Emma le cogió la cara entre las manos con suavidad, rozando con los dedos su húmeda piel. Veía su latido en el cuello. Tenía un arañazo largo en el rostro, que le iba de la sien a la barbilla. Emma se preguntó si se lo habría hecho durante la lucha o si era de antes y ella no se había fijado porque estuvo tratando de no mirarlo. Se preguntó si Julian volvería a hablar alguna vez.

—Jules —añadió—, di algo, por favor...

Las manos de Julian se cerraron con fuerza sobre sus hombros. Emma soltó un grito ahogado cuando se movió hacia ella, haciéndola retroceder hasta llegar a la

pared. Entonces la miró fijamente con unos ojos sorprendentemente brillantes, radiantes como el cristal de mar.

—Julian —dijo él—. Quiero que me llames Julian. Solo eso, siempre.

—Julian —repitió ella, y él le cubrió la boca con la suya, y el corazón de Emma pareció detenerse y ponerse en marcha de nuevo, revolucionado de un modo imposible.

Emma se aferró a él con la misma desesperación, bebiendo la lluvia de su boca, separando los labios para saborearlo: clavo y té. Le quitó el jersey por la cabeza. Debajo llevaba una camiseta, un trapo fino y mojado que no supuso una gran barrera cuando él la aplastó contra la pared. También sus vaqueros estaban mojados, pegándosele al cuerpo. Ella notó lo mucho que él la deseaba, y lo deseó por igual.

El mundo desapareció. Solo quedó Julian, el calor de su piel, la necesidad de estar más cerca de él, de encajarse en él. Cada movimiento del cuerpo de Julian contra el de ella le enviaba un fogonazo a través de los nervios.

—Emma. Dios, Emma. —Julian hundió el rostro en ella, besándole la mejilla, el cuello, mientras le metía los pulgares por la cintura de los vaqueros y se los bajaba. Ella apartó de una patada el mojado montón de tela vaquera—. Te amo tanto...

Parecía que hubieran pasado miles de años desde aquella noche en la playa. Las manos de Emma redescubrieron el cuerpo de Julian, las duras superficies planas, las ásperas cicatrices. Tiempo atrás había sido muy delgado; Emma aún podía verlo torpe y larguirucho. Lo había amado entonces aunque no lo supiera, lo había amado desde el centro de los huesos hasta la superficie de la piel.

Ahora esos huesos estaban cubiertos de fino músculo, duro y flexible. Le pasó las manos por debajo de la camisa, recuperando lo que conocía de él, dibujándolo, grabando la sensación y la textura de su cuerpo en la memoria.

—Julian —comenzó ella—. Te...

«Te amo —era lo que había estado a punto de decir—. Nunca fueron ni Cameron ni Mark, siempre fuiste tú, siempre serás tú; la médula de mis huesos está hecha de ti, como células hechas con nuestra sangre».

Pero él la cortó con un intenso beso.

—No —le susurró—. No quiero oír nada razonable, ahora no. No quiero lógica. Quiero esto.

—Pero tienes que saber...

Él negó con la cabeza.

—No. —Julian bajó la mano, se agarró el extremo de la camisa y se la quitó. Su pelo mojado los salpicó a ambos—. Llevo semanas destrozado —dijo con voz temblorosa, y ella supo lo mucho que le costaba admitir esa falta de control—. Necesito volver a estar entero. Aunque no dure.

—No puede durar —repuso ella, mirándolo, porque ¿cómo podría durar si jamás podrían mantener lo que querían?—. Nos romperá el corazón.

Él la cogió por la muñeca y le llevó la mano a su pecho desnudo. Le hizo abrir los

dedos sobre su corazón. Lo notó latir bajo la palma, como un puño que quisiera abrirse paso a través de su esternón.

—Rómpeme el corazón —dijo él—. Rómpelo en pedazos. Te doy mi permiso.

El azul de los ojos casi le había desaparecido detrás de las dilatadas pupilas.

Aquel día en la playa, Emma no sabía lo que iba a ocurrir, cómo sería estar juntos. Pero ahora ya lo sabía. Había cosas en la vida a las que no se podía decir que no. Nadie tenía tanta fuerza de voluntad. Nadie.

Asentía con la cabeza, sin siquiera ser consciente de que lo hacía.

—Julian, sí —dijo—. Sí.

Lo oyó hacer un sonido casi angustiado. Luego, las manos de Julian se apoyaron sobre sus caderas y la levantó de modo que Emma quedó atrapada entre el cuerpo de Julian y la pared. Era algo desesperado, apocalíptico, y ella se preguntó si alguna vez llegaría un tiempo en que no sería así, sino suave, lento y tierno.

Él la besó con ferocidad, y ella olvidó la suavidad. Solo había eso, él susurrando su nombre mientras se apartaban la ropa que era necesario apartar. Julian respiraba pesadamente, una fina capa de sudor le cubría la piel y el pelo húmedo se le pegaba a la frente; la subió más arriba, se acercó a ella con tanto ímpetu que sus cuerpos chocaron. Emma oyó el gemido rasgado que le salió a Julian de la garganta. Cuando alzó el rostro, con los ojos negros de deseo, Emma lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —susurró él.

Ella asintió.

—No pares.

Sus bocas se encontraron, inquietas; las manos de él temblaban mientras la sujetaba. Ella notó que Julian luchaba por cada segundo de control. Quiso decirle que estaba bien, que todo estaba bien, pero la coherencia la había abandonado. Oía las olas en el exterior, estrellándose brutalmente contra las rocas; cerró los ojos y lo oyó decirle que la amaba, y luego lo rodeó con los brazos, cogida a él hasta que las rodillas de Julian se doblaron y ambos se fueron al suelo, agarrados como supervivientes de un barco que hubiera embarrancado en alguna distante y legendaria orilla.

No resultó difícil localizar a Tavvy, a Rafe y a Max. Habían estado a cargo de Bridget, que los estaba entreteniendo al permitirles que molestaran a Jessamine para que esta tirara cosas de los estantes más altos; lo que provocó un rapapolvo de «no os burléis de los fantasmas» por parte de Magnus.

A Dru, por otra parte, no se la encontraba por ningún lado. Ya no estaba en su habitación, o escondiéndose en la biblioteca o la sala, y los niños no la habían visto. Con toda probabilidad Jessamine podría haberlos ayudado más, pero Bridget les aseguró que se había esfumado después de que los niños dejaran de molestarla y, además, solo le gustaba hablar con Kit.

—Dru no saldría del Instituto, ¿no crees? —dijo Mark. Recorría el pasillo, abriendo las puertas a derecha e izquierda—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Mark. —Kieran agarró al otro chico por los hombros y lo hizo volverse, de modo que quedaron cara a cara. Cristina sintió una palpitación en la muñeca, como si la preocupación de Mark le estuviera llegando a través de su unión.

Mark y Kieran compartían otro tipo de unión. La unión de la experiencia y la emoción compartida. Kieran agarraba a Mark por los hombros y se concentraba solo en él de ese modo que hacían las hadas. Y Mark se relajaba poco a poco, haciendo que parte de la tensión abandonara su cuerpo.

—Tu hermana está aquí —afirmó Kieran—. Y la encontraremos.

—Nos separaremos para buscarla —propuso Alec—. Magnus...

Magnus cogió a Max en brazos y se fue por el pasillo, con los otros dos niños tras él. El resto quedó en reunirse en la biblioteca en veinte minutos. Adjudicaron a cada uno un cuadrante del Instituto para registrar. A Cristina le tocó el lado oeste, lo que la llevó hacia abajo, al salón de baile.

Deseó que no hubiera sido así. El recuerdo de haber bailado allí con Mark y luego con Kieran la confundía y la descolocaba. Y en ese momento no podía permitirse estar descolocada. Tenía que encontrar a Dru.

Bajó la escalera y se quedó parada. Allí, en el rellano, se hallaba Drusilla, completamente vestida de negro y con las trenzas atadas con una cinta también negra. Volvió un rostro pálido y ansioso hacia Cristina.

—Te estaba esperando —dijo.

—¿Todo el mundo te está buscando! —exclamó Cristina—. Ty y Livvy...

—Lo sé. Lo he oído. Estaba escuchando —repuso Dru.

—Pero no estabas en la biblioteca...

—Por favor —pidió Dru—. Debes venir conmigo. No tenemos mucho tiempo.

Se volvió y subió corriendo la escalera. Un instante después, Cristina la siguió.

—Dru, Mark está preocupado. Los Jinetes son muy peligrosos. Necesita saber que estás bien.

—Iré a decirle que estoy perfectamente dentro de un segundo —contestó Dru—. Pero necesito que vengas conmigo.

—Dru... —Llegaron al pasillo donde se hallaba la mayoría de las habitaciones de invitados.

—Oye —dijo Dru—. Necesito que hagas esto, ¿vale? Si intentas llamar a Mark, te prometo que hay lugares en este Instituto en los que puedo esconderme y tardaríais días en encontrarme.

A Cristina la picó la curiosidad.

—¿Cómo es que conoces tan bien este Instituto?

—Tú también lo conocerías si cada vez que aparecieras alguien tratara de que hicieras de canguro —contestó Dru. Habían llegado a su dormitorio. Dudó un momento, con la mano en el pomo de la puerta.

—Pero ya hemos mirado en tu cuarto —protestó Cristina.

—Ya te lo he dicho —replicó Dru—. Escondites. —Respiró hondo—. Vale. Entra. Y no te cabrees.

El pequeño rostro de Dru mostraba un gesto de determinación, como si estuviera acumulando el valor para hacer algo desagradable.

—¿Va todo bien? —preguntó Cristina—. ¿Estás segura de que no preferirías hablar con Mark en vez de conmigo?

—No soy yo quien quiere hablar contigo —respondió Dru, y abrió la puerta de su cuarto. Cristina entró, más confusa que antes.

Al principio solo vio una sombra, una silueta delante del alféizar de la ventana. Luego, él se puso en pie y Cristina notó que el corazón se le subía a la boca.

Piel morena, cabello negro revuelto, rasgos afilados, largas pestañas. El ligero avance de hombros que ella recordaba y que siempre le hacía decirle que parecía que estuviera caminando contra el viento.

—Jaime —dijo en un susurro.

Este abrió los brazos y un instante después ella lo estaba abrazando con fuerza. Jaime siempre había sido muy delgado, pero en ese momento casi pinchaba con la aguda clavícula y los afilados codos. Le devolvió el abrazo con fuerza, y Cristina oyó que la puerta de la habitación se cerraba en silencio y la llave giraba en la cerradura.

Se apartó y miró a Jaime a la cara. Estaba como siempre, con los ojos brillantes y traviosos.

—Bueno —empezó él—. Veo que me has echado de menos de verdad.

Todas las noches que se había pasado sollozando por él, porque no estaba, porque lo odiaba, y porque había sido su mejor amigo y odiaba odiarlo, le salieron de golpe. Le cruzó la cara con la mano izquierda, y luego comenzó a pegarle en los hombros, en el pecho, en cualquier lugar que tuviera a mano.

—¡Au! —Él se apartó—. ¡Eso duele!

—¡*Me vale madre!* —Lo golpeó de nuevo—. ¡¿Cómo te atreves a desaparecer así?! ¡Todo el mundo estaba preocupado! Creí que estabas muerto. Y ahora apareces escondido en el dormitorio de Drusilla Blackthorn, cosa que, por cierto, si lo descubren sus hermanos, puedes darte por muerto...

—¡No ha sido así! —Jaime agitaba los brazos para parar los golpes—. Te estaba buscando.

Cristina puso los brazos en jarras.

—Después de todo este tiempo evitándome, ¿de repente resulta que me estabas buscando?

—No era a ti a quien evitaba —repuso él. Sacó un arrugado sobre del bolsillo y se lo tendió. Con una punzada de dolor, ella reconoció la letra de Diego.

—Si Diego quiere escribirme, no necesita que me entreguen el mensaje en mano —exclamó ella—. ¿Qué se cree que eres, una paloma mensajera?

—No puede escribirte —contestó Jaime—. Zara le mira todo el correo.

—Así que sabes lo de Zara —repuso Cristina, cogiendo el sobre—. ¿Cuánto tiempo?

Jaime se apoyó contra el escritorio de roble con las manos a la espalda.

—¿Cuánto tiempo llevan prometidos? Desde que rompisteis la primera vez. Pero no es un compromiso real, Cristina.

Ella se sentó sobre la cama de Dru.

—Pues lo parecía.

Jaime se pasó los dedos por el cabello. Solo se parecía un poco a Diego, quizá en la forma de la boca, en el perfil de los ojos. Jaime siempre había sido el divertido y Diego el serio. En ese momento, cansado y muy delgado, se asemejaba a los chicos melancólicos y elegantes que rondaban por los cafés de la Colonia Roma.

—Sé que probablemente me odies —dijo—. Tendrías todos los motivos. Crees que quería que nuestra rama de la familia se hiciera con el Instituto porque deseaba tener el poder y tú no me importabas. Pero la verdad es que tenía una buena razón.

—No te creo —replicó Cristina.

Jaime hizo un ruido impaciente.

—No me va lo de sacrificarme, Tina —aseguró él—. Eso le va a Diego, no a mí. Quería sacar a mi familia de problemas.

Cristina hundió las manos en la colcha.

—¿Qué clase de problemas?

—Ya sabes que siempre hemos tenido una conexión con las hadas —explicó Jaime—. Es de ahí de donde procede ese colgante tuyo. Pero siempre ha habido más que eso. La mayor parte no importaba, hasta que llegó la Paz Fría. Entonces, se suponía que la familia tenía que entregárselo todo a la Clave, toda la información, cualquier cosa que las hadas les hubieran dado.

—Pero no lo hicieron —aventuró Cristina.

—No lo hicieron —confirmó Jaime—. Decidieron que la relación con las hadas era más importante que la Paz Fría. —Se encogió de hombros—. Hay una reliquia. Tiene un poder que ni siquiera yo entiendo. Los Dearborn y la Cohorte la exigieron, y les dijimos que solo un Rosales podía hacer que el objeto funcionara.

De repente, Cristina lo comprendió.

—Por eso el falso compromiso —señaló—. Para que Zara pudiera pensar que se iba a convertir en una Rosales.

—Exacto —repuso Jaime—. Diego se une a la Cohorte y yo... yo cojo la reliquia y escapo. Así Diego puede culparme: su hermanito el malo se largado con el objeto. Y el compromiso se alarga y no encuentran la reliquia.

—¿Ese es tu plan? —preguntó Cristina—. ¿Demorarlo para siempre?

Jaime la miró frunciendo el ceño.

—Me parece que no acabas de valorar que he estado huyendo con valentía durante meses —dijo—. Con mucha valentía.

—Somos nefilim, Jaime. Nuestro trabajo es ser valientes —replicó Cristina.

—Algunos de nosotros son mejores en eso que otros —repuso Jaime—. Lo que sea. Yo no diría que todo nuestro plan es demorar las cosas, no. Diego trabaja para averiguar cuáles son los puntos débiles de la Cohorte. Y yo trabajo para averiguar qué es lo que hace exactamente la reliquia.

—¿No lo sabes?

Él negó con la cabeza.

—Sé que ayuda a entrar en Feéra sin que te detecten.

—Y la Cohorte quiere poder entrar en la tierra de las hadas para empezar una guerra —supuso Cristina.

—Tendría sentido —contestó Jaime—. Al menos para ellos.

Cristina se quedó sentada en silencio. Había comenzado a llover. El agua resbalaba por los cristales. Pensó en la lluvia en los árboles del Bosque, y en estar sentada allí con Jaime, viéndolo comer bolsas de Dorilocos y lamerse la sal de los dedos. Y hablando, hablando durante horas, sobre literalmente todo, sobre lo que harían cuando fueran *parabatai* y pudieran viajar a cualquier lugar del mundo.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó al final, e intentó mantener la voz firme.

—No puedo decírtelo. —Se apartó del escritorio—. No puedo decírselo a nadie. Soy un buen artista escapándome, Cristina, pero solo si nunca digo dónde me escondo.

—No lo sabes, ¿verdad? —dijo ella—. Vas a improvisar.

Él sonrió de medio lado.

—Nadie me conoce mejor que tú.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora?

—Por dos razones —contestó él—. En el submundo se dice que los Blackthorn van en contra de la Cohorte. Si se llega a luchar, quiero participar. Envíame un mensaje de fuego y acudiré. —Su tono era enfático—. Y segundo, para entregarte el mensaje de Diego. Dice que igual estás demasiado enfadada para leerlo. Pero yo espero que ahora... ya no lo estés.

Cristina miró el sobre que tenía en la mano. Se había doblado muchas veces.

—Lo leeré —le aseguró ella a media voz—. ¿No te quedas? Come con nosotros. Pareces famélico.

Jaime negó con la cabeza.

—Nadie puede saber que he estado aquí, Tina. Prométemelo. Prométemelo por el hecho de que dentro de un tiempo seremos *parabatai*.

—Eso no es justo —susurró ella—. Además, Drusilla lo sabe.

—Ella no se lo dirá a nadie... —comenzó Jaime.

—¡Cristina! —Era la voz de Mark resonando en el pasillo—. Cristina, ¿dónde estás?

De repente, los brazos nervudos de Jaime la rodeaban, abrazándola con fuerza. Cuando la soltó, ella le acarició el rostro. Había un millón de cosas que hubiera querido decirle, más que nada «*ten cuidado*», que se mantuviera a salvo. Pero él ya se

estaba alejando hacia la ventana. La abrió, salió como una sombra y desapareció en la noche lluviosa.

Gwyn no quería entrar en el Instituto.

Kit no sabía si era por principio, y a pesar de que le sangraba el brazo, empapando el costado de su armadura gris, el líder de la Cacería Salvaje negó con la cabeza cuando Alec lo invitó cordialmente a entrar.

—Soy el director del Instituto de Londres, aunque de forma temporal —explicó Alec—. Tengo poder para invitar a entrar a quien quiera.

—No puedo entretenerme —objeto Gwyn—. Queda mucho por hacer.

Había comenzado a llover. Alec estaba en el tejado con Mark, que había recibido a Livvy y a Ty con una mezcla de terror y alivio.

No había nadie para recibir a Kit de esa manera. Se quedó un poco apartado, observando. El viaje a caballo desde el río (Gwyn parecía capaz de sacar caballos del aire, como un mago conjurando monedas) había sido confuso; Ty y Livvy habían montado con Diana y Kit acabó detrás de Gwyn, agarrado desesperadamente a su cinturón y tratando de no caer del caballo al Támesis.

—No puedo permanecer entre todo ese hierro —explicó Gwyn, y la verdad era que tenía bastante mal aspecto, en opinión de Kit—. Y vosotros, Blackthorn, deberíais entrar en el Instituto. Entre estas paredes estáis a salvo.

—¿Qué hay de Emma y Jules? —preguntó Livvy—. Podrían estar en cualquier parte, a saber dónde, los Jinetes deben de estar rastreándolos...

—Magnus ha ido a buscarlos —la tranquilizó Alec—. Se asegurará de que estén bien.

Livvy asintió con seriedad, pero siguió pareciendo preocupada.

—Quizá necesitemos algo de ayuda, Diana —dijo Alec—. Vamos a enviar a los niños a Alacante en cuanto Magnus regrese.

—¿Qué niños? —preguntó Diana. Tenía una voz suave y grave, que en ese momento sonaba áspera por el cansancio—. ¿Solo los tuyos o...?

—Tavvy y Drusilla también —contestó Alec. Miró a Livvy y a Ty. Kit supuso que, si pudiera, Alec enviaría también a los mellizos, pero estos nunca lo consentirían.

—Ah —repuso Diana—. ¿Puedo sugerir que en vez de instalaros con el Inquisidor en Alacante os quedéis conmigo en Flintlock Street? Sería mejor que la Cohorte no supiera que estáis allí.

—Justo lo que pensaba —asintió Alec—. Mejor estar fuera del radar de los Dearborn y los de su clase, sobre todo antes de la reunión del Consejo. —Frunció el

ceño—. Y con suerte, podremos deshacer el hechizo de unión de Mark y Cristina antes de que tengamos que marcharnos. De otro modo, tal vez no sean capaces de...

—Uno de los Jinetes ha muerto —dijo Kit.

Todos lo miraron. No estaba seguro de por qué había hablado. El mundo parecía estar dando vueltas a su alrededor y las cosas extrañas eran importantes.

—Recordad lo que han dicho —continuó—. Por eso, al final, se han marchado. Uno de ellos había muerto y los otros podían sentirlo. Quizá Julian y Emma lucharan contra ellos y ganaran.

—Nadie puede matar a un Jinete de Mannan —aseguró Gwyn.

—Emma podría —replicó Livvy—. Si *Cortana*...

A Kit le fallaron las piernas. Fue muy repentino y no se lo había esperado en absoluto. Estaba de pie y al instante siguiente cayó arrodillado sobre un frío charco, preguntándose por qué no podía levantarse.

—¡Kit! —exclamó Diana—. Alec, se ha golpeado en la cabeza durante la lucha. Ha dicho que no le dolía, pero...

Alec ya avanzaba a grandes pasos hacia Kit. Era más fuerte de lo que parecía. Rodeó con los brazos al chico y lo levantó. Un ardiente dardo de dolor le atravesó la cabeza cuando se movió, y una piadosa oscuridad se cerró sobre él.

Se quedaron tumbados en la cama en la oscuridad del atardecer, Emma con la cabeza sobre el pecho de Julian. Oía latirle el corazón a través de la suave tela de la camiseta.

Se habían secado el pelo con la toalla, se pusieron ropa seca y se acurrucaron juntos bajo una capa de mantas. Julian le pasaba una lenta y cuidadosa mano por el cabello suelto.

—Oye —comenzó él—, antes has dicho que hay algo que debo saber. Y yo no te he dejado continuar. —Hizo una pausa—. Dímelo ahora.

Emma dobló los brazos sobre el pecho de él y apoyó la barbilla encima. La actitud de Julian parecía mostrar relajación. Pero su expresión era más que de curiosidad; Emma le veía la intensidad en el fondo de los ojos, su necesidad de saber. De dar un sentido a todas las piezas que aún no lo tenían.

—Nunca he salido con Mark —confesó ella—. Era una mentira. Le pedí que fingiera que estaba saliendo conmigo, y él me contestó que me debía la vida, así que accedí. Nunca fue real.

Los dedos de Julian se detuvieron en el pelo de Emma. Esta tragó saliva. Tenía que contárselo todo sin pensar en si Julian la odiaría al final. De otro modo, nunca sería capaz de acabar.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó Julian con cautela—. ¿Por qué Mark aceptó herirme?

—Él no sabía que te estaba hiriendo —contestó Emma—. No supo lo que había entre nosotros hasta que fuimos a Feéra. Allí lo descubrió, y me dijo que teníamos

que dejar de fingir. Por eso simulé cortar con él en Londres. A Mark no le importó. No sentíamos nada de eso el uno por el otro.

—Así que Mark no lo sabía —repuso Julian—. Entonces ¿por qué lo hiciste tú? —Alzó una mano—. Déjalo. Ya sé la respuesta: para hacer que dejara de amarte. Para romper lo nuestro. Incluso sé por qué elegiste a Mark.

—Desearía que hubiera sido cualquier otro...

—Nadie más iba a hacer que te odiara —señaló él sin expresión—. Nadie más me hubiera hecho renunciar a ti. —Se apoyó en el codo, mirándola—. Explícamelo —le pidió—. Tú me amas y yo te amo, pero tú querías acabar con todo eso. Estabas tan decidida que hasta metiste a Mark en medio, lo que sé que nunca habrías hecho si no hubieras estado desesperada. Entonces ¿qué es lo que te hace estar así, Emma? Ya sé que enamorarte de tu *parabatai* está prohibido, pero es una ley estúpida...

—No es una ley estúpida —dijo ella.

Él la miró sorprendido. El pelo ya se le había secado.

—Sepas lo que sepas, Emma —insistió él con voz grave—, es hora de contármelo.

Y ella lo hizo. No se dejó nada. Le contó lo que Malcolm le había dicho sobre la maldición *parabatai*; que si la mataba, le estaría haciendo un favor, porque si no, Julian y ella se verían morir; que los nefilim odiaban el amor. Y luego lo que Jem le confirmó: el terrible destino de los *parabatai* que se enamoraban; la muerte y la destrucción que portarían a su alrededor. Pero que ella sabía que ninguno de los dos podía pasar a ser mundano o subterráneo para poder romper el vínculo, que ser cazadores de sombras era parte de sus almas y de ellos mismos, que ser exiliados de su familia acabaría con ellos.

La luz de la chimenea lanzaba un resplandor dorado oscuro sobre el rostro de Julian, sobre su pelo, pero incluso así, Emma pudo ver lo pálido que estaba y la severidad que se apoderó de su expresión mientras ella hablaba, como si las sombras se fueran haciendo más marcadas. En el exterior, la lluvia caía sin cesar.

Cuando Emma acabó, Julian permaneció en silencio durante un buen rato. Emma tenía la boca seca, como si hubiera estado masticando algodón. Finalmente, no lo aguantó más y se acercó a él, tirando la almohada al suelo.

—Jules...

Él alzó una mano.

—¿Por qué no me habías dicho nada de todo esto?

Ella lo miró con mucha tristeza.

—Por lo que dijo Jem. Que descubrir que lo que nos pasa está prohibido por una buena razón puede hacerlo peor. Créeme, saber lo que sé no me ha hecho quererte menos.

Los ojos de Julian eran de un azul tan oscuro bajo la tenue luz que casi parecían los de Kit.

—Así que decidiste hacer que te odiara.

—Lo intenté —susurró ella—. No sabía qué más podría hacer.

—Pero yo nunca sería capaz de odiarte —replicó él—. Odiarte hubiera sido como odiar la idea de las cosas buenas que pasan en este mundo. Sería como la muerte. Pensaba que no me querías, Emma, pero nunca te he odiado.

—Y yo pensaba que tú no me querías a mí.

—Y no ha cambiado nada, ¿verdad? Aún nos amamos. Ahora entiendo por qué estabas tan molesta por lo que hicimos a la iglesia de Porthallow.

Ella asintió.

—La maldición te hace más fuerte antes de hacerte destructivo.

—Me alegro de que me lo hayas contado. —Le acarició la mejilla, el pelo—. Ahora sabemos que nada de lo que hagamos podrá cambiar lo que sentimos el uno por el otro. Tendremos que buscar otra solución.

Emma tenía lágrimas en el rostro, aunque no recordaba haber comenzado a llorar.

—Pensé que si dejabas de amarme estarías triste durante un tiempo. Y si mi tristeza era eterna, no me importaría. Porque tú estarías bien y yo seguiría siendo tu *parabatai*. Y si finalmente llegabas a ser feliz, yo también sería feliz, por ti.

—Eres una tonta —le soltó Julian. La abrazó y la acunó, con los labios contra el cabello de ella, y le susurró, del modo que susurraba cuando Tavvy tenía pesadillas, que era muy valiente por haber hecho lo que había hecho, y que juntos encontrarían la manera de solucionarlo. Y aunque Emma seguía sin ver una salida, se relajó contra el pecho de Julian y se permitió sentir el alivio de haber compartido la carga, al menos durante ese momento—. Pero no puedo enfadarme. Hay algo que yo también debería haberte dicho.

Ella se apartó un poco de él.

—¿Qué?

Julian estaba jugueteando con su brazaletes de vidrio. Como muy pocas veces expresaba cualquier ansiedad de un modo visible, Emma sintió que el corazón se le aceleraba.

—Julian —le pidió—. Dímelo.

—Cuando queríamos entrar en Feéra —explicó él en voz baja—, el puka me dijo que si entraba en las Tierras encontraría a alguien que sabía cómo deshacer el vínculo de *parabatai*.

Los latidos del corazón de Emma pasaron a ser como un redoble golpeándole el interior de la caja torácica.

—¿Estás diciendo que sabes cómo deshacerlo?

Julian negó con la cabeza.

—Las palabras eran exactas: encontré a alguien que sabe cómo deshacerlo. La reina seelie. Ella me aseguró que era posible hacerlo, pero no cómo.

—¿Forma eso parte del trato de darle el libro? —preguntó Emma—. ¿Le damos el *Libro Negro* y ella nos dice cómo acabar con el vínculo?

Julian asintió mirando al fuego.

—No me dijiste nada —repuso ella—. ¿Fue porque pensabas que no me importaría?

—En parte —contestó él—. Si tú no querías deshacer el vínculo, entonces yo tampoco. Prefiero ser tu *parabatai* que nada.

—Jules... Julian.

—Hay más —continuó él—. Me dijo que tendría un coste.

«Claro, un coste. Siempre tiene que haber un coste cuando hay hadas de por medio».

—¿Qué clase de coste?

—Para deshacer ese vínculo es necesario emplear el *Libro Negro* para llegar a la raíz de todas las ceremonias de *parabatai* —explicó Julian—. Romperá nuestro vínculo, sí, pero también destruirá todos los vínculos de *parabatai* del mundo. Todos se desharán. No habrá más *parabatai*.

Emma lo miró totalmente anonadada.

—No podemos hacer eso. Alec y Jace; Clary y Simon, y tantos otros...

—¿Crees que no lo sé? Pero debía decírtelo. Tienes derecho a saberlo.

A Emma le faltaba el aire.

—La reina...

Un estallido seco resonó en la sala, como si alguien hubiera lanzado un petardo. Magnus Bane apareció en la cocina envuelto en un largo abrigo negro. De la mano derecha le salían chispas azules y su expresión era de puro enfado.

—¿Por qué, en nombre de los nueve príncipes del Infierno, ninguno de vosotros contesta al móvil? —preguntó.

Emma y Julian lo miraron boquiabiertos. Un instante después, él los miraba del mismo modo.

—Dios mío —exclamó—. ¿Estáis...?

No acabó la pregunta. No era necesario.

Emma y Julian se apresuraron a salir de la cama. Ambos estaban bastante vestidos, pero Magnus los miraba como si los hubiera pillado in fraganti.

—Magnus —dijo Julian. No continuó diciendo que no era lo que parecía, o que Magnus se estaba haciendo una idea equivocada. Julian no decía cosas así—. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal en casa?

Por un momento, Magnus pareció notar el peso de todos sus años.

—*Parabatai* —dijo, y suspiró—. Sí, algo va mal. Tenéis que volver al Instituto. Coged vuestras cosas y preparaos para partir.

Se apoyó en la isla de la cocina con los brazos cruzados. Su abrigo era una especie de gabán con varias capas más cortas a la espalda. Estaba seco; debía de haberse metido en el Portal dentro del Instituto.

—Hay sangre en tu espada, Emma —dijo, mirando hacia donde *Cortana* se hallaba apoyada en la pared.

—Sangre de hada —repuso ella. Julian se puso un jersey y se pasó los dedos por

el revuelto cabello.

—Cuando dices «sangre de hada» —aventuró Magnus—, te refieres a la de los Jinetes, ¿verdad?

Emma vio que Julian se sobresaltaba.

—Nos estaban buscando. ¿Cómo lo sabes?

—No os buscaban solo a vosotros. El rey los ha enviado a recuperar el *Libro Negro*. Les ha ordenado que os cacen a todos, a todos los Blackthorn.

—¿Qué nos cacen? —exclamó Julian—. ¿Alguien está herido? —Cruzó la sala hasta Magnus, casi como si fuera a agarrar al brujo por la solapa del abrigo y sacudirlo—. ¿Alguien de mi familia está herido?

—Calma, Julian. —La voz de Magnus era firme—. Todos están bien. Pero los Jinetes han venido. Han atacado a Kit, a Ty y a Livvy.

—¿Y están bien? —preguntó Emma ansiosa, mientras metía los pies en las botas.

—Sí... He recibido un mensaje de fuego de Alec —contestó Magnus—. Kit ha sufrido un golpe en la cabeza. Ty y Livvy, ni un arañazo. Pero han tenido suerte de que Gwyn y Diana llegaran a tiempo.

—¿Diana y Gwyn? ¿Juntos? —Emma estaba asombrada.

—Emma ha matado a uno de los Jinetes —le explicó Julian. Estaba recogiendo el portafolio de Annabel y los diarios de Malcolm y los metía en su bolsa—. Hemos escondido el cuerpo en el acantilado, pero seguramente no deberíamos dejarlo ahí.

Magnus silbó entre dientes.

—Nadie ha matado a uno de los Jinetes de Mannan en..., bueno, nunca, por lo que sé.

Emma se estremeció, recordando la fría sensación mientras la hoja iba penetrando en el cuerpo de Fal.

—Ha sido horrible.

—Los otros no se han marchado para siempre —advirtió Magnus—. Volverán.

Julian cerró la cremallera de su bolsa y de la de Emma.

—Entonces tenemos que llevar a los niños a algún lugar seguro. A alguna parte donde los Jinetes no puedan encontrarlos.

—En este momento, el Instituto es el lugar más seguro fuera de Idris —dijo Magnus.

—Esta casa también es segura —afirmó Emma mientras se colgaba la bolsa al hombro. Era el doble de pesada que antes, con todo el añadido de los libros de Malcolm—. Los Jinetes no pueden acercarse a ella. Por lo menos eso han dicho.

—Muy previsor por parte de Malcolm —repuso Magnus—. Pero estaríais atrapados en la casa, y no creo que queráis quedaros encerrados entre estas cuatro paredes.

—No —contestó Julian, pero lo dijo en voz baja. Emma vio que Magnus recorría con la mirada el interior de la casa: las tazas que no habían lavado, las señales de haber cocinado, el desorden de la ropa de la cama, los restos del fuego en la

chimenea. Un lugar creado por dos personas que se amaban sin poder hacerlo, y que había resguardado a otras dos personas en la misma situación doscientos años después—. Supongo que no.

Había compasión en los ojos de Magnus cuando los miró.

—Todos los sueños acaban al despertar —dijo—. Y ahora vámonos. Os llevaré a casa por el Portal.

Dru observaba la lluvia golpear las ventanas de su dormitorio. En el exterior, Londres era una mancha incierta, el resplandor de las farolas se ampliaba en la lluvia para convertirse en dientes de león amarillos, relojes de luz colgados sobre alargados postes de metal.

Había estado en la biblioteca el tiempo suficiente para decirle a Mark que estaba bien, antes de que este se preocupara por Cristina y fuera a buscarla. Cuando ambos regresaron, a Dru se le hizo un nudo en el estómago de temor. Estaba segura de que Cristina lo contaría; de que les hablaría a todos de Jaime, de que revelaría su secreto, el secreto que él le había confiado.

La expresión en el rostro de Cristina tampoco era reconfortante.

—¿Puedo hablar contigo en el pasillo, Dru? —le preguntó.

Dru asintió y dejó el libro que tenía en las manos. De todas formas, tampoco estaba leyendo. Mark se había ido con Kieran y los niños y Dru siguió a Cristina al pasillo.

—Gracias —dijo esta en cuanto cerraron la puerta—. Por ayudar a Jaime.

Dru carraspeó. Que le diera las gracias era una buena señal. Al menos era una señal de que Cristina no estaba furiosa. Quizá.

Le sonrió. Tenía hoyuelos en las mejillas. Inmediatamente, Dru deseó tenerlos también. ¿Los tenía? Debería mirarlo, aunque sonreírse a sí misma en el espejo le parecía estrambótico.

—No te preocupes, no le diré a nadie que ha estado aquí, o que tú lo has ayudado. No debe de haber sido fácil aguantarlo como lo has hecho.

—No me importaba —contestó Dru—. Me escuchaba.

Los oscuros ojos de Cristina se entristecieron.

—Solía escucharme a mí también, hace tiempo.

—¿No le va a pasar nada? —preguntó Dru.

—Eso creo —respondió Cristina—. Siempre ha sido muy listo y cuidadoso. —Le acarició la mejilla a Dru—. Si me dice algo, te lo haré saber.

Y eso fue todo. Dru regresó a su dormitorio sintiéndose vacía. Sabía que debería quedarse en la biblioteca, pero necesitaba estar donde pudiera pensar.

Se sentó en el borde de la cama, balanceando las piernas sin fuerza. Quería que Jaime estuviera allí para tener alguien con quien hablar. Quería hablar sobre que Magnus parecía cansado, que Mark estaba estresado, que ella estaba preocupada por

Emma y Jules. Quería hablar de lo mucho que echaba de menos su casa, el olor del océano y del desierto.

Movió las piernas con más fuerza y su talón chocó con algo. Se agachó y vio, sorprendida, que la bolsa de viaje de Jaime seguía metida debajo de la cama. La sacó, tratando de no volcar el contenido. Ya estaba abierta.

Debía de haberla metido allí a toda prisa cuando Cristina entró en la habitación, pero ¿por qué se la habría dejado? ¿Significaba eso que pensaba volver? ¿O solo había dejado allí cosas que ya no necesitaba?

No era su intención mirar dentro, o al menos eso fue lo que se dijo más tarde. No era que necesitara saber si él iba a volver. Había sido un simple accidente.

El contenido era un revuelto de ropas de chico, un puñado de vaqueros y camisetas y unos cuantos libros, estelas de recambio, cuchillos serafines nunca activados, una navaja mariposa parecida a la de Cristina y algunas fotos. Y algo más, algo que brillaba con tanta intensidad que, por un momento, pensó que era una luz mágica. Pero la luz era menos blanca; relucía con un color dorado, tenue y oscuro, como la superficie del océano. Antes de darse cuenta, tenía la mano encima...

Notó que se alzaba del suelo, como si estuviera siendo tragada por un Portal. Apartó la mano, pero ya no tocaba nada, ya no estaba en su dormitorio.

Se hallaba bajo tierra, en un largo pasillo excavado bajo el suelo. Había raíces de árboles creciendo desde lo alto, como cintas enrolladas de regalos con un caro envoltorio. El pasillo se extendía en ambas direcciones hasta perderse entre las sombras, que se oscurecían como ninguna sombra lo hacía en la superficie.

El corazón le golpeaba dentro del pecho. Una terrible sensación de irrealidad la agobiaba. Era como si hubiera viajado a través de un Portal pero sin tener ni idea de adónde había ido a parar, sin ninguna sensación de familiaridad. Incluso el aire de ese lugar olía a algo extraño y oscuro, algún tipo de aroma que nunca había oído.

Automáticamente, Dru buscó con la mano las armas de su cinturón, pero no las encontró. Había llegado allí de forma inopinada y sin ninguna preparación, solo con unos vaqueros y una camiseta de gatitos. Se tragó una risa histérica y se arrimó todo lo que pudo a la pared del pasillo subterráneo, ocultándose entre las sombras.

Le pareció ver unas luces al fondo, y oyó voces, agudas y dulces, en la distancia. El sonido era como el parloteo de los pájaros: ¡hadas!

Fue a ciegas en la otra dirección y casi se cayó cuando la pared cedió a su espalda, convertida en una cortina de tela. Pasó al otro lado, tambaleante, y se encontró en una amplia sala de piedra.

Las paredes eran cuadrados de mármol verde con venas gruesas y negras. Algunos de los cuadrados tenían dibujos dorados incrustados: un halcón, un trono, una corona partida por la mitad. Había armas en la sala, ordenadas sobre la superficie de varias mesas: espadas y dagas de cobre y de bronce, ganchos, picas y mazas de todo tipo de metal excepto el hierro.

Y también había un chico. Un chico de su edad, de unos trece años. Se había

vuelto al entrar ella, y en ese momento la miraba atónito.

—¿Cómo osas entrar en esta estancia? —Su voz era dura e imperiosa.

Vestía con telas de calidad, seda y terciopelo, y unas pesadas botas de cuero. Tenía el cabello rubio platino, del color de la luz mágica. Y lo llevaba corto, con una clara cinta de metal rodeándole la frente.

—No era mi intención. —Dru tragó saliva—. Solo quiero salir de aquí —explicó—. Es lo único que quiero.

Los ojos verdes del chico ardían.

—¿Quién eres? —Dio un paso adelante y cogió una daga de una mesa que había a su lado—. ¿Eres una cazadora de sombras?

Dru alzó la barbilla y lo miró directamente.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Y por qué eres tan grosero?

Para su sorpresa, el chico sonrió, y algo de él le resultó familiar.

—Me llamo Ash —contestó él—. ¿Te ha enviado mi madre? —Parecía esperanzado—. ¿Está preocupada por mí?

—¡Drusilla! —la llamó una voz—. ¡Dru! ¡Druuu!

Miró a su alrededor, confusa. ¿De dónde provenía esa voz? Las paredes de la sala comenzaron a oscurecerse, a deshacerse y a mezclarse. El chico de la ropa elegante con su afilada cara de hada la miró perplejo, alzando la daga, mientras empezaban a abrirse agujeros alrededor de Dru. Gritó cuando el suelo se hundió bajo ella y cayó a la oscuridad.

El torbellino de aire la atrapó de nuevo, el frío remolino de lo que casi era un Portal, y luego regresó de golpe a la realidad sobre el suelo de su dormitorio. Estaba sola. Inspiró con fuerza y tosió mientras trataba de ponerse de rodillas. El corazón parecía que iba a saltarle del pecho.

La cabeza le daba vueltas. El terror de estar bajo tierra, el terror de no saber si volvería a casa, el terror de un lugar desconocido. Sin embargo, las imágenes se le iban diluyendo, como si tratara de agarrar agua o viento. «¿Dónde he estado? ¿Qué ha pasado?».

Se puso de rodillas y se sintió mareada y con náuseas. Parpadeó para alejar el mareo. Había unos ojos verdes en el fondo de su imagen, unos ojos verdes. Vio que la bolsa de viaje de Jaime ya no estaba. La ventana estaba abierta, el suelo húmedo bajo ella. Jaime debía de haber entrado y salido mientras ella estaba... lejos. Pero ¿dónde había estado? No lo recordaba.

—¡Dru! —Oyó la voz de nuevo. La voz de Mark. Y otro impaciente golpe llamando a la puerta—. Dru, ¿no me has oído? Julian y Emma han vuelto.

—Ya está —dijo Diana, echando una última mirada al vendaje en el brazo de Gwyn—. Ojalá pudiera ponerte un *iratze*, pero...

Dejó que su voz se apagara, sintiéndose como una tonta. Fue ella la que insistió

en que fueran a sus habitaciones en Alacante para vendarle la herida, y Gwyn había permanecido en silencio desde entonces.

Le dio una palmada al caballo en el flanco después de entrar por la ventana y lo envió volando al cielo.

Mientras él miraba por la habitación con sus ojos de dos colores, observando todos los rastros visibles de su vida: las tazas sucias de café, el pijama en un rincón, el escritorio manchado de tinta, Diana se preguntó si habría tomado la decisión correcta al permitirle entrar allí. En muchos años había dejado a muy poca gente entrar en su espacio personal, mostrando solo lo que quería mostrar, controlando con mucho cuidado el acceso a su yo interior. Nunca pensó que el primer hombre al que permitiría la entrada en su habitación de Idris iba a ser un extraño y hermoso hada, pero supo, cuando él hizo una violenta mueca al sentarse en su cama, que no se había equivocado.

Apretó los dientes con un dolor empático cuando empezó a sacarle la armadura de corteza. Su padre siempre tenía vendas de más en el cuarto de baño; cuando regresó a la habitación, venda en mano, encontró a Gwyn, sin camisa y malhumorado, sobre la arrugada manta. Su cabello castaño era casi del mismo color que las paredes de madera. La piel era varios tonos más pálida, suave y tensa sobre unos huesos que eran un poco extraños.

—No necesito tus cuidados —dijo él—. Siempre me he vendado mis propias heridas.

Diana no contestó, solo comenzó a preparar un apósito. Sentada a su lado mientras trabajaba, se dio cuenta de que eso era lo más cerca que había estado de él. Recordó haber pensado que su piel también sería como la corteza de un árbol, igual que su armadura, pero no era así: era más como cuero, de la clase más suave que se empleaba para hacer vainas para armas elegantes.

—Todos tenemos heridas que, a veces, es mejor que atienda otro —respondió ella, dejando la caja de vendas a un lado.

—¿Y qué hay de tus heridas? —preguntó él.

—No me han herido. —Se puso en pie, para demostrarle claramente que estaba bien, que andaba y respiraba. En parte también fue para poner cierta distancia entre ellos. El corazón le estaba haciendo el tonto de un modo que la hacía no confiar en él.

—Sabes que no me refería a eso —repuso Gwyn—. He visto cómo cuidas de esos niños. ¿Por qué no te ofreces para dirigir el Instituto de Los Ángeles? Serías una directora mucho mejor de lo que nunca lo fue Arthur Blackthorn.

Diana tragó saliva, aunque tenía la boca seca.

—¿Acaso importa?

—Importa porque deseo conocerte —contestó él—. Te besaría, pero te alejas de mí; querría conocer tu corazón, pero tú lo ocultas entre sombras. ¿Es que no te gusto o no me deseas? Porque, en ese caso, no te molestaré más.

En su tono no había ninguna intención de hacerla sentirse culpable, solo era la

aseveración de un hecho.

Si le hubiera hecho una súplica emocional, quizá ella no habría respondido. Pero en este caso, se encontró cruzando la habitación y cogiendo un libro de un estante junto a la cama.

—Si crees que hay algo que oculto, supongo que tienes razón. —Alzó la barbilla, pensando en su tocaya, diosa y guerrera, que no tenía que disculparse por nada—. No es que yo haya hecho nada malo. No estoy avergonzada, no tengo ninguna razón para estarlo, pero la Clave... —Suspiró—. Toma. Coge esto.

Gwyn asió el libro que le entregaba con rostro solemne.

—Es un libro de ley —dijo él.

Ella asintió.

—Las leyes de investidura. Detalla las ceremonias por las cuales los cazadores de sombras acceden a nuevos puestos: cómo jura el Cónsul, o el Inquisidor, o el director de un Instituto. —Se inclinó sobre él y abrió el libro en una página muchas veces consultada—. Aquí. Cuando haces el juramento como director de un Instituto, debes sujetar la Espada Mortal y responder a las preguntas del Inquisidor. Las preguntas son por ley. Nunca cambian.

Gwyn asintió a su vez.

—¿Y qué pregunta es la que no deseas contestar?

—Imagínate que eres el Inquisidor —dijo Diana, como si él no hubiera dicho nada—. Haz las preguntas y yo las responderé como si estuviera sujetando la Espada, con absoluta sinceridad.

Gwyn asintió. Los ojos se le oscurecieron de curiosidad, y de algo más, mientras comenzaba a leer en voz alta.

—¿Eres una cazadora de sombras?

—Sí —respondió Diana.

—¿Naciste siendo cazadora de sombras, o Ascendiste?

—Nací siendo cazadora de sombras.

—¿Cuál es el nombre de tu familia?

—Wrayburn.

—¿Qué nombre recibiste al nacer? —preguntó Gwyn.

—David —contestó Diana—. David Laurence Wrayburn.

Gwyn la miró perplejo.

—No lo entiendo.

—Soy una mujer —replicó Diana—. Siempre lo he sido. Siempre supe que era una mujer, dijeran lo que les dijese los Hermanos Silenciosos a mis padres, fuera cual fuese la contradicción de mi cuerpo. Mi hermana, Aria, lo sabía también. Me dijo que lo supo desde el momento en que fui capaz de hablar. Pero mis padres... —Permaneció en silencio un breve instante un momento—. No se lo tomaron mal, pero no conocían las opciones. Me dijeron que podía vivir como yo misma en casa, pero que en público debía ser David, ser el chico que yo sabía que no era. Permanecer por

debajo del radar de la Clave.

»Sabía que viviría una mentira. Aun así, fue un secreto que guardamos entre los cuatro. Sin embargo, con cada día que pasaba, mi desesperación aumentaba. Me alejé de los otros cazadores de sombras de mi edad. En todo momento, despierta o dormida, me sentía ansiosa e incómoda. Y temía que nunca podría ser feliz. Luego cumplí los dieciocho años. Mi hermana tenía diecinueve. Fuimos juntas a Tailandia para estudiar en el Instituto de Bangkok. Allí conocí a Catarina Loss.

—Catarina Loss —repitió Gwyn—. Ella sabe que eres..., que eras... —Frunció el ceño—. Perdona. No sé cómo decirlo. Que tus padres te habían llamado David.

—Lo sabe —confirmó Diana—. Pero entonces no lo sabía. En Tailandia viví como la mujer que soy. Me vestía como tal. Aria me presentaba como su hermana. Y yo era feliz. Por primera vez en mi vida me sentí libre, y elegí un nombre que representaba esa libertad. La tienda de armas de mi padre siempre se había llamado la Flecha de Diana, por la diosa de la caza, que era orgullosa y libre. Me hice llamar Diana. —Inspiró con fuerza, tensa—. Y luego mi hermana y yo fuimos a explorar una isla en la que se rumoreaba que había demonios Thotsakan. Resultó que no eran demonios, sino aparecidos, fantasmas hambrientos. Luchamos contra ellos, pero ambas resultamos heridas. Catarina nos rescató. Me rescató a mí. Cuando me desperté en una casita, no muy lejos, Catarina nos estaba cuidando. Supe que había visto mis heridas, que me había visto el cuerpo. Supe que ella lo sabía...

—Diana... —la interrumpió Gwyn con su voz profunda, y le tendió la mano. Pero ella negó con la cabeza.

—No —repuso—. O no seré capaz de acabar de hablar. —Los ojos le ardían de lágrimas contenidas—. Me cubrí con los harapos que quedaban de mi ropa. Grité llamando a mi hermana. Pero estaba muerta. Murió mientras Caterina la atendía. Entonces me hundí completamente. Lo había perdido todo. Mi vida estaba destrozada. Eso fue lo que pensé. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Catarina me cuidó y me hizo recuperar la salud y la cordura. Estuve en aquella cabaña con ella varias semanas. Y me habló. Me dio palabras, que yo nunca había tenido, como regalo. Fue la primera vez que oí la palabra «transgénero». Me puse a llorar. Nunca antes me había dado cuenta de lo mucho que puedes quitarle a alguien al no permitirle conocer las palabras que necesita para describirse. ¿Cómo puedes saber que hay otra gente como tú si nunca has tenido un nombre con el que denominarte? Sé que debe de haber habido otros cazadores de sombras transgénero, que deben de haber existido en el pasado y que existen ahora. Pero no tenía forma de buscarlos y hubiera sido peligroso preguntar. —Un rastro de ira ante la ancestral injusticia le afiló la voz—. Entonces Catarina me habló de la transición. De que podía vivir como yo misma, del modo que necesitaba, y ser reconocida como quien soy. Supe que era eso lo que quería.

»Fui con Catarina a Bangkok. Pero no como David. Fui como Diana. Y no fui como cazadora de sombras. Viví con Catarina en un pequeño apartamento. Les

comunicué a mis padres la muerte de Aria y que yo ahora era Diana. Me contestaron que le habían dicho al Consejo que era David el que había muerto, que me querían y lo entendían, pero que debía vivir con los mundanos, porque estaba consultando a médicos mundanos y eso iba contra la ley.

»Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Se le dijo a la Clave que David había muerto en la isla, luchando contra aparecidos. Le dieron a David la muerte de mi hermana, una muerte con honor. Deseé que no hubieran mentido, pero si querían vestir de blanco por el muchacho muerto, aunque este nunca existió realmente, no podía negarles eso.

»Catarina había trabajado de enfermera muchos años. Conocía la medicina mundana. Me llevó a una clínica de Bangkok y allí encontré a otras personas como yo. Ya no estaba sola. Estuve allí durante tres años. Nunca planeé volver a ser una cazadora de sombras. Lo que estaba ganando era demasiado valioso. No podía arriesgarme a que me descubrieran, a que mis secretos salieran a la luz, a ser llamada por un nombre de hombre, a que negaran lo que soy.

»Durante años, Catarina me guio por el procedimiento de medicina mundana que me dio el cuerpo con el que me siento cómoda. Ocultó todos los resultados de pruebas que no fueran normales para que los doctores nunca se encontraran con mi sangre de cazadora de sombras.

—La medicina mundana —repitió Gwyn—. ¿Es cierto que los cazadores de sombras tienen prohibido buscar tratamiento médico mundano? ¿Por qué Catarina no se limitó a usar la magia para ayudarte?

Diana negó con la cabeza.

—Yo no quería que lo hiciera —contestó—. Un hechizo mágico siempre se puede deshacer con otro hechizo. No voy a permitir que mi secreto sea algo que puede ser descubierto por un hechizo perdido o al pasar por la puerta mágica equivocada. Mi cuerpo es mi cuerpo, el cuerpo en el que he crecido como mujer, como todas las mujeres hacen.

Gwyn asintió, aunque Diana no podía decir si lo entendía.

—Y eso es lo que temes —fue todo lo que dijo.

—No tengo miedo por mí —repuso Diana—. Tengo miedo por los niños. Mientras sea su instructora siento que, de algún modo, puedo protegerlos. Si la Clave supiera lo que he hecho, que busqué ayuda de médicos mundanos, acabaría en prisión bajo la Ciudad Silenciosa, o en el Basilia, si fueran clementes.

—¿Y tus padres? —El rostro de Gwyn era inescrutable. Diana deseó que mostrara algún tipo de reacción. ¿Estaba enfadado? ¿Se iba a burlar de ella? La tranquilidad de Gwyn estaba haciendo que se le acelerara el pulso—. ¿Fueron a visitarte? Debes de haberlos echado de menos.

—Temía exponerlos ante la Clave. —A Diana le vaciló la voz—. Siempre que hablaban de hacer un viaje clandestino a Bangkok, yo les daba largas. Y luego llegaron las noticias de que habían muerto durante un ataque de demonios. Catarina

fue la que me lo dijo. Me pasé la noche llorando. No podía hablarles a mis amigos mundanos de la muerte de mis padres, porque no entenderían por qué no iba a casa para el funeral.

»Y luego me llegó la noticia de la Guerra Mortal. Y me di cuenta de que aún era una cazadora de sombras. No podía dejar que Idris corriera peligro sin acudir a luchar. Regresé a Alacante. Le dije al Consejo que era la hija de Aaron y Lissa Wrayburn, porque es la verdad. Sabían que éramos dos, un hermano y una hermana, y que el hermano había muerto. Les dije que mi nombre era Diana. En medio del caos de la guerra, nadie me hizo preguntas.

»En la batalla fui Diana. Luché como yo misma, con una espada en la mano y el fuego del ángel en las venas. Y supe que jamás podría volver a ser mundana. Entre mis amigos mundanos tenía que esconder la existencia de los cazadores de sombras. Entre los cazadores de sombras tenía que ocultar que hubo un tiempo en que empleé la medicina mundana. Sabía que, de cualquier manera, iba a tener que ocultar una parte de mí. Elegí ser una cazadora de sombras.

—¿Quién más sabe esto? Aparte de Catarina.

—Malcolm lo sabía. Debo tomar una medicina para mantener el equilibrio de mis hormonas. Normalmente la consigo de Catarina, pero hubo una vez que ella no pudo obtenerla e hizo que Malcolm me la preparara. Como es evidente, él lo supo. Nunca lo empleó en mi contra para nada, pero yo no podía olvidar que él lo sabía, que podía hacerme mucho daño.

—Que podía hacerte daño —murmuró Gwyn. Su rostro era una máscara. Diana oía los latidos de su propio corazón. Era como si hubiera acudido a Gwyn con ese corazón en la mano, desnudo y sangrante, y estuviera esperando a que él sacara los cuchillos.

—Toda mi vida he intentado hallar un lugar para mí, y sigo buscando —continuó Diana—. Por todo eso, he ocultado cosas a la gente que amo. Y te lo había ocultado a ti. Pero nunca me he mentado a mí misma.

Lo que Gwyn hizo entonces sorprendió a Diana. Se levantó de la cama, dio un paso y se arrodilló ante ella. Lo hizo con elegancia, igual que un escudero podría arrodillarse delante de un caballero, o un caballero delante de su dama. Había algo ancestral en la esencia de ese gesto, algo que hacía retroceder hasta lo más profundo del folclore de Feéra.

—Es como lo supe —empezó—. Cuando te vi en la escalera del Instituto y vi el fuego en tus ojos, supe que eras la mujer más valiente que había pisado esta tierra. Solo lamento que un alma tan valerosa haya sido alguna vez herida por la ignorancia y el miedo de los otros.

—Gwyn...

—¿Puedo abrazarte? —la interrumpió él.

Ella asintió. No podía hablar. Se arrodilló frente al líder de la Cacería Salvaje y le dejó que la rodeara con sus gruesos brazos, le dejó que le acariciara el pelo y

murmurara su nombre en su voz, que aún sonaba como el retumbar del trueno; pero en ese momento era un trueno oído desde el interior de una casa cálida y cerrada, donde todos estaban a salvo.

Tavvy fue el primero en darse cuenta del regreso de Emma y Julian cuando atravesaron el Portal que daba a la biblioteca del Instituto con Magnus. Había estado sentado en el suelo desmantelando sistemáticamente unos juguetes viejos con la ayuda de Max. En cuanto Julian sintió el suelo sólido bajo los pies, Tavvy se levantó de un salto y se lanzó hacia él, chocando contra sus piernas como un tren descarrilado.

—¡Jules! —exclamó, y Julian lo alzó en brazos y lo estrujó contra su pecho mientras Tavvy se agarraba a él y parloteaba de lo que había visto, comido y hecho durante los últimos días. Jules le alborotó el pelo a su hermano más pequeño y sintió que la tensión, con la que ni sabía que hubiera estado cargando, resbalaba de sus hombros.

Cristina estaba sentada con Rafe, hablándole en español en voz baja. Mark compartía la mesa de la biblioteca con Alec y, lo que sorprendió a Julian, con Kieran, ante un montón de libros abiertos.

Cristina se puso en pie de un salto y corrió a abrazar a Emma. Livvy entró como una exhalación seguida de Ty, más calmado; Julian dejó a Tavvy en el suelo, y este se quedó a su lado, agarrándole una pierna, mientras su hermano saludaba al resto de la familia en un lío de abrazos y risas.

Emma estaba abrazando a los mellizos, una visión que envió un dardo de acostumbrado dolor al corazón de Julian. El temor a la separación, a dividir lo que tendría que estar junto; el sueño de su familia: Emma como su compañera y los niños como responsabilidad de ambos.

Una mano le tocó el hombro, sacándolo de su ensueño. Era Mark, que lo miraba con inquietud.

—¿Jules?

Claro. Mark no podía saber que Julian conocía la verdad sobre él y Emma. Parecía preocupado, esperanzado, como un cachorrillo que hubiera ido a pedir sobras pero que se esperara que lo echaran de la mesa.

«¿Tan malo he sido?», se preguntó Julian, sintiéndose culpable. Mark nunca supo, ni siquiera se llegó a imaginar, que Julian estaba enamorado de Emma. Se había quedado horrorizado al enterarse. Mark y Emma se querían, pero no de un modo romántico, que era lo que Julian hubiera deseado. El corazón se le ensanchó de ternura hacia ambos por todo lo que habían sacrificado para protegerlo, por estar dispuestos a dejar que los odiara si era eso lo necesario.

Llevó a Mark a un rincón de la biblioteca. El alboroto de la bienvenida aún los rodeaba cuando Julian bajó la voz.

—Sé lo que hiciste —le dijo—. Sé que nunca has salido con Emma de verdad. Te lo agradezco. Sé que lo hiciste por mí.

Mark parecía sorprendido.

—La idea fue de Emma —repuso.

—Oh, créeme, ya lo sé. —Julian le puso la mano en el hombro—. Y tú has hecho un gran trabajo con los niños. Me lo ha dicho Magnus. Muchas gracias.

A Mark se le iluminó el rostro. Lo que hizo que a Julian aún le doliera más el corazón.

—Yo no..., quiero decir..., se metieron en verdaderos problemas...

—Y tú los mantuviste vivos —repuso Julian—. Eso es lo mejor que se puede hacer.

Julian tiró de su hermano hacia sí y lo abrazó con fuerza. Mark hizo un apagado ruidito de sorpresa antes de rodear a Julian con los brazos y apretar hasta casi asfixiarlo. Julian notaba el corazón de su hermano golpeando con fuerza contra el suyo, como si el mismo alivio y contento latieran en su sangre compartida.

Se separaron al cabo de un momento.

—¿Así que Emma y tú...? —comenzó Mark medio vacilante.

Pero antes de que Julian pudiera responder, Livvy se les había echado encima, y de algún modo consiguió abrazar a Julian y a Mark al mismo tiempo. La conversación se perdió entre risas.

Ty se acercó tras ella, con más timidez, sonrió y tocó a Julian en el hombro y luego en la mano, como para asegurarse de que se hallaba realmente ahí. A veces, el tacto significaba para Ty lo mismo que lo que podía observar con los ojos.

Mark le estaba diciendo a Emma que Dru aún se encontraba en su habitación, pero que pronto aparecería. Magnus se había acercado a Alec y estaban hablando a media voz junto a la chimenea. Solo Kieran permanecía sin moverse del lugar que ocupaba, tan silencioso y quieto en la mesa que podría haber sido un objeto decorativo. Pero verlo despertó un recuerdo en Julian, y miró a su alrededor buscando un pelo rubio y un rostro con expresión sarcástica.

—¿Dónde está Kit?

A lo que siguió una avalancha de explicaciones cruzadas: el encuentro con los Jinetes junto al río, el modo en que Gwyn y Diana los habían salvado, la herida de Kit. Emma describió a los cuatro Jinetes que se habían encontrado de Cornwall, aunque fue Julian el que explicó cómo Emma había matado a uno de ellos, lo que provocó una gran cantidad de exclamaciones.

—Nunca había oído que alguien hubiera matado a un Jinete —dijo Cristina, mientras se apresuraba hacia la mesa para coger un libro—. Pero alguien debe de haberlo hecho.

—No. —Era Kieran, con una voz tranquila y firme. Había algo en su timbre que le recordó a Julian la voz del rey noseelie—. Nunca nadie lo ha hecho. Solo han sido siete, los hijos de Mannan, y han vivido casi desde el principio de los tiempos. Debes

de tener algo muy especial, Emma Carstairs.

—No, no lo tengo. —Emma se sonrojó.

Kieran seguía mirándola con curiosidad. Iba vestido con vaqueros y un jersey de color crema. Parecía alarmantemente humano, hasta que se le miraba bien el rostro y las rarezas de su estructura ósea.

—¿Cómo es matar a alguien tan viejo? —le preguntó.

Emma vaciló.

—Fue como... ¿alguna vez has tenido en la mano un trozo de hielo tanto rato que el frío te quema la piel?

Al cabo de un instante, Kieran asintió.

—Es un dolor terrible.

—Pues lo mismo.

—Así que aquí estamos seguros —le dijo Julian a Magnus, en parte para evitar más preguntas sobre el Jinete muerto—. En el Instituto.

—Los Jinetes no pueden alcanzarnos aquí. Hay salvaguardas que se lo impiden —respondió él.

—Pero Gwyn pudo aterrizar en el tejado —repuso Emma—. Así que los seres mágicos no están totalmente...

—Gwyn es de la Cacería Salvaje. Son diferentes. —Magnus se agachó para coger en brazos a Max, que rio suavemente y le tiró del fular—. También he doblado las salvaguardas alrededor del Instituto desde esta tarde.

—¿Dónde está Diana? —preguntó Julian.

—Ha vuelto a Idris. Dice que debe tener tranquilos y contentos a Jia y al Consejo, y espera que la reunión tenga lugar sin tropiezos.

—Pero no tenemos el *Libro Negro* —señaló Julian.

—Bueno, aún nos queda un día y medio —indicó Emma—. Para encontrar a Annabel.

—¿Sin salir de estas santas paredes? —preguntó Mark. Se sentó en el brazo de uno de los sillones—. Estamos atrapados.

—No sé si los Jinetes se han dado cuenta de que Alec y yo estamos aquí —dijo Magnus—. O quizá podríamos pedirselo a Gwyn.

—El peligro parece bastante serio —afirmó Emma—. No nos sentiríamos bien pidiendo ese tipo de ayuda.

—Bueno, yo vuelvo a Idris con los niños. Veré qué puedo hacer desde allí. —Alec se sentó en una silla junto a Rafe y le alborotó el pelo.

«Quizá Alec pudiera entrar en Blackthorn Manor», pensó Julian. Estaba exhausto, con los nervios a flor de piel después de lo que había sido el mejor y el peor día de su vida. Pero Blackthorn Manor había sido, seguramente, el lugar que Annabel más había amado. Julian empezó a darles vueltas a las posibilidades.

—Annabel se sentía muy ligada a Blackthorn Manor —explicó—. No a Blackthorn Hall, aquí en Londres. En aquella época la familia aún no tenía esa

propiedad. Ella amaba la de Idris.

—¿Crees que podría estar allí? —inquirió Magnus.

—No —contestó Julian—. Odia a la Clave, odia a los cazadores de sombras. Tendría demasiado miedo de ir a Idris. Lo que estaba pensando es que si la casa peligrara, si estuviera amenazada, eso podría hacerla salir de donde se esconde.

Vio que Emma se preguntaba por qué no les mencionaba que había visto a Annabel en Cornwall. Él también se lo preguntó, pero su instinto le decía que mantuviera eso en secreto un poco más.

—¿Estás sugiriendo que quememos Blackthorn Manor? —quiso saber Ty, con las cejas alzadas.

—Curiosamente —musitó Magnus—, no seríais los primeros en tener esa idea.

—Ty, no te entusiasmes tanto —dijo Livvy.

—La piromanía me interesa —repuso él.

—Creo que tienes que quemar varios edificios antes de que te puedas considerar un auténtico pirómano —bromeó Emma—. Creo que por ahora solo eres un aficionado.

—Me parece que iniciar un gran fuego en Idris atraería una atención que no nos interesa —apuntó Mark.

—Y a mí me parece que no tenemos muchas opciones —replicó Julian.

—Y a mí me parece que deberíamos comer —se apresuró a decir Livvy, palmeándose el estómago—. Estoy muerta de hambre.

—Podríamos comentar lo que sabemos, sobre todo respecto a Annabel y el *Libro Negro* —sugirió Ty—. Compartir información.

Magnus miró a Alec durante un instante.

—Después de comer tenemos que enviar a los niños a Idris. Diana estará al otro lado para ayudarnos a mantener el Portal abierto, y no quiero que tenga que esperar mucho rato.

Era muy amable por su parte, pensó Julian, expresarlo como si enviar a los niños a Alacante fuera un favor que Magnus le estaba haciendo a Diana, en vez de una precaución para protegerlos. Tavvy corrió al comedor con Rafe y Max, y Julian sintió una punzada de dolor al darse cuenta de lo mucho que su hermanito había echado en falta tener amigos más o menos de su edad, aunque él mismo ni lo supiera.

—¿Jules?

Este bajó la mirada y vio que Dru caminaba a su lado. Estaba pálida bajo la luz mágica.

—¿Sí? —Resistió la tentación de tocarle la mejilla o tirarle de las trenzas. A Dru había dejado de hacerle gracia eso desde los diez años.

—No quiero ir a Alacante —dijo ella—. Quiero quedarme aquí contigo...

—Dru...

Ella levantó los hombros.

—Tú eras más pequeño que yo durante la Guerra Oscura —le recordó ella—.

Tengo trece años. Puedes enviar a los bebés para que estén a salvo, pero no a mí. Soy una Blackthorn, igual que tú.

—También lo es Tavvy.

—Tiene siete años. —Dru resopló nerviosa—. Me haces sentir como si no fuera parte de esta familia.

Julian se detuvo de golpe. Dru se paró a su lado y ambos observaron a los otros entrar en el comedor. Julian oía a Bridget regañándolos a todos. Al parecer, hacía horas que tenía la cena preparada, aunque en ningún momento se le había ocurrido ir a buscarlos y decírselo.

—Dru —preguntó Julian—, ¿de verdad quieres quedarte?

Ella asintió.

—De verdad quiero quedarme.

—Entonces, no hace falta que digas más. Puedes quedarte con nosotros.

Ella se le tiró a los brazos. Dru no era muy dada a las carantoñas, y por un momento Julian se quedó demasiado sorprendido para moverse; luego rodeó a su hermana con los brazos y la estrechó contra su pecho mientras intentaba controlar la avalancha de recuerdos: Dru dormida en sus brazos, sus primeros pasos, riendo mientras Emma la sostenía en la orilla de la playa, mojándose la punta de los pies.

—Eres el corazón de esta familia, mi niña —dijo con una voz que solo sus hermanos y hermanas habían oído—. Te lo prometo. Eres nuestro corazón.

Bridget sirvió, un poco de cualquier manera, pollo frío, pan, queso, verduras y tarta de dulce de leche y plátano. Kieran picoteó las verduras mientras el resto hablaba, interrumpiéndose los unos a los otros para exponer lo que sabían.

Emma se hallaba sentada al lado de Julian. De vez en cuando sus hombros se tocaban o se rozaban las manos al ir a coger algo. Cada contacto provocaba una lluvia de chispas en el interior de Julian, como pequeñas explosiones de fuegos artificiales.

Ty, con los codos sobre la mesa, se hizo con el protagonismo de la charla, explicando cómo Kit, Livvy y él habían encontrado el cristal *aletheia* y los recuerdos atrapados en su interior.

—Hace doscientos años, Malcolm y Annabel entraron en el Instituto de Cornwall —explicó, con sus ágiles manos cortando el aire mientras hablaba. Algo en Ty le resultaba diferente, pensó Julian, pero ¿cómo podía haber cambiado su hermano en los pocos días que él había estado ausente?—. Robaron el *Libro Negro*, pero los pillaron.

—¿Sabemos para qué lo querían? —preguntó Cristina—. No veo cómo la nigromancia podría haberlos ayudado.

—Parece que querían cambiarlo por otra cosa —contestó Emma—. El libro no era para ellos. Alguien les había prometido a cambio protección contra la Clave.

—Era un tiempo en que una relación entre un cazador de sombras y un

subterráneo podía significar una sentencia de muerte para ambos —declaró Magnus—. La protección hubiera resultado una oferta muy atractiva.

—Nunca llegaron tan lejos —continuó Ty—. Los atraparon y los encerraron en prisión en la Ciudad Silenciosa, y les arrebataron el *Libro Negro*, que fue devuelto al Instituto de Cornwall. Entonces pasó algo raro. —Frunció el ceño. A Ty no le gustaba no saber algo—. Malcolm desapareció. Dejó sola a Annabel para que la interrogaran y la torturaran.

—No lo habría hecho voluntariamente —dijo Julian—. La amaba.

—Se puede traicionar incluso a los que se ama —remarcó Mark.

—No, Julian tiene razón —repuso Emma—. Odio a Malcolm más que nadie, pero sé que nunca habría dejado a Annabel. Era toda su vida.

—Pero es lo que pasó —informó Ty.

—Torturaron a Annabel para conseguir información hasta que se volvió casi loca —explicó Livvy—. Y luego se la devolvieron a su familia. Y ellos la mataron y le dijeron a todo el mundo que se había convertido en una Hermana de Hierro. Pero no era cierto.

Julian notaba una tirantez en la garganta. Pensó en los dibujos de Annabel, en su ligereza, la esperanza, el amor por la Blackthorn Manor en Idris y por Malcolm.

—Avanzamos casi cien años —continuó Emma—. Malcolm va a visitar al rey noseelie. Ha descubierto que Annabel no es una Hermana de Hierro, sino que la asesinaron. Va en busca de una venganza sangrienta. —Se detuvo y se pasó los dedos por el cabello, aún enredado por el viento y la lluvia de Cornwall—. El rey noseelie le explica cómo resucitar a Annabel, pero hay truco: Malcolm necesita el *Libro Negro* para hacerlo, y ahora no lo tiene. Está en el Instituto de Cornwall. Ya entró allí una vez, pero no se atreve a hacerlo de nuevo. Y allí sigue el libro hasta que los Blackthorn que dirigen el Instituto se trasladan a Los Ángeles y se lo llevan con ellos.

A Ty se le iluminaron los ojos.

—Cierto. Y Malcolm ve su oportunidad cuando Sebastian Morgenstern ataca, y se lleva el libro. Comienza a resucitar a Annabel y por fin lo consigue.

—Pero ella está cabreada y lo mata —añadió Emma.

—Qué desagradecida —exclamó Kieran.

—¿Desagradecida? —replicó Emma—. Era un asesino. Tuvo razón al matarlo.

—Quizá fuera un asesino —repuso Kieran—, pero parece que lo hizo por ella. Mató para devolverle la vida a ella.

—Tal vez ella no quería la vida. —Alec se encogió de hombros—. Malcolm nunca le preguntó lo que quería, ¿verdad?

Como si notara que el ambiente se iba tensando en la mesa, Max comenzó a llorar. Con un suspiro, Alec lo cogió y se lo llevó fuera de la sala.

—Estoy seguro de que nos es muy útil saber todo esto —intervino Magnus—. Pero ¿nos acerca más al *Libro Negro*?

—Quizá si tuviéramos más tiempo y los Jinetes no vinieran a por nosotros... —

contestó Julian.

—Creo —dijo Kieran lentamente, con la mirada perdida— que fue mi padre.

Al parecer, era su día para hacer sorprendentes revelaciones. Todos se lo quedaron mirando. Julian se sorprendió a ver que era Cristina quien hablaba.

—¿Qué quieres decir con que fue tu padre?

—Creo que era él quien quería el libro desde que Malcolm lo robó por primera vez —respondió Kieran—. Él es el hilo que une todo esto. Quería el libro entonces y lo sigue queriendo ahora.

—Pero ¿por qué crees que lo quería entonces? —preguntó Julian. Mantuvo la voz baja y amable. Lo que Emma calificaba como su voz de «hacer hablar al testigo».

—Por algo que dijo Adaon. —Kieran se estaba mirando las manos—. Dijo que mi padre había querido el libro desde que el Primer Heredero fue robado. Es una vieja historia de Feéra, el robo del primogénito de mi padre. Ocurrió hace más de doscientos años.

Cristina parecía atónita.

—No me di cuenta de que se refería a eso.

—El Primer Heredero. —Magnus parecía mirar muy lejos—. He oído ese cuento, o mejor dicho, he oído hablar de él. Al niño no solo lo raptaron, sino que también lo asesinaron.

—Eso dice la historia —repuso Kieran—. Quizá mi padre quería usar la nigromancia para resucitarlo. No puedo hablar de sus motivos. Pero podría haber ofrecido a Fade y a Annabel protección en las tierras noseelie. Ningún cazador de sombras podría tocarlos si se hallaban a salvo en Feéra.

Emma dejó el tenedor bruscamente.

—El príncipe del pelo pretencioso tiene razón.

Kieran parpadeó.

—¿Qué me has llamado?

—Estoy haciendo una prueba —contestó Emma con un gesto de la mano—. Y he dicho que tienes razón. Disfrútalo, porque dudo que lo vuelva a decir.

Magnus asintió.

—El rey es uno de los pocos seres de este mundo que podría haber sacado a Malcolm de las prisiones de la Ciudad Silenciosa. No debía de querer que revelara al Consejo su conexión.

—Pero ¿por qué no se llevó también a Annabel? —preguntó Livvy, con un trozo de tarta en el tenedor, a medio camino de la boca.

—Porque Malcolm lo había decepcionado al dejarse atrapar —señaló Mark—. Quizá quisiera castigarlos a los dos.

—Pero Annabel se lo podría haber dicho al Consejo —repuso Livvy—. Les podría haber dicho que Malcolm estaba trabajando para el rey.

—No si no lo sabía —replicó Emma—. No hay nada en los diarios de Malcolm que indique para quién estaba robando el libro, y apuesto a que tampoco se lo dijo a

Annabel.

—La torturaron —dijo Ty—, y ni aun así pudo decir quién era, solo que no tenía ni idea. Debió de haber dicho la verdad.

—Eso explicaría por qué cuando Malcolm descubrió que Annabel no era una Hermana de Hierro, que le habían mentado, fuera a ver al rey noseelie —aportó Julian—. Porque lo conocía.

—Así que antes el rey quería el libro por la nigromancia —declaró Cristina—. ¿Y ahora lo quiere para destruir a los cazadores de sombras?

—La nigromancia no es solo resucitar a los muertos. —Magnus miraba la copa de vino que tenía junto a su plato como si hubiera algún tipo de secreto oculto en su interior—. Un momento —dijo, y cogió a Rafe de la silla donde estaba junto a él. Se volvió hacia Tavvy—. ¿Te gustaría venir con nosotros? ¿Y jugar con Alexander y Max?

Después de mirar a Julian, Tavvy asintió. Los tres salieron de la estancia, y Magnus les hizo un gesto para indicar que volvería enseguida.

—Esto solo es una reunión —dijo Emma—. Primero tenemos que conseguir que el Consejo se crea que la corte noseelie constituye una amenaza inmediata. Y por ahora no saben distinguir un hada buena de una mala, ni están interesados en intentarlo.

—Y aquí es donde entra el testimonio de Kieran —repuso Mark—. Y hay algunas pruebas: la plaga que Diana dijo haber visto en el bosque de Brocelind y el informe de los cazadores de sombras que lucharon contra una banda de hadas y les fallaron las armas.

—No es mucho —señaló Livvy—. Sobre todo considerando que Zara y su desagradable grupito de fanáticos van a intentar conseguir poder en esa reunión. Van a intentar apoderarse del Instituto. No les podría importar menos una vaga amenaza de las hadas.

—Puedo hacer que la Clave tema a mi padre —afirmó Kieran—. Pero puede que seamos necesarios todos para hacerles entender que si no desean una nueva era de oscuridad, deben abandonar sus sueños de ampliar la Paz Fría.

—Nada de tener fichados a los brujos —propuso Ty—. Nada de meter a los licántropos en campos de concentración.

—Los subterráneos que tienen asiento en el Consejo saben de la existencia de la Cohorte —dijo Magnus, que había regresado sin los niños—. Si hay que votar quién dirigirá el Instituto de Los Ángeles, tendrán que convocar a Maia y a Lily, y también a mí. Tenemos derecho a voto. —Se dejó caer sobre la silla a la cabeza de la mesa.

—Esos son solo tres votos, aunque votéis contra la Cohorte —indicó Julian.

—Es un asunto peliagudo —admitió Magnus—. Según Diana, Jia tampoco quiere que Zara dirija el Instituto de Los Ángeles. Pero en este momento será difícil desacreditarla; con su mentira sobre haber matado a Malcolm se ha vuelto muy popular.

Emma gruñó por lo bajo. Cristina le dio unas palmaditas en la mano.

—Mientras tanto, todo lo que tenemos es la promesa de la reina de que luchará a nuestro lado contra una amenaza en la que es difícil que crea el Consejo, y que, además, solo lo hará si consigue un libro que no tenemos y que no nos permitirían dárselo si lo tuviéramos —resumió Magnus.

—Nuestro acuerdo con la reina seelie es asunto nuestro —opinó Julian—. Por ahora, decimos que se ha mostrado dispuesta a cooperar bajo las circunstancias adecuadas. Kieran tiene el poder de prometer que ella nos ayudará. No hace falta que entre en detalles.

—Hermano, piensas como un hada —le dijo Mark, en un tono que hizo pensar a Julian si eso era bueno o malo.

—Quizá el rey quiera alzar un ejército de muertos —indicó Dru esperanzada—. Quiero decir, es un libro de nigromancia, ¿no?

Magnus suspiró mientras repicaba con la uña contra el cristal de su copa, pensativo.

—La nigromancia hace magia empleando la energía de la muerte. Toda magia necesita combustible. La energía de la muerte es un combustible increíblemente potente. También es increíblemente destructivo. La destrucción de la tierra que visteis en Feéra, la plaga en Brocelind, son las cicatrices dejadas por alguna magia terrible. La pregunta sigue siendo: ¿cuál es el objetivo final?

—Quieres decir que necesita más energía para poder seguir extendiendo esos hechizos —explicó Julian—. Los que Malcolm le ayudó a hacer, los que anulan la magia de los cazadores de sombras.

—Quiero decir que vuestra magia es angélica por naturaleza —repuso Magnus—. Proviene de la luz, de la energía de la vida. Lo opuesto a eso es Sheol, infierno, o como lo queráis llamar. La ausencia de luz y de vida. De cualquier tipo de esperanza. —Tosió—. Cuando el Consejo votó a favor de la Paz Fría, estaban votando a favor de un tiempo que nunca existió. Igual que la Cohorte desea que todo vuelva a ser como en una perdida Edad de Oro, cuando los cazadores de sombras caminaban por el mundo como dioses y los subterráneos y los mundanos se inclinaban ante ellos. — Todo el mundo se lo quedó mirando. Ese era el Magnus Bane que pocas veces se veía, pensó Julian. Un Magnus que dejaba de lado el buen humor y el optimismo. Un Magnus que estaba recordando la oscuridad de todo lo que había visto durante siglos: la muerte y la pérdida. El mismo Magnus que Julian vio en la Sala de los Acuerdos cuando tenía doce años, rogando en vano al Consejo que no aprobaran la Paz Fría, sabiendo que lo iban a hacer—. El rey quiere lo mismo. Unir los dos reinos que siempre han estado separados pero que en su mente fueron una única tierra en un tiempo pasado. Debemos detener al rey, pero en cierto modo solo está haciendo lo que la Cohorte haría. Lo que debemos confiar en que la Clave no haga.

—¿Quieres decir —preguntó Julian— que esto es una venganza?

Magnus se encogió de hombros.

—Es un torbellino —contestó—. Esperemos ser capaces de detenerlo.

Emma se hallaba sentada en la cama de Cristina, cepillándole el pelo a su amiga. Estaba comenzando a entender por qué a su madre le gustaba tanto cepillarle el pelo cuando era pequeña: había algo curiosamente calmante en los oscuros y suaves rizos escapándosele de entre los dedos, en el repetitivo movimiento del cepillo.

Le calmaba el dolor de cabeza, del pecho. El dolor que no era solo suyo, sino también de Julian. Sabía lo mucho que odiaba decirle adiós a Tavvy, aunque fuera por el bien del niño, y Emma sintió un vacío en su interior que reflejaba el de Julian, que se estaba separando de su hermano pequeño en ese momento.

La ayudaba estar con Cristina. Emma le contó todo lo que había pasado en Cornwall mientras le curaba la muñeca y le untaba una crema mundana sobre la marca roja del hechizo de unión. Cristina soltó un gemido y se quejó de que la crema picaba, y le pasó a Emma el cepillo diciéndole que hiciera algo útil de verdad.

—¿Y hay algo que ayude con la unión? —preguntó Emma—. Por ejemplo, si Mark entrara y se tumbara directamente encima de ti, ¿dejaría de dolerte?

—Sí —contestó Cristina un poco apagada.

—Bueno, entonces es muy desconsiderado por su parte no hacerlo, si quieres que te sea sincera.

Cristina soltó un pequeño gemido que sonó como «Kieran».

—De acuerdo, Mark tiene que fingir que aún quiere a Kieran. Supongo que tumbarse encima de ti no es una buena forma de hacerlo.

—Pero sí que quiere a Kieran —repuso Cristina—. Es solo que... creo que también me quiere a mí. —Se volvió a medias para mirar a Emma. Tenía los ojos grandes, oscuros y preocupados—. Bailé con él. Con Mark. Y nos besamos.

—¡Eso está bien! Está bien, ¿no?

—Sí, pero Kieran nos vio...

—¿Qué?

—Sin embargo no se enfadó, solo le dijo a Mark que debería bailar mejor, y luego bailó conmigo. Fue como bailar con fuego.

—Guau, rarezas eróticas —manifestó Emma—. Esto podría ser más rareza erótica que la que yo podría aguantar.

—¡No es raro!

—Lo es —insistió Emma—. Vas directa a un trío feérico. O a algún tipo de guerra.

—¡Emma!

—Un ardiente trío feérico —exclamó Emma alegremente—. Siempre podré decir que te conocía.

Cristina gruñó.

—Muy bien, ¿y qué hay de Julian y tú? ¿Tenéis algún plan, después de lo que ha pasado en Cornwall?

Emma suspiró y dejó el cepillo a un lado. Era un bonito objeto victoriano de plata. Se preguntó si ya estaba en la habitación cuando Cristina la ocupó o si lo habría encontrado en algún otro lugar del Instituto. La habitación de Cristina en Londres ya tenía rasgos de su personalidad: los cuadros estaban limpios y derechos, en algún lado había encontrado una colorida colcha para la cama y su navaja mariposa colgaba de un gancho sobre la chimenea.

Emma comenzó a trenzarle el pelo.

—No tenemos ningún plan —explicó—. Siempre es lo mismo: estamos juntos y nos sentimos invencibles. Y luego empezamos a darnos cuenta de que seguimos teniendo las mismas opciones y que todas son malas.

Cristina parecía preocupada.

—Son siempre las mismas opciones, ¿no? O separaros el uno del otro o dejar de ser cazadores de sombras.

Emma acabó la trenza. Apoyó la barbilla en el hombro de Cristina, pensando en lo que la reina seelie le había contado a Julian. La terrorífica posibilidad de acabar con todos los vínculos de *parabatai*. Pero era demasiado horrible para decirlo en voz alta.

—Pensaba que la distancia física con Julian ayudaría —explicó—. Pero ahora ya no lo creo. Nada nos ha servido. Creo que no importa adónde vaya o durante cuánto tiempo, siempre me sentiré así.

—Algunos amores son fuertes como cuerdas. Te atan —afirmó Cristina—. La Biblia dice que el amor es más fuerte que la muerte. Y yo lo creo.

Emma rodeó a su amiga para mirarla directamente a la cara.

—Cristina —dijo—. Pasa algo más, ¿no es cierto? ¿Algo sobre Diego, o Jaime?

Cristina bajó la mirada.

—No puedo decirlo.

—Déjame ayudarte —insistió Emma—. Tú siempre eres fuerte para los demás. Déjame ser fuerte para ti.

Llamaron a la puerta. Se miraron sorprendidas.

Mark, pensó Emma. Había algo en la expresión del rostro de Cristina. Debía de ser Mark.

Pero era Kieran.

Emma se quedó parada por la sorpresa. Aunque en cierto modo se había acostumbrado a que Kieran estuviera por allí, su presencia aún hacía que se le pusiera el vello de punta en los brazos por la tensión. No era que lo culpaba concretamente a él por las heridas recibidas de manos de Iarlath, pero verlo aún hacía que lo recordara

todo: el calor del sol, el sonido del látigo, el olor a cobre de la sangre.

También era verdad que se lo veía muy diferente. El negro cabello un poco más salvaje, menos arreglado, aunque seguía resultando algo incongruente en sus vaqueros. El cabello, más largo, le ocultaba las puntiagudas orejas, pero sus ojos, negro y plata, continuaban siendo sorprendentes.

Kieran hizo una pequeña reverencia cortés.

—Mis señoras.

Cristina parecía desconcertada. Era evidente que tampoco se esperaba esa visita.

—He venido a hablar con Cristina, si ella me lo permite —añadió Kieran.

—Pues va, habla —dijo Emma.

—Creo que quiere hablar conmigo a solas —le susurró Cristina.

—Sí —repuso Kieran—. Tal es mi petición.

Cristina miró a Emma.

—Te veo por la mañana, ¿vale?

Emma se marchó enfurecida. Había echado de menos a Cristina, y ahora un descarado principito había hecho que tuviera que salir de la habitación de su amiga. Kieran casi ni la miró cuando ella bajó de la cama y se encaminó hacia la puerta.

Al pasar junto a Kieran, Emma se detuvo, su hombro casi rozando el de él.

—Si haces algo que la moleste o le haga daño —le dijo en una voz tan baja que dudó que Cristina pudiera oírla—, te arrancaré las orejas y las convertiré en ganzúas. ¿Lo pillas?

Kieran la miró con sus ojos de cielo nocturno, inescrutables como las nubes.

—No —contestó.

—Déjame que te lo explique —repuso Emma muy seca—. La quiero. Así que no juegues con ella.

Kieran metió las largas y delicadas manos en los bolsillos. No se lo veía en absoluto natural en su ropa moderna. Era como ver a Alejandro Magno con una chaqueta de motero y pantalones de cuero.

—Es fácil de querer.

Emma lo miró sorprendida. No había sido eso lo que esperaba que dijera. Fácil de querer. Nene se había comportado como si esa idea fuera extravagante. Pero, claro, ¿qué sabían los seres mágicos del amor, a fin de cuentas?

—¿Quieres sentarte? —le ofreció Cristina.

Y luego se preguntó si se estaría convirtiendo en su madre, que siempre había mantenido que lo primero que se hacía con un invitado era ofrecerle un asiento. «¿Aunque sea un asesino? —le había preguntado Cristina». «Sí, aunque sean asesinos —insistió su madre—. Si no quieres ofrecerle un asiento a un asesino, para empezar, no deberías haberlo invitado».

—No —contestó Kieran. Se movió por la habitación con las manos en los

bolsillos, mostrando inquietud con todo el cuerpo. No muy diferente de Mark, pensó Cristina. Ambos se movían como si tuvieran energía acumulada bajo la piel. Se preguntó cómo sería verse obligado a estar quieto cuando se tenía tanto movimiento contenido en el interior.

—Mi señora —comenzó él—. Por lo que te juré en la corte seelie, existe un vínculo entre nosotros. Creo que has sentido su fuerza.

Cristina asintió. No era el hechizo de unión que tenía con Mark, pero estaba ahí de todas formas, una energía palpitante cuando bailaban, cuando hablaban.

—Creo que esa fuerza puede ayudarnos a hacer algo juntos que yo no lograría llevar a cabo solo. —Kieran se acercó a la cama y sacó una mano del bolsillo. Algo le brillaba en la palma. Se lo tendió a Cristina y ella vio que se trataba de la bellota que Mark había usado para llamar a Gwyn. Estaba un poco mellada pero entera, como si hubiera sido sellada de nuevo después de abrirse.

—¿Quieres volver a llamar a Gwyn? —Cristina meneó la cabeza. El cabello se le soltó por completo de la trenza sin atar y le cayó por la espalda. Vio que Kieran lo miraba—. No. No volverá a intervenir. Quieres hablar con alguna otra persona en Feéra. ¿Tu hermano?

—Como supuse. —Inclinó un poco la cabeza—. Has adivinado mis intenciones exactamente.

—¿Y puedes hacerlo? ¿La bellota no llama solo a Gwyn?

—La magia que contiene es muy sencilla. Recuerda, tú no eres de una sangre que haga hechizos, pero yo sí. Haré aparecer una proyección de mi hermano ante nosotros. Le preguntaré por los planes de nuestro padre. Le preguntaré también si puede detener a los Jinetes.

Cristina estaba asombrada.

—¿Alguien puede detener a los Jinetes?

—Son sirvientes de la Corte, y están bajo sus órdenes.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Cristina.

—Porque para llamar a mi hermano debo enviar mi mente a Feéra —contestó Kieran—. Y sería más seguro, si es mi deseo conservar la mente intacta, tener una conexión aquí, en este mundo. Algo o alguien que me mantenga anclado mientras busco a mi hermano.

Cristina bajó de la cama. Totalmente erguida solo era un poco más baja que Kieran. Los ojos le quedaban a la altura de la boca del príncipe hada.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no Mark?

—Ya le he pedido mucho a Mark —respondió.

—Quizá —repuso ella—, pero aunque eso sea cierto, no creo que sea toda la verdad.

—Pocos entre nosotros son tan afortunados como para conocer toda la verdad sobre algo. —Contestó Kieran. Cristina sabía que Kieran era joven, pero había algo muy antiguo en sus ojos al hablar—. ¿Pondrás tu mano en la mía?

Ella le tendió la mano cuya muñeca tenía la marca roja de su vínculo con Mark. De algún modo, parecía lo adecuado. Kieran cerró los dedos alrededor de los de ella, fríos y secos como el tacto de una hoja.

Con la otra mano, Kieran lanzó la bellota dorada contra la pared junto a la repisa de la chimenea.

Durante un momento, se hizo el silencio. Cristina oía la entrecortada respiración de Kieran. Resultaba extraño en un hada; todo lo que hacían era tan distinto del comportamiento humano corriente, que resultaba extraño oír jadear a Kieran. Pero entonces recordó sus brazos rodeándola, el irregular latido de su corazón. También eran de carne y hueso, ¿no? Músculo y sangre, igual que los cazadores de sombras. Y la llama de la sangre angélica también ardía en ellos...

La oscuridad fue cubriendo la pared como una mancha. Cristina aspiró con fuerza y la mano de Kieran se aflojó entre la de ella. La oscuridad se movió y tembló, se agitó y tomó una nueva forma. La luz bailaba en su interior, y Cristina pudo ver el cielo nocturno multicolor de Feéra. Y dentro de la sombra, otra sombra aún más oscura. Un hombre envuelto en una capa negra. A medida que la oscuridad fue disipándose, Cristina vio su sonrisa antes que nada, y el corazón pareció detenerse.

Era una sonrisa de huesos en media cara esquelética, hermosa en un lado, letal en el otro. La capa que lo envolvía era negra como la brea y portaba la insignia de una corona rota. Se irguió y le mostró su sonrisa de medio lado a Kieran.

No habían convocado a Adaon en absoluto. Era el rey noseelie.

—No. ¡NO! —lloraba Tavvy, con el rostro hundido en el hombro de Julian. Se había tomado la noticia de que iría a Idris con Alec, Max y Rafe peor de lo que Mark se esperaba. ¿Todos los niños lloraban así, como si el mundo estuviera en ruinas y se les hubiera roto el corazón, ante la noticia de una breve separación?

Aunque Mark tampoco lo culpaba, claro. Era solo que sentía como si le estuvieran arrancando a tiras su propio corazón dentro del pecho al ver a Julian ir de arriba abajo de la sala, con su hermanito en brazos, mientras este sollozaba y le daba golpes en la espalda.

—Tavvy —dijo Julian con su voz más dulce, la voz que a Mark le costaba conciliar con el chico que se había enfrentado al rey noseelie en su propia Corte con un cuchillo en el cuello de un príncipe—. Solo será un día, dos como mucho. Y podrás ver los canales de Alacante, el Gard...

—No paras de irte —replicó Tavvy con voz ahogada contra la pechera de la camisa de su hermano—. No quiero que te vayas otra vez.

Julian suspiró. Se inclinó y frotó la mejilla contra los rizos de su hermano. Por encima de la cabeza de Tavvy se encontró con la mirada de Mark. Sus ojos no lo culpaban, ni se autocompadecía, solo mostraban una gran tristeza.

Aun así, Mark se sentía como si la culpa le estuviera aplastando las costillas. «Si

hubiera» eran palabras inútiles, como Kieran le había dicho una vez, cuando Mark estuvo especulando sobre si se hubieran llegado a conocer alguna vez de no haberse unido a la Cacería. Pero en ese momento no podía detener la riada de «si hubiera»: si hubiera podido quedarse con su familia; si Julian no hubiera tenido que ser la madre, el padre y el hermano de todos los pequeños, si Tavvy no hubiera crecido bajo la sombra de la muerte y la pérdida. Quizá entonces, cada separación no se sentiría como si fuera la última.

—No es culpa tuya —dijo Magnus, que había aparecido de forma silenciosa junto a Mark—. No puedes cambiar el pasado. Crecemos sufriendo pérdidas, todos excepto los supremamente afortunados.

—No puedo evitar desear que mi hermano hubiera sido uno de los supremamente afortunados —repuso Mark—. Lo puedes entender, ¿no?

Magnus miró hacia Jules y Tavvy. El pequeño se había agotado llorando y estaba agarrado a su hermano mayor, con el rostro apoyado en el hombro de Julian. Estaba desmadejado de cansancio.

—¿Cuál de ellos?

—Ambos —contestó Mark.

Magnus extendió unos dedos curiosos y tocó la brillante cabeza de flecha que Mark llevaba al cuello.

—Conozco este material —dijo—. Esta punta antaño era el extremo del arma de un soldado de la guardia del rey de la corte noseelie.

Mark la tocó; fría, fresca, lisa bajo sus dedos. Inflexible, como el propio Kieran.

—Me la dio Kieran.

—Es preciosa —comentó Magnus. Se volvió porque Alec lo llamaba, y dejó caer el colgante de nuevo sobre el pecho de Mark.

Alec estaba con Max en brazos y Rafe a su lado, y junto a ellos, en el suelo, una pequeña bolsa de viaje con sus cosas. A Mark se le ocurrió pensar que Alec sería más o menos de la misma edad que tendría él si no hubiera sido raptado por la Cacería. Se preguntó si llegaría a ser tan maduro como parecía Alec, tan capaz de ocuparse de otra gente y de sí mismo.

Magnus besó a Alec y le alborotó el pelo con infinita ternura. Se inclinó para besar a Max y también a Rafe, luego se incorporó para comenzar a crear un Portal. De entre sus dedos empezó a chisporrotear una luz, y el aire ante él pareció vibrar.

Tavvy era como un saquito de desesperanza sobre el pecho de Julian. Este lo apretaba contra sí, los músculos de los brazos tensos, y le murmuraba palabras tranquilizadoras. Mark deseó acercarse a ellos, pero por lo visto no conseguía que se le movieran los pies. Incluso en su infelicidad, parecía una unión perfecta que no necesitaba a nadie más.

Ese melancólico pensamiento se desvaneció al momento cuando el dolor le recorrió todo el brazo. Se agarró la muñeca, y sus dedos encontraron un doloroso escozor, la pastosidad de la sangre.

«Algo va mal —pensó, y luego—: Cristina».

Salió corriendo. El Portal iba creciendo y vibrando en el centro de la sala. A través de su puerta a medio formar, Mark pudo ver la silueta de las torres de los demonios mientras corría hacia el pasillo.

Algo en su sangre le dijo que se estaba acercando a Cristina pero, para su sorpresa, el dolor de la muñeca no desaparecía. Le palpitaba una y otra vez, como el rayo de luz de un faro.

La puerta de la habitación de Cristina estaba cerrada. Arremetió contra ella con el hombro sin molestarse en intentar abrirla girando el pomo. La puerta se abrió de golpe y Mark trastabilló hacia dentro.

Se atragantó y los ojos le picaron. La habitación olía como si hubieran quemado algo, algo orgánico, como hojas muertas o fruta podrida.

Estaba oscuro. Los ojos se le adaptaron rápidamente y consiguió distinguir a Cristina y a Kieran, ambos junto al pie de la cama. Cristina agarraba su navaja. Una enorme sombra se cernía sobre ellos. No, no era una sombra, se dio cuenta Mark al acercarse más. Era una proyección.

Una proyección del rey de la corte noseelie. Ambos lados de la cara parecían destellarle con un humor antinatural, tanto el lado hermoso y real como la horrible calavera sin piel.

—¿Pensabas que llamabas a tu hermano? —soltó el rey con desprecio, la mirada puesta en Kieran—. ¿Y creías que no iba a notar que tu mente penetraba en Feéra, buscando a uno de los míos? Eres un estúpido, Kieran, siempre lo has sido.

—¿Qué le has hecho a Adaon? —Kieran tenía el rostro pálido como el marfil—. Él no sabía nada. No tenía ni idea de que yo iba a llamarlo.

—No te preocupes por los otros —dijo el rey—. Preocúpate por tu propia vida, Kieran el *Hijo del Rey*.

—He sido Kieran el *Cazador* durante mucho tiempo —replicó él.

El rostro del rey se oscureció.

—Deberías ser Kieran el *Traidor*, Kieran el *Traicionero*, Kieran el *Fratricida*. Todos esos son mejores nombres para ti.

—Actuó en defensa propia —espetó Cristina cortante—. Si no hubiera matado a Erec, habría muerto él. Y actuó para protegerme.

El rey le dedicó una breve mirada de desprecio.

—Y eso en sí ya es un acto de traición, chica estúpida —aseveró—. Poner la vida de los cazadores de sombras por encima de su propia gente, ¿qué puede ser peor?

—Vender a tu hijo a la Cacería Salvaje porque te preocupaba que la gente lo apreciara más de lo que te apreciaban a ti —respondió Mark—. Eso es peor.

Cristina y Kieran lo miraron atónitos; era evidente que no lo habían oído entrar. El rey, sin embargo, no mostró ninguna sorpresa.

—Mark Blackthorn —dijo—. Incluso en su elección de amantes, mi hijo tiende hacia los enemigos de su gente. ¿Qué dice eso de él?

—¿Que sabe mejor que tú quién es su gente? —replicó Mark. Muy deliberadamente, le dio la espalda al rey, lo que en la Corte hubiera sido una ofensa castigada con la horca—. Debemos librarnos de él —dijo en voz baja a Kieran y a Cristina—. ¿Voy a buscar a Magnus?

—Solo es una proyección —contestó Kieran. Pero estaba pálido—. No puede hacernos daño. Ni puede permanecer para siempre. Es un esfuerzo para él, me parece.

—¡No me des la espalda! —rugió el rey—. ¿Crees que no conozco tus planes, Kieran? ¿Crees que no sé que planeas traicionarme delante del Consejo de nefilim?

Kieran apartó el rostro, como si no pudiera soportar mirar a su padre.

—Entonces deja de hacer lo que sé que estás haciendo —le respondió con voz temblorosa—. Parlamenta con los nefilim. No les hagas la guerra.

—No hay parlamento con los que pueden mentir —gruñó el rey—. Que lo han hecho y lo volverán a hacer. Mentirán y derramarán la sangre de nuestra gente. Y cuando ya no te necesiten, ¿crees que te dejarán vivir? ¿Que te tratarán como a uno de los suyos?

—Me han tratado mejor que mi propio padre. —Kieran alzó la barbilla.

—¿Eso han hecho? —El ojo del rey era oscuro y vacío—. Te quité ciertos recuerdos, Kieran, cuando viniste a mi Corte. ¿Debería devolvértelos?

Kieran parecía confundido.

—¿Y qué servicio pueden hacerte mis recuerdos?

—Algunos de nosotros reconocemos a nuestros enemigos —contestó el rey.

—¡Kieran! —exclamó Mark. La mirada en el ojo del rey hizo que el miedo le retorciera el estómago—. No lo escuches. Solo busca herirte.

—¿Y qué buscas tú? —quiso saber el rey, volviéndose hacia Mark. Solo el hecho de que Mark pudiera ver a través de él, que pudiera ver el contorno de la cama de Cristina, su armario, a través del cuerpo transparente, le impidió lanzarse hacia la chimenea, coger el atizador y golpear con él al rey. Si hubiera...

Si el rey hubiese sido otra clase de padre, si no hubiera lanzado a su hijo a la Cacería como si fuera un hueso delante de una manada de lobos hambrientos, si no se hubiese quedado tranquilamente sentado mientras Erec torturaba a Kieran...

¿Cuán diferente sería Kieran? ¿Cuánto menos temeroso de perder el amor? ¿Cuánto menos determinado a agarrarse a él a toda costa, aunque eso significara atrapar a Mark en la Cacería con él?

El rey curvó el labio en una mueca despectiva, como si pudiera leerle el pensamiento.

—Cuando miré los recuerdos de mi hijo —explicó—, te vi a ti, Blackthorn, hijo de lady Nerissa. —Su sonrisa era malévola—. Tu madre murió de tristeza cuando tu padre la dejó. La mitad de los pensamientos de mi hijo eran sobre ti, sobre tu pérdida. Mark, Mark, Mark. Me pregunto qué contiene vuestro linaje en la sangre que tiene el poder de encantar a nuestra gente y convertirlos en idiotas.

Una pequeña arruga apareció entre las cejas de Kieran. «Sobre tu pérdida».

Kieran no recordaba haber perdido a Mark. El frío miedo que Mark sentía en el estómago se le extendió por las venas.

—Los que no pueden amar no lo entienden —dijo Cristina. Se volvió hacia Kieran—. Nosotros te protegeremos —le aseguró—. No dejaremos que te hagan daño por testificar ante el Consejo.

—Mentiras —afirmó el rey—. Quizá bienintencionadas, pero aun así mentiras. Si testificas, Kieran, no habrá lugar en este mundo o en Feéra donde puedas estar a salvo de mí y de mis guerreros. Te perseguiré eternamente, y cuando te encuentre, desearás haber muerto por lo que le hiciste a Iarlath, a Erec. No habrá tormento imaginable que no te inflija.

Kieran tragó con fuerza, pero su voz fue firme.

—El dolor es dolor.

—Oh —repuso su padre—, hay todo tipo de dolor, pequeño oscuro. —No se movió ni hizo ningún gesto como hacían los brujos cuando lanzaban hechizos, pero Mark notó un incremento de peso en la atmósfera de la habitación, como si hubiera aumentado la presión del aire.

Kieran ahogó un grito y salió despedido hacia atrás como si le hubieran disparado. Se golpeó con la cama y se agarró a la madera del pie para no caer al suelo. El cabello le cayó sobre los ojos, y cambió de azul a negro, y luego a blanco.

—¿Mark? —Alzó el rostro despacio—. Recuerdo. Lo recuerdo.

—Kieran —susurró Mark.

—Le dije a Gwyn que habías traicionado una ley de Feéra —rememoró Kieran—. Pensé que solo te harían regresar a la Cacería.

—Y en vez de eso, castigaron a mi familia —concluyó Mark. Sabía que Kieran no había pretendido que sucediera eso, simplemente no lo había previsto. Pero aún dolía pronunciar esas palabras.

—Por eso no llevabas tu dardo élfico. —Los ojos de Kieran se fijaron en un punto bajo la barbilla de Mark—. No me querías. Me alejaste. Me odiabas. Debes de odiarme ahora.

—No te odiaba —contestó Mark—. Kier...

—Escúchalo —murmuró el rey—. Escucha cómo te miente.

—Entonces ¿por qué? —preguntó Kieran. Se apartó de Mark solo un paso—. ¿Por qué me mentiste?

—Piénsalo bien, hijo —dijo el rey. Parecía estar divirtiéndose—. ¿Qué querían de ti?

Kieran respiró pesadamente.

—Mi testimonio —contestó—. Testificar delante del Consejo. ¿Tú... tú planeaste esto, Mark? ¿Este engaño? ¿Lo saben todos los del Instituto? Sí, deben de saberlo. Deben de saberlo. —El pelo se le había vuelto negro como el petróleo—. Y la reina también lo sabe, supongo. ¿Planeó hacerme pasar por imbécil, contigo?

La agonía que reflejaba su rostro era atroz; Mark no podía mirar a Kieran. Fue

Cristina la que habló por él:

—Kieran, no —dijo—. No fue así...

—¿Y tú lo sabías? —Kieran le lanzó una mirada que mostraba casi el mismo sentimiento de haber sido traicionado que la que le había lanzado a Mark—. ¿Tú también lo sabías?

El rey rio. Entonces la rabia se apoderó de Mark, una furia cegadora, y agarró el atizador de la chimenea. El rey siguió riendo mientras Mark iba hacia él, alzaba el atizador y descargaba un golpe...

Que cayó sobre la bellota dorada que yacía ante la chimenea, aplastándola. La risa del rey se cortó de pronto; lanzó una mirada de puro odio a Mark y desapareció.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Kieran—. ¿Tenías miedo de qué más podría decirme?

Mark tiró el atizador dentro de la chimenea, donde resonó con fuerza.

—Te ha devuelto tus recuerdos, ¿no? —replicó Mark—. Entonces, ya lo sabes todo.

—No todo —repuso Kieran, y la voz se le quebró. Mark lo recordó colgando de la cuerda de espinos en la corte noseelie y cómo esa misma desesperación era la que mostraban sus ojos—. No sé cómo planeasteis esto, cuándo decidiste que ibas a mentirme para conseguir que hiciera lo que querías. No sé cuánto asco te daba cada vez que tenías que tocarme o fingir que me deseabas. No sé cuándo tenías pensado decirme la verdad. ¿Después de que testificara? ¿Tenías pensado humillarme y reírte de mí delante de todo el Consejo, o esperar hasta que estuviéramos solos? ¿Les dijiste a todos que soy un monstruo, lo egoísta y lo despiadado...?

—No eres un monstruo, Kieran —lo interrumpió Mark—. A tu corazón no le pasa nada.

En los ojos de Kieran solo había dolor mientras miraba a Mark a través del corto espacio que los separaba.

—Eso no puede ser cierto —replicó—, porque tú eras mi corazón.

—No sigas. —Era Cristina, con voz preocupada y débil pero firme—. Deja que Mark te explique...

—He acabado con las explicaciones humanas —replicó Kieran, y salió de la habitación dando un portazo.

El vibrante Portal desapareció. Julian y Magnus se quedaron, casi hombro con hombro, contemplando a Alec y a los niños hasta que se desvanecieron.

Con un suspiro, Magnus se puso la punta del fular sobre el hombro y cruzó la sala para llenarse un vaso del decantador de vino que se hallaba cubierto de polvo sobre una mesa junto a la ventana. Casi había oscurecido, el cielo sobre Londres era del color de los pétalos de los pensamientos.

—¿Quieres un poco? —le preguntó a Julian, mientras volvía a tapar el

decantador.

—Probablemente debería mantenerme sobrio.

—Como quieras. —Magnus cogió su copa de vino y lo examinó a través de la luz, que tornaba el líquido de color rojo rubí.

—¿Por qué nos estás ayudando tanto? —preguntó Julian—. Quiero decir, sé que somos una familia simpática, pero nadie es tan simpático.

—No —aceptó Magnus con una ligera sonrisa—. Nadie lo es.

—¿Entonces?

El brujo tomó un sorbo de vino y se encogió de hombros.

—Jace y Clary me lo pidieron —respondió—, y Jace es el *parabatai* de Alec, y siempre he tenido un cariño paternal por Clary. Son mis amigos. Y hay poco que yo no haría por mis amigos.

—¿Es eso todo? ¿De verdad?

—Puede que me recuerdes a alguien.

—¿Yo? —Julian estaba sorprendido. La gente rara vez le decía algo así—. ¿Y a quién te recuerdo?

Magnus meneó la cabeza sin responder.

—Hace años —dijo por fin—, tenía un sueño recurrente. Torres hechas de hueso y sangre corriendo por las calles como agua. Más tarde pensé que se refería a la Guerra Oscura, y sí que es cierto que el sueño desapareció durante los años posteriores a la guerra. —Vacío su copa y la dejó en la mesa—. Pero últimamente he vuelto a tenerlo. No puedo evitar pensar que algo está al llegar.

—Advertiste al Consejo —repuso Julian—. El día que decidieron exiliar a Helen y abandonar a Mark. El día que aprobaron la Paz Fría. Les dijiste cuáles serían las consecuencias. —Se apoyó en la pared—. Yo solo tenía doce años, pero lo recuerdo. Dijiste: «Los seres mágicos hace mucho que odian a los nefilim por su dureza. ¡Mostradles algo que no sea dureza, y a cambio recibiréis algo que no será odio!». Pero no te escucharon, ¿verdad?

—El Consejo quería su venganza —respondió Magnus—. No vieron que la venganza solo engendra más venganza. «Porque siembran vientos y recogerán tempestades».

—De la Biblia —dijo Julian. No era posible crecer cerca del tío Arthur sin haber aprendido más citas clásicas de las que podías llegar a utilizar—. Pero hay una diferencia entre castigar al culpable y castigar al azar. «Con justicia libramos la tierra de los malvados humanos, que llevan el infierno como marca en su alma».

—Supongo que se puede encontrar una cita para justificar cualquier cosa —replicó Magnus—. Mira..., yo no voy con chismes a la Clave, aunque los brujos del Mercado de Sombras piensen otra cosa. Pero he conocido a *parabatai*, docenas de ellos, sé cómo se supone que deben ser, y Emma y tú sois diferentes. No puedo imaginar que, de no ser por el caos de la Guerra Oscura, os hubieran permitido llegar a serlo.

—Y ahora, porque la ceremonia se supone que nos une para siempre, tenemos que descubrir cómo separarnos —dijo Julian con amargura—. Ambos lo sabemos. Pero con los Jinetes ahí fuera...

—Sí —asintió Magnus—. Por el momento, estáis obligados a permanecer juntos. Julian bufó entre dientes.

—Solo confírmame una cosa —dijo—. No existe ningún hechizo que deshaga el amor, ¿verdad?

—Hay unos cuantos encantamientos temporales —contestó Magnus—. Pero no duran eternamente. El amor real y las complejidades del corazón y del cerebro humanos aún están más allá del alcance de la mayor parte de la magia. Quizá un ángel o un gran demonio...

—Así que Raziel podría hacerlo —concluyó Julian.

—Yo me esperaría sentado —repuso Magnus—. ¿Lo has mirado en serio? ¿Hechizos que borran el amor?

Julian asintió.

—Eres implacable —dijo Magnus—. Incluso contigo mismo.

—Pensaba que Emma ya no me amaba —explicó Julian—. Y ella pensaba lo mismo de mí. Ahora sabemos la verdad. No es solo que esté prohibido por la Clave. Está maldito.

Magnus hizo una mueca de dolor.

—Me preguntaba si sabrías eso.

Julian sintió frío por todo el cuerpo. Entonces, no había ninguna posibilidad de que Jem estuviera errado. Aunque en realidad nunca pensó que lo estuviera.

—Jem se lo explicó a Emma. Pero no le dijo exactamente cómo va, qué podría ocurrir.

Las manos le temblaban ligeramente a Magnus cuando se las pasó sobre los ojos.

—Mira la historia de Silas Pangborn y Eloisa Ravenscar. Y hay otras historias, aunque los Hermanos Silenciosos hacen lo que pueden para que no se conozcan. —Tenía los ojos de gato inyectados en sangre—. Primero te vuelves loco —dijo—. Te vuelves irreconocible como ser humano. Y después te conviertes en un monstruo, ya no puedes distinguir a los amigos de los enemigos. Y cuando tu familia corra hacia a ti para salvarte, les arrancarás el corazón del pecho.

Julian sentía ganas de vomitar.

—Yo nunca haría daño a mi familia...

—No sabrás quiénes son —explicó Magnus—. No distinguirás el amor del odio. Y destruirás lo que tengas a tu alrededor, no porque quieras hacerlo, no más que una ola quiere destruir la roca contra la que rompe. Lo harás porque no sabrás no hacerlo. —Miró a Julian con una simpatía atávica—. No importa si tus intenciones son buenas o malas. No importa si el amor es una fuerza positiva. A la magia no le importan los pequeños asuntos humanos.

—Lo sé —repuso Julian—. Pero ¿qué podemos hacer? No me puedo convertir en

un mundano o en un subterráneo y dejar a mi familia. Eso me mataría, y a ellos. Y dejar de ser cazador de sombras sería como un suicidio para Emma.

—Queda el exilio —indicó Magnus. Su mirada era inescrutable—. Seguiríais siendo cazadores de sombras, pero se os quitaría parte de vuestra magia. Eso es lo que significa el exilio. Ese es el castigo. Y como la magia de *parabatai* es parte de lo más precioso y lo más intrínseco de lo que sois, el exilio amortigua su poder. Todo lo que la maldición intensifica: el poder de las runas que os dibujáis mutuamente, la capacidad de sentir lo que el otro siente o de saber si está herido, el exilio os lo arrebató. Si entiendo de magia, y entiendo, entonces eso significa que el exilio haría que la maldición fuera más lenta de una forma inconmensurable.

—Y el exilio también me apartaría de mis niños —replicó Julian desesperado—. Podría no volver a verlos. Más me valdría convertirme en mundano. Al menos podría tratar de colarme y quizá contemplarlos desde la distancia. —La amargura corroía su voz—. Los términos del exilio los determina el Inquisidor y la Clave. Estaría por completo sin control.

—No necesariamente —dijo Magnus.

Julian le clavó una mirada penetrante.

—Creo que será mejor que me expliques qué quieres decir.

—Que solo tenéis una opción. Y no os va a gustar. —Magnus se calló, como esperando que Julian se negara a oírlo, pero este no dijo nada—. Muy bien. Cuando vayáis a Alacante, explicádselo todo al Inquisidor.

—Kit...

Algo frío le tocó la sien y le echó el pelo para atrás. Las sombras rodeaban a Kit, sombras en las que veía rostros conocidos y desconocidos: una mujer de cabello claro que formaba las palabras de una canción con la boca, el rostro de su padre, la expresión de furia de Barnabas Hale, Ty mirándolo a través de unas pestañas tan espesas y negras como el hollín que cubría las calles de Londres en una novela de Dickens.

—Kit.

El frío contacto se convirtió en una trampa. Abrió lentamente los ojos, y ahí estaba el techo de la enfermería del Instituto de Londres. Reconoció la extraña quemadura de tres formas en el yeso de la pared, la vista de tejados a través de la ventana, el ventilador que hacía girar sus perezosas aspas por encima de su cabeza.

Y colgando sobre él, un par de ojos ansiosos verde azulados. Livvy, con su larga melena castaña cayéndole en enredados rizos. Ella soltó un suspiro de alivio al verlo fruncir el ceño.

—Perdona —dijo—. Magnus ha dicho que te despertemos cada pocas horas para asegurarnos de que tu contusión no va a peor.

—¿Contusión? —Kit recordó el tejado, la lluvia, Gwyn y Diana, el cielo cargado

de nubes que subían y se apartaban mientras él caía—. ¿Cómo he acabado con una contusión? Estaba bien.

—Al parecer suele ocurrir —replicó ella—. La gente se golpea en la cabeza, y no se da cuenta de lo grave que es hasta que se desmaya.

—¿Ty? —preguntó Kit. Intentó sentarse, lo que fue un error. El cráneo le dolía como si alguien le hubiera dado con una porra. Destellos y trozos de recuerdos se le aparecían contra el fondo de los ojos: los jinetes en su terrorífica armadura de bronce, la plataforma de hormigón sobre el río, la certeza de que iban a morir.

—Toma. —Livvy le sujetó la nuca para ayudarlo a incorporarse. El borde de algo caliente chocó contra sus dientes—. Bebe esto.

Kit tragó. La oscuridad lo rodeó y el dolor se fue con ella. De nuevo oyó cantar, en la parte más profunda de todo lo que había olvidado. «La historia de mi amor por ti no tiene final».

Cuando volvió a abrir los ojos, la vela de la mesilla se había consumido. Sin embargo, la habitación estaba iluminada. Ty estaba sentado junto a su cama, con una luz mágica en la mano, observando la rotación de las aspas del ventilador.

Kit tosió y se sentó. Esta vez le dolió un poco menos. Notaba la garganta como si fuera papel de lija.

—Agua —pidió.

Ty apartó la vista de las aspas del ventilador. Kit ya se había fijado antes en que le gustaba mirarlas, como si su movimiento armonioso lo calmara. Ty cogió la botella de agua y un vaso y se los pasó a Kit.

—¿Quieres más? —le preguntó Ty cuando Kit hubo acabado con la botella. Ty no llevaba la misma ropa que la última vez que Kit lo había visto. Más ropa rara y anticuada del almacén. Una camisa de raya diplomática y pantalones negros. Parecía parte de un anuncio antiguo.

Kit negó con la cabeza. Sujetó con fuerza el vaso que tenía en la mano. Una extraña sensación de irrealidad se había apoderado de él. Ahí estaba Kit Rook, en un Instituto, después de que unas grandes hadas lo hubieran golpeado en la cabeza por defender a los nefilim.

Su padre se habría avergonzado. Pero Kit tenía la sensación de haber hecho lo correcto. Una sensación de que la pieza que siempre le había faltado en la vida, la que lo había hecho ser ansioso y sentirse incómodo, se le hubiera devuelto por azares de la vida.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Ty.

Kit se incorporó.

—¿Por qué hice qué?

—Esa vez que salí de la tienda de magia y Livvy y tú estabais discutiendo —la mirada de Ty estaba en algún punto de la clavícula de Kit—, era sobre mí, ¿no?

—¿Cómo sabes que estábamos discutiendo? —preguntó Kit—. ¿Nos oíste?

Ty negó con la cabeza.

—Conozco a Livvy —contestó—. Sé cuándo está enfadada. Reconozco las cosas que hace. Es mi melliza. No sé esas cosas de nadie más, pero lo sé de ella. —Se encogió de hombros—. La discusión era sobre mí, ¿no es cierto?

Kit asintió.

—Todo el mundo trata siempre de protegerme —repuso Ty—. Julian intenta protegerme de todo. Livvy intenta protegerme de la decepción. No quería que supiera que puedes marcharte, pero siempre lo he sabido. A Julian y a Livvy les cuesta aceptar que he crecido; que puedo entender que algunas cosas son pasajeras.

—Te refieres a mí —repuso Kit—. A que yo soy pasajero.

—Tú eliges si irte o quedarte —dijo Ty—. En Limehouse, pensé que quizá eligieras irte.

—Pero ¿y tú? —preguntó Kit—. Creía que ibas a ir al Escolamántico. Y yo nunca iré allí. Ni siquiera tengo el entrenamiento básico.

Kit dejó por fin el vaso sobre la mesilla. Ty lo cogió inmediatamente y comenzó a darle vueltas en las manos. Estaba hecho de vidrio opaco, áspero por fuera, y a él parecía gustarle la textura.

Ty guardó silencio, y en ese silencio Kit pensó en los auriculares de su amigo, en la música en sus oídos, en las palabras susurradas, en el modo en que tocaba las cosas con una concentración total: piedras lisas, cristal rugoso, seda y cuero y lino acanalado. Había gente en el mundo, lo sabía, que pensaba que los humanos como Ty hacían eso sin ninguna razón, porque eran inexplicables. Rotos.

Kit notó que lo invadía la rabia. ¿Cómo podía ser que no entendieran que todo lo que Ty hacía tenía un motivo? Si la sirena de una ambulancia te resonaba en los oídos, te los tapabas. Si algo te golpeaba, te encogías para protegerte del dolor.

Pero nadie sentía u oía exactamente de la misma manera. Ty lo oía todo dos veces más fuerte y rápido que el resto. A Kit le daba la sensación de que los auriculares y la música eran como una especie de amortiguador. Acallaban no solo los sonidos, sino también algunos sentimientos que, de otro modo, hubieran sido demasiado intensos. Lo protegían del dolor.

No pudo evitar preguntarse cómo sería vivir con tanta intensidad, sentir tanto, que el mundo contuviera colores demasiado brillantes, ruidos demasiado estridentes. Cuando cada ruido y color estaban disparados, tenía sentido calmarte concentrando toda tu energía en algo pequeño que pudieras dominar: un juego de limpiadores de pipa que desplegar, la superficie rugosa de un vidrio entre los dedos...

—No quiero decirte que no vayas al Escolamántico si es eso lo que quieres hacer —dijo Kit—. Pero diría que no se trata siempre de gente que quiere protegerte o que sabe lo que es mejor para ti, o creen que lo saben. A veces, saben que te añorarán.

—Livvy me añorará...

—Toda tu familia te añorará —repuso Kit—, y yo te añoraré.

Era un poco como lanzarse al abismo, daba mucho más miedo que cualquier timo que hubiera hecho para su padre, que cualquier subterráneo o demonio con el que se

hubiera encontrado. Ty alzó la mirada sorprendido, y olvidó el vaso que tenía entre las manos. Estaba sonrojándose. Resultaba muy visible en su clara piel.

—¿Lo harías?

—Sí —asintió Kit—, pero como he dicho, no quiero impedirte que te vayas si es lo quieres...

—No quiero —lo cortó Ty—. He cambiado de idea. —Dejó el vaso en la mesilla—. No por ti. Es porque el Escolamántico parece estar lleno de gilipollas.

Kit se echó a reír. Ty lo miró incluso más atónito de lo que lo había hecho cuando Kit le dijo que lo añoraría. Pero un segundo después, también comenzó a reír. Los dos estaban riendo, Kit doblado sobre las mantas, cuando Magnus entró en la habitación. Los miró a ambos y negó con la cabeza.

—Como cabras —dijo, y fue hacia la encimera donde se habían colocado los tubos de vidrio y los matraces. Los miró con satisfacción—. No es que crea que a nadie aquí le importa —dijo—, pero el antídoto contra el hechizo de unión está listo. Podremos marcharnos a Idris mañana mismo.

Cristina se sentía como si un tornado le hubiera arrasado la habitación. Dejó su navaja sobre la repisa de la chimenea y se volvió hacia Mark.

Este se apoyaba contra la pared, con los ojos muy abiertos pero desenfocados. Cristina recordó un viejo libro que había leído de niña. En él salía un personaje con los ojos de dos colores diferentes, un caballero de las Cruzadas. Un ojo para Dios, decía el libro, y otro para el demonio.

Un chico que había sido dividido por la mitad, en parte bueno y en parte malo. Igual que Mark estaba dividido entre hada y nefilim. En ese momento, Cristina pudo ver la batalla que se libraba en su interior, aunque toda su furia se dirigía hacia sí mismo.

—Mark —comenzó ella—. No es...

—No digas que no es mi culpa —la cortó él sin ninguna entonación—. No podría soportarlo, Cristina.

—No es solo culpa tuya —repuso Cristina—. Todos lo sabíamos. Es culpa de todos. No era lo correcto, pero teníamos muy pocas opciones. Y Kieran te había hecho daño.

—De todas formas, no debería haberle mentado.

Una grieta oscura en la pared, que resquebrajaba la pintura, era la única señal de lo que había pasado. Eso y la bellota dorada aplastada junto al hogar.

—Solo digo —continuó Cristina— que si puedes perdonarlo a él deberías perdonarte también a ti.

—¿Puedes venir aquí? —pidió Mark con voz ahogada.

Mark tenía los ojos cerrados y abría y cerraba las manos. Ella casi tropezó para llegar hasta él. Mark pareció notar su proximidad y, sin abrir los ojos, estiró el brazo

y le agarró la mano apretando con fuerza.

Cristina miró hacia abajo. Le estrechaba la mano tan fuerte que debería haberle dolido, pero todo lo que veía eran las marcas rojas alrededor de sus dos muñecas. Estaban tan juntos que casi se habían borrado.

Cristina sintió de nuevo lo mismo que en el salón de baile, como si el hechizo de unión se amplificara por la proximidad hasta convertirse en otra cosa, algo que la hacía pensar en aquella colina en Feéra, el recuerdo de estar cogida a Mark.

Su boca encontró la de ella. Lo oyó gruñir: la estaba besando con fuerza y desesperación. Cristina sintió como si tuviera fuego manándole de los poros, como si fuera tan ligera como las cenizas.

Sin embargo, no podía olvidar a Kieran besando a Mark ante ella, con fuerza y de forma deliberada. Al parecer, ya no podía pensar en Mark sin pensar en Kieran también. No podía ver los ojos azul y dorado de uno sin ver también los negro y plata del otro.

—Mark —le dijo, con la boca pegada a sus labios. Él la acariciaba, calentándole la sangre—. Esta no es la manera adecuada de hacerte olvidar.

Se apartó de ella.

—Quiero tenerte —declaró—. Lo quiero con todas mis fuerzas. —La fue soltando lentamente—. Pero no sería justo. Ni para ti, ni para Kieran, ni para mí. No ahora.

Cristina le acarició el dorso de la mano.

—Debes ir con Kieran y arreglar las cosas entre vosotros. Es una parte demasiado importante de ti, Mark.

—Ya has oído lo que ha dicho el rey. —Mark dejó caer la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la pared—. Matará a Kieran si testifica. Lo perseguirá eternamente. Eso es culpa nuestra.

—Él aceptó hacerlo...

—¡Sin saber la verdad! Aceptó hacerlo porque pensaba que me amaba y que yo lo amaba a él...

—¿Y acaso no es cierto? —preguntó Cristina—. Y aunque no lo fuera, él no solo olvidó que os habíais peleado. También olvidó lo que había hecho. Olvidó su propia culpa. Y por eso está tan enfadado. No contigo, sino consigo mismo.

Mark le apretó las manos.

—Ahora estamos en deuda los dos, Kieran y yo —repuso Mark—. Yo lo he puesto en peligro. El rey noseelie sabe que tiene planeado testificar. Ha jurado perseguir a Kieran. Cristina, ¿qué vamos a hacer?

—Intentaremos mantenerlo a salvo —contestó Cristina—. Tanto si testifica como si no, el rey no lo va a perdonar. Tenemos que encontrar un lugar donde Kieran esté protegido. —Alzó la barbilla cuando cayó en la cuenta—. Ya sé dónde, exactamente. Mark debemos...

Llamaron a la puerta. Se separaron cuando esta se abrió; ambos confiando en que

fuera Kieran, y la decepción de Mark fue evidente.

Magnus llevaba dos botellas de metal grabado y alzó una ceja al ver la expresión de Mark.

—No sé a quién esperabas ver, pero lamento no ser esa persona —dijo con sequedad—. El antídoto está listo.

Cristina había esperado que un estremecimiento de alivio la recorriera. Sin embargo, no sintió nada. Se tocó la muñeca dolorida con la mano izquierda y miró a Mark, que tenía los ojos clavados en el suelo.

—No corráis a darme las gracias ni nada de eso —ironizó Magnus—. Las profusas expresiones de gratitud me cohíben, aunque los regalos en efectivo siempre son bienvenidos.

—Gracias, Magnus —dijo Cristina sonrojándose. Desenroscó la tapa de la botella: un olor oscuro y amargo salió de su interior, como el olor a pulque, una bebida que a Cristina nunca le había gustado.

Magnus alzó una mano.

—Esperad a estar en habitaciones separadas antes de bebéroslo —les advirtió—. De hecho, deberíais pasar al menos unas cuantas horas separados para que el hechizo desaparezca completamente. Todos los efectos deberían haberse esfumado mañana.

—Gracias —dijo Mark, y se dirigió a la puerta. Se detuvo allí y miró a Cristina—. Estoy de acuerdo contigo —declaró—. Sobre Kieran. Si hay algo que puedas hacer para garantizar su seguridad, hazlo.

Se marchó en silencio, sigiloso como un gato. Magnus miró la grieta de la pared y luego a Cristina.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó.

Cristina suspiró.

—¿Un mensaje de fuego puede atravesar las salvaguardas que has puesto?

Magnus miró de nuevo a la pared y negó con la cabeza.

—Será mejor que me lo des. Yo haré que lo envíen.

Cristina vaciló.

—Y no lo leeré —añadió Magnus irritado—. Lo prometo.

Cristina dejó la botella, buscó papel, lápiz y estela, y escribió un mensaje con una runa como firma antes de doblarlo y entregárselo a Magnus, que soltó un silbido al ver el nombre del destinatario en el exterior.

—¿Estás segura?

Ella asintió con una seguridad que estaba lejos de sentir.

—Completamente.

SOLO ÁNGELES MALVADOS

—Emma. —Julian llamó a la puerta con los nudillos. Al menos estaba bastante seguro de que era la puerta de Emma. Nunca había estado en el interior de su habitación del Instituto de Londres—. Emma, ¿estás despierta? Ya sé que es tarde.

Oyó que le decía que pasara, con una voz amortiguada por la gruesa puerta de madera. El cuarto era muy parecido al suyo, pequeño y con un pesado mobiliario victoriano. La cama tenía un dosel con cortinas de seda.

Emma estaba echada sobre la cama, vestida con una camiseta vieja y pantalones de pijama. Se puso de lado y le sonrió.

Una avasalladora sensación de amor golpeó a Julian como un puñetazo en el pecho. Emma llevaba el pelo recogido de cualquier manera y estaba tumbada sobre una arrugada manta con un plato de pastelillos a su lado. Julian tuvo que detenerse un momento en medio de la habitación para recuperar el aliento.

Ella agitó un trozo de tarta ante él alegremente.

—Plátano y dulce de leche —le dijo—. Quieres un poco.

Julian podría haber cruzado la habitación en un par de pasos. Podría haberla cogido entre sus brazos y estrecharla con fuerza. Podría haberle dicho lo mucho que la amaba. De haberse tratado de cualquier otra pareja, habría sido fácil.

Pero para ellos nada sería fácil.

Ella lo miraba inquisitiva.

—¿Va todo bien?

Él asintió, un poco sorprendido de sus propios sentimientos. Por lo general se podía controlar mucho mejor. Quizá fuera la conversación que había tenido con Magnus. Tal vez le hubiera dado esperanza.

Si la vida le había enseñado algo a Julian, era que nada resultaba más peligroso que la esperanza.

—Julian —dijo ella mientras dejaba el trozo de tarta y se sacudía las migas de las manos—. Por favor, di algo.

Él se aclaró la garganta.

—Tenemos que hablar.

Emma gruñó y volvió a dejarse caer sobre las almohadas.

—Vale, pero no de eso.

Julian se sentó al pie de la cama mientras ella apartaba el plato de dulces y unas cuantas cosas que había estado mirando. Julian vio una vieja fotografía de una chica con una espada que parecía *Cortana*, y otra de cuatro chicos vestidos al estilo

eduardiano junto a un río.

Cuando Emma lo hubo apartado todo, volvió a sacudirse las manos y lo miró directamente.

—¿Cuándo tendremos que volver a separarnos? —preguntó. La voz le temblaba un poco—. ¿En cuanto se acabe la reunión de Alacante? ¿Qué les diremos a los niños?

—He hablado con Magnus —la informó Julian—. Ha dicho que deberíamos hablar con el Inquisidor.

Emma hizo un sonido de incredulidad.

—¿El Inquisidor? ¿Te refieres al líder del Consejo que se encarga de hacer cumplir la Ley?

—Estoy segura de que Magnus sabe quién es el Inquisidor —replicó Julian—. El padre de Alec.

—¿Lo ha dicho como una especie de amenaza? ¿En plan «o nos entregamos a Robert Lightwood o él lo hará por nosotros»? Pero Magnus no... No lo veo haciendo eso. Es demasiado leal.

—No ha sido así —explicó Julian—. Magnus quiere ayudarnos. Recuerda a otros *parabatai* como nosotros; también ha dicho que ningún *parabatai* ha buscado nunca la ayuda de la Clave.

—¡Porque es la Ley de la Clave...!

—Ese no es el problema —replicó Julian—. Podríamos esquivar la Ley. El problema es la maldición, que es la razón por la que la Ley existe, aunque la Clave no lo sepa. Pero nosotros lo sabemos.

Emma se lo quedó mirando en silencio.

—Todos los otros *parabatai* han temido la Ley más que la maldición —continuó Julian—. En cualquier caso, o se han separado, o han dejado la Clave, o han ocultado lo que les estaba ocurriendo hasta que los atrapaban o la maldición los mataba. Magnus ha dicho que seríamos los primeros en revelar nuestro problema a la Clave, y que eso contaría delante de Robert. Y también ha dicho algo más. Robert fue exiliado porque años atrás perteneció al Círculo. Su exilio suspendió de forma temporal su vínculo con su *parabatai*. Magnus me ha dicho que se lo explicó Alec. Cortaron el vínculo tan profundamente que Robert ni siquiera se enteró de la muerte de su *parabatai*.

—¿El exilio? —A Emma le tembló la voz—. El exilio significa que la Clave te envía lejos y que no puedes decir nada acerca del lugar adonde...

—Pero el Inquisidor es el que decide los términos del exilio —indicó Julian—. Robert fue quien decidió que Aline se podía quedar con Helen cuando exiliaron a mi hermana. La Clave estaba en contra.

—Si uno de nosotros tiene que exiliarse, seré yo —dijo Emma—. Me iré con Cristina a México. Tú eres indispensable para los niños; yo no.

Su voz era firme, pero en los ojos le brillaban las lágrimas. Julian tuvo la misma

sensación de amor desesperado que había tenido un momento antes, amenazándolo con poder con él, y se la tragó.

—Yo también odio la idea de estar separados —afirmó, mientras pasaba la mano por la manta y encontraba alivio en su áspera textura bajo los dedos—. El modo en que te amo, Emma, es una parte fundamental de mí. Es quien soy. Por muy lejos que estemos el uno del otro.

El brillo en los ojos de Emma había pasado a ser líquido. Una lágrima le resbaló por la mejilla. No se la enjugó.

—¿Entonces...?

—El exilio apagará un poco el vínculo —contestó él. Trató de mantener la voz firme. Había una parte de él que odiaba la idea de no ser el *parabatai* de Emma, a pesar de todo, y también odiaba pensar en el exilio—. Magnus está seguro. El exilio hará algo que la separación no puede hacer, Emma, porque el exilio es un profundo encantamiento de los cazadores de sombras. La ceremonia del exilio reduce parte de tus habilidades de nefilim, tu magia, y tener un *parabatai* es parte de esa magia. Significa que la maldición se retrasará. Significa que tendremos tiempo, y me podré quedar con los niños. De otra manera, tendría que dejarlos. La maldición no solo nos hiere a nosotros, también hiere a todos los que nos rodean. No podría quedarme junto a los niños pensando que puedo llegar a ser una amenaza para ellos.

Emma asintió lentamente.

—Así que nos da tiempo. Y luego... ¿qué?

—Magnus me ha prometido hacer todo lo que esté en su mano para averiguar cómo deshacer el vínculo o acabar con la maldición. Lo uno o lo otro.

Emma alzó la mano para frotarse la mejilla húmeda, y Julian le vio la larga cicatriz del antebrazo, que estaba ahí desde que él le había entregado a *Cortana* en una sala de Alacante, cinco años atrás.

«Qué marcas nos hemos dejado el uno en el otro», pensó.

—No me gusta nada todo esto —susurró Emma—. Odio la idea de separarme de ti y de los niños.

Quería cogerle la mano, pero se contuvo. Si se permitía tocarla, podría desmoronarse, y debía ser fuerte y permanecer razonable y esperanzado. Él era el que había escuchado a Magnus. Era su responsabilidad.

—A mí también me parece horrible —repuso él—. Si hubiera alguna manera de que fuera yo quien se exiliara, lo haría, Emma. Mira, solo aceptaremos si las condiciones son las que queremos: si el periodo de exilio es corto, si puedes vivir con Cristina, si el Inquisidor promete que ningún deshonor caerá sobre el nombre de tu familia...

—¿De verdad Magnus cree que Robert Lightwood va a estar tan dispuesto a ayudarnos? ¿A dejar que seamos nosotros quienes dictemos las condiciones de nuestro exilio?

—Sí que lo cree —contestó Julian—. Aunque no dijo exactamente por qué. Quizá

porque Robert también estuvo exiliado, o quizá porque su *parabatai* murió.

—Pero Robert no sabe lo de la maldición.

—Y no necesita saberlo —repuso Julian—. Solo estar enamorados ya transgrede la Ley, mucho antes de que la maldición actúe. Y la Ley dice que nos tendremos que separar o que nos tendrán que arrancar las Marcas. Eso no es bueno para la Clave. Les hacen falta cazadores de sombras, sobre todo los que son tan buenos como tú. Buscarán una solución para que sigas siendo nefilim. Y además, tenemos una ventaja.

—¿Qué ventaja?

Julian exhaló largamente.

—Sabemos cómo cortar el vínculo. Hemos estado haciendo como si no lo supiéramos, pero lo sabemos.

Emma se puso tensa.

—Porque ni siquiera podemos pensar en eso —repuso ella—. No es algo que podamos hacer, nunca.

—Pero existe —replicó Julian—. Eso lo sabemos.

Ella lo agarró de pronto por la pechera de la camisa. Lo sujetó con una fuerza increíble.

—Julian —dijo—, sería un pecado imperdonable emplear la magia a la que se refería la reina seelie, sea cual sea. No solo les haríamos daño a Jace y a Alec, a Clary y a Simon, sino también a toda la gente que no conocemos y que resultaría afectada, al destruir lo que es tan fundamental para ellos como lo es tu amor por mí y mi amor por ti...

—No son nosotros —soltó Julian—. Esto no solo tiene que ver contigo y conmigo, también tiene que ver con los niños. Con mi familia. Nuestra familia.

—Jules. —La consternación era patente en sus ojos—. Siempre he sabido que harías cualquier cosa por los niños. Siempre hemos dicho que los dos lo haríamos. Pero cuando hablábamos de «cualquier cosa» éramos conscientes de que había algunas cosas que no haríamos. Lo sabes, ¿no?

«Julian».

«Me das miedo».

—Sí, claro que lo sé —contestó él, y Emma se relajó un poco. Sus ojos estaban muy abiertos. Él deseaba besarla aún más que antes, en parte porque era Emma, y eso quería decir que era buena y sincera y considerada.

Irónico, en realidad.

—Solo es una amenaza —añadió él—. Una ventaja. No lo haríamos, pero Robert no tiene por qué saberlo.

Emma le soltó la camisa.

—Es una amenaza demasiado grande —replicó—. Destruir los *parabatai* destruiría toda la esencia de los nefilim.

—No vamos a destruir nada. —Le tomó el rostro entre las manos. Notó la suavidad de la piel de Emma en las palmas—. Vamos a solucionarlo todo. Vamos a

estar juntos. El exilio nos dará el tiempo que necesitamos para descubrir cómo acabar con el vínculo. Si no se puede hacer al modo de la reina seelie, se hará de otra manera. La maldición es como un monstruo pegado a nuestros talones. Eso nos da la posibilidad de respirar.

Ella le besó la palma.

—Pareces tan seguro...

—Lo estoy —repuso—. Emma, estoy totalmente seguro.

No pudo resistirlo más. La subió a su regazo. Ella se dejó caer contra él, con el rostro enterrado en su pecho. Recorrió con los dedos el cuello de la camiseta, justo donde la piel tocaba el algodón.

—¿Sabes por qué estoy tan seguro? —le susurró él, besándole la sien, la mejilla, que le sabía a sal—. Porque cuando nació este universo, cuando comenzó su existencia en medio del fuego y la gloria, todo lo que iba a existir fue creado. Nuestras almas están hechas de ese fuego y esa gloria, de sus átomos, de fragmentos de las estrellas. Así son las de todos, pero creo que las nuestras, la tuya y la mía, están hechas del polvo de la misma estrella. Por eso siempre nos hemos atraído como imanes, durante toda la vida. Todas nuestras partes deben estar juntas. —La agarró con más fuerza—. Tu nombre, Emma, significa «universo», ya lo sabes. ¿No demuestra eso que tengo razón?

Ella soltó una medio carcajada sollozante, alzó el rostro y lo besó con fuerza. Julian pegó un brinco, como si hubiera tocado un cable eléctrico. La mente se le quedó en blanco, solo capaz de sentir el sonido de la respiración de Emma en los oídos, la presión de su mano en el hombro y el sabor de su boca.

No pudo aguantar más. La sujetó mientras se ponía de lado, arrastrándola con él, de forma que quedaron atravesados sobre la cama. Le metió las manos bajo la camiseta, le acarició la cintura, con los pulgares resiguiendo los ángulos de la cadera. Seguían besándose. Julian se sintió en carne viva, como si lo hubieran desollado, con cada nervio sangrándole de deseo. Le lamió la dulzura de los labios y ella gimió.

Todo lo que hacía que eso estuviera prohibido era un error, pensó. Nadie tenía más derecho a estar juntos que Emma y él. Casi notó como si su conexión fuera abriendo un camino de fuego hasta sus Marcas de *parabatai*, uniéndolos más, amplificando cada una de las sensaciones. Cuando Emma se arqueó hacia él, Julian pensó que podría morir.

Y entonces ella se apartó, respirando hondo y entrecortadamente. Estaba temblando.

—Julian..., no podemos.

Se separaron. Fue como si le arrancaran un miembro. Hundió las manos en la manta, cerrándolas con fuerza hasta hacerse daño.

—Emma —dijo. Era todo lo que se sentía capaz de decir.

—Quiero hacerlo —respondió ella, apoyándose sobre un codo. Su cabello era una mata de enredos dorados. Su expresión era decidida—. Tienes que saber que sí

quiero. Pero aún somos *parabatai*, no podemos.

—Eso no hará que te ame más o de forma diferente —contestó él con voz ronca—. Te amo de todos modos. Te amo aunque nunca más volvamos a tocarnos.

—Lo sé. Pero es como tentar al destino. —Le acarició el rostro, el pecho—. El corazón te late tan rápido...

—Siempre lo hace cuando eres tú. —La besó, un beso que aceptaba que esa noche no volvería a haber más besos—. Solo tú. Nadie más que tú.

Era cierto. Nunca había deseado a nadie antes de Emma, y nunca a nadie desde entonces. Hubo veces, cuando era más pequeño, que eso lo había confundido: era un adolescente, se suponía que debía tener incipientes anhelos, deseos y ansias, ¿no? Pero nunca había deseado a nadie, nunca fantaseó o soñó o ansió.

Y luego, hubo un día en la playa en el que Emma estaba riendo a su lado y alzó las manos para quitarse el gorro de baño y el cabello le cayó sobre los dedos y la espalda como luz del sol líquida.

Todo su cuerpo reaccionó. Aún recordaba el punzante dolor como si algo letal le hubiera picado. Aquello le hizo entender por qué los griegos creían que el amor era una flecha que te atravesaba el cuerpo y dejaba un ardiente rastro de anhelo a su paso.

En francés, enamorarse de repente era un *coup de foudre*. El golpe del rayo. El fuego en las venas, el destructivo poder de mil millones de voltios. Julian no se había enamorado de repente; siempre había estado enamorado. Solo que se dio cuenta en aquel momento.

Y después de eso, el anhelo. Oh, cuánto anhelo. Y deseó volver a un tiempo en el que pensaba que le faltaba algo, porque el anhelo era como mil voces crueles que le susurraban que era un estúpido. Fue solo seis meses después de la ceremonia que los convirtió en *parabatai*, el mayor error que jamás había cometido y del todo irrevocable. Y después de eso, cada vez que veía a Emma era como si le clavara un cuchillo en el corazón, una herida cuyo dolor agradecía. Una hoja de la que él sujetaba el mango y que nada ni nadie podría haberle arrebatado.

—Duerme —dijo. La rodeó con los brazos y ella se acurrucó contra él y cerró los ojos. Su Emma, su universo, su espada.

—Ya lo ves —dijo Diana—. Es exactamente como pensábamos que sería.

Una luna de color plateado oscuro brillaba sobre el bosque de Brocelind mientras Jia Penhallow salía del círculo apestado de árboles cenicientos y hierba quemada. Al hacerlo, el cuchillo serafín que tenía en la mano destelló iluminándose, como si hubiera accionado un interruptor.

Volvió a entrar en el círculo. El cuchillo serafín se apagó de inmediato.

—Le he enviado fotos a Kieran —informó Diana, mirando el serio rostro de la Cónsul—. Han... Kieran ha dicho que es el mismo tipo de círculos apestados que ha visto en las tierras noseelie. —En realidad, la mayor parte de lo que Kieran había

visto recientemente en las tierras noseelie era el interior de una jaula.

Jia se estremeció.

—Es horrible estar dentro del círculo —señaló—. Parece como si el suelo estuviera hecho de hielo, y la desesperación cuelga en el propio aire.

—Esos círculos —continuó Diana— se hallan en los lugares que Helen y Aline dicen que se ven oscuros en su mapa, ¿no es así?

Jia no tuvo que mirarlo. Asintió.

—No he querido meter a mi hija en todo esto.

—Si ella y Helen pudieran estar presentes en la reunión del Consejo, podrían presentarse como candidatas para el Instituto.

Jia guardó silencio.

—Es lo que Helen más desea —insistió Diana—. Lo que ambas quieren. El mejor lugar en el que estar no siempre es el más seguro. Nadie está contento en una prisión.

Jia carraspeó.

—Para cuando el Consejo aceptara la petición, porque los Portales a la isla de Wragel están sometidos a estrictas regulaciones, la reunión ya habría acabado.

—Tú deja que yo me encargue —repuso Diana—. Lo cierto es que cuanto menos sepas, mejor.

Diana no podía creer que acabara de decirle a la Cónsul: «cuanto menos sepas, mejor». Segura de que no se le iba a ocurrir nada para salir del paso, se volvió y se alejó poco a poco del claro.

Dru soñó con túneles subterráneos con raíces que abultaban en las paredes como los nudillos de un gigante. Soñó con una sala de armas relucientes y un chico de ojos verdes.

Se despertó con la tenue luz del amanecer iluminando la repisa sobre la chimenea, donde una daga de caza dorada con rosas grabadas en la hoja clavaba una nota a la madera:

PARA DRUSILLA. GRACIAS POR TODA TU AYUDA. JAIME.

En algún momento de la noche, Kit se despertó con el *iratze* ardiéndole levemente en el brazo. La enfermería estaba iluminada por una luz amarilla cálida, y por la ventana podía ver los tejados de Londres, sólidos y victorianos bajo una luna menguante.

Y oyó música. Se dio la vuelta y vio que Ty estaba durmiendo en la cama de al lado, con los auriculares puestos, de los que llegaba el tenue sonido de una sinfonía.

Eso evocó en Kit un vago recuerdo: era muy pequeño, enfermo de gripe, febril, y alguien dormía junto a su cama. ¿Su padre? Debía de haber sido él. ¿Quién si no? Pero no estaba del todo seguro.

No. No iba a pensar en eso. Había sido una parte de su infancia; ahora era alguien que tenía amigos que dormían junto a su cama si estaba enfermo. Siempre lo agradecería.

La alta puerta doble del Santuario estaba hecha de hierro, y en ella había grabado un símbolo que Cristina conocía desde su nacimiento: las cuatro C entrelazadas de Clave, Consejo, Convenio y Cónsul.

La puerta se abrió silenciosamente al empujarla, dando paso a una gran sala. Irguió la espalda al entrar. Le recordaba el Santuario del Instituto de Ciudad de México. De niña había jugado allí alguna vez, disfrutando de la amplitud del espacio, el silencio, las frescas losetas. Todos los Institutos tenían un Santuario.

—¿Kieran? —susurró al entrar—. Kieran, ¿estás aquí?

El Santuario de Londres dejaba pequeños el de Ciudad de México y el de Los Ángeles en tamaño y grandiosidad. Como un enorme arcón del tesoro, toda su superficie parecía relucir. No había ventanas, para que los invitados vampiros estuvieran protegidos. La luz procedía de varias antorchas de luz mágica. En el centro de la sala había una fuente con un ángel de piedra. Los ojos eran huecos de los que manaba agua como si fueran lágrimas que se derramaban sobre la taza. En la base había unas palabras inscritas: «*A fonte puro pura defluit aqua*».

«De una fuente pura mana agua pura».

Tapices plateados colgaban de las paredes, aunque las imágenes se habían desdibujado con el tiempo. Entre dos grandes columnas, un círculo de sillas altas, de respaldo recto, estaban caídas de lado, como si alguien las hubiera tirado en un ataque de rabia. Había cojines por todo el suelo.

Kieran salió de detrás de la fuente sin hacer ruido. Alzaba la barbilla en un gesto desafiante, su pelo era del negro más negro que le había visto nunca Cristina. Incluso el resplandor de las antorchas de luz mágica parecía hundirse en él y desaparecer sin reflejarse.

—¿Cómo has abierto la puerta? —le preguntó Cristina, mirando por encima del hombro hacia las enormes cuñas de hierro. Cuando volvió a mirar a Kieran, este alzó las manos. Tenía marcas rojas de quemaduras por toda la palma, como si hubiera agarrado con fuerza atizadores al rojo vivo.

El hierro quema.

—¿Te complace? —gruñó Kieran. Jadeaba—. Aquí estoy, en vuestra prisión de hierro nefilim.

—Claro que no me complace. —Lo miró con el ceño fruncido. Oía una vocecita interior que le preguntaba por qué había ido a buscarlo. No había podido evitarlo; no dejaba de pensar en Kieran, solo y traicionado. Quizá fuera el vínculo entre ellos del que él le había hablado en su habitación. Pero por la cabeza le estuvieron rondando su presencia y su infelicidad como un susurro, hasta que decidió salir a buscarlo.

—¿Qué eres para Mark? —le preguntó.

—Kieran —repuso ella—. Sentémonos. Sentémonos y hablemos.

Él se la quedó mirando, alerta y tenso. Como un animal en los bosques, listo para escapar si ella se movía.

Cristina se sentó lentamente sobre los cojines tirados por el suelo. Dobló las piernas y se alisó la falda.

—Por favor —le pidió, extendiendo una mano para indicar un cojín frente a ella, como si lo estuviera invitando a tomar el té. Él se agachó, como un gato alerta, con los pelos de punta—. La respuesta es que no lo sé. No sé lo que soy para Mark, o él para mí.

—¿Y cómo puede ser eso? —preguntó Kieran—. Sentimos lo que sentimos. —Se miró las manos. Eran manos de hada, de largos dedos, marcadas por muchas pequeñas cicatrices—. En la Cacería era real. Nos amábamos. Dormíamos uno junto al otro, respirábamos el aliento del otro y nunca nos separábamos. Era real. Nunca fue falso. —Miró a Cristina desafiante.

—Nunca pensé que lo fuera. Siempre he sabido que era real —repuso ella—. Vi el modo en que Mark te miraba. —Se cogió las manos para que no le temblaran—. ¿Conoces a Diego?

—El estúpido muy apuesto —contestó Kieran.

—No es estúpido. Aunque eso no importa —añadió Cristina enseguida—. Yo lo amaba cuando era más joven, y él me amaba a mí. Hubo un tiempo en que estábamos siempre juntos, como Mark y tú. Después, él me traicionó.

—Mark me habló de ello. En Feéra lo hubiéramos matado por tal falta de respeto a una dama de tu rango.

Cristina no sabía muy bien cuál creía Kieran que era su rango.

—Bueno, el resultado fue que llegué a la conclusión de que lo que habíamos tenido nunca había sido cierto. Me dolía más pensar eso que pensar que simplemente dejó de amarme, porque yo lo dejé de amar así también. El tiempo se ocupó de cambiar lo que sentíamos. Pero eso es natural y pasa con frecuencia. Es mucho más doloroso pensar que tu amor siempre fue una mentira.

—¿Qué más debo creer? —preguntó Kieran—. Cuando Mark está dispuesto a mentirme por la Clave, desprecia...

—No lo ha hecho por la Clave —lo cortó Cristina—. ¿Has escuchado algo de lo que han dicho los Blackthorn? Esto es por su familia. Su hermana está exiliada porque es medio hada, todo esto es para poder traerla de vuelta.

La expresión de Kieran no revelaba nada. Cristina sabía que la familia, en abstracto, significaba poco para él; no se lo podía culpar por eso. Pero los Blackthorn, con toda su concreta realidad, el complicado, sincero y total amor de los unos hacia los otros..., ¿era capaz de verlo?

—¿Así que ya no crees que tu amor por el chico Rosales fue una mentira? —preguntó él.

—No fue una mentira —respondió ella—. Diego tiene sus razones para hacer lo que está haciendo ahora. Y cuando miro hacia atrás, lo hago con placer al pensar en la felicidad que compartimos. Lo malo no puede pesar más que lo bueno, Kieran.

—Mark me dijo que cuando fuisteis a Feéra, el puka que guarda la verja os prometió a cada uno que encontraríais allí algo que deseabais. ¿Qué deseabas tú?

—El puka me dijo que se me daría la oportunidad de acabar con la Paz Fría —contestó Cristina—. Por eso acepté cuando se decidió que cooperaríamos con la reina.

Kieran la miró, meneando la cabeza con suspicacia. Por un instante, ella pensó que la consideraba una estúpida, y se le cayó el corazón a los pies. Él le tocó el rostro. El tacto de sus dedos era como de plumas, como si la hubiera rozado con el cáliz de una flor.

—Cuando te juré lealtad en la corte de la reina —dijo él—, fue para molestar y hacer enfadar a Mark. Pero ahora creo que tomé la decisión más acertada que podría haber imaginado.

—Ya sabes que nunca te ligaré a ese juramento, Kieran.

—Sí. Y por eso digo que no eres en absoluto como pensé que serías —repuso él—. He estado viviendo en el pequeño mundo de la Cacería Salvaje y las Cortes de Feéra; sin embargo, tú me haces sentir que el mundo es más grande y lleno de posibilidades. —Dejó caer la mano—. Nunca he conocido a nadie con un corazón tan generoso.

Cristina sintió como si le ardiera la cara.

—Mark también es todas esas cosas —repuso—. Cuando Gwyn vino a decirnos que estabas en peligro en Feéra, Mark fue a buscarte inmediatamente sin pensar en las consecuencias.

—Es muy amable por tu parte decirme eso —afirmó él—. Siempre has sido amable.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre ha estado en tu mano arrebatarme a Mark, pero no lo has hecho.

—No —replicó Cristina—. Es como le dijiste a Adaon: no querrías el amor de Mark si no te lo diera por propia voluntad. Yo tampoco. No lo presionaría ni influiría en él. Si crees que lo haría, y que funcionaría si lo hiciera, entonces es que no me conoces en absoluto. Ni a Mark. No como es en realidad.

Kieran separó los labios. Pero no llegó a decir nada, porque las puertas del Santuario se abrieron de golpe y entró Mark.

Iba vestido todo de negro y parecía exhausto. El círculo rojo alrededor de su muñeca atrajo la mirada de Cristina; involuntariamente, se tocó su propia muñeca, la piel que iba sanando en el hechizo de unión.

—Te he seguido hasta aquí —le dijo a Cristina—. Aún queda lo suficiente del hechizo de unión para poder hacerlo. He pensado que estarías con Kieran.

Este guardó silencio. Parecía un príncipe hada de cuadro: remoto, inaccesible, distante.

—Mi señor Kieran —dijo Mark siguiendo las formalidades—. ¿Podemos hablar?

Era una hermosa imagen, ambos sentados sobre las piernas, el oscuro cabello de Cristina ocultándole la cara. Kieran, frente a ella, era un estudio de contrastes en blanco y negro. Mark se quedó en el umbral del Santuario durante un momento, solo contemplándolos, con el corazón como si se lo estuvieran estrujando dentro del pecho.

Era evidente que le iban los morenos, pensó.

En ese momento, oyó a Cristina decir su nombre y se dio cuenta de que los estaba escuchando sin que fueran conscientes de ello. Entrar en el Santuario era como entrar en un lugar frío y duro: estaba todo rodeado de hierro. Kieran también debía de haberlo sentido, aunque su expresión no mostraba ninguna señal de ello. No mostraba que sintiera nada en absoluto.

—Mi señor Kieran —dijo Mark—. ¿Podemos hablar?

Cristina se puso en pie.

—Debería irme.

—No es necesario. —Kieran se tumbó y se apoyó sobre los cojines caídos. Las hadas no mentían con las palabras, pero lo hacían con el rostro y la voz, los gestos de las manos. En ese momento, cualquiera que mirara a Kieran pensaría que lo único que sentía era aburrimiento y desagrado.

Pero no se había marchado. Seguía en el Instituto. Mark se aferraba a eso.

—Debo hacerlo —explicó Cristina—. Mark y yo no podemos estar cerca hasta que el hechizo de unión desaparezca del todo.

Sin embargo, Mark se aproximó a ella cuando fue hacia la puerta. Sus manos se rozaron. ¿Había pensado que era hermosa desde el momento en que la conoció? Recordaba haberse despertado con el sonido de su voz, verla sentada en el suelo de la habitación con una navaja abierta. Cómo agradeció que fuera alguien a quien no había conocido antes de la Cacería, alguien que no tenía ninguna expectativa sobre él.

Ella lo miró un instante y se marchó. Mark se quedó solo con Kieran.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó este—. ¿Por qué te rebajas a presentarte ante alguien a quien odias?

—Yo no te odio. Nada de eso ha sido porque te odiara o quisiera hacerte daño. Estaba enfadado contigo, claro que lo estaba. ¿No puedes entender por qué?

Kieran no miró a Mark a los ojos.

—Por eso a Emma no le gusto —dijo—. Ni a Julian.

—Iarlath los azotó a los dos. El castigo que le infligió a Emma hubiera matado a cualquier mundano.

—Lo recuerdo —repuso Kieran tristemente—, aunque parece todo muy distante.

—Tragó saliva—. Sabía que te estaba perdiendo. Tenía miedo. Y había más, también. Iarlath sugirió que no estarías seguro en el mundo de los cazadores de sombras. Que estaban tratando de atraerte de nuevo, para luego ejecutarte por cualquier crimen inventado. Fui un estúpido al creerlo. Ahora lo sé.

—Oh —exclamó Mark, que recibió esa nueva información con evidente alivio—. Creías que me estabas salvando la vida.

Kieran asintió.

—Pero no importa. Lo que hice estuvo mal.

—Tendrás que disculparte en persona con Emma y Julian —dijo Mark—. Pero por lo que a mí respecta, Kieran, te perdono. Regresaste cuando no tenías por qué hacerlo; nos ayudaste a salvar a Tavvy...

—Cuando busqué refugio aquí, estaba cegado de rabia —explicó Kieran—. Lo único en lo que podía pensar era en que me habías mentido. Pensaba que habías ido a la Corte a salvarme porque... —Se le quebró la voz—. Porque me amabas. No soporto pensar en mi propia estupidez.

—Y te amo —afirmó Mark—. Pero no es un amor fácil o tranquilo, Kier.

—No como lo que sientes por Cristina.

—No —repuso Mark—. No como lo que siento por Cristina.

Kieran hundió los hombros ligeramente.

—Me alegro de que lo admitas —dijo—. Ahora no podría soportar una mentira. Cuando me enamoré de ti, sabía que estaba amando a alguien que podía mentir. Me dije que no tenía importancia. Pero importa mucho más de lo que pensaba.

Mark cubrió la distancia entre ellos. No estaba muy seguro de que Kieran no fuera a apartarse de él, pero Kieran no se movió. Mark se acercó hasta que solo quedaron unos centímetros entre los dos, hasta que Kieran lo miró con sus grandes ojos, y entonces Mark se arrodilló, sintiendo el frío mármol bajo las rodillas.

Era un gesto que había visto antes, en la Cacería y en fiestas. Un hada arrodillándose ante otra. No sumisión, sino disculpa. «Perdóname». Kieran tenía los ojos como platos.

—Sí que importa —asintió Mark—. Desearía no poder mentir, para que pudieras creerme. Todos estos días no he contenido mi afecto hacia ti porque estuviera enfadado o asqueado. Te quería como te quise en la Cacería. Pero no podría estar contigo, tocarte, con todo ello ensombrecido por las mentiras. No habría sido sincero. No hubiera sentido que me estabas eligiendo realmente, porque para hacer una verdadera elección debemos tener auténtico conocimiento.

—Mark —susurró Kieran.

—No te amo como amo a Cristina. Te amo como te amo a ti —dijo, e inclinó la cabeza—. Desearía que pudieras ver mi corazón. Entonces lo entenderías.

Se oyó un roce. Kieran se había puesto de rodillas, a la misma altura que Mark.

—¿Me lo habrías dicho? —preguntó—. ¿Después de testificar?

—Sí. No habría podido soportarlo de no hacerlo.

Kieran entrecerró los ojos. Mark pudo ver medias lunas negras y plateadas bajo los párpados, bordeados de pestañas oscuras. El pelo se le había vuelto del color de la alpaca.

—Te creo. —Abrió los ojos y miró fijamente a Mark—. ¿Y sabes por qué confío en ti?

Mark negó con la cabeza. Oía el agua caer en la fuente tras ellos, recordándole los mil ríos sobre los que habían cabalgado juntos, los mil arroyos junto a los que habían dormido.

—Por Cristina —contestó Kieran—. No hubiera aceptado un plan deshonroso. Entiendo que estás intentando ayudar a tu familia, a tu hermana. Entiendo por qué estabas desesperado. Y creo que no me habrías engañado más tiempo del necesario. —De repente, su mirada pareció intemporal—. Testificaré —afirmó.

Mark se sobresaltó.

—Kieran, no tienes...

Kieran le cubrió la mejilla con la palma de la mano. Fue como una caricia.

—No lo hago por ti —explicó—. Esto será lo que haré por Emma y los demás. Así, esa deuda estará pagada. Entre tú y yo, las deudas ya están saldadas. —Se inclinó hacia adelante y rozó los labios de Mark con los suyos. Este quiso perseguir ese beso, su calor, su familiaridad. Notó que Kieran bajaba la mano hasta apoyársela en el pecho, sobre el dardo de elfo que le colgaba ahí, bajo la clavícula—. Entonces, habremos acabado.

—No —susurró Mark.

Pero Kieran ya estaba en pie; el calor de su mano había abandonado la piel de Mark. Sus ojos estaban oscuros; todo su cuerpo, tenso. Mark se puso en pie tras él con la intención de pedirle que le explicara lo que había querido decir con «acabado» pero, en ese instante, un horrible ruido cortó el aire.

Era un ruido que llegaba de fuera del Instituto, aunque no de muy lejos. No lo bastante lejos. Un recuerdo le pasó a Mark por la cabeza: ver desde lomos del caballo cómo un bosque quedaba destruido por los rayos. El fuego había destellado bajo él, los crujidos de las ramas y los troncos al partirse como gritos dentro de su cabeza.

Kieran aspiró con fuerza. Sus ojos estaban distantes, desenfocados.

—Han venido —dijo—. Están cerca.

El estruendo de un choque sacó a Emma del sueño y de los brazos de Julian. Un choque que no era exactamente eso; al principio pensó que había sonado como dos coches estrellándose el uno contra el otro en la autovía, el chirrido de los frenos y el estallido de los vidrios. Parecía provenir justo de fuera. Se levantó corriendo y cruzó la habitación hasta la ventana.

Había cinco de ellos en el patio. Destellaban de color bronce bajo la luz de la mañana, tanto los caballos como los jinetes. Los corceles parecían de metal, con los

ojos vendados con seda de bronce y los cascos pulidos hasta brillar. Las hadas que los montaban eran igual de relucientes y hermosas, sus armaduras no mostraban juntas visibles, lo que las hacía parecer de bronce líquido. Los rostros enmascarados, el pelo largo y metálico. De algún modo, allí, en pleno corazón de Londres, resultaban mucho más terroríficos que la primera vez que Emma los había visto.

Julian estaba despierto, sentado en el borde de la cama, y tendía la mano hacia el cinturón de armas que colgaba de la pared sobre la mesilla de noche.

—Han venido —dijo ella—. Son los Jinetes.

Todos menos Kit y Bridget corrieron hacia la biblioteca, como Magnus les había indicado. Él, Cristina, Ty y Livvy ya estaban allí cuando Emma entró corriendo con *Cortana* en la mano.

Julian iba unos pasos por detrás. Decidieron que era mejor que no pareciera que habían estado juntos.

Todos estaban ante las ventanas, de las que habían apartado las cortinas para tener una vista ininterrumpida del patio y de la parte delantera del Instituto. Magnus estaba apoyado contra el vidrio, con el brazo extendido y la palma sobre el cristal, con una expresión sombría. Tenía profundas ojeras y se lo veía preocupantemente demacrado y exhausto.

Mark y Kieran entraron mientras Emma envainaba la espada a la espalda y corría a la ventana. Julian se puso junto a ella y miró a través del cristal.

Los cinco Jinetes no se habían movido del patio. Seguían en el mismo sitio, como estatuas. Los caballos no tenían riendas ni bocados, nada con lo que sujetarlos. Los Jinetes permanecían con las espadas desenvainadas, colocadas por delante como una fila de dientes relucientes.

Kieran se adelantó a Mark y fue hacia la ventana. Mark lo siguió pasado un momento. Se quedaron alineados, los cazadores de sombras, el brujo y el príncipe hada, mirando torvamente hacia el patio. Kieran estaba en silencio y con mal aspecto, el cabello casi blanco, del color del hueso.

—No pueden entrar en el Instituto —dijo Ty.

—No —repuso Magnus—. Las salvaguardas los mantienen fuera.

—De todas formas, deberíamos marcharnos en cuanto podamos —propuso Kieran—. No me fío de los Jinetes. Se les ocurrirá alguna manera de entrar.

—Tenemos que contactar con Alacante —opinó Livvy—. Que abran su lado del Portal para que podamos entrar allí.

—No podemos hacerlo sin revelar que los Jinetes están aquí y por qué —replicó Julian—. Pero... aún podemos usar un Portal para marcharnos, aunque no vayamos directamente a Idris. —Miró a Magnus de reojo.

—La cosa es que no puedo abrir mi parte del Portal ahora mismo —dijo Magnus. Hablaba con cierto esfuerzo—. Necesitamos resistir unas cuantas horas. He agotado

mi energía; no contaba con tener que sanar a Kit o enviar a Alec y a los niños.

Se hizo un feo silencio. A ninguno de ellos se le había ocurrido pensar que había cosas que Magnus no podía hacer. Que tenía debilidades, como cualquier otra persona.

—Hay un Portal en la cripta —informó Ty—. Pero solo da al Instituto de Cornwall.

Nadie le preguntó cómo sabía eso.

—Pero el Instituto está abandonado —señaló Julian—. Es muy probable que las protecciones sean más fuertes aquí.

—Solo estaríamos cambiando un Instituto por otro —dijo Magnus—. Aún seguiríamos atrapados en el interior y con una posición más débil. Y creedme, no les costará seguirnos. Nunca ha habido mejores cazadores que los Jinetes de Mannan.

—¿Y Catarina Loss? —preguntó Livvy—. Ella nos sacó del Instituto de Los Ángeles.

Magnus aspiró entrecortadamente.

—Las mismas salvaguardas que mantienen fuera a los Jinetes impiden a cualquiera que forme un Portal desde el exterior.

—¿Y la reina seelie? —sugirió Emma—. ¿Estaría dispuesta a ayudarnos a luchar contra los Jinetes?

—La reina no está de nuestro lado —respondió Julian—. Solo está de su propio lado.

Hubo un largo silencio, que al final rompió Magnus.

—Tengo que reconocéroslo —dijo—. Nunca pensé que alguien pudiera superar a Jace y a Clary tomando decisiones locas y autodestructivas, pero se lo estáis poniendo difícil.

—Yo no he tenido nada que ver con esto —señaló Kieran muy tieso.

—Creo que encontrarás que muchas malas decisiones te han traído hasta aquí, amigo mío —replicó Magnus—. Muy bien, hay unas cuantas cosas que puedo hacer para recuperar mi energía. Vosotros, todos vosotros, esperad aquí. Y no hagáis ninguna estupidez.

Salió de la biblioteca a grandes zancadas de sus piernas cubiertas de negro, maldiciendo por lo bajo.

—Cada vez se parece más a Gandalf —bromeó Emma mientras lo contemplaba marchar—. Quiero decir, una versión joven y sexy de Gandalf, pero sigo esperando que en cualquier momento comience a mesarse una larga barba blanca y a mascullar oscuros conjuros.

—Por lo menos, está dispuesto a ayudarnos —dijo Julian. Su mirada se aguzó. Un Jinete cruzaba la verja, el sexto jinete, un poco menos corpulento, con una larga cabellera de bronce.

«Ethna», pensó Emma. La hermana.

Luego sus pensamientos se disolvieron bajo el impacto de la impresión. Una

pequeña figura se hallaba montada ante ella sobre el caballo de bronce. Una niña humana, con el cabello negro y corto. La mujer hada la tenía cogida por una mano y la niña colgaba inerte, pero parpadeaba, con el rostro crispado en una mueca de terror. No tendría más de cuatro años. Llevaba unos leotardos con un alegre estampado de abejas y unas zapatillas rosa brillante.

En la otra mano, Ethna sujetaba una daga, con la punta contra la nuca de la niña.

Julian se había quedado rígido como si fuera de mármol, con el rostro blanco. Alrededor de Emma se alzaron voces, pero solo oyó ruido. No podía distinguir lo que decían. Estaba mirando a la niña, y en su cabeza veía a Dru, a Tavvy, incluso a Livvy y a Ty. Todos habían sido tan pequeños, tan indefensos...

Y Ethna era fuerte. Lo único que tenía que hacer era mover la daga hacia adelante y le separaría a la niña la cabeza del cuello.

—Apartaos de las ventanas —ordenó Julian—. Todos, apartaos de las ventanas. Si creen que no estamos mirando es menos probable que le hagan daño a la niña.

Tenía la mano en el brazo de Emma. Ella retrocedió con los otros. Oyó protestar a Mark. Deberían bajar, decía este. Luchar contra los Jinetes.

—No podemos —repuso Julian angustiado—. Nos machacarían.

—Yo ya he matado a uno —dijo Emma—. O...

—Pero los pillamos desprevenidos. —La voz de Julian le llegaba parcialmente distorsionada por la impresión—. No se lo esperaban, no creían que fuera posible. Esta vez estarán preparados...

—Tiene razón —intervino Kieran—. A veces, el corazón más cruel dice la mayor verdad.

—¿Qué quieres decir? —Mark estaba sonrojado. Se cogía la muñeca con la mano izquierda. Emma se dio cuenta, como algo distante, de que la marca del hechizo de unión le había desaparecido de la piel, y de la de Cristina también.

—Los hijos de Mannan jamás han sido derrotados —contestó Kieran—. Emma es la primera que ha matado a uno. Han cogido a la niña para obligarnos a salir, porque saben que nos tendrán en su poder si lo hacemos.

—La matarán —exclamó Emma—. Es solo un bebé.

—Emma... —Julian fue a cogerla. Ella pudo leerle el rostro: Julian haría cualquier cosa por su familia. No había nada ni nadie a quien no sacrificaría por su familia.

Por eso tenía que ser ella.

Salió corriendo. Oyó a Julian gritar su nombre, pero ya había salido por la puerta de la biblioteca; la cerró de un portazo tras de sí y corrió por el pasillo. Ya iba con el traje de combate, ya tenía a *Cortana*. Bajó disparada por la escalera, derrapó por el vestíbulo y salió como una exhalación por la puerta principal del Instituto.

Vio la mancha de color bronce que eran los Jinetes antes de darse la vuelta, cerrar la puerta y sacar la estela del bolsillo. Dibujó una rápida runa de cierre atravesándola justo cuando oía los apagados golpes de cuerpos contra el otro lado, voces gritándole

que no fuera tan temeraria, que abriera la puerta, que la abriera para ellos, Emma...
Se guardó la estela en el bolsillo, alzó a *Cortana* y descendió los escalones.

—¡Es ella! —gritó Ethna con una voz salvaje y profunda. Se acercó más la niña que tenía cogida y alzó la daga que asía con la mano—. Esa es la asesina que mató a Fal.

—Fue peleando —replicó Emma—. Él me hubiera matado a mí. —Miró a los otros Jinetes. Estaban en fila ante ella, una línea de sombrías estatuas—. Creía que unos guerreros sabrían la diferencia.

—Deberías morir como tus padres —dijo otro de los Jinetes con los dientes apretados—. Torturada y rajada con cuchillos, como lo fueron ellos.

Emma sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho. Su temor por la niña seguía ahí, pero la ira comenzaba a mezclarse con él.

—Suelta a la niña —ordenó—. Dejadla marchar y podréis luchar contra mí. Vengaos conmigo, que es lo que queréis.

Oía golpes contra la puerta a su espalda. No tardarían en abrirla; no se hacía ninguna ilusión de que la runa de cierre durara para siempre. Sus runas tenían un poder sorprendente, últimamente, debido a Julian, pero este podría igualarlas.

Emma alzó a *Cortana* y el sol de la mañana se deslizó por la hoja como mantequilla derretida.

—Yo maté a vuestro hermano con esta espada —declaró—. ¿Queréis venganza? Dejad que se vaya la niña y lucharé contra vosotros. Si la retenéis aunque sea un solo momento más, volveré a entrar en el Instituto. —Fue pasando la mirada de uno a otro. Pensó en sus padres, en sus cadáveres, desnudos y abandonados en la playa para que las gaviotas los picotearan—. Expoliamos el cadáver de Fal —mintió—. Le arrancamos la armadura, rompimos su arma, lo dejamos para las ratas y los cuervos...

Ethna lanzó un agudo chillido y soltó a la niña. Esta cayó al suelo (Emma ahogó un grito), pero se pudo poner en pie y salió corriendo, entre sollozos, hacia la calle. Miró una sola vez hacia atrás, con la boca abierta en su rostro surcado de lágrimas, mientras corría hacia la verja y desaparecía.

Emma se sintió aliviada: la niña estaba a salvo.

Y entonces Ethna cargó; los cascos de su caballo no hacían ningún ruido sobre los adoquines del patio. Era como una lanza cortando el aire, silenciosa y letal. Emma dobló las rodillas y saltó, empleando la altura de los escalones y la fuerza del impulso para dar poder al arco de su espada.

Las hojas chocaron a medio camino. El golpe le sacudió todos los huesos. Ethna echó hacia atrás el brazo preparando otro golpe; Emma aterrizó agachada y lanzó la espada hacia arriba, pero la mujer hada ya había saltado del lomo del caballo. Se

hallaba de pie, riendo; los otros Jinetes también habían desmontado. Los caballos se desvanecieron, como si los hubiera absorbido el aire, y los hijos de Mannan cargaron contra Emma, con las espadas en alto.

Ella se alzó y describió con *Cortana* un amplio arco sobre su cabeza, apartando cada una de las espadas de los Jinetes. A Emma le hizo pensar en una mano sobre las teclas de un piano, pulsando cada una por turno.

Se volvió en redondo y Ethna estaba tras ella. Blandía dos espadas cortas de reluciente bronce e hizo un tajo a Emma primero con una u luego con la otra. Ella saltó hacia atrás justo a tiempo. Estaba segura de que de no haber llevado el traje de combate estaría muerta, con las entrañas desparramadas sobre los adoquines. Notó el corte abierto en la chaqueta, e incluso en el frío de la batalla, sintió el punzante calor del miedo bajarle por la columna.

Eso era imposible. Nadie podía enfrentarse solo contra seis Jinetes. Había sido una locura intentarlo, pero entonces pensó en los pies de la niña metidos en sus zapatillas rosa, y ya no lo lamentó. Ni siquiera cuando se volvió y vio a tres Jinetes que le cerraban el paso para regresar al Instituto.

La puerta del Instituto había dejado de sacudirse.

«Bien», pensó. Los otros debían quedarse dentro, a salvo; era lo más prudente, lo más inteligente.

—Tus amigos te han abandonado —se burló uno de los Jinetes que le cerraban el paso. Su cabello de bronce era corto y rizado, lo que le daba el aspecto de un kuros griego. Era encantador. Emma lo odió a muerte—. Ríndete ahora y te daremos una muerte rápida.

—Me podría dar a mí misma una muerte rápida si esa fuese mi voluntad —replicó Emma, con la espada estirada al máximo para contener a las tres hadas—. Pero no lo es.

Ethna la miraba furiosa. Los otros Jinetes (reconoció a Airmed) susurraban entre ellos, y pilló las últimas palabras de una frase.

—... es la espada, como te dije.

—Pero las runas no pueden dañarnos —repuso Airmed—. Ni los cuchillos serafines.

Emma fue a por Ethna. La mujer hada giró sobre sí misma moviendo las espadas en un tajo rápido como un latigazo.

La cazadora de sombras saltó. Era un movimiento que había practicado una y otra vez con Julian en la sala de entrenamiento, empleando una barra que iban alzando un poco más cada día. Las hojas le pasaron por debajo de los pies, y se imaginó a Julian, con los brazos en alto para cogerla.

«Julian». Aterrizó detrás de Ethna, giró y lanzó una estocada hacia la espalda de la mujer.

O lo intentó. Ethna se volvió en el último momento y la espada le cortó la armadura de bronce y le rasgó el costado. La Jinete gritó y se tambaleó hacia atrás;

Emma tiró de *Cortana* para soltarla, y la sangre de la hoja salpicó los adoquines.

Emma alzó la espada.

—Esta es *Cortana* —jadeó. El pecho le bajaba y le subía rápidamente—. Del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*. No hay nada que *Cortana* no pueda cortar.

—Una hoja de Wayland *el Herrero* —exclamó el de los rizos de bronce y, para sorpresa de Emma, había temor en su voz.

—Silencio, Karn —lo instó uno de los otros—. Sigue siendo solo una espada. Mátala.

El hermoso rostro de Karn se contrajo. Alzó su arma, una gran hacha de guerra, y fue a por Emma. Esta levantó a *Cortana*...

Y la puerta del Instituto se abrió de golpe, vomitando cazadores de sombras.

Julian. Emma lo vio primero, una mancha de traje de combate, espada y pelo oscuro. Luego Mark, Cristina, Kieran, Ty, Livvy y Kit, que debía de haber llegado desde la enfermería, porque parecía haberse puesto el traje de combate sobre el pijama. Al menos llevaba botas.

Hicieron retroceder a los Jinetes de los escalones; primero Julian y Mark, con las espadas destellándoles en la mano. Emma vio que ninguno llevaba cuchillos serafines; solo habían cogido armas de hojas sencillas, sin runas, usadas para matar subterráneos. Incluso Kieran llevaba una espada cuyo pomo y empuñadura eran de oro y plata en vez de acero.

Uno de los Jinetes soltó un rugido de ira al ver a Kieran.

—¡Traidor!

Este le hizo una pequeña reverencia.

—Eochaid —dijo, saludándolo—. Y Etarlam. —Le guiñó un ojo al sexto Jinete, que puso cara de asco—. Me alegro de veros.

Eochaid fue a por él. Kieran se medio agachó y blandió la espada con una ligereza y una habilidad que sorprendieron a Emma.

El choque de sus espadas pareció señalar el inicio de una batalla más grande. Julian y Mark habían obligado a los Jinetes a retroceder hasta el pie de los escalones en su primera aparición. A continuación los siguieron los otros, acosándolos con sus armas. Mark, con una espada recta de doble filo, fue a por Delan; los mellizos, a por Airmed, mientras Cristina, que parecía más que furiosa, se enfrentó a Etarlam.

Julian comenzó a moverse en medio de la batalla, dando tajos a ambos lados y abriéndose paso hacia Emma. De repente abrió mucho los ojos. «¡Detrás de ti!».

Emma se volvió en redondo. Era Ethna, con el rostro distorsionado en una mueca de odio. Movía las espadas como unas tijeras. Emma alzó a *Cortana* justo a tiempo y las dos espadas de la Jinete se cerraron sobre ella con una fuerza salvaje.

Y quedaron hechas añicos.

La mujer ahogó un grito de sorpresa. Un segundo después empezó a retroceder, moviendo las manos en el aire. Julian saltó tras ella, pero otra arma ya tomaba forma

entre las manos de Ethna, esta con una hoja curva como un *shamshir* persa.

La espada de Julian se estrelló contra la de ella. Emma notó la colisión de las dos hojas. La atravesó como si fuera un rayo. De repente, todo estaba ocurriendo muy rápido: Julian esquivaba la espada con agilidad, pero el filo lo rozó en lo alto del brazo. Emma notó el dolor del corte, el dolor de su *parabatai*, igual que había sentido el choque de su espada con la de Ethna. Se lanzó hacia ellos, pero Eochaid se puso ante ella y la punta de su espada voló hacia su rostro, una mancha de plata cortando el aire.

La espada se fue de lado. Eochaid lanzó un aullido brutal de furor y se volvió, apartándose de ella para atacar salvajemente a quien había aparecido detrás de él y cuya espada se le había clavado en el hombro. La sangre manchó la armadura de bronce de Eochaid.

Era Kieran. Su pelo era una masa de mechones negros y blancos pegados por la sangre sobre las sienes. Su ropa estaba manchada de rojo y tenía el labio partido. Miró a Emma jadeando.

Eochaid saltó hacia él y comenzaron a luchar salvajemente. El mundo parecía un estruendo de hojas entrechocando. Emma oyó un grito y vio a Cristina peleando para llegar hasta Kit, al que Delan había hecho caer al suelo. Los Jinetes habían subido de nuevo la escalera para cortar la entrada al Instituto. Julian estaba conteniendo a Ethna; los mellizos combatían espalda contra espalda, tratando de abrirse paso por la escalera junto a Mark.

Emma fue avanzando a ciegas hacia Kit, con frío en el corazón. Los Jinetes eran demasiado fieros, demasiado fuertes. No se cansaban.

Delan se hallaba sobre Kit, con su arma alzada en el aire. El muchacho se arrastraba hacia atrás apoyándose en los codos. Una espada destelló ante Emma, la desvió con *Cortana* y oyó maldecir a alguien. Delan miraba fijamente a Kit, como si su rostro contuviera un misterio.

—¿Quién eres tú, muchacho? —preguntó el Jinete, con la espada aún en alto.

Kit se limpió la sangre de la cara. Había una daga cerca de él sobre los adoquines, justo fuera del alcance de su mano.

—Christopher Herondale —contestó Kit con un arrogante destello en los ojos. Emma pensó que por fin era un cazador de sombras de pies a cabeza; nunca rogaría por su vida.

Delan soltó un bufido.

—*Qui omnia nomini debes* —exclamó, y comenzó a bajar la espada. En ese momento Emma se agachó y rodó bajo la hoja. Alzó a *Cortana* con un destello y le cercenó la muñeca al Jinete.

El guerrero hada gritó, un resonante aullido de rabia y dolor. El aire estaba cargado de una neblina de sangre. La mano de Delan cayó al suelo, aún sujetando la espada; un segundo después, Kit ya estaba en pie y agarraba el arma con ojos ardientes. Emma estaba a su lado, y juntos empezaron a hacer retroceder a Delan, su

sangre pintando los adoquines del patio mientras iba hacia atrás.

Pero Delan sonreía.

—Matadme si creéis que podéis —dijo con un bufido de desprecio—. Pero mirad a vuestro alrededor. Ya habéis perdido.

Kit había alzado la espada y apuntaba directamente al cuello de Delan.

—Tú miras —dijo tranquilo—. Yo te atravieso.

Emma volvió la cabeza con rapidez. Airmed había arrinconado a Ty y a Livvy contra una pared. Ethna tenía su arma contra el cuello de Julian. Cristina había caído de rodillas ante Etarlam. Mark la miraba horrorizado pero no podía moverse: Eochaid tenía la espada contra su espalda, justo donde podía cortarle la columna. Karn se hallaba en lo alto de la escalera, con la espada desenvainada y una gran sonrisa en su rostro hermoso y cruel.

Emma tragó saliva. Kit maldijo para sí. Karn habló y los dientes le destellaron.

—Dadnos el *Libro Negro* —dijo—. Os dejaremos ir.

Kieran se hallaba paralizado, pasando la mirada de Mark a Cristina.

—¡No lo escuchéis! —gritó—. Los Jinetes tiene una magia salvaje... Pueden mentir.

—No tenemos el libro —respondió Julian con calma—. Nunca lo hemos tenido. Nada ha cambiado.

Parecía tranquilo, pero Emma podía ver bajo la superficie, detrás de sus ojos. Podía oír el ruido de su desbocado corazón. La estaba mirando a ella, a Mark, a Ty y a Livvy, y estaba mortalmente aterrado.

—Nos pides algo que no podemos hacer —continuó Julian—. Pero quizá podamos llegar a un acuerdo. Podemos juraros que os traeremos el libro cuando lo encontremos...

—¡Vuestros juramentos no significan nada! —rugió Ethna—. Matémoslos ahora y enviemos un mensaje a la reina diciéndole que no se consentirán sus trucos.

Karn rio.

—Sabias palabras, hermana —dijo—. Preparad las armas...

Emma apretó la empuñadura de *Cortana*. Su mente era un torbellino. No podía matarlos a todos, no podía impedir lo que iban a hacer, pero por el Ángel que se llevaría a algunos con ella...

La verja del patio se abrió de golpe. No estaba cerrada, pero se abrió del todo con tanta fuerza que las hojas volaron hacia los lados y golpearon las paredes de piedra del patio, repiqueteando como cadenas oxidadas.

Más allá de la verja había niebla, espesa e incongruente en un día tan soleado. El violento retablo del patio permaneció inmóvil, detenido por la sorpresa, la niebla se aclaró y una mujer entró en la escena.

Era delgada y de media altura; su cabello, de un castaño profundo, le llegaba hasta la cintura. Llevaba una túnica rota sobre una falda larga que no se le ajustaba bien y un par de botas bajas. La piel desnuda de los brazos y hombros proclamaban

que era una cazadora de sombras, con las cicatrices de los nefilim. La runa de la videncia decoraba su mano derecha.

No llevaba armas. En vez de eso, apretaba un libro contra sí: un viejo volumen, encuadernado en cuero, maltrecho y gastado. Un papel doblado sobresalía de entre dos páginas, como una marca puesta en el libro. Alzó la cabeza y observó fijamente la escena del patio. Su expresión no mostró ninguna sorpresa, como si no se hubiera esperado otra cosa.

A Emma, el corazón comenzó a latirle con fuerza. Había visto antes a esa mujer, aunque fue durante una noche oscura en Cornwall. La conocía.

—Soy Annabel Blackthorn. —La mujer habló en un tono neutro, con un ligero acento—. El *Libro Negro* es mío.

Eochaid soltó una maldición. Tenía un cruel rostro de afilados huesos, como un águila.

—Nos habéis mentido —les gruñó a Emma y al resto—. Nos habíais dicho que no teníais ni idea de dónde se hallaba el libro.

—Y así era —repuso Annabel, aún con la misma compostura—. Malcolm Fade lo tenía, y yo lo cogí de su cadáver. Pero es mío y siempre ha sido mío. Pertenece a la biblioteca de la casa en la que crecí. El libro siempre ha sido propiedad de los Blackthorn.

—De todas formas —dijo Ethna, que miraba a Annabel con el dudoso respeto que se debía a los no muertos—, nos darás eso o te enfrentarás a la cólera del rey noseelie.

—El rey noseelie —murmuró Annabel. Su rostro adquirió una placidez que le heló la sangre a Emma: sin duda nadie podía estar tan tranquilo en esa situación, al menos nadie que estuviera en su sano juicio, ¿no?—. Saludadlo de mi parte. Decidle que sé su nombre.

Delan palideció.

—¿Su qué? —El verdadero nombre de un hada daba poder sobre ella a cualquiera que lo supiera. Emma no podía ni imaginarse lo que supondría para el rey que se revelara su nombre.

—Su nombre —repitió Annabel—. Malcolm estuvo muy cerca de él durante muchos años. Conoció el nombre de vuestro monarca. Yo también lo sé. Si no os marcháis ahora y regresáis junto al rey con mi mensaje, se lo diré a todos los del Consejo. Se lo diré a todo subterráneo. El rey no es amado. Comprobará que los resultados son de lo más desagradables.

—Miente —exclamó Airmed, con los ojos de halcón aún entrecerrados.

—Entonces, arriégate con tu rey —repuso Annabel—. Deja que se entere de que fuisteis vosotros los responsables de que se revelara su nombre.

—Sería mucho más fácil silenciarte a ti —la amenazó Etarlam.

Annabel no se movió mientras este avanzaba hacia ella a grandes pasos, como dispuesto a abofetearla. Levantó la mano y ella lo cogió por la muñeca con tanta

suavidad como una debutante sujetando el brazo de su compañero de baile durante el primer vals.

Y lo lanzó por los aires. Etlam voló por todo el patio y se estrelló contra una pared con un estruendo metálico de su armadura. Emma ahogó un grito.

—¡Etlam! —gritó Ethna. Se encaminó hacia su hermano, alejándose de Jules, y se quedó parada. La espada curvada se le escapó de la mano. Fue a cogerla, pero flotaba por encima de su cabeza. Se oyeron los gritos de los otros Jinetes: las espadas volaron de sus manos y se alzaron por encima de sus cabezas. Ethna miró furiosa a Annabel—. ¡Idiota!

—Eso no lo ha hecho ella —dijo una voz cansina desde la puerta. Era Magnus, que se apoyaba pesadamente sobre el hombro de Dru. Esta parecía estar sosteniéndolo a medias. Chispas azules saltaban de los dedos de la mano libre del mago—. Magnus Bane, Brujo Supremo de Brooklyn, a vuestro servicio.

Los Jinetes se miraron. Emma sabía que podían hacer nuevas armas con facilidad, pero ¿de qué les serviría si Magnus se las volvía a arrebatar de las manos? Entrecerraron los ojos y apretaron los labios con impotencia.

—Esto no ha acabado —dijo Karn, y miró directamente a Emma a través del patio. «Esto no ha acabado entre nosotros».

Luego desapareció, y los otros Jinetes lo siguieron. Estaban allí y al instante siguiente habían desaparecido como estrellas fugaces. Las espadas cayeron al suelo con el fuerte estrépito del metal sobre la piedra.

—Eh —exclamó Kit—. Espadas gratis.

Magnus dejó escapar un gruñido y medio cayó hacia atrás. Dru lo sujetó, mirándolo preocupada.

—Entrad ya. Todos.

Se prepararon para obedecer. Los sanos ayudando a los que estaban heridos, aunque ninguna herida era grave. Emma encontró a Julian sin tener que buscarlo; sus sentidos de *parabatai* le zumbaban con suavidad, el conocimiento interior de su cuerpo de que había recibido un corte y que necesitaba curarse. Le pasó el brazo alrededor con tanto cuidado como pudo y él hizo una mueca de dolor. Sus ojos se encontraron y Emma supo que Julian también sentía la herida de ella, el corte en lo alto del hombro.

Quería rodearlo con los brazos, limpiarle la sangre del rostro, besarle los ojos cerrados. Pero sabía lo que parecería. Controlarse le dolió más que la propia herida.

Julian le apretó las manos y se apartó sin ganas.

—Tengo que ir con Annabel —dijo en voz baja.

Emma se sobresaltó. Casi se había olvidado de Annabel, pero esta seguía allí, en el centro del patio, con el *Libro Negro* apretado contra el pecho. Los otros estaban alrededor de ella, inseguros. Después de todo el tiempo que habían pasado buscándola, era evidente que nadie se había imaginado que sería la propia Annabel la que iría a buscarlos a ellos.

Incluso Julian se detuvo antes de acercarse, vacilante, como si estuviera decidiendo cómo romper el silencio. Cerca de él, Ty se hallaba entre Livvy y Kit, todos mirando a Annabel como si fuera una aparición y no se hallara realmente allí.

—Annabel. —Era Magnus. Había bajado la escalera cojeando. Ya solo apoyaba una mano sobre el hombro de Dru, aunque tenía negras ojeras de agotamiento bajo los ojos. Parecía triste, con ese tipo de tristeza insondable que partía de un tiempo, de una vida, que Emma no podía ni imaginarse—. Oh, Annabel. ¿Por qué has venido?

Annabel cogió el papel doblado que sobresalía del *Libro Negro*.

—He recibido una carta —contestó, en una voz tan baja que era casi inaudible—. De Tiberius Blackthorn.

Solo Kit no pareció sorprenderse. Le puso la mano en el brazo a Ty, que seguía con los ojos clavados en el suelo.

—Había algo en ella —continuó Annabel—. Pensaba que el mundo se había vuelto en mi contra, pero al leer la carta, imaginé que había una posibilidad de que no fuera así. —Alzó la barbilla, ese gesto característico y desafiante de los Blackthorn que siempre le rompía el corazón a Emma—. He venido a hablar con Julian Blackthorn sobre el *Libro Negro de los Muertos*.

—Hay una persona no muerta en nuestra biblioteca —dijo Livvy. Estaba sentada en una de las largas camas de la enfermería. Todos se habían reunido allí, todos menos Magnus, que se había encerrado en la biblioteca con Annabel. Los demás se hallaban en diferentes momentos de dibujarse runas, vendarse y limpiarse. Había un pequeño montón de trapos ensangrentados aumentando sobre la mesa.

Ty se hallaba en la misma cama que Livvy, con la espalda contra el cabezal. Emma se fijó en que, como siempre después de una batalla, se había apartado un poco, como si necesitara tiempo para recuperarse de todo el ruido y el impacto que aquello le producía. Estaba retorciendo algo entre los dedos con gestos rítmicos y regulares, aunque Emma no pudo ver qué era.

—No es nuestra biblioteca —explicó Ty—. Es de Evelyn.

—Aun así, resulta raro —repuso Livvy. Ni ella ni Ty habían sido heridos en la lucha, pero Kit sí, y ella estaba acabando de dibujarle un *iratze* en la espalda—. Hecho —dijo palmeándole el hombro, y Kit se bajó la camiseta con una mueca de dolor.

—No es una no muerta. No exactamente —comentó Julian. Emma le había puesto un *iratze*, pero parte de ella cogió miedo a dibujarle runas, y lo dejó ahí y acabó vendándole la herida. Julian tenía un largo corte en el brazo, e incluso después de volver a ponerse la camisa, el vendaje era visible a través de la tela—. No es ni un zombi ni un fantasma.

Uno de los vasos de agua que había sobre una mesita cayó al suelo haciéndose añicos.

—A Jessamine no le ha gustado ese comentario —dijo Kit.

Cristina rio. Ella tampoco había resultado herida, pero se estaba ocupando del colgante que llevaba al cuello mientras miraba cómo Mark atendía las heridas de Kieran. Los Cazadores sanaban rápido, y Emma lo sabía, pero, al parecer, también se amorataban con facilidad. Un mapa morado y azul se extendía por la espalda y los hombros de Kieran, y una de las mejillas se le estaba oscureciendo. Con un trapo húmedo, Mark le estaba limpiando la sangre con cuidado.

La flecha de elfo relucía alrededor del cuello de Mark. Emma no sabía exactamente qué pasaba entre Mark, Kieran y Cristina, y esta había sido sorprendentemente reacia a explicarse, pero sí sabía que Kieran conocía la verdad sobre su relación con Mark. Aun así, Kieran no le había quitado la flecha, y eso ya era algo.

Con un pequeño sobresalto, se dio cuenta de que esperaba que las cosas funcionaran entre ellos. No creyó que pensar eso fuera desleal para con Cristina. Pero ya no estaba enfadada con Kieran. Sin duda, en aquella ocasión cometió un error, pero lo había compensado con creces desde entonces.

—¿Dónde estaba Jessamine antes? —preguntó Julian—. ¿No se supone que debe proteger el Instituto?

Otro vaso roto.

—Dice que no puede salir del Instituto. Solo puede proteger lo de dentro. —Kit permaneció mudo un instante—. No sé si debería repetir el resto de lo que ha dicho. —Pasado un momento, sonrió—. Gracias, Jessamine.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Livvy, recogiendo la estela.

—Que soy un auténtico Herondale —contestó Kit, y frunció el ceño al recordar—. ¿Qué me ha dicho ese tipo de metal cuando le he dicho mi nombre? ¿Era el lenguaje de las hadas?

—Curiosamente, era latín —respondió Julian—. Un insulto. Algo que Marco Antonio le dijo una vez a César Augusto: «Tú, muchacho, que lo debes todo a un nombre». Le estaba diciendo que nunca habría sido nada si no hubiera sido un César.

Kit pareció molesto.

—Solo hace tres semanas que soy un Herondale —señaló—. Y no estoy seguro de qué he ganado con ello.

—No prestes demasiada atención a lo que dicen las hadas —le advirtió Kieran—. Harán lo que puedan para irritarte.

—¿Eso te incluye a ti? —preguntó Cristina sonriendo.

—Por supuesto —respondió Kieran, y también sonrió, aunque levemente.

La suya podía ser la amistad más rara que nunca había visto, pensó Emma.

—Hemos cambiado de tema —indicó Livvy—. Annabel Blackthorn está en nuestra biblioteca. Eso es muy raro, ¿no? ¿Alguien más piensa que es raro?

—¿Por qué es más raro que los vampiros? —preguntó Ty—. ¿O que los licántropos?

—Bueno, es lógico que tú pienses eso —repuso Kit—. Tú fuiste quien le dijo que viniera.

—Sí, por cierto, hablando de eso... —comenzó Julian—. ¿Hay alguna razón en concreto por la que no nos hayas dicho a nadie...?

La puerta de la enfermería se abrió y salvó a Ty del sermón fraterno. Era Magnus. A Emma no le gustó su aspecto: estaba pálido y serio, con los ojos ensombrecidos y los movimientos rígidos, como si estuviera magullado. Su boca era una línea fina.

—Julian —dijo—. Si puedes venir conmigo...

—¿Para qué? —preguntó Emma.

—He estado intentando hablar con Annabel —contestó Magnus—. He pensado que quizá estuviera dispuesta a hablar con alguien que no fuera cazador de sombras si tenía la oportunidad, pero es obstinada. Ha estado muy correcta, pero dice que solo hablará con Julian.

—¿Se acuerda de ti? —le preguntó Julian mientras se ponía en pie.

—Me recuerda —respondió Magnus—. Pero como amigo de Malcolm. Y últimamente no es una gran fan suya.

«Desagradecida», recordó Emma que había dicho Kieran. Pero este permaneció en silencio, abotonándose la camisa rota y con los amoratados ojos mirando al suelo.

—¿Por qué no quiere hablar con Ty? —inquirió Livvy—. Él le envió el mensaje.

Magnus se encogió de hombros, como diciendo: «No sabría decírtelo».

—Muy bien, vuelvo enseguida —convino Julian—. Nos iremos a Idris lo antes posible, así que coged lo que necesitéis llevaros.

—La reunión del Consejo es esta tarde —les recordó Magnus—. En unas horas tendré la fuerza suficiente para abrir un Portal. Esta noche dormiremos en Alacante.

Parecía aliviado de poder decir eso. Julian y él salieron al pasillo. Emma tenía intención de quedarse con los otros, pero no pudo; corrió detrás de ellos antes de que cerraran la puerta.

—Jules —lo llamó. Él ya había comenzado a caminar por el pasillo con Magnus. Al oírla, ambos se volvieron.

No lo podía hacer en la enfermería, pero en ese momento solo estaba Magnus, y él ya lo sabía. Se acercó a Julian y lo abrazó.

—Ten cuidado —pidió—. Nos envió a una trampa en aquella iglesia. Esto también podría ser una trampa.

—Yo estaré allí mismo, al otro lado de la puerta —indicó Magnus desanimado—. Preparado para intervenir. Pero Julian, bajo ninguna circunstancia trates de cogerle el *Libro Negro*, aunque no lo sujete. Está ligado a ella por una magia muy poderosa.

Julian asintió y Magnus desapareció por el corredor, dejándolos solos. Durante un largo momento se abrazaron en silencio, dejando que la ansiedad se disipara: su temor por el otro durante la batalla, su miedo por los niños, su preocupación por lo que iba a suceder en Alacante. Emma notó a Julian cálido y sólido entre sus brazos, con sus manos trazándole una línea tranquilizadora por la espalda. Olía a clavo, como

siempre, y también a antiséptico y vendas. Notó que le apartaba la cabeza con la barbilla mientras movía los dedos rápidamente sobre su espalda.

N-O-T-E-P-R-E-O-C-U-P-E-S.

—Claro que me preocupo —repuso Emma—. Ya has visto lo que le ha hecho a Etarlam. ¿Crees que podrás convencerla de que te dé el libro?

—No lo sé —contestó Julian—. Lo sabré cuando hable con ella.

—A Annabel le han mentido demasiado —explicó Emma—. No le prometas nada que no podamos cumplir.

La besó en la frente. Movi6 los labios sobre su piel, hablando tan bajo que nadie que no lo conociera tan bien como Emma podría haberlo entendido.

—Haré —dijo— lo que tenga que hacer.

Emma supo que lo decía completamente en serio. No había nada más que hablar. Con una mirada de preocupación, observó cómo iba hacia la biblioteca.

Kit estaba en su habitación guardando sus escasas pertenencias cuando Livvy abrió la puerta y entró. Se había vestido para el viaje a Idris con una larga falda negra y una camisa blanca de cuello redondo. Llevaba el pelo suelto, cayéndole por la espalda.

Livvy miró a Ty, sentado en la cama de Kit. Habían estado hablando de Idris y de lo que Ty recordaba de la ciudad.

—Es como ningún otro sitio —le estaba contando a Kit—, pero cuando llegas allí, te da la sensación de que ya has estado antes.

—Ty-Ty —dijo Livvy—. Bridget dice que puedes coger uno de los libros antiguos de Sherlock Holmes de la biblioteca y quedártelo.

A Ty se le iluminó el rostro.

—¿Cuál?

—El que prefieras. Tú eliges. Pero date prisa; Magnus ha dicho que nos marcharemos en cuanto podamos.

Ty corrió hacia la puerta. Entonces pareció acordarse de Kit y se volvió hacia él.

—Hablaremos más tarde —señaló, y se lanzó a toda velocidad por el pasillo.

—¡Solo un libro! ¡Uno! —le gritó Livvy riendo—. ¡Au! —Se llevó las manos a la nuca como buscando algo e hizo una mueca de incomodidad—. Me he enredado el colgante con el pelo...

Kit se acercó para soltarle la fina cadena de oro. Un relicario colgaba de ella sobre el hueco del cuello. De cerca, Livvy olía a flores de azahar.

Sus rostros estaban muy próximos, y la clara curva de su boca se hallaba cerca de la de él. Sus labios eran rosa claro. Kit se sintió confuso.

Pero fue Livvy la que negó con la cabeza.

—No deberíamos, Kit. No más besos. Quiero decir, solo lo hicimos una vez, de todas formas. Pero no creo que sea así como debería ser.

El colgante se soltó. Kit apartó las manos rápidamente, todavía confuso.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Hice algo mal?

—Ni un poco. —Lo miró durante un momento con sus ojos sabios y pensativos. Había una suave felicidad en Livvy que atraía a Kit, pero no de un modo romántico. Ella tenía razón, y él lo sabía—. Todo es fantástico. Ty dice que cree que deberíamos ser *parabatai* cuando todo esto se aclare. —Le brillaba el rostro—. Espero que vengas a la ceremonia. Y siempre serás mi amigo, ¿vale?

—Claro —repuso él, y solo después se paró a pensar que había dicho «mi amigo» y no «nuestro amigo», de Ty y de ella. En ese momento fue un alivio que no se sintiera herido o molesto por su decisión. En vez de eso sentía la agradable expectativa de pasar por la reunión del Consejo y volver a casa, a Los Ángeles, donde podría comenzar su entrenamiento y dejar que los mellizos lo ayudaran con las partes más duras—. Siempre amigos.

Julian sintió un retortijón de aprensión en el estómago al entrar en la biblioteca. Parte de él esperaba que Annabel hubiera desaparecido, o que estuviera vagando entre las pilas de libros como una fantasma en una película de terror. Una vez había visto una en la que el fantasma de una chica salía de un pozo, su pálido rostro oculto tras una masa de oscuro cabello mojado. El recuerdo aún lo estremecía.

La biblioteca estaba bien iluminada por sus hileras de lámparas de estudio. Annabel se hallaba sentada a la mesa más larga, con el *Libro Negro* ante ella y las manos cogidas sobre el regazo. Su cabello era negro y largo y le tapaba a medias la cara, pero no lo tenía mojado ni había nada evidentemente inquietante en ella. Parecía... normal.

—Fue un buen truco el que nos hiciste —dijo él—, con la nota en la iglesia. Y el demonio.

—No esperaba que quemarais la iglesia. —El marcado acento volvía a estar en su voz, y su extraña forma de hablar ya muy anticuada—. De verdad me sorprendisteis.

—Y tú me has sorprendido a mí viniendo aquí —reconoció Julian—. Y diciendo que solo hablarás conmigo. Pensaba que ni siquiera te caía bien.

—He acudido debido a esto. —Sacó el papel doblado del libro y se lo tendió. Tenía unos dedos largos, con los nudillos extrañamente deformados. Se dio cuenta de que estaba viendo la prueba de que le habían roto los dedos, más de una vez, y que los huesos se le habían soldado de una forma extraña. Los rastros visibles de la tortura. Se sintió enfermo mientras cogía la carta y la abría.

Para Annabel Blackthorn

Annabel:

Puede que no me conozcas, pero somos parientes. Me llamo Tiberius Blackthorn.

Mi familia y yo estamos buscando el *Libro Negro de los Muertos*. Sabemos que lo tienes tú, porque mi hermano Julian te vio cogérselo a Malcolm Fade.

No te estoy culpando. Malcolm Fade no es nuestro amigo. Intentó hacer daño a nuestra familia, destruirnos, si podía. Es un monstruo. Pero la cosa es que necesitamos el libro ya. Lo necesitamos para poder salvar a nuestra familia. Somos una buena familia. Te gustaría si nos conocieras. Estoy

yo, que voy a ser detective. Está Livvy, mi melliza, que sabe esgrima, y Drusilla, a la que le gusta todo lo que da miedo. Luego está Mark, que es en parte hada. Es un gran cocinero. Está Helen, que fue exiliada a vigilar las salvaguardas, pero no porque hiciera nada malo. Y Emma, que no es estrictamente una Blackthorn, pero es como nuestra hermana extra.

Y está Jules. Quizá sea el que te guste más. Es el que nos cuida a todos. Es la razón por la que estamos bien y aún juntos. No creo que él sepa que lo sabemos, pero así es. A veces puede decirnos qué tenemos que hacer o no escucharnos, pero haría cualquier cosa por nosotros. La gente dice que es una pena que no tengamos padres. Pero yo creo que lo que es una pena es que ellos no tengan un hermano como el mío.

Julian tuvo que detenerse ahí. La presión en sus ojos había crecido hasta alcanzar una intensidad destructora. Quería apoyar la cabeza en la mesa y dejar que le brotaran las lágrimas, nada masculinas y nada dignas; por el chico que había sido, asustado y aterrado y con solo doce años, cuidando de sus hermanos y hermanas pequeños y pensando: «Ahora son míos».

Para ellos, por su fe en él, por saber que su amor sería incondicional, que no necesitaba que le dijeran que también lo querían porque era evidente que así era. Ty pensaba eso de él y era muy posible que creyera que era evidente. Pero él nunca lo había imaginado.

Se obligó a permanecer en silencio, a no mostrar nada en el rostro. Dejó la carta sobre la mesa para que el temblor de la mano fuera menos visible. Solo quedaba un poco más:

No creas que te estoy pidiendo que nos hagas un favor sin nada a cambio. Jules puede ayudarte. Puede ayudar a todo el mundo.

No debes querer estar siempre huyendo y escondiéndote. Sé lo que te pasó, lo que la Clave y el Consejo te hicieron. Las cosas son diferentes ahora. Deja que te lo expliquemos. Deja que te mostremos que no tienes por qué estar exiliada o sola. No tienes que darnos el libro. Solo queremos ayudar.

Estamos en el Instituto de Londres. Cuando quieras venir, serás bienvenida.
Sinceramente,

TIBERIUS NERÓN BLACKTHORN

—¿Cómo es que sabe lo que me pasó? —Annabel no parecía enfadada, solo curiosa—. Lo que el Inquisidor y los otros me hicieron.

Julian se puso en pie y fue al otro lado de la estancia, donde el cristal *aletheia* reposaba sobre una estantería. Lo cogió y se lo llevó a Annabel.

—Ty encontró esto en Blackthorn Hall —respondió—. Son los recuerdos de alguien de tu... juicio... en la Sala del Consejo.

Annabel se aproximó el cristal a los ojos. Julian nunca había visto la expresión de alguien mirando en un cristal *aletheia*. Annabel estaba pasmada, moviendo los ojos de un lado al otro mientras observaba la escena que transcurría ante ella. Las mejillas se le enrojecieron, los labios le temblaban. La mano comenzó a sacudírsele de forma incontrolable, y lanzó el cristal lejos de ella. Este golpeó la mesa dejando una marca

en la madera pero sin romperse.

—¡Oh, Dios! ¿Es que no hay clemencia? —exclamó con voz vacía—. ¿Nunca habrá ni clemencia ni olvido?

—No mientras esto siga siendo una injusticia. —A Julian le latía el corazón con fuerza, pero sabía que no mostraba ninguna señal externa de agitación—. Siempre habrá dolor mientras no te hayan compensado por lo que te hicieron.

Ella alzó los ojos, mirándolo.

—¿Qué quieres decir?

—Ven conmigo a Idris —respondió Julian—. Testifica ante el Consejo. Y procuraré que se haga justicia.

Annabel palideció y osciló ligeramente. Julian se alzó un poco de su silla. Fue a cogerla y se detuvo; quizá no quisiera que la tocaran.

Parte de él no quería tocarla. La había visto cuando era un esqueleto sujeto por una frágil telaraña de tendones y piel amarillenta. En ese momento parecía real, sólida y viva, pero Julian no podía evitar tener la sensación de que su mano pasaría a través de la piel y solo encontraría huesos deshechos por debajo.

Apartó la mano.

—No puedes ofrecerme justicia —dijo ella—. No puedes ofrecerme nada de lo que quiero.

Julian sintió frío, pero no podía negar la excitación que chispeaba por su interior. De repente, vislumbró el plan ante él, la estrategia, y la excitación superó incluso el frío del filo de la navaja por el que caminaba.

—Nunca le he dicho a nadie que estabas en Cornwall —explicó—. Incluso después de lo de la iglesia. Mantuve tu secreto. Puedes confiar en mí.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Por eso lo había hecho, pensó Julian. Se guardó esa información como una posible ventaja, incluso sin saber con seguridad si llegaría un momento en que podría usarla. La voz de Emma le resonó en la cabeza: «Julian, me asustas un poco».

—Quería mostrarte algo —continuó Julian, y sacó del bolsillo de la chaqueta un papel enrollado. Se lo pasó a Annabel por encima de la mesa.

Era un dibujo que había hecho de Emma en Chapel Cliff, con el mar rompiendo a sus pies. Se sintió satisfecho con el modo en que consiguió capturar la expresión melancólica del rostro, el mar espeso como la pintura bajo ella, el débil sol gris dorado sobre su pelo.

—Emma Carstairs, mi *parabatai* —le explicó Julian.

Annabel alzó unos ojos serios.

—Malcolm hablaba de ella. Decía que era obstinada. Hablaba de todos vosotros. Malcolm os tenía miedo.

Julian se quedó parado.

—¿Por qué?

—Decía lo que Tiberius ha escrito. Decía que harías cualquier cosa por tu familia.

«Tienes un corazón cruel».

Julian dejó a un lado las palabras que Kieran le había dicho. No podía distraerse. Esto era demasiado importante.

—¿Qué más puedes decir por lo que ves en el dibujo? —preguntó.

—Que la amas —contestó Annabel—. Con toda tu alma.

No había nada suspicaz en su mirada; se suponía que los *parabatai* tenían que amarse. Julian podía ver el precio, la solución. El testimonio de Kieran era solo una pieza del puzle. Los ayudaría. Pero la Cohorte podría objeciones a cualquier alianza con las hadas. Annabel era la clave para destruir la Cohorte y lograr la seguridad de los Blackthorn. Julian podía imaginarse a su familia a salvo, a Aline y a Helen de regreso. Lo veía ante él como una brillante ciudad sobre una colina. Fue hacia ese objetivo, sin pensar en nada más.

—He visto tus bocetos y pinturas —dijo—. Podría decirte por ellos lo que te gusta.

—¿Malcolm? —repuso ella con las cejas en lo alto—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Malcolm no. Blackthorn Manor. La de Idris. Donde viviste cuando eras pequeña. Todos tus dibujos de ella están vivos. Como si la pudieras ver en tu cabeza. Tocarla con la mano. Estar allí en tu corazón.

Annabel dejó el dibujo sobre la mesa. Permaneció en silencio.

—Podrías recuperarla —continuó Julian—. La mansión, y todo eso. Sé por qué huiste. Suponías que si la Clave te atrapaba, te castigaría, volvería a hacerte daño. Pero puedo prometerte que no será así. No son perfectos, les queda mucho para ser perfectos, pero esta es la nueva Clave y el nuevo Consejo. Hay subterráneos que se sientan en nuestro Consejo.

Annabel lo miró expectante.

—Magnus me lo ha dicho, pero no le he creído.

—Es cierto. El matrimonio entre subterráneos y cazadores de sombras ya no es ilegal. Si te presentamos ante la Clave, no solo no te harán daño, sino que además te aceptarán. Volverás a ser cazadora de sombras. Podrías vivir en Blackthorn Manor. Te lo daré. Será tuyo.

—¿Por qué? —Se puso en pie y comenzó a ir de un lado para otro—. ¿Por qué harías eso por mí? ¿Por el libro? Porque no te lo daré.

—Porque necesito que te presentes ante el Consejo y digas que tú mataste a Malcolm —le contestó él. Annabel había dejado el *Libro Negro* sobre la mesa, frente a él. Seguía moviéndose, sin mirarlo. Recordando la advertencia de Magnus: «bajo ninguna circunstancia trates de cogerle el *Libro Negro*, aunque no lo sujete», Julian lo abrió con cuidado y miró una página llena de apretada escritura ilegible. Una idea se le estaba formando en la cabeza, como el nacimiento de una flor. Metió la mano en el bolsillo.

—¿Que yo maté a Malcolm? —Se volvió para mirarlo. Él tenía el móvil en la

mano, pero sospechó que eso no significaba nada para ella; probablemente habría visto mundanos paseándose con móviles, pero nunca se le habría ocurrido que tuvieran una cámara. De hecho, una cámara tampoco significaría nada para ella.

—Sí —afirmó él—. Créeme, te considerarán una heroína.

Ella comenzó a caminar de nuevo. A Julian le dolían los hombros. La posición en la que estaba, con ambas manos ocupadas e inclinado hacia adelante, era muy incómoda. Pero si su plan funcionaba, ese dolor habría valido mucho la pena.

—Hay alguien que está mintiendo —explicó él—. Se está adjudicando el mérito por la muerte de Malcolm. Lo está haciendo para conseguir el control de un Instituto, nuestro Instituto. —Respiró hondo—. Se llama Zara Dearborn.

El nombre fue como una descarga eléctrica para ella, como Julian había sospechado.

—Dearborn —susurró ella.

—El Inquisidor que te torturó —dijo Julian—. Sus descendientes no son mucho mejores. Y estarán allí ahora, con sus carteles avergonzando a los subterráneos, avergonzando a los que se enfrentan a la Clave. Portarán una horrible oscuridad sobre nosotros. Pero tú puedes demostrar que mienten. Desacreditarlos.

—Sin duda tú podrías contar la verdad...

—No sin revelar cómo la sé. Te vi matar a Malcolm en el cristal mágico de la reina seelie. Te explico todo esto porque estoy desesperado. Si oíste hablar a Malcolm de la Paz Fría, ya debes de saber que el contacto con las hadas está prohibido. Lo que hice sería considerado traición. Yo estaría dispuesto a recibir un castigo por ello, pero...

—Tus hermanos y hermanas no lo soportarían —acabó la frase ella. Se volvió hacia él justo cuando se apartaba del libro. ¿Sus ojos se parecían más a los de Livvy o a los de Dru? Eran verde azulado e insondables—. Veo que las cosas no han cambiado tanto. La Ley sigue siendo dura, pero es la Ley.

Julian percibía el odio en su voz, y supo que la había convencido.

—Pero la Ley puede ser sorteada. —Se inclinó sobre la mesa—. Los podemos burlar. Y avergonzarlos. Obligarlos a enfrentarse a sus mentiras. Los Dearborn pagarán. Todos estarán allí, la Cónsul, el Inquisidor, todos los que han heredado el poder del que abusaron cuando te torturaron.

Los ojos de Annabel brillaron.

—¿Harás que lo reconozcan? ¿Lo que hicieron?

—Sí.

—¿Y a cambio?

—Tu testimonio —afirmó él—. Eso es todo.

—Quieres que vaya a Idris contigo. Que me presente ante la Clave, el Consejo y el Inquisidor. ¿Igual que ya hice en otra ocasión?

Julian asintió.

—Y si me llaman «loca», si declaran que estoy mintiendo o bajo la influencia de

Malcolm, ¿me defenderás? ¿En mi cordura insistirás?

—Magnus estará contigo en todo momento —contestó Julian—. Él puede estar junto a ti en el estrado. Puede protegerte. Es el representante de los brujos en el Consejo, y ya sabes lo poderoso que es. Puedes confiar en él aunque no confíes en mí.

No era una auténtica respuesta a su pregunta, pero ella la aceptó. Julian estaba seguro de que así sería.

—Confío en ti —afirmó ella maravillada. Se acercó y cogió el *Libro Negro*, apretándolo contra su pecho—. Por la carta de tu hermano. Era sincero. Nunca había pensado que hubiera un Blackthorn sincero. Pero pude oír la verdad de lo mucho que te quiere. Debes de ser merecedor de tal amor y tal confianza para haberlos inspirado en alguien tan sincero. —Le clavó la mirada—. Sé cuál es tu deseo, tu necesidad. Sin embargo, ahora que me he presentado ante ti, no me lo has demandado ni una sola vez. Eso debería contar. Aunque fallaste mi prueba, ahora te entiendo. Te comportaste así por tu familia. —Julian la vio tragar, los músculos moviéndosele en el delgado y maltrecho cuello—. ¿Juras que si el *Libro Negro* te es dado, lo mantendrás oculto del Señor de las Sombras? ¿Lo emplearás tan solo para ayudar a tu familia?

—Lo juro por el Ángel —respondió Julian. Sabía lo poderoso que era un juramento por el Ángel, y Annabel también debía de saberlo. Pero, después de todo, él solo estaba diciendo la verdad.

El corazón le latía con rápidos y poderosos martillazos. Lo cegaba la luz de lo que podía imaginarse, de lo que la reina haría por ellos si le daban el *Libro Negro*: «Helen, Helen regresará, y Aline, y la Paz Fría acabará. Y la reina sabe. Sabe...».

Se obligó a reprimir esa idea. Oía la voz de Emma, un susurro en el fondo de su mente. Una advertencia. Pero Emma era buena de corazón: honesta, directa, una mentirosa terriblemente mala. No entendía la brutalidad de la necesidad. Todo lo que llegaría a hacer por su familia. Su profundidad y amplitud no tenía final. Era total.

—Muy bien —repuso Annabel. Su voz era fuerte, decidida: podía oír los inquebrantables acantilados de Cornwall en su acento—. Iré contigo a la Ciudad de Cristal y hablaré ante el Consejo. Y si mi verdad es reconocida, el *Libro Negro* será tuyo.

El sol brillaba en Alacante.

La primera vez que Emma había estado en Idris era invierno, frío como la muerte, y también había muerte por todas partes; sus padres acababan de ser asesinados y la Guerra Oscura había destrozado la ciudad. No habían podido quemar lo suficientemente rápido los cadáveres de los cazadores de sombras muertos en las calles y habían apilado sus cuerpos en el Salón como juguetes infantiles abandonados.

—¿Te acuerdas, Emma...? —Julian iba de un lado al otro por el largo pasillo del Gard, flanqueado de puertas, cada una de ellas una oficina diferente de un oficial diferente. Entre ellas, había ventanas que dejaban entrar la brillante luz de finales del verano y tapices que representaban momentos importantes de la historia de los cazadores de sombras. La mayoría tenía pequeños carteles tejidos en la parte superior describiendo cuál era el tema: LA BATALLA DEL BUND, LA ÚLTIMA CARGA DE VALENTINE, EL COMBATE DE PARÍS, EL ALZAMIENTO.

Sí que se acordaba. Habían estado en ese mismo lugar cinco años atrás, escuchando a Lucian Graymark y a Jia Penhallow discutiendo sobre el exilio de Mark y Helen, antes de que Emma hubiera abierto la puerta para gritarles. Era una de las pocas veces que había visto a Julian perder el control. Aún tenía grabada la voz de Julian en la cabeza: «¡Prometiste que la Clave nunca abandonaría a Mark mientras viviera! ¡Lo prometiste!».

—Como si pudiera olvidarlo —repuso ella—. Aquí es donde le dijimos a la Cónsul que queríamos ser *parabatai*.

Julian le tocó la mano con la suya. Solo fue un ligero roce de los dedos; ambos eran conscientes de que alguien podía aparecer en el pasillo en cualquier momento.

Llegar hasta Alacante no había sido fácil. Magnus había conseguido abrir el Portal, aunque parecía haberlo vaciado totalmente de energía de un modo que asustó a Emma. Cuando logró que el habitual torbellino de luces se formara, ya estaba de rodillas, y tuvo que apoyarse en Mark y en Julian para levantarse.

Aun así, había dejado de lado toda preocupación y les insistió que necesitaban atravesar el Portal enseguida. Idris tenía salvaguardas, y usar los Portales era un asunto complicado, ya que alguien debía esperar al otro lado para recibir a los recién llegados. Aún era más complejo esta vez porque Kieran los acompañaba, y aunque Jia había bajado las protecciones antihada del Gard de forma temporal, el espacio de tiempo que tenían para viajar era muy limitado.

Y para complicar aún más las cosas, el Portal había aterrorizado a Annabel.

Era la primera vez que veía uno, y a pesar de todo por lo que había pasado, a pesar de toda la horrible magia que vio conjurar a Malcolm, la visión del caótico torbellino al otro lado del arco de entrada, hizo que se echara a gritar.

Al final, después de que todos los cazadores de sombras hubieran pasado, ella lo hizo con Magnus, apretando el *Libro Negro* entre las manos y enterrando el rostro en el hombro del brujo.

Y todo esto para ser recibida por una multitud de miembros del Consejo y la propia Cónsul. Jia palideció al ver a Annabel.

—¿Es realmente ella? —había preguntado atónita.

Magnus fijó la mirada en sus ojos durante un momento.

—Sí —respondió con firmeza—. Lo es. Es ella.

Hubo un revuelo de preguntas. Emma no podía culpar a los miembros del Consejo. Julian ya tuvo que aguantar un montón de ellas cuando apareció en la biblioteca y les dijo a unos impacientes Emma y Magnus que Annabel iba con ellos a Idris.

Mientras les explicaba su plan a grandes rasgos, Emma vio la expresión en el rostro de Magnus. El brujo estaba mirando a Julian con una mezcla de asombro, respeto y algo que podía parecerse al horror.

Pero seguramente solo fue por la sorpresa. Después de todo, Magnus se mostró bastante optimista y de inmediato se dispuso a enviarle un mensaje de fuego a Jia y hacerle saber lo que podían esperar de todo aquello.

Emma se había llevado a Julian a un lado mientras las chispas azules saltaban de las manos de Magnus.

—¿Y qué hay del libro? —le susurró—. ¿Qué hay de la reina?

A Julian le brillaron los ojos.

—Si esto funciona, Annabel nos dará el *Libro Negro* —le contestó él también en un susurro mientras miraba la puerta de la biblioteca, como si Annabel, al otro lado, fuera la respuesta a todas sus plegarias—. Y si no, tengo otro plan.

Emma no tuvo la oportunidad de preguntarle por ese otro plan. Annabel salía en aquel momento de la biblioteca, temerosa y tímida. Parecía incluso más asustada ahora, cuando todo el jaleo fue creciendo a su alrededor. Kieran recibió parte del fuego al avanzarse y anunciarse como el delegado de la reina seelie, enviado para hablar en nombre de la corte seelie ante el Consejo de los cazadores de sombras. Lo habían estado esperando, pero aun así hubo otro revuelo de excitada charla.

—Volved a subir las salvaguardas —ordenó la Cónsul, inclinando la cabeza hacia Kieran. Su expresión era cortés, pero el mensaje resultaba evidente: aunque Kieran estaba allí para ayudarlos, la Clave iba a seguir tratando a todas las hadas de pura sangre con extremo recelo.

Mark y Cristina se colocaron junto a Kieran de un modo protector mientras Magnus hablaba en voz baja con la Cónsul. Pasado un momento, ella asintió e hizo

un gesto hacia Emma y Julian.

—Si queréis hablar con Robert, adelante —dijo—, pero no tardéis demasiado. La reunión empieza pronto.

Emma no se sorprendió, mientras Julian y ella se dirigían hacia los despachos del Gard, de ver que Livvy, Ty, Kit y Dru habían flanqueado a Annabel para protegerla. Sobre todo Ty, con la barbilla en alto y los puños cerrados. Emma se preguntó si se sentiría responsable de Annabel porque había sido su carta la que la había llevado hasta ellos, o si tenía algún tipo de afinidad con aquellos que se salían de los estándares de «normalidad» de la Clave.

Se abrió una puerta.

—Podéis pasar ahora —anunció un guardia. Era Manuel Villalobos, enfundado en su uniforme de centurión. Ocultó rápidamente su sobresalto al verlos con una sonrisa de medio lado—. Un placer inesperado —exclamó.

—No estamos aquí para verte a ti —replicó Julian—. Aunque me alegra saber que ahora te dedicas a abrirle la puerta al Inquisidor. ¿Está aquí?

—Déjalos pasar, centurión —dijo Robert, que era todo lo que Emma necesitaba para empujar a Manuel y echar a andar. Julian la siguió.

El corto pasillo acababa en el despacho del Inquisidor. Este se hallaba sentado ante su escritorio, con un aspecto muy similar al que tenía la última vez que Emma lo había visto en el Instituto de Los Ángeles. Un hombre grande que solo comenzaba a mostrar las señales de la edad: los hombros un poco encorvados, espesas canas entre el oscuro cabello... Robert Lightwood era una figura imponente detrás de su enorme escritorio de caoba.

Aparte del escritorio y un par de sillas, la estancia contenía muy pocos muebles. Había una chimenea sin encender, sobre cuya repisa colgaba un tapiz de la misma serie que los del pasillo exterior. En este ponía LA BATALLA DEL BURREN. Figuras en rojo chocaban contra otras en negro: los oscurecidos contra los cazadores de sombras, y por encima del combate, un arquero moreno se alzaba sobre un peñasco con el arco tenso a punto de disparar. Para cualquiera que lo conociera, era evidente que se trataba de Alec Lightwood.

Emma se preguntó qué le pasaría por la cabeza a Robert Lightwood cuando se sentaba todos los días en su oficina y miraba el retrato de su hijo, un héroe de una batalla ya famosa. Orgullo, naturalmente, pero debía de haber también algo de asombro, de que él hubiera creado a esa persona, a esas personas, en realidad, porque Isabelle Lightwood no se quedaba atrás en el apartado de heroicidades, que se habían vuelto tan feroces y tan maravillosas por derecho propio.

Algún día Julian sentiría ese orgullo, pensó, de Livvy y Ty, y de Tavvy y de Dru. Pero sus padres nunca tendrían la oportunidad de sentirlo. Ella nunca había tenido la oportunidad de hacer que se enorgullecieran. Notó la conocida sensación de amargura y resentimiento apretándole el corazón.

Robert les hizo un gesto para que se sentaran.

—He oído que queréis hablar conmigo —dijo—. Espero que no pretenda ser algún tipo de distracción.

—¿Distracción de qué? —preguntó Emma, mientras se acomodaba en el incómodo sillón orejero.

—De lo que tengáis entre manos. —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Y de qué se trata?

Emma sintió como si el corazón se le diera la vuelta. ¿Era eso una buena idea o sería algo desastroso? Parecía como si todo en su interior se hubiera estado protegiendo de ese momento, de la idea de que Julian y ella tendrían que poner sus sentimientos bajo los pies de la Clave para que los pisotearan.

Miró a Julian mientras este se inclinaba hacia adelante y comenzaba a explicarse. Parecía totalmente tranquilo mientras hablaba de la amistad de infancia entre Emma y él, de su afecto mutuo, de su decisión de ser *parabatai*, precipitada por la Guerra Oscura y la muerte de sus padres. Lo hizo sonar como una decisión razonable, que no fue culpa de nadie; ¿quién podría culpar a ninguno de ellos? Con la Guerra Oscura habían perdido mucho. A nadie se lo podía culpar por haber pasado por alto algunos detalles; por confundir sus sentimientos.

Robert Lightwood cada vez abría más los ojos. Escuchó en silencio mientras Julian hablaba de los crecientes sentimientos entre los dos. Cómo ambos se habían dado cuenta por separado y lucharon en silencio, se confesaron sus emociones y al final decidieron buscar la asistencia del Inquisidor e incluso el ejercicio de la Ley.

—Sabemos que hemos desobedecido la Ley —concluyó Julian—, pero no ha sido de forma intencionada o bajo nuestro control. Lo único que queremos es tu ayuda.

Robert Lightwood se puso en pie. Emma pudo ver las torres de cristal a través de la ventana, reluciendo como banderas ardientes. Casi no podía creerse que esa misma mañana hubieran estado luchando contra los Jinetes en el patio del Instituto de Londres.

—Nadie me ha preguntado nunca si podía ser exiliado —dijo por último.

—Pero tú estuviste exiliado, tiempo atrás —repuso Julian.

—Sí —confirmó Robert—. Con mi esposa, Maryse, y Alec, cuando era un bebé. Y por una buena razón. El exilio es muy solitario. Y para alguien tan joven como Emma... —Los miró a los dos—. ¿Alguien más sabe esto?

—No. —La voz de Julian era tranquila y firme. Emma sabía que estaba tratando de proteger a los que lo habían adivinado o a aquellos a los que se lo habían dicho, pero de todas maneras, la ponía nerviosa el modo en que podía parecer absolutamente sincero cuando mentía.

—¿Y estáis seguros? ¿No es un enamoramiento pasajero, o solo...? Los sentimientos de *parabatai* pueden ser muy intensos. —Robert parecía incómodo mientras se cogía las manos a la espalda—. Es fácil malinterpretarlos.

—Estamos del todo seguros —contestó Julian.

—La medida normal sería la separación, no el exilio. —Robert pasó la mirada del

uno al otro como si aún no acabara de creerse lo que tenía delante—. Pero no queréis eso. Ya lo veo. No habríais acudido a mí si pensais que solo os puedo ofrecer las medidas habituales: la separación, la pérdida de las Marcas...

—No podemos arriesgarnos a infringir la Ley y el castigo que eso implica. —La voz de Julian seguía calmada, pero Emma le veía las manos, con los nudillos blancos y aferrándose a los brazos del sillón—. Mi familia me necesita. Mis hermanos y hermanas aún son pequeños, y no tienen padres. Los he criado yo y no puedo dejarlos ahora. Eso ni se plantea. Pero los dos sabemos que no podemos confiar en nosotros mismos, confiar en que nos mantendremos alejados el uno del otro.

—Así que queréis que os separe la Clave —concluyó Robert—. Queréis el exilio, pero no queréis esperar a que os atrapen. Habéis venido a mí y así podréis elegir cuál de vosotros se va y durante cuánto tiempo, y qué castigo decidirá la Clave, dirigida por mí.

—Sí —contestó Julian.

—Y aunque no lo decís, creo que queréis algo de lo que el exilio hará por vosotros —continuó Robert—. Debilitará vuestro vínculo. Quizá penséis que os hará que sea más fácil dejar de amaros.

Ni Emma ni Julian dijeron nada. Se había acercado incómodamente a la verdad. Julian no mostraba ninguna expresión, y Emma trató de obligar a sus rasgos que imitaran los de él. Robert repiqueteaba con los dedos.

—Solo queremos poder ser *parabatai* normales —dijo Julian al final, pero Emma podía ver las palabras silenciosas que ocultaban las audibles: «Nunca renunciaremos el uno al otro, nunca».

—Estáis pidiendo mucho —repuso Robert. Emma se esforzó por captar enfado, reproche o incredulidad en la voz del Inquisidor, pero lo notaba neutral por completo. Eso la asustó.

—Tuviste un *parabatai* —le dijo desesperada—. ¿No es cierto?

—Michael Wayland. —El tono de Robert era gélido—. Murió.

—Lo siento. —Emma ya lo sabía, pero la compasión era sincera. Pocas cosas podía imaginarse más horribles que la muerte de Julian.

—Apuesto a que él hubiera querido ayudarnos —afirmó este. Emma no tenía ni idea de si hablaba porque conocía a Michael Wayland o era pura intuición, si estaba empleando esa habilidad que tenía de leer en los ojos de la gente, de saber la verdad por la forma en que arrugaban las cejas o sonreían.

—Michael lo hubiera hecho..., sí —murmuró Robert—. Lo hubiera hecho, por el Ángel. El exilio será una pesada carga para Emma. Puedo tratar de limitar los términos del castigo, pero aun así perderás parte de tus poderes de nefilim. Necesitarás permiso para entrar en Alacante. Habrá ciertas Marcas que no podrás usar. Los cuchillos serafines no se te encenderán.

—Tengo a *Cortana* —repuso Emma—. Es todo lo que necesito.

La sonrisa de Robert era triste.

—Y si hay una guerra, no podrás luchar en ella. Por eso mi exilio acabó, porque Valentine regresó y comenzó la Guerra Mortal.

La expresión de Julian era tan tensa que sus pómulos parecían cuchillas.

—No aceptaremos el exilio a no ser que Emma pueda mantener los suficientes poderes de nefilim para estar a salvo —dijo—. Si sufre daño por el exilio...

—El exilio es idea vuestra —lo interrumpió Robert—. ¿Estáis seguros de que podréis olvidar vuestro amor?

—Sí —mintió Julian—. La separación sería el primer paso, de todas formas. Solo estamos pidiendo un poco más de seguridad.

—He oído cosas —comentó Robert—. La Ley contra el enamoramiento de *parabatai* existe por una razón. No conozco la razón, pero supongo que es importante. Si pensara que sabéis lo que es... —Negó con la cabeza—. Pero no podéis saberlo. Podría hablar con los Hermanos Silenciosos...

«No», pensó Emma. Ya se habían arriesgado mucho, pero si Robert se enteraba de la maldición, se encontrarían en aguas muy peligrosas.

—Magnus dijo que nos ayudaría —indicó a media voz—. Dice que podemos confiar en ti y que tú lo entenderás y lo mantendrás en secreto.

Robert miró hacia el tapiz que colgaba sobre la chimenea. A Alec. Se tocó el anillo Lightwood que llevaba en el dedo; seguramente un gesto inconsciente.

—Confío en Magnus —repuso—. Le debo mucho.

Su mirada era distante. Emma no estaba segura de si estaba pensando en el pasado o considerando las opciones del futuro; Julian y ella permanecieron sentados y tensos mientras él pensaba.

—Muy bien —dijo entonces—. Dadme unos días. Los dos vais a tener que quedaros en Alacante mientras me ocupo de organizar la ceremonia de exilio, y debéis permanecer en casas distintas. Necesito ver un esfuerzo de buena voluntad para evitaros mutuamente. ¿Queda claro?

Emma tragó con fuerza. La ceremonia de exilio. Esperaba que Jem pudiera asistir: los Hermanos Silenciosos eran los únicos que dirigían las ceremonias, y aunque él ya no era uno de ellos, había asistido a su ceremonia de *parabatai* con Julian. Si pudiera estar allí en esta ocasión, Emma se sentiría menos sola.

Veía la expresión de Julian. Era muy parecida a lo que ella sentía, como si el alivio y el miedo se enfrentaran en su interior.

—Muchas gracias —dijo.

—Gracias, Inquisidor —repitió ella. Y Robert pareció sorprendido. Emma sospechó que nunca nadie le había agradecido una sentencia de exilio.

Cristina jamás había estado en la Sala del Consejo del Gard. Era un espacio con forma de herradura, filas de bancos que se acercaban a un estrado un poco más alto. Una balconada en el segundo nivel, con más bancos y sillas, se alzaba por encima.

Sobre el estrado colgaba un enorme reloj dorado, decorado con un maravilloso trabajo en espiral y una frase en latín, *ULTIMA THULE*, repetida a lo largo del borde. Detrás del estrado había un increíble ventanal que mostraba una vista de Alacante, más abajo. Se puso de puntillas para ver las serpenteantes calles, las cintas azules de los canales, las torres de los demonios alzándose hacia el cielo con sus limpias agujas.

La Sala estaba comenzando a llenarse. Annabel y Kieran habían sido conducidos a una sala de espera, junto con Magnus. Al resto les habían permitido la entrada más pronto y se habían hecho con dos filas de los bancos más cercanos al estrado. Ty, Kit y Livvy estaban perdidos en su conversación. Dru se había sentado sola en silencio, al parecer sumida en sus pensamientos. Cristina estaba a punto de ir hacia ella cuando notó que le tocaban el hombro.

Era Mark. Se había vestido a conciencia para la visita del Consejo, y Cristina sintió una punzada al mirarlo: estaba tan guapo en su ropa antigua y planchada, como una maravillosa foto antigua coloreada. La oscura chaqueta y el chaleco se le ajustaban bien, y se había cepillado el cabello rubio de modo que le cubriera la punta de las orejas.

Incluso se había afeitado y hecho un pequeño corte en la barbilla; lo que era ridículo porque no se podía decir que Mark tuviera pelo en el rostro. Miró a Cristina como un niño queriendo causar buena impresión el primer día de escuela. Eso la enterneció: le importaba mucho obtener la buena opinión de un grupo de gente que había aceptado abandonarlo en la Cacería Salvaje a pesar de los ruegos de su familia, solo por ser quien era.

—¿Crees que Kieran estará bien? —preguntó Mark—. Deberían tratar a un delegado de la Corte con más honor. En vez de eso, prácticamente han vuelto a poner las salvaguardas en cuanto hemos llegado.

—No le pasará nada —lo tranquilizó Cristina. Pensó en que tanto Kieran como Mark eran más fuertes de lo que el otro creía, quizá porque habían sido tan vulnerables en la Cacería—. Aunque no creo que Annabel sea una gran conversadora. De todas formas, Magnus está con ellos.

Mark le sonrió, tenso, mientras un murmullo se extendía por la sala. Los centuriones se habían vestido casi de gala. Llevaban sus uniformes rojo, gris y plata, con las insignias a la vista. Cada uno llevaba un grueso bastón de *adamas*. Cristina reconoció a algunos de Los Ángeles, como Samantha, la amiga de Zara, con su cara fina y desagradable, y a Rayan que miraba alrededor de la sala con una expresión preocupada.

Zara encabezaba la procesión, con la cabeza en alto, la boca una mancha de rojo brillante. Curvó los labios en una mueca de desagrado al pasar junto a Mark y Cristina. Pero ¿por qué no estaba Diego a su lado? ¿No había ido con ellos? Sí, ahí estaba, casi al final de la fila, con aspecto gris y cansado, pero definitivamente presente.

Se detuvo ante ellos dos mientras pasaban los otros centuriones.

—He recibido tu mensaje —le explicó a Cristina en voz baja—. Si es eso lo que quieres...

—¿Qué mensaje? —preguntó Mark—. ¿Qué ocurre?

Zara apareció junto a Diego.

—Un reencuentro —dijo—. Qué bonito. —Sonrió a Cristina—. Estoy segura de que te complacerá saber lo bien que fue todo en Los Ángeles después de que os marcharais.

—Muy impresionante que mataras a Malcolm —repuso Mark. Sus ojos eran inexpresivos y brillantes—. Parece que te ha reportado una pequeña mejora en tu posición. Bien merecida, estoy seguro.

—Gracias. —Zara rio sin ganas y le puso una mano a Diego en el brazo—. Oh —exclamó con un claro entusiasmo artificial—. ¡Mira!

Más cazadores de sombras habían entrado en la sala. Había una mezcla de edades, de viejos a jóvenes. Algunos iban con el uniforme de los centuriones. La mayoría en ropa corriente. Lo que era raro era que portaban pancartas. FICHAD A TODOS LOS BRUJOS. LOS SUBTERRÁNEOS DEBEN SER CONTROLADOS. BIEN POR LA PAZ FRÍA. APROBAD EL REGISTRO. Entre ellos había un impassible hombre de pelo castaño con una cara neutra, el tipo de rostro anodino que luego nunca se puede recordar. Le guiñó un ojo a Zara.

—Mi padre —dijo ella orgullosa—. El registro ha sido idea suya.

—Qué carteles más interesantes —soltó Mark.

—Qué maravilla ver a gente expresando sus opiniones políticas —repuso Zara—. Claro que la Paz Fría ha creado una auténtica generación de revolucionarios.

—Es raro —apuntó Cristina— que los revolucionarios pidan menos derechos para la gente, en vez de más.

Por un momento la máscara le resbaló a Zara, y Cristina vio más allá de toda la fachada de cortesía, de la vocecita susurrante de niña y su comportamiento. Había algo frío tras todo eso, algo sin calor, o empatía, o afecto.

—¿Gente? —replicó Zara—. ¿Qué gente?

Diego la cogió del brazo.

—Zara —dijo—. Vamos a sentarnos.

Mark y Cristina los observaron marcharse en silencio.

—Espero que a Julian le vaya bien —dijo Livvy, mirando el estrado vacío.

—Normalmente es así —repuso Ty—. No en todo, pero sí en este tipo de cosas.

Kit se hallaba sentado entre los mellizos, lo que significaba que hablaban por encima de él. No estaba muy seguro de cómo había acabado en esa posición. Aunque tampoco le importaba o ni tan solo llegaba a notarlo en ese momento. Estaba casi sin palabras, algo que nunca le había ocurrido, por encontrarse allí: en Alacante, el corazón del país de los cazadores de sombras, mirando las legendarias torres de los

demonios.

Se había enamorado de Idris a primera vista. No se había esperado lo que se encontró.

Era como entrar en un cuento de hadas. Y no a las que se había acostumbrado en el Mercado de Sombras, donde las hadas eran otro tipo de monstruo, sino del tipo de las que había visto en la tele y en los libros cuando era pequeño, un mundo de espléndidos castillos y bosques exuberantes.

Livvy le guiñó un ojo.

—Tienes esa expresión en la cara.

—¿Qué expresión?

—Idris te ha impresionado. Admítelo, señor Nadameimpresiona.

Kit no iba a hacer tal cosa.

—Me gusta el reloj —dijo, señalándolo.

—Existe una leyenda sobre ese reloj. —Levantó las cejas, mirándolo—. Durante un segundo, cuando da la hora, las puertas del cielo se abren. —Livvy suspiró; una rara melancolía le destelló en el rostro—. Por lo que a mí respecta, el cielo es que el Instituto vuelva a ser nuestro. Y que nos vayamos todos a casa.

Eso sorprendió a Kit, que había estado pensando en ese viaje a Idris como el final de su caótica aventura. Regresarían a Los Ángeles y él comenzaría a entrenarse. Pero Livvy tenía razón: las cosas no eran del todo seguras. Miró a Zara y a su círculo inmediato, con sus feas pancartas en alto.

—Y también queda el *Libro Negro* —le recordó Ty. Se lo veía formal y peinado de un modo que no era el corriente. Kit estaba acostumbrado a verlo en sudadera y vaqueros, y un Ty elegante y de aspecto más adulto lo había dejado sin palabras—. La reina aún lo quiere.

—Annabel se lo dará a Jules. Confío en su habilidad para encandilar a cualquiera para que le dé lo que sea —dijo Livvy—. O para conseguirlo mediante algún truco. Pero ojalá no tuvieran que encontrarse con la reina después. Ni me gusta ni me fío de ella.

—Creo que hay un refrán sobre eso —comentó Kit—. Algo sobre puentes y cruzarlos cuando llegas a ellos.

Ty se había puesto rígido, como un perro de caza al ver un zorro.

—Livvy.

Su hermana siguió su mirada, y Kit también. Entre la gente, se acercaba Diana, con una gran sonrisa en la cara, su tatuaje del pez koi reluciendo en la oscura mejilla.

Con ella iban dos jóvenes mujeres de veintipocos años. Una se parecía mucho a Jia Penhallow; también tenía el cabello oscuro y un mentón decidido. La otra era como Mark Blackthorn, hasta en el cabello rizado y rubio y las orejas en punta. Ambas estaban envueltas en un montón irrazonable de ropas cálidas, como si acabaran de llegar de un clima frío.

Kit se dio cuenta de quiénes eran un instante antes de que el rostro de Livvy se

iluminara como el sol.

—¡Helen! —gritó, y corrió hacia los brazos de su hermana.

El reloj de la Sala del Consejo repicaba por el Gard, indicando que todos los nefilim debían entrar para comenzar la reunión.

Robert Lightwood había insistido en acompañar a Julian desde su despacho hasta la sala donde Magnus, Kieran y Annabel esperaban. Por desgracia para Emma, eso significó que tuvo que ser escoltada por Manuel a la Sala del Consejo.

Emma hubiera deseado estar un momento a solas con Julian, pero no sería posible. Intercambiaron una mirada antes de separarse.

—¿Ilusionada con la reunión? —preguntó Manuel. Tenía las manos en los bolsillos. Su pelo rubio oscuro estaba elegantemente revuelto. A Emma le sorprendió que no silbara.

—A nadie le hacen ilusión las reuniones —contestó—. Son un mal necesario.

—Oh, yo no diría que a nadie —repuso Manuel—. A Zara le encantan.

—Parece estar a favor de todas las formas de tortura —masculló Emma.

Manuel se volvió y caminó de espaldas por el pasillo. Se hallaban en uno de los corredores más grandes que se habían construido después de que el Gard se quemara durante la Guerra Oscura.

—¿Nunca has pensado en ser centurión?

Emma negó con la cabeza.

—No te dejan tener *parabatai*.

—Siempre me he imaginado que era por pena, eso de Julian Blackthorn y tú —dijo Manuel—. Quiero decir, mírate. Estás buena, eres muy hábil, y una Carstairs. Julian... se pasa todo el tiempo con niños. Es un viejo a los diecisiete años.

Emma se preguntó qué pasaría si tiraba a Manuel por una ventana. Probablemente retrasarían la reunión.

—Solo lo menciono. Aunque no quieras ir al Escolamántico, a la Cohorte le iría bien alguien como tú. Somos el futuro. Ya verás. —Le brillaron los ojos. Por un momento, ni bromeó ni intentó hacerse el simpático. Era el brillo del auténtico fanatismo, e hizo que Emma se sintiera vacía por dentro.

Habían llegado a las puertas de la Sala del Consejo. No había nadie a la vista, y Emma lanzó una patada e hizo que Manuel perdiera pie. Este cayó al suelo. Al instante se incorporó sobre el codo furioso. Emma no creía haberle hecho daño, excepto quizá en su dignidad..., que era lo que pretendía.

—Agradezco tu oferta —le dijo—, pero si unirme a la Cohorte significa que debo estar toda la vida metida en medio de una montaña con un puñado de fascistas, prefiero vivir en el pasado.

Le oyó decir algo no muy agradable en español mientras pasaba sobre él y entraba en la Sala. Se recordó que debía preguntarle la traducción a Cristina cuando

tuviera la oportunidad.

—No hace falta que estés aquí, Julian —dijo Jia con firmeza.

Se hallaban en una enorme estancia cuyo ventanal daba al bosque de Brocelind. Era una sala sorprendentemente elegante; Julian siempre había pensado que el Gard era un lugar de piedra oscura y pesada madera. Esa estancia tenía las paredes recubiertas de brocado y mobiliario bañado en oro y tapizado de terciopelo. Annabel se hallaba sentada en un sillón orejero y parecía inquieta. Magnus se apoyaba contra la pared, aburrido, al parecer. También parecía agotado; tenía las ojeras casi negras. Y Kieran se encontraba junto al ventanal, con la atención puesta en el cielo y los árboles del exterior.

—Me gustaría que estuviera conmigo —dijo Annabel—. Él es la razón por la que he venido.

—Todos te agradecemos que estés aquí, Annabel —repuso Jia—. Y somos conscientes de que tuviste muy malas experiencias con la Clave. —Su voz parecía tranquila. Julian se preguntó si sonaría tan tranquila de haber visto a Annabel resucitar, cubierta de sangre, y apuñalar a Malcolm en el pecho.

Kieran se apartó de la ventana.

—Conocemos a Julian Blackthorn —le dijo a Jia. A Julian le sonaba mucho más humano que cuando se conocieron, como si estuviera perdiendo el acento de Feéra—. A ti no te conocemos.

—¿Te refieres a Annabel y a ti? —preguntó Jia.

Kieran hizo un expresivo gesto de hada que parecía abarcar la sala en general.

—Estoy aquí porque soy el mensajero de la reina —afirmó—. Annabel Blackthorn está aquí por sus propias razones. Y Magnus está aquí porque os aguanta a todos por Alec. Pero no creas que eso hace que sea buena idea que nos empieces a dar órdenes.

—Annabel es una cazadora de sombras —replicó Robert.

—Y yo soy un príncipe de Feéra —espetó Kieran—. Hijo del Rey, Príncipe de la Corte Helada, Guardián del Camino Frío, Cazador Salvaje y Espada del Anfitrión. No me hagas enfadar.

Magnus se aclaró la garganta.

—No le falta razón.

—¿Sobre Alec? —preguntó Robert, alzando una ceja.

—Más en general —contestó Magnus—. Kieran es un subterráneo. Annabel sufrió un destino peor que la muerte a manos de la Clave porque le importaban los subterráneos. Ahí fuera, en la Sala del Consejo, está la Cohorte. Hoy es el día que quieren hacerse con el poder. Evitar que lo consigan es mucho más importante que las reglas sobre si Julian debería o no estar en el estrado.

Jia miró a Magnus durante un instante.

—¿Y tú? —preguntó con sorprendente amabilidad—. Tú eres un subterráneo, Bane.

Magnus se encogió de hombros, lenta y cansadamente.

—Oh —dijo—. Yo soy...

La copa que sostenía le resbaló de la mano. Cayó al suelo y se rompió, y un instante después Magnus la siguió. Pareció doblarse como un papel, y la cabeza le golpeó la piedra con un feo ruido.

Julian fue hacia él, pero Robert ya lo había cogido por el brazo.

—Ve a la Sala del Consejo —le pidió. Jia estaba arrodillada junto a Magnus, con la mano sobre su hombro—. Trae a Alec.

Soltó a Julian y este salió corriendo.

Emma se abrió paso con dificultad por la Sala del Consejo en un estado de atónito horror. Cualquier placer que le hubiera proporcionado hacer caer de culo a Manuel había desaparecido. Toda la sala parecía un torbellino de gritos desagradables y pancartas agitándose: POR LA PUREZA DE LA CLAVE, LA RESPUESTA ES ENCERRAR A LOS LICÁNTROPOS, CONTROLEMOS A LOS SUBTERRÁNEOS.

Se abrió camino entre un grupo de personas, con Zara en el centro.

—¡No puedo creer que tuvieras que matar a ese monstruo de Fade tú misma, después de que la Clave fracasara! —oyó que alguien decía. Y hubo un coro de asentimientos.

—Eso es lo que pasa por dejar que los brujos hagan lo que quieran —dijo alguien más—. Son demasiado poderosos. No tiene sentido práctico.

La mayoría de los rostros de la sala le resultaban desconocidos. Debería conocer a más de ellos, pensó, pero los Blackthorn habían vivido una vida aislada a su manera y pocas veces salían del Instituto de Los Ángeles.

Entre el grupo de caras desconocidas vio de repente a Diana, alta y elegante como siempre. Caminaba entre la gente a grandes pasos, y detrás de ella se apresuraban dos personas también conocidas. Aline y Helen, ambas con las mejillas sonrosadas, envueltas en grandes abrigos y chales. Debían de acabar de llegar de la isla de Wrangel.

Luego, Emma vio al resto de los Blackthorn: Livvy, Ty y Dru estaba saltando de sus asientos y corriendo hacia Helen, que se agachó con los brazos abiertos para cogerlos y abrazarlos con fuerza a todos.

Helen le echaba el pelo hacia atrás a Dru, abrazaba a los mellizos, con lágrimas corriéndole por las mejillas. Mark también estaba allí, dirigiéndose hacia su hermana, y Emma los observó sonriendo cuando se fundieron en un fuerte abrazo. En cierto modo, le dolía; ella nunca tendría eso con sus padres, nunca los volvería a abrazar o podría apretarles las manos, pero era un dolor bueno. Mark alzó a su hermana por los aires, y Aline los miró sonriendo.

—Manuel Villalobos cojea —dijo Cristina. Se había acercado a Emma por detrás, rodeándola con los brazos, y apoyaba la barbilla en el hombro de su amiga—. ¿Lo has hecho tú?

—Podría ser —masculló Emma, y oyó reír por lo bajo a Cristina—. Estaba tratando de convencerme de que me uniera a la Cohorte.

Emma se volvió y le apretó la mano a Cristina.

—Vamos a derrotarlos. No ganarán. ¿De acuerdo? —Miró el colgante de Cristina—. Dime que el Ángel está de nuestra parte.

Cristina meneó la cabeza.

—Estoy preocupada —reconoció—. Por Mark, por Helen... y por Kieran.

—Kieran es un testigo de la Clave. La Cohorte no puede tocarlo.

—Es un príncipe de Feéra. Todo lo que más odian. Y no creo que me hubiera dado cuenta, hasta que llegamos aquí, de cuánto odian. No querrán que hable, y no querrán que el Consejo lo escuche.

—Por eso estamos aquí, para hacer que lo escuchen —comenzó Emma, pero Cristina miró más allá de ella con una expresión de sorpresa en el rostro. Emma se volvió y vio a Diego, milagrosamente sin Zara, llamando a Cristina con un gesto desde una fila de asientos vacíos.

—Debo ir a hablar con él —señaló. Le dio un apretón en el hombro a Emma y de repente pareció más esperanzada. Emma le deseó suerte y Cristina desapareció entre la gente. Emma buscó a Julian.

No vio a su *parabatai* por ninguna parte. Pero lo que sí vio fue a un apretado grupo de cazadores de sombras, Mark entre ellos, y el repentino destello plateado de las armas. Samantha Larksphear había desenvainado una hoja de aspecto letal. Emma se dirigió hacia el griterío, con la mano ya de camino hacia la empuñadura de *Cortana*.

Mark quería a todos sus hermanos y hermanas por igual. Aun así, Helen era especial. Era como él: medio hada. Helen incluso decía que recordaba a su madre, Nerissa, aunque ese no era el caso de Mark.

Dejó a Helen de nuevo en el suelo y le alborotó el claro cabello. Su rostro... Se la veía diferente, más mayor. No por las arrugas alrededor de los ojos ni por la aspereza de la piel, sino por cierto aire en las facciones. Se preguntó si ella también les habría puesto nombre a las estrellas durante esos años, como había hecho él: *Julian*, *Tiberius*, *Livia*, *Drusilla*, *Octavian*. Y ella habría añadido otro que él nunca utilizó: *Mark*.

—Hablaré contigo —dijo él—. De Nene, la hermana de nuestra madre.

Al responder, en la voz de Helen había un eco de la formalidad de las hadas.

—Diana me dijo que la habías conocido en Feéra. Sabía de su existencia, pero no dónde se encontraba. Deberíamos hablar de ella y de otros asuntos igual de urgentes.

—Lo miró y suspiró. Le acarició la mejilla—. Cómo es posible que hayas crecido tanto.

—Creo que ocurrió cuando me hallaba en la Cacería. ¿Debería disculparme?

—En absoluto. Estaba preocupada... —Se apartó para mirarlo con alegría—. Creo que le debo dar las gracias a Kieran el *Hijo del Rey* por cuidar tan bien de ti.

—Como yo se las debo a Aline por cuidar de ti.

Helen sonrió al oír eso.

—Es la luz de mis días. —Miró hacia el gran reloj sobre el estrado—. Ahora no tenemos casi tiempo, Mark. Si todo va como esperamos, tendremos todo el tiempo del mundo para hablar. De cualquier manera, Aline y yo permaneceremos esta noche en Alacante y, por lo que dice Jia, vosotros también. Eso nos dará la oportunidad de hablar.

—Eso depende de cómo vaya hoy, ¿no? —Una voz áspera los interrumpió. Era Samantha Larkspear. Mark recordaba vagamente que tenía un hermano que se le parecía mucho.

Vestía el uniforme de centurión y llevaba una pancarta que decía: LA ÚNICA HADA BUENA ES EL HADA MUERTA. Había una especie de dibujo que parecía una mancha de pintura negra en la parte inferior del cartel.

—Muy expresivo —manifestó Mark al leerla. Pero Helen palideció de la impresión al ver las palabras de la pancarta.

—Después de la votación de esta tarde, me sorprenderá mucho si a la escoria como vosotros se le permite la entrada en Alacante —dijo Samantha—. Así que disfrutad mientras podáis.

—Le estás hablando a la esposa de la hija de la Cónsul —le espetó Aline muy enfadada—. Vigila tu lengua, Samantha Larkspear.

Samantha hizo un extraño sonido siseante y se llevó la mano al cinturón de armas. Sacó una daga con un grueso protector de nudillos en la empuñadura. Mark vio a al hermano de Samantha, pálido y moreno como ella, abriéndose camino entre la gente en su dirección. Helen tenía la mano sobre el cuchillo serafín de su cinturón. Instintivamente, Mark fue a por la daga de su cadera, preparándose para lo que pudiera ocurrir.

Kit alzó la mirada cuando Julian le puso la mano en el hombro.

Estaba despatarrado en su silla, mirando Alacante por la gran cristalera que se abría detrás de lo que parecía un escenario de madera presidiendo la Sala. De forma deliberada, había evitado mirar cómo Livvy y Ty saludaban a su hermana. Algo en el fuerte nudo de los Blackthorn abrazándose y saludándose le recordaba que no era uno de ellos, cosa en la que no había vuelto a pensar desde Los Ángeles.

—Tu hermana está aquí —le dijo a Julian. La señaló con el dedo—. Helen.

Julian la miró durante un instante, y Kit tuvo la sensación de que ya lo sabía.

Estaba tenso y parecía soltar chispas, como un cable eléctrico cortado.

—Necesito que hagas algo —le pidió Julian—. Alec está vigilando la puerta este de la Sala. Búscalos y llévalos con Magnus. Dile que Magnus está en el cuarto de invitados de la Cónsul. Él sabrá dónde es.

Kit bajó las piernas de la silla que tenía delante.

—¿Por qué?

—Tú confía en mí. —Julian se incorporó—. Haz como si fuera idea tuya, como si necesitaras que Alec te enseñara algo o te ayudara a encontrar a alguien. No queremos despertar la curiosidad de nadie.

—No estaréis pensando en pelearos en medio de la Sala del Consejo, ¿verdad? —dijo Emma—. Quiero decir, considerando que sería ilegal y todo eso. —Chasqueó la lengua contra los dientes—. No es una buena idea, Samantha. Guarda esa daga.

El pequeño grupo se volvió para mirar a Emma como si hubiera aparecido de la nada. Todos estaban demasiado furiosos para notar que se acercaba.

El reloj de oro comenzó a sonar urgentemente. La gente empezó a separarse, los cazadores de sombras buscando asientos vacíos en las filas frente al estrado. Dane Larkspear, que estaba acercándose a su hermana, se detuvo en medio de un pasillo; a Emma la sorprendió ver que Manuel le cerraba el paso.

Quizá este también pensara que una pelea de los centuriones en la Sala del Consejo fuera una gran idea. Zara no se perdía detalle, su boca roja dibujando una fina línea.

—No puedes imponerme tu rango, Aline Penhallow —dijo Samantha, pero envainó la daga—. No estando casada con esa... esa cosa.

—¿Has dibujado tú eso? —la interrumpió Emma, señalando el garabato en la pancarta de Samantha—. ¿Se supone que es un hada muerta?

Estaba casi segura de que lo era. El dibujo tenía piernas, brazos y alas de libélula, más o menos.

—Impresionante —se burló Emma—. Tienes talento, Samantha. Talento de verdad.

Samantha la miró sorprendida.

—¿Eso crees?

—Dios, claro que no —le soltó Emma—. Ahora lárgate y siéntate. Tu querida Zara te está haciendo señas.

Samantha vaciló y luego se marchó. Emma agarró la mano de Helen y se dirigió hacia el largo banco donde estaban sentados los Blackthorn. El corazón le latía con fuerza. No era que Samantha fuera un gran peligro, pero si hubieran comenzado algo y el resto de los amigos de Zara se hubiesen enzarzado, habrían tenido una pelea de verdad.

Aline y Mark estaban a ambos lados de ellas dos. Los dedos de Helen apretaron el

brazo de Emma.

—Recordaré esto —dijo en voz baja. Con la yema de los dedos rozó la cicatriz que *Cortana* le había hecho a Emma años atrás, cuando esta había aferrado la hoja contra su cuerpo después de la muerte de sus padres.

Fue Helen la que estaba allí cuando Emma se despertó en un mundo del que sus padres habían desaparecido para siempre, aunque fue Julian el que le puso la espada entre las manos.

Pero en ese momento *Cortana* estaba envainada a su espalda. Esa era su oportunidad para enmendar los males del pasado; el mal hecho por la Clave a Helen y a Mark y a otros como ellos, el mal que la Clave había hecho a los Carstairs al no hacer caso de su muerte. Todo eso hacía que saber que pronto sería exiliada doliera aún más, la idea de que no estaría con los Blackthorn cuando estos estuvieran reunidos.

Aceleraron el paso al acercarse a ellos, y allí estaba Julian, entre sus hermanos. Sus ojos encontraron los de Emma. Ella pudo ver incluso a través de la distancia que los separaba que se habían vuelto casi negros.

Lo supo sin tener que preguntar: algo iba muy mal.

Costaba mucho mantenerse a la altura de Alec Lightwood. Era mayor que Kit y tenía las piernas más largas, y había salido corriendo en el momento en que Kit le dijo que Magnus lo necesitaba.

Kit no estaba seguro de si su excusa de que quería que Alec le enseñara el Gard serviría de algo si alguien los detenía. Pero nadie lo hizo; las fuertes campanadas aún sonaban y todos se apresuraban hacia la Sala del Consejo.

Cuando entraron en las habitaciones de la Cónsul, encontraron a Magnus tumbado sobre un largo sofá. Kieran y Annabel estaban en los extremos opuestos de la estancia, mirando como gatos a los que hubieran encerrado en un lugar desconocido.

Jia y Robert se hallaban junto al sofá. Alec fue hacia allí, y su padre se adelantó para ponerle una mano en el hombro.

Alec se detuvo y todo su cuerpo se tensó.

—Suéltame —dijo.

—Está bien —le aseguró Robert—. El hermano Enoch acaba de estar aquí. Su magia está agotada y él se encuentra débil, pero...

—Yo sé lo que le pasa —afirmó Alec, y apartó al Inquisidor para acercarse. Robert observó a su hijo mientras este se arrodillaba junto al largo sofá. Le apartó a Magnus el pelo de la frente, y el brujo se removió y murmuró algo ininteligible.

—Hace ya un tiempo que no está bien —explicó Alec, medio para sí—. Su magia se agota muy rápido. Le dije que fuera al Laberinto Espiral, pero no ha habido tiempo.

Kit miraba fijamente. Había oído hablar de Magnus incluso antes de conocerlo, claro; Magnus era famoso en el Inframundo. Y cuando por fin lo conoció, el mago estaba rebosante de energía cinética, un torbellino de agudo ingenio y fuego azul. Nunca se le había ocurrido pensar que Magnus podía enfermar o agotarse.

—¿Hay algún modo de que se sienta mejor? —preguntó Annabel. Vibraba de tensión y movía las manos a los costados. Por primera vez, Kit vio que le faltaba un dedo de la mano derecha. Nunca se había fijado mucho en ella. Le daba escalofríos—. Lo... lo necesito.

Alec no perdió los nervios.

—Necesita descansar —señaló—. Podríamos retrasar la reunión...

—Alec, no podemos. —Jia le hablaba con amabilidad—. Es evidente que Magnus tiene que descansar. Annabel, te cuidaremos bien. Te lo prometo.

—No. —Ella se acurrucó contra la pared—. Quiero a Magnus conmigo. O a Julian. Traed a Julian.

—¿Qué está pasando?

Kit reconoció la voz incluso antes de volverse y ver a Zara en la entrada. Sus labios parecían una burda mancha de sangre contra su pálida piel. Miraba a Magnus, con la comisura de la boca torcida en una medio sonrisa sardónica.

—Cónsul —dijo, y se inclinó ante Jia—. Todo el mundo está reunido. ¿Debo decirles que la reunión se retrasará?

—No, señorita Dearborn —contestó Jia mientras se alisaba su túnica bordada—. Muchas gracias, pero no necesitamos que te ocupes de esto por nosotros. La asamblea procederá según lo previsto.

—Dearborn —repitió Annabel. Su mirada se clavó en Zara. Los ojos le brillaron como los de una serpiente—. Eres una Dearborn.

Zara la miró simplemente confusa, como si se preguntara quién sería Annabel.

—Zara es toda una defensora de la restricción de los derechos de los subterráneos —comentó Jia con neutralidad.

—Nos interesa la seguridad —replicó Zara, claramente picada—. Eso es todo.

—Será mejor que vayamos —apremió Robert Lightwood mirando a Alec, pero este no le devolvía la mirada; estaba sentado junto a Magnus con la mano en la mejilla del brujo—. Alec, si me necesita, hazme llamar.

—Te enviaré a Kit —respondió Alec sin mirarlo.

—Volveré a buscarte —le señaló Robert a Kieran, que había permanecido en silencio junto a la ventana, una mera sombra en una habitación de sombras. Kieran asintió.

Robert le apretó un instante el hombro a Alec. Jia le tendió la mano a Annabel, y después de mirar un momento a Zara, siguió a la Cónsul y al Inquisidor.

—¿Está enfermo? —preguntó Zara, mirando a Magnus con un distante interés—. Creía que los brujos no enfermaban. ¿No sería divertido si muriera él antes que tú? Quiero decir, con eso de que es inmortal, debes de haber pensado que sería al revés.

Alec alzó la cabeza despacio.

—¿Qué?

—Bueno, quiero decir que como Magnus es inmortal y tú..., ya sabes, no lo eres... —se explicó.

—¿Es inmortal? —La voz de Alec era más fría de lo que Kit le había oído nunca—. Ojalá me lo hubieras dicho antes. Habría retrocedido en el tiempo y me hubiera buscado un buen marido mortal para envejecer juntos.

—Bueno, ¿y acaso eso no habría sido mejor? —insistió Zara—. Entonces podríais envejecer y morir al mismo tiempo.

—¿Al mismo tiempo? —repitió Alec. Casi no se había movido o alzado la voz, pero su furia parecía llenar toda la estancia. Incluso Zara parecía comenzar a sentirse incómoda—. ¿Y cómo sugieres que arreglemos esto? ¿Que saltemos juntos desde un acantilado cuando uno de los dos empiece a sentirse enfermo?

—Quizá. —Zara parecía molesta—. Pero estarás de acuerdo conmigo en que tu situación es una tragedia.

Alec se puso en pie, y en ese momento fue el famoso Alec Lightwood del que Kit había oído hablar, el héroe de pasadas batallas, el arquero de puntería letal.

—Esto es lo que quiero y lo que he escogido —dijo—. ¿Cómo te atreves a decirme que es una tragedia? Magnus nunca ha pretendido, nunca ha intentado engañarme haciéndome pensar que sería fácil, pero elegir a Magnus ha sido una de las cosas más fáciles que he hecho en mi vida. Todos tenemos nuestro tiempo de vida, Zara, y ninguno de nosotros sabe lo largo o lo corto que será. Seguro que hasta tú eres consciente de eso. Supongo que tu intención era ser grosera y cruel, pero dudo que también pretendieras quedar como una imbécil.

Zara se sonrojó.

—Pero si tú te mueres de viejo y él vive eternamente...

—Entonces estará ahí para Max, y eso nos hace felices a los dos —replicó Alec—. Y seré una persona con una suerte única, porque habrá alguien que siempre me recordará, que siempre me amará. Magnus no me llorará siempre, pero hasta el fin de los tiempos me recordará y me amará.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó Zara, pero había un tono de incerteza en su voz.

—Porque es tres mil veces el ser humano que tú nunca serás —le espetó Alec—. Y ahora sal de aquí antes de que arriesgue su vida despertándolo para que te convierta en una hoguera de basura; algo que sería acorde con tu personalidad.

—¡Oh! —exclamó Zara—. ¡Qué grosero!

Kit pensó que era más que grosero. Y creyó que Alec lo decía en serio. Y parte de él esperó que Zara se quedara para probar esa teoría. Pero en vez de eso, fue hacia la puerta y se detuvo allí, mirándolos a ambos con desagrado.

—Vamos, Alec —dijo Zara—. La verdad es que los cazadores de sombras y los subterráneos no están hechos para estar juntos. Bane y tú sois una desgracia. Pero no

te contentas con dejar que la Clave te permita pervertir tu linaje angélico. No, tú tienes que forzarnos a ello al resto de nosotros.

—¿De verdad? —soltó Kieran, al que Kit casi había olvidado—. ¿Todos vosotros tenéis que acostaros con Magnus Bane? Qué excitante debe de ser para tu gente.

—Cierra el pico, basura feérica —replicó Zara—. Ya aprenderás. Has escogido el lado malo, tú y esos Blackthorn y Jace Herondale y esa zorra pelirroja de Clary... —Respiraba con fuerza, con el rostro enrojecido—. Disfrutaré viéndoos caer a todos —les espetó, y salió de la estancia.

—¿Realmente ha dicho «pervertir tu linaje angélico»? —preguntó Alec estupefacto.

—Basura feérica —musitó Kieran—. Ese es, como diría Mark, uno nuevo.

—Increíble. —Alec se sentó de nuevo junto al sofá, con las piernas dobladas.

—Nada de lo que dice me sorprende —comentó Kieran—. Así es como son. Así es como los ha hecho la Paz Fría. Con miedo a lo nuevo y lo diferente, y cargados de un odio como el hielo. Zara Dearborn puede parecer ridícula, pero no cometes el error de subestimarla a ella o a la Cohorte. —Volvió a mirar por la ventana—. Un odio así puede destruir el mundo.

—Es una petición muy extraña —dijo Diego.

—Tú eres el que está metido en una relación falsa —repuso Cristina—. Estoy seguro de que te han pedido cosas más raras.

Diego se rio, aunque no con muchas ganas. Se hallaban sentados en una fila detrás de la de los Blackthorn en la Sala del Consejo. El reloj había dejado de tocar para anunciar el comienzo de la reunión y la sala estaba llena, pero el estrado continuaba vacío.

—Me alegro de que Jaime te lo contara —reconoció él—. Egoístamente. Podría soportar que me odieras, pero no que me despreciaras.

Cristina suspiró.

—No estoy segura de que alguna vez te despreciara de verdad.

—Debería habértelo explicado todo —continuó él—. Quería mantenerte a salvo, y me negué a aceptar que la Cohorte y sus planes fueran tu problema. No sabía que tenían planes para apoderarse del Instituto de Los Ángeles hasta que fue demasiado tarde. Y me equivoqué con Manuel, tanto como los demás. Confié en él.

—Lo sé —repuso Cristina—. No es que te culpe de nada. Durante tanto tiempo fuimos Cristina y Diego; una pareja, juntos. Y cuando se acabó, me sentí cortada por la mitad. Luego, cuando regresaste, pensé que podríamos ser lo que habíamos sido antes, y lo intenté, pero...

—Ya no me amas así —concluyó él.

Cristina calló durante un momento.

—No —respondió al final—. No te amo. No así. Fue como tratar de regresar a un

lugar de tu infancia que recuerdas como perfecto. Siempre habrá cambiado, porque tú has cambiado.

La nuez de Diego se le movió arriba y abajo al tragar.

—No puedo culparte. Ahora mismo, yo tampoco me gusto mucho.

—Tal vez esto pueda ayudarte a que te gustes un poco más. Sería de una gran amabilidad, Diego.

Él meneó la cabeza.

—Tenías que ser tú, supongo, quien se apiadara de un hada perdida.

—No es piedad —replicó Cristina. Miró por encima del hombro. Zara había salido hacía un momento y aún no había regresado. Aunque Samantha la miraba con mala cara, casi con seguridad convencida de que Cristina estaba tratando de robarle el novio a Zara—. Me dan miedo. Lo matarán después de que testifique.

—La Cohorte da miedo —afirmó Diego—. Pero la Cohorte no son los centuriones, ni todos los centuriones son como Zara. Rayan, Divya, Gen son buenas personas. Como la Clave, es una organización que tiene un cáncer en el corazón. Parte del cuerpo está enferma y parte está sana. Nuestra misión es descubrir la manera de acabar con la enfermedad sin matar al cuerpo.

Las puertas de la Sala del Consejo se abrieron. La Cónsul, Jia Penhallow, entró, imponente en su oscura túnica salpicada de plata.

Las animadas conversaciones que habían llenado la sala se redujeron a apagados murmullos. Cristina se sentó mientras la Cónsul comenzaba a subir las escaleras del estrado.

—Gracias a todos por asistir con tan poco aviso previo, nefilim. —La Cónsul se hallaba ante el atril de madera con la base decorada con el sigilo de las cuatro C. Tenía canas en el cabello negro que Emma no recordaba haberle visto antes, y arrugas alrededor de los ojos. No debía de ser fácil ser la Cónsul durante un tiempo de guerra no declarada—. La mayoría de vosotros habéis oído hablar de Malcolm Fade. Fue uno de nuestros aliados más cercanos, o eso creíamos. Hace unas semanas, nos traicionó, y aún ahora seguimos descubriendo los sangrientos y terribles crímenes que cometió.

El murmullo que recorrió la sala le sonó a Emma como la entrada de la marea. Deseó que Julian estuviera a su lado para poder rozar el hombro con el suyo, o apretarle la mano, pero, siguiendo las instrucciones del Inquisidor, se habían sentado en los extremos opuestos del largo banco, después de que él le dijera que Magnus se había desmayado.

—Le prometí a Annabel que Magnus estaría con ella —le dijo él en voz baja para que no lo oyeran los jóvenes Blackthorn y se asustaran—. Le di mi palabra.

—No podías saberlo. Pobre Magnus. No tenías manera de saber que estaba enfermo.

Pero se recordó a sí misma diciéndole: «No le prometas nada que no podamos cumplir». Y se sintió estremecer.

—La historia de la traición de Fade es más larga, tanto que quizá no la conozcáis —continuaba Jia—. En 1812, se enamoró de una cazadora de sombras, Annabel Blackthorn. Su familia condenó la idea de que se casara con un brujo. Al final, ella fue asesinada por otros nefilim. A Malcolm le mintieron y le dijeron que se había convertido en una Hermana de Hierro.

—¿Por qué no lo mataron también a él? —preguntó alguien de entre los allí reunidos.

—Era un poderoso brujo. Un valioso aliado —contestó Jia—. Al final se decidió dejarlo en paz. Pero cuando descubrió lo que realmente le había sucedido a Annabel, se volvió loco. El último siglo lo pasó buscando la forma de vengarse de los cazadores de sombras.

—Mi señora. —Era Zara. Acababa de entrar por las puertas de la Sala y estaba de pie en el pasillo—. Nos explicas esta historia como si pretendieras que sintiéramos compasión por la chica y el brujo. Pero Malcolm Fade era un monstruo, un asesino. El enamoramiento de una chica no excusa lo que hizo.

—Entiendo —respondió Jia— que hay una diferencia entre una excusa y una explicación.

—Entonces ¿por qué se nos está dando esta explicación? El brujo está muerto. Espero que no sea un intento de extraer alguna compensación del Consejo. Nadie asociado con ese brujo merece ninguna recompensa por su muerte.

La mirada de Jia era como el filo de una espada.

—Entiendo que últimamente has estado muy activa en los asuntos del Consejo, Zara —admitió—. Eso no significa que puedas interrumpir a la Cónsul. Ve a sentarte.

Al cabo de un momento, Zara se sentó enfadada. Aline agitó el puño.

—Bien, madre —susurró.

Sin embargo, alguien más se había levantado para tomar el puesto de Zara: su padre.

—Cónsul —dijo—. No somos ignorantes. Se nos ha dicho que en esta reunión tendríamos la declaración de un testigo que impactaría a la Clave. ¿No es ya hora de que presentes al testigo? Si es que existe.

—Oh, sí que existe —contestó Jia—. Es Annabel. Annabel Blackthorn.

En ese momento, el murmullo que se extendió por la sala sonó como el hundimiento de una cueva. Al cabo de un instante apareció Robert Lightwood con una expresión sombría. Detrás de él iban dos guardias, y en medio caminaba Annabel.

Ella se veía muy pequeña al subir al estrado junto al Inquisidor. El *Libro Negro* le colgaba de una correa sobre la espalda, lo que la hacía parecer aún más joven, como una niña de camino a la escuela.

Un zumbido recorrió la sala. «No muerta», oyó decir Emma, y también «Impura».

Annabel se medio ocultó tras el Inquisidor.

—Esto es indignante —farfulló el padre de Zara—. ¿Acaso no sufrimos suficiente con la corrosiva suciedad de los Oscurecidos? ¿Debes poner esa cosa ante nosotros?

Julian se puso en pie de un salto.

—Los Oscurecidos no estaban muertos —explicó, volviéndose de cara a la Sala—. Fueron transformados por la Copa Infernal. Annabel es exactamente quien era en vida. Malcolm la torturó, manteniéndola medio viva durante años. Quiere ayudarnos.

—Julian Blackthorn —dijo Dearborn con desprecio—. Mi hija me ha hablado de ti. Tu tío estaba loco, toda tu familia está loca, solo un loco pensaría que esto es una buena idea...

—No le hables de tal modo —le espetó Annabel, y su voz resonó clara y fuerte—. Es mi pariente de sangre.

—Blackthorn —indicó Dearborn—. ¡Parece que todos estáis locos, muertos o ambas cosas!

Si esperaba que alguien se riera, no lo consiguió. La Sala permaneció en silencio.

—Siéntate —le dijo la Cónsul a Dearborn con frialdad—. Parece que tu familia tiene un problema con el modo en que los nefilim deben comportarse. Vuelve a interrumpirme y haré que te expulsen de la Sala.

Dearborn se sentó, pero sus ojos brillaban de furia. No era el único. Emma pasó la mirada por la Sala rápidamente y vio grupitos de miradas de odio dirigidas al estrado. Se tragó los nervios. Julian se había acercado al estrado y estaba de pie frente a toda la sala.

—Annabel —dijo con una voz baja y persuasiva—. Háblales del rey.

—El rey noseelie —comenzó Annabel también en voz baja—. El Señor de las Sombras. Estaba aliado con Malcolm. Es importante que todos sepáis esto, porque incluso ahora planea la destrucción de todos los cazadores de sombras.

—Pero ¡los seres mágicos son débiles! —Un hombre con un *gandora* bordado se había puesto en pie, con los ojos brillantes de preocupación. Cristina murmuró al oído de Emma que era el director del Instituto de Marrakech—. Los años de la Paz Fría los han debilitado. El rey no puede esperar enfrentarse a nosotros.

—No en un encuentro de ejércitos iguales —repuso Annabel con su vocecita—. Pero el rey ha dominado el poder del *Libro Negro*, y ha aprendido cómo destruir el poder de los nefilim. Cómo anular las runas, los cuchillos serafines y la luz mágica. Estaríais luchando contra sus fuerzas con no más poder que los mundanos...

—¡Esto no puede ser en absoluto cierto! —Era un hombre delgado y moreno al que Emma recordaba por una discusión de hacía tiempo sobre la Paz Fría. Lazlo Balogh, director del Instituto de Budapest—. Está mintiendo.

—¡No tiene ningún motivo para mentir! —Diana también se había puesto en pie, los hombros colocados hacia atrás en posición de lucha—. Lazlo, tú que...

—Señorita Wrayburn. —La expresión del húngaro se endureció—. Creo que todos sabemos que tú deberías recusarte a ti misma de esta discusión.

Diana se quedó helada.

—Confraternizas con hadas —continuó él, chasqueando los labios al hablar—. Has sido observada.

—¡Oh, por el Ángel, Lazlo! —exclamó la Cónsul—. ¡Diana no tiene nada que ver con esto, excepto tener la mala fortuna de no estar de acuerdo contigo!

—Lazlo tiene razón —dijo Horace Dearborn—. Los Blackthorn son simpatizantes de las hadas, traidores a la Ley...

—Pero no mentimos —lo cortó Julian. Su voz era como acero bordeado de hielo. Dearborn se tragó el anzuelo.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Tu hija no mató a Malcolm Fade —afirmó Julian—. Fue Annabel.

Zara se puso en pie como si fuera un títere tirado por cuerdas.

—¡Eso es mentira! —gritó.

—No es mentira —replicó Annabel—. Malcolm me resucitó. Empleó la sangre de Arthur Blackthorn para hacerlo. Y por eso, y por su tortura y por abandonarme, lo maté.

La sala estalló. Los gritos resonaban en las paredes. Samantha y Dane estaban en pie agitando los puños. Horace Dearborn rugía que Annabel mentía, que todos los Blackthorn mentían.

—¡Basta! —gritó Jia—. ¡Silencio!

—*La Spada Mortale*. —Una mujer menuda de piel color oliva se alzó de un lugar cerca del fondo. Llevaba un sencillo vestido, pero en su grueso collar relucían las joyas. Su cabello era de un profundo gris, largo casi hasta las caderas, y su voz tenía suficiente autoridad para sobreponerse al ruido de la sala.

—¿Qué has dicho, Chiara? —preguntó Jia. Emma sabía su nombre: Chiara Malatesta, directora del Instituto de Roma.

—La Espada Mortal —repitió Chiara—. Si hay duda de si esta persona, si eso es lo que se le puede llamar, está diciendo la verdad, entregarla a *Maellartach*. Entonces podremos prescindir de todas estas discusiones inútiles sobre si está mintiendo o no.

—No. —Los ojos de Annabel recorrieron la estancia, presa del pánico—. No, la Espada...

—¿Veis?, está mintiendo —intervino Dan Larksphear—. ¡Teme que la Espada revele la verdad!

—¡Teme la Espada porque fue torturada por el Consejo! —replicó Julian. Fue hacia el estrado, pero los dos guardias lo detuvieron. Emma hizo ademán de alzarse, pero Helen hizo que volviera a sentarse con firmeza.

—Aún no —le susurró—. Solo empeorará las cosas. Al menos tiene que intentarlo...

Pero el corazón de Emma iba a toda velocidad. Seguían impidiendo que Julian subiera al estrado. Todos los nervios de su cuerpo gritaron cuando Robert Lightwood se apartó y regresó con algo largo, afilado y plateado. Algo que relucía como agua

oscura. Vio y sintió a Julian tragar aire bruscamente. Él había sujetado la Espada Mortal antes y sabía el dolor que causaba.

—¡No lo hagáis! —gritó, pero su voz se perdió en medio del clamor en la sala cuando varios cazadores de sombras se pusieron en pie, estirando el cuello para captar un atisbo de lo que pasaba.

—¡Es una despreciable criatura no muerta! —gritó Zara—. ¡Deberíamos acabar con su sufrimiento, no ponerla delante de Consejo!

Annabel palideció. Si Magnus hubiera estado allí podría haberlo explicado. Annabel no era una muerta viviente. Le habían devuelto la vida. Era una cazadora de sombras viva. Magnus era un subterráneo en el que la Clave confiaba, uno de los pocos. Nada de esto habría pasado si él pudiera haber asistido a la reunión.

«Magnus —pensó Emma—. Oh, Magnus, espero que estés bien. Desearía que estuvieras aquí».

—La Espada determinará si Annabel es adecuada para declarar —dijo Jia en un tono duro que llegó hasta el fondo de la Sala—. Esta es la Ley. Apartaos y dejad que la Espada Mortal haga su trabajo.

Todo el mundo calló. Los Instrumentos Mortales eran los máximos poderes que los cazadores de sombras reconocían, aparte del propio Ángel. Incluso Zara cerró la boca.

—Tómate tu tiempo —le sugirió Robert a Annabel. La compasión en su voz sorprendió a Emma. Lo recordó poniendo a la fuerza la Espada en manos de Julian, y este solo tenía entonces doce años. Después de eso, Emma estuvo enfadada con Robert durante mucho tiempo, aunque Julian no parecía guardarle ningún rencor.

Annabel jadeaba como un conejo asustado. Miró a Julian, que asintió con la cabeza para darle ánimos, y extendió las manos despacio.

Cuando cogió la Espada, todo su cuerpo se estremeció, como si hubiera tocado una valla electrificada. El rostro se le tensó, pero sujetó la Espada sin sufrir daño. Jia soltó aire con evidente alivio. La Espada lo había demostrado: Annabel era una cazadora de sombras. La Sala permaneció en silencio mientras todos clavaban los ojos en ella.

Tanto el Cónsul como el Inquisidor se apartaron, dejándole espacio. Ella permaneció en el centro del estrado, una solitaria figura en un vestido que no le ajustaba bien.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Robert en un tono engañosamente suave.

—Annabel Callisto Blackthorn —contestó respirando de forma entrecortada.

—¿Y con quién estás en este estrado?

Sus ojos verde azulado se movían con desesperación del uno al otro.

—No os conozco —susurró—. Sois la Cónsul y el Inquisidor, pero no los que yo conocí. Tú eres evidentemente un Lightwood, pero... —Meneó la cabeza antes de que su rostro de pronto se animara—. Robert —dijo—. Julian te ha llamado Robert.

Samantha Larkspear rio despreciativa, y varios de los otros con pancartas se

unieron a ella.

—No queda lo suficiente de su cerebro para proporcionar una prueba fiable.

—¡Silencio! —atronó Jia—. Señorita Blackthorn, ¿conocías...? ¿Fuiste la amante de Malcolm Fade, Brujo Supremo de Los Ángeles?

—Cuando lo conocí solo era un brujo sin rango. —A Annabel le temblaba la voz—. Por favor. Pregúntame si lo maté. No podré soportar mucho más.

—Lo que discutimos aquí no es de tu elección. —Jia no parecía enfadada, pero Annabel se encogió visiblemente.

—Esto es un error —le susurró Livvy a Emma—. Solo necesitan preguntarle por Malcolm y acabar con esto. No pueden convertirlo en un interrogatorio.

—Todo irá bien —repuso Emma—. Irá bien.

Pero tenía el corazón desbocado. Los otros Blackthorn observaban con una visible tensión. A su otro lado, Emma veía a Helen aferrada a los brazos de su asiento. Aline le frotaba el hombro para tranquilizarla.

—Pregúntaselo —dijo Julian—. Pregúntaselo de una vez, Jia.

—Julian. Ya basta —lo reprendió Jia, pero cuando se volvió hacia Annabel, sus ojos eran expectantes—. Annabel Callisto Blackthorn, ¿mataste a Malcolm Fade?

—Sí. —El odio se cristalizó en la voz de Annabel, reforzándola—. Lo abrí en canal. Observé cómo se desangraba. Zara Dearborn no hizo nada. Os ha estado mintiendo a todos.

Un grito ahogado recorrió la sala. Por un momento, Julian se relajó, y los guardias que lo sujetaban también aflojaron su presa. Zara, con el rostro enrojecido, miraba boquiabierta desde la multitud.

«Gracias al Ángel —pensó Emma—. Ahora tendrán que escuchar».

Annabel estaba de cara a los reunidos, con la Espada en las manos, y por un momento Emma pudo ver lo que había enamorado a Malcolm. Se la veía orgullosa, satisfecha, hermosa.

Algo pasó sobre su cabeza y se estrelló contra el atril. Una botella, pensó Emma. El vidrio saltó hecho añicos. Se oyó un grito ahogado y luego una risita, y otros objetos comenzaron a volar por el aire; parecía que la gente estaba lanzando cualquier cosa que tuviera a mano.

Pero no toda la gente, se dio cuenta Emma. Eran solo la Cohorte y sus seguidores. No eran muchos, pero sí suficientes. Y su odio no cabía en toda aquella sala.

Emma encontró los ojos de Julian y vio la desesperación en ellos. Esperaban algo mejor. Incluso después de todo por lo que habían pasado, de algún modo, esperaban algo mejor.

Era cierto que muchos cazadores de sombras estaban ya en pie, gritando a la Cohorte que parara. Pero Annabel había caído de rodillas, con la cabeza gacha, aún sujetando la Espada con las manos. No había levantado los brazos para protegerse de los objetos que volaban contra ella: botellas y bolsas, monedas y piedras, incluso relojes y brazaletes golpeaban el suelo, impactaban contra el atril y la ventana.

—¡Parad! —gritó Julian, y la fría furia con la que habló fue suficiente para conseguir que al menos algunos se callaran—. ¡Por el Ángel, esta es la verdad! ¡Está diciendo la verdad! Sobre Malcolm, sobre el rey noseelie...

—¿Y cómo se supone que vamos a saberlo? —dijo Dearborn entre dientes—. ¿Quién dice que la Espada Mortal funciona con eso..., esa cosa? Está mancillada...

—¡Es un monstruo! —gritó Zara—. ¡Esto es una conspiración para tratar de arrastrarnos a una guerra contra la corte noseelie! ¡A los Blackthorn no les importan más que sus mentiras y sus sucios hermanos hada!

—Julian —lo llamó Annabel entrecortadamente; sujetaba la Espada Mortal con tanta fuerza que la sangre había comenzado a brotar de su piel—. Julian, ayúdame... Magnus..., ¿dónde está Magnus?

Julian forcejeó con los guardias. Robert avanzó de prisa, con las manos extendidas.

—Ya basta —dijo—. Ven conmigo, Annabel...

—¡Déjame! —Con un grito ronco, Annabel se apartó temerosa de él, alzando la espada que tenía en la mano. De repente, Emma recordó dos cosas:

La Espada Mortal no era solo un instrumento de justicia. Era un arma.

Y Annabel era una cazadora de sombras, con un arma en la mano.

Como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo, Robert dio otro paso hacia Annabel, hablándole, como si fuera capaz de calmarla, convencerla, y ella blandió la hoja, alzándola entre los dos.

Esta atravesó la túnica de Robert Lightwood y lo cortó en el pecho.

Kit se sentía como alguien que había entrado en la habitación del hospital de otra familia por error y ya no le permitían salir. Alec estaba sentado junto a Magnus, y de vez en cuando le tocaba el hombro o le decía algo en voz baja. Kieran miraba por la ventana como si pudiera transportarse a través del cristal.

—¿Quieres...? Quiero decir, ¿alguien debería decírselo a los niños? ¿A Max y a Rafe? —preguntó Kit finalmente.

Alec se puso en pie y cruzó la sala, hasta donde una botella con agua descansaba sobre una mesita. Se sirvió un vaso.

—Todavía no —contestó—. Están a salvo en la ciudad con mi madre. No necesitan... Magnus no necesita... —Bebió un sorbo—. Esperaba que se pusiera mejor y que no tuviéramos que decirles nada.

—Has dicho que sabías lo que le pasaba —recordó Kit—. ¿Es... peligroso?

—No lo sé —respondió Alec—. Pero sí sé una cosa: no es solo él. Les está pasando también a otros brujos. Tessa y Jem han estado buscando una causa o una cura, pero ella también está enferma...

Se interrumpió. Un apagado clamor resultaba audible; un sonido como de las olas alzándose a punto de romper. Alec palideció.

—He oído ese ruido antes —dijo—. Algo está pasando en la Sala.

Kieran se apartó de la ventana en un único movimiento fluido.

—Es la muerte.

—Podría no serlo —repuso Kit, aguzando el oído.

—Puedo oler la sangre —insistió Kieran—. Y oír gritos. —Se subió al alféizar y tiró de una de las cortinas. Cogió la barra, que acababa en una punta afilada, y saltó al suelo, blandiéndola como una lanza. Los ojos plata y negro destellaron—. No me encontrarán desarmado cuando vengan.

—Deberías quedarte aquí. Los dos. Iré a ver qué pasa —propuso Alec—. Mi padre...

La puerta se abrió de repente y Kieran lanzó su barra de cortina. Diego, que acababa de aparecer en la entrada, se agachó mientras la barra volaba y se incrustaba contra la pared.

—¿Qué chingados? —exclamó Diego sorprendido—. ¿Qué diablos...?

—Cree que estás aquí para matarnos —dijo Kit—. ¿Es así?

Diego puso los ojos en blanco.

—Las cosas han ido mal en la Sala —explicó.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Alec.

Diego vaciló.

—Tu padre... —comenzó.

Alec dejó el vaso y cruzó la sala hasta Magnus. Se inclinó y lo besó en la frente y en la mejilla. Magnus no se movió, solo siguió durmiendo tranquilamente, con sus ojos de gato cerrados.

Kit lo envidió.

—Quedaos aquí —les dijo Alec a Kit y a Kieran. Luego, salió de la estancia.

Diego lo miró torvamente. Kit se sintió un poco mareado. Tenía la sensación de que fuera lo que fuese que le había pasado al padre de Alec, no era algo sin importancia.

Kieran arrancó la barra de la cortina de la pared y apuntó con ella a Diego.

—Ya has entregado tu mensaje —declaró—. Ahora vete. Yo protegeré al chico y al brujo.

Diego negó con la cabeza.

—He venido a buscarte. —Señaló a Kieran—. Y llevarte al Escolamántico.

—No iré a ningún sitio contigo —replicó Kieran—. No tienes moral. Has deshonrado a mi señora Cristina.

—No tienes ni idea de lo que pasó entre Cristina y yo —replicó Diego con voz gélida. Kit notó que Diego *el Perfecto* ahora parecía mucho menos perfecto. Las sombras bajo sus ojos eran profundas y violáceas, y su piel bronceada no tenía brillo. El agotamiento y la tensión le contraían los finos rasgos.

—Di lo que quieras —repuso Kieran—. Las hadas no sentimos mayor desprecio que el que profesamos a aquellos que traicionan a un corazón puesto a su cuidado.

—Ha sido Cristina —explicó Diego— quien me ha pedido que venga aquí y te lleve al Escolamántico. Si te niegas, tú estarás deshonrando sus deseos.

Kieran frunció el ceño.

—Estás mintiendo.

—No miento —le aseguró Diego—. Temía por tu seguridad. El odio de la Cohorte ha llegado a su punto álgido y la Sala es un caos. Estarás seguro si vienes conmigo; de otro modo, no puedo prometértelo.

—¿Cómo voy a estar a salvo en el Escolamántico, con Zara Dearborn y sus amigos?

—Ella no estará allí —contestó Diego—. Ella y Samantha planean quedarse aquí, en Idris, en el corazón del poder. Poder es lo único que siempre han querido. El Escolamántico es un lugar de estudio tranquilo. —Extendió las manos—. Ven conmigo. Por Cristina.

Kit los miraba, conteniendo la respiración. Era un momento muy extraño. Había aprendido lo suficiente sobre los cazadores de sombras para entender lo que significaba que Diego fuera un centurión y qué leyes estaba infringiendo al ofrecerse a llevar a escondidas a Kieran al Escolamántico. Y entendía lo suficiente sobre el orgullo de los seres mágicos para saber qué estaba aceptando Kieran si accedía.

Se oyó otra fuerte algarabía.

—Si estás aquí —dijo Kit con cautela— y la Cohorte te ataca, Mark y Cristina querrán protegerte. Y podrían resultar mal parados al hacerlo.

Kieran dejó la barra de cortina en el suelo. Miró a Kit.

—Dile a Mark adónde he ido —le pidió—. Y dale las gracias a Cristina de mi parte.

Kit asintió. Diego inclinó la cabeza antes de acercarse y agarrar a Kieran con torpeza por el brazo. Presionó los dedos de la otra mano sobre su insignia de *Primi Ordines*.

Antes de que Kit pudiera decir nada, Diego y Kieran habían desaparecido, y un remolino de brillante luz ocupaba el espacio en el que habían estado.

Los guardias avanzaron mientras Jia corría a sujetar a Robert para que no cayera. Con el rostro como una máscara de horror, Jia se arrodilló y cogió su estela para dibujarle un *iratze* a Robert en el brazo inerte.

La sangre se derramó alrededor de ambos, un charco escarlata que se extendía despacio.

—Annabel. —La voz de Julian era poco más que un susurro de espanto. Emma casi podía ver el abismo de culpa que se abría a sus pies. Comenzó a luchar frenéticamente por soltarse de los guardias que lo sujetaban—. ¡Soltadme, soltadme...!

—¡Apartaos! —gritó Jia—. Todos, ¡quedaos atrás! —Estaba arrodillada junto a

Robert, con las manos mojadas de su sangre mientras intentaba una y otra vez marcarle la runa curativa en la piel.

Dos guardias más subieron los escalones y se detuvieron dudosos al oír sus palabras. Annabel, con el vestido azul manchado de sangre, sujetaba la Espada ante ella como una barrera. La sangre de Robert ya estaba siendo absorbida por la hoja, como si fuera una piedra porosa empapándose de agua.

Julian se soltó de los que lo sujetaban y saltó al ensangrentado estrado. Emma se puso en pie. Cristina trató de agarrarla por la espalda, pero sin éxito. Emma ya se había subido al estrecho respaldo del banco.

«Gracias al Ángel por todas las horas que he pasado practicando en las vigas de la sala de entrenamiento», pensó, y se impulsó para saltar del final del banco al pasillo. Se oían voces gritándole, un rugido como de olas. No les hizo caso. Julian se puso lentamente en pie, mirando a Annabel.

—¡Aléjate! —chilló Annabel, blandiendo la Espada Mortal. Esta parecía relucir, incluso latir, en su mano. ¿O eran imaginaciones tuyas?—. ¡Aléjate de mí!

—Annabel, basta. —Julian le habló con calma, las manos en alto para mostrarle que no llevaba nada en ellas. Emma resopló, ¿dónde estaba su espada, donde estaban sus armas?—. Esto solo empeorará las cosas.

Annabel sollozaba respirando de forma entrecortada.

—Mentiroso. Márchate, aléjate de mí.

—Nunca te he mentado...

—¡Me dijiste que me darías Blackthorn Manor! ¡Me dijiste que Magnus me protegería! Pero ¡mira! —Hizo un amplio gesto con el brazo, abarcando toda la estancia—. Para ellos estoy mancillada..., despreciada, una criminal...

—Aún puedes volver. —La voz de Julian era una maravilla de firmeza—. Deja la Espada.

Por un instante, Annabel pareció vacilar. Emma estaba al pie de los escalones del estrado y vio que Annabel aflojaba la mano de la empuñadura de la Espada...

Jia se puso en pie. Su túnica estaba manchada con la sangre de Robert, su estela le colgaba de la mano.

—Ha muerto —dijo.

Fue como girar la llave en la cerradura de una jaula, liberando a sus ocupantes. Los guardias se lanzaron escaleras arriba, saltando hacia Annabel con las espadas en ristre. Ella se volvió con una rapidez inhumana y la Espada los hirió a ambos en el pecho. Se oyeron gritos mientras se desmoronaban, y Emma subió la escalera al tiempo que desenfundaba a *Cortana* y saltaba delante de Julian.

Desde allí podía ver toda la Sala del Consejo. Era una absoluta confusión. Algunos escapaban por la puerta. Los Blackthorn y Cristina estaban de pie tratando de llegar al estrado, aunque una fila de guardias había aparecido para retenerlos. Mientras Emma observaba, Livvy se coló por debajo del brazo de un guardia y comenzó a abrirse paso a empujones hacia ella y Julian. Una espada larga le

resplandecía en la mano.

Emma volvió a mirar a Annabel. A esa distancia podía ver claramente que algo se había quebrado su interior. Parecía ausente, con los ojos muertos y descentrados. Su mirada fue más allá. Alec acababa de atravesar la puerta y miró hacia el estrado. Su rostro era una máscara de dolor e impresión.

Emma apartó los ojos de él cuando Annabel saltó como un gato a por Julian, con la espada cortando el aire ante ella. En vez de levantar a *Cortana* para parar el golpe de Annabel, Emma se tiró hacia Julian lanzándolo contra el pulido suelo del estrado.

Por un momento sus cuerpos se juntaron, y Emma sintió la fuerza de *parabatai* fluir a través de ella. La Espada Mortal bajó de nuevo, y ellos se separaron, con fuerza redoblada, justo cuando la hoja se clavaba en la madera a sus pies.

La sala era un griterío infernal. Emma creyó oír a Alec llamando a Robert: «Papá, por favor, papá». Pensó en Isabelle. Se volvió con *Cortana* en la mano y la parte plana de la hoja se estrelló contra *Maellartach*.

Las dos armas se estremecieron. Annabel echó el brazo de la espada hacia atrás, con ojos repentinamente salvajes. Alguien gritaba llamando a Julian. Era Livvy, que subía por un lado del estrado.

—¡Livvy! —chilló Julian—. ¡Livvy, sal de aquí...!

Annabel atacó de nuevo, y Emma alzó a *Cortana* en un contragolpe cuando Annabel aún levantaba la espada, acercándose más, estrellando su arma contra la de ella con toda la fuerza de su cuerpo, haciendo chocar las hojas en un enorme y resonante estruendo.

Y la Espada Mortal se rompió. Se quebró por la hoja, y la parte superior se desprendió. Annabel gritó y se tambaleó hacia atrás, y un fluido negro se derramó de la espada rota como la savia de un árbol talado.

Emma cayó de rodillas. Era como si la mano con la que sujetaba la espada hubiera recibido el impacto de un rayo. La muñeca le zumbaba y una especie de pitido le llegó hasta los huesos, haciéndola temblar. Agarró a *Cortana* por la empuñadura con la mano derecha, presa del pánico, desesperada por no dejarla caer.

—¡Emma! —Vio que Julian se sujetaba el brazo, como si también estuviera herido.

El zumbido fue disminuyendo. Emma intentó ponerse en pie y se tambaleó; se mordió el labio de frustración. ¿Cómo se atrevía su cuerpo a traicionarla?

—Estoy bien..., estoy bien...

Livvy ahogó un grito al ver la Espada Mortal destrozada. Había llegado a lo alto del estrado. Julian estiró la mano y Livvy le lanzó la espada que sujetaba. Él la cogió limpiamente y se volvió para enfrentarse a Annabel, que estaba mirando la espada rota que aún conservaba en la mano. La Cónsul también había visto lo sucedido y avanzaba a grandes pasos hacia ella.

—Ha acabado, Annabel —dijo Julian. No parecía triunfante; solo cansado—. Está hecho.

Annabel lanzó un grave gruñido y atacó. Julian alzó la espada. Pero Annabel saltó sobre él, la negra melena volando alrededor de ella. Sus pies dejaron el suelo y por un momento fue realmente hermosa, una cazadora de sombras en plena gloria, justo antes de aterrizar con agilidad sobre el suelo de madera del estrado y hundir su quebrada media espada en el corazón de Livvy.

Esta abrió mucho los ojos. Su boca formó una O, como si estuviera atónita al descubrir algo pequeño y sorprendente, como un ratón en la encimera de la cocina, un jarrón de flores volcado o un reloj de pulsera roto. Nada importante. Nada terrible.

Annabel retrocedió jadeando. Ya no parecía hermosa. El vestido y el brazo estaban empapados de rojo y negro.

Livvy alzó la mano y, desconcertada, tocó la empuñadura que le sobresalía del pecho. Las mejillas se le enrojecieron de golpe.

—¿Ty? —susurró—. Ty, yo...

Las rodillas le fallaron. Cayó pesadamente al suelo de espaldas. La espada era como un feo y enorme insecto pegado a su pecho, un mosquito de metal chupándole la sangre que le manaba de la herida, rojo mezclado con el negro de la espada derramándose por el suelo.

En el pasillo de la Sala del Consejo, Ty alzó la mirada, y su rostro se tornó del color de la ceniza. Emma no tenía ni idea de si podía verlos a través de la enloquecida multitud, si podía ver a su hermana, ver lo que había pasado, pero Ty se llevó las manos al pecho y se las apretó sobre el corazón. Cayó de rodillas, sin ruido, igual que había hecho Livvy, y se desplomó sobre el suelo.

Julian abrió la boca con horror. Fue un sonido que Emma no podría haber descrito, no fue un sonido humano como un aullido o un grito. Sonó como si se lo arrancaran del interior, como si algo brutal estuviera atravesándole el pecho. Dejó caer la espada que Livvy había arriesgado tanto para llevarle, cayó de rodillas y gateó hasta ella para subírsela al regazo.

—Livvy, Livvy, mi Livvy —susurraba, acunándola, apartándole febril el cabello empapado en sangre del rostro. Había tanta sangre... En segundos quedó cubierto de ella—. Livia. —Le tembló la mano; cogió la estela con torpeza y se la puso en el brazo.

La runa curativa desapareció tan rápido como la dibujaba.

Emma sintió como si alguien le hubiera pegado un puñetazo en el estómago. Había heridas que estaban más allá del poder del *iratze*. Las runas curativas solo se desvanecían de la piel cuando había veneno oculto... o cuando la persona ya estaba muerta.

—Livia. —La voz de Julian se alzó, crujiendo y revolcándose en sí misma como una ola rompiendo en mar abierto—. Livvy, mi niña, por favor, cariño, abre los ojos, soy Jules. Estoy aquí para ti, siempre estaré aquí para ti, por favor, por favor...

La oscuridad estalló en los ojos de Emma. El dolor del brazo había desaparecido; solo sentía furia. Una furia que borraba todo lo demás del mundo excepto a Annabel,

encogiéndose contra el atril, mirando fijamente a Julian acunando el cuerpo de su hermana muerta. Mirando lo que había hecho.

Emma se volvió y fue hacia Annabel. Esta no tenía adónde ir. Los guardias habían rodeado el estrado. El resto de la sala era una furiosa masa de confusión.

Emma deseó que Ty estuviera inconsciente. Deseó que no viera nada de eso. Al final se despertaría, y el horror de lo que se encontraría al despertar la llevó hacia adelante.

Annabel retrocedió tambaleante. Resbaló y cayó al suelo. Alzó la cabeza mientras Emma se cernía sobre ella. Su rostro era una máscara de miedo.

Emma oyó la voz de Arthur en la cabeza: «La clemencia es mejor que la venganza». Pero más débil que los susurros de Julian o los sollozos de Dru.

Bajó a *Cortana*, segando el aire con la hoja, pero un humo negro como la brea estalló atravesando la ventana detrás de Annabel. Tuvo la fuerza de una explosión, y la onda expansiva tiró a Emma de espaldas. Mientras conseguía ponerse de rodillas, captó la imagen de una silueta dentro del humo: el relucir del oro, el destello de un símbolo grabado en su cerebro, una corona partida por la mitad.

El humo desapareció y Annabel desapareció con él.

Emma se curvó sobre *Cortana*, apretando la hoja contra su pecho, con el alma corroída por la desesperación. A su alrededor podía oír fuertes voces en la sala, gritos y chillidos. Podía ver a Mark inclinado sobre Ty, que estaba caído en el suelo. Los hombros de Mark temblaban. Helen se esforzaba por atravesar la multitud hacia ellos. Dru se hallaba acurrucada en el suelo, sollozando con la cabeza entre las manos. Alec se había apoyado en la puerta de la Sala, contemplando la devastación.

Y allí, frente a ella, se hallaba Julian, con los ojos y los oídos cerrados a todo excepto a Livvy, su cuerpo encorvado sobre el de su hermana. Parecía un puñado de frágil ceniza o nieve, algo pasajero que había volado entre los brazos de Julian por casualidad: el pétalo de una flor feérica, la pluma blanca del ala de un ángel, el sueño de una niña, el recuerdo de una hermana tendiéndole los brazos: «¡Julian, Julian, cógeme!».

Pero el alma, el espíritu que la hacía ser Livvy, ya no estaba allí: era algo que se había ido a un lugar lejano e intocable mientras Julian le pasaba las manos por el cabello una y otra vez y le rogaba que se despertara y que lo mirara aunque solo fuera una vez más.

En lo alto de la Sala del Consejo, el reloj dorado comenzó a dar la hora.

AGRADECIMIENTOS

Reuniendo a los sospechosos habituales: Holly Black, Maureen Johnson, Leigh Bardugo, Kelly Link, Robin Wasserman y Sarah Rees Brennan, por aportar apoyo novelístico y emocional. Un agradecimiento especial a Jon Skovron y Anya DeNiro por su luz de guía. A Erin, Alyssa, Katie, Manu, Rò & Virna, Julia, Mariane, Thiago, Raissa, Artur y Laura por hacerme sonreír. A Cathrin Langner por recordarlo todo, y a Viviane Hebel y Gloria Altozano Saiz por su ayuda con el español. Y gracias a Karen, en nuestro décimo aniversario, y a Russ y Danny, agentes especiales. Mi cariño y agradecimiento a mis padres, y especialmente a Jim Hill. A Emily Houk por ir arriba y abajo. Y a Josh, como siempre, «*Aimer, ce n'est pas se regarder l'un l'autre, c'est regarder ensemble dans la même direction*».



CASSANDRA CLARE. Nació el 27 de Julio en Teherán, hija de padres estadounidenses. Antes de cumplir diez años de edad vivió en Suiza, Inglaterra y Francia. En sus años de instituto vivió en Los Ángeles y en Nueva York, donde trabajó en varias revistas de entretenimiento. Empezó a trabajar en su novela *Ciudad de hueso* en el año 2004, inspirada en el viaje urbano por Manhattan.

Antes de la publicación de *Ciudad de hueso*, Clare era conocida como escritora de *fanfiction* bajo el seudónimo de Cassandra Claire, muy parecido al que usa en la actualidad. Sus obras principales fueron *La trilogía de Draco*, que trata sobre una biografía del personaje ficticio de Draco Malfoy, perteneciente a la serie de libros *Harry Potter* y *El Diario muy secreto*, basada en la historia de *El señor de los anillos*. Claire fue considerada una gran fanática entre la comunidad de seguidores de *Harry Potter* y fue reconocida en varios periódicos, pero también ha sido acusada de plagio.

Clare adoptó el seudónimo de La bella Cassandra, en el que basó una novela épica durante el instituto.

NOTAS

[1] Blackthorn: literalmente, espino negro. (*N. de la T.*) <<